

EL BESO QUE NO TE DI

El trágico destino de los
AMANTES DE TERUEL

MAGDALENA LASALA

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria

Prólogo. Nacer a su luz

Primera parte

LA VERDAD DEL DESTINO

El sabor de la escarcha
La vida que comienza
El mandato de los cielos
El toro y la estrella
La siembra del futuro
Tierra de nadie

Segunda parte

EL DESEO ILUMINADO

Recuérdame
La semilla germinando
Un tiempo nuevo
Habla por mi boca el amor
Rendir cuentas
Volver donde quiere estar
Dios se mostró en el sol
Razones de Dios
Memoria del deseo
Amanecer otra vez

Tercera parte

LA BELLEZA QUE VIVE EN EL OTRO

El año de la señal
Mi futuro es de ella
La verdadera vida
Adiós como puntada de un bordado
Escuché el juramento olvidado
Lo que guarda la tierra
Para conocernos nacimos
El otro lado del amor
Dilo como me hace falta
Las noticias del futuro

Querida Meriem
La vida
La verdad y el tiempo
Las leyes del destino

Cuarta parte
EL AMOR RASGADO DE AMOR

La edad del mundo
El velo rasgado
Viento en las ramas altas
Dime si mañana volverás
El último verano
Aquel crepúsculo sobre los labios
Esos besos que te di
El futuro llegado
Las vides y los compromisos
Promesa de amor y de esperanza

Quinta parte
DESTERRAR EL MIEDO

Mi corazón se quedó contigo
Cómo esperar
Las victorias de los reyes
El invierno me acerca a ti
La noche del tiempo
La ruta de los cielos

Epílogo. Los que hicimos un recuerdo eterno
Nota de la autora
Bibliografía consultada
Créditos

A mi madre y todas las historias de amor.

Prólogo

Nacer a su luz

Quién soy, cuál era mi nombre hasta hoy, y yo dormía en la niebla creyendo que eso era el mundo y mi vida un sencillo telar donde las puntadas imitaban la imagen que mis ojos veían fuera de mí. Cómo me llamo ahora, cuando mis ojos abiertos estallan en lágrimas y todo el mundo que miran solo tiene una luz, la de él mirándome. Dónde estaba la vida hasta hoy, esta vida que hoy me inunda el pecho y quiero gritar, gritar el aire nuevo que palpita dentro de mí, gritar que he nacido, que hoy nazco, gritar que hoy es el primer día de mi vida porque hoy siento que estoy viva, que hoy comprendo lo que significa vivir, que hoy mi corazón me ha encontrado y late en mi garganta y en mi piel, que su latido me hace temblar de júbilo y llanto, que hoy he despertado y hasta hoy no sabía que solo estaba dormida.

Mi nombre es Isabel..., pero no me llamo así. Me llamo suya, me llamo amor para él, me llamo luz de su boca nombrándome, porque solo es mi verdadero nombre lo que hoy he escuchado en sus labios llamándome.

El mundo se llama Diego. Mi mundo tiene su nombre, su nombre amado y hermoso a mis oídos y mi sueño, Diego Marcilla. Aunque hasta hoy el mundo fuese mundo ajeno a mí moviéndose ante mí, un mundo de otros, hecho por otros, heredado como se hereda el color de la piel y del cabello. Pero existe el mundo de verdad, el mundo que ya conozco, y que está en mí, el mundo que ha nacido de su mirada y su silencio mirándome, el mundo que me esperaba sin yo saberlo, aunque fuese el único verdadero y el único que yo deseo vivir.

De dónde viene mi certeza, cómo no había sentido nunca nada así, de cuándo le conozco y me conoce, de qué Dios nace la fuerza que siento dentro de mí y presiento en él, por qué Dios me elige para nacerme ahora de nuevo... No. Por primera vez, nacerme a su comprensión completa, sí... eso quiere para mí,

que alcance la gloria del supremo conocimiento de su grandeza. Esa grandeza que siento y veo a través de él, Diego, Diego... nombre que saborea mi lengua acariciando mis dientes como si los hundiera en una cereza madura, su nombre dulce, su nombre tormento gozoso que llena todo mi ser de una emoción desconocida hasta hoy. Una emoción que solo puede ser Dios quien me la envía como un don. O como una prueba... Diego, Diego... mi amor, mi amado, mi dueño, porque así lo manda Dios, y él lo permite. Dios mío, te ruego mi perdón, pero te obedezco... tú ya no eres mi Señor, tú ya no eres mi Dios, es él, es Diego Marcilla. Perdóname, te ruegan mis lágrimas incontenibles desde que él me ha mirado y su sonrisa me ha atravesado como un rayo enviado desde el cielo por ti, perdóname, Dios mío, no es a ti ya a quien elevo mi plegaria, no será a ti ya a quien envíe mis oraciones, es a él, será ya para siempre a él, a ese Diego que te cruzaste en mi vida, esta vida que hasta hoy era morir cada día y estalla en luz y júbilo porque tú has decidido que yo viva por fin, y que cada día sea un día más de vida gracias a él, gracias a mi esperanza de él, gracias a que he encontrado el motivo y la verdadera causa por la que un día nací en Teruel y sobreviví a su frío y a todas las otras muertes ajenas.

Me detengo aquí, soy una vasija plena y mis lágrimas me desbordan, pero no podrán vaciarme ya nunca. Soy una vasija desbordada bajo el agua que fluye en una fuente. La fuente nacida entre las rocas de ese manantial descubierto en el bosque del paraíso prometido en todas y cada una de las oraciones que mi voz desde niña elevaba a Santa María. El agua y su fuente, el manantial, el bosque pleno de luces colándose entre las copas de los árboles y ese paraíso soñado y encontrado se llaman Diego. Mi amor se llama Diego, mi vida se llama Diego, mi nacimiento se llama Diego. Mi corazón desbordado se llama Diego.

Oigo a Elvira, escucho su voz buscándome. Solo ella sabe dónde me escondo, como hacía de niña, como hice una vez, cuando Meriem se marchó de mi lado.

—Isabel, ¿por qué estás aquí? Todos en la casa están buscándote, Sofra y Harome han salido incluso a la calle, tu padre les ha prohibido que pregunten por ti, sería un escándalo, pero está enfurecido...

—Di que me ocurre lo habitual de las hembras con cada luna, aya Elvira, tú sabes cómo hacérselo entender a todos, incluso a mi padre.

—Eso ya lo hice ayer cuando no te presentaste a tomar la cena con tu madre y con tu padre, como es tu deber de hija. Y es la excusa que nuevamente he

expuesto esta mañana, cuando no estabas en la cocina para desayunar, jurando que habías dormido en tu cama conmigo a tu lado velando por tu bienestar.

—No protestes, aya, es verdad que tú velas por mí...

—Pero no es verdad que has dormido en tu cama, sino aquí, en este lecho de paja en la parte más alejada y oculta del granero de esta casa, indigno para la hija del hombre más pudiente y poderoso de todo Teruel.

—Nadie lo debe saber, te lo ruego, aya, tú y yo juntas hicimos este rincón para reírnos y jugar a inventar historias mientras veíamos al resto de la gente pasar por debajo de nuestras miradas...

—Claro que nadie más lo sabe, niña Isabel, pero a veces hay que ceder en algunas cosas menos importantes para poder conservar esas otras cosas que son las que de verdad importan. No contestas porque sabes que tengo razón. Isabel, mírame, tienes los ojos llenos de lágrimas, ¿cuánto tiempo llevas llorando, niña mía?

—No importa, aya, no importa cuánto tiempo de lágrimas lleven mis ojos derramando. Es el tiempo que lleva mi alma y mi cuerpo y mi vida nacida a la verdad de su destino. Ahora eres tú la que no contesta, Elvira. Mírame, estás comprendiendo que ya no soy la misma...

—¿Qué ha ocurrido, Isabel mía?

—Lo que tú ya sabías, Elvira, que el destino me ha encontrado y que yo lo he aceptado.

Primera parte

LA VERDAD DEL DESTINO

El sabor de la escarcha

Ningún frío vivido en su tierra natal era comparable al frío de las noches de enero en esa ciudad nueva. La escarcha del alba no abandonaba las copas de los árboles ni los poyos junto a las puertas en todo el día, y los bordes del vestido se empapaban de su blancura densa rozando el aire del camino hasta Santa María.

—Este frío te abraza como un dueño poderoso que estuviera al acecho esperándote —dijo, en aquel primer invierno que llegó a Teruel ya casada, con catorce años—, y se hunde en tu pecho hasta beberse el latido de tu corazón.

La jaquesa de Segura no se había acostumbrado todavía después de seis inviernos con sus otoños a ese sabor a escarcha que se instalaba en su boca, y que no podía explicar tampoco. Era el sabor del frío. Ese frío que rompía el azul del cielo como le rompía la piel.

A la dureza de aquellas noches de enero achacaba que las dos únicas criaturas que había logrado dar a luz aún con vida la hubieran perdido sin llegar a ver la claridad luminosa que tenía el pleno día en aquella ciudad. Sus otros hijos, esos que había sentido anidándose en su vientre después de cada entrega sumisa al esposo, habían sido intentos fallidos de su cuerpo y de su ansiedad, y se desangraban sin previo aviso sobre las sábanas de su lecho después de pocas semanas de creer que por fin luciría el vientre abultado, muestra de que era una buena esposa. Además de un riesgo para su propia vida, aquellos abortos eran el peor castigo.

Por fin esta vez Dios la había premiado con un nuevo embarazo ansiado, que ella y las mujeres de la casa habían protegido celosamente durante siete largos meses en reposo y sin salir de sus habitaciones, para que nada pudiese malograrlo. Le rogaba cada día, junto al sacerdote que llegaba puntualmente para tomarle la oración y la limosna, que fuera un varón. Que el fruto de su vientre fuera un varón que perpetuase el nombre de su esposo y que viviese más que ella. Las cuentas de semanas y lunas decían que la criatura habría de nacer en los primeros días de la primavera. Pero Dios la ponía de nuevo a prueba

haciendo que su entraña se abriera en aquella última noche de enero, la del peor frío del invierno, anunciándole que su hijo venía al mundo.

—No es el tiempo... todavía no...

Raquel, que no dormía atenta a su mínimo suspiro y alerta, se apresuró en ir a su lado.

—Hija mía, ¿qué dices?

—No está cumplido el plazo...

Raquel acercó la vela del altarcillo de la Virgen de Gracia que presidía la alcoba. El lecho estaba ya mojado del agua de vida fluyendo entre sus piernas replegadas por el primer dolor.

La mujer corrió al piso superior donde estaba el dormitorio de las dos sirvientas de la casa y las llamó.

—¡Despertad, deprisa! ¡Sofra, avisa al de Segura, dile que su mujer está de parto!

—¿Ya? Apiádate de ella, mi Dios... —rezó la servidora incorporándose—, no es buena cosa que se adelante la criatura.

—¡Corre te digo, llámale sin perder un momento y que mande a un lacayo a por la partera, corre! Y tú, Harome, ven conmigo.

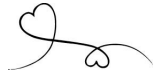
Las dos mudéjares de la casa Segura obedecieron sin rechistar más a Raquel, el aya de la esposa de su señor.

Raquel había estado con su dueña toda su vida desde que naciera en la villa de Jaca, entre aquellas añoradas montañas de las que procedía ese reino de Aragón, que todos amaban y defendían en su expansión por Teruel aquel año de 1197 recién comenzado. Ella misma les había contado a Sofra y Harome que su niña era hija de un importante caballero de Jaca llamado Alvar el Bearnés en memoria de sus orígenes franceses, como descendiente de los pobladores que habían venido con Alfonso el Batallador. Raquel hablaba con orgullo de Jaca y de las altas miras de sus gentes. Ella misma había recibido buena formación por interés de su padre, un médico judío también de origen francés que había muerto prematuramente.

—El destino quiso que mi padre no pudiera darme el futuro que pretendía, porque mi verdadera vida estaba con mi niña jaquesa, y lo comprendí apenas la vi, con tan solo un añito y ya sin madre, ni francesa ni aragonesa...

Al principio, Raquel relataba con alegría sus recuerdos entre las montañas viendo crecer a la que ya para siempre consideró su hija y que protegería con su propia vida. Pero con el paso de los años en Teruel había ido silenciándolos para

no perturbarla respetando su decisión de olvidarlos, y aceptó el dolor de verla intentar una y otra vez darle un hijo al marido. Un hijo que sería la evidencia con la que demostrar que Pedro de Segura no se había equivocado al tomarla como esposa.



Harome llevó junto al lecho los dos barreños de agua que se calentaban de continuo al lado de la chimenea previsoramente, y sacó del arcón las mantas y sábanas y paños limpios que estaban preparados perpetuamente en su interior. Los dispuso como Raquel le fue indicando, mientras ella palpaba el alto vientre de su ahijada, ya suelto por dentro.

—Aguanta, hija mía, eres fuerte, va a salir bien... Harome, cúbrele el pecho con esa manta fina, sécale el sudor con un paño, no debe quedarse frío, hazlo rápido amiga mía, la criatura se llega y no quiere parar ya...

—Todavía no, todavía no, aya... falta más de una luna completa, todavía no ha acabado enero...

—Confía en nuestra Virgen de Gracia, rézale a ella, hija mía; tu hijo ya viene, y será porque ella lo ha querido así.

La parturienta exhaló un gemido recordando sus otros hijos nacidos muertos, en enero, y agarró fuerte la mano de Harome mientras una nueva arremetida de dolor intenso la rasgaba por dentro.

Sofra entró a la alcoba con más ropa limpia y encendió el resto de los candiles para iluminar la pieza.

—Don Pedro está avisado y la partera ya no tarda, porque está al otro lado de la calle terminando de vendar a la mujer que ha parido esta misma tarde...

Se detuvo ante la vista del lecho ensangrentado sin remedio. No había dado tiempo de nada... Raquel aplicó una mixtura calmante en el bajo vientre de su ahijada y palpó alrededor de la abertura endurecida ante su nuevo grito.

—Ya está a punto... viene de cabeza, buena señal, hija mía; ya le toco.

—Pero ¿y si no da tiempo a que llegue la partera? —se alarmó Sofra.

—Soy hija de médico judío —respondió Raquel sujetándose las mangas de la aljuba por encima de los codos—; y hubiera sido sanadora y cirujano yo misma si él no hubiera muerto a destiempo...

La mudéjar se persignó la frente como veía hacer a las mujeres cristianas cuando escuchaban un despropósito. El aya siguió dando órdenes.

—¿Ya has puesto las mantas limpias en los sostenes?

—Sí.

—Hay que llevarla. Las dos juntas, vamos ya —Sofra obedeció—. Hija mía, no tengas miedo, ya lo has hecho otras veces —Raquel le hablaba con dulzura a la joven madre mientras la separaban de las sábanas mojadas y frías del lecho.

Casi en volandas la recostaron contra el esqueleto de palos pensado para servir en el parto, que estaba junto al lecho, con un respaldo y asiento estrecho que sujetaba por detrás a la madre dejando libres sus piernas.

La esposa de Pedro de Segura afirmó sus pies sobre las mantas dispuestas en el suelo y se apoyó en la estructura erguida mientras una nueva arremetida le obligaba a ayudar desde el interior de su cuerpo a esa criatura que deseaba salir de él. Sí, lo había hecho otras veces, pero esta era distinta. Solo en esta ocasión sentía que su fuerza para empujar la expulsión obedecía a una fuerza mayor que la suya, sí, el propio deseo de su hijo de avanzar y llegar a este mundo.

Raquel se había arrodillado delante de su vientre y lo rodeó con los brazos hincándolos con fuerza en su parte alta para empujar y colaborar con la criatura abriéndose camino hacia el exterior.

—Aya, siento su cabeza, ya la siento...

El aya tomó el pequeño estilete preparado con la punta aún rusiente del fuego, lo mojó un poco en el cuenco de agua bendita a su lado y dio un tajo limpio en el mismo sitio donde ya otras dos veces se había rasgado la musculatura íntima de su ahijada para permitir el paso de los otros dos hijos, los que habían nacido muertos. Raquel rogaba a Dios, a todos los dioses que se habían encontrado en esa ciudad de Teruel y en aquella casa, que esta vez no fuese como las otras. La joven parturienta exhaló un gemido de liberación y sintió que la criatura y todo lo que acompañaba su existencia anterior de pronto fluía entre sus piernas con suavidad.

La partera había llegado en ese preciso momento y se colocó junto a Raquel cuando ya ella tomaba con sus manos la cabeza y la barbilla de la criatura fuera del vientre de la madre. Llevó una de las manos hasta su torso menudo e inmóvil.

—Gírale despacio —le dijo la partera con sobrealiento, con las manos preparadas para intervenir—. Desde los bracillos, así, estírale hacia ti, suave,

pero estira... ya, ya está.

Los líquidos densos y los restos de la piel de su vida hasta ese momento cayeron, vaciando el vientre de la joven madre, que apoyó su cuerpo hasta entonces en tensión en el travesaño inclinado que recogía su espalda y su cintura dolorida.

—Cúbrele, lo primero —siguió indicando la partera—. Es menudo, sujétalo contra tu pecho... yo corto la cuerda.

Aquella mujer experimentada de poco más de cuarenta años anudó con rapidez el cabo sobre el vientre de la criatura recién nacida.

—Cerradle las piernas, llevadla al lecho. —Siguió dando instrucciones a Sofra y Harome, que obedecieron, y refunfuñó de modo que Raquel la oyera—: Ya veremos si ese tajo se cierra igual que el rasgado natural...

Retiradas las ropas húmedas, las nuevas mantas del lecho la protegieron con una sensación agradable después del cansancio, pero su corazón temblaba reconociendo ese silencio. Ese mismo silencio...

—No está hecho del todo... —murmuró la partera ante ese cuerpecillo cubierto de los restos sanguinolentos de su nacimiento—. No es fácil que viva, es muy pequeño...

—Llámale a la vida entonces —exclamó Raquel ignorando los sollozos de su ahijada y de las sirvientas mudéjares—, ¿qué partera eres si te conformas?

La mujer cogió a la criatura por los pies y la alzó enfrentándola a su propio desafío. La miró: era inmadura pero completa. Su prisa por nacer era su prisa por vivir, porque de haber continuado más tiempo en el vientre materno hubiera muerto, sin duda, como los otros hijos anteriores, en la última luna del embarazo. La partera sacudió con su mano una y otra vez la espalda y la nalga de la criatura cuando ya parecía que empezaba a amoratarse por la ausencia de aire, y en ese momento su pecho, abriéndose para respirar por sí mismo, estalló en un llanto agudo y mínimo pero firme, muestra de su determinación de vivir.

—Lávale y cuida que ahora no se te muera de frío y de tempranura —le dijo la partera a Raquel—. Solo Dios sabe si esta criatura tenía que vivir, pero tú le has desafiado, pues bien, haz que viva al menos hasta que hubiese sido su tiempo de nacer y, entonces, que sea lo que él quiera.

Acudió a poner los emplastes de hierbas cicatrizantes en la abertura sagrada elegida por la vida para brotar de ella, y lavó con el agua ya tibia la sangre, juntando con fuerza las piernas de la mujer de Pedro de Segura, que lloraba de alegría por haber escuchado la voz de su hijo. Le vendó la zona del vientre y los

muslos y dio instrucciones para que le hicieran un caldo con lo que llevaba ella en la bolsa, para calmarle el dolor. Acudió donde Raquel bañaba el cuerpecillo que seguía respirando y llorando con el sonido de un gato recién nacido que la gata hubiera abandonado porque no puede amamantarlo.

—Es una hembra, entera pero muy frágil, y no está madura —dijo la matrona, al tiempo que Pedro de Segura entraba en la alcoba completamente vestido y enfundado en su uniforme de caballero del rey.

La mujer de Pedro de Segura exhaló un gemido sintiendo una punzada en el pecho mientras las lágrimas resbalaban por su mejilla. Sofra se apresuró a abrirla temiendo que ese primer frío después del parto se la llevara, como a tantas parturientas.

—Ha escapado de la muerte —dijo con júbilo Raquel, envolviendo el cuerpecillo en un lienzo inmaculado con sus brazos.

El señor de Segura simplemente se acercó a su esposa, que lo miró suplicante.

—Es hembra, mi señor don Pedro, Dios no ha querido que alumbre varón esta vez.

El marido le acarició la frente.

—Volveré pronto, Ysela. El nuevo rey todavía está en Daroca y ha llamado a todos los que fuimos leales a su padre Alfonso porque desea también de nosotros el juramento a su corona.

Pedro de Segura disimuló su decepción porque lo nacido no era el hijo que tanto tiempo llevaba esperando, pero en el fondo pensaba que también esta criatura moriría a las pocas horas. Quizá llegaría a escuchar los sollozos de las mujeres incluso antes de salir del cobertizo con sus hombres. Vio atisbar la naciente claridad a través de las rendijas del ventanuco de madera al otro lado de la estancia.

—He de presentarme al rey Pedro hoy mismo antes del ocaso... Rezaré a Dios por ti, mujer. A mi vuelta ya estarás bien.

Ella asintió sin poder contener las lágrimas sobre su rostro, sintiendo inútil todo su esfuerzo hasta ese momento. Raquel le colocó sobre el brazo el cuerpecillo de su hija, ya ceñido con los vendajes que sujetaban el hilo de carnicilla roto al vientre y cubierto con el aceite que protegería su piel. El aya lo había envuelto con ropas que solo dejaban a la vista el rostro de la criatura. La recién nacida lloraba tenuemente, casi sin fuerza, pero sin ceder al silencio.

Pedro de Segura se giró para marcharse, y se dirigió a Raquel.

—Ocúpate del entierro junto a los otros, pero que la cristianen rápidamente para que al menos pueda ir al limbo de los inocentes...

—¿Y si vive, Segura?

—¿Qué dices?

—Ha nacido antes de tiempo, pero es sana, escúchala... llora pidiendo que la amamanten.

—No es de vida, ya has oído a la partera.

—Yo conozco tisanas para fortalecerla y sé cómo darle a beber los calostros de las ovejas recién paridas, y lucharé para que sobreviva. Pero necesitaré una nodriza experta además de eso y del calor de su madre.

Pedro de Segura dudó, mirando a su escudero, que le hacía señas tras la puerta entreabierta.

—Querrás que tu esposa te sirva en cuanto pueda levantarse del lecho, ¿no es así? —insistió Raquel.

—Hay una mujer que sería buena nodriza —intervino la partera—; no alcanza los treinta años y tiene otros hijos, todos vivos, y acaba de parir una última hija hoy mismo: de atenderla a ella venía esta noche.

—No vivirá la criatura, pero, si vive, no quiero cualquier nodriza para ella... ya había convenido con la misma mujer de los partos anteriores.

—Pero tu hija se ha adelantado y hay que pensar otra cosa —replicó Raquel.

—Esta mujer es honrada y de linaje —siguió la partera—. Tiene buena educación y buena salud, ya manaban sus pechos las primeras gotas de leche mientras paría. Es viuda de uno de los caballeros cristianos que guardaban la frontera con Valencia y que murió en la arremetida en nombre del rey Alfonso contra los sarracenos, en el puesto de Mora de Rubielos.

—¿Cómo se llama?

—Lupa de Mora.

—¿Cuál es ese linaje que dices que tiene?

—Desciende de la familia del Rey Lobo de Murcia, aliado de nuestro rey Alfonso el Segundo, que en paz descanse. Por los pactos con los cristianos para proteger sus territorios de los ataques almohades, siendo aún niña fue entregada en matrimonio por el mismo Rey Lobo al capitán cristiano de Alfonso que la hizo su esposa, y, amándolo al marido y a nuestro Dios, se hizo cristiana y le dio tres hijos seguidos, fuertes y sanos. Enviudó cuando ya estaba en el cuarto mes

de un nuevo embarazo, y aunque Alfonso le prometió protección, ahora está muerto y el futuro de esta mujer es incierto.

—¿Dónde está?

—En el hospital de la iglesia de Santa María.

Pedro de Segura no podía perder más tiempo.

—Que así sea entonces, pero las dos responderéis por ella —zanjó el asunto—. Solo me quedo tranquilo porque sé que esta criatura tampoco es de vida —murmuró incómodo.

Todavía se volvió un instante desde la puerta para mirar hacia su mujer. Fue entonces cuando reparó en una pequeña que, de puntillas desde el borde del lecho, estaba inclinada sobre la recién nacida mirándola con ternura, mientras asía con fuerza la mano de la madre, que seguía sollozando.

—¿Esa chiquilla es la pupila? —Se dirigió a Raquel sin esperar respuesta, malhumorado, ya saliendo—. ¿Todo el tiempo estaba aquí? Demasiadas mujeres en una casa, muchas mujeres, ¿para qué tantas...?

La partera descubrió los pechos de Ysela y los presionó, estimulando los pezones para provocar la primera leche de la parturienta. La recién nacida gemía, pero no tenía fuerza para asirse y chupar su alimento.

—Elvira —dijo la partera dirigiéndose a la chiquilla—, mójate este dedo con las gotas de la leche que puedan brotarle a tu señora y llévaselas a la criatura para que las beba y se calme.

—Yo me quedo velando por mi ahijada —Raquel se acercó a la partera—, vete tú a por la nodriza, es una mujer fuerte, ¿no es así? Que venga, aunque haya parido hace menos de un día, te lo ruego, que vengan ella y su hija, y que vivan aquí con mi niña Ysela y esta criatura que quiere vivir, date prisa, por favor... hay un carro preparado en el establo, Harome te acompañará con el mulo.

La mujer obedeció, llevándose a la sirvienta. Mientras Sofra seguía atizando el fuego y calentando más agua, Raquel se aproximó al lecho y siguió intentando que brotase leche para la recién nacida desde los pechos de su madre.

—Ysela, mi señora, despierta... —dijo entonces Elvira—. Tienes que buscar un nombre para tu hija...

La esposa de Pedro de Segura sonrió al escuchar la voz de su pupila.

Después del primer embarazo frustrado a los pocos meses de llegar a Teruel ya como esposa de Segura, una mujer de Gea se presentó en su casa pidiéndole que aceptase a su hija Elvira, entonces de cuatro años, para que la sirviera como criada a cambio de educarla y formarla, porque deseaba para su hija un mejor

futuro del que podía ofrecerle ella. Ysela sabía que en las cortes de grandes señores al otro lado de su tierra de Jaca era costumbre muy arraigada que se tuvieran damas de compañía y pupilas bien formadas fieles a su dueña hasta la muerte. Aceptó a la niña para criarla, añorando a esa hermana que había dejado en Jaca y a la que no volvería a ver, y añorando un hijo del que ocuparse, tal como era su deseo o al menos eso para lo que había sido preparada. El esposo accedió a acoger a Elvira como un capricho de su mujer, solo para que estuviera contenta y de nuevo dispuesta a seguir intentando darle un hijo. Y olvidó la existencia de la pequeña, dejándola libre de compromisos o débitos.

Elvira no tenía más recuerdos que esa vida junto a Ysela y junto a Raquel, que la trataba como a un animalillo salvaje al que poner verjas y límites a su constante intención de demasiada libertad. Y ahora, cumplidos los diez años, era imprescindible para Ysela, pues se consolaba con ella de cada parto malogrado.

—Mi señora, ¿qué nombre le vas a dar a tu hija? —insistió la pupila.

—No vivirá, Elvira —contestó Ysela sin mirarla—. Y si vive, tendrá el nombre de su esposo... así la conocerá el mundo, por el nombre de ese esposo al que tiene que darle hijos, porque, si no, no será una mujer entera. Si vive, deseará haber nacido varón y no hembra con el único destino de servir a un señor.

Raquel le acercó una tisana sin hacer caso de sus lágrimas.

—La llamaremos Isabel —dije entonces, mirando a esa criatura que bebía ávidamente las gotas que le tendían mis dedos—. Isabel será su nombre de mujer, y con este nombre la conocerá el mundo, yo lo sé, porque lo he soñado...

—Elvira, muchacha —me dijo el ama Raquel—, la niña se calma si chupa la leche de tu dedo, sigue haciéndolo, pero no hables más, para que su madre descanse...

Obedecí.

Sí, era yo. Aquella pupila de nombre Elvira, casi una niña todavía, era yo. Y vi nacer a Isabel de Segura, la hija de uno de los hombres más pudientes y considerados de Teruel. Yo sería su aya y maestra, y ella cambiaría mi destino, aunque entonces no lo sabía.

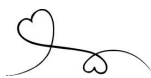
La vida que comienza

Don Pedro de Segura tenía dos más de treinta años cumplidos y había amado al rey Alfonso, segundo de Aragón y nieto de aquel primero llamado el Batallador. Recordaba nítidamente la primera vez que lo vio, veinte años atrás, en aquel 1177 del otorgamiento de los fueros para Teruel, la ciudad nueva que sería su casa para siempre. Segura contaba algo más de doce años cuando llegó con su familia desde las tierras de Navarra, de donde procedían las tres generaciones de su apellido antes que él. Tenía la ambición que le había inculcado su padre y la mente ágil para adaptarse a los cambios heredada de su madre, y no le causó ninguna inquietud aquella ciudad recién nacida, todavía con más animales que personas pululando en el interior de aquellos muros que terminaban de rematarse con algunas torres de vigilancia, haciendo la función de frontera del reino.

Teruel, fundada como ciudad por el poder real de Alfonso II apenas solo seis inviernos antes, era un nuevo mundo, una oportunidad para los más fuertes, y así lo había sentido el jovencísimo Segura. Las crónicas más antiguas hablaban de las tierras de los turos y un castillo alzado en el camino que los musulmanes seguían para comunicar Córdoba, la capital del califato, con Zaragoza, la capital de una de las taifas más importantes. Tirwal, el castillo y su asentamiento de gentes de filiación musulmana a la sombra de su protección, había gozado de esplendor por un tiempo hasta que las relaciones políticas y comerciales entre el norte y el sur de al-Ándalus cambiaron de ruta, sobre todo hasta que la amenaza de la invasión, primero almorávide y después almohade, empezó a expulsar a sus gentes. Cuando en el año noveno del reinado de Alfonso, contado el 1171 de los cristianos, los almohades consiguieron tomar Valencia, Tirwal solo era una pequeña aldea de gentes dispersas y casi olvidadas que dos veranos antes los caballeros de Alfonso habían anexionado al territorio cristiano de Daroca, sin que aparentemente hubiera cambiado nada.

Pero fue la amenaza de la expansión almohade lo que determinó el destino del reinado de Alfonso y el destino de Teruel. Y también el de Pedro de Segura,

como siempre había creído él mismo con toda certeza.



La primera vez que acompañó una expedición a las tierras de los turos, el rey Alfonso era un niño de poco más de nueve años que dos años antes había heredado de su madre, Petronila, un reino y una corona, la de Aragón. El consejo de regencia que gobernaría durante su minoría de edad, además de sus magnates aragoneses, incluía a barceloneses en consideración de su padre muerto, el conde de Barcelona; pero eran caballeros aragoneses y navarros los que aconsejaban al rey y a sus cortes de gobierno sobre las acciones militares que debían emprenderse en su nombre para salvaguardar los intereses y ampliar los territorios de la Corona de Aragón. Pedro de Segura lo había escuchado de boca del propio Alfonso: que aquella primera expedición a esas tierras fronterizas enclavadas en las sierras que conservaban el nombre de los antiguos turos o turbuletas había sido decisiva en su formación como rey. Fue entonces cuando Alfonso conoció a Ibn Mardanish, el rey musulmán independiente de Valencia, Levante y Murcia, jefe del partido andalusí de resistencia contra los almohades, el llamado por los cristianos Rey Lobo. El Lobo era descendiente de aristócratas muladíes de origen mozárabe, y fue como un abuelo para Alfonso aconsejándole estrategias de fuerza ante sus magnates interesados y otras formas de vencer sin batalla, haciendo política.

—Somos hijos de esta tierra tú y yo por igual, herederos de una historia que pronto dejará paso a nuevas ideas de Dios, queriéndolo utilizar en su beneficio... Pero lo que cuenta es el ahora, y tú y yo nos conocemos y somos hermanos de tierra, nacidos aquí y alumbrados por el mismo sol. Te aprecio, joven Alfonso, tocado por el destino que no por la fortuna, pues él te arrebató una vida que has de entregar a tus súbditos..., pero los cielos saben bien lo que hacen, no desesperes; en tu mano está el futuro...

El Rey Lobo ofreció su alianza firmándose tributario de Alfonso de Aragón para fortalecer la resistencia contra esos extranjeros almohades que les amenazaban a ambos por igual, y le cedió la conquista de los territorios en torno al río Alfambra y las tierras turolenses para reforzar las fronteras cristianas, favoreciéndose así del bloqueo que ello les imponía a los almohades. Al cabo de varios meses, antes de regresar al suntuoso palacio de Murcia, que era su

residencia habitual y reflejo del paraíso en la tierra, como había sido su deseo de hombre cultivado, ofreció a Alfonso sus últimos consejos, pues no volverían a verse.

—Nos despedimos para siempre, amigo mío Alfonso... he sabido por mis adivinos que antes de cumplir mis cincuenta años moriré. Solo me quedan dos años de vida, por tanto, y debo instruir a mi hijo adecuadamente para que no olvide sus raíces y que entregue su coraje a salvaguardar nuestra tierra de aquellos que no la comprenden. Esta tierra que amamos por igual, rey Alfonso de Aragón.

El Rey Lobo le miró con amistad antes de proseguir:

—Mi hijo tiene una difícil tarea... has de saber que mi suegro y abuelo suyo ha adoptado las doctrinas almohades y se prepara para traicionarme apoyando la conquista de Valencia. Lo siento también por ti, Alfonso, pues debes tomar decisiones cruciales. Si los almohades conquistan Valencia, será como abrir la puerta al fin de nuestra memoria.

—¿Qué me aconsejas, Lobo?

—Refuerza la vieja fortaleza de Tirwal y hazla frontera, funda una ciudad y concédele privilegios a cambio de los cuales te serán tus vasallos y señores fieles hasta la muerte, pues vas a necesitarlos a todos ellos.

—¿Una ciudad? ¿Dónde?

—El destino te dirá dónde, joven Alfonso. Déjate guiar por los cielos y agradece sus señales.

—Los magnates consejeros de mi reino quizá no lo entiendan... —titubeó Alfonso.

—Los viejos políticos de tu Consejo regente solo quieren mantener sus privilegios mientras puedan y no seas independiente como rey mayor de edad —atajó el Lobo—. Pero, sin duda, tus caballeros alabarán tu decisión. He conocido a tus fieles navarros y aragoneses, y ellos verán la conveniencia militar de hacer fuerte tu reino precisamente en la frontera.

El Lobo se refería a los Muñoz, los Luna, los Abarca y los Marcilla, los hidalgos e infanzones que venían acompañándolos en las expediciones que Alfonso llevaba a cabo por los territorios del reino para recibir el homenaje de fidelidad de sus vasallos desde que hubiera sido proclamado rey. En efecto, ellos también habían aconsejado la oportunidad de establecer una protección militar en aquella zona.

—Son de fiar más que nadie —insistió Lobo—. Yo mismo estoy en deuda

con uno de los navarros, al que he querido honrar cediéndole el antiguo territorio de los Banû Razín que llamáis Albarracín.

Alfonso miró asombrado al Rey Lobo.

—En muestra de mi amistad y en pago a la ayuda militar que recibí de él, Albarracín ya es de Pedro Ruiz de Azagra, el señor de Estella. Esas tierras son así Señorío soberano enclavado entre Aragón y Castilla, pero el navarro Ruiz de Azagra es aliado tuyo, Alfonso, y protegerá tus intereses en ese lado de tu frontera... porque yo debo luchar contra mi suegro para intentar arrebatarle los territorios del Levante que ha vendido a los almohades, y no podré hacer otra cosa que entrar en guerra para defender Murcia, mi casa.

El Rey Lobo tuvo razón en todo. Cuando regresó a sus dominios, los gobernadores de Almería y Alcira también se habían sometido a los almohades. Sus avances dieron como resultado la conquista de Valencia en el verano del año 1171 de los cristianos, lo que finalmente hizo reaccionar a los consejeros del reino de Alfonso, concediendo lo que sus caballeros llevaban ya varios meses pidiendo, la fundación en ese mismo otoño de una villa en Teruel, a cuyos pobladores se concederían privilegios especiales para favorecer un rápido asentamiento de gentes dispuestas a proteger la frontera más alejada del reino.

Seis meses después, en la primavera de 1172, el Rey Lobo moriría en su ciudad de Murcia duramente asediada por los almohades, y los miembros de su familia serían ejecutados o expulsados, teniendo algunos de ellos que alistarse como mercenarios en los ejércitos cristianos.

De aquellos descendientes de Lobo procedía esa mujer que sería la nodriza de su hija.

Pedro de Segura sintió el calor del sol ya alto en el lado derecho de su cuerpo, al trote tranquilo de su montura.

Él era uno de los pobladores llegado a la nueva villa de Teruel con su familia y su espíritu ambicioso y fuerte para guardar aquella frontera que tanto importaba a Alfonso.

Alfonso no había alcanzado aún su mayoría de edad, aunque ya tenía determinación. Aprovecharía el viejo emplazamiento musulmán junto al río Guadalaviar, pero decidió trasladar su centro de población de la hondonada hasta el cerro cercano, desde donde podría servir mejor a sus fines de defensa y vigilancia. Integró las almunias y granjas que se dispersaban hacia lo alto de la muela y ordenó la construcción de la iglesia en el medio camino que seguía hasta la parte más alta, cerrándolo todo con las murallas necesarias para garantizar la

seguridad de todos los pobladores que quería atraer hasta allí. Conocía la villa de Jaca y las ciudades de Huesca, Barbastro y Zaragoza, y comprendía la forma que debería tener esa nueva villa con objetivos tan exigentes e importantes para su reino. No quería aldeas dispersas alejadas del núcleo escueto de una iglesia y un par de casas al servicio de su monasterio, que debían recorrer la distancia de medio día o más cada vez que tenían que recibir noticias suyas. El joven rey quería ciudadanos capaces de labrar y de criar ganado y rebaños, pero listos a empuñar de inmediato las lanzas y vestir los pecheros de piel curtida en cuanto él enviase a su mensajero con la orden. Para eso, las gentes tenían que estar cerca unas de otras. Concedió tierras a cuantos quisieran establecerse en Teruel, en mayor cantidad si los pobladores llegados eran caballeros y en menor superficie si los llegados no tenían capacidad de ser reclutados o no poseían caballo en propiedad; negoció su integración con los viejos moros de paz de la zona, confiando en ellos porque había confiado en su amigo el Rey Lobo y para aprovechar sus conocimientos como alfareros, constructores y peones de labranza, y fomentó la edificación de las casas principales de los leales a su reino para que fueran habitables cuanto antes y dieran al núcleo de la villa un aspecto lo más cercano a lo que él recordaba de sus estancias en las ciudades del reino.

Segura siempre lo recordaba: cuando el rey de Aragón otorgó el Fuero de Teruel con todos los derechos y obligaciones para sus habitantes en aquella jornada memorable de 1177, sus dos hermanas menores todavía estaban vivas. Fue en ese mismo invierno cuando murieron las dos a la vez, víctimas de fiebres sin remedio, como dos pajarillos desarraigados. Los fueros reales concedían privilegios a los nuevos moradores si se establecían en la ciudad y especialmente a los que asumieran cargos de regencia y servicios defensivos a la comunidad. De ello se benefició la familia de los Segura, que llevaban la crianza de caballos en los cobertizos extramuros y establecieron con Castilla una potente red de comercio de piezas de ganado y productos elaborados que dejaban pingües beneficios para la ciudad y que en poco tiempo los convirtieron en una de las familias más ricas de Teruel. Cuando Pedro de Segura se hizo cargo del negocio familiar, lo amplió arrendando campos de su propiedad a cambio de rentas sustanciosas y vendiendo el trabajo de sus operarios en la construcción de casas para los nuevos pobladores que seguían llegando atraídos por los derechos otorgados por el rey. Siendo todavía muy joven, ya era uno de los llamados ricohombres de Teruel, pero tenía que buscar una esposa que garantizara la

pervivencia de su estirpe y ya sabía que las hembras eran las más vulnerables, como sus hermanillas, pero también las más necesarias.

En un viaje real a Jaca, donde el joven Pedro de Segura, de entonces veintidós años, acompañaba la comitiva real como magnate prestamista del rey, fue cuando conoció a la hija de diez años de un importante caballero jacetano llamado el Bearnés. Pedro de Segura concertó la boda para cuando su futura esposa, de nombre familiar Ysela, cumpliera catorce años. Aquella muchacha hermosamente plena, de piel fuerte y clara, sería la madre de sus hijos. Regresó a por ella tras el plazo convenido y se la llevó con él a la nueva ciudad de Teruel. Era el final del verano del año 1190.

Las gentes de Teruel se agolpaban junto a la puerta de Zaragoza, una de las principales de la muralla, por donde hizo su entrada la mesnada que acompañaba el carruaje que traía a la joven esposa Segura. Su destino era la casa que el pudiente don Pedro, comerciante de ganado, dueño de arrendamientos y tesorero del rey Alfonso II, había construido en el barrio forjado por las casas más ricas en torno a la iglesia de Santa María, donde además de los principales potentados turolenses se habían situado también las casas del concejo y la plaza de la Comunidad, un solar abierto junto a la iglesia para las reuniones de los habitantes del burgo turolense. La puerta de Zaragoza, abierta al camino real que llevaba a la capital del reino, era llamada también «del Tozal» por el camino intramuros que formaba uno de los ejes principales del trazado de la ciudad, atravesando la plaza del Mercado, donde se celebraban festejos populares con las danzas de los toros y las justas de caballeros y los actos fúnebres reales, siguiendo hasta la puerta de Guadalaviar, al oeste de la muralla, escoltada con dos torreones para la vigilancia.

Su casa señorial de doble planta con caballerizas, huerto y bodegas, alzada con doble muro conformando la calle colindante con los huertos y el camposanto de la iglesia de Santa María, estaba totalmente terminada y su mayor ilusión era mostrársela a su joven mujer. Raquel les había acompañado ya entonces, cabalgando una de las monturas propiedad de Segura. La joven Ysela había viajado en el palanquín tirado por mulas, lo que obligó a que el ritmo del viaje fuese más lento, pero el marido no quería arriesgarse a que su esposa cayese del caballo o malograra su vientre si cabalgaba de forma inconveniente antes de cumplir con su fin.

Traspasada la puerta de la muralla, Ysela quiso apearse y recorrer a pie el camino desde la parte alta de la villa hasta la plazuela abierta de Santa María,

que los habitantes nombraban de la Mediavilla, señalando que su emplazamiento se situaba en la parte media del cerro. Allí quiso rezar, acompañada de Raquel, y luego, ante la expectación de los curiosos que la habían seguido, continuó andando hasta la casa de su esposo mientras admiraba las fachadas de otras casas vecinas con arcos de entrada rematados con portones de madera. Pedro de Segura quedó muy complacido por la actitud de su mujer, que se movía con ademanes de señora y dueña de lo que le rodeaba. Y creyó que aquel lloriqueo repentino de recién nacido que había escuchado apenas salieron de la iglesia era señal del buen agüero que la Santa Madre divina les enviaba.

Sí, todavía recordaba aquella llantina fuerte y rebelde que se le había entrado por el pecho llenándolo de júbilo. La voz de aquella criatura parecía inundar toda la extensión de la carrera hasta su casa. Uno de los miembros del concejo, que había salido a recibirle, le explicó:

—Es el segundo hijo varón de Marcilla. Hace menos de una luna que ha venido a este mundo...

El noble Martín de Marcilla, apenas cuatro o cinco años mayor que Segura, era uno de los ricohombres de linaje de Teruel, cuyo padre ya había sido también caballero del rey y le había acompañado y asesorado para la fundación de la villa, en la que él mismo con toda su familia se había establecido para favorecer la llegada de colonos. Desde entonces los Marcilla gozaban de la protección del rey Alfonso, acumulando títulos que resaltaban su alcurnia; Marcilla, el patriarca de la saga, había sido uno de los primeros jueces de Teruel en 1181 por designación real. Su sobrino Martín de Marcilla también se había incorporado a la dirección de la ciudad en 1193 y desde entonces acumulaba diversos cargos de respeto.

Este Diego era al parecer su segundo hijo varón.

—El crío llora a todas horas —siguió diciéndole el representante concejil— y su potencia atruena como si quisiera callar al propio cura cuando dirige los rezos, pues se le escucha desde el mismo altar mayor de Santa María. Pero ha salido robusto ese Marcilla como pocos, y la agorera que quiso ver las estrellas el día de su nacimiento dijo que traía consigo un destino muy alto...

No era muy dado a hacer caso de adivinaciones, a las que tan aficionados eran los moros de paz y la gente del pueblo. Aunque Segura recordó que su propio rey había hecho caso a los presagios que le habían indicado en qué lugar debía fundar la villa, y se aquietó su espíritu, sobre todo porque él mismo había sentido en su fuero interno que haber oído a esa criatura tenía un mensaje para

él. Sin duda el mensaje de que antes del verano siguiente podría alegrarse con un llanto parecido en su casa, el de su propio hijo, un heredero al que legarle la gran fortuna que había hecho comerciando con los territorios al norte del reino y asumiendo cargos administrativos en la regencia de la villa.

De todo aquello ya estaban cumplidos los seis veranos y toda la última estación del otoño, pero Segura solo llegaba a ver los hijos varones de otros.

Ese hijo segundo de Marcilla, que llamaban Diego, seguía atronando las cuestras de Teruel con sus voces y su rabiosa vitalidad, imponiéndose a su propio hermano primogénito y al resto de los chiquillos de los Luna y los Abarca que en todo ese tiempo habían ido naciendo y sobreviviendo en Teruel.

Con los meses, Pedro de Segura había llegado a reconocer la voz del pequeño desde lejos, pero miraba hacia otro lado si en algún momento llegaba a verlo o tenía que cruzarse con él en el tránsito hacia la plaza del Concejo. Diego Marcilla le recordaba su ilusión truncada.

El mandato de los cielos

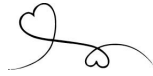
Lupa de Mora se instaló en casa de los Segura con su hija recién nacida, de nombre Meriem. Lupa era algo más joven que mi señora jaquesa, pero dura y curtida por su vida junto a un guerrero al que había seguido en sus campañas, con bastante leche para las dos criaturas que amamantaba a la vez. Sus otros tres hijos pequeños habían quedado a recaudo en el hospicio del arrabal levantado al otro lado de la muralla donde estaban los restos de aquel primer asentamiento de turboletas de filiación musulmana, cuyos descendientes seguían trabajando la alfarería y los tintes como habían hecho sus antepasados, para lo cual precisaban tener el río cerca. A ambos lados de la morería se extendían las huertas y amplísimos viñedos alimentados con sistemas de riego ingeniados por los pobladores anteriores que, mediante acequias y norias junto a la corriente del agua, lograban repartir su aprovechamiento por las tierras a ambos lados del cauce.

Lupa aceptó sumisamente que sus hijos no fuesen considerados cristianos de derecho, a pesar de que el padre lo había sido de nacimiento y ella era convertida sincera, amante del Dios cristiano y de su madre divina, como demostraba el nombre puesto a su propia hija.

—No poseo riquezas para hacer valer que mis hijos ya nacieron cristianos, y mi único linaje es descender de un rey pero moro, aunque fuera de paz y amigo de Alfonso —explicó Lupa a Raquel, cuando esta le preguntó con curiosidad por su situación—. La conveniencia de adaptarse a otros cuando en ello está la supervivencia de tu familia es la ley de los que no pueden hacer otra cosa. Pero mis hijos aprenderán el oficio de los mudayyan de estas tierras y podrán ganarse la vida, y por ser alfares, olleros y cantareros serán protegidos por el Fuero Real, que es mucho más de lo que yo podría hacer nunca por ellos. Y algún día, si por ambición o por deseo se les viene en gana, podrán viajar a la capital del reino como cristianos por derecho de nacimiento, pero criados con los saberes de los

moros libres, con un oficio y con una habilidad para poder comerciar en ello al mejor precio.

Y Lupa dio así por concluida la justificación de aceptar que, aunque no podía vivir bajo el mismo techo con sus hijos, ello era por su bien.



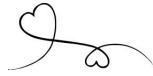
Al llegar la primavera todos en la casa de Segura albergaban ya certeza de que la niña Isabel era de vida. Todos menos su padre don Pedro, que sabía de las muchas criaturas que morían antes de cumplir un año de vida, y por ello se había apresurado en cristianar a su hija cuanto antes aun poniéndola en más riesgo de muerte con eso, pues hubo que llevarla, en un día helador de febrero, a la pila bautismal de Santa María y allí quitarle las ropillas y exponerla al agua bendita. Su madre se había quedado llorando en el lecho, vendada todavía y dolorida por los entuertos del parto, y solo se sosegó su ánimo porque fue la propia Raquel quien llevó a su hija entre los brazos arrebujada con su propio manto y yo la acompañaba, y se cuidó de traerla de vuelta sin perder tiempo en cuanto el cura dijo el amén del responso.

El barro acumulado en la calzada estaba helado y Raquel clavaba con fuerza las suelas de sus abarcas apretando con fuerza el cuerpecillo de Isabel envuelto en la lana como un fardo. De vez en cuando estiraba un brazo y yo lo asía con fuerza como si hubiera sido un báculo caminando a su lado, dispuesta a servirle de apoyo para no tropezar con algún pedrusco o resbalar sobre el manto de hielo que se extendía en la calle como si hubiera sido alabastro puro.

—Elvira, así como me estás ayudando ahora a caminar sobre este hielo endiablado, así has de proteger siempre la vida de Isabel, óyeme, que yo un día no estaré y te toca a ti, más que ser pupila de su madre, ser la guía y amiga de su hija...

Y yo asentía a las palabras de Raquel, vigilando dónde ponía el pie y cuidando de que las sayas no entorpecieran su paso más de lo que lo hacían el barro y el agua estancada, que con el contacto del sol ya volvía a ser líquida y nos empapaba los bajos de las ropas y las alpargatas. Aunque Raquel no me hubiera aleccionado tantas veces a lo largo de los años que vivimos juntas acompañando a nuestra señora Ysela, yo hubiera amado igual a mi niña Isabel y hubiera velado por su vida y hubiera hecho lo mismo que hice, y estaría igual

aquí ahora, velando también por su memoria y por ese destino que trajo el día de su nacimiento.



El mismo don Martín Muñoz de Finojosa, arcipreste de Teruel, en representación del obispo de Zaragoza, había oficiado la ceremonia del bautismo de la criatura. Pedro de Segura, que había regresado el mismo día anterior al bautismo de su viaje a Daroca para el juramento al nuevo rey Pedro, había donado a la iglesia una importante cantidad de dinero para pagar rezos de protección para su familia y las obras para terminar los techos de madera de una de las naves. A continuación, celebraba un convite en su casa para todos los clérigos de Santa María, aunque también había invitado a los priores de las otras parroquias de Teruel, dejando para más adelante la presentación de su hija a las familias pudientes y principales infanzones y ricohombres de la villa, como los Marcilla, los Muñoz, Santa Cruz, los Varea y los otros Segura de su propia familia también instalada en Teruel. Habría que esperar al próximo verano, cuando su hija exhibiera al menos seis o siete meses de vida, para que él se convenciera de que ya podía llamarla como tal, y mientras tanto esperaría su muerte y que su esposa estuviese fuerte para intentar un nuevo embarazo y, si Dios quisiera, alumbrar un varón.

A las puertas de la casa había ocurrido lo del hijo de Marcilla, ese niño rebosante de vida que atronaba con su voz alegre todo el barrio de Santa María. Diego Marcilla había salido de repente de su portal, apenas vestido con una túnica corta de paño verde teñido y ajustada con su cinto, y los pies envueltos en calzas de cuero peludo atadas con cordeles cubriéndole solo la mitad de la pierna. No llevaba saya y sus brazos estaban al aire por encima del codo dejando libres los gestos del niño, que se había presentado delante de Raquel de un salto.

—Dicen que ella es la estrella —dijo de sopetón, señalando el bulto que el aya apretaba contra su pecho.

—¡Diablo de perillán, qué susto me has dado! —exclamó Raquel, entrando por el umbral abierto del portón de la casa de Segura.

—Yo soy el toro —añadió el niño Diego.

Un escalofrío recorrió mi ser entero y miré al chico.

—Tú eres el que vocea a todas horas —replicó el aya Raquel—. Se te oye por todo el barrio, y ¿dónde vas sin abrigo y sin cubrirtte las piernas ni los brazos? ¿Ya lo sabe tu madre, maladrín?

—Déjame verla. —Diego se acercó, sabiendo que Raquel desaparecería escaleras arriba en un instante.

—No quiere su padre que nadie la vea hasta que Dios diga que es de vida —rehusó el aya.

El pequeño no se movió.

—En verano sabremos si puedes o no puedes verla, y hasta entonces, abrígate, ¡o serás tú el que se vaya antes de hora de este mundo!

Diego sonreía sin más. Aquella sonrisa de Diego yo sé que llamó la atención del aya Raquel, que de pronto se azoró y observó con sorpresa al segundo hijo de Martín de Marcilla. Ese era el niño que las había saludado con su llantina, a ella y a su dueña jaquesa, aquel primer día de su llegada a Teruel; a él le pertenecía aquella potencia de vida que Pedro de Segura había deseado escuchar en un hijo suyo. Raquel estaba cayendo en la cuenta de que esa criatura que ahora la miraba sin arredrarse había estado presente en sus vidas desde el primer momento en que habían pisado la primera piedra de la villa de Teruel. Calculó rápidamente que en verano cumpliría los siete años, pero sus ojos grandes, del color de las aceitunas verdes maduras a punto de ser vareadas, tenían una mirada de más edad, una mirada de más allá del tiempo quizá.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Raquel, aunque ya lo sabía.

—Soy Diego Marcilla, hijo del caballero infanzón Martín de Marcilla, miembro del concejo y amigo del rey.

—Desparpajo ya tienes —añadió Raquel aspirando una bocanada de aire—, y te tienes bien aprendida tu prosapia... ¿amigo del rey que ha muerto?

Diego volvió a ser un niño con el gesto encantador de sus hombros encogiéndose ante la pregunta maliciosa de Raquel, y sacudió su cabeza agitando la cabellera que le caía en hebras onduladas y oscuras por detrás del cuello.

—Vete con tu madre, segundo de los Marcilla, que me da frío solo de verte sin cubrir con un manto, y pronto se pondrá el sol.

Diego se volvió entonces hacia mí, que había estado observando su belleza asombrosa en silencio. Casi me igualaba en estatura, aunque yo rebasaba mis diez años de edad y él todavía tenía que cumplir los siete. Pero todo en él era extraño y especial a un tiempo.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Elvira, la pupila de doña Isabel la jaquesa —respondí sin titubear.

—Ya lo sabía.

Asentí. No a mi propia certeza de que Diego Marcilla conocía ya mi nombre, sino porque estaba comprendiendo mi presentimiento: que Diego estaba en mi destino, igual que yo estaba en el suyo.

El niño dio media vuelta, como si de pronto hiciera una cabriola en el aire, y salió del patio de la casa, dejando el portón abierto de par en par.

Subí corriendo las escaleras y abrí los cortinajes de la alcoba de mi señora Ysela para que el aya Raquel no perdiera tiempo y pudiese liberar a la niña de los mantos que se habían quedado helados en el camino desde Santa María.

—Es fuerte, Ysela mía, tu hija es fuerte, y no le va a poder ni el frío de Teruel ni la dureza de este mundo —le dijo Raquel, mostrándosela ya envuelta en nuevos ropajes calientes.

Lupa estaba esperándola incorporada en el camastro en la esquina de la alcoba que compartía con ella, y dejó a sus pies sobre las mantas el cuerpecillo adormecido de su hija Meriem, para dar prioridad a la diminuta Isabel.

—Hay que amamantarla, Raquel —dijo la jaquesa señalándole que la pusiera en brazos de Lupa—. Sigue siendo muy pequeña, temo por su vida a cada instante.

Lupa descubrió su pecho y ayudó a la criatura a comprender que tenía que chupar de él luchando por su propia supervivencia.

—Nuestra Virgen jaquesa la ampara —dijo Raquel observando a la niña Isabel ya entregada a su alimento—. La Virgen de Gracia no dejará que le pase nada malo, ni a ti tampoco, Ysela, hija mía... ahora tienes que ponerte fuerte y mejorar el ánimo.

—¿Con quién hablabas en el patio?

—El picaruelo Marcilla quería ver a tu hija. Iba vestido a medias, no le tiene miedo a nada, es curioso como un osezo salvaje.

—La mujer de Marcilla tiene preñez de nuevo —dijo Ysela con la voz ronca—. Han mandado recado para saber si Lupa estará dispuesta para ir con ella cuando vuelva a parir, en el verano.

—Pero yo no he de estar dispuesta —atajó Lupa—, y así se lo hemos hecho decir, que tiene que pasar todo este año y la primavera del que vendrá después hasta que estas dos criaturas no precisen más de mi leche.

Aunque quizá ese no hubiese sido su destino primero, Lupa cumplía con

todos los requisitos exigidos por los señores más pudientes, que preferían que sus hijos fuesen amamantados por una mujer dedicada a ello en cuerpo y alma, como era ella, todavía joven pero experimentada, de piel rosada, de buena salud y pecho abundante, y además respetuosa, honrada y sin intenciones impúdicas.

—En el verano podrás estar preñada tú también, preparada para darle a tu esposo ese varón que desea —dijo Raquel queriendo animar a Ysela—. Esta hija es de vida, y Dios te la manda como señal para que sepas que con ella tu destino se abre a los hijos que te vendrán a continuación.

—Y yo seguiré contigo, señora jaquesa, para seguir amamantando a tus hijos, uno detrás de otro, y que me sigan sacando la leche sin dejar que se seque mi ubre.

Sofra entró en la alcoba y miró primero si la chimenea necesitaba más troncos para que no remitiese el fuego. Atizó un poco las brasas y comprobó que darían calor al menos hasta las campanadas de Santa María anunciando el cierre de la muralla en la hora de Vísperas. Seguidamente se acercó al lecho de Ysela.

—Tu esposo don Pedro te manda saludos, señora. Él y los canónigos de la iglesia y todos los llegados están reunidos en el salón; dentro de un rato comerán primero y después irán a rezar a la capilla por la vida de tu hija.

—Trae ahora, pues, los caldos y las piezas de salazón para nuestra cena y así te afanas con Harome en atenderlos luego sin preocuparte más de nosotras.

Sofra obedeció las indicaciones de Raquel y echó de nuevo los pesados cortinajes aislando la estancia del resto de la casa.

A los pies del lecho de Lupa, que se afanaba en forzar a la niña Isabel para que siguiera succionando su alimento, su hija Meriem, envuelta en su fardo de vendas de lana, esperaba su turno para ser amamantada, y movía sus ojos con curiosidad hacia mí. Me apoyé sobre el camastro, muy cerca de ella, respondiendo a su mirada con una sonrisa. Lupa me había mirado de reojo, pero estaba atenta de su otra niña a su pecho, mientras el aya Raquel protestaba tendiéndole un tazón de caldo caliente a su ahijada Ysela, que negaba con el gesto.

—¿Cómo quieres que tu hija entienda que comer es por su bien si tú tampoco lo entiendes?

Entonces vino a mis ojos el sueño de aquella noche del nacimiento de Isabel. También estaba allí Meriem, pero era una mujer que recogía sus cabellos rubios debajo de una toca y lloraba... Era ella, sí, esa Meriem que me miraba con sus ojillos de recién llegada a este mundo con una misión que cumplir.

—Elvira, ¿qué te ocurre? —Mi señora apartó con su mano el cuenco del caldo—. Pupila, estás temblando, ven aquí, dime qué te ocurre.

El aya Raquel y Lupa repararon con sus ojos en mí, paralizada, sin poder dejar de mirar la mirada de Meriem.

—¡Doña Raquel, apártala de mi criatura! —exclamó Lupa.

—Dedícate a lo tuyo —replicó Raquel sin contemplaciones—, y cuida no se te corte la leche. Elvira, niña, estás lívida, ¿tienes fiebre?

Raquel había dejado el caldo y me agarraba los hombros sacudiendo mi cuerpo entero para que regresara de mi visión. Parpadeé un poco y la miré, y volví a sonreír.

—Ha vuelto aquel sueño... —respondí con un hilo de voz.

—¿De qué hablas, cría? —rezongó Raquel.

—Ahora lo recuerdo —la interrumpió mi señora Ysela—. Me habló de un sueño la noche que nació mi hija, ¿no es cierto, Elvira? ¿Aún te acuerdas de aquello?

Asentí. No había podido olvidarlo, y cada vez que miraba a esa niña que luchaba contra la muerte presentida volvían a mí sus imágenes y sus voces, y lo silenciaba dentro de mí forzándome a ignorarlo, sin poderlo conseguir.

—Ven aquí, Elvira mía —me llamó Ysela—, ven y abrázame como cuando llegaste a esta casa desconocida conmigo, cuando llorábamos juntas, presas del miedo... las dos éramos tan niñas todavía...

Me abrazó como entonces hacía, antes de que sus obligaciones de esposa la devolvieran triste y agotada, suplicando a la Virgen de Gracia que aquella vez fuera por fin la que le otorgara un hijo varón.

—Cuéntame ese sueño que ves también despierta.

—Había una hoguera, un fuego muy poderoso que engullía los árboles y se extendía en la noche, y se iba haciendo más grande, y en el centro vi el rostro de un hombre hermoso, de cabellos del color de los troncos del olivo y sus ojos verdinegros como las aceitunas... él extendía las manos y sonreía pronunciando un nombre: Isabel te llamas y yo te espero... eso decía. Eres Isabel y tu nombre será inmortal como será inmortal nuestro amor, porque hemos venido a este mundo para sembrarlo con la historia de una pasión irremediable... Entonces una luz azul como el hielo descendía desde la noche acercándose al fuego, y la miré: era una estrella señalando la parte más alta de la llama, brillando con destellos blancos y dorados, y cuanto más brillaba ella, más bravo y más furioso se hacía el fuego intentando alcanzarla...

Sentí de pronto un inmenso cansancio y casi me desvanecí. Escuché a mi dueña jaquesa que le pedía agua a Raquel para que la tomaran mis labios, y a lo lejos el sollozo contenido de Lupa, que lo había comprendido todo.

—Tu pupila tiene don de videncia, mi señora. Por eso te la entregó su madre, para que no la buscaran en su aldea como bruja.

—¿Qué dices, Lupa? —protestó Ysela—, cálmate, mi Elvira solo me tiene a mí para velar por ella, solo es una niña..., descansa, pupila, por ti voy a ponerme en pie cuanto antes y te llevaré a Santa María yo misma para rezar juntas ante la Madre que vela por nosotras dos...

Raquel había enmudecido. Se acercó a mi cuerpo arrebujado contra el costado de Ysela con una manta y cubrió mi espalda en silencio.

—¿Qué más había en ese... «sueño»? —Raquel había intuido que no lo había contado todo, y era verdad.

Pero no dije nada más.

—Es común en las serranías de las tierras de los antiguos turos encontrar a mujeres con poderes de adivinación —insistió Lupa—. Saben de aplicar las hierbas para curar o para matar, y Dios o el diablo les envían mensajes a través de los sueños para entregarlos a las gentes y que conozcan sus designios... pero los hombres les tienen miedo y muchas han sido abandonadas en cuevas para que las bestias salvajes las devoren o han sido ajusticiadas y quemadas en hogueras para librar a su aldea de sus malos augurios.

—Mi pupila tiene el alma limpia —me defendió Ysela abrazándome contra su cuerpo—. Todos soñamos cuando dormimos... ¿acaso tú no sueñas, amiga Lupa? Elvira soñó un nombre para mi hija, y a mí me gustó... es un sueño muy hermoso, Elvira, y sé que tú cuidarás con tu propia vida la vida de nuestra niña Isabel, como ahora la amamanta Lupa con todo su amor.

Isabel se había quedado dormida ya henchida, y la nodriza la dejó en la banasta junto al lecho de su madre, para tomar a continuación a su hija.

Sofra y Harome entraron en el dormitorio sin previo aviso. Habían arrastrado un camastro con ruedas hasta la salita previa.

—Don Pedro nos manda, señora, para llevarte a recibir la bendición de los clérigos antes de que se marchen.

—La señora no está en condiciones de...

Pero Ysela detuvo con la mano la protesta de Raquel y les indicó a las mudéjares que la trasladaran hasta la cama especial para acceder al deseo del esposo.

—Péiname y ponme la toca sobre la cabeza —ordenó a su aya—, y cúbreme con la colcha de los bordados de oro que lleva el escudo de Segura.

Raquel todavía intentó resistirse, pero nuevamente Ysela la atajó:

—No rechazaré la bendición de los hombres más poderosos en nombre de Dios, y la pediré también para mi hija. Tú vendrás conmigo, aya Raquel, y pondrás las palabras que más te convengan en mi boca, y así no tendré que hablar más que con los gestos.

Se encaminaron hacia la capilla, junto al salón principal y la pieza donde el dueño cerraba sus negocios, en el otro lado de la casa.

—Estamos solas, muchacha —me abordó Lupa.

Amamantaba a Meriem interponiéndola entre ella y yo.

—Tú no eres como esas agoreras falsas que contratan los altos señores para contar con un buen augurio de su primogénito... Todos necesitan calmar sus almas con la sensación de que pueden conocer el designio de los cielos, y de eso hacen negocio muchos avispados, nigromantes o no. Pero tú no eres así...

No dije nada. Ella lo presintió como mi conformidad y siguió hablando.

—No te tengo miedo, pues mi propia madre sufría de visiones que le trajeron la desgracia... ella vio la guerra que asolaría Alcira, el lugar donde se había criado, y vio la destrucción de su fastuoso palacio y en todo tuvo razón, pero la ataron a una cruz de madera hasta que murió de hambre y de desolación, porque a nadie gustaron sus predicciones y ella no quiso negarlas. ¿Comprendes, Elvira? Ver las cosas antes de que sucedan no trae más que desdicha, pues nadie quiere saberlo ni comprender que quizá tuviese una oportunidad de cambiarlo y no la aprovechó...

Fui junto a la chimenea y me senté sobre una de las pieles de carnero extendidas en el suelo, mirando el crepitar del fuego en silencio, sintiendo la mirada fija de Lupa.

—Pero no puedes evitarlo, tú ves acercarse la muerte... —murmuró entonces—. Es así, ¿verdad? No puedes evitarlo... por eso tu madre quiso protegerte y te trajo aquí, donde nadie pudiera saber de tu ciencia; naciste ya con esta maldición, ¿no es así, criatura?

—No... no lo recuerdo —dije por fin—, no recuerdo nada antes de mi vida con mi dueña jaquesa.

Mentí. Lo recordaba todo muy bien, aunque era una niña, incluso todo aquello que mi madre me obligó a jurarle que no recordaría nunca.

Lupa miró un momento a su hija ya saciada también. Yo presentía que su

corazón se debatía entre la pregunta que no quería hacer y lo inevitable.

—¿Qué has visto de mi hija?

Giré mi rostro hacia ella, extrañada.

—Dime lo que has visto. No te acusaré. Te protegeré, dime lo que has visto de mi hija.

—La niña Meriem será mujer ilustrada en un convento.

—Cuéntamelo todo...

—Lleva un hábito blanco sujeto a su cuerpo.

Lupa miró instintivamente el envoltorio de lana blanca que rodeaba el cuerpecillo de Meriem.

—Le habla a Isabel, la abraza y se despide de ella.

—¿Isabel? ¿Nuestra niña Isabel? ¿Seguirán juntas cuando sean mujeres?

Afirmé con mi cabeza, sin mirarla.

Y sin contarle todo. Sin contar todo lo que en verdad había visto.

Pero ya había comprendido que la verdad es lo único que debe callarse.

El toro y la estrella

Nadie hablaba de otra cosa. Los enfrentamientos entre la reina Sancha, viuda de Alfonso, y su hijo Pedro, de diecinueve años recién cumplidos, habían sido evidentes en Daroca, cuando ambos estaban presentes para recibir los respetos y fidelidades de los hidalgos de la frontera turolense. El príncipe heredero tenía prisa por ejercer como rey, pero, por testamento del fallecido, Pedro no podía reinar con pleno gobierno hasta cumplidos los veinte años, y entre tanto su madre, la reina viuda, quedaba como tutora. Si eso ya causaba mucha tensión en el príncipe Pedro y los que como él demandaban que debía hacer efectiva su condición de rey sin esperar a cumplir la edad prescrita, lo que temían otros muchos era que la reina Sancha no se iba a conformar con ser la regente en nombre de su hijo solo poco más de un año.

A eso se sumaba la impaciencia del rey castellano Alfonso VIII, hasta entonces aliado del aragonés, que quería reclamar a la nueva corte de la reina viuda y su hijo los pactos realizados con el monarca muerto. Alfonso de Castilla había sido derrotado por los almohades en Alarcos, dos temporadas antes, y toda su obsesión era vencerlos en una nueva batalla donde además poder humillarlos. Ya había conseguido que el papa Inocencio diera un importante apoyo con la predicación de una cruzada santa por la cristiandad, para favorecer la participación del resto de los reinos cristianos hispánicos prometiendo el perdón de los pecados a quienes luchasen en esa batalla que estaba organizando el rey castellano.

Pero la muerte del rey aragonés iba a retrasar sin duda los planes castellanos contra los almohades y, sin más remedio que esperar, Alfonso VIII dirigió sus conquistas a otras zonas entre ellas, dando tiempo a que los caballeros y ricohombres aragoneses volviesen a unirse bajo los mismos intereses. Ya en los funerales de Alfonso II de Aragón se había atisbado la división naciente, unos apoyando los deseos de la regente viuda y otros decantándose por el nuevo rey Pedro a pesar de su minoría de edad para gobernar.

La celebración convocada por Pedro de Segura tendría un doble interés en esa situación complicada por la que atravesaba la sucesión de la corona. El motivo de haber convidado a todas las familias importantes de Teruel y a varios nobles aragoneses que vendrían desde la capital era presentar al mundo a su hija Isabel de Segura, festejando que había logrado sobrevivir sana al crudo invierno turolense y que, igual la comadrona que la había hecho nacer como la herbolaria sanadora que asistía las dolencias de las mujeres de la villa y aun la abadesa del monasterio de Santa María, anejo a las casas del arcipreste y el obispo, todas ellas habían dictaminado que la niña Isabel era una criatura fuerte que podría llegar a darle hijos a un hombre. Aunque la fiesta iba a ser también un acto político, pues el propio Pedro II de Aragón y su madre la reina Sancha habían sido invitados, y todo Teruel estaba pendiente de que pudieran o no aceptar venir al banquete.

La pequeña Isabel ya se tenía con la espalda erguida y movía jubilosa los bracitos desnudos en contacto con el aire caliente de aquel verano, como si su piel se alegrase con ella. La envergadura de su cuerpecillo no correspondía a la que hubiera debido tener por sus casi siete meses de vida, pero su viveza y su inteligencia eran superiores a las de muchas otras criaturas que habían nacido a su tiempo. Seguía mis movimientos de aquí para allá en la cocina de la casa mientras yo iba y venía como si ayudara al resto de las mujeres en los preparativos de la gran comilona pensada para los cabezas de familia más pudientes de Teruel, solo por hacerla reír cuando aparecía detrás de una alacena o desde el bajo de la gran mesa, sorprendiéndola con sustito.

No era cierto que mi señora jaquesa luciese preñez nueva en aquel verano como le había prometido el aya Raquel, pero Ysela estaba más bella que en toda su vida y feliz como nunca la había conocido, bailando ante su hija las danzas de los pastores de las montañas jaquesas que ella había visto en su infancia. Pero también el de Segura estaba contento, porque sus negocios habían aumentado en pocos meses y se decía que el próximo juez de Teruel sería su hermano Ximén Segura, lo que le traería sin duda muchas ventajas para sus asuntos. Aprovecharía el buen calor y las celebraciones en honor de la niña Isabel para convencer a su esposa de que durmiera con él de nuevo, y mientras tanto seguía aumentando su fortuna y su poder en la villa.

El final del mes de julio y los días del agosto naciente eran el tiempo de las fiestas celebrando el sol pleno y conmemorando el origen celestial de la villa, y todos los turolenses hacían un alto en sus duras obligaciones diarias para

regalarse dos semanas de alegría y relajo, como hacía el mismo sol, extendido sobre la tierra amante y posado sobre su piel día y noche como dos amantes compartiendo el lecho en las horas de luz y de oscuridad, dedicados solo a hablarse con susurros y prometerse su eterno amor. Los hombres de las aldeas yacían con sus mujeres también durante esos días, buscando el buen augurio que significaba que después de aquellas noches la hembra obtuviese preñez.

La Virgen de la Victoria, proclamada por el papa guerrero Alejandro años atrás para la última luna llena de agosto, señalaba el fin de los festejos y el regreso a las obligaciones, y el sol reiniciaba su periplo anual de nuevo separándose poco a poco de la tierra, contemplándola en su despedida y soñando con volverse a acercar de nuevo cuando pasaran las suficientes lunas para que alumbrase el fruto de su semilla albergada por amor en su vientre. Con ella los hombres volvían a sus obligaciones, preparar los campos, entender el otoño como el momento de limpiarlo de lo que ya no servía y soportar el invierno alentando a la semilla plantada en el interior de la tierra rezando por que no muriera de frío para verla renacer en la primavera trayendo los frutos prometidos.

En aquellos días del sol detenido sobre la tierra había sucedido aquel primer encuentro del toro con la estrella, aquel prodigio que había señalado el origen de la villa de Teruel y que celebraban los turolenses como una marca inequívoca de su destino. Pedro de Segura comprendió que esos días, conmemorando la memoria de esa leyenda llamada a ser inmortal, serían los indicados para realizar el acto de celebración en honor a su hija Isabel, convirtiéndolo en el más importante de todo el lustro para brindarlo a los altos cargos de la ciudad, como una oportunidad, sin embargo, para sus propios intereses políticos frente a los reyes aragoneses, que confirmaron su presencia en el convite.

Los preparativos habían llevado toda la primavera, igual por parte de los potentados del Consejo que en nuestra casa, que se convertiría en el centro de atención de la villa durante mucho tiempo. Era lo que quería Segura, decidido a que todos dentro y fuera de Teruel lo reconociesen en su fortuna.

—¿Cómo se llaman tus hijos, Lupa? —le preguntó mi señora Ysela mientras la observaba amamantando a Isabel.

—El primero nacido recibió el nombre de su padre, Gonzalo —comenzó a responder Lupa, sin dejar de mirar a la niña Isabel, menuda pero robusta igual que Meriem, como siempre esperando su turno para después de que Isabel quedara saciada—. Gonzalo ya cumplió siete años con la luna llena de junio...

El segundo nacido fue Esteban, que solo se lleva once lunas con el primero, y los amamantaba a un tiempo, igual que hago con nuestras niñas Isabel y Meriem, solo que Esteban tenía una avidez especial y parecía que tenía miedo de morir o de no ser tan valioso como su hermano mayor...

—Debe llevarse en la sangre, eso de ser el segundo de una estirpe de hombres, si solo ha de heredar el apellido y la fortuna del padre, el primero...

—¿Qué apellido y qué fortuna, mi señora Ysela...? Su padre no tenía apellido ni linaje, solo era capitán del rey, pero un buen hombre, eso sí...

—¿Lo amas todavía, Lupa?

—Solo le conocí a él, y me trató bien y me amó con dulzura, y me llamaba querida esposa y no tenía rencor de mí por haber sido educada en los privilegios de un rey andalusí...

—Tengo entendido que el Rey Lobo era amigo de los cristianos.

—Más que amigo, hermano de origen, pues sus ancestros fueron cristianos visigodos convertidos al islam por interés y para mantener sus posesiones... Pero eso ya no tiene ninguna importancia, Ysela. ¿Qué más da dónde o cómo nacimos? Solo cuenta lo que somos hoy y las decisiones que nos han traído hasta aquí.

Mi señora Ysela miró con respeto a Lupa. Era una mujer inteligente que había sabido encarar la vida con valor y lucidez.

—¿Y cómo se llama el tercero?

—Mi tercer hijo varón fue llamado Ibrahim por su padre, con mi disgusto...

—¿Por qué, Lupa?

—Mi esposo deseaba honrar mi familia mudéjar...

—Demuestra que te amaba.

—Sí, señora Ysela, me amaba, pero el futuro no es de los mudéjares, sino de los cristianos, y señaló al tercero de sus hijos con un nombre que delata una procedencia por parte de madre que pronto será poco meritoria...

—¿Cuántos años tiene Ibrahim?

—Hará cuatro años con la primera luna llena de otoño.

La niña Isabel manoteó saciada y apartó su carita de la ubre generosa de Lupa, que no insistió.

—Dámela —dijo su madre, sonriente y satisfecha también.

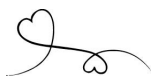
El aya Raquel tomó a la niña y se la entregó a nuestra señora Ysela, mientras Lupa llevaba su gesto hacia Meriem, pacientemente a la espera de tomar su ración de alimento.

—Que vengan tus hijos estos días, aquí, Lupa —dijo entonces Ysela.

—Pero...

—Quiero conocerlos, tráelos, son días de fiesta, celebramos la vida de mi hija Isabel, y esa vida te la debo a ti, Lupa.

Raquel hizo un gesto de asombro, o de susto, pero calló sus reticencias porque entendía el júbilo de su ahijada Ysela viendo a su propia hija agitándose de vida gracias a la leche de Lupa. Sabía que su esposo Segura no estaría contento de ver a tres niños mitad cristianos y mitad mudéjares moverse por la casa, aunque solo fueran unos días los de la celebración. Los hijos varones de otros, aunque estuvieran muertos, le traían al alma su deseo frustrado una y otra vez. Pero ya era tarde. Los ojos de Lupa se iluminaron y su amplia sonrisa delataba el agradecimiento inmenso que sentía por el regalo de Ysela.



La plaza del Mercado era el punto de reunión de todos los habitantes de la villa de Teruel, igual para conocer las órdenes reales que para recibir a los contadores de historias y teatreros ambulantes que recorrían las aldeas con las noticias de aquí y de allá; para concentrar a los comerciantes y vendedores de ganado con el mercado de cada luna menguante, o celebrar mediante danzas populares y otros festejos la memoria de la fundación de la villa, cuyos orígenes sagrados les gustaba recordar a sus habitantes.

Aquellos días de sol pleno comenzando agosto se quedaron grabados en la memoria de todos nosotros.

El pequeño Ibrahim se aferraba a mí como un animalillo recién sacado de su cuadra, ansioso, curioso e incómodo a la vez. En la plaza del Mercado se celebraba aquel día de sol radiante y luna completa la danza del Toro y la Estrella, como llamaban a la celebración del nacimiento de la villa. La gente se agolpaba en la plaza cercada por los carros de mercaderes y las vallas que cerraban el acceso de la subida a la parte alta del cerro, donde se habían dispuesto estrados y asientos para todos los habitantes de la zona, además de las tribunas, pedestales y armazones elevados donde se situaban los señores y potentados de la villa y los cabezas de apellidos ilustres que todos sabían que estaban haciendo la historia de Teruel. En uno de esos estrados nos arremolinábamos los miembros de las familias del merino don Pedro de Segura y

de Lope de Varea, alcaide de Teruel por el señor de Albarracín y teniente de Teruel por el rey, pendiente de confirmación ahora por el nuevo monarca don Pedro. Casi a continuación, compartían tribuna los Marcilla, protegidos del fallecido rey Alfonso II, los de Miguel de Santa Cruz, que se habían declarado defensores de la reina madre viuda, y los de Muñoz, cuya cabeza era don Pascual Muñoz, caballero y prestamista, también acompañante del anterior rey, pero ya decantado por el joven Pedro II.

Los saltimbanquis realizaban cabriolas y la gente gritaba enfervorecida, y los aguadores y vendedores de pellejas de vino hacían buenas ventas por la sed provocada por el calor y la euforia de la fiesta que se alargaba todo el día y su noche. Mi señora Ysela no había querido salir de la casa, ante el disgusto de su esposo don Pedro, que deseaba que todo Teruel viese su galanura y que estaba sana y preparada para un nuevo hijo. Pero ella dijo que había mucho que hacer organizando la comida de puertas abiertas que ofrecerían a los habitantes de la villa después de las danzas del toro y se zafó de tener que mostrarse en la tarima engalanada de la familia Segura, siendo el centro de atención de todas las otras mujeres que ya habían dado hijos varones a sus esposos.

Como pupila suya, yo acompañé a la plaza a las otras mujeres de la casa Segura y al propio dueño don Pedro, rodeado de sus parientes y con su hermano, el futuro juez de Teruel, recibiendo los parabienes y agradecimientos de las gentes turolenses.

Un comediante contratado por Segura, de los que recordaban las historias de los lugares y las gentes, concentró la atención al evocar como un milagro de los cielos la historia de la fundación de Teruel:

—Hércules fue sin duda quien soñó Teruel, a los dos mil trescientos años y tres más de la creación del mundo... Teruel, llamada en aquel tiempo como Turba, es la ciudad del Toro... ¡Turia es el río del Toro, y turbuletas son los adoradores del toro que se daban cita en este mismo lugar, bajo la luna llena y el sol ardiente que hoy nos saludan...!

Los asistentes gritaban y aplaudían, y otro de los actores entraba entonces ataviado con pieles de toro cubriendo apenas su desnudez, simbolizando la fuerza más primitiva de los instintos y las certezas ancestrales.

—Fue en tiempos de la minoría de edad del rey bien amado Alfonso Segundo de Aragón cuando el destino de esta villa lo atrajo hasta los viejos muros, alzados por los pobladores cuyo recuerdo se pierde en el tiempo...

Varios actores ataviados con pieles simulando animales salvajes aparecieron

en la arena saltando y representando el cuento del actor principal. La gente aullaba de emoción.

—El rey por mandato divino quiso abrir nuevos cimientos en las viejas murallas de un asentamiento antiguo que honraba al río fecundador y fue entonces cuando la figura de un toro de piedra surgió de la tierra, el toro bravo llamado Apis por los egipcios sabios que sabían que el toro es símbolo de fecundidad y abundancia...

Los otros jóvenes se retiraron, y solo quedó el actor vestido con una cornamenta auténtica de toro bravo que daba vueltas alrededor del cantor, emitiendo sonidos que hacían exclamar a los congregados, mientras extendía su danza a toda la amplitud de la plaza, adelantando lo que después tendría lugar.

El recitador iba vestido con pieles de carnero y gato montés que llevaban campanillas atadas en sus bordes, y se movía con rapidez de un lado a otro del espacio alrededor del que se agolpaban los turolenses y aldeanos llegados de las zonas más alejadas. Continuó con el relato de la historia.

—Todos los que asistieron al emerger del toro de piedra se arrodillaron impresionados porque la efigie estaba entera y no tenía mácula ni daño alguno y quedaron sin habla, pero uno de ellos, el sacerdote por designio real, señaló a lo alto y todos vieron el prodigio: en el cielo ambarino y violáceo del atardecer, una estrella, la más primera y más completa del cielo augusto, la de brillo más limpio y que solo podía verse en aquellos pocos días del año, había emergido blanca y luminosa señalando sobre el cerro la figura de un toro bravo y negro que los observaba a todos ellos. Muchos sollozaron sin más necesidad de explicación, pero los cronistas del rey tenían la obligación de seguir mirando y viviendo lo que luego tendrían que relatar, y vieron la figura de aquel toro negro y poderoso agitarse y levantar su testuz al cielo, mugiendo como si llamara al propio destino, o como si convocase a la misión que lo había llevado hasta allí... Él era Apis, el dios egipcio de la abundancia de la vida y la fuerza viril, y les señalaba el lugar que su hijo de piedra había elegido para el asentamiento de su nueva morada, este lugar señalado por su padre el toro y su madre la primera estrella de la noche...

La gente gritaba poseída de un fervor que no podían manifestar en la iglesia de Santa María con las palabras del arcipreste cada domingo. Los clérigos de la santa iglesia asistían también al acto, en un palco al fondo de la plaza aislado del resto de los presentes, sin disimular que los orígenes extraordinarios de la villa de Teruel no eran de su agrado, pues rechazaban cualquier origen que no fuera

un designio del Dios cristiano, pero esa historia había sido aceptada por el propio rey, y ellos, por tanto, debían aceptarla también.

—Los caballeros apelaron a Santa María para obtener el permiso real de Alfonso, entonces todavía un joven infante, pues querían comprobar la veracidad de la profecía, y recorrieron la dehesa hasta encontrar el toro salvaje que habían visto en lo alto del cerro bañado por el crepúsculo. Si lo encontraban, podrían justificar el mandato de la estrella. ¡Y lo hallaron, como si él los estuviese esperando! Entre treinta hombres lo pudieron apresar y después de una noche de cautiverio lo llevaron a la orilla del río y le dieron suelta, y lo siguieron hasta donde él quiso abatirse y darse por rendido para que le sacrificaran demostrando la veracidad del designio. Era el mismo lugar donde se había hallado la efigie de Apis, y todos comprendieron que era cierta la profecía, y que allí debían erigir un altar en su honor.

En un lugar al fondo de la plaza había un grupo de mozalbetes de entre seis y nueve años. El más mayor no alcanzaría los diez. Eran todos ellos los hijos de Teruel, varones ya nacidos en la nueva urbe, agitándose de emoción escuchando la historia de su ciudad, mezclados entre sí sin que les importase su apellido ni el origen de su familia, ni la grandeza de sus escudos de armas gritando ante cualquier movimiento del actor que encarnaba al toro bravo. Entre ellos estaba el niño Diego Marcilla, uno de los más jóvenes, y el más apasionado. Yo lo vi, mientras el cantor seguía con su relato; lo observé presa de una atracción extraña, y porque mi alma estaba presintiendo algo que no podía entender entonces, pero que con el paso de los años sí comprendió.

—Los consejeros personales del rey Alfonso dudaban de hacer en este lugar una ciudad, pero había muchos moros enemigos que amenazaban, y sus caballeros Sancho Sánchez Muñoz y Blasco Garcés Marcilla insistieron, rogando al rey que autorizara para construir la villa. Y el rey Alfonso, aunque joven, juicioso, lo autorizó, abandonó el lugar y dejó manos libres a sus vasallos, que comenzaron la obra.

Todos los congregados aplaudían el relato. Cinco bailarinas ataviadas con sedas y velos orientales a la moda habitual en las cortes de los reyes moros bailaban en torno del actor oculto con la cornamenta siguiendo los acordes de una música inventada con sus panderetas y crotalillos atados a los dedos, amoldándose a las palabras del relator y aprovechando sus silencios para ejecutar un salto o una bella pirueta, simulado ser las estrellas que llamaban a esa principal y conmemorada la primera luz del crepúsculo solo visible en aquel

día del año. Una bailarina muy hermosa, apenas cubierta con velos y un tocado que imitaba los rayos luminosos al moverse, se apoderó de la atención del público danzando al sonido que el resto de sus compañeras ejecutaban ahora con panderos. Ella representaba a la estrella que el toro bravo había mirado embelesado en el cerro donde se alzaría una nueva ciudad.

—La estrella más hermosa de todo el firmamento, ella es la que convocamos en este día para no olvidar que nuestra villa fue designio de los cielos... —El relator seguía describiendo la historia ya grabada en la memoria de todos, agitando un largo cayado y las cintas y plumajes raros arracimados en el extremo más alto.

La muchacha danzó alrededor del contorno de la plaza del Mercado, enmudeciendo con su belleza a todos los presentes. El cantor silenciado y su séquito de danzarinas se habían ido retirando poco a poco, pero ella seguía con su danza hechizante concentrando las miradas mientras recorría de uno a otro los extremos de la explanada, hasta que de pronto desapareció también de la vista de todos, dejando solo en el centro de la arena al actor oculto bajo la testuz del toro. Este se desprendió de la piel curtida de animal que le caía desde los hombros como un manto, dejando su cuerpo al desnudo solo ocultando lo más delicado con un taparrabos escueto ante el desagrado de los prelados y la curiosidad del resto de la gente, y ejecutó una danza extraña y hermosa, violenta y desesperada a un tiempo, emitiendo sonidos como sollozos o gritos de furia a la vez. Él era el toro llamando a su estrella entre gemidos de amor imposible e irresistible, llamándola como un loco rendido a su pasión. La gente enmudecida comprendía la intensidad del sentimiento de la encarnación del toro ante sus ojos. Su dolor enamorado esperando a la primera estrella del crepúsculo lo explicaba todo.

De aquel color malva y violáceo del firmamento que empezaba a caer sobre la plaza del Mercado emergió de pronto un brillo intenso y mágico. El desasosiego del toro encarnado se paró y su cuerpo desnudo y ansioso, respirando con dificultad por la tensión, se irguió en la dirección que señalaba su dedo. Todos miraron al firmamento. Allí estaba la estrella que acudía a su cita.

El actor se replegó sobre sí mismo y, dando unos pasos hacia atrás, se retiró mientras toda la gente admiraba el brillo de esa estrella que marcaba el destino de sus vidas, sobre el cielo hondamente azul todavía despidiendo al sol. Y entonces apareció él, el amante a quien verdaderamente ella deseaba recibir. Un toro bravo negro de piel intensa como la noche había dado con sus patas duras contra la tierra provocando los gritos de sorpresa de muchos de los asistentes, y

realizó una loca carrera alrededor de la plaza levantando una polvareda cegadora a su alrededor, entre el llanto de algunos niños, como el pequeño Ibrahim aferrado contra mi túnica, y los suspiros ansiosos de los congregados admirando la belleza extraordinaria y salvaje de aquel animal. El toro emitió mugidos y sacudió con rabia su testuz por un tiempo, hasta que quedó quieto de pronto respirando con profundidad y sosegado, mirando al frente con su cabeza firme y erguida como si estuviese viendo o quizá admirando la luz de ese punto celeste que destellaba con mayor brillo a cada instante. Allí estaba la leyenda viva de todo lo que habían contado los recitadores y cronistas que acompañaban a los caballeros del rey. Todos lo estábamos viendo, en silencio y con el corazón suspendido por la emoción. Todos, incluso los niños, callaban; el mundo guardaba silencio ante ese prodigio inolvidable, la imagen del toro bravo y negro como la noche, señalado por la primera estrella del crepúsculo acercándose a su testuz como si poco a poco estuviese cayendo desde el cielo para besarle la frente.

Desde que se celebrase la leyenda del toro y la estrella por primera vez, en el año de la promulgación de los fueros de la villa turolense de 1177, nunca había ocurrido tal prodigio. Nadie recordaba en carne propia lo acontecido más de veinticinco años atrás, cuando los almohades habían conquistado Valencia y los leales al rey Alfonso le habían convencido de levantar una villa fronteriza para defensa de los intereses del reino de Aragón. Casi todos de los primeros llegados a ese territorio estaban muertos, y el resto no habían estado presentes en aquel momento que relataban los magos. Los auxiliares del concejo encendieron las antorchas convenientemente preparadas alrededor de la plaza antes de la hora convenida, obedeciendo a una señal del arcipreste, celoso porque quería evitar que el efecto mágico del brillo de esa estrella vespertina produjese efectos nocivos en los ánimos de los turolenses que allí callaban.

—Callaban como si rezaran al cielo ¡en vez de rezar al Dios de la cruz, como ha de ser, en la misa del domingo con mi penitencia para el trabajo de la semana! —protestó el prelado de Santa María cuando, después de ocurrido todo, uno de los de Santa Cruz le preguntó qué le había llevado a adelantar el encendido de las antorchas.

Al percibir la luz ardiente de las antorchas, el toro bravo había enloquecido de pronto corriendo de una a otra de las estacas en cuyo extremo más alto ardían las resinas provocando un fuego potente que se recortaba contra el azul del cielo sin llegar a anochecer. Los jóvenes adiestrados para enfrentarse a la bestia

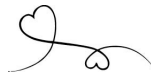
saltaron también a la tierra levantando una polvareda como bruma del misterio que allí se estaba rememorando. Los críos agrupados en un extremo de la plaza, donde estaba el segundo de los Marcilla, gritaban emocionados; todos soñaban con el día en que podrían saltar al ruedo para demostrar su fuerza ante el toro bravo.

Estos eran cuatro hombres jóvenes, fuertes y plenos que tenían que desafiar al toro mostrando su superioridad, igual que desde miles de años antes se venía realizando en las costas más al oriente del Mediterráneo y sobre todo en las islas de Creta y Chipre. La superioridad del hombre sobre la bestia, la fuerza de la razón sobre la pasión del instinto. Los jóvenes se ayudaban de pértigas para hacer cabriolas sobrepasando la envergadura del toro, pero este se había sosegado al verlos y jugaba con ellos como si hubiera sido un quinto compañero, esperando cada cabriola y cada salto con la misma expectación que el resto del pueblo.

Era muy hermoso ver los bailes de los cuatro jóvenes alrededor del toro, ahora abandonadas las pértigas, y solo ayudados de su propio impulso, sorteándolo con volteretas y provocaciones inocentes, a las que el toro correspondía con suaves embestidas mientras iba cayendo la noche. Los aplausos y los gritos de entusiasmo atronaban la plaza, y poco a poco fueron elevándose los sonidos de los músicos que se acercaban desde la parte baja de la villa para concluir la intervención de los saltimbanquis y acompañar la comitiva hasta la casa de los Segura. Entonces ocurrió.

Eran los primeros instantes de noche y el cielo había ennegrecido. El toro bravo paró su carrera en seco. Ya no quiso medirse más con los acróbatas, que dejaron sus saltos y sus gritos de ánimo retándolo. El toro resollaba con el pecho henchido de un aire que parecía escapársele por la boca, mirando hacia lo alto, de pronto desolado y desfallecido: el cielo estrellado era un enjambre de lucecillas restallantes que habían engullido a la primera, la estrella que a él le daba su razón de ser. Uno de los jóvenes se acercó a su cornamenta y le provocó todavía con su palma sujetándole la testuz en un alarde que toda la plaza alabó con gritos, pero el toro ya no tenía interés, y los otros jóvenes disuadieron al primero de que siguiera retando al animal. Algo estaba pasando. Y la gente así lo comprendió también. En ese momento el toro empezó a resoplar como si le faltara el aire y emitió unos quejidos sacudiendo la cornamenta. Todos veíamos cómo sus patas delanteras flaqueaban, hasta que fue a parar con su corpachón sobre la arena, desvencijado como un caserón podrido ante el estupor de todos

los que estábamos allí. Todos los mayores nos obligaron a las criadas y las amas de cría a llevarnos a los niños pequeños, y así lo hicieron casi todas las madres que estaban en la plaza. Las de la casa de Segura abandonamos los estrados cuando el toro arrodillado sobre la tierra bramaba mirando al cielo, donde ya no estaba su estrella.



—Y entonces el segundo de los Marcilla, ese chico rebelde y ruidoso, fue al centro de la arena y llegó hasta el toro.

—¿Cómo pudo ocurrir eso? —preguntó Raquel, cuando escuchaba el relato del cochero de la casa, que lo había visto todo.

—Nadie se dio cuenta de que el chiquillo saltaba y corría hacia el animal. Ese chico es un diablo, su padre no lo puede sujetar...

—Y ¿qué hizo?

—Llegó hasta el toro y le acarició la frente, y cogió su testuz con los brazos y lo miró a los ojos. La gente para entonces ya gritaba y algunos hombres habían saltado a la plaza para coger al crío, pero nadie se atrevía a acercarse lo suficiente, ni siquiera los saltimbanquis que un rato antes le habían retado en su danza.

—Ese Diego Marcilla... podía haberle dado un disgusto a su madre.

—Pero el toro le respetaba —intervino el pocero, que acababa de traer varias tinajas de agua para que no faltara en la fiesta de Pedro de Segura.

—¿Le respetaba?

—Todos lo vimos, que la bestia miraba al crío y se refugió en su abrazo, y ahí mismo expiró...

—Ha sido un milagro de Santa María, entonces.

Así lo entendieron todos, que Santa María había protegido al segundo de los Marcilla y le había salvado la vida haciendo morir al toro en el mismo día que cumplía sus siete años de edad.

La siembra del futuro

Miguel de Santa Cruz, señor de la villa por el rey Alfonso, atendía a la reina madre doña Sancha con extrema diligencia. Él y los hombres Marcilla de Teruel la apoyaban en su litigio de regencia con el príncipe Pedro, posesivo y ansioso por ejercer como rey sucediendo a su padre. Doña Sancha se sintió muy complacida al saber que el pequeño que había abrazado al toro bravo era un Marcilla, uno de los de su confianza. Pidió ver a ese Diego avezado y ágil.

El chiquillerío se entretenía y cenaba en el salón contiguo al jardín de la planta baja. Allí estábamos también las niñas de la casa, las nodrizas y las pocas servidoras que se precisaban para atender a los hijos de los magnates y potentados afanados en conocer los entresijos políticos derivados de la mala relación entre la reina y su primogénito.

Doña Sancha estaba sentada en un cómodo sitio de respaldo muy rico al lado de otro vacío, el reservado para el heredero. De pie a su lado, los otros príncipes menores de edad que siempre acompañaban a doña Sancha en sus viajes por las ciudades del reino guardaban rígidamente la compostura exigida por su educación real. Hice una profunda reverencia ante los infantes don Alfonso, de diecisiete años de edad, el segundo en la línea de sucesión al trono, y doña Leonor, de quince años, una joven retraída y visiblemente molesta de estar allí. Con sus nodrizas, estaban a su izquierda la infanta doña Sancha, de once años recién cumplidos, como los míos, y que me dedicó una mirada viva y animosa de curiosidad; y los dos más pequeños, don Fernando, de los mismos siete años que el niño Diego Marcilla, y la pequeña doña Dulce, que pronto cumpliría los seis y cuya presencia se hundió en mí como un ángel que me hubiera alcanzado de repente. Faltaba doña Constanza, ya comprometida con el rey Emerico de Hungría y esperando el momento de los esponsales. Nadie nombraba al infante Sancho, el más pequeño de todos, que había muerto un poco antes que su padre el rey Alfonso, ni al pequeño Berenguer, enfermo sin remedio, al que sus médicos mantenían aislado del resto del mundo.

Doña Sancha rezumaba fuerza y seguridad por sus cuatro costados, y atravesaba la envergadura de todos sus caballeros y políticos con su sola mirada. Una vez frente a ella, el pequeño Diego le dedicó una grave reverencia, tal como había sido aprendido por su padre, y se quedó mirando al suelo con la rodilla doblada, al modo de los caballeros.

—Álzate —le ordenó la reina—, y déjame verte la cara.

Diego se irguió con destreza y la miró a los ojos con esos suyos intensos.

—Dime tu nombre.

—Soy Diego de los Marcilla de Teruel, y es mi padre Martín de Marcilla, caballero del rey Alfonso de Aragón y notable en el concejo de la villa que él consintió en crear.

La reina madre contuvo una sonrisa. No quería desairar la seriedad que mostraba el pequeño con tanta deferencia hacia ella.

—Quizá no sepas que el rey Alfonso de Aragón está muerto y yo ocupo su lugar... por tanto tu padre y otros como él son caballeros míos, porque soy la reina.

—¿Puede morirse un rey?

Doña Sancha estalló en una risotada, ahora sí, por la inesperada respuesta de Diego.

—Sí, puede morirse y a veces lo hace antes de tiempo... —La reina ignoró el zumbido de murmullos que su respuesta levantó entre los hidalgos presentes, inquietos por sus palabras incisivas dejando claro su mensaje ante todos.

—¿Por qué has ido junto al toro?

Diego miró fijamente a la reina; no quería contestar, pero sabía que no podía desairarla guardando silencio, pues su buena educación le hacía ser consciente de que eso hubiera sido mal presagio para su padre y su familia. Le diría la verdad, pero bajando la voz:

—Me ha llamado.

—¿Qué?

—El toro me estaba llamando.

La reina observó al niño. Ella comprendía que la naturaleza dota con cualidades especiales a algunos seres. Sabía muy bien cuáles de sus hijos estaban tocados por los dones que hacen grandes a los destinos y cuáles no. Ese Diego de los Marcilla de Teruel era un ser de esos especiales sin remedio. Sus ojos verdinegros la miraban demostrándolo. Pero no dio tiempo a que la reina

siguiera indagando en aquel muchacho que la llenaba de curiosidad y de desconcierto.

El mayordomo del príncipe Pedro entró al salón anunciando que su señor ya estaba en el patio descabalgando y que iba a hacer su entrada. Don Pedro de Aragón se quedaría en Teruel unos días conociendo de primera mano los detalles de la defensa en el extremo del reino. Ocupaba el viejo alcázar real levantado en el tozal cerca de la puerta de Zaragoza que siempre estaba amueblado con armarios, bancos y cortinajes que permitían su acomodo, y había avisado que llamaría a su presencia a todos los infanzones y notables que habitaban la villa y los alrededores de Teruel.

El chambelán de la reina apartó a Diego sin más; debíamos regresar a la estancia anterior.

—¿Tiene otros hijos el caballero Marcilla? —se interesó la reina.

—Sí —le contestó el propio chambelán, conteniendo la incomodidad que le causaba que la reina despreciase tan evidentemente la entrada de su hijo en el salón—: tiene un primogénito llamado Sancho, y este que habéis conocido es el segundo. Además tiene nacidos otros dos varones y una hembra... su esposa está en la habitación contigua de las esposas...

—Es una lástima entonces para Martín de Marcilla —le interrumpió doña Sancha—. Este Diego es el primogénito que podría desear cualquier caballero o cualquier reina...

El ministro no siguió hablando, pues tenía que reverenciar a don Pedro, que había llegado hasta el sitio que le aguardaba. Todos vieron cómo madre e hijo evitaban cruzar sus miradas en la reverencia forzada que el príncipe le dedicó a la reina, sin palabras y sin que ella extendiese su mano para un beso, antes de que él se sentase en su silla. El ministro reparó en la rápida ojeada que el hijo de la reina había echado a los respaldos de los dos sitios: eran idénticos. El de Segura había sido lo suficientemente hábil como para encargar dos sillas con brazos y respaldo regio exactamente iguales, solo diferenciados en el reposapiés: en cuanto trajeron los sirvientes el destinado al príncipe, él pudo ver labrado en el terciopelo que lo cubría el escudo real de Aragón.

Los infantes saludaron a su hermano el futuro rey, y los varones Alfonso y Fernando debían quedarse a su derecha, según el orden de sucesión al trono. Pero la reina impuso por sorpresa su criterio:

—Fernando, hijo mío, ve con los niños —le ordenó ante el gesto quebrado del heredero Pedro—. Tienes la misma edad que Diego Marcilla, ve con él.

El mayordomo de la reina miró de reojo al príncipe Pedro, quien, envarado y sujetando la respiración, dejó caer sus párpados con un leve asentimiento y consintió en el capricho de su madre. El protocolo mandaba que el recién llegado se dirigiera a los presentes, y todos callaban expectantes de sus palabras:

—Seáis bien hallados, caballeros leales que fuisteis a mi padre Alfonso y que hoy lo sois a mi persona como heredero de su corona y de su mandato en la vida. He comprobado en mi camino hacia esta casa de mi buen amigo don Pedro de Segura que esta villa, auspiciada por mi querido padre, es próspera y goza de buenos augurios, lo cual me complace y por ello entiendo que merecerá muy pronto la consideración de ciudad, y así lo consignaré como rey.

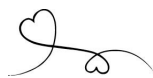
—Cuando llegue el momento, príncipe mío y de Aragón, —atajó la reina cortando el aplauso que algunos habían iniciado—, como han de llegar los muchos deseos que nuestro reino tiene solicitados al cielo. Pero como reina y regente tomo vuestra propuesta que, sin duda, inflama los corazones de estos turolenses a los que vos y yo amamos porque nos reciben con los brazos abiertos en memoria de Alfonso, vuestro padre y mi esposo, quien también soñó para ellos el mejor destino.

Ahora sí, los aplausos cerraron las palabras de doña Sancha, y los chambelanes autorizaron al de Segura a traer las viandas y las bebidas preparadas para el banquete. Pero solo los incautos se habrían quedado tranquilos con lo acontecido. Todos habían podido comprobar la mala relación entre madre e hijo, escenificada en los mutuos desaires que se dedicaron a lo largo de la velada. Una mala relación motivo de enfrentamientos políticos sobre la expansión hacia Francia que no le iban a convenir al reino, pero de los que ya se hacían eco los apellidos más importantes y poderosos de Teruel, como se vería también aquella noche de la presentación de Isabel.

Los Marcilla habían sido protegidos del rey Alfonso y ahora eran incondicionales de la reina, igual que Miguel de Santa Cruz, señor de la villa por designación del rey anterior y ahora al servicio de doña Sancha en su litigio por el trono contra su hijo, al que consideraba, como ella, incapacitado para reinar por su mal carácter y su temperamento caprichoso y tornadizo. De aquellos nobles que habían acompañado al rey niño Alfonso II de Aragón y luego le habían sido fieles fundando la villa de Teruel en su nombre, los Marcilla habían sido de los más beneficiados; el rey les había protegido con cargos políticos en su nombre que les habían procurado muchos ingresos y mucho poder, y con tierras de labrantío de gran extensión alrededor del río cuyas rentas les habían

dado una vida muy cómoda, tanto a Pero Marcilla, juez, como a Martín de Marcilla, el padre de Diego, que había ostentado ya varios cargos en la dirección de la villa, y a sus primos, cuyo sentido del negocio les había llevado a comerciar con Castilla aprovechando las buenas relaciones con su monarca.

También los Muñoz habían acompañado en la fundación de Teruel y habían hecho enorme fortuna con el favor real, pero habían orientado su actividad en otras direcciones, y ahora el primero de ellos, Pascual Muñoz, era prestamista con importantes rentas obtenidas de los intereses cobrados a cambio y aspiraba a ser tesorero del próximo rey, decantando su afición por él sin miramiento, pues durante toda la noche se le había visto al lado del príncipe Pedro, ofreciéndole financiar las próximas campañas que tuviera previstas para reclamar sus derechos sobre el territorio francés.



—Los Segura hemos de estar del lado de Pedro —le dijo Ximén a su hermano Pedro de Segura—. Es de norma que el hijo suceda al padre, esa es la ley natural de la vida y de los reinos. Aragón no quiere más reinas, que se entregan a tomar decisiones graves por el impulso del corazón sin ver otras cosas... y porque solo son mujeres.

Pedro de Segura escuchaba a su hermano de padre, algo menor que él, nacido de su segunda mujer, muerta en el parto. Ximén Segura esperaba su turno para ser nombrado juez de Teruel y exigía a su hermano el apoyo interesado a su proyecto.

—Este es el momento, la presentación de tu hija como superviviente. No es un heredero varón, pero no importa, ya vendrá el hijo que herede tu apellido, como se hace en las grandes familias y los altos linajes. Mientras tanto, aprovechemos que está aquí el príncipe, porque él calibra sus fuerzas ante un posible enfrentamiento contra su madre, y hemos de expresar nuestra preferencia.

—Quizá no sea oportuno...

—¡Melindres! ¡No quieras ser como Lope de Varea, que se ha manifestado neutral, y eso es un error que pagará caro! ¡Estos tiempos no son de neutrales, tú eres merino de la villa y esperemos que puedas seguir siéndolo en los gobiernos de los futuros señores de Teruel! La reina tiene obligación de dejar paso a su hijo

porque él es el heredero natural de su padre, y ahora ya no estamos hablando de que le falte un año para gobernar con su mayoría de edad... sino que estamos hablando de que la reina pretende seguir gobernando como reina viuda despreciando el testamento de su esposo, que era el verdadero rey. No importa el pretexto que exponga, lo cierto es que ella tiene ambición de trono y quiere ejercer su mando como reina sin tener que dar cuentas ni a un esposo ni a un hijo.

—Que pase este año entonces, y todo quedará claro... —Se resistió todavía el padre de Isabel.

—¡Nos interesa apoyar a Pedro porque así él nos apoyará después a nosotros! Esto son solo negocios, hermano. ¿No vas a estar a mi favor ahora, si cuando sea juez vas a tener por mi mano las mejores oportunidades para abultar tu fortuna y tener para tus hijos los mejores cargos en la futura ciudad que será Teruel?

Segura asintió sumiso y recordó en ese momento que no tenía hijos, que tenía una hija, que estaba al otro lado del corredor con el resto de las mujeres.

—Cuenta conmigo —le contestó.

—Pascual Muñoz es un buen aliado —insistió Ximén—. Él y su familia son acólitos del rey Pedro, y no será en balde que sepan que también los Segura estamos con ellos.

—Mi esposa y mi hija me esperan ahora, hermano... —se disculpó Pedro de Segura—. Celebraremos el acto de honra y luego que se retiren con el resto de las mujeres para que podamos quedarnos los hombres a planear el futuro que pretendemos.

El de Segura avisó a su esposa iniciando el ritual convenido. Tomó asiento sobre un taburete sin respaldo alzado en un pequeño estrado y, con su hija Isabel en su regazo, se dispuso a recibir el voto de buen deseo de todos los invitados.

Los varones, hidalgos y potentados hicieron fila respetuosamente para poder acercarse hasta Ysela y su hija, pacientes sobre el pequeño altar de la alcoba de las hembras durante más de una hora, cuando ya la noche había caído por completo. El resto de las mujeres de la casa y las invitadas se extendían a uno y otro lado del estrado, observando y asistiendo al saludo respetuoso de los varones, un gesto ancestral recuperado de una memoria donde el hombre comprendía la grandeza anidada en una hembra. Ahora se asociaba a la importancia debida al apellido ostentado por la hija de un gran hombre; aun así, la expresión de la rendición masculina a una criatura hembra todavía de pecho

me emocionó, evocando en mí unos recuerdos que no sabía que mi alma guardaba.

La niña Isabel permanecía erguida sujeta entre los brazos de su madre y con los ojos abiertos, sin duda percibiendo en cada uno de todos los que se acercaron a reverenciarla algo más profundo de lo que nosotras, quienes la acompañábamos, podíamos sentir.

Después de los adultos llegaba el turno de las otras mujeres adultas a partir de los diez años, y después de los varones niños, ya eximidos de pronunciar palabras para la pequeña, pues solo con un saludo inclinando la frente les era bastante. Las únicas que no tenían obligación de reverencia ante ella eran sus iguales, las otras niñas menores que se encontraban en la estancia. También yo reverencí a mi niña Isabel, provocando en su carita una sonrisa maravillosa y un aleteo alegre de sus manitas, que su madre contuvo imperiosa. Pude así regresar a mi sitio a su lado para asistir al resto de los saludos, los que correspondían a los varones niños presentes en la fiesta, entre quienes estaba el segundo de los Marcilla, ese Diego que había abrazado al toro antes de morir. La pequeña Dulce de Aragón, vigilada desde el otro lado de la estancia por su nodriza, no se separaba de mi falda y la senté a mi lado en el taburete que todas las niñas compartíamos. Se abrazó a mi cintura temblando como un animalillo enjaulado y la tranquilicé con mi abrazo:

—Los hombres han de venerar a la hembra porque ella guarda el secreto de la vida. —Le señalé la fila desigual que habían formado los varones niños dispuestos a llegar hasta Isabel—. Así debe ser, que ellos contemplen el prodigio como un regalo del cielo.

Diego se adelantó a algunos de los muchachos que por edad les correspondía un turno anterior en la fila, incluido su propio hermano mayor, Sancho, y varios de ellos quisieron detenerle sin lograrlo. A ninguno de los adultos le pareció de importancia; ya muchos en Teruel y en aquella fiesta veían el furioso temperamento de ese crío que el mismo día que cumplía sus siete años había mirado a los ojos a un toro bravo compadeciéndose de él, y que había captado la atención de la reina madre hasta el punto de ordenar que su hijo el infante Fernando estuviese en su compañía.

Solo su saludo de niño era lo obligado, pero Diego llevaba preparado en palabras un voto de buen deseo para Isabel. Apenas se encontró frente a frente con ella, hincó su rodilla y tomó entre las suyas su manita. La miró fijamente a

los ojos durante unos instantes de silencio, un silencio extraño que recorrió la piel de mis brazos con un escalofrío.

—Sois la estrella que el toro bravo aguarda, señora... —dijo con su voz de niño, como si recitase una canción—. Vuestra luz y mi brío harán inmortales este día y los días que han de venir de nuestra mano, unidos en el hoy y el mañana...

Yo, Elvira de la jaquesa estaba allí. Ese Diego de los Marcilla parecía transformado, no era un niño de siete años, sus ojos no eran de este tiempo y su mirada no estaba ocurriendo en este lugar.

—El destino vuelve a reunirnos, señora... —dijo todavía, con un susurro, sin dejar de mirar a Isabel.

Me estremecí. Ese crío estaba viendo más allá de este momento y lo comprendí: Diego estaba reconociendo algo que él ya conocía, quizá en una memoria anterior... pero también Isabel. La niña clavó sus ojos en los de Diego, y juro, como juré muchos años después cuando pasó lo que pasó, que la niña Isabel de Segura abandonó su ser de niña de ese momento y la sentí transformada en esa a quien Diego miraba. Los dos se reconocieron, herederos de un recuerdo de otro tiempo y de otro lugar, y se habían encontrado aquí. Los ojos de Isabel brillaban, todo su ser resplandecía, como esa estrella de la que hablaron las palabras del pequeño Diego. ¿Cuánto tiempo transcurrió, unos segundos? Yo estaba allí, y fui testigo de ese instante en que sus almas se sabían llegadas a este tiempo porque se conocían de mucho atrás y volverían a comenzar su historia. Pero ¿qué historia?

Tenía razón Lupa; siempre tuvo razón. Mi madre comprendió mi especial disposición a los mensajes de otros mundos que aquí inquietan o incomodan. Pero de nada le había servido desprenderse de mí para que otra mujer me criara. Mis capacidades se hacían más fuertes y claras con los días; veía lo que otros no podían ver, y percibía el más allá de las cosas que está prohibido para el común de los mortales. Pero en ese momento, asistiendo al instante en que el pequeño Diego llamaba a Isabel «su estrella», me sentí en paz y acepté mi condición por fin, pues también la vida me había llevado allí donde yo debía estar, a ese destino que debía compartir con ella y con Diego, el toro que la sabía imposible pero que una vez más intentaría alcanzar.

Sentí de pronto que perdía levemente el equilibrio. Habíamos regresado a este momento; sacudí la cabeza, todos estaban ahí, nadie había percibido que por unos instantes yo había penetrado en la senda del otro lado, prohibida para los buenos cristianos pero destinada para mí.

Diego asía la manita de Isabel y acercó sus labios para rozarla con un beso ante el gesto divertido de mi señora Ysela, que, en efecto, había entendido las palabras del pequeño Marcilla como el poema de un juglar que hubiese aprendido de los cantores ambulantes que venían al mercado con cada luna llena. De un golpe, Sancho Martínez de Marcilla, su hermano primogénito y como tal heredero del nombre de su padre, lo apartó, celoso y sin más miramientos, para que no siguiese demorándose y así poder acabar con las reverencias, pues todos los mozalbetes tenían ganas de salir de nuevo al patio de la casa y seguir con los juegos a la luz de la luna. El infante Fernando, que se había adelantado también siguiendo a Diego, fue arrollado por los otros mayores que lo desplazaron de su turno, provocando su protesta. Todos creyeron que la causa del llanto de Isabel había sido el repentino tumulto de los muchachitos impacientes, pero no fue así.

Apenas Diego fue retirado de su contacto, Isabel rompió a llorar con una desesperación extraña y como nunca se le había visto hacer en sus siete meses de vida, queriendo ir detrás de él en su busca, agitada y pareciendo que lo buscaba con sus bracitos y sus piernas sacudiendo el aire. Pero el niño ya había sido tragado por el enjambre de criaturas que rodeaban en ese momento el sitio donde Ysela presentaba a su hija. Diego había desaparecido de su vista, y la niña Isabel lloraba amargamente.

—Mi hija está cansada... —se excusó mi dueña Ysela—. Os ruego que la disculpéis, ahora debe dormir.

El de Segura siguió conversando con los alcaides y el resto de notables, concentrados en establecer alianzas y comprender sus fuerzas respectivas ante una posible contienda por el trono.

Nadie había visto como yo los ojos de aquel Diego llenos de brío y de eternidad mirando a la pequeña Isabel, y nadie había visto cómo ella le respondía a esa mirada con sus ojos de criatura que puede ver más allá de este momento y este lugar. Solo yo comprendí lo que allí había pasado; solo yo asistí al pacto de amor eterno que esos dos seres estaban sellando con sus dedos tocándose, como si ya conociesen su destino, ese destino que era encontrarse de nuevo... Fue ese el motivo del llanto de Isabel, esa primera separación presagio de muchas otras separaciones que habían de venir después, aunque, sobre todo, memoria de todas las separaciones que traían de esas otras vidas anteriores que cada uno llevaba consigo y revivía de nuevo, uno frente al otro, uno con el otro. El niño Diego y la niña Isabel no eran ellos, sino sus almas mirándose y comprendiendo. Sus almas aparecidas en sus ojos haciendo renacer su memoria de otro mundo, su

destino de este mundo y de todos los mundos que ya habían conocido juntos. Yo me había estremecido en aquel instante que jamás podría olvidar, pero solo había sido un instante, la mirada de dos seres encontrándose de nuevo en esta vida, amándose desde atrás, regresados a una piel para seguir amándose... y separarse.

Y yo lo había comprendido, y había recordado también mi propia memoria olvidada, y supe que mi destino estaba con ellos, ligado para siempre con su amor y su vida. Pero esta vez tenía que hacer llegar al mundo su historia... No podría escapar esta vez. Tenía que vivirlo todo, ser testigo y vivirlo todo. Porque tenía que contarlo después.

Tierra de nadie

La enemistad entre los monarcas era un gran inconveniente para el gran esfuerzo que suponía guardar la frontera turolense, pues la mayor parte de los caballeros preferían estar presentes en las reuniones políticas que se celebraban para dirimir las cuestiones de la sucesión y quedaba mermada la presencia de soldados para repeler ataques enemigos. Los almohades estaban muy pendientes de la vulnerabilidad de la frontera y hasta bien entrado el mes de octubre no dejaron de hacer incursiones armadas por la franja que separaba el sur de Teruel de sus puestos de vigilancia, esa tierra llamada de nadie que igual era testigo de mercados improvisados para intercambiar ganado o productos de oriente, como de sangrientas luchas entre soldados de uno y otro lado.

Madre e hijo aún tuvieron que compartir una sesión abierta del concejo de la villa, convocado de forma extraordinaria en Teruel por pregón público y toque de campana, para el primer domingo de septiembre después de la misa, en el postigo de la colegiata de Santa María. Sobre estrados alzados dos palmos del suelo se situaban los señores más elegantes, propietarios de las casas principales del barrio rico de la villa. Desde las arcadas de la galería superior la reina madre y el príncipe con sus cortesanos más directos podían ser vistos por todos los turolenses y los villanos humildes llegados desde los arrabales, agrupados de pie, que les enviaban vítores y saludos. A su lado, el señor de la villa se distinguía de todos los demás como delegado real, acompañado por sus dos ayudantes, el alcaide y el merino, don Pedro de Segura. Sobre un escalón apartado estaban los miembros del concejo con el juez, el escribano, los cuatro merinos, el alcaide y el almotacén. Los andadores y sayones se sentaban en segunda fila, completando el conjunto administrador de la villa. El resto de estrados estaban reservados a algunos de los gremios de importancia para el buen funcionamiento de la ciudad, como funcionarios, agentes judiciales y carceleros, médicos, prestamistas, los rabíes, representantes de la comunidad judía, y los alfaquíes y jefes de la morería.

Adelantado sobre el estrado frente al gentío, tomó la palabra en primer lugar el ministro del príncipe.

—Nuestro señor don Pedro de Aragón cumplirá los compromisos adquiridos por su padre don Alfonso, nuestro rey añorado, pues como sucesor suyo continuará la conquista de los territorios que los infieles disputan a los cristianos y mantendrá las alianzas con el rey castellano. Aquellos que le secunden verán aumentadas sus tierras si ya las poseían, o bien se les otorgarán cuando regresen a Teruel, y serán eximidos de impuestos durante tres años, sin que se vean en la obligación de pagar el diezmo por sus cosechas. A cambio, estarán dispuestos a acompañar a nuestro rey don Pedro en las campañas que le permitirán ampliar su reino hacia el norte si ello hiciera falta, o secundar los intereses castellanos en los territorios de su expansión.

Ya tomaba la palabra el ministro de doña Sancha, pero esta le detuvo con un gesto; se adelantó y tomó su lugar sobre el estrado alzado, para dirigirse por sí misma a la plebe, ante el estupor de su propio hijo y todo el consejo del reino.

—Turolenses, hijos del toro sagrado que eligió vivir para siempre en estas tierras, escuchadme... —comenzó a decir la reina madre, mientras los murmullos y los comentarios de unos y otros se silenciaban—. Sin duda, el ministro de don Pedro de Aragón olvida que su pleno derecho como rey llegará con la mayoría de edad estipulada en el testamento de su padre y mi esposo... y que yo como reina madre habré de refrendar y confirmar.

Los acólitos de su hijo se revolvieron entre sí, incómodos y sorprendidos, haciéndose señas entre ellos, pero no podían demostrar a las claras su disconformidad, igual que el heredero don Pedro. Hay quien llegó a ver que este daba un respingo en su asiento y casi intentaba levantarse, preso de su impulso y su rabia, pero los consejeros que lo flanqueaban lo detuvieron a tiempo guardando las formas y el protocolo debido, pues, en efecto, doña Sancha actuaba de pleno derecho como reina regente compartiendo el trono con él. No tenía más remedio que seguir escuchando a su madre.

—¡Turolenses, que fuisteis uno de los aciertos de mi esposo, vuestro rey Alfonso, que desde los cielos os está mirando: No hemos de olvidar quiénes son nuestros enemigos, ¡y estos son los almohades, que no solo pretenden arrebataros la tierra, sino imponer su propio dios y sus leyes! ¡Nunca deben ser nuestros enemigos otros cristianos, tal como nos lo dice el papa de Roma y como nuestro sentido común lo entiende, y por eso es peligroso dejarse llevar por decisiones faltas de reflexión o que obedezcan a arrebatos poco meditados, como

puede ser apoyar intereses ajenos que pueden perjudicar a los intereses de los tuyos! ¡Los lazos con Castilla han de ser medidos y bien pensados, pues si un rey cristiano le pide a otro alianza para guerrear contra otro hermano, pues así nos consideramos los cristianos, no debe confiarse en esa propuesta! Un pacto de mutua ayuda y defensa que establece que pueda haber lucha, no solo contra los almohades, sino contra cualquier otro territorio o rey cristiano contraviene el espíritu que defendió nuestro rey y señor Alfonso Segundo de Aragón, que, aunque muerto, sigue vigilante de nuestros actos y velando por nuestro bien a la derecha de Dios. —Doña sancha se refería a las ansias expansionistas del rey castellano que lo enfrentaban con el navarro.

»Rezad para que nuestro señor Jesucristo venza sobre los almohades que tan cerca de vuestras casas acechan a nuestro reino, y apoyad, gentes de esta villa y de las aldeas junto al Turia, a los ejércitos de nuestras órdenes del Temple y del Hospital de San Juan, si alguna vez han de repostar en vuestras tierras o vuestras acequias, porque ellos defienden vuestra fe y vuestras vidas. Yo no os prometo prebendas. Solo os ofrezco mi consuelo, si algún día os es preciso, y mi trabajo para ser bienvenidos en los cielos, pues nuestro Dios premiará sin duda a los que presten su tiempo y sus brazos para que se levante un hospital junto a la iglesia de San Juan, donde albergar a los monjes soldados de la orden del Hospital de Jerusalén que llegan hasta esta frontera heridos o enfermos después de luchar contra los infieles. En el monasterio de San Redentor, donde se aloja mi regia familia para estar con vosotros, no habría sitio para atender a todos los soldados que vendrán en ayuda de vuestra frontera cuando el papa así lo decrete, y por eso os pido que levantéis ya sus primeros muros para serle agradables a nuestro señor Jesucristo y hacerle entender que estáis dispuestos a contribuir todos, en la medida que a cada cual le es posible, para defender su fe y proteger a los que os defienden a vosotros con su vida.

Doña Sancha se santiguó e hizo una seña al arcipreste, que se adelantó y dirigió un padrenuestro que todos los congregados corearon, arrodillándose con respeto. Luego ordenó que su ministro terminase en su nombre su mensaje, indicando cómo y dónde poderse inscribir como voluntario para las obras del nuevo hospital de San Juan, y al cabo del rato se marchó con parsimonia, acompañada de su séquito, aclamada por el pueblo.

El primogénito de doña Sancha se levantó de su sitio apenas terminó el rezo y saludó sin ganas a los que le aplaudieron, dándose prisa en salir de allí. A punto de su partida, dijo que, cuando regresara a Teruel ya como rey en pleno

derecho, deseaba que la villa lo celebrara con un torneo de caballeros en su honor, lo que todos entendieron como una petición en regla.

—Quiera Dios que en lugar de un torneo con banderas y fanfarrias no tenga que celebrarse una justa entre los valedores del hijo y los de la madre, con lanzas de veras y sentencias... —se oyó murmurar a Lope de Varea, empeñado en mantenerse neutral pero incómodo porque el príncipe no había llamado en audiencia privada a los caballeros Marcilla, ni siquiera al más respetado, Pero Marcilla, que había sido juez de Teruel por nombramiento de su padre el rey Alfonso al poco de otorgar los Fueros.

La reina madre quiso permanecer en Teruel hasta mediado el otoño, bien instalada en el monasterio de San Juan junto al hospital de San Redentor, que su esposo muerto había ordenado levantar junto a la puerta de Valencia de la muralla. El mayordomo real se había afanado en adecentar previamente las estancias que iba a ocupar su señora, llevando los tapices que debían ser colgados de las paredes, las alfombras, almohadones y arcones que ella precisaba para estar cómoda, además de su propia cama y su propia imagen de la Virgen Santa María. Doña Sancha celebró audiencias con sus acólitos, entre ellos sus leales Marcilla, incondicionales del rey muerto, y Miguel de Santa Cruz, que había contribuido con su fortuna en la construcción de la iglesia de Santa María en Sigena promovida por ella. Pero les había pedido que trajeran a sus hijos y sus esposas, lo que no era de extrañar, porque todos sabían que calibraba sus fuerzas frente al príncipe heredero mostrando poderío con el cariño que recibía de sus súbditos.

Además, quería ver de nuevo al pequeño Diego de los Marcilla, pues tenía interés en que entablara relación con su hijo Fernandito, de la misma edad pero demasiado tímido.

—Dejemos que nuestros hijos varones se conozcan —dijo doña Sancha—, y si hacen buenas migas, caballero Marcilla, os doy permiso para que vuestro hijo Diego venga cada tarde al patio del monasterio y juegue con el infante Fernando a justas de defensores.

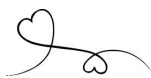
Martín de Marcilla reverenció a la reina.

—Agradezco la deferencia con que me honráis, señora. Os ofrezco que además de Diego vengan con él mi primogénito Sancho y los dos varones Santa Cruz de vuestro gran amigo don Miguel, que son de edades muy parecidas también.

—El primogénito siempre..., sí, claro. Alabo vuestra elegancia, caballero

don Martín. Sea como ofrecéis. Mi hijo el infante don Fernando añora mucho a su padre el rey Alfonso, es el que más ha sufrido su pérdida; no le basta ni mi consuelo ni la atención de su ayo don Beltrán, que lo ha sorprendido muchas veces llorando en su alcoba. Es por eso que presiento que mi Fernandito necesita contacto con muchachos de su edad que le instruyan en juegos distintos a los que conoce y ya no tiene interés en practicar, y he visto que en esta tierra de supervivientes los muchachos son especialmente despiertos y sagaces.

»El juego ha de ir acompañado con el estudio. Aquí mismo, en el monasterio de San Juan, que se disponga una dependencia especial preparada para la instrucción en letras e historia del infante don Fernando, que compartirá con los hijos Marcilla y Santa Cruz. Que tenga cálamos y pliegos, instrumentos de música y una biblioteca, que tenga ventanas que dejen pasar la luz y que se sitúe contiguamente al patio, donde los muchachos dedicarán a los juegos al aire libre el mismo tiempo que al estudio en el interior de la estancia para la instrucción de su mente. Que venga el ayo del infante, para que organice lo preciso del equipaje y los períodos de formación de don Fernando, pues dispongo que mi hijo resida en esta villa durante el invierno recibiendo la formación que he de prescribir cuando acabe esta audiencia, y que en la primavera vendré en persona a comprobar sus avances y a recogerlo para llevarlo conmigo a las otras ciudades del reino que decida. Y que así serán las cosas durante los seis próximos años, hasta que el infante don Fernando cumpla los trece y sea considerado ya un príncipe adulto. Para entonces, si Dios y la Virgen su madre quieren que yo siga viviendo, decidiré lo que venga después.



La noticia fue de boca en boca por todo Teruel y en pocas horas todos los habitantes de la villa envidiaban la fortuna de Marcilla y Santa Cruz, y los nobles se admiraban de la astucia de la reina madre procurándose lealtades.

Todavía no estaba acabado el verano cuando ya habían llegado a Teruel dos de los maestros que serían los mentores en letras y en historia de los alumnos privilegiados. Pero no acabarían allí las noticias alrededor de doña Sancha, dispuesta a rivalizar con su hijo don Pedro por el afecto de sus súbditos, y quién sabía si con intenciones a más largo plazo, pues nadie tenía por seguro que no pudiera declararse entre ellos una guerra por el poder del trono. Cuando todos

parecían confiados, doña Sancha convocó por sorpresa reuniones particulares con las esposas e hijas de algunos de los señores turolenses que no le eran afines.

Entre las mujeres convocadas estaba la de Pedro de Segura.

—¡La reina madre no permite desaires! —se quejó el de Segura ante su hermano Ximén, buscando alguna forma de evitar que doña Sancha hablase en privado con su esposa Ysela.

—Ni la reina tiene más potestad sobre una mujer casada que su propio marido —le replicó el futuro juez—. Puedes justificarla con su salud, di que quizá esté preñada de nuevo y que debe guardar reposo...

Pedro de Segura calló negando. Su esposa no dormía con él todavía, se sentía aún debilitada e insegura... eso o tenía que pensar que evitaba la posibilidad de quedarse de nuevo encinta.

—La reina madre es mujer —se excusó don Pedro—. No han de valerle esos disimulos... además, ha parido nueve veces.

—Se dice que busca amistad con las esposas de los que ella sabe que no le son afines para que influyan a sus maridos en su favor.

—La enemistad entre madre e hijo nos va a complicar la vida a este paso...

—No desesperes, hermano. El heredero es Pedro, y él recompensará, sin duda, nuestra fidelidad.

—¿Cómo, Ximén? Pedro de Aragón busca caballeros para que le sigan a la guerra contra los infieles, esa guerra que le ha prometido a Alfonso de Castilla para apoyarle cuando sea rey. Ni tú ni yo iremos a esa guerra cuando sea que se celebre, pero...

—¡Cállate, hermano! —le interrumpió Ximén Segura—. Las paredes escuchan... y no te conviene ser tan claro en tus intenciones. Si no tienes más remedio, tendrás que autorizar esa cita que pide la reina madre con tu esposa y las mujeres de tu casa.



Aquel otoño las vides reventaban de abundancia de racimos negros y los campos de olivos presagiaban también buena cosecha. El hijo mayor de Lupa, Gonzalo, ya no había regresado al hospicio de Santa María. Se había ofrecido al de Segura como bracero para ayudar en la recolección de sus tierras, y don Pedro aceptó porque se ahorraría un jornal de hombre adulto, al fin y al cabo, y porque así

daba contento a la nodriza de su hija. Él mismo estaba contento porque su esposa había vuelto a dormir con él.

No se habló de otra cosa en el barrio de Santa María y en toda la villa, que de la casa de Segura iríamos todas las hembras elegidas por la jaquesa, y que la reina madre había mandado ya mensaje de que las esperaba a todas, desde por la mañana y sin prisa.

Las infantas doña Leonor y doña Sanchita ya nos esperaban en el salón adaptado a las necesidades reales en el monasterio de San Juan. Varios monjes dispusieron bebidas en vasos de metal sobre bandejas y platos con frutas secas y abandonaron la estancia justo en el momento en que hizo su entrada la reina madre con la pequeña doña Dulce caminando de su mano. La esposa Segura hizo una profunda reverencia ante la reina y ella la aceptó sonriente.

—Álzate, Segura, no hacen falta tantos protocolos entre hembras, porque todas compartimos un mismo secreto... el de ser mujer —dijo doña Sancha tomándola por los brazos, como lo hubiera hecho su propia madre.

Ysela obedeció y se sentó en el sillón de respaldo de cuero repujado que le señaló la reina.

—Recuerdo a tu hija, la niña Segura que recibió el saludo. —Raquel llevaba a Isabel en los brazos y se arrodilló ante doña Sancha mostrándole a nuestra niña.

—Es muy bella... la llaman la Estrella, ¿no es así? —Doña Sancha demostró que estaba muy bien informada de las pequeñas anécdotas de la villa.

—Su nombre familiar es Isabel —respondió Ysela—, pero han dado en apodarla Estrella por el poema infantil que le dedicaron los niños en la fiesta de su presentación.

—Ese Diego Marcilla, sí... el que miró al toro a los ojos. A él le llaman elegido del toro, ¿lo sabías?

Ysela negó con la cabeza.

La niña Dulce se apoyaba contra las piernas de su madre y no dejaba de mirarme. Mi asiento, a la derecha de mi señora Ysela, me permitió quedar a la altura de sus ojos y la miré también. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, igual que aquella otra primera vez en casa del de Segura, pero ahora llegaron a mí las imágenes que me hablaban de mi destino junto a ella.

La reina cubría su cabeza con un tocado de tela tosca que tapaba también su cuello y la parte alta del pecho, en donde colgaba una cruz de madera con incrustaciones de marfil y oro, muy bella, prendida como un broche en el lado

izquierdo de su pecho. Su vestido de tela brocada y muy pesada se veía bajo el delantal de tela fina teñida en negro que le caía también a lo largo de la falda. Las mangas eran de la misma tela parda del tocado. Sentí que tenía mucho calor. Entonces alargó una mano y sacó un abanico del bolsillo del faldón, agitándolo delante del rostro para sentir algo de su brisa.

—Este lugar es de frío y de calor extremos... —añadió sin esperar respuesta—. ¿Qué educación pensáis procurar a vuestra hija?

La pregunta tomó por sorpresa a Ysela.

—La enseñaré a ser una buena esposa... como yo misma fui enseñada. Ahora me ocupo de que Elvira aprenda de costura y de música, y cuando pase un poco de tiempo, Elvira será su aya y me ayudará a transmitirle los mismos saberes a mi hija, mientras yo tenga que seguir pariendo hijos para mi esposo, si nuestro Dios así lo quiere.

—Claro, hijos varones para vuestro esposo, es cierto... sois joven todavía, sin duda lo intentaréis cuantas veces os permita vuestra salud... pero yo me refería a la educación en lectura y escritura de vuestra hija.

—No... no es eso lo que ni mi padre quiso para mí, ni mi esposo quiere para su hija, señora.

—Yo tengo hijos e hijas, y no veo por qué lo que deben aprender unos tenga que ser distinto a lo que deben aprender otros. La instrucción es esencial para una hembra, os lo aseguro, y no debéis privar a estas criaturas de lo que en el futuro puede salvarles la vida. Una mujer debe poder leer y escribir, y debe saber de números, de historia y de leyes. ¿Cómo creéis que yo hubiera podido hacerme cargo de los asuntos de un reino? ¿Solo confiando en lo que otros lean o escriban para mí? Debéis procurar a vuestra hija una formación que la convierta en mujer libre y dueña de sus actos. Y si además de eso tiene que ser esposa, pues que sea, pero si conoce las letras y los números no la podrán engañar, a menos que así lo quiera ella. Vos, doña Raquel..., sois médico igual que fue vuestro padre, ¿no es así?

—No tanto, reina madre... —se apresuró a contestar Raquel—; la muerte de mi padre impidió que yo siguiera aprendiendo su ciencia... reconozco las dolencias y sé aplicar algunos remedios y es cierto que aprendí con él la ciencia de la lectura pero en lengua hebrea solamente, lo que no me sirve en realidad más que para poder interpretar los pliegos en lengua judaica, si es que esos llegaran a mis manos, que no llegan...

—Muy bien, ya me hago idea... Y vos, Lupa, tengo entendido que entre los

andalusíes todavía se conserva la idea de que una hembra reciba la misma instrucción de un varón hasta los ocho años, ¿no es así? ¿Me diréis, por tanto, que vos también solo podéis interpretar los signos de la lengua islámica, porque lo aprendisteis en vuestra infancia?

—Así... así es, señora reina —dijo Lupa.

—Ya veis, doña Ysela de Segura, que son los cristianos los que no instruyen en lectura ni en otras ciencias a la mujer, pero que eso no es lo que manda Dios nuestro Señor.

Sin dejar de hablar, doña Sancha mandó traer un refrigerio porque estaba sofocada de calor.

—Añoro mucho a mi esposo, don Alfonso —dijo de pronto, mientras ponían en su mano un vaso de metal con agua fresca—. Pero quizá ya no hubiera podido darle más hijos... se me han ido las sangres lunares y solo siento una inmensa calentura, igual en verano que en invierno.

Apenas nos vio a todas servidas con sendos vasos, siguió con su idea.

—La educación convierte en mejores a las personas, creedme. Pronto hará diez años de uno de los logros que más feliz me hace sentir. Me refiero al monasterio de monjas hospitalarias que fue alzado en Sigüenza, un lugar de Huesca que bien podría ser el paraíso, y donde ya sé que acabaré mis días.

En ese momento la niña Dulce vino y se apoyó en mis rodillas mirándome con fijeza y sonriendo. Su hermana la infanta doña Sanchita la imitó.

—No os he dicho que mis dos hijas soñaron en la misma noche con tu criada doña Elvira —dijo de pronto la reina madre.

Ambas me sonreían con un cariño incomprensible.

Entonces ocurrió. Vi a Sanchita que lloraba convertida en una mujer de más de veinte años, despidiéndose de su hermana Dulce, porque emprendía un viaje del que no volvería. Y vi a Dulce muchos años después vestida con un hábito negro y portando un cirio en medio de la noche...

Venían a mí las visiones sin poderlas contener, esas y otras muchas mezclándose con los momentos del día, en cualquier situación, mirando a mi niña Isabel o mirando el fuego de la chimenea.

La reina madre percibió mi confusión.

—¿Por qué te entregó su madre a Elvira? —le preguntó de pronto a mi señora Ysela.

—Dijo que quería un mejor destino para ella.

—Eso es lo que yo busco para las mujeres de mi monasterio de Santa María

de Sigena. Un mejor destino, fuera de guerras y exentas de la obligación de parir hijos para el mundo arriesgando sus vidas.

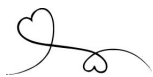
Vi a Sanchita en una cama ensangrentada, tenía más de cincuenta años y estaba muriendo. Siempre añoraría su vida en Sigena, con su madre y con su hermana pequeña...

La reina madre seguía hablando de su monasterio de hospitalarias, donde las hijas de linajes de ricos hombres aragoneses encontrarían acomodo y protección en Dios, además de la educación necesaria en letras y artes para hacerlas felices.

—Algunas hijas de las más nobles familias aragonesas ya se están incorporando como dueñas de la fundación, gozando allí de sus rentas y sus posesiones. Yo misma cuando sea el momento me retiraré a una alcoba que ya tengo dispuesta allí, con mis hijas pequeñas para escribir mis recuerdos y la historia de mi vida... Quizá quisierais para vuestras hijas Isabel y Meriem ese mismo destino de privilegio, ser apartadas de la muerte bien por la guerra o bien por un parto... pues ya os anuncio que llevo intención de levantar un monasterio sanjuanista para hembras, aquí mismo, gemelo de este de monjes de San Juan que me alberga, siguiendo el modelo que ya he puesto en marcha y con la misma importancia que el de Sigena. Los fondos que las familias ricas de Teruel quieran aportar para llevar a cabo mi empresa servirán para que sus hijas tengan lugar de privilegio en el cenobio, sobre todo preparado para dotarlas de formación y de protección.

—Admirable oficio el vuestro, señora... —dijo Ysela—, velando por las mujeres que la historia y las guerras ignoran. No dudéis que hablaré con mi señor esposo y que la casa de Segura apoyará vuestra empresa.

—Gracias, señora Ysela, y que Dios y San Juan os lo pague... traeré maestros y artistas para dotar a las mujeres de Teruel con las herramientas que las harán libres de mente y de corazón: la escritura y la pintura, pues igual las palabras que los colores sirven para expresar lo que lleva el alma de una hembra. Mientras tanto sabed que amaré a Teruel, pues así honro la memoria de mi esposo, porque él amó a esta tierra y muchas veces se alegró de haber consentido en la fundación de su villa. Quiero que mis hijos y mis hijas tengan recuerdos de Teruel, y propiciaré que pasen aquí las temporadas de invierno con sus maestros mientras yo me ocupo de los asuntos del gobierno del reino con mi hijo, el heredero don Pedro, o sin él...



—¡Así pues, la intención de la reina madre solo era buscar fondos para otro de sus cenobios de mujeres! —refunfuñó Ximén con su hermano Pedro de Segura, comentando la entrevista.

—La reina doña Sancha ama las artes y a los artistas, y ama las cosas extraordinarias de la vida, porque ella misma es una mujer inusual —dijo Ysela, sin hacer caso de la mirada furibunda de su cuñado.

—¡Es un error enfrentarse al heredero, el rey por obligación será antes o después Pedro de Aragón! —Ximén se encaró con su hermano dejando claro que ignoraría por esta vez la insolencia de Ysela.

—Nadie se enfrenta con él en esta casa —le tranquilizó el de Segura—, pero convendrás que gozar del favor de la reina como merino en el concejo bien me valdrá también.

—Sabes que los Muñoz han dicho públicamente que no se fían de que una mujer esté al cargo de un reino.

—Pero nosotros no cometamos ese error, hermano Ximén. Yo apoyo tu conveniencia en el heredero Pedro de Aragón porque esperas... ambos esperamos que seas nombrado juez en cuanto él sea rey de pleno derecho, ya lo sabes. Pero en buena ley nadie sabe qué puede pasar mañana, y ahora es también prudente aceptar la mano tendida de la reina y no desairarla, porque las mujeres de mi casa le han caído en gracia.

—¡No te engañes, Pedro! Tendrás que pagar esa mano tendida con buenos fondos para su proyecto.

—Recibiremos instrucción en letras, en pintura y en historia —se apresuró a justificar Ysela ante su esposo, sin ocultar su entusiasmo.

—Esposa, no hace falta —atajó Pedro de Segura—. Concedo que tu pupila Elvira acuda a esa instrucción con los maestros de las infantas, pues sin duda les servirá de entretenimiento, pero no puedo consentir en que mi esposa abandone sus obligaciones para servir de compañía a... ¡nadie!

Sus obligaciones eran, sobre todo, darle un hijo varón al de Segura.

—Las hijas Muñoz, Luna y Varea recibirán instrucción con las hijas de la reina doña Sancha en los inviernos y aquí en Teruel —respondió Ysela tragándose la rabia—. Mi hija Isabel y la hija de mi nodriza, en cuanto sean de su tiempo, acudirán también al monasterio de San Juan, para que aprendan lo

mismo que puede aprender una infanta de Aragón, y porque así lo ha querido Dios.

Seguramente don Pedro pensó que nadie podía saber qué pasaría dentro de tres o cuatro años, pero quería zanjar el tema con su esposa y accedió.

Así fue como pude recibir instrucción en lectura, pintura y escritura con las hijas de doña Sancha, porque así lo quiso ella y porque el destino mandaba que yo tenía que aprender los secretos del poder más excelso y profundo, el poder de expresar lo que solo el alma sabe.

Y así, hasta que cumplieran ella y Meriem los cuatro años de edad, iría adentrando a mi niña Isabel en los mismos saberes que yo recibía, convirtiéndome con el tiempo en su institutriz, aunque don Pedro de Segura nunca llegase a aceptarlo del todo, cosa que a Ysela, después de aquel día de conversación con la reina, nunca ya le perturbó.

Segunda parte

EL DESEO ILUMINADO

Recuérdame

Algún día podrás leer estas cartas, Isabel mía. Hasta entonces las guardaré y, cuando puedas tenerlas entre tus manos, ya no importará que hoy todavía sea un niño al que no se le permite sentir lo que siento. Dicen que el nuevo año trae un nuevo siglo en este mundo que nos ha visto nacer para que nos encontremos. Eso espero, Isabel de Segura, que nuestros ojos se encontrarán y no hará falta preguntar por qué, y nuestros corazones sabrán lo que tienen que saber.

Algún día ya no seremos unos niños y entonces comprenderás que te reconocí incluso mucho antes de verte por primera vez, pues ya vine a este mundo sabiendo que tenía que esperarte y que algún día llegarías a mí. Hoy todavía no sabes que soy Diego, aquel que te llamó su estrella en aquel primer día de tu presentación al mundo. No sabes todavía que yo esperaba cada día en uno de los recodos de la plaza de Santa María solo por verte pasar en brazos de tu guardiana Raquel cuando te llevaba de regreso a tu casa, protegida del frío que a mí no podía tocarme porque mi pecho ardía de emoción. A veces corría a tu lado escuchando los reproches de tu guardiana sin importarme lo que dijera, porque cada día esperaba ese momento feliz, intentando ver tus ojos, aunque ella no comprendiera nada.

Agradezco la gracia de la reina madre doña Sancha que nos concedió aprender de lectura y escritura junto a sus hijos los infantes. Sé que su favor fue para que yo pueda escribirte esta carta y todas las que te escribiré, mientras espero que despiertes de tu vida de niña y un día puedas mirarme y recordar que soy el que te ama desde antes de este tiempo y este mundo. El destino se teje con las mismas puntadas que veo dar en el telar a mi madre y sus hermanas en la cocina de mi casa. Cada puntada es necesaria para que nazca el tapiz oculto en su deseo y, sin cada una de esas puntadas, ese tapiz o el cobertor o la manta no podrían existir.

Yo soy el que te ama desde antes que nacióramos, pero hoy todavía soy solo un muchacho que cumplirá diez años con el verano y por eso espero a que pase el tiempo y que tú cumplas también tus diez años y pueda hablarte como el hombre de dieciséis que entonces seré. Sueño con que podré acercarme a ti y entonces te juraré amor eterno y tú sabrás de qué hablo, porque detrás de mi nombre Marcilla y detrás de mi presencia en tu vida como turolense y vecino de tu misma calle reconocerás mis ojos y sabrás que llevaba todo este tiempo esperándote.

Abracé a aquel toro en la fiesta en tu honor, y todos lo vieron, que él me miraba a los ojos como un día tú lo harás, comprendiendo que traemos una memoria juntos que no se podrá callar, porque es aquí donde hemos venido a amarnos y estar unidos para siempre. Aquel toro amaba a su estrella y me presenté a ti ese mismo día y ante todos, y te dije que tú eras mi estrella y tú lloraste con tus lágrimas de niña cuando me apartaron de tu mano. Todo eso podré contártelo algún día, Isabel, y mientras tanto dejaré que mi corazón se calme escribiéndote todo lo que siento, aunque no sea lo que se espera de un muchacho como yo. No me importa que nadie comprenda la rabia que de pronto brota de mí y me obliga a retar a los otros muchachos, a los Muñoz o los Mataplana o a mis hermanos, no me

importa que las mujeres griten cuando paso corriendo a su lado o se santigüen murmurando que mis bríos no son de buen agüero. Yo sé quién soy, Isabel, y sé que ese brío es prisa, solo prisa por ver pasar los días para poder decirte que soy Diego, tu Diego, Isabel mía, el que te conoce y al que tú también conoces desde antes de este tiempo.

Esperan de mí que sirva a mi hermano, el primogénito Marcilla. Eso es lo estipulado, para eso me educa mi padre, como así se ha hecho hasta ahora y como hace su propio hermano el segundo de su estirpe, que vive a su sombra, con sus favores y sin apellido, porque así se heredan los destinos. Pero traigo mi propio destino, mi propio corazón libre hijo de este Teruel nuevo. Nosotros somos los primogénitos de esta tierra, los primeros nacidos en esta ciudad nueva, eso es lo que cuenta y lo haremos valer ante el futuro que nosotros mismos estamos forjando. Algún día podré contarte mis sueños, las ilusiones que comparto con Fernando, el hijo de la reina madre. Yo sé lo que guarda su alma y él sabe de mi rebeldía porque es la suya misma. Fernando no desea ser príncipe, ni desea ser caballero en las guerras que su hermano primogénito, el rey Pedro, está planeando. Mi amigo el infante Fernando ama los libros y solo desea dedicarse a descubrir todo lo que guardan pero debe callar todavía ante su madre, igual que yo debo callar todavía ante mi familia y ante el mundo, y esperar a que mi fuerza sea bastante para decidir cómo ha de ser mi vida. Mientras tanto me siento crecer por dentro porque crece mi esperanza y mi voluntad de que el tiempo me ayude a crecer para ti y para todo lo que hemos de vivir juntos.

Ni siquiera mi buen Fernando conoce estos sentimientos porque debo guardar como un tesoro lo que sé que mi alma siente por la tuya, Isabel. Sé lo que siento y sé que no debo desvelarlo, y nadie así podrá mancillarlo ni destruirlo.

Espero a que tú me reconozcas y me recuerdes. Solo hay una persona, Isabel, tu Elvira, esa que llaman tu aya, esa que dicen que tu madre ha criado como a una hermana pequeña, y que ahora te acompaña en los carasoles de las plazas y vela por tu alegría. Ella sí, presiento que ella presiente que yo te estoy amando y que sabe que el amor sin más espera que la espera es el más verdadero que existe.

La semilla germinando

Mi dueña Ysela estaba otra vez encinta en aquel mes de agosto de 1198, y no se había negado a exhibirse en las celebraciones a pesar del calor que sentía todo su cuerpo concentrado en ese nuevo embarazo. Segura estaba eufórico de nuevo, confirmado como merino de la villa por el nuevo señor en delegación real y con poderes para la recaudación de impuestos que aumentaron su importancia en Teruel y toda la zona que dependía de él. Protegido por las prebendas regias, abrió un establecimiento en la misma plaza del Mercado para poder realizar con mayor comodidad sus transacciones de compraventa de ganados y desde allí estipuló la normativa para la celebración de las ferias en cada cambio de estación.

El ánimo de su esposa decayó cuando la esposa de Miguel Santa Cruz murió en el parto malogrado del cuarto de sus hijos.

—Cada día nacen hijos muertos... y cada día se conocen de nuevos embarazos... las mujeres luchamos contra la muerte hasta que ella nos alcanza antes o después...

—Ysela, no sufras y piensa solo en esa criatura que tu cuerpo guarda y que va creciendo... ya son cuatro las lunas que medimos...

—¿Y si es de nuevo hembra, Raquel?

—Será entonces tan amada como es Isabel. Pero puede ser varón y entonces tu esposo tendrá ya heredero...

Pero el embarazo de Ysela no llegó al quinto mes, y su cuerpo expulsó violentamente aquel diciembre los retazos de una nueva ilusión truncada, aunque con gran riesgo de su vida, pues la fiebre no remitía y parecía que podía llevársela por delante. El cuerpo de Ysela quedó inservible para más hijos, y así le fue comunicado a Pedro de Segura. Los cuidados de Raquel trayéndose a la memoria todos los remedios que había aprendido con su padre fueron esenciales para recuperar a Ysela de esa tentación de abandono en que había caído su ser entero, y pudo superar el invierno con mucho esfuerzo de todas. Por fin las

fiebres remitieron con la llegada del mes de marzo de aquel año de 1199 y se atrevió a abandonar el lecho cuando ya entraba mayo.

La niña Isabel y su hermana de leche Meriem ya no necesitaban de las ubres de Lupa, y esta se sentía desamparada sin otra criatura a la que poder amamantar.

—Lupa, trae a tus otros dos hijos, Ibrahim y Esteban, aquí —le pidió Ysela—. Quiero que vivan contigo... y con nosotros. Mi esposo los aceptará bien, tú sigues teniendo mucho trabajo con la crianza de mi hija Isabel y con la tuya..., deben sobrevivir y hacerse unas mujeres fuertes.

Luego se dirigió a su ama Raquel.

—Vamos a abrir las puertas de nuestro patio a los hijos de nuestros vecinos los Marcilla y los Muñoz, los Varea, los Luna y Cervera y todos los del barrio de Santa María, y que hagan juegos de pelota y de soldadesca...

—Pero qué dices, Ysela, descansa hija mía —protestó Raquel—. ¡Vaya brío que te ha dado! ¿Por qué tienes que abrir tu patio a los perillanes de las otras casas?

—Nuestro patio es el mejor de todos y el más bonito, y quiero sentir las voces de los chiquillos y su alegría. Y quiero que se hagan agradables a mi esposo, y quizá que en alguno de ellos encuentre al hijo que busca desesperadamente, aunque tenga otro apellido, quién sabe...

—No te entiendo, niña mía.

—No le daré un hijo varón a mi esposo, ama Raquel, y veo la decepción en su mirada. Pero no dejaré que eso le haga odiar a los hijos de otros.

La casa de Segura se convirtió en el corazón de esa villa que veía crecer a la primera generación de hijos de sus fundadores en nombre del rey, albergando a todos los varones que en un futuro próximo serían ellos mismos los caballeros, infanzones y potentados más importantes de Teruel.

Su hermano Ximén se lo reprochó.

—Tu propio hijo, con tu propio apellido, es el que debe importarte.

—He abandonado mis ansias de que pueda conseguirlo de Ysela.

—Pero puede ser de otra hembra. Tendrás que iniciar los trámites para repudiarla y quedarás libre para buscar otra esposa, o bien podrías tomar una concubina para seguir intentando tener un hijo varón. Aunque fuera ilegítimo, se puede arreglar para que te herede.

—Nada de eso iba a estar bien visto en esta villa donde unos y otros nos observamos mutuamente, Ximén. Solo cabe esperar que la vida siga su curso y

sea lo que Dios quiera —zanjó Pedro de Segura.

Mientras tanto, no pensaría más en ello. Pedro de Segura se concentró en sus negocios, cada día más prósperos, y en sus cargos administrativos y proyectos comerciales con el norte del reino, hacia donde el rey Pedro de Aragón miraba en sus ansias expansionistas sobre otros dominios aragoneses.

Mi señora Ysela, ya liberada del miedo a un nuevo embarazo, era como un jilguero siempre alegre, ideando mejoras y ampliaciones para su casa, a las que don Pedro accedía sin interponerse, porque se había dado cuenta de que amaba ver feliz a su esposa. El patio interior fue ampliado con un jardín cubierto que llegaba hasta los establos, y finalmente abrió porche en la fachada que alcanzaba la plaza del Mercado, y consiguió que Gonzalo, el mayor de los hijos de Lupa, atendiera una nueva tienda de mercaderías donde también había pinceles y pinturas y todos esos elementos que sirven para el dibujo y que ella sabía que a mí me hacían muy feliz. Gonzalo era callado y taciturno, pero tenía la confianza de don Pedro para satisfacción de Lupa, ya instalada como sirvienta de Ysela.

Los dos Marcilla eran rápidos y valientes, pero Diego era especialmente ávido, especialmente inteligente. Blasco y Antón Santa Cruz le seguían a todas partes, igual que Esteban, el segundo de Lupa. A final de verano se unieron los tres hermanos Luna, Ramón Abarca y Garcés Muñoz, primogénito de la casa Muñoz, Gracia, la hermana de los Marcilla, y el infante Fernando, que añoraba Teruel y doña Sancha convino en traerlo antes de tiempo con sus tutores.

Al caer de cada tarde de aquel otoño todos compartíamos un pequeño refrigerio que llegó a convertirse en un ritual: nuestra señora Ysela tomaba en su regazo a su hija Isabel y se sentaba en un escalón de la pequeña escalinata que subía a la capilla de la casa, en uno de los lados del patio, mientras sus jóvenes huéspedes se sentaban en las alfombras con el pan y el queso, o las aceitunas del año, otras veces con azúcar recién pasado por el aceite, y las mudéjares Sofra y Harome venían entonces con panderos y crotalillos y cantaban canciones que ellas conocían de su infancia narrando orígenes de aquellas tierras anteriores a los propios orígenes recogidos en los pergaminos, historias de amores a la luz de la luna y de amantes que se buscaban más allá del tiempo y de los mundos conocidos y que por fin se encontraban para volverse a amar una vez más y, como siempre, sabiendo que volverían a separarse, una vez más y como siempre. Aquellas canciones bellas y tristes por igual congregaban un silencio respetuoso y emocionado que también parecía venir de otro tiempo, convocando una

melancolía que todos los que allí estábamos parecíamos comprender, como si esa melancolía ya estuviese desde antes anidada en nuestro pecho.

Lupa me miraba de reojo, sabiendo que mi silencio guardaba los secretos de mi memoria ya despierta, y yo miraba a Diego Marcilla, que escuchaba las historias de amantes contemplando a la niña Isabel, como si estuviera esperando algo. Ahora comprendo que Diego esperaba a que Isabel creciese para que pudiera recordar como él que ya habían escuchado aquellos relatos de amor que los relataban a ellos.

En octubre regresaríamos a las clases en el monasterio junto a las infantas Dulce y Sanchita, con los preceptores y, esta vez, con varias monjas hospitalarias llegadas con la misión de convencer a cuantas damas de alcurnia pudieran para entregar fondos para la nueva fundación de un convento femenino junto al masculino en Teruel. Esteban y el pequeño Ibrahim volvieron a las tareas que tenían asignadas en los establos y el huerto y obedecían los mandados de Raquel, pendiente de sus tareas como sirvientes de la casa de Segura. Ysela no quería abandonar la costumbre adquirida y decidió que a mi regreso del monasterio, después de las horas de instrucción de cada día con las institutrices reales, le relataría todo lo aprendido hasta que el anochecer la obligase al retiro a su alcoba.

Recuerdo aquel invierno especialmente hermoso a pesar del frío implacable de aquellos meses. Recuerdo mis pies doloridos por aquella crudeza que los acuchillaba mientras recorría deprisa la distancia hasta la casa de Segura, pendiente del último rayo de sol guiándome. Lupa ya estaba en la puerta preparada con las botas de piel de carnero calentadas hacía un momento, y rápidamente me quitaba el calzado que traía para introducir mis pies cubriéndolos hasta la media pierna; recuerdo ese calor tibio como si pudiese sentirlo ahora mismo, y me sentía a salvo de todo, sin saber de qué peligro estaba huyendo. Ysela ya me estaba esperando junto a mi niña Isabel y su casi hermana Meriem, sentadas en la bancada de madera frente a la chimenea de la gran cocina, la pieza cotidiana donde transcurría la vida común de cada día de los miembros de la casa. Allí se comía, se preparaban las carnes en salazón, se tejían las ropas en el telar o se hacía el queso con la leche guardada. Raquel suplía a su ahijada Ysela en las tareas que después del ocaso quedaban por hacer, y Lupa seguía con sus habituales cometidos junto a Sofra y Harome yendo y viniendo al establo, comprobando si había suficiente vino en la tinaja del mueble o preparando los calentadores para el lecho de Ysela. Comía la carne macerada y

el trozo de pan que era mi cena mientras el fuego templaba mi espalda. Su resplandor iluminaba el rostro de la niña Isabel mirándome, ya habituada al nuevo ritual. Y entonces mi voz comenzaba a relatar los detalles de lo aprendido y memorizado en las lecciones de las maestras reales, convirtiéndome yo misma en iniciadora de ella, sin el beneplácito de don Pedro, pero con toda la complacencia de su esposa.

De esa forma y antes incluso de que se incorporase a las lecciones privilegiadas de los preceptores de los infantes, fui instruyendo a Isabel en las ciencias de las letras y los números, y se alegraba en cada trazo que yo dibujaba para ella como en un juego.

Uno de aquellos días de frío intenso en que parecía que nunca podría volver a calentar el sol, Ysela me dijo que yo sería el aya de Isabel.

Sentí que mi corazón se hacía inmenso.

—Mi Virgen de Gracia quiere proteger a nuestra niña Isabel a través de ti, Elvira, por eso llegaste a mí. Ahora veo cómo mi hija te ama y te sonríe y sé que ya estás preparada para velar por ella y para ser su maestra en todo lo que te has podido aprender y en todo lo que la vida quiere que sigas aprendiendo de letras y pinturas, ciencias y música en las clases reales.

Yo tenía entonces doce años, y acepté el mandato de mi dueña Ysela, porque yo le debía mi vida y porque no había amado a nadie como amaba a la niña Isabel. Ser su aya me daría privilegios que yo no había soñado, la cercanía de ella, sus confidencias, su cariño para siempre. Y me traería también el más inmenso de los dolores, aunque yo todavía no lo pudiera saber.

El de Segura se opuso al principio. Quería que una de las monjas hospitalarias de origen noble instaladas en San Juan fuese el aya de su hija, dándole formación de importancia. Pero acabó aceptándolo, pues tenía muchos intereses que atender y no quería perder más tiempo con esa discusión; si llegaba a la edad adulta, su hija le tendría que obedecer, como estaba estipulado en la ley de padres ricos e hijas de estirpe.

Acababa el año y había agoreros que recorrían las aldeas y las villas del reino anunciando desastres, porque cambiaba el siglo; pero en Teruel la vida florecía sin importar el frío y sin que los muchos niños que morían al nacer dejaran huella en los que rezumaban vida por todos los poros de su risa.



Los acuerdos celebrados entre la reina madre y su hijo después de la pascua santa del año 1200 permitieron que sellaran la paz interna del reino en la reunión de Daroca que mantuvieron luego ante los nobles y magnates principales de la Corona de Aragón. Doña Sancha incorporaba a sus posesiones privadas los castillos de Épila y Embid y la plaza de Ariza en la frontera castellana, y el rey Pedro, de veintitrés años, ejercía como rey de la Corona de Aragón sin cortapisas políticas ni familiares, dictando las primeras disposiciones militares dirigidas hacia los territorios transpirenaicos.

—Don Pedro de Aragón tiene prisa en acudir a Provenza, donde su hermano Alfonso, al parecer, no juega bien sus intereses, y por fin la reina madre se da por vencida. —El alcaide Lope de Varea, hasta entonces neutral, no disimulaba su satisfacción en el concejo del domingo de Año Nuevo.

—¿Por vencida? ¡No lo creo! —exclamó su consuegro, el prestamista Pascual Muñoz—. ¿No será una nueva estratagema? No es mujer de fácil conformar.

—Doña Sancha incluso ha aceptado el matrimonio de la infanta Leonor, concertado por su primogénito, con el Séptimo Raimundo de Tolosa.

—Pero sigue criticando la entrega del Valle de Arán, que siempre fue posesión de los aragoneses. ¡Las diferencias políticas entre madre e hijo en lo tocante a la regencia son muchas!

—Lo que importa es que dejen de importunarse el uno al otro —medió Pedro de Segura—. Les une su fe en Dios y su intención de defender la religión cristiana frente a los peligros que vienen de los infieles. Y a los que estamos aquí nos favorece que don Pedro se afiance en el trono, sobre todo porque podremos influir mejor para que aumente las defensas de nuestra frontera con Valencia.

—No olvidemos tampoco la alianza con Castilla —replicó uno de los Muñoz—. Apenas ha obtenido su confirmación como dueño de la Corona de Aragón, el rey Pedro ha renovado y aumentado la alianza con Castilla.

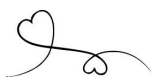
—El rey castellano lo esperaba ansioso para seguir sus campañas contra Navarra y León. —Mataplana se exaltó—. ¡Tendremos que acudir al llamado de nuestro rey solo para favorecer al castellano, que quiere recuperar los territorios que perdió en su minoría de edad, mientras aquí tenemos una villa que gobernar y una frontera que guardar también!

—Teruel ha de festejar al rey Pedro, Segundo de la Corona de Aragón —interrumpió Ximén Segura—. Eso es lo que ahora importa, que el rey sepa que

Teruel celebrará un torneo en su honor para cuando él diga que puede acudir, tal como prometió. Para entonces habremos convenido en lo que hay que solicitarle.

Ximén Segura por fin ejercía el ansiado cargo de juez de Teruel. Eso favoreció los negocios del padre de Isabel, a quien el nuevo señor de Teruel, Berenguer de Entenza, también había confirmado en su puesto de merino; además, pronto tendría que ampliar la botiga con puerta abierta a la plaza, porque las posibilidades de comercio habían ido creciendo y el muchacho Gonzalo era listo y obediente y le hacía muy buen servicio. Pedro de Segura ya se había decantado abiertamente en favor del rey Pedro, tal como su hermano Ximén le había aconsejado siempre, pues en la medida que el monarca aseguraba su mandato, sus afines, como Pascual Muñoz, ya veían recompensada su inversión con creces. Todos los caballeros que habían apoyado al heredero estaban fortalecidos y se aplicarían en recordarle su fidelidad cuando volviera a la villa. Mientras, se rumoreaba que los nobles como Martín de Marcilla y Miguel de Santa Cruz, defensores de los intereses de la reina madre, pronto caerían en desgracia por el carácter impetuoso y vengativo del joven monarca.

Isabel y la niña Meriem se incorporaron a las lecciones privilegiadas.



—Mi hermano Diego te llamó estrella —le dijo Gracia de los Marcilla el primer día que estuvo cerca.

Habíamos llegado a la sala de losas rojas y verdes donde unos asientos alrededor de una chimenea de ladrillos cruzados se convertían cada día en nuestra aula. Gracia era una muchacha que acababa de cumplir los diez años, cuya viveza natural la hacía bella aunque sus rasgos no lo fueran tanto.

—Mi hermano Diego es muy guapo —insistía Gracia sin ocultar la devoción que sentía por él—. Miró al toro bravo a los ojos, tú no puedes acordarte, pequeña Isabel, porque era el día de tu presentación al mundo y todavía no podías crear recuerdos, pero nadie en Teruel olvidará ese día, porque el toro se inclinó ante mi hermano Diego y los trovadores lo cantaron en todas las aldeas del reino...

A medio día los camareros de la reina servían una comida escueta pero suficiente en el refectorio de los monjes al tiempo que ellos tomaban la suya, y entonces nos reunían a todos los privilegiados, muchachos de Teruel futuros

potentados y ricohombres y muchachas futuras damas esposas de grandes hombres bien educadas, para compartir el momento del refrigerio. Los hijos Marcilla, Sancho, primogénito Marcilla, como le llamaban, y Diego, el toro, como acostumbraba a nombrarlo el preceptor del infante don Fernando, quien buscaba su compañía siempre y se sentaba a su lado en el bancal; los dos hermanos Blasco y Antón Santa Cruz, los dos Luna menores y Ramón Abarca, igual de fiel a Diego que Fernandito. En el banco frente a ellos nos situábamos las hembras. Mi niña Isabel ceñida a un lado por Gracia de los Marcilla, que le dedicaba siempre palabras cariñosas, y por mí como su aya al otro, con la niña Meriem agarrándose a mi delantal porque odiaba el sabor del potaje de legumbres y pan hecho por los monjes.

Isabel sentada a la mesa frente por frente con el muchacho Diego, así lo quería el destino. La mirada de Isabel siempre tuvo más edad que los años que se contaban en la niña, pero en ese momento también la niña crecía extraordinariamente y yo sentía que estaba más allá de ese lugar y ese momento. Diego, hasta ese instante hablador y agitado a todas horas incapaz de mantenerse un segundo quieto, se apaciguaba y callaba, mirando a Isabel como si nadie más se hallara en aquella estancia, hablándole con sus ojos solo a ella. Y yo sabía que ella le recibía, que recogía su mirada y su silencio, y que le respondía en ese mismo lugar y en ese mismo tiempo, muy lejos de donde nos hallábamos nosotros. Me entregué a observarles, intentando penetrar en ese mundo que parecían crear entre sí esos dos seres que surgían cuando los niños Diego e Isabel se encontraban frente a frente. ¿De dónde, de cuándo venía ese prodigio? Llegué a sentir las voces que nos rodeaban como un eco lejano que no podía perturbar ese aire que los envolvía, quería comprender lo que esas dos criaturas estaban sintiendo porque sabía que ahí estaba el secreto de mi misión en este mundo, pero yo todavía tenía miedo a las certezas de mi alma y entonces simplemente observaba desde la admiración cómo los ojos intensos de Diego llamaban a los de Isabel y cómo Isabel respondía iluminándose y creciendo, elevándose fuera de allí. Al poco tiempo siempre ocurría algo que había de traerles de nuevo aquí, Ramón rodeando con su abrazo a Diego, necesitando escuchar alguna de sus ocurrencias, o la niña Gracia dejando caer el vaso tallado muy cerca de la manga de Isabel, llamándola o preguntándole divertida: «Segura, ¿a que vas a comer más deprisa que la niña Meriem?».

Los sonidos del mundo regresaban y ellos, al tiempo presente, como si obedecieran a las leyes de esta vida donde se habían reconocido. La niña Isabel

entonces comía su potaje y respondía a los rezos dirigidos por el lector que desde un pequeño púlpito leía en los pliegos sagrados el milagro de cada día escrito en ellos. De vez en cuando Diego la miraba otra vez, y sonreía con esa intensidad suya que siempre fue especial cuando ella correspondía a su mirada, aunque fuese ya de nuevo tan solo una niña frente a uno de los hijos del caballero Marcilla que también recibían lecciones por favor de la reina.

Después de la Pascua de aquel año se incorporaron a las lecciones de los maestros reales otros hijos de apellidos importantes, como los de Mataplana, los dos Muñoz, que obedecían en todo a su hermano Garcés el primogénito del apellido, Alba Cornel, las cuatro hijas de Castroviejo y los herederos de Berenguer de Entenza, señor de la villa. Poco a poco se iba forjando una nueva aristocracia de hijos nacidos en Teruel al auspicio de los favores reales, que pondrían sus privilegios al servicio de que algún día la villa fuera reconocida como ciudad. Y entre los hijos, cobraban especial fuerza los primogénitos varones de todos ellos, agrupándose entre sí, reconociéndose herederos de la consideración y el apellido paternos antes que los nacidos después de ellos o sus hermanas, aunque hubiesen nacido antes.

Un tiempo nuevo

Se cumplían seis años del nacimiento de Isabel. La procesión de las candelas en manos de las mujeres de Teruel era una celebración muy esperada que desafiaba el frío poderoso de las noches del pleno invierno porque anunciaba el nuevo ciclo del renacer de la tierra. A partir de la celebración de la Virgen Candelaria se contaban en cuarenta los días y las noches que le restaban al invierno y la luz iba aumentando cada día. En esa noche las mujeres portaban velas encendidas convocando a la luz y transportaban en un carro a la imagen de Nuestra Señora desde la pequeña ermita extramuros al oeste de la muralla, atravesando la villa para emular el viaje del sol, hacia la pequeña iglesia al este junto a la puerta de Zaragoza, donde la depositaban para esperar la llegada de la primavera. Las mujeres reunidas de cualquier edad, casadas y solteras y de todas las casas turolenses cantaban y echaban flores a su alrededor en honor de la Virgen Madre portadora de la luz. Las niñas llevaban sobre su cabeza coronitas de flores hechas durante los días anteriores a la celebración, y seguían tejiendo coronas hasta el día 15 de febrero, cuando se festejaban los primeros brotes aparecidos en la tierra rogando la misma fertilidad para las mujeres, evocación de antiquísimos rituales de los primeros tueros de esta tierra. Aquel año recién comenzado de 1203 sería decisivo, como son decisivos ciertos detalles que parecen mínimos y solo mucho después se comprende que llevaban la semilla de los grandes acontecimientos.

El hijo pequeño de Lupa había muerto en el pleno invierno cuando las noches son más largas. Gracias a la mediación de don Pedro de Segura, el pequeño Ibrahim fue enterrado en el cementerio del hospicio como un monje guardador, o quizá un santo más, evitándole a su madre el dolor de ver su cuerpo incinerado como si hubiera sido uno cualquiera de los seres anónimos que pasaban por este mundo y por las aldeas sin posibilidad de un lugar en la memoria. Ibrahim tenía nueve años y había muerto a la vez que el hijo enfermo

de la reina madre, el infante Ramón Berenguer, al que sus médicos habían mantenido ajeno al mundo.

Se decía que la reina madre había caído en una profunda pena y buscaba ahora ocupaciones que demostraran su fe cristiana y su deseo de hacerse agradable a la madre de Cristo. Había enviado comunicación de que vendría en persona a Teruel acabado el ciclo de formación de invierno de sus hijos y para apoyar con más fondos los avances de la ampliación emprendida del monasterio sanjuanista.

También el rey Pedro Segundo de Aragón había confirmado que asistiría a los torneos organizados en su honor con el verano para celebrarlos a él y a su reinado, pensando en ver de nuevo las danzas con el toro bravo que tanto le habían impresionado.

Después del primero de marzo la luz se alargaba y las lecciones también se estiraban hasta la puesta del sol. A nuestro regreso, Ysela ya tenía preparada el agua y el dulce de garbanzos. Aquel día se celebraba la fiesta de las mujeres casadas para festejar a las esposas que lucían preñez después del invierno y que se mantenía desde tiempos inmemoriales en las aldeas que dependían de un mismo señor. Villas como Teruel o muchas de Navarra y allende los Pirineos, la celebraban como muestra de buen augurio y de prosperidad bendiciendo a las mujeres casadas embarazadas con la protección de Santa María. A mi querida Ysela se le hacía dolorosa esa fiesta porque no era ya para ella, y aunque marcaba el fin de las noches más largas y oscuras del invierno, también significaba que se demoraba nuestro regreso de las lecciones, marcado con el caer de la tarde. El de Segura aprovechó la ansiedad de su esposa para decirle que ya no veía bien esa formación instruida de su hija.

—Ya tiene cumplidos los seis años —le ordenó—, y mi hija ha de aprender a ser buena esposa, lo que se espera de una mujer, y más de una mujer de la importancia del apellido Segura.

—Hará honra a tu apellido, esposo —le tranquilizó Ysela—, pero deja que complete esa formación privilegiada en la lectura y escritura que le permitirá conocer el mundo...

—¿Qué mundo tiene que conocer más que el que nosotros hemos conocido? Ya sabe de lectura lo que tiene que saber, oigo muy bien sus balbuceos cuando esa criada tuya que nombraste su aya le muestra los libros de horas de la reina viuda.

—Así pues, ¿has visto como yo sus avances? ¡Nuestra hija tiene una mente

despierta y adelantada, esposo! Ella ya ha superado a su madre, y tú tienes el privilegio de saber que una hija heredera de tu estirpe alcanza la inteligencia de hombres importantes y famosos.

—Mi hija ha de ser una buena esposa cuando llegue el momento —atajó el de Segura a su mujer—. Déjate de pensar que una mujer puede alcanzar la mente de un hombre, no te lo permito, y espero que no inculques a tu hija esa mentira.

—Isabel es el privilegio que cualquier padre desearía como rubí para el cetro de su apellido...

—¿Dónde has aprendido a hablar así? No quiero que infundas en tu hija fantasías extrañas, te advierto... ella debe saber que su misión es obedecer a su padre, que soy yo.

—¿Mi hija? Es nuestra hija, mi señor don Pedro... y solo quiero que comprendas que Dios la hizo especial y luminosa como a los ángeles, y que su educación la favorece para que ello se manifieste, como lo desea Él mismo y Nuestra Señora la Virgen Santa María.

—Cuando acabe este ciclo de lecciones reales, habrá acabado la educación de letras y números de mi hija Segura —zanjó el marido—. Y o bien te comprometes a que sea educada en lo que corresponde a las obligaciones de una esposa, o bien tendré que llevarla con las monjas del convento de Navarra y que solo vuelva a los dieciséis años, cuando yo haya decidido el matrimonio que conviene a mi apellido. Sé que allí harán de ella la mujer que debe ser una Segura de mi estirpe, llevando con la frente muy alta el apellido de uno de los hombres más poderosos del reino.

Ysela bajó los ojos, en silencio.

—Estoy en disposición de poder negociar un matrimonio de nobleza para ella, ¿es que tú no lo deseas?

Ante el silencio de su esposa, Pedro de Segura siguió afianzando sus argumentos.

—Mi apellido no es noble, pero puedo aspirar a que mi hija tenga consideración de tal. ¡Nuestra fortuna puede comprar cualquier título, pero Isabel debe comprender que su misión es complacer los deseos de su familia!

—Cuando llegue la reina, le comunicaré que el apellido Segura de Teruel agradece su favor para con nuestra hija y que ya no volverá con el invierno a las lecciones privilegiadas, por decisión de su padre —concluyó Ysela.

El destino ya lo tenía todo previsto; doña Sancha solo regresaba a Teruel para despedirse, porque en ese mismo otoño ingresaría en el monasterio

femenino de Sigena, desvinculándose del mundo y de las obras emprendidas hasta entonces, deseando descansar el tiempo que le restara de vida.

Vestía rigurosamente de negro con el hábito de monja de la orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, con el cuello y el cabello totalmente ocultos bajo la toca que se ajustaba alrededor de la cabeza, y una cruz prendida sobre el pecho que continuamente acariciaba, como si estuviese enviándole sus plegarias silenciosas. En esta ocasión había renunciado al mobiliario y comodidades que anteriormente la habían acompañado, y había exigido ocupar solo una de las celdas escuetas de los monjes con huerto propio y oratorio, donde colocó su reliquia más querida, un dedo de Cristo que podía adivinarse detrás de una ventanita de alabastro rodeada de una copa de oro, realizada en la misma ciudad de Jerusalén. A pesar de la sobriedad que ella mostraba, los cargos más importantes de Teruel y los monjes hospitalarios estaban pendientes de todos sus movimientos, comentarios y deseos; sobre todo los mandos políticos de la villa, esperando con ansiedad el momento en que decidiera celebrar las audiencias con los principales del concejo. Antes de eso se dedicó a asistir y comprobar de cerca las lecciones reales. Por esa razón, a diferencia de los años anteriores, en aquel 1203 de la era cristiana se prolongaron hasta el verano las clases de formación por gracia de la reina madre de todos los que asistíamos acompañando a sus hijos menores, escuchando lo que ella todavía tenía que decir.

—He sido la primera reina de Aragón en utilizar un sello regio propio e independiente del de mi esposo. Nací infanta de Castilla en Toledo, hija del rey Alfonso de Castilla Séptimo de su dinastía y de su segunda mujer, mi madre venida de Polonia, y por mi matrimonio con Alfonso de Aragón fui reina aragonesa y soy la madre de su primogénito. Estáis aquí primogénitos de los nobles y los ricos apellidos turolenses y estáis hembras que vuestro padre quiere destinar a ventajosos matrimonios. Oídmme unos y otros, yo fui esposa amantísima de mi esposo al que di nueve hijos, pero fui ante todo mujer que no renunció a su condición de dueña sobre sí misma, y aquí está mi sello, que me acompaña siempre, pues con mi firma ha de ir su cuño, porque si no es así no vale, ni para mí ni para nadie.

Doña Sancha enseñó su sello. Era del mismo tamaño que los que había utilizado el rey Alfonso de Aragón. En un lado la mostraba a ella, sobre el trono y con una flor de lis en su mano. Al dorso había una figura de mujer montando sobre un caballo que corría al modo de las amazonas de la Antigüedad odiadas

por los monjes, y ante cuya imagen sonrió, porque era ella misma recordándose en su primera juventud.

—A los veinte años casé con mi esposo y antes de un año le di su primer hijo... vuestro rey Pedro de Aragón.

El rostro de doña Sancha se ensombreció un poco.

—El primer hijo nacido no es siempre el que debe merecer los honores acumulados por los padres a lo largo de su vida. Ser primogénito solo indica un capricho del destino, pero no significa ser el mejor. Un padre debería calibrar con magnanimidad las cualidades de todos sus hijos y comprender con lucidez cuál de ellos es el que debe sucederle.

Los mentores de los infantes y los monjes allí presentes, los sirvientes y el propio mayordomo de la reina se agitaron ante sus palabras.

—Nada me importa de vuestra incomodidad —les espetó sin mirarlos—. Ante mí está el futuro de nuestro reino, y tengo la potestad de expresar mi pensamiento, porque todos estamos construyendo el futuro que merece todo lo que logró mi querido esposo Alfonso. Los hijos son futuro y son esperanza... y el padre que no comprenda eso es un estúpido.

Doña Sancha seguía observando con curiosidad y fascinación a Diego Marcilla, próximo a cumplir los trece años como el infante Fernando, pero poseedor de brío y fortaleza, cualidades que admiraba sin ocultarlo igual que las echaba en falta en su propio hijo, sin ocultarlo también.

—Marcilla, acércate —dijo una de aquellas tardes doña Sancha.

Sancho Martínez de Marcilla dio un paso, pero la reina cayó en la cuenta.

—Marcilla segundo, el que miró al toro a los ojos.

El joven Sancho rebasaba ya los catorce años. Aquel invierno hubiera sido de cualquier modo el último de su formación privilegiada, pues como primogénito heredaba el apellido y el rango de su padre, además del derecho a las propiedades de campos, tierras y títulos Marcilla y tendría que empezar a aprender con él todo lo relativo a la dirección de la familia. Pero después del desaire de la reina, no hubiera vuelto a acudir al monasterio, herido en lo más profundo de su orgullo. Se quedó quieto y erguido, mientras sentía cómo su hermano Diego daba un paso hasta ponerse a su misma altura.

—Acércate, elegido por el toro —insistió la reina.

Diego empujó a su hermano Sancho a que avanzara con él, y este no se negó, paliando así su vergüenza.

—Diego de los Marcilla, te recuerdo bien —dijo doña Sancha cuando

estuvieron frente a ella—. He relatado muchas veces lo que vi... tú eras una criatura de apenas siete años y tocaste la frente del toro. ¿Cuál es tu destino, Marcilla segundo?

—Servir a mi hermano primogénito como heredero del apellido de nuestro padre. Así nos lo ha enseñado él.

La reina madre asintió escuchando sus palabras.

—Y así es costumbre en los fueros aragoneses que dictó mi esposo... Sigues mostrando en tu respuesta el honor de los bien nacidos —dijo la reina—; y sin duda serías un buen soldado de nuestra fe... Dios requiere almas briosas como la tuya, tenlo en cuenta, y así se lo diré a tu padre el caballero Marcilla, que tú podrías ser general a las órdenes del infante Fernando de Aragón.

Diego llevó sus ojos hacia Fernandito, de pie junto al sitio de su madre la reina, que respondió mirando al amigo con la complicidad nacida entre ellos a lo largo de los días, las lecciones y los entrenamientos que habían compartido. Quizá nadie más que Diego Marcilla sabía que el verdadero deseo del infante Fernando era dedicarse a la vida monástica.

—Estáis aquí varios otros segundos —siguió diciendo doña Sancha—. Lo haré saber a vuestros padres, los Muñoz, los Luna, el segundo Santa Cruz, Ramón Abarca y los Berenguer de Etenza... Cristo necesita defensores de su fe y vosotros sois fuertes y habéis sido educados en el valor y el amor a nuestro Señor... No temáis si debéis enfrentaros a los infieles en el campo de batalla, pues Él os lleva de su mano y el papa de Roma os perdonará cualquier pecado que hayáis cometido.

Doña Sancha ordenó la lectura del fragmento correspondiente de las Sagradas Escrituras, como cada tarde, tomada de su propio libro de horas, el que siempre la había acompañado toda su vida. Llamó a Diego tendiéndole el libro mientras uno de los lacayos estaba ya colocando el atril sobre el púlpito siempre dispuesto en la esquina de la estancia, y los monjes repartían en la mesa los platos con una sopa espesa.

Diego Marcilla subió los escasos peldaños hasta el estrado moviéndose con soltura. Ya se acercaba el verano; coincidiendo con la celebración del origen de la villa y las danzas del toro cumpliría trece años y su complexión fuerte y espigada hacía entrever que se estaba convirtiendo en un hombre de buenas hechuras y belleza. La intensidad de su expresión parecía iluminar aquello que miraban sus ojos; hizo un guiño a Fernando cuando pasó por su lado y este sonrió levantando el rostro con un gesto de amistad, antes de sentarse en su sitio

habitual del banco a la mesa. También doña Sancha lo observaba como si estuviera viendo más allá de él mismo. Los bancos a cada lado de la gran mesa alargada del refectorio de los monjes nos recogieron como cada día, obligados siempre a mirar al frente o hacia el plato. El hueco de Diego en su asiento frente a Isabel...

Diego leía y todos escuchábamos su voz hablando del corazón henchido de amor en la inspiración divina. La oración de Santa María elegida en el libro de la reina era un ruego elevado al cielo buscando la noticia de Dios en el cielo desde el alma anhelante de su certeza y su señal, y la voz de Diego parecía una lluvia fina sobre nuestras cabezas penetrando hasta el fondo de nuestro silencio.

—Mi alma abierta a ti. Abierta a tu voz, a tu sueño, dónde estás y sé que estás, aunque no te veo, dónde está mi alma sin mí, en pos de ti solo viva porque te siente, solo por buscarte, solo por sentirte despertando conmigo aquí, a mi lado, con mi sonrisa por fin libre y eterna.

No sé qué me hizo girar la cabeza hacia Isabel, quizá hubiera sentido su silencio quieto de pronto. La niña Isabel, inmóvil, miraba hacia el hueco vacío de Diego frente a ella al otro lado de la mesa y lloraba en silencio. Sus lágrimas caían sin más, sin sollozo; brotaban de sus ojos como un manantial que ha encontrado la fuente por donde manar, y los seis años de Isabel temblaban en ellas. Me giré instintivamente para tocar la carita de mi niña acariciando su cabeza, sin comprender todavía lo que estaba pasando. Al tocar su frente vino a mí la visión de lo que el alma de Isabel revivía, un recuerdo remoto e intenso de ausencia y adiós, la intensidad de esa añoranza que había regresado de bruces a la memoria no sabida de Isabel, y yo lo estaba comprendiendo. La abracé como si pudiera protegerla de mi propia visión y sequé sus lágrimas como si pudiera borrar su memoria dolorosa y regresada. Pero, aunque en ese instante fuese posible arrebatlarla de la inmensa tristeza que había atrapado su pecho, yo ya estaba comprendiendo que el destino había ya abierto su puerta y sería inexorable con todo lo que tenía que ocurrir.

La niña Gracia, sentada al otro lado de Isabel, le retiró la cuchara de su mano.

—A ti tampoco te complace esta sopa, ¿verdad Segura?

Isabel parpadeó al soltarla.

—Mi señora reina madre —se dirigió Dulce de Aragón a doña Sancha—, las niñas estamos agotadas... hoy hemos cabalgado con vos, y nuestros cuerpos

no se han recuperado todavía. Os ruego que nos disculpéis si mostramos cansancio...

Mi amiga Dulce tenía algo más de once años y su temperamento compasivo y lleno de ternura conmovía también a su madre. Entonces convino en dar por concluida la lección de aquella tarde.

Habla por mi boca el amor

*E*ste amor superviviente, llegado conmigo a esta vida para encontrarte, Isabel de Segura. Solo debo dejar que pase un poco más de tiempo. Solo debo agradecer a Dios que me ha otorgado la alegría de reconocerte y recordar que ya nos conocíamos. Te amo con un sentimiento inalterable, inexplicable y eterno, como es alcanzar esa verdad que era el motivo de toda una existencia. Para esa verdad he venido aquí, para comprender el secreto que solo algunos pueden alcanzar y que quizá dejen escrito y sugerido en las obras más hermosas escritas por los cálamos.

Puedo comprender las palabras eternas que escucho en las oraciones a nuestro Dios, porque hablan de la misma devoción que siento y la misma firmeza de mi emoción.

Es esta misma porfía la que me lleva a desear otro destino... solo a ti puedo confiártelo, niña Isabel, sabiendo que algún día leerás estos pliegos con la ternura de saber que fueron escritos por un muchacho que ansiaba convertirse en hombre para tener su propia vida. ¿Lo habré conseguido entonces, Isabel?

Me precede mi hermano en el orden de heredad de los derechos de nobleza y posesiones de mi apellido. He sido educado en el respeto a esta norma y en su consideración inapelable... hasta ahora, que mi conciencia de hombre comienza a hacerse sitio en mi voluntad y me impele a cuestionar las leyes recibidas. No me he rebelado ante mi padre, no, Isabel. Mantengo mi conducta dentro de los límites que exige mi educación y soy fiel al respeto que merece el deseo de Dios. Pues solo puede ser Dios el que dicte cuándo nace un ser humano, y por qué un hombre nace un año antes que su hermano o un año después. Y a ese deseo de Dios le llamamos destino, y por ello es preciso acatarlo y aceptarlo. Es ese deseo de Dios el que dicta lo que será mi vida: que he de servir a mi hermano primogénito.

¿Y si el destino fuera otro, Isabel? ¿Y si Dios pudiese equivocarse y hubiese errado al trazar mi camino?

Volveré a mirar a los ojos al toro bravo. Porque en su mirada vive la fuerza que yo busco, la fuerza de mirar a los ojos a Dios y rogarle que desee otro sueño para mí.

Acatar mi compromiso de segundo Marcilla me llevaría a no poder ejercer mi apellido con derechos, a no poder contraer matrimonio con mujer, pues tengo que estar al servicio de mi hermano, el primogénito de mi apellido, y de su descendencia, en cuyo favor sacrifico la mía. Tengo trece años, la edad en que mi padre ya había visto morir a muchos hombres y el rey Alfonso le había otorgado un título de capitán... pero él me pide que no contradiga las normas que me obligan a ser otra cosa a la que fue él. No quiero apellido, Isabel, quiero hacer casa contigo, cuando el momento llegue, y crear las normas de ese mundo nuevo que nos comprenderá amándonos y libres, viviendo nuestro propio deseo de Dios. Pues ¿cómo no va a ser Dios quien dicte mis ansias y escriba los deseos que siento en mi corazón? ¿No han de ser sus propios deseos para mí los que me llevan a esperarte y sentir que ya estábamos unidos antes de esta existencia y mucho antes?

Se ha dicho en Teruel que tu padre Pedro de Segura ha organizado tu educación de esposa en el convento navarro donde sus propias hermanas se formaron un día. No puedo soportar la idea de que vayas a dejar Teruel, Isabel mía... solo eres una niña, y solo ruego a Dios que no sea cierto, y que dibuje otro deseo más dulce en su corazón que pueda ayudarnos a seguir uniendo nuestros pasos cuando cruzamos el empedrado hacia San Pedro.

Acompañaré a mi familia a la entrevista con la reina madre, pues mi padre Marcilla le ha solicitado audiencia porque ve mermada su influencia en Teruel desde que el rey Pedro le niega sus derechos de otro tiempo. Mi padre me exige que acate sus normas y las de mi apellido, aun sabiendo que ello me condena a la renuncia de los propios sueños que Dios infunde para mi alma, pero debo obedecer por amor a mi familia.

Y el día del festejo de la villa saltaré la altura del toro y pensaré en nuestro futuro que espera, Isabel, y caeré frente a su testuz y le miraré a los ojos, para que todos me miren a mí mirando hacia donde tú estés.

Algún día, algún día conocerás estas cartas y comprenderás que en cada momento de cada uno de los años y meses de mi vida he estado amándote, igual en el silencio que en las palabras.

Rendir cuentas

La cita del noble Martín de Marcilla con doña Sancha se había fijado para el primer día después de la salida de las vacas hacia los prados de los montes.

—Me retiraré en este otoño a mi lugar en Sigena —le confesó sin ambages la reina—. Es de sabios comprender cuándo tu tiempo se acaba y debes aceptar un poder superior al propio.

—¿Qué poder puede haber mayor al de una reina que ha parido a un rey? —replicó Marcilla.

—El de la vida, don Martín. No os olvidéis nunca. La vida es la gran señora. A ella misma le rinde cuentas muchas veces incluso nuestra Virgen Santa María.

En la misma recepción se encontraban los ministros más próximos a la reina, que se retirarían con ella aceptando las nuevas leyes instauradas por el rey don Pedro de Aragón, donde ellos ya no hacían falta.

—La vida me dice ahora que he de vivir el tiempo que me queda como una mujer simplemente, no como reina ni como esposa, ni siquiera como madre. Solo como mujer, con mis recuerdos y mis errores, mis pérdidas y mis dudas todavía vivas.

Don Martín bajó los ojos con respeto. Estaba pagando las consecuencias de su lealtad a la reina madre con la merma de sus negocios y su poder de influencia en los asuntos de la villa. Aunque no pensaba pedirle favor alguno, ni compensación. Doña Sancha ya no tenía fuerza, solo tristeza. Pero fue ella quien reconoció su deuda con el noble Marcilla.

—Sé muy bien que vuestra fidelidad os ha costado el recelo de mi hijo.

—Pero señora...

—Escuchadme, os lo ruego. No puedo interceder por vos ante él porque aún provocaría más su malquerencia, ya que mi hijo se rige más por sus impulsos que por las razones que la inteligencia debe dictarle a un rey. Por eso mismo y porque deseo que restauréis su consideración por vuestra familia, quiero que le

ofrezcáis el servicio militar de vuestros hijos varones por un tiempo, el suficiente para que entienda que vuestra lealtad está más allá de vuestros propios intereses y necesidades.

Martín de Marcilla sintió una punzada en el pecho. Su primogénito era el heredero por derecho propio de ostentar el apellido familiar y las propiedades que él había amasado hasta ese momento. Para eso lo había educado haciéndolo como él mismo, para que mantuviera su condición noble y acrecentara las posesiones de su apellido. Si su primogénito moría en el ejercicio de la soldadesca, sería su propia muerte y quizá el fin de su dinastía.

—Sé lo que estáis pensando y el temor que siente ahora vuestro corazón. Pero no debéis penar, pues mi hijo planea su propia boda por conveniencia y varias reuniones con el rey castellano para estrechar las alianzas que este espera desde que murió mi esposo. Dejad que vuestro primogénito vaya el primer año acompañándole a sus convenciones y podrá regresar luego con la justificación de primera cosecha. Que permanezca con don Pedro vuestro segundo Marcilla y que se haga querido a él con su arrojo, en los torneos que tanto le gustan y a los que tanta afición tiene, que no hay lugar en todo el reino que no organice al menos un torneo al año para él. Mi hijo sabrá apreciar la valía de vuestro hijo Diego, y perdonará que su padre le fuese fiel a la reina representando la memoria de su propio padre el rey del que heredó un reino y una corona.

—Estimo en mucho vuestro consejo, mi señora...

—Estimad convenientemente también que será el mérito de vuestro segundo el que logrará que el rey se fije en el honor de vuestro apellido como para que le interese restauraros su amistad.

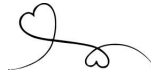
—Sabéis señora que a mi familia se le han retirado la mayor parte de los cargos que tenía asignados en la dirección de la ciudad...

—Sí, he sido informada puntualmente de todas las injusticias cometidas contra los que fueron leales a las disposiciones de mi esposo, y por ello me siento en el deber de compensaros con estos consejos... que no a todos les serán útiles, por cierto, pues no todos los apellidos despreciados por mi hijo tienen entre sus descendientes a varones tan merecedores de respeto como vuestro segundo, ese Diego que representa la fuerza de todo lo que está llamado a crecer y expandirse...

Don Martín lamentó en su fuero interno que no fuese su primogénito el merecedor de esa consideración por parte de la reina. Pero quizá resultase lo mejor para sus intereses, pues podría seguir con sus planes y contar con Sancho

para continuar con los negocios, mientras aprovechaba las dotes de Diego para hacerse útil al rey y conseguir que confiase en los Marcilla.

—Será como me aconsejáis, señora —respondió con una reverencia—. Os estaré por siempre agradecido.



El rey Pedro de Aragón anunció su próxima boda con doña María, hija única de Guillermo de Montpellier, por el pacto realizado con su anterior esposo, el conde de Cominges. Este la repudiaba, con gran disgusto de sus súbditos, para que don Pedro casase con ella y anexionar así la Corona aragonesa el Señorío de Montpellier, además de conseguir el vasallaje de Raimundo Roger Trencavel, Señor de Bezièrs, Carcasona y Albí, cuñado de doña María. El rey Pedro pidió que los torneos organizados en la villa se realizasen como representación de la defensa de la honra de su futura esposa, como si en verdad fuesen auténticas justas donde debía restaurarse el derecho de la heredera de Montpellier, como desde antiguo se venía haciendo en los combates cuerpo a cuerpo entre contendientes a caballo y con lanza para dirimir los asuntos de justicia o de política. Los caballeros llegados a Teruel para participar en el torneo exhibían los colores de la futura esposa del rey junto con las cintas del aragonés, demostrando su destreza en el manejo de las armas como un entrenamiento en tiempo de paz, a la espera de las próximas batallas al servicio del rey. A pesar de que doña Sancha le había dicho a su hijo a la cara que ese matrimonio sería un error que le costaría caro, el rey Pedro firmó para celebrar los esponsales en el mes de julio del año siguiente.

Sin acabar el otoño de ese 1203, la reina madre abandonó Teruel para no volver jamás. Se llevaba a su hija Dulce para formarla como futura abadesa de Sigena.



La infanta doña Dulce me buscó aquel último domingo de vendimia, cuando los habitantes de la villa habían salido en romería hasta la ermita alzada en medio de los campos de vides para agradecer a la Virgen su nueva cosecha. Llegó a la casa

de Segura, acompañada a regañadientes por su nodriza, que no podía entender el empeño de su ahijada en querer verme.

Iban cubiertas con mantos y se apresuraron a entrar al patio de la casa cuando yo misma abrí el portón, extrañada de oír mi nombre al otro lado. Las acompañé al interior de la casa. La nodriza se quedó en una esquina del jardín sin querer tomar el agua que le tendí, mostrando vivamente su enfado.

Mi amiga doña Dulce cumpliría pronto doce años, y se abrazó a mí apenas se desprendió de su capuchón.

—¿Qué te ocurre, señora infanta?

—Debo acompañar a mi madre en lo que ha decidido para ella y para mí. Nos lleva a Sanchita y a mí a Sigena.

—Tiene derecho a ello.

—También ha decidido que mi hermano Fernando sirva en el ejército de real de Aragón.

Lo sabía también. Fernandito debería incorporarse como capitán a las órdenes de su hermano el rey Pedro, que planeaba reuniones con el rey castellano Alfonso para delimitar las fronteras de ambos reinos.

—Fernando tiene otras ambiciones, pero no se resistirá, en cambio yo...

Dulce me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Elvira, no quiero ser abadesa. Sé que debo obedecer a la reina, pero no deseo lo que ella desea para mí.

—Tu señora madre te dará el destino que tú quieras, doña Dulce.

—No. Ella quiere que yo sea tan fuerte como ella, y yo solo quiero que las letras y los dibujos nazcan de mis pinceles.

La nodriza real esgrimió un gesto ofendido escuchando a la infanta, pero no se atrevió a acercarse a ella siquiera para regañarla, como otras veces. Esta vez era distinto. Todo era distinto.

Nos sentamos en el bancal bajo la higuera, donde las mujeres de la casa nos reuníamos para las horas de costura cuando llegaba la primavera. Dulce me miraba esperando lo que pudiera decirle, el consuelo que le ayudase a comprender el motivo de su angustia.

—No quiero vivir apartada del mundo.

—Vivirás a salvo de las guerras y a salvo de los peligros de ser madre. Ella te está protegiendo así de la muerte segura y temprana que sufren la mayor parte de las mujeres porque la vida exige su sacrificio. Muy pocas que no sean solteras logran llegar a viejas y tú estás llamada a ser una de esas pocas, porque Dios te

ha elegido para poner imágenes y colores a sus palabras. Acepta el privilegio, Dulce querida.

Dulce se abrazó de nuevo a mí, como aquella hija que una vez había sido en mí, y como esa nieta que fue en otro recuerdo cuando yo era su abuela.

Había cumplido mis dieciséis años, pero mi alma tenía mucha más edad y esa memoria anidada en ella ya se había rebelado por fin a mis intentos de callarla y me traía certezas a la garganta, como en ese momento. Vi a mi amiga Dulce casi una anciana, pero no pintaba; estaba a mi lado. ¿Y yo, dónde estaba? Vi mi propia mano, arrugada y vieja, entre las suyas. Dulce lloraba, diciéndome palabras tiernas, despidiéndose de mí, sí, yo estaba muriendo..., sí, en su compañía, pero mis ojos no podían ya ver la luz que entraba por las rejas del ventanuco, como si se hubieran quedado agotados de llorar.

Fue así como comprendí que mi destino estaba unido al suyo, pero ¿cómo? Dulce me llamaba, yo estaba lejos de allí, en ese futuro donde yo seguía llorando por Isabel, mi niña Isabel... ¿qué le había ocurrido a mi querida Isabel?

—Las campanas anuncian la puesta de sol —dijo la nodriza real.

Ellas me habían salvado de ver más allá.

—Hemos de marcharnos, infanta, di adiós para siempre.

—Nunca es siempre —contestó Dulce.

Volver donde quiere estar

Hoy debo comenzar la vida que han decidido para mí, y no puedo negarme a ello. Todavía no. Mi padre quiere que siga al rey Pedro de Aragón por un tiempo como soldado a las órdenes de sus caballeros, para congraciar a mi apellido con su favor y que mi familia vuelva a tener consideración a sus ojos.

Dejo Teruel, por tanto, sin saber cuándo pueda volver allí donde mi corazón quiere estar, que es donde tú estés, Isabel. Guardo todas las cartas que durante este tiempo de infancia te he escrito, desde aquella primera en que descubrí mi alma declarándote mi intención de esperar a que tus ojos me reconocieran. Las guardo todas, Isabel de mi alma, y algún día las conocerás y juntos reiremos leyéndolas, porque sin embargo solo eran epístolas de un niño todavía, un niño que creía tener el mundo en sus manos y que solo con su voluntad podría cambiarlo.

Cumplo catorce años en este 1204 y soy un hombre que ha comprendido que no basta con el deseo para que el mundo sea distinto. Debo marcharme de Teruel porque mi padre así me lo ruega, pues mi familia necesita contar con el favor del rey para volver al viejo esplendor perdido de su nobleza. Debo aplazar mi intención, la que tantas veces te confesé en mis cartas secretas, esas que deben seguir ocultas y guardadas porque todavía no es el momento de que las recibas. Eres una criatura maravillosa, Isabel, tú cumples siete años y no sabes todavía quién soy. Sí, me conoces como el hermano de Gracia Marcilla, la que te hace reír tantas veces. Pero yo veo tu risa y siento que mi alma se extiende fuera de mí. Te veo escuchar las historias de los trovadores y siento el resplandor que nace de ti, de tu estar escuchando, veo tu luz vibrar oyendo como yo las historias de esos amores ajenos que parecen llamarnos con nuestros nombres. Te miro y desaparece mi rabia, este grito que llevo anidado en mi pecho, un grito que me hace buscar los ojos del toro bravo cuando el concejo celebra cada año el nacimiento de nuestro Teruel querido. Todos creen que es valentía, que mi arrojo es osadía o coraje, pero nadie sabe que es rabia, rabia porque tengo prisa, Isabel mía, rabia porque no puedo obligar al tiempo a que pase más rápido, ni puedo contarle a nadie que toda mi esperanza está en lograr que un día tú me mires como yo a ti. Eso es por lo que rezo, con cada una de las campanadas de la iglesia cuando marca los plazos de tres horas en nuestras vidas cada día. Eso es lo que ruego a la Madre de nuestro Dios, que tú vengas a mí un día y me digas «te conozco, Diego Marcilla, eres tú el que me ha amado desde el principio del mundo». Hasta ese día seguiré esperándote, soñando que entonces podremos hablar de toda esta espera y habrá merecido la pena, porque comprenderemos que solo debíamos crecer y ser libres para poder estar juntos. Y sabremos que hemos nacido para encontrarnos en esta vida y ya nunca separarnos.

No creas todas las historias de los cantores, no cuando hablan de amantes desgraciados que se pierden y no vuelven a verse. Nosotros estamos aquí, hemos nacido en un nuevo mundo y una nueva ciudad como es nuestro Teruel, y nuestro destino es amarnos por siempre a la luz, estando juntos y

alegres. Aunque mañana tenga que cumplir con el deseo de mi padre y deba acompañar al rey Pedro como un presente que el apellido Marcilla le ofrenda.

Mi familia apoyó desde el principio a la reina madre doña Sancha, y está pagando las consecuencias de su apuesta con el vengativo rey Pedro. Ellos hicieron las paces y no volvieron a reunirse. Ahí empezó el nuevo tiempo que es preciso asumir. El rey de pleno derecho castiga a mi familia con su indiferencia y le priva de privilegios y de cargos en la dirección de la ciudad que desde su fundación había ostentado. Mi tío Pero Marcilla fue juez de Teruel nombrado por el rey Alfonso, y mi padre Martín de Marcilla dirigió varios estamentos del consejo de la ciudad durante más de diez años, con prestigio para nuestro apellido y logrando beneficios para los turolenses por la amistad de la reina; pero desde la paz firmada entre ella y su hijo el rey Pedro, los Marcilla han caído en desgracia, y debo obedecer la petición de mi padre e intentar congraciarse a mi familia con él.

Representaré a mi apellido en la corte real formándome como caballero del rey, demostrándole a don Pedro de Aragón que la lealtad de los Marcilla con la corona es firme. Y volveré con la honra de mi familia restaurada a ojos del rey, y mi corazón pleno de esperanza por ti y mi empeño intacto para ser tuyo, pues así lo quiere Santa María y nuestro destino, Isabel.

Dejo atrás la infancia, amada mía, soy un hombre y hoy me he dado cuenta pues debo aceptar los débitos y los compromisos, como es hacer lo que mi padre me está pidiendo, porque su honor, que es el mío, así lo necesita.

Acompaño al rey, pero mi corazón se queda contigo. Se dice en la villa que la hija Segura está enferma... no puedo saber de ti, ni qué te ocurre, Isabel, ¿cuál es la razón de que debas estar postrada en el lecho? He pasado por la puerta de tu casa, he llamado a Elvira. Esteban se ha llegado corriendo desde las caballerizas, alegre.

—Te acompaño, Diego, te esperan en San Pedro para el otorgamiento de credenciales del ejército del rey.

—Aguarda, Esteban... —le he dicho, sin moverme—. ¿No baja Elvira?

—No se separa de su niña Segura.

—Mi hermana Gracia le manda saludos y pregunta qué le ocurre a la hija de tu dueño...

Esteban me ha respondido como si en realidad me preguntara algo más recóndito que ya intuía.

—Las fiebres se han apoderado de ella. Raquel se afana con toda su ciencia en bajar el calor de su cuerpo, pero el de Segura ha mandado recado al médico de la corte de Zaragoza para que venga a analizar la causa de su enfermedad.

—¿Es grave?

—Isabel se levanta por las noches por la fiebre y duerme mucho por el día, nadie sabe qué le pasa..., pero cuando recobra la palabra, ella misma les dice a las mujeres que está bien, que la fiebre se la envía Santa María para que ella pueda escuchar su voz...

Esteban tenía una razón para acompañarme hasta el atrio de San Pedro, donde los oficiales reales nos esperaban a los próximos soldados del rey.

—Quiero ir contigo, Diego. Seré tu sirviente, aprenderé de lo que tú quieras enseñarme en la batalla.

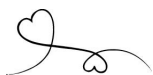
—Yo voy a ser servidor del rey y estaré a la orden de nuestro amigo Fernando. No quiero que vengas conmigo, Esteban, hermano... necesito que te quedes en Teruel, cerca de la niña Isabel... y que me envíes noticias.

—¿Isabel...? —La mirada de Esteban era el reflejo de todo lo que su alma ya estaba comprendiendo.

—Sí, Esteban, quiero que veles por ella, que reces por ella como yo lo haré y que me envíes

recado allí donde yo esté, para saber que se ha puesto bien. ¿Lo harás, amigo?

—Cuenta con ello, Marcilla. Haré lo que me pidas y me alegraré el día que pueda contarte que ya no tiene más fiebres ni más peligro, y, aun así, seguiré pendiente de que ningún riesgo la pueda apartar de tu vida.



Dejo en Esteban mi voluntad hacia ti, amada Isabel, y deposito en él mi confianza. Ya conoce mi secreto, y sé que él lo protegerá igual que te protegerá a ti.

Rezaré, niña mía, por ti y para que pase pronto este tiempo que mi padre me pide, y habré cumplido con él y con su orgullo. Rezaré a esa Virgen a la que rezábamos antes de los juegos en el patio del monasterio de San Juan, ¿lo recuerdas, Isabel? Doña Sancha eligió el lugar donde Ella siempre volvía para alzar su iglesia, esa iglesia de Sigena y su monasterio donde ha decidido morar el resto de sus días. Los campesinos llevaban su efigie a las tierras al otro lado del río y, sin saber cómo, volvía a aparecer en el mismo cerro suave de Sigena, una y otra vez, hasta que doña Sancha comprendió que Ella no quería marcharse de allí y supo que debía honrarla con un altar que sería su casa... ¿lo recuerdas, Isabel?

A Ella me encomiendo para que me esperes, aunque no lo sepas todavía, pero que me esperes, porque mi corazón volverá a donde tú estés una y otra vez. A Ella le rogaré que, la próxima vez que vuelva a verte, tus ojos me digan lo que espero escuchar, Isabel mía.

Dios se mostró en el sol

En este tiempo sin vernos, tantos años, sin yo saberlo, tanto, tanto tiempo... cómo te eché de menos, sin saberlo, amor, dormida en la memoria dormida.

Fue como un juego, un juego en el que todavía participaba mi madre, la jaquesa de Segura, como la llamaban en Teruel. Las cosas parecían tomar un nuevo rumbo para Teruel y los que allí habitábamos. Mi madre Ysela todavía reía como una muchacha con los sueños que yo le confesaba, y se entregaba con pasión a las maravillas que Elvira le proponía para mí.

Vivíamos años benignos, pues la tregua con los almohades permitía que los cultivos y los negocios de Teruel prosperasen rápidamente, haciendo crecer la villa y consolidarse como una plaza que, aspirando a convertirse muy pronto en ciudad, componía bien sus bazas ante el resto del reino. Fue como un juego para que yo no olvidara mis habilidades en la escritura aprendidas con los maestros reales. Elvira, mi aya venida de las tierras oscuras donde son habituales las mujeres que ven el otro lado de las cosas, dijo que yo podría practicar las artes de las letras y a la vez cultivar el arte de la memoria, cosas que van unidas la una a la otra. Ya recuperada de la enfermedad que me tuvo postrada hasta la primavera siguiente, mi madre la jaquesa convino sonriente, como entonces ella lo hacía, confiada y joven, y así empecé a llenar pliegos con los recuerdos que me venían a la mente, para seguir practicando con las letras aprendidas con la reina madre, amante de la formación culta en las hembras.

—Escribe para mí tus recuerdos, Isabel querida, porque temo que yo voy perdiendo los míos. —Se justificaba Elvira para infundirme aún mayor deseo en la escritura.

No era verdad que Elvira hubiese perdido su memoria, aunque fuera lo que siempre deseó. A ella le sobrevenía sin aviso, y entonces su voz callaba y sus ojos eran los que veían sin querer ver.

Raquel, la nodriza que mi madre tenía como su propia madre, la prevenía una y otra vez hacia Elvira:

—Haces mal en confiarle a tu niña Isabel. Elvira solo tiene diez años más que ella, ¿cómo puedes decirle que es su aya si vive para los juegos y las alegrías con ella?

—Por eso mismo, porque para obligaciones ya está mi esposo Segura, que nos recuerda a todas las mujeres de su casa los débitos de nuestra condición, y para velar por los cuidados de todas ya estás tú, Raquel, con tus jarabes y tus hierbas para quitarnos los dolores que trae también nuestra misma condición de hembras. Y para quererla... para quererla ya estamos todas nosotras y sobre todo Elvira, que la ama como una hermana mayor o como una madre joven, y aún me atrevería a decir que la quiere como yo misma.

—Mi ciencia en medicinas bien vale para mitigar dolores del cuerpo, pero temo más esos dolores del alma que pueden traer en la vida las decisiones mal tomadas, o las sorpresas por tantos permisos que le otorgas a tu hija, y que algún día se acabarán, porque tu dueño no quiere para ella ninguna de las libertades con las que tú sueñas...

Tenía algo de razón la nodriza Raquel, que conservaba la ciencia aprendida de su padre el médico judío, pero también el raciocinio práctico que deben tener los seres nacidos para observar lo que daña el cuerpo. Los dolores del alma tienen otros caminos y otras causas y otros remedios, y otros fines.

El dolor que siente hoy mi alma es porque, conociendo cuál sería el remedio, no puedo tenerlo. Porque sabiendo dónde he encontrado la paz de mi espíritu, he sabido que no sabía que me faltaba y ahora lo echo de menos abriendo los ojos a un mundo que transcurre invisible para la mayor parte de los seres y a mí me ha sido revelado y mostrado, y al júbilo se une la rabia y la duda y el desconcierto, porque no puedo comprender que al intenso amor que siento pueda unírsele tanto dolor por ello.

Fue esa mirada de Elvira, ocurrida de pronto, aquel día de escrituras en este reino por encima del mundo creado en una esquina del almacén de la vivienda, donde nunca ascendería mi padre, porque la administración de las reservas era competencia de la señora de la casa.

—Elvira, ¿por qué me estás mirando así?

Pero Elvira no me miraba a mí, sino a través de mí. Su memoria se había despertado, y caían lágrimas desde sus ojos.

Recuerdo aquel instante.

Ya habían pasado los meses. Mi madre Ysela se había retirado ya de aquellas tardes en nuestro santuario, porque sus obligaciones habían crecido

como esposa de Pedro de Segura, alcaide recién nombrado de Teruel elegido por el nuevo señor por designación real, don Ximeno Cornel, en aquel otoño de 1206, cuando yo estaba próxima a cumplir los diez años. Las horas de luz ya eran cortas. Mi padre regresaría con el ocaso, como cada día, y tendría que mostrarle mi avance en la labor del telar, como cada día, para que él comprobase que obedecía sus órdenes, y que mi educación como futura esposa de un noble elegido por él, según su altísima consideración en la corte del rey Pedro, estaba mereciendo sus esfuerzos y su renuncia a un hijo varón que le sucediera y heredase su fortuna. Si mi madre no le había dado un primogénito varón, yo le daría un nieto varón heredero de toda su ambición.

—Cuando yo era muy niña, la nodriza Lupa decía que tú veías el futuro como si fuera pasado...

—No, Isabel... eso son cosas de moras de otros tiempos... Lupa nació junto al mar de Levante, donde las gentes sienten de forma distinta que los nacidos tierra adentro, como yo.

—Pero tú has visto algo.

Elvira dudó un instante. Sabía muy bien que yo no aceptaría una mentira, ni una excusa. Ya no.

—He visto una luz de estrella que nacía de ti, niña mía... Una luz jubilosa que irradiaba un brillo extraordinario, más allá del tiempo, que viene de antes y que seguirá brillando por siempre después de hoy, más allá de mucho más allá del tiempo...

—Y, entonces, ¿por qué caen lágrimas de tus ojos?

—La estrella brillaba elevándose sobre una media luna... la media luna formada por las astas de un toro bravo queriendo alcanzarla, mirándola con infinito amor, con infinito deseo y sin poder tocarla...

—¿Y qué hacía ella, Elvira? —pregunté con un hálito de voz.

—Ella... ella ascendía al cielo convertida en el sol rojo del ocaso, y sus rayos eran rojos también.

Elvira mintió. Ahora lo sé. Ahora sé que esa estrella lloraba lágrimas de sangre enviándolas como besos sobre la frente de aquel toro bravo ya muerto.

Razones de Dios

Dios quiere que yo haya sobrevivido a este tiempo y que mis ojos hayan visto lo que han visto, porque mi destino era contarlo. Contar la verdad de quiénes hemos sido todos y cada uno de los que hemos vivido estos años que han de ser inmortales en la memoria del mundo.

Hasta hoy he vivido llorando por lo que fue y no pudo ser de otra forma, pero ya debo emplear mis fuerzas en otro fin, el verdadero fin para el que Dios me ha conservado la vida y la memoria hasta hoy, y por eso escribo estos pliegos que me sobrevivirán y guardarán la memoria de los que el mundo no debe olvidar. Por eso y porque todos los que lean este escrito han de llegar a comprender que el amor nunca muere y vuelve una y otra vez hasta que los destinados a comprender su misterio puedan encontrarse y revivir esa comprensión, entregando al mundo su luz.

Mi señora Ysela quería ganar tiempo antes de que su esposo cumpliera sus planes para su hija, y me otorgó el favor de ser inseparable de Isabel y ser testigo de sus deseos, de su ilusión por vivir y de su descubrimiento de la vida y el amor. Desde ese reino creado en los cielos ocultos de nuestra casa, Isabel podía soñar la vida que sentía en su corazón. Empezó escribiendo sus pensamientos de niña, como en un juego, y luego sus recuerdos de esa vida que le salía al encuentro, y por fin sus certezas descubiertas y sus deseos más íntimos y profundos, esa verdad que se expandía desde su alma y la hacía brillar con la luz de su destino.

La enfermedad repentina atrapó a nuestra niña Isabel como un mandato del destino para obligarla a vivir ajena a todos los cambios que se cernían sobre nuestras vidas, esas fiebres que la obligaron a estar recluida en su lecho durante todos los meses del invierno hasta la primavera siguiente, mi peregrinación de cada día hasta la iglesia de Santa María y luego hasta la recién levantada iglesia de San Pedro al otro lado de la plaza del Mercado con óbolos para los monjes, rogando por la salud de mi niña Isabel. El de Segura ejercía importantes

atribuciones de alcaide y pasaba fuera de la casa la mayor parte del tiempo, quizá para no darse cuenta del riesgo de muerte de su hija, o quizá ya aceptando que moriría pronto. El aya Raquel recuperó toda su ciencia de sanadora judía, y ninguna mujer de aquella casa cedió al desánimo ni a la renuncia; nosotras sabíamos que nuestra niña Isabel renacería de ese letargo extraño de fiebre y sueño como una prueba más, solo una más a las que su existencia en esta vida tenía que enfrentarse para conquistarla de nuevo. Como la semilla oculta bajo la tierra en el invierno, que ha de luchar por su pervivencia y romper su caparazón para que la esencia de su verdadero ser siga adelante y remonte el frío y la oscuridad, así sentía a nuestra niña Isabel esperando cada día a que llegara la primavera y emergiera su nuevo ser, esa ramita con su flor en la que se había convertido después de sobrevivir y luchar por ese futuro que traía la nueva estación.

Antes de marcharse, Diego Marcilla me esperó en un recodo de la plazuela donde seguían alzándose las obras del pequeño monasterio que acompañaba la iglesia de San Pedro en la calle que ascendía hacia otro de los cerros de la villa. Salió a mi encuentro con un simple paso cuando ya atardecía, sabiendo que le reconocería de inmediato. Se echó una punta del abrigo sobre el hombro, confiadamente; ya vestía el petral de cuero con el escudo labrado de la casa real de Aragón y el nombre de Fernando.

—Elvira, tengo que hablar contigo.

—Segundo Marcilla, ¿qué quieres? —le dije, resistiéndome, sin embargo, a todo lo que ese encuentro tenía que traerme.

—Darte un mensaje para la niña Segura.

—Ten cuidado, muchacho atrevido, ¿quién te has creído ser para hablarme así?

—Soy el que ama y espera a Isabel. Nadie sabe que la amo y la espero en silencio. Solo tú lo sabes.

Hice ademán de marcharme calle abajo, de pronto descubierta.

—Escúchame. —Me detuvo—. Eres mi única esperanza ahora, aya Elvira, te lo ruego.

—No me llames aya... solo lo soy de Isabel. Ella es una niña todavía y tú eres un hombre que se marcha de escudero con el infante don Fernando a servir a las órdenes de los caballeros del rey.

—Voy contra mi deseo, pero cumpliendo el de mi padre por el bien de mi familia. Ayúdame, Elvira.

Miré a los ojos a Diego Marcilla. Esos ojos verdinegros que venían de otro tiempo. El segundo Marcilla era un adolescente muy bello y exhibía complexión de un hombre joven; apretaba sus manos con el vigor de las certezas abiertas en su alma. Ya no podría resistirme a ese destino que venía a buscarme.

—¿Qué quieres?

—Que me llames por mi nombre, que me reconozcas...

Alcé mis ojos hasta los suyos, sorprendida, descubierta en mi miedo.

—¿Qué dices?

—Tú sabes que amo a Isabel desde que nací y antes de eso. Tú sabes que he venido a este mundo para volverla a encontrar. Y sabes que ella también me ama, aunque su memoria todavía no haya despertado. Pero un día ella se hará también una mujer y todo lo que guarda su alma se le hará vivo en su mente y en su cuerpo, y entonces todos los recuerdos que trae de nuestras existencias anteriores se revelarán.

Solo podía mirarle. Una lágrima resbaló por mi rostro: el destino de Diego Marcilla me había atrapado por fin.

—Sabes que has venido a este mundo porque conoces este secreto, y porque es tu destino velar por nuestro amor, Elvira.

—El destino puede cambiarse, Diego Marcilla.

—Algunos destinos no deben cambiarse, solo deben culminarse, realizarse por fin. Sé que amo a Isabel desde mucho antes y que no lo podré cambiar porque no quiero cambiarlo.

—Está cayendo la noche, no es prudente que vean a la sirvienta de Segura hablando con un Marcilla que tiene que hacerse grato al rey.

—Sé que Isabel está enferma.

—Por ella vengo de rogar a San Pedro.

—No sé cuánto tiempo pasará hasta que pueda regresar a Teruel con la honra de mi familia restaurada en la consideración del rey Pedro. Mientras tanto aprenderé de caballería como escudero del infante don Fernando.

—Rezaré para que obtengas la mejor de las suertes, Diego Marcilla.

—Gracias, Elvira. Solo te ruego que le ayudes a conservar mi memoria de este mundo.

Eso no estaba en mi mano. Pero ya no le contesté, marchándome con prisa. Tras unos pasos giré mi rostro para mirarlo quizá por última vez; ya había desaparecido entre las sombras calle arriba.

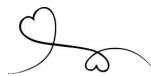
No iba a ser cierto que Isabel le recordara de sus juegos de infancia. Y una

vez más yo no iba a forzar su memoria, porque mi misión era acompañar a Isabel en el dolor que ella no había empezado a sentir todavía. Temía que ese momento llegase demasiado pronto. Por eso seguiría sin hacer nada.

Como las flores del mes de abril, Isabel renació de su enfermedad con la primavera, retirándose la fiebre con la que su cuerpo había luchado para salvarla. Había crecido y, a pesar de su delgadez, estaba alegre y la sentíamos fuerte. Acudió a las celebraciones de las vírgenes del mes de mayo casi totalmente recuperada.

—Quizá ya pueda retomar mi idea, esposa —la sorprendió el de Segura aquel mismo día—. Debo planear los deberes que ya es hora que vaya asumiendo nuestra hija, y que sea educada como buena esposa y sumisa a un esposo que convenga...

Aunque ajena a ello de momento, Isabel era feliz entregándose a la escritura y la lectura, en la parte alta de los graneros, con cálamos, pliegos y libros rescatados, que el resto de las mujeres de la casa de Segura protegían como un tesoro.



El matrimonio del rey Pedro, celebrado en el mes de julio de 1204, fue fallido, y los esposos sentían una antipatía mutua que se convirtió en nuevo problema de estado, porque ni siquiera se soportaban como para compartir una comida o una reunión, y mucho menos el lecho. En ese mismo otoño don Pedro de Aragón viajó a Roma renovando su compromiso de vasallaje a la Santa Sede de San Pedro y para ser coronado rey por el papa Inocencio, que le recordó sus débitos reales y maritales, pues habían llegado hasta él las noticias de su mala relación con María de Montpellier.

Para compensar esa impresión, el rey Pedro concedió al territorio de su esposa el privilegio de poder nombrar a sus propios magistrados, una estrategia política que solo aplazaría la obligación de cumplir con el resto de sus compromisos.

El concejo de la villa decidió que un mensajero del reino debía llegar a Teruel una vez cada luna para que narrase en un bando los acontecimientos más relevantes de la vida en la corte y las noticias que se referían al rey así como las decisiones políticas que iba tomando, pues las próximas guerras reales

afectarían, sin duda, a los hijos de Teruel. Por aquellos bandos se supo que los hijos de Muñoz y el segundo Marcilla habían participado en la conquista del castillo de Rubielos de Mora, nueva frontera para el reino de Aragón, y en la campaña de Camarena y Serreilla, ya en tierra de Valencia, como avanzadilla para intentar la conquista.

—El infante don Fernando de Aragón, de quince años, ha regresado con su hermano el rey Pedro a la corte para redactar con los escribanos la petición que el rey va a cursar al papa Inocencio.

Ningún vecino de Teruel faltaba a la cita con el mensajero real, que durante las tres horas entre campanadas hasta la puesta de sol relataba los acontecimientos casi recién ocurridos.

—Antes de partir el infante don Fernando del campo de batalla, redactó petición al rey para elevar a Diego, segundo de los Marcilla, a la condición de soldado de pleno derecho por la valentía demostrada en la frontera de Mora, pues su arrojo libró al infante Fernando de una muerte segura sujetando al caballo que había emprendido carrera loca espantado por el fuego que los rodeaba.

Las mujeres de Teruel, esposas de los vecinos y madres de algunos de los jóvenes que habían acompañado al rey para hacerle grato su apellido al monarca, contenían la respiración ante las noticias, alegrándose con alguna nueva como la de Marcilla, y llorando ante desgracias como la ocurrida al pequeño de los Muñoz.

—Fue regresando de Serreilla, cuando creían ya la plaza tomada, que un grupo de sarracenos rabiosos asaltaron por sorpresa al contingente que transportaba las reservas y mataron a muchos cristianos.

—¿A qué cristianos? —Se oyó una voz entre los vecinos congregados—. ¿Quién había entre ellos de Teruel? ¿Hay algún hijo de Teruel entre esos muertos?

—El tercero Muñoz, de catorce años y que murió de una puñalada en el vientre, y mataron al segundo de Varea y al primo de los Mataplana de la rama navarra, despeñados traidoramente desde los riscos que atravesaban, y mataron a dos de los escuderos reales que portaban el estandarte.

Todos conocíamos a los muertos. Los hijos de Teruel, esa primera generación de nacidos en la nueva villa elegida por el toro eran los amados por todos, esos de los que todo Teruel se enorgullecía porque ellos eran el futuro de

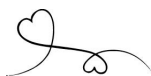
esa ciudad que llegaría a ser por la promesa de su fundador el rey Alfonso. Todos sufríamos al conocer la muerte de alguno de ellos.

En ocasiones las noticias eran más alegres:

—Ha nacido la hija del rey don Pedro y se le impone el nombre de Sancha, en honor de su abuela la reina retirada en Sigüenza. Su madre, doña María de Montpellier, ha aceptado que su hija será esposa del heredero del condado de Toulouse, don Raimundo, que cuenta con nueve años de edad. ¡Larga vida a los nuevos esposos!

Pero la niña Sancha murió prematuramente como tantas hijas de tantos hombres, igual ricos que pobres, y dio al traste con los planes del rey don Pedro, que además veía fracasar sus proyectos de expansión por las tierras francas del norte y odiaba cada día más a su esposa, la de Montpellier, con la que ya no compartía alcoba. En los mentideros reales se sabía de las amantes del rey, toda clase de mujeres, igual nobles que anónimas, que no faltaban en su lecho. Una de ellas, encinta de él, le dio al final de aquel año de 1205 una hija llamada Constanza, a la que el rey reconoció para poderla entregar como alianza con el vizconde francés de Bearn, mientras él estaba pidiendo de nuevo ante el papa Inocencio tercero la anulación de su matrimonio con María de Montpellier, porque deseaba contraer matrimonio con María de Montferrato, una joven de trece años heredera del casi desaparecido reino de Jerusalén. Pero los habitantes de Montpellier se habían rebelado y a punto estuvieron de causar una guerra interna, lo que decidió al papa en su resolución:

—El papa Inocencio Tercero se opone al nuevo matrimonio del rey y niega la anulación de su unión con la reina doña María de Montpellier. El rey está obligado a yacer con su esposa y procurar un heredero a esta Corona.



En la fiesta de las candelas del 2 de febrero de 1206, cuando mi niña Isabel tenía cumplidos sus nueve años, el nuevo señor de Teruel, don Ximeno Cornel, y además tercer señor de Albarracín, dio nuevas atribuciones de alcaide a nuestro dueño don Pedro de Segura, reforzando su poder. Don Lope de Varea, nombrado alcaide titular de Teruel y consuegro de Pascual Muñoz, prestamista y tesorero del rey, delegaría en el de Segura muchas de las decisiones importantes de la administración de la ciudad, por lo que el padre de Isabel, de entonces cuarenta y

dos años, solo podía ansiar para su mayor gloria e importancia únicamente una cosa: cerrar un buen matrimonio de nobleza para su hija Isabel.

—No uno, sino dos años, esposa —le recriminó don Pedro a mi señora Ysela—; he esperado dos años a que estuvieras dispuesta a entender que nuestra hija tiene que prepararse para cumplir con mi propósito.

—Me privas de la luz, esposo —contestó Ysela—. Mi hija es mi estrella de cada día, te lo ruego, no le hace falta esa formación que pretendes con las monjas, te lo ruego... Navarra está muy lejos, ella sufrirá sin nuestra compañía, ¿no lo has pensado? ¿No te importa acaso?

—Que la acompañe Elvira, esa pupila tuya que es su aya y su mentora. Yo no lo he podido evitar, esposa. Tampoco podrás evitar tú que yo disponga su educación con las monjas benedictinas, porque es mi mandato y tú estás obligada a obedecerme.

—Me obligas entonces a separarme de mis dos hijas, los dos seres que más amo en este mundo. ¿Quieres que muera de tristeza, esposo?

—Quiero que aceptes de buen grado lo que yo quiero, porque quiero lo mejor para mi apellido, que es el tuyo.

Ysela no podría evitar que apenas entrado aquel septiembre la niña Isabel dejase Teruel en mi compañía, camino al convento de las monjas educadoras de las hijas bien nacidas de apellidos que deseaban distinguirse con títulos de nobleza. Un año.

Memoria del deseo

Aquella fiebre se extendía en mí y por un momento creí que podría vencerme, y todo habría sido inútil, llegar hasta ahí, creer que mi vida tenía un motivo. Guardo esa memoria como sé que la flor puede guardar memoria de la noche del invierno, albergando la posibilidad de que no pueda resistirla y no llegue a ver nacer sus nuevos pétalos con el nuevo día de la primavera.

Las palabras venían a mis labios, pero solo podía pronunciarlas desde mi voz interior, esa voz que escuchaba detrás de mis ojos cerrados. Nadie sabía el motivo de mi fiebre, y ninguna de las mujeres de mi casa aceptaba que yo estuviera ya fuera de este mundo. Solo mi padre entendía que había llegado el momento de mi final, esa muerte que llevaba esperando desde que naciera antes de tiempo, luchando contra el frío y contra la vida, quizá. Pero también él se equivocaba. La fiebre me mantenía dormida hacia el exterior, pero viva y despierta por dentro. Escuchaba sus voces, escuchaba las oraciones a la imagen de nuestra Virgen de Gracia, y escuchaba los sollozos de mi madre Ysela, que no comprendía por qué Ella quería arrebatarse a su niña Isabel. Cómo explicar entonces que yo vivía dentro de mí, a salvo, pero luchando por mi vida nueva, la que tenía que brotar a través de la muerte de mi ser anterior. Como la semilla ha de resquebrajar su cáscara y dejar que emerja la verdadera vida que se había guardado hasta ese momento, dormida pero dispuesta a nacer algún día.

Pasó aquella oscuridad que casi me mata, y sin embargo guardo aquel sufrimiento como un talismán. Por eso quiero escribir lo que recuerdo, para no olvidar y que su verdad ilumine el camino que hoy sé que empiezo a recorrer.

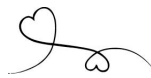
Sabía dentro de mí que tenía que sobrevivir, solo eso fue lo que desterró las tinieblas de la fiebre que a punto estuvo de llevarme en su placidez dulce.

Es aquí, entre las monjas del monasterio navarro, cuando puedo recuperar esas voces que me llamaban por mi nombre y me hablaban de ese otro nombre que impulsaba mi deseo de seguir viviendo. Un nombre que yace en lo oculto de mi vida recuperada... por eso escribo rememorando aquellos meses que me

volvieron a nacer, esperando que entre todas las palabras que soy capaz de volcar en un pliego emerja ese nombre y pueda comprenderlo todo.

Los monjes del monasterio masculino que administra el cenobio donde me encuentro vienen con noticias alarmantes, habrá pronto una guerra, el mundo está agitado y muchos de ellos tendrán que regresar a sus antiguos oficios militares. Veo la nieve cubrir las copas más altas de los árboles que rodean el lugar donde me encuentro. Es un paisaje hermoso a pesar de todo, pero no es esta mi vida. Mi verdadera vida espera.

Las otras muchachas que cumplen sus débitos como hijas de familias ricas no esperan lo que yo espero de la vida. Yo espero conocer ese nombre que me explicará todo. Soñé con él, en aquellos meses de mi fiebre soñaba con él, o más bien... huía hacia él como si estuviera durmiendo.



Es una sombra alargada que destella tonos verdes y anaranjados como el sol en su ocaso, y se acerca a mí. ¿Dónde estoy? Me rodean los últimos árboles antes de la cumbre de esa montaña que llevo mucho tiempo ascendiendo. Miro los árboles, son robles y hayas que se extienden anchurosas y tupidas. Él se acerca a mí. ¿Él? Esa sombra es un hombre, y puedo sentir su dulzura acercándose a mí. Puedo sentir su sonrisa oculta entre los matices de la sombra densa que sigue avanzando hacia donde yo me encuentro.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Te extraño tanto..., no sé vivir sin ti —me contesta.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo tuyo, me llamo siempre, me llamo oración y destino...

—No sé quién eres, pero te conozco.

—Isabel...

—No soy yo... pero quiero ser la que tú estás nombrando.

Quiero ver su rostro, me acerco, extendiendo mi mano hacia él, avanzo, quiero mirarle y sé que mis ojos le reconocerán, como ya le reconoce mi alma.

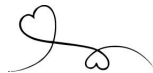
—Llámame —le ruego—, nómbrame otra vez, di mi nombre para ser quien soy.

Muchos días y muchas noches desperté bañada en llanto, no queriendo despertar porque mi deseo era seguirle, seguir en aquella inmensidad dulce

donde sus susurros eran los mensajes que Dios me enviaba para conocer la verdad de mi destino. Recuerdo el sonido de los rezos a mi alrededor, los curas de Santa María consolando a mi madre Ysela, y las voces de Raquel espantándolos como se echa de un manotazo a las moscas, porque sus emplastes sobre mi frente y los jarabes que me daba cada mañana necesitaban del reposo y el silencio junto a mí. Sentí de pronto la llamada de este lado de la vida, aunque no quería escucharla. Tenía que volver y consolar a los míos, a mi querida Elvira inseparable, a mi madre impotente, a Lupa malherida por creer que finalmente no me había salvado de la muerte, y a Meriem, mi hermana, queriendo ocupar mi puesto frente al umbral de la muerte.

Regresé, crecida y con un silencio anidado en lo más profundo de mí que al principio olvidé.

Hasta que aquella noche, en el monasterio de las monjas navarras de San Cristóbal que honraban a las santitas Nunilo y Alodia, volví a recuperar aquel sueño y mi deseo de huir en él.



Elvira acariciaba mi rostro. Había acercado a mi lecho una vela y su llama crepitaba creando imágenes grandiosas en las paredes de mi alcoba. Elvira me palpaba la frente y los antebrazos buscando los síntomas de la fiebre, creyendo que habría vuelto a mí la enfermedad.

—Quiero seguir dormida, aya, no me despiertes, déjame...

—Isabel, ya has despertado, Isabel, bebe agua, cálmate.

Abrí los ojos buscando la sombra hermosa que había venido a buscarme en el sueño del que no quería volver.

—Cuéntamelo, Isabel, dime qué sentías, será bueno para ti, dímelo.

Pero yo había regresado a mi ser de niña de diez años, y solo podía llorar, llorar porque quería regresar a esa voz dulce que decía mi nombre y me llamaba desde la luz de una inmensa llama que se alzaba hacia el cielo, que yo sabía que era mi corazón.

La herejía de los cátaros albigenses encabezada por el conde de Tolosa había prendido con fuerza en el sur francés, y las órdenes del rey de Aragón se habían extendido por todos sus territorios llamando a apoyarle para defender a sus súbditos los cátaros. Las monjas del convento se resistían sin poder evitar la

partida de muchas de sus alumnas, porque las familias pudientes se replegaban dentro de sus haciendas temiéndose cerca ya la guerra.

Acabando el verano de 1207, cuando ya se sabía en todo el reino que la esposa de don Pedro de Aragón se hallaba encinta por fin y que a la vez su cuñado el conde de Tolosa encabezaba la rebelión de herejes contra la fe cristiana del papa de Roma, llegó al monasterio benedictino de Navarra un carro con sirvientes y guardias enviado desde Teruel por el señor de Segura, reclamando que su hija y su aya regresásemos a Teruel por donde habíamos venido, cuanto antes. Dios había querido que el papa de Roma proclamase una cruzada contra los cátaros albigenses del sur de Francia y que el rey Pedro planease volver a Aragón, con nuevos impuestos de monedaje puesto que sus arcas estaban vacías, para reclutar nuevos soldados entre sus súbditos.

—Se avecinan tiempos de guerras —justificó la priora—, y el de Segura prefiere tener cerca a su hija. Si le ocurriera algo, su mujer no se lo perdonaría nunca.

Llegamos a Teruel pasada la vendimia del año 1207. Mi madre Ysela tenía ojeras de haber llorado mucho y se abrazó a mí llorando de nuevo, esta vez no de rabia, sino de gratitud por vernos ya con ella. Había salido a la puerta de la muralla a esperarnos desde por la mañana. Asomaban cabellos blancos debajo de su toca, llevaba brial y delantal nuevos y un broche de piedras ricas que no había sido bastante para compensarla de la rabia por todos estos meses.

Volví otra distinta a la que se había marchado. Sabiendo que mi nombre crecía dentro de mí abriéndome las puertas de un mundo para cuyo encuentro yo me estaba preparando. Sentía nítidamente la sombra y la voz de aquel hombre de mi sueño emergiendo de las llamas de una inmensa hoguera, mientras yo me elevaba envuelta en una luz blanca hacia el cielo de la tarde, sintiendo una dicha intensa y plena cuando él me dijo su nombre. Pero despertaba y no podía recordarlo, no todavía.

Amanecer otra vez

Teruel se había extendido con haciendas nuevas que llegaban hasta la judería, y la casa de Segura tenía ampliadas las caballerizas y nueva tienda al otro lado del mercado. Isabel quiso detenerse en la iglesia de San Pedro un momento, para rezar porque el viaje de regreso había sido bueno y sin contratiempos, y ninguno de nuestra comitiva se opuso; tampoco su madre, que, a pesar de los muchos deseos de tenerla ya en casa, la observaba respetuosa, viéndola crecida después de más de un año.

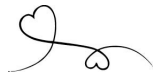
San Pedro había incorporado tallas nuevas y una capilla regalo de uno de los pudientes de la villa, y se empezaban a poner los cimientos de la que dijeron sería una importante torre. Un ahogo repentino casi me hizo perder el sentido cuando vi a Isabel arrodillada frente al altar de la iglesia. El último rayo del atardecer la alcanzaba en ese momento y sentí que esa visión ya la conocía, que ya había visto a Isabel rezar ante ese Cristo que la miraba. Quise gritar, pero todo mi ser estaba paralizado como si no pudiera respirar y mi voz se endureció como un puño dentro de mi pecho.

El de Segura siempre había celebrado cada nuevo año que su hija cumplía como un logro a los que ya estaba acostumbrado, pues casi todo en su vida eran éxitos. En aquel mes de febrero de 1208 el nuevo señor de Teruel, don Pedro Fernández de Azagra, premiado también con las tenencias de Zaragoza y Calatayud por el rey Pedro, le renovó la atribución de alcaide y le propuso negocios que a los dos les iban a convenir; pero sobre todo se sentía especialmente ufano porque el noble Berenguer de Entenza, uno de los anteriores y más reputados señores de la villa, le había hablado de negociaciones que quizá podrían cerrarse con un acuerdo de matrimonio para Isabel con su hijo primogénito, Gimeno Berenguer.

—Madre, yo solo deseo seguir viviendo a tu lado en esta casa, con Meriem, con mi aya Elvira..., aunque deba casarme, no dejes que mi padre me lleve otra vez lejos de Teruel.

—No te inquietes, no te preocupes, hija mía. Primero será elegir quién merezca ser tu esposo y luego firmar los compromisos, y luego llegarán los preparativos y después las bodas... y para entonces ya tendrás catorce o quince años, Isabel, y entonces podrás entenderlo todo.

Isabel se conformó, porque siempre había amado a su madre convencida de que su misma vida era la que ella tenía que vivir. Y luego se retiró a dormir, buscando de nuevo la visita de ese sueño que le revelaba sin embargo la verdad de lo que su alma estaba viviendo, lejos de allí. Isabel había cambiado. Había descubierto que existía algo más allá de este momento y de este lugar, aunque todavía no pudiera entregarse a buscarlo y solo deseara volverse a encontrar con ello en la soledad de su sueño.



Teruel festejaba que el día 1 de febrero había nacido por fin un heredero de la Corona de Aragón. El monarca había firmado concesiones políticas especiales celebrándolo, y Teruel rendiría homenaje al príncipe Jaime Primero de Aragón organizando un gran torneo de caballeros y una danza con el mejor y más bravo toro de los que pastaban salvajes en las serranías cercanas, sagrados y respetados, porque formaban parte de la historia de la villa. Desde el enlace del rey no se había repetido el espectáculo de las danzas con el toro celebrado en su honor. Estos últimos años habían dado varias cosechas y los turolenses solo se habían ocupado de sus campos y sus negocios.

Al llegar a la casa de Segura nos sorprendió el mensajero del monasterio de San Juan. Había llegado una carta de la infanta doña Dulce dirigida a mí, Elvira de Segura, y el monje con cierta incomodidad debía dármela en mano. Habían pasado ya cinco inviernos desde que Dulce había dejado Teruel acompañando a la reina.

Todas las mujeres de la casa de Segura reunidas a la luz del fuego escucharíamos las palabras de Dulce en esa cartita. Mis dedos desataban el cordel para romper el sello que protegía sus pliegues y sentía mis manos torpes y viejas; eran las manos de una anciana, y mi corazón era el de una anciana recibiendo noticias de su nieta. Podía verme a mí misma encorvada y con el cabello completamente blanco, recordando el rostro de una niña a la que yo

misma había criado, yo era su abuela y la añoraba, mientras las lágrimas resbalaban por mi rostro.

Elvira querida, cada día transcurrido desde que llegásemos a este lugar hermoso al norte de nuestro reino y del resto del mundo, he rezado por ti y te he pensado como si pudieras escuchar las palabras que en mi corazón te expresaba.

Mi madre la reina, cansada de los problemas que trae la vida cuando no la puedes cambiar, dejó hace tiempo de batallar por intentar que los nobles y hombres influyentes de la corte le pidieran consejo, intentando compensar el carácter tornadizo e impulsivo de su hijo el rey, y así concentró, gracias a Dios, sus ansias y su fe en la vida en un deseo que lo honrase a Él de mejor manera. Quiso que el cenobio femenino de Sigena fuese hermoso como el cielo y que las hembras allí recogidas fuésemos las más sabias y afortunadas por comprenderlo. Hizo venir a los mejores artistas porque quería ver decoradas sus paredes con las imágenes de la historia de la Virgen y los santos más agradables a sus ojos, y llamó a maestros y escribanos que vinieran con sus libros y sus cálamos y tinteros para que mostraran su ciencia a las mujeres que allí vivimos, como si nunca fuéramos a revelar sus secretos, porque ese monasterio sería un reflejo del paraíso que prometen las oraciones a Santa María.

Pero, sobre todo, permitió que fueran mi corazón y mis manos los que agradaran sus ojos con lo que de ellos brota. Los colores y las líneas nacen de mi alma y siento su necesidad gozosa de emerger y crecer fuera de mí poniendo imágenes a las palabras... ¿Recuerdas cuando contabas los recuerdos de tu vida antes de vivir en Teruel? Dijiste que ellos venían a ti sin darte cuenta. Igual me pasa a mí, Elvira. Veo imágenes dentro de mí que solo deseo crear con mis pinceles, y aquí me es permitido por Dios, porque me dice a través de sus colores y sus líneas que he nacido para que las paredes de Santa María de Sigena y las páginas de los libros nuevos que se escriban en sus pulpitos le glorifiquen con mi felicidad.

La guerra contra los infieles no nos alcanzará aquí. Así lo ha querido mi poderosa madre, y por eso intenta infundirme el deseo de ser priora y que ejerza así el poder permitido a las hembras que no quieren tener hijos para no poner en peligro su vida, desangrándose por traer a este mundo una criatura que quizá no alcance a vivir más de dos o tres meses.

Este mundo te espera, Elvira, cuando quieras venir. Igual que yo te espero, para cuando quieras venir a protegerme, como una vez soñé que ya hiciste en aquella otra vida que conocimos.

Mando bendiciones de Santa María a Isabel, y también a las niñas Meriem y Gracia y a todas las demás que tuve la fortuna de conocer en esta vida gracias a que venían de tu mano, Elvira.

*Dulce de Aragón, monja de Santa María de Sigena,
para Elvira de Segura*

—Un cariño como si viniese de otro mundo o de otro tiempo... ¿puede existir eso, Elvira? —me preguntó Isabel después de aquel día.

—Sí, Isabel, eso existe, y puede ocurrir que sin previo aviso lo descubras y entonces se te vienen al alma todos los recuerdos y todas las certezas, pero también todas las preguntas y todos los miedos.

—Algo se ha prendido dentro de mí, y no sé lo que siento.

—¿Es ese sueño al que quieres volver una y otra vez?

—Sí... ese sueño y esa voz a la que ruego en mis rezos que diga mi nombre una y otra vez. Quiero saber quién es ese que viene a buscarme porque ya nos conocemos y me está esperando.

No sabíamos que la reina Sancha iba a morir antes de acabar ese mismo año, quizá era el anuncio de que el mundo tal como lo habíamos conocido hasta entonces moría con ella.

Isabel ahora tenía que obedecer las órdenes de su padre y seguir las reglas para convertirse en la esposa que se esperaba de ella. Isabel lo asumiría mansamente porque así salvaguardaba su secreto, ese lugar en lo alto de la casa donde era libre practicando de nuevo los trazos de la escritura a escondidas de todos, para que su mente no olvidase el poder mágico de ver nacer las palabras desde el cálamo por el solo deseo del corazón. Las obligaciones de cada día quedaban compensadas con la profunda libertad que la embargaba entonces.

No podía decirle el nombre de ese que su corazón ya conocía. Yo no podía dar los pasos que tenía que vivir por sí misma. Sabía que Diego Marcilla no renunciaría a su amor, lo sabía, pero no podía interferir, no podía más que estar para cuando las cosas ocurriesen.

Tiempo después supe que en esos meses de nuestra ausencia Diego Marcilla había enviado una carta para mí. Una carta que nunca me llegó. Y solo aún mucho después supe quién la había recibido, guardándola en secreto con todo lo que la acompañaba.

Tercera parte

LA BELLEZA
QUE VIVE EN EL OTRO

El año de la señal

—No celebras que la vida y Santa María me han hecho ya mujer, aya, ¿es que ha sido demasiado pronto?, ¿o es que auguras para mí un futuro que no es bueno?

Se lo pregunté a Elvira a bocajarro, porque la había sentido inquieta en esos últimos días. Sus ojos estaban llenos de lágrimas negándolo.

—¡Tus once años auguraban que en primavera tu cuerpo brotaría como las flores, mi maravillosa Isabel!

Mi aya me abrazó como se toma entre las palmas de las manos a un pajarillo que se ha caído al suelo, con ternura, sin hacerle daño, deseando retenerlo, pero sabiendo que su lugar está en el cielo.

—¿Por qué estás triste entonces?

—No es tristeza, Isabel mía, es este corazón que hace lo que le viene en gana, y suelta lágrimas cuando debería estar llevándome a pregonarlo a los cuatro vientos, que mi niña Isabel tiene muestra de que ya es una mujer, y que cada luna creciente le rendirá su tributo con su señal roja.

—Señal de sangre que brota de mi entraña...

—Señal de la vida que albergará un día tu entraña.

—Pero no lo pregones, aya... y que no lo sepa mi padre, te ruego, no todavía... Él espera este momento para tener el pretexto que precisa para concertarme matrimonio.

—Si eso es lo que quieres, así será. Pero ¿y tu madre? ¿Tampoco quieres que tu madre sepa que ya Santa María la Madre de Dios te ha enviado las sangres lunares que te hacen mujer?

—Te lo ruego, aya Elvira, te lo ruego... tampoco ella debe saberlo, pues cumplirá con su deber, que es darle la buena nueva a su esposo.

Mi aya Elvira guardó silencio un momento, mirándome. Esta vez sí me veía a mí, pero su silencio era tan profundo y tan misterioso como el de otras veces.

—¿Sigues practicando la escritura con todo lo que vives cada día?

—Después de los bordados y de cocido el pan y cuando regresamos del responso en Santa María, entonces vuelvo a mis lecturas y a veces recojo las frases que me vienen a la cabeza, durante un rato...

Desde mi regreso de Navarra me producía aún más placer la lectura y pasaba la mayor parte del tiempo secreto en lo alto del granero entregada a descifrar las páginas de los libros que seguían allí abandonados por mi padre.

—Elvira, quiero nombrarte heredera de mi escritura, aquí y hoy mismo, en este día precioso que comienza el verano de 1208.

—¿Qué dices, Isabel?

—Mis pliegos escritos que sean para ti, aya, en muestra de lo que mi corazón te quiere.

—¿Por qué hablas así?

—Algún día tendré que casarme con ese que mi padre decida para mí... quizá ya lo ha decidido... y entonces no podré llevarme más ajuar que todas las ropas y las sábanas y vestimentas de la casa que mi madre y mi nodriza Lupa llevan bordando durante años para mí.

—Pero yo iré también contigo, Isabel, contigo, a tu casa, donde quieras que tú vayas yo iré.

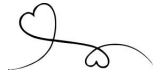
—Sí, pero tu equipaje serán mis hojas y mis cálamos y todos mis pensamientos recogidos en ellas, y mis recuerdos y mis deseos... esos deseos que ya no necesitaré porque habrán muerto en la obediencia debida a mi padre y sus planes para mi futuro. Callas, Elvira... ¿no aceptas mi herencia para ti?

—Acepto todo lo que tú quieras entregarme para que lo custodie para ti, Isabel, lo acepto..., pero solo porque sé que un día no necesitarás de esos pliegos ni de todo lo que ellos contienen, pues tendrás todo lo que deseas en tu mano, y serás feliz con ello, y querrás desprenderte de la pesada carga de recuerdos inservibles y deseos de niña, y entonces yo lo guardaré, pero no porque lo vayas a necesitar, sino porque no necesitarás hacerle sitio en tu equipaje.

Elvira mintió de nuevo. Una vez más recogí en mi libro íntimo la conversación con ella, solo por conservar la memoria de cada uno de mis días porque deseaba hacerlos vivos para siempre, deseaba hacer inmortal cada instante de esa vida que parecía sonreírme.

Había dejado de copiar los poemas y las oraciones de otros para pasar a escribir mis propios poemas y mis propias oraciones. Hoy veo aquellos pliegos y casi me sonrojo, pero ellos son mi testigo, son mi prueba de que todo fue verdad, ellos son la razón de que hoy siga esperando y rogando a Santa María que él un

día regrese porque es nuestro destino estar juntos, y será Ella por sus infinitos milagros quien conseguirá que se haga realidad mi deseo.



El verano ha empezado con todas las flores ya abiertas, como si no hubiera sido tan frío el invierno que parecía que no se marcharía nunca a pesar de haber acabado el mes de mayo. De pronto, ya rondando el día de San Juan, las amapolas brillan rojas bajo el sol en las eras y las margaritas silvestres han cubierto los pedazos de tierra en el camposanto de las monjas de Santa María. Estrenaré brial nuevo para la misa de San Juan, lo he cosido yo misma, lo he conseguido, y mi madre se lo ha mostrado a mi padre don Pedro como si fuera señal del secreto que yo guardo como un tesoro y que sigo callando. Estrenaré delantal y saya nueva y rezaré en la iglesia las oraciones de San Juan saludando al sol en su día más largo, pero sin levantar los ojos, como mi nodriza Lupa nos recomienda a su hija Meriem y a mí, porque ella sabe de los prodigios que ocurren en ese día y su noche, cuando aparece la Dama Encantada en las peñas cercanas al nacimiento del río Mundo. Incluso mi querida aya Elvira guarda entonces silencio y la escucha, un año tras otro siempre que se acerca la noche más corta, porque Lupa sabe que «La Encantada» es una historia ocurrida mucho antes de que los moros y antes de ellos los primeros cristianos llamados visigodos habitasen esta tierra que es la nuestra. La historia de una mujer de largos cabellos del color del sol de atardecer que peina constantemente, esperando al hombre que le dará la respuesta que ella busca. «Una dama muy blanca y con el pelo muy largo sentada en una piedra, que pregunta a todo el que pasa por allí si prefieren tener el peine de oro o tenerla a ella...», así lo cuenta Lupa, y luego su decepción, porque el pastor o el caminante o el peregrino le contesta que prefiere el peine, y ella se lamenta maldiciéndole: «Maldito seas. Por tu culpa seguiré encantada esperando la respuesta adecuada».

Ha llovido sin cesar hasta ayer mismo, pero como si el sol diese un grito de pronto, hoy luce y calienta saludando a las fiestas de su solsticio. Pronto vendrán los caballeros para preparar el torneo prometido al rey Pedro para festejar a su heredero don Jaime de Aragón y ya se han reunido los ganaderos más ricos de Teruel en la llanura preparada extramuros para compararse entre sí, mostrando los toros más bravos de sus rebaños, pues se debe elegir al más poderoso. Solo

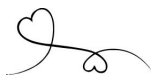
uno puede merecer ser elegido para las danzas. El verano es el gran regalo de Santa María a nuestra villa, así lo dice mi madre Ysela, olvidándose incluso ella de la dureza del frío del invierno al que sobrevivimos cada año en esta tierra. Pero el verano, que hoy empieza por fin, lo compensa todo.

Mi futuro es de ella

He enviado esta carta a mi hermana Gracia para ti, doña Elvira, con un ruego: que alientes con el soplo de mi nombre los recuerdos de mí en nuestra Isabel.

He seguido al rey en sus campañas y reuniones restaurando su favor para mi familia, y mi padre me guarda gratitud. El rey me promete una buena carrera en sus ejércitos si acepto hacerme su caballero, pero yo no deseo más que regresar a Teruel ya cumplida mi misión y el compromiso con mi padre. Sueño con regresar a nuestra ciudad amada y volver a ver a Isabel. El rey don Pedro quiere reclutar entre los aragoneses nuevas tropas para acudir a sus compromisos con los súbditos albigenses, que lo reclaman ahora en el sur francés estallado en una guerra interna. Volveré con sus mesnadas a Aragón, ya pronto, y en el próximo verano estaremos en Teruel para las celebraciones del rey organizadas en su honor y que tanto le gustan. Es por eso que siento ya cerca el regreso, pues considero cumplido mi débito y los capitanes reales así me lo conceden.

Vi morir al tercero de los Muñoz por un descuido de su oficial, en aquella maldita retaguardia donde se curte a los hombres en la batalla, la escuela de vida y de muerte que hace soldados o muertos. Grité desde mi posición en un altozano, vi los flancos desprotegidos del pedazo de tierra de nadie donde Muñoz y ocho más esperaban al grupo de sarracenos que pretendían clavar su bandera acercándose al río. Grité a su capitán, avisándole, pero no dio la orden de retirada, quería que nueve muchachos se enfrentasen a los treinta hombres con ganas de sangre que se lanzaron contra la línea que protegían, para ganar tiempo y engañar a nuestros enemigos y así poder penetrar con veinte de los nuestros al corazón del retén moro para destruirlo desde dentro. El oficial de Muñoz y sus compañeros creyó que podría regresar a tiempo de evitar sus muertes, pero se equivocó. Corrí para ayudarlo desobedeciendo la llamada de mi propio oficial, corrí para intentar cubrir al más joven de los Muñozes, pensando en su familia y en la mía, viendo en mi mente el rostro de sus hermanos y el de su madre, gritando su nombre para que se protegiera detrás de los arbustos que se levantaban junto a la orilla del agua, como habían hecho otros de los suyos. Mi oficial me siguió, malhumorado, con dos más, pero no me importaba nada, solo impedir que esos turolenses hermanos míos cayeran inútilmente por el error táctico de un soldado del rey. Llegué justo para ver cómo la lanza rota de aquel traidor astuto atravesaba su pecho y caía sobre la corriente del agua. El moro, desarmado, salió huyendo junto con los otros doce o trece que seguían en pie, sin poder conseguir hacerse con el puesto porque los nuestros habían sabido impedirlo. Muñoz y dos más habían caído. Me arrodillé junto a mi hermano turolense y se tiñeron mis manos y mi escudo y mi pechero de cuero con su sangre, sin oírme ya mientras le llamaba. Solo sus ojos me miraron un instante ya desde el otro lado, un instante. Y comprendí que no sabía por qué ya estaba muerto, ni para qué.



No me sirven los honores que me otorga haber sobrevivido en una batalla, ni el heroísmo que me atribuyen mis capitanes por haber arrastrado a otros a la defensa de los nuestros. Lo único que importa es la vida, solo vivir para honrar el supremo honor otorgado por Dios a los hombres y que estos se empecinan en mancillar buscando la muerte antes de tiempo. ¿De qué le sirve ahora al tercero de los Muñoz que el rey le otorgue a su familia el agradecimiento por su muerte en un título o en una pensión que el próximo rey derogará? Querida Elvira, no entiendas en mis palabras que reniego de los deberes que nuestro rey debe emprender para defender nuestras fronteras y nuestra religión..., te lo ruego, no es ese mi ánimo. Mis deseos de mostrarme ante Isabel y que comprenda como yo que hemos venido a este mundo para encontrarnos me hacen hablar con esta prisa por conseguir mi deseo: que los seres comprendan que solo tiene sentido la vida y lo que hagamos para conservarla, apreciando y rindiendo así homenaje a Santa María, la gran madre dadora de ella.

Llegaremos a Teruel con el rey Pedro, para las fiestas de celebración del origen de nuestra villa, con el verano, y no quiero abandonarla nunca más. Porque todo mi afán va a ser conseguir a Isabel, que ella me reconozca como yo lo hago.

Solo tú conoces mi ansia, y solo a ti he revelado este profundo deseo de mi corazón. Pero solo a ti hará caso mi Isabel, y por ello te ruego que le hables de mí con buenas palabras, que le recuerdes quién fui, aquel compañero de los juegos de invierno en el patio del monasterio de San Juan cuando éramos niños, pero ella más niña que yo y más inocente, porque yo ya entonces la amaba.

A ti no puedo engañarte, aya Elvira, sabes quiénes somos, ella y yo. Solo te ruego que protejas aquello que hemos venido a hacer a este mundo, y que nos defiendas ante los que quizá no puedan comprenderlo.

En Teruel te miraré y sabré que amas a tu niña Isabel casi tanto como yo y que por eso la ayudarás a que me recuerde. Y te estaré por siempre agradecido.

Diego de los Marcilla de Teruel

La verdadera vida

—Eliges el mismo frío que nos reunió hermanas para marcharte de mí —le reproché a Meriem, cuando estábamos cumpliendo los doce años, en aquel final de enero del año 1209.

Mi querida Meriem, mi hermana de vida Meriem, decidió dejar Teruel. El mismo día de la fiesta del toro y la estrella se marcharía y desaparecería de mi lado.

—Así lo ha querido Santa María... —me dijo antes de partir.

—Nuestra Santa María no te exige abandonarme para demostrarle tu devoción.

—Ya sabes que tu reproche me duele en el alma, Isabel querida...

—Entonces explícame por qué quieres servir en un monasterio castellano de monjes guerreros.

—Mi mortificación será prueba de la pureza de mi sangre, tal como convienen los seguidores de la orden de Santiago. —Una vez más Meriem se sentó a mi lado enlazándome con su brazo, como tantas otras, para explicarme con cariño su decisión.

—Tu sangre es pura y cristiana, Meriem, así naciste, cristiana de padres cristianos, y así te has educado fiel a las pruebas de la religión católica.

—No es bastante en un mundo con tantos enemigos de Cristo. Mi madre se convirtió por amor a la fe verdadera, pero corre por mis venas su sangre anterior y la de su familia musulmana. Entregándome al servicio de Dios en el monasterio de Uclés quedará demostrada la verdad de mi fe católica.

—No hay cenobio de hembras en ese lugar, Meriem. Es un monasterio de guerreros, aislado en un cerro cubierto de nieve la mayor parte del tiempo.

—Son monjes protectores de los peregrinos que se dirigen desde el sur a la tumba del apóstol Santiago. Ese castillo es muy importante en la Orden sagrada de Santiago. Serviré a los monjes junto con otras mujeres célibes y santas, y seré invisible y me ganaré el derecho que requiero y el saber y las habilidades para

llegar a ser algún día abadesa en alguno de los monasterios femeninos de Aragón.

—¿En el de Sigena, por ejemplo, de la reina Sancha?

Meriem suspiró.

—Si doña Sancha no hubiera muerto...

—La reina Sancha nos decía que una mujer pone su vida en peligro al entregarse a un hombre, y que trae hijos al mundo también a costa de su propia vida —recordé, buscando la explicación que seguía haciéndome falta—. ¿Por eso decides profesar célibe en la fe católica? ¿Crees que en el convento te sentirás segura y a salvo de los peligros de ser hembra?

—Solo yo misma he de procurarme la seguridad, Isabel. Y mi seguridad será el poder. Yo no tengo como tú un padre importante y con una inmensa fortuna, que me adora y que solo quiere procurarme la vida más cómoda y regalada que pueda. Yo he tenido que pensar, aceptando mi desventaja primero, y decidir después sacar el mejor partido de los privilegios que gracias a ti he disfrutado.

—Aun así, ¿no fuiste educada como yo en el deseo de ser esposa de un hombre y darle hijos y verlos crecer?

El semblante de Meriem se ensombreció de pronto.

—Puede ser... hubiera podido ser si... si la vida no se mostrase de pronto como la gran hacedora de nuestras decisiones.

—No lo entiendo, Meriem, aunque lo acepto porque te quiero. Pero ¿cuándo pensaste entonces dedicarte a la clausura monástica? ¿Fue en ese año tan largo que hube de ausentarme, cuando estuve en Navarra, fue entonces? Has guardado tu intención en secreto sin decírmelo, hermana.

—Crecer significa eso quizá, Isabel... tener secretos. Tú también guardas un secreto rojo, el de tu muestra de mujer.

—Ese secreto me protege de lo que todavía no quiero que ocurra. Sabes muy bien que mi padre aprovechará cuando lo sepa para comprometerme con el hombre que quizá incluso ya haya elegido.

—También yo he callado para protegerme de algo que no quería que ocurriera. Yo no quería causarte dolor ni quería sufrir por ello, y preferí no decirte nada hasta que no hubiera más remedio.

—Y ha sido inevitable que llegase lo que se quería evitar, ¿no es así, Meriem? No has podido evitar que me duela de tu decisión, como yo no podré

evitar que mi padre algún día sepa que ya soy mujer que él puede prometer a alguien según le interese.

—Suavemente, pero hemos ido tomando decisiones. Eso es la vida.

Meriem acarició mi rostro y recogió alguna hebra que quería escaparse desde el pañuelo que sujetaba mi cabello. Le sonreí una vez más y cogí su mano como en un juego impidiéndole que siguiera atusándome el pelo, como en tantas otras ocasiones. Una vez más, ella rio y se zafó de mis dedos con un pequeño manotazo, como cuando éramos niñas y yo quería beber de su vaso después de haber apurado el mío de un trago. Meriem solía beber su agua a sorbos pequeños, distanciándolos entre sí como si nunca tuviera demasiada sed, y así conseguía tener agua más tiempo, alargándola para poder disponer de ella tantas veces como quisiera. Yo, en cambio, vaciaba mi vaso con avidez sin pensar en que no pudiera volver a llenarlo. Siempre había sido un juego entre ambas; mi prisa por beberla y ella esperando el instante en que llevara mi mano a la suya esperando que me permitiría vaciar su vaso, y su negativa. Todo como un juego, como se aprende a vivir, como jugando... Ahora me daba cuenta: lo que había logrado Meriem con sus sorbos pequeños y aplazados era dominar su sed.

Y quizá por eso mi sensación de sed era infinita, porque yo seguía ansiando vaciar de un sorbo todo lo que mi vaso me ofrecía.

—Entonces ya hemos crecido... —dije como se alcanza por fin algo—, ¿es eso, Meriem? Ya somos mujeres. Casi sin darnos cuenta..., ¿o quizá tú sí que habías reparado en ello?

—Puede ser eso, Isabel, que solo yo estaba comprendiendo que este año que ha acabado ha sido crucial en nuestras vidas, crucial y silencioso...

Intenté rememorar. En el pasado año cristiano el papa Inocencio había declarado la guerra santa contra los herejes del sur francés, pero el rey Pedro decidió que iría en su ayuda porque los llamados cátaros eran súbditos de su reino; muchos de sus nobles no lo entendieron y hubo quien llegó a decir que la reina madre doña Sancha había muerto en noviembre por el disgusto. Pero no podía ser eso lo que ensombreciera de tal manera el alma de Meriem; busqué razones más cercanas, como la mala suerte de su hermano Gonzalo: le había arrendado a mi padre tierras para explotarlas y hacerse un hueco como campesino independiente, pero la plaga de insectos que llegó a Teruel después del verano asoló muchos campos y también los de Gonzalo, dejándolo en la ruina. O quizá estaba apenada porque Raquel había caído enferma y se negaba a aplicarse ella misma los brebajes que podrían curarla quizá...

—¿Qué te ocurre, Meriem? —le dije.

Meriem me estaba mirando a los ojos con una expresión que nunca antes había visto en los suyos.

—Hemos vivido la una junto a la otra toda nuestra vida —insistí—. Nuestras voces hablaban y se contestaban como si fueran cada cual para la otra el rumor del viento detrás de la puerta. Juntas acudimos a las lecciones reales, juntas aprendimos de lectura y escritura, juntas hemos rezado a nuestra Señora Santa María rogándole llegar a esto que hoy somos, mujeres, por fin mujeres... ¿Qué guardas en tu silencio, Meriem?

—El día que se decidió mi destino —musitó Meriem.

—¿Qué día es ese?

—Ese día en que el toro regresó a buscar a su estrella.

Adiós como puntada de un bordado

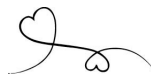
Meriem tenía razón, el año de la plaga había sido crucial, como si hubiera dado un vuelco la vida que venía a buscarnos. La plaga de langosta asoló las huertas de Teruel y las tierras de muchos señores, trayendo la ruina para algunos de ellos y el miedo para todos los habitantes de la villa, pues apenas habían quedado reservas de grano para pasar el invierno. Los jóvenes que habían ido a hacer méritos a la corte del rey volvieron para trabajar en la recuperación de los campos y para cuidar el ganado, que no podía seguir perdiéndose. Junto a ellos habían llegado soldados olvidados de sus orígenes que se ofrecían como mano de obra para buscarse un futuro en aquella ciudad que seguía creciendo.

También los mudéjares iban en aumento en la villa, encargándose de las obras ordenadas para reforzar las torres de la muralla y edificar nuevos campanarios; muchos almohades de las aldeas fronterizas buscaban refugio deseando un mejor futuro para sus hijos y ofrecían su conversión cristiana para ser contratados. Cada refriega avanzando en la frontera hacia Valencia procuraba nuevos habitantes para los arrabales, a los que el concejo de Teruel aceptaba de buen grado si renunciaban a la lucha por sus creencias islámicas pactando su protección a cambio del trabajo como alfares y constructores, en lo que eran expertos; hicieron crecer los talleres donde se fabricaban los ladrillos, la loza y los utensilios de la vida cotidiana, rematándolas con una aleación especial que les daba belleza y utilidad, y cada uno de aquellos artesanos había aprendido a hacer sus propias marcas y dibujos especiales para poder cobrar después los precios convenidos según el número de piezas realizadas. El concejo empezó a administrar en nombre de la villa las muchas peticiones que llegaban desde otros puntos del reino para conseguir las vasijas, tinajas, platos y otros elementos que tan buenos resultados comprobados tenían en los usos cotidianos de las casas y los campos de batalla, y con la visión organizativa de algunos de sus notables se estableció una buena red de venta y transporte de los productos que palió los

desgraciados efectos de la plaga, pues el comercio de las piezas elaboradas por los mudéjares estaba dejando cuantiosos beneficios para las arcas municipales.

Pascual Muñoz supo aprovechar en beneficio propio el desastre de la plaga ofreciendo préstamos a muy alto interés como si fuera una ayuda irremediable para los pequeños propietarios y labradores que necesitaban recuperar sus campos y no tenían semillas con que plantarlos de nuevo. Antes de acabar febrero ya se habían concertado para Teruel mercados con productores donde no había llegado la plaga que hicieron buenos negocios vendiendo ganado no infectado y semillas buenas para retornar la vida a las huertas y los campos de labranza.

Toda la familia Muñoz por su parte supo hacer valer la muerte del tercer hijo de la rama navarra ante el rey. Este los había compensado con favores desde que se supo la noticia y ahora entre varios de ellos acumulaban los cargos más importantes de la administración de la villa: el mismo Pascual era alcaide y sus dos primos eran el juez y el merino, este junto a don Pedro de Segura, que mantenía su consideración también con el actual concejo.



—Nuestra hija ya rebasa los doce años —abordó el de Segura a su esposa Ysela—. No quiero pensar que me oculte que ya pueda ser casadera...

—Te ruego que tengas en cuenta que está muy triste por la partida de Meriem —respondió ella—. Son como hermanas... Esta primavera no podrán acudir juntas a la fiesta de las vírgenes, ni podrán compartir sus sueños...

—¿Cómo hermanas? ¿Sus sueños? Mujer, hablas todavía como si fueras una niña... como hablaba alguna vez tu hija...

Ysela preparaba los pedazos de la grasa para hacer la comida del día.

—Tengo iniciadas las conversaciones para su compromiso.

—¿Qué?

—Sus hijos serán nobles, porque ella será esposa de un hombre con título de nobleza y favorecido por el rey.

—Pero...

—De común acuerdo con la otra familia, le presentaremos nuestra alianza al rey para su beneplácito.

Ysela no preguntó más a su marido; sabía que no le gustaba la curiosidad en las hembras y tendría que esperar a que quisiera darle más detalles por sí mismo.

No era de extrañar que su esposo quisiera organizar el compromiso de su hija, pues ya había cumplido sus doce años; ella misma fue comprometida por su padre a los diez años cuando el de Segura la conoció en Jaca, y ya casada cuando cumplió los catorce. Pero Isabel no era como ella. Ysela sintió que un escalofrío le recorría la piel... ese frío constante de Teruel... No llegaba a acostumbrarse a ese frío que se le incrustaba en el cuerpo traspasando la pelliza que llevaba puesta incluso encima del sayal.

—Elvira, pupila, ¿dónde está Isabel? —me preguntó al verme aparecer con las tinajas de agua del pozo.

—Ha acompañado a Meriem por las casas de la villa, despidiéndose y recogiendo las ofrendas y los presentes de las familias, Lupa va con ellas y también Sofra y Harome —contesté, atizando ahora el fuego de la gran chimenea, para poner agua a hervir.

—Lupa está orgullosa de su hija —dijo Ysela, como si pensara en voz alta—. Meriem la ha complacido en su deseo de entregarse a Dios, demostrando así la pureza de su fe.

—Tu hija añorará a su amiga; ha dicho que irá a visitarla algún día.

—Uclés está a dos días de camino... dicen que hace tanto frío como aquí, y que la nieve no se retira de los montes que rodean el monasterio en todo el año... A veces no es fácil poder volver a ver a las personas que amas.

Ysela pensaba en ese momento en su hermana menor. Era muy pequeña cuando Ysela se marchó de Jaca; seguía viéndola en su recuerdo como a la niña a la que dijo adiós para venir a Teruel, sin poder recordarla como la mujer en que se habría convertido a lo largo de todo este tiempo sin verla.

—Seguro que Meriem encontrará la forma de volver algún día a esta villa —dije, haciendo más ruido del necesario con la trébede al colocarla entre las brasas—, quizá cuando se culmine el deseo de doña Sancha de edificar un convento de monjas hospitalarias junto al monasterio de San Juan y ella haya conseguido rango de maestra de obedienciales, cuando Dios y Santa María quieran...

—Y quiera la vida, Elvira... solo si quiere la vida.



Meriem me buscó el día antes de su partida, cuando ya todo estaba preparado. Vestía un hábito blanco de novicia que le habían traído las monjas que venían a acompañarla en su viaje hasta Uclés. Recordé que ya la había visto así, en mi visión cuando yo era una muchacha de diez años y ella acababa de nacer. Venía con una pequeña caja de madera con incrustaciones de hueso y me la tendió.

—Aya Elvira, esto es para ti.

Había en su interior un collar de pequeñas cuentas de barro que yo misma le hice años atrás y que ella siempre había amado mucho, sobre dos pliegos cuarteados atados con un cordelito, encajados en el fondo.

—No podré llevar adornos en mi vida de monja servidora —me dijo, en un susurro—, y así te acordarás de mí...

Acaricié las cuentas del collar, en su honor. Luego hice ademán de tomar los papeles doblados en varios pliegues, pero me detuvo.

—Te ruego, Elvira, es una carta, pero no la leas ahora.

—¿Una carta? ¿Tuya? ¿O de quién?

—Es una carta que llegó a mis manos, pero no era para mí.

—No te entiendo, muchacha, ¿qué te ocurre?

Meriem estaba lívida. Sus ojos desprendían una tristeza extraña y profunda.

—Es la carta del destino, querida aya... Con todo lo que sé de lo aprendido de ti, entiendo que tenía que venir a mí, aunque yo no fuera a quien va dirigida. Pero gracias a ella yo soy quien soy en este momento y seré capaz de cumplir mi parte en la vida que nos toca vivir a cada uno de nosotros.

—¿Por qué estás tan triste, Meriem?

—Porque amando a Isabel como la amo, debo separarme de ella para permitir que las cosas sigan su curso y ella encuentre su felicidad, Elvira.

¿De dónde venían esas palabras de Meriem, de cuándo esa sabiduría que su estar frente a mí desprendía su presencia?

—Es la carta de Diego, el segundo de los Marcilla, para ti, aya Elvira.

—¿Para mí? ¿De Diego Marcilla?

Recordaba muy bien a Diego y cuando lo había visto volviendo de San Pedro. La furia de sus ojos intensos, su mirada cargada de ese destino que él ya había aceptado y que ninguno de nosotros podría evitar.

—¿Por qué es para mí?, ¿por qué la tienes tú, Meriem?

—Por la inocencia de su hermana Gracia. Ella me la entregó para ti, y yo la guardé.

—Y primero la leíste, ¿no es así, Meriem?

—Sí, Elvira, es así. Por pura intuición, porque mis dedos me sorprendieron extendiendo los pliegos y mis ojos se adelantaron a mí leyendo las letras dulces y ágiles de Diego Marcilla, y me sorprendieron deleitándose en el trazo de su rúbrica al final del pliego, y mi corazón se sintió tan vulnerado y desconcertado que, después de llorar mucho y de reflexionar mucho más, decidí que mi cariño por Isabel había de ser más fuerte y más generoso que mi propio deseo de que las cosas fueran de otra forma.

—¿Y por eso te marchas a Uclés?

—Tú misma entenderás todo cuando leas lo que Diego Marcilla te dice.

—¿Lo mismo que entendiste tú?

—Gracia Marcilla adora a su hermano Diego, el que miró a los ojos al toro, como ella dice... y solo cumplió con lo que su querido hermano le pidió, que te hiciera llegar su carta, pero Gracia me la entregó a mí, y no podría imaginar siquiera que yo no iba a dártela de inmediato...

—¿También la muchacha Marcilla sabe lo que me dice su hermano?

—¡No! —Meriem cubrió mis manos con las suyas con firmeza y como si rogase mi comprensión a un tiempo—. Nuestra amiga Gracia es pura de corazón, Elvira. Ella no sabía que el destino era quien ponía en sus manos esta decisión de darme a mí lo que tú tenías que leer. No preguntó el porqué de ese encargo de su hermano Diego, ni me preguntó si yo te lo había entregado, nada de eso está en su intención, ni en su duda, simplemente porque ella no tiene dudas y es dócil con la vida.

—¿Qué me van a mostrar esas hojas, Meriem?

—Que Diego Marcilla no era para mí como yo una vez soñé, creyendo que sería posible que él, un segundo de los Marcilla, me amase. Callas, Elvira... ya sabes de qué hablo entonces...

—Soñaste que un segundo de familia noble podría elegirte a ti, hija de un capitán cristiano del rey y de una madre descendiente de un rey andalusí.

—Hubiera sido más fácil así. Isabel pronto será comprometida con el noble que quiere su padre. Yo sí habría podido ser para el segundo Marcilla.

—¿Ser para él?

—Una concubina sin derecho, porque el segundo del apellido no tiene derecho a boda ni a descendencia, sí, pero le hubiera amado como él desea ser amado.

—Sabes que el destino nos elige a nosotros.

—Rezaré por Isabel, aunque no pueda decirle que yo amo a quien está amándola a ella, pero estaré por siempre dispuesta para lo que ella me pida.

—Lo sé, Meriem, porque no podemos cambiar lo que nuestro corazón nos pide.

Mi niña Meriem, hermana de la luz de mi alma, Isabel. No podría reprocharle nada, ni siquiera sus secretos. Meriem ya era una mujer que había aceptado lo inexorable de la vida, sus sentimientos, la verdad que no puede negarse, aunque quisieras poderlo hacer.

—No me guardes rencor, Elvira.

—Te deseo felicidad, Meriem..., que tu alma encuentre el consuelo que necesita.

—Será así si el destino lo quiere, aya Elvira.

Sabía que Meriem había sido y sería todavía muy importante en la vida de Isabel. Mi ánimo se complacía en ese momento viendo la imagen de un abrazo entre ellas dos, bajo el cielo azul de un día luminoso. Vi a Meriem marchándose sonriente a lomos de una mula, con su hábito blanco, mientras Isabel la observaba como si fuese a recordar ese momento para siempre. A punto de desaparecer de su vista, Meriem se giraba hacia ella enviándole un saludo final agitando su mano...

Meriem tocó mi brazo acercándose para una última caricia de despedida, y de pronto en mi mente estalló una mancha roja que inundó mis ojos desde dentro extendiéndose por el hábito de Meriem, extendiéndose por su rostro y sus ojos cerrados. Mi visión se fue tiñendo de negro en unos instantes, mientras la imagen de Meriem se deshacía en las sombras.

Meriem se percató de que estaba temblando.

—Mi madre me ha prometido que hará lo posible por viajar a Uclés con la próxima primavera y que quizá Isabel irá también con ella... Si crees que no deberían ir, por favor, házselo saber, ¿de acuerdo, Elvira?

Por mi mejilla se escapó una lágrima que no pude contener.

—No quiero saber por qué tiembles —dijo Meriem soltando mi brazo—, solo espero que las protegerás en todo lo que ha de venir. ¿Lo harás así, Elvira?

—Sí, niña Meriem, igual que tú rezarás por todo lo que dejas aquí.

Escuché el juramento olvidado

Todos y cada uno de los minutos vividos con él y a través de él han merecido la pena, ahora lo sé. También el dolor, que me hizo fuerte y cauta, y también la desesperación, porque me hizo sabia. Desde aquel día en que nací por primera vez a esta vida, porque nací a su luz. Todo lo guardo inmortal en las páginas que escribí porque mi vasija desbordada temía romperse y desaparecer.

No quiero dormir. No quiero olvidar el día de hoy. Vivía en la oscuridad, toda esta vida que creí segura y clara, pero me equivocaba otra vez, porque la verdad solo es lo que he comprendido hoy. Y entonces ¿por qué escribo esto ahora, cuando el tiempo de las tinieblas ha pasado ya para mí, pues he alcanzado mi luz? No quiero olvidar. Debo comprender por qué ha ocurrido y para qué mi vida ha dado este vuelco imprevisto. No puedo hablar, hablarlo, no. Las palabras se ocultan a mi voz; solo puedo sujetarlas a este pliego, por mi boca se escabulle todo lo que quiero decir y suena inútil o estéril, de fácil pasar y de fácil olvido.

Las hijas de los hombres más importantes de Teruel hemos ocupado el estrado privilegiado sobre la plaza del Mercado para ver entrar al toro bravo, homenaje a nuestra villa. Los jóvenes hijos de los apellidos más relevantes de la villa cumplirían también con su cometido, danzar con el toro mostrando sus cualidades. No solo representar el apellido, no solo la fortuna que su linaje asegura; también han de ser fuertes y han de mirar al toro bravo a los ojos. Cada cual ocultando quién es para que el juicio del gentío sea sincero y auténtico, y después de regresado el toro, agotado y doblegado por la fuerza de los hombres que proclaman su poder ante el futuro, entonces sí, ellos se descubren por entero quitándose capucha y chaleco mostrando cada uno quién es, cuál su nombre y su familia. ¿De dónde procede la obsesión del hombre por compararse a un toro bravo? Toda mi infancia había escuchado cómo, en el mismo año de mi nacimiento, un niño apenas, un hijo de la primera generación de hijos nacidos en Teruel, había tocado la frente del toro bravo y él le había mirado a los ojos y se había sometido a su fuerza, a su serenidad, a su intensidad. Recuerdo a doña

Sancha haber admirado su proeza como una bella evocación que la había impresionado, cuando añoraba a su esposo muerto. Pero todo eso se había perdido en mi memoria de niña, como si solo fuese un sueño del que ahora estoy despertando. Solo recordaba las letras y los libros, la escritura y los poemas que no he querido olvidar a pesar de los desvelos de mis padres. Segura por convertirme en una muchacha prometida al mejor candidato noble que pueda merecer su riqueza.

Da igual que supiera el nombre de aquel muchacho elegido por el toro. Lo había perdido en las tinieblas de aquellos años hasta hoy, esos años a través de los que me he convertido en una mujer. Esos años en que las preguntas que hoy golpean mi pecho con un palpito desconocido estaban dormidas y yo no lo sabía. No recordaba su nombre porque quien soy yo ahora no le conocía, no conocía la vida, no sabía lo que sé hoy.

He estrenado brial entero, igual que mi amiga Gracia y otras muchachas ya casaderas de las familias Muñoz y Mataplana. Añoraba a Meriem, mi hermana de alma. El sol rabiaba de luz en el cielo y entonces se abrió el portón que sujetaba los embistes de un toro que solo buscaba su libertad. El gentío agolpado en la plaza enmudeció. Yo sujetaba mi parasol entre mis manos con los dedos agarrotados, no podía recordar nada igual a ese toro negro que corneaba las estacas y los tablones de los carros puestos para impedirle el paso alrededor de la plaza del Mercado. Su negrura brillando bajo el sol es extraña, extraña la hermosura de su furia. Desde los temples alzados, los trovadores recitaban el poema que recuerda a los caballeros aragoneses obedeciendo la señal dada por aquel toro bravo indicando el nacimiento de nuestra villa, y la gente gritaba emocionada mientras el toro recorría una y otra vez los límites de su cautiverio, como si en realidad estuviese mostrando en su bella estampa la fuerza de todo lo que estaba ocurriendo dentro de él.

Entonces saltaron los jóvenes turolenses enmascarados. Cada uno con su capuchón ocultando su rostro para no ser reconocidos en sus bravatas frente al toro. La plena libertad de ser invisibles al resto del mundo. Y el resto del mundo gritando de pronto a cada uno según su valentía y según sus saltos traspasando la envergadura de la bestia; el gentío, libre también de animar y alentar sinceramente al que comprenda más hábil y más valiente, o más ágil o más hermoso en su danza con el toro. El toro ya no tenía más vista ni más obsesión que los once jóvenes a su alrededor sobre la tierra de la plaza, llamándole y corriendo hacia él, retándole a un baile de vida y muerte donde solo estaba en

juego demostrar el valor de los turolenses ya nacidos en la villa con el otorgamiento de sus fueros.

Y entre ellos, de pronto, uno se ha hecho único para mí. Me he sonrojado y me he refugiado en mi pañuelo como si me ocultase el rostro para no ver, como hacían las otras, admiradas y nerviosas por las carreras furiosas de los jóvenes retando a la bestia. Pero mi verdadera inquietud era por los golpes apresurados que he sentido de pronto en mi garganta al mirarle. ¿Qué me estaba ocurriendo? Mis ojos solo le seguían a él, él distinguido entre todos, él, a quien distinguiría entre cien o cien más que ahora saltaran al centro de la plaza. Cubierto con la misma capucha y la misma camisa que todos los demás, pero manifiesto para mí, único y distinto. Le he seguido con la mirada deleitándome en su carrera alrededor del toro, retándolo, apartando al resto de los jóvenes para acercarse a él. Y el toro mirándole también, de pronto, un instante. Los hombres jóvenes tenían que demostrar su valentía y lo llamaban provocando su furia agitando paños rojos para hacerse visibles y lograr que los eligiera para ir en su busca. Entonces uno u otro soltaba el paño, ayudándose de largos mástiles para saltar sobre él sorteando su embestida con una cabriola que hacía gritar al público. Una de las garrochas se rompió y el encapuchado cayó a la tierra con peligro de su vida, a los pies del toro. Los otros entonces corrieron a proteger al compañero llamando la atención del animal con más paños rojos apartándolo del joven derrumbado, que no podía moverse porque seguramente tenía el costado roto. Varios hombres preparados en un carro aprovecharon el instante para recoger al postrado; le quitaron el capuchón, era el más joven de Cornel, que sangraba además por la boca. Los otros seguían retando al toro con su grito, obligándole a dar cornadas al aire buscando al que en ese momento saltaba en el aire haciendo gritar de nuevo a la multitud.

El calor era sofocante, pero a nadie parecía importarle. Los aguadores iban de un lado a otro vendiendo los sorbos y entre tanto los saltadores hacían de vez en cuando una pausa para tomar aliento, o bien alguno directamente se retiraba, ya habiendo demostrado su coraje en encontrarse con el toro y saltarlo, o reconociendo que no quería seguir exponiéndose a una nueva caída o incluso quizá a alguna cornada del toro, cada vez más enfurecido. Se han llevado herido a uno de los Moncada, que ha volteado el toro clavándole una de las astas en la pierna, y entonces se han retirado con él sus dos hermanos y el primogénito de Santa Cruz, sin querer afrontar más riesgo con la bestia embravecida por la sangre.

Yo lo miraba a él. Su cuerpo delgado y fuerte, vi cómo saltaba de nuevo la envergadura del toro yendo hacia él con la misma furia con que el toro quería recibirlo enfrentándose a su carrera, y de pronto clavó la pértiga en la tierra y su cuerpo voló como si él fuese ese viaje que desde el amanecer hasta la anochecida realiza el sol. Su figura al contraluz del atardecer recortándose sobre el cielo azul y rojizo de esta tarde que ha sido mi despertar. Ha caído limpiamente detrás de la bestia, ha sido el salto más bello y más valiente de cuantos se han realizado, y yo miraba su cuerpo erguido enervado recibiendo las alabanzas de la gente que gritaba poseída de la emoción indescriptible que provoca la belleza. Y entonces he visto que sus ojos me miraban a mí. Sus ojos, emergiendo más allá de su antifaz y más allá de los loores del gentío, se han dirigido a mí, como si todo este tiempo ya me estuvieran mirando y llamando. Mi piel estremecida y todo mi ser confundido, mi garganta seca y los latidos locos dentro de mi pecho, todo en mí estaba despierto y alerta, todo en mí le ha reconocido aun sin saber su nombre ni su familia, pero ese miedo apresándome la cintura en una lazada que me cortaba el aliento solo ha sido mayor certeza, mayor convencimiento de que esos ojos ya eran míos como yo era ya de los suyos.

El grito aterrorizado del gentío me ha devuelto al momento, de repente, como a él. El toro negro se había girado buscándolo y ya arremetía. Los cuatro muchachos que quedaban a su alrededor no habían reaccionado a tiempo pensando que el toro haría lo mismo que en los otros saltos, seguir corriendo hacia adelante y embestir de nuevo a alguno de los frentes de las tablas que protegían los carros. Pero esta vez iba a ser distinto. El toro ya le embestía y él me miraba a mí. Entonces ha extendido su brazo levantando su palma ante la bestia. Los gritos de la gente se han trocado en gemidos cuando todos han visto que el toro detenía su carrera y daba ahora cortos pasos hacia él, que no se había movido, sujetándose firme en sus piernas abiertas mirándolo desde detrás de su capucha negra. Poco a poco, sin embargo, ha cedido la rigidez de su brazo, como si fuera una invitación al toro. Nadie lo podía comprender, el toro parecía dudar, se paraba después de cada paso para avanzar suavemente, acercándose a él, que ahora le tendía la mano, llamándolo. Su cuerpo hermoso, jadeando con su mano extendida frente al toro, recortándose contra el crepúsculo rojo, su pecho aspirando el aire, reteniéndolo para recibir al toro amigo... Nadie se movía, ninguno de los cuatro jóvenes que quedaban en la arena podía dar ni un paso, comprendiendo la gravedad del momento y su solemnidad; nadie hablaba, todos

habían callado, y yo podía escuchar los latidos de su pecho como si fueran los míos.

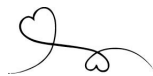
El toro bravo se ha detenido entonces mirándolo a los ojos, aquietado de pronto, respirando atentamente, observando cómo el joven daba un paso hacia él, y otro, y otro, y le ha posado su palma sobre la frente y el animal ha bajado la testuz y ha permitido que él diese dos pasos más hasta tocar su cabeza con las dos manos, mansamente respirando la cercanía de su cuerpo tensado y firme. He visto cómo su cabeza y su cuello y sus ojos se elevaban entonces y me miraban de nuevo, él entre las astas del toro como si formaran una media luna que lo contenía a él, a esos ojos que me miraban desde la oscuridad roja del sol poniéndose. Con una de sus manos se despojó de un golpe del capuchón que cubría su rostro mientras la gente gritaba, alejándome de allí. Solo pude distinguir los rayos rojizos que atravesaban sus cabellos oscuros al contraluz, pero también sus labios. Sus labios pronunciando mi nombre.

Un instante. Un instante que me ha hecho nacer a la verdadera vida que me esperaba sin yo saberlo.

Quién venía a perturbar mi ignorancia hasta ese momento... quién había hecho despertarse en mí los otros nombres que poseo, los ocultos deseos que desde hoy se han convertido en la verdad de mi destino.

Los otros jóvenes han aprovechado entonces y se han abalanzado sobre el toro con los ganaderos ya preparados con las sogas y un yugo para inmovilizarlo, dando por concluido el festejo.

El rey Pedro estaba en pie con el pulso agolpado en las sienes y sin respiración, como el resto de la gente. Ya amarrado el toro, los turolenses han bramado de júbilo, y muchos han bajado al terrado para alzar sobre los hombros a los cinco jóvenes más valientes y extraordinarios de la primera generación de turolenses nacidos en nuestra villa. Y, sobre todo, para alzarlo a él, ese que me miró entre las astas del toro y me llamaba a mí.



Mi padre don Pedro nos obligó a marcharnos, ya estaba todo concluido. Quizá solo quería alejarme de allí porque tenía miedo de algo que él no iba a poder comprender.

—Isabel, niña mía, no has dormido en tu lecho —me ha reprochado dulcemente mi aya Elvira al amanecer—. Tu padre no lo sabe, a Dios gracias, pero no debes hacerlo otra vez, dime qué te ocurre, te lo ruego, estás pálida..., ¿qué son estos pliegos, Isabel?, ¿has estado escribiendo por la noche?

—No te inquietes, Elvira, estoy bien, no te inquietes.

—¿Qué te ha ocurrido?

—No quería que acabara el día más importante de mi vida.

He mirado a Elvira sonriendo, solo podía sonreír.

—Mi destino me ha encontrado.

—¿Por qué dices eso, Isabel?

—Esos ojos me han acompañado desde antes de hoy, y desde antes de esta vida y mucho antes... no sé su nombre todavía, pero sus ojos son los ojos de mi destino.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Él es el hombre que me llama desde las sombras de aquel sueño que tuve tantas veces...

Elvira ha esperado un instante, como si dudara, antes de contestar.

—Sí, conoces su nombre, es Diego, el segundo Marcilla.

—Diego..., ¿ese hermano que Gracia adora, el que fue compañero mío en las lecciones reales?

—Sí, él.

—¿Ese que recogió el último suspiro de Muñoz el tercero?

Mi corazón estaba desbocado.

—Quizá puedas recordar a un niño, pero Diego Marcilla es ya un hombre, ha cambiado mucho y no había vuelto a Teruel desde entonces. No puedes buscarlo tal como es hoy en la memoria de aquellos años de infancia.

Acomodé mi pensamiento al primer recuerdo que tendría entonces de ese Diego, al que sin embargo sentía que todo mi ser ya le pertenecía. Su mirada intensa, su expresión dulce, su barba de hombre recortando el perfil de su mentón.

—Todos a mi alrededor me miraban. He escuchado decir a alguien que sus ojos me señalaban y sus labios me hablaban a mí.

—Olvídate de la gente.

—Por eso mi padre ha ordenado que nos marchásemos de allí. Él también lo ha visto. —Mi aya permanecía en silencio—. Callas, Elvira... entonces tengo razón. Dímelo, aya.

—Sus labios decían lo que ya dijeron una vez: «Tú eres mi estrella...», eso ha dicho el segundo Marcilla y eso es lo que ya dijo una vez cuando era solo un niño.

En mi mente seguía brillando la imagen de su boca y su rostro hacia mí. Su boca hablándome en esa distancia que de pronto había desaparecido. Porque había sentido la tibieza de su aliento pronunciando mi nombre.

—¿Por qué no le recuerdo? —Quizá buscaba un motivo para poder volver a mi vida de antes, a esa vida donde no le conocía ni conocía la certeza que ahora me ahoga por dentro.

—Los Marcilla eran leales a los intereses de la reina madre y cayeron en desgracia con el heredero don Pedro cuando este fue rey de pleno derecho. Tú apenas tenías seis años y los hijos de Marcilla ya eran muchachos. Diego marchó a servir al rey para reponerle a su padre el favor de don Pedro, y regresó después para ayudar a su familia por la plaga que ha diezmado sus campos dejándolos casi en la ruina...

—Sí, compartíamos juegos de lectura y las clases reales, recuerdo de aquel tiempo los cálamos y pliegos y letras surgiendo de mis dedos..., y el crepúsculo de cuando volvíamos a casa contigo y con Meriem. El frío atería mis pies y a veces me alzabas con tus brazos y yo me encaramaba a tu cuerpo, porque el último tramo de la calle hasta nuestra casa estaba cubierto de hielo por ser el más umbroso.

—Eras la más entregada de las niñas al arte de las letras y la primera entre ellas que aprendió a leer correctamente, y descifrabas los breviarios para Lupa como un juego... tu alma era como una casa con las puertas abiertas de par en par, amabas la lectura como ahora amas dejar en esas hojas lo que ella te dice, Isabel.

—Esas palabras son mi destino, ¿verdad, Elvira?

—Y son también el suyo.

Lo que guarda la tierra

Del rostro de Isabel manaba una luz distinta que todos percibían, aunque no pudieran explicar. Ella misma le dijo a su padre que la vida ya la reconocía mujer, uno de los días de aquel verano de 1209 de noches tibias y calmadas. El último verano de toda una vida.

El de Segura no supo qué contestar ante la mirada firme de su hija mientras se le mostraba mayor de edad como hembra. Llevó los ojos hacia su esposa Ysela, como si esperase una explicación por la osadía de Isabel.

—Mi señor esposo, nuestra hija se enorgullece de su condición —reaccionó Ysela cautamente sobreponiéndose a su propia sorpresa—. Era lo que llevabais esperando mucho tiempo, ¿no es así?

—Lo que yo espero es que mi hija acate las normas de educación que se exigen para las mujeres de buena familia, el recato y la humildad que la harán valiosa ante un esposo que desea ser obedecido.

—¿Os he ofendido, padre? —dijo Isabel—. Ruego que me disculpéis si...

—Muéstrame los bordados con el escudo Segura —dijo su padre apartando el plato de la cena—. Eso me gusta y siempre me alegra.

Mientras Ysela se apresuraba a despejar la mesa familiar ya concluida la última comida del día, Isabel acercó el gran bastidor donde una a una iba cosiendo las puntadas del emblema familiar como ornamento de las sábanas y cobertores que algún día serían su ajuar de casada.

Gonzalo y Esteban, los hijos de Lupa, acababan de llegar de los cobertizos. El día todavía era largo de luz y los animales alargaban también sus funciones y necesidades. Esperarían pacientemente para referirle detalles del recuento del ganado realizado y los fajos de la siega guardados por los braceros. Lupa les había servido en un cuenco el potaje guardado para su cena. Lo tomaron apresuradamente, como si tuvieran prisa, sin embargo; la prisa de todos los jóvenes de Teruel en las noches de verano por acudir a las bravatas y los juegos de pelota y de lanzas que se organizaban junto a la muralla hasta agotar el último

instante de tibieza. Las campanadas de la puesta del sol eran una especie de llamada a la que todos los muchachos y jóvenes, igual campesinos que hijos de familias potentadas de Teruel, acudían para saborear la tregua que el frío de la mayor parte de los meses del año ofrecía en el verano.

El de Segura admiró un momento las labores de Isabel, los encajes y calados, los perfectos hilvanes y los brocados que remarcaban su escudo de armas y aprobó con palabras formales la dedicación de su hija bajo la dirección de su madre. A continuación, pidió que los hijos de Lupa se acercaran para revisar los asuntos con ellos.

Se oyeron voces en el patio y al momento entró Sofra en la cocina:

—Mariíca de Cervera y Alba Cornel esperan, señora. —Se dirigió a la esposa Segura—. Acuden a los rezos para las vírgenes de Santa María con sus madres, y preguntan si vos queréis acompañarlas también, con la niña Isabel. La de Marcilla, las de Varea y las Muñoces con otras hijas de apellidos de importancia de la villa ya están en la iglesia.

Ysela miró cautamente a su esposo antes de contestar.

El de Segura no podía negarse. Cada verano también las hembras aprovechaban lo benigno de los ocasos del sol alargando la luz hasta parte de la noche para festejar las dulzuras obtenidas de Santa María en los campos y la vida de cada día, y convocar a las que estaban por llegar. Después de las ofrendas, los rezos y los responsos del párroco, las mujeres tomaban dulces cocinados con forma de elementos cotidianos como frutas y flores, o muñecos llamando a la fertilidad de sus vientres, o animales como mulas, perros y conejos agradeciendo la ayuda de las bestias cotidianas y el alimento proporcionado, o incluso soles, lunas y estrellas, invocando el favor de los cielos en lo por venir.

La danza del toro de cada año marcaba el comienzo de esa otra vida de la villa que durante dos meses festejaba también las noches, abandonadas sus gentes al descanso gracias al verano, que traía también el descanso para la tierra y los animales. El de Segura esperó unos instantes, como si reflexionara.

Isabel ya había guardado los bastidores y las ropas exquisitamente cosidas en su arcón y, al no escuchar todavía la voz de su padre, se giró con ansiedad, pero Ysela ya la estaba mirando a punto de hacerle un gesto de paciencia; sería peor si ella mostraba su intenso deseo de acudir a la explanada de la iglesia.

—No creáis que no sé que todas las mujeres hablaréis de la hazaña de ese Marcilla que podía haberle dado un disgusto a su familia —exclamó Pedro de Segura, como si fuera su autorización.

—Es que la infanta Sanchita está en Teruel, recuérdalo, esposo —contestó Ysela con una sonrisa—, y todas sus antiguas amigas de infancia desean compartir con ella estas noches del verano de Teruel, pues sin duda será la última vez que pueda volver a nuestra villa, de la que guarda tan gratos recuerdos.

El de Segura hizo un gesto de condescendencia, de mala gana, y Sofra salió deprisa de la cocina para avisar a las de Cervera y Cornel de que podían esperar a su amiga, mientras Isabel corría a la alcoba para cambiarse el delantal y coger previsoramente un pañuelo por si tuviera que cubrirse cuando se levantase el vientecillo de la anochecida.

Lupa guardaba silencio mientras retiraba los cuencos de la cena de sus hijos, y todos sabíamos que estaba añorando en el alma a su hija Meriem, aunque pensase que el convento castellano era un buen futuro para ella.

—Id a las cuadras, que yo voy en un momento —dijo don Pedro de Segura dirigiéndose a Gonzalo y Esteban—, y allí me explicaréis las novedades, pero hoy quiero ver a los caballos yo mismo.

Los jóvenes obedecieron al instante. Ysela se iba a levantar del banco, pero su marido la detuvo.

—Mujer...

Yo ya estaba saliendo de la cocina para ir a acompañar a Isabel, y Lupa dejó las ollas y el fregado de los aperos para después y se dirigió también a la puerta saludando a su amiga con una mirada, pues ya había percibido como el resto de nosotros que su esposo deseaba quedar a solas con ella.

—¿Qué quieres, marido?

—El rey don Pedro ha sido muy benévolo con su hermana —protestó un poco el de Segura, ya a solas—. Si es él quien decide lo mejor para su reino y la boda de la infanta Sancha es un acuerdo político importante para sus intereses, no tiene que compensarla accediendo a un capricho de niña.

Un año después de la muerte de la reina madre había fallecido también su hijo Alfonso, conde de Provenza por haber heredado esa parte del reino aragonés de su padre. Su hermano el rey Pedro tenía que asegurar el dominio sobre las tierras francesas de la Corona de Aragón, y se había apresurado a prometer a su hermana la infanta doña Sancha con el hijo del sexto conde de Tolosa, llamado Raimundo como su padre y nacido al mismo tiempo que nuestra niña Isabel. Tolosa era territorio aliado e inserto en la Corona de Aragón por el difunto Alfonso Segundo. Los esponsales estaban fijados para 1211, año en que el joven Raimundo de Tolosa cumpliría los catorce años. Sanchita para entonces tendría

veinticinco. Acatando la orden de su hermano el rey, había abandonado el monasterio femenino de Sigena, dejando allí a su hermana doña Dulce, muy apenada intuyendo que nunca más volvería a verla. Pero la renovación de las alianzas con los condados franceses era urgente ante los nuevos acontecimientos que se presentían por las revueltas religiosas entre cristianos cátaros y cristianos ortodoxos obedientes al papa Inocencio de Roma.

—Doña Sanchita ha pedido acompañar a su hermano el rey para venir a Teruel antes de marcharse a tierras de Tolosa, como muestra de cuánto ama sus recuerdos de nuestra ciudad... —respondió Ysela a su esposo—. Sin duda que aquí le vendrán a la memoria las vivencias con su querida madre, a la que tanto apreciábamos todos, pues fueron muchos días de lecciones y de buenos momentos mientras nuestros hijos crecían.

—Los tiempos no están para recuerdos dulces ni para bravatas —replicó el de Segura.

—¿Qué quieres decir, don Pedro?

—En pocos días el rey emprenderá viaje hacia los territorios francos, con la excusa de acompañar a su hermana la infanta para que habite el palacio y conozca a las gentes de las que ella será señora dentro de un tiempo. Pero es... solo un pretexto.

Ysela escuchaba atentamente a su marido, como él prefería, y dejó que siguiera hablando.

—Recogerá a su sobrino Ramón Berenger, el hijo de su hermano Alfonso, y lo llevará al castillo de Montpellier con la excusa de que se eduque junto a su propio heredero Jaime, el futuro rey de la Corona de Aragón. Los dos críos han nacido a la vez y la idea del rey Pedro es llevarlos dentro de un tiempo a Monzón para que reciban formación con los templarios como soldados cristianos.

—Entiendo que el rey tiene sus planes. Pero ¿qué relación guarda todo eso con nuestra hija?

—Si el rey parte a los territorios del norte, es previsible que tardará mucho tiempo hasta que yo pueda pedir su audiencia para que apruebe el pacto de matrimonio de nuestra hija con el hijo de su delegado don Berenguer de Entenza.

—Nuestra Isabel es casadera, pero no tiene edad para bodas, esposo —replicó Ysela.

—Hará su boda cuando cumpla los catorce años, igual que tú, mujer. Contamos con el tiempo justo para hacer las presentaciones y firmar el

compromiso, después del beneplácito del rey.

—¿Entonces va a regresar a Teruel? Dicen que pronto le nacerá un nuevo hijo de una de sus mujeres...

—No hables así, esposa —atajó el de Segura—. Las cosas están cambiando, todo se está complicando.

Ysela no respondió; su silencio solicitaba las disculpas del esposo.

—Quiero decir que si Aragón tiene que atender los débitos de una guerra en favor de sus aliados, no se podrán evitar las consecuencias en las ciudades del reino —añadió su marido—. No hay prevista ninguna visita del rey, por eso tengo que conseguir que el de Entenza le haga llegar el documento de nuestro acuerdo antes de que parta a Carcasona.

—Se dice que ya ha enviado recado para el reclutamiento de soldados entre los campesinos... tendrán que abandonar las tierras que empiezan a recuperarse después de la plaga.

—Si hay guerra al norte del reino, se reclutarán soldados también entre los que hoy ya están defendiendo nuestra frontera con los sarracenos, con lo que de cualquier forma nos perjudica si el rey decide ir a Carcasona para entrar en guerra... No son buenas las guerras.

—¿Temes que quizá los años de paz y de bonanza ya se acaban?

—Ruega a Dios para que no sea así..., pero entiende que todos tenemos obligaciones que cumplir, y que todo puede ser peor...

El de Segura escuchó la carrera apresurada de su hija Isabel descendiendo las escaleras al encuentro de sus amigas en el patio.

—Y no me gusta que nuestra hija frecuente las celebraciones populares donde se mezclan plebeyos y aristócratas por igual.

—Sería peor si nuestra hija se apartara del resto de las muchachas de su villa. Nadie lo entendería, don Pedro, nuestra hija es muy querida y respetada por todas sus amigas, y su presencia en las misas y las celebraciones que festejan a Santa María y San Pedro es muy apreciada por todas las mujeres de Teruel.

—Nuestra hija está llamada a tener hijos que sean de la nobleza.

—Eso le da más valor a que comparta el tiempo con las otras hijas ya nacidas en Teruel.

—Isabel pronto estará prometida y deberá conservar las reglas propias de una mujer reservada. Aunque haya que esperar unos meses para decírselo, la cosa no cambia para nada.

Las voces de Isabel saludando a Mariíca y a Alba llegaban hasta ellos.

—¿No vas a acompañar a tu hija a esa fiesta de los dulces de mujeres? —preguntó el de Segura a su mujer.

—La acompaña Elvira.

—No me fío mucho de esa pupila tuya.

—¿Cómo es eso, don Pedro, por qué?

—Es ilustrada..., bien que por tu culpa, pero ya había algo en ella que la hace extraña, y no me gusta su tanta confianza con Isabel, ya te lo digo, mujer.

—¿Quieres que yo vaya con ellas?

—Tengo que atender los asuntos de cuentas con Gonzalo y Esteban, ese incauto que quiere dedicarse a la carrera militar... Y luego he de acudir a la reunión habitual del concejo para conocer las disposiciones reales que le incumben a nuestra villa. Márchate y me quedaré más tranquilo si estás con nuestra hija en los rezos y en los dulces de esta noche.

—Así sea entonces.

—Espera. —La detuvo otra vez su marido.

Ysela no se movió, extrañada.

—¿Qué es lo que te inquieta, don Pedro?

—Ya te lo he dicho... que pueda haber una guerra que nos incumba a todos nosotros —respondió el de Segura sin convicción.

—Rezaré a Santa María para que eso no ocurra.

—Todos han visto al segundo Marcilla enfrentándose al toro —soltó por fin Pedro de Segura.

—¿Qué...?

—Todos han visto que ese atrevido miraba a Isabel, diciéndole algo.

—Pero no es así, no es así..., yo no lo he visto, esposo, no debes temer nada.

—Yo lo he visto y todos lo han visto —atajó el de Segura—. Te digo que ese insolente miraba a nuestra hija con intención, como si la conociera y tuviera familiaridad con ella, sin importarle el resto de los que estábamos allí.

—Los Marcilla son vecinos nuestros, tú conoces a don Martín desde siempre, ya estaba aquí cuando nosotros llegamos, y has tenido negocios con él y con sus otros hermanos. No hay peligro en que los muchachos Marcilla reconozcan a nuestra hija porque fueron compañeros en las lecciones reales y en los juegos de la explanada de Santa María, no te angusties, te lo ruego.

—Espero que sea como tú dices, mujer. No quiero ser el motivo de las habladurías de nadie.

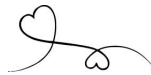
—¿Qué reticencias guardas sobre Marcilla? Su linaje es noble de antiguo y toda la familia goza de buena consideración. Es cierto que la plaga diezmó sus campos, pero...

—Pero no tienen fortuna y sí muchos hijos para repartir.

—Lo mismo ocurre con los Muñoces y los Cornel o los de Mataplana..., son familias muy numerosas para bien de Teruel, y todos ellos compartieron juegos con nuestra hija.

—No hay más que decir, mujer. En cuanto sea posible, firmaré el compromiso de nuestra hija y no podrá hablarse nunca más de quiénes fueron sus compañeros de infancia o de esas clases con las que yo no estaba conforme.

—Será como tú dices, esposo.



Sanchita se echó a mis brazos diciéndome que la mitad de sus saludos eran de su hermana doña Dulce, que me añoraba mucho.

—La otra mitad son míos, Elvira, aunque estén llenos de tristeza, porque esta vez me marcharé para no volver, que ya lo sé —me dijo la infanta con resignación.

Le sonreí acariciando su rostro, que emergía de su toca redondeado y pálido. Sanchita vestía aún con el hábito conventual, luciendo el gran crucifijo que había pertenecido a su madre prendido sobre el lado izquierdo de su pecho. Debió percibir que yo observaba cómo acariciaba una y otra vez la talla.

—Mi madre me legó este crucifijo, es una gran joya y lo llevaré conmigo siempre, incluso con mi vestido de esponsales.

—Ella estaría contenta.

—De mi recuerdo en su honor estaría contenta, sí. Pero no por esta boda, amiga Elvira —contestó Sanchita sin hacer caso a la mirada de reprobación que le envió su aya desde el otro lado del círculo que habíamos formado las mujeres esperando a las musicantes de Santa María, que venían con sus instrumentos.

Sanchita se giró hacia mí para poder hablar más libremente, fuera de la vista de su aya.

—El que será mi esposo ya fue prometido cuando tenía nueve años con mi sobrina, aquella primera hija que nació del matrimonio de mi hermano el rey Pedro con su esposa María de Montpellier, como si hubiera sido una

equivocación del destino. Fue comprometida en el mismo día de su nacimiento, pero murió muy pronto, y por eso la alianza tenía que cerrarse con otro matrimonio, el mío... Mi madre se hubiera opuesto. Mi madre la reina siempre se dolía y reprochaba al mundo que las mujeres solo tuviéramos interés para ser moneda de cambio en las alianzas políticas que los hombres decidían, como un juego, en un gran tablero de ajedrez que es el destino del mundo.

—¿Quién es?, ¿cómo se llama? —le pregunté con cariño intentando abstraerla de sus miedos, esos miedos que presentía en su piel.

—Es hijo de Raimundo el sexto de su dinastía, aliado de mi padre el rey Alfonso y ahora de mi hermano Pedro.

—¿Raimundo?

—Ramón Berenguer llamado en verdad, aunque él se nombra así... Aquella niña a la que sustituyo se llamó Sancha, como yo... su muerte dejó a su madre María sumida en el desánimo y a mi hermano el rey Pedro calibrando cómo podría culminar su alianza. Ahora estoy bajo el mandato del rey.

—¿Qué sabes del que será tu esposo?

—Supe que una profecía le había sido entregada como regalo en su nacimiento: «Una mujer que podría haber sido reina, llamada Sancha, ella es la que traerá la paz a tu mundo porque será tu esposa». Ya ves, por tanto, Elvira. Llamándome igual que su primer compromiso, seré yo la que su destino guardaba para él; solo que, con mi sobrina, el conde Ramón Berenguer era nueve años mayor, y conmigo es once años menor, y ello le produce desconfianza. Al parecer, le han prometido que podrá tener las amantes que desee, pues no espera nada de mí, y solo accede a la alianza que interesa al condado de Tolosa, su herencia cuando llegue el momento.

—Pero la profecía te asegura su respeto —observé.

Asintió, con displicencia.

—Y su condado necesitará antes o después un heredero de mi linaje.

Observé a Sanchita, fuerte como había sido su madre. Sí, Sanchita habría sido una reina con los mismos arrestos que ella.

—Aun así, mi madre no lo habría consentido, esta vez no —añadió mi amiga la infanta—. Seguiríamos con nuestra vida plácida en Sigena. Yo me estaba formando para ser abadesa, ese era mi deseo.

—¿Y tu hermana Dulce?

—Ella no desea rangos ni más obligaciones que las que le impone su deseo de pintar... pero casi me olvido, Elvira, ella me ha dado unos pliegos coloreados

para ti, me dijo: «Llévaselos, de mi parte, con todo mi recuerdo lleno de un gran cariño», eso me dijo, y tengo que dártelos, Elvira, de su parte.

—Me emociono con escuchártelo, amiga doña Sanchita, muchas gracias por este servicio, muchas gracias... ¿dónde están?

—Los tengo en mi alcoba, en San Juan... Tendrás que recogerlos mañana cuando ya me haya marchado.

—¿Mañana te marchas? ¿Tan pronto?

—Mi hermano el rey tiene prisa. Dice que por mi deseo de venir a Teruel ha perdido casi un mes de su tiempo.

—Me apena, es tan rápido... ¡quedan tantas noches todavía en el verano de Teruel!

—Mi hermano el rey también tenía que venir a Teruel, no es solo mi culpa. Yo solo aproveché su interés, aunque ahora quiera que yo le deba el favor. Ya ha realizado las audiencias que pretendía y ahora tiene que llegar con urgencia a Carcasona, porque nuestros territorios en el norte están en guerra por las cuestiones de Dios.

El aya de doña Sanchita se había acercado por fin, y tocó su espalda para que le prestara atención.

—Infanta, hemos de marcharnos al monasterio.

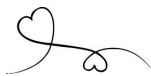
—Todavía no, aya.

—Mañana saldremos temprano, tenéis que dormir bien, queda un largo viaje...

—Dormiré en el carruaje. Ahora vamos a escuchar a las musicantes.

—Pero...

—Te lo ruego, aya, mi hermano el rey no tiene por qué enterarse, y si se entera no tiene importancia, porque mañana saldré de viaje hacia el resto de mi vida, sin que yo lo haya decidido ni sea lo que prefiero, y solo por él y el bien de su corona.

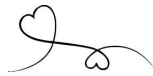


Las mujeres habían extendido un gran mantel en la explanada junto al atrio de la iglesia, y habían encendido antorchas sobre palos clavados en la tierra para alumbrarnos en ese momento del declinar de la luz del sol como si tuviera pereza en marcharse totalmente. Pero la luz de la luna era tan intensa y blanca que

habría iluminado igual los pastelillos y las pastas que llenaban el gran mantel. Las cantantes acompañadas con las tañedoras de los instrumentos y todas las que zumbaban los tambores y panderos ya habían llegado, instalándose en las escaleras de entrada al porche del atrio de la iglesia, donde todas las demás podíamos verlas sin dificultad.

Las músicas traídas de Navarra y Zaragoza, las canciones mudéjares y los cantos de mujer añorando a su hombre o felices por haberlo visto, comunes a todas las procedencias y culturas, se tarareaban por todas las que estábamos allí reunidas, mientras comíamos las pastas celebrando esa noche de luna casi llena que bañaba los alrededores de Santa María con un inolvidable brillo nacarado.

Isabel bailaba con sus amigas Gracia y Alba, y en otro corrillo juntaban sus manos en lo alto las niñas de Mataplana con las Castroviejo y las Muñoces con sus nodrizas y sus primas. Ysela se acercó a su hija intentando convencerla para volver a casa, pensando que ya sería bastante el tiempo de diversión pasado, pues estaba cerrada la noche y su señor padre estaría ya esperándolas para dormir. Pero Isabel le rogó un rato más en la libertad y la frescura de la noche con sus amigas. Ysela estaba cansada y le prometí que podía retirarse tranquilamente con Lupa, que yo velaría por Isabel y que volveríamos a casa al mismo tiempo que sus amigas se retirasen, en un rato.



Dijeron que había sido que la música se escuchaba en todos los recodos de la muralla de Teruel y que habían sentido curiosidad por los cantos tan hermosos que hablaban de amores bajo la luna.

Los jóvenes turolenses, que habían estado jugando a pelota y a tiros de lanzas al otro lado del muro hasta la llegada de la noche, dejaron sus entretenimientos de varón cuando los vigilantes de la muralla dieron el toque de queda anunciando que se cerraban los portones.

Diego Marcilla con su hermano Sancho y sus primos, junto con los Muñoces y los de Varea, los hijos de Lupa y los Jiménez, fueron caminando hacia Santa María, donde la música de los crotalillos, panderos y flautas hechas con cañas perfumaba la frescura de aquella noche que parecía fuera del mundo. Las madres de muchos de ellos y sus hermanas y sus primas se encontraban

entre nosotras y los recibieron con alborozo, invitándoles a participar de los bailes y los dulces.

Percibí la mirada fulgurante de Diego Marcilla al ver a Isabel danzando todavía con Gracia, su hermana, y el rubor de mi niña Isabel parándose en seco, sorprendida como una gacela expuesta en pleno claro del bosque. Isabel llegó hasta mí con la excusa de tomar un pastelillo de los de forma de media luna, y la niña Gracia la siguió dándose cuenta de que tenía hambre. Al instante siguiente, era Diego Marcilla quien había llegado hasta nosotras y hacía un gesto de cariño a su hermana, para poder acercarse a Isabel.

Para conocernos nacimos

Los muchachos se habían unido a los bailes de las mujeres y las jóvenes. También los hijos pequeños de muchas de las madres que estaban en la noche de Santa María danzaban acompañando a sus hermanos mayores, y Gracia Marcilla tomó de la mano a su hermanillo Rodrigo, de apenas cinco años, para acompañarlo en sus primeros pasos frente a la música de la orquesta de mujeres que hacía las delicias de aquella noche de verano.

Isabel hizo ademán de ir en busca de sus amigas las hermanas Varea, pero Diego le cortó el paso ofreciéndole una pasta en forma de estrella de cinco puntas.

—Hola, Segura.

—No tengo más hambre. —Isabel rechazó su estrella.

—Me la guardo entonces, para que me recuerde esta noche para siempre.

Isabel no contestó y volvió a sentarse en el banco de piedra adosado al muro de la iglesia, bañado en ese momento por la penumbra de la luna alejándose de allí.

—Te conozco y me conoces —dijo Diego Marcilla, apoyando un pie en el banco, dando la espalda al resto del mundo.

—No sé quién sois.

—Sí que lo sabes. Siempre has sabido quién soy.

—Por favor, no puedo hablar con un hombre, no es decoroso, dejadme.

—Hasta hace poco tiempo fui un niño que jugaba contigo y con tu amiga Meriem en las huertas de San Juan.

—No me acuerdo... —mintió Isabel.

—Una vez leí para ti un poema de amor desde el púlpito del refectorio de los monjes y corrieron las lágrimas por tu mejilla al escucharme.

—No insistáis..., era muy niña.

—En cambio yo me acuerdo de todos y cada uno de los momentos que he vivido junto a ti.

Desde su asiento iluminado por un resplandor fugaz de la luna, Isabel alzó sus ojos para mirar a Diego, sumido en la oscuridad confundido con la propia noche.

—Tú y yo hemos nacido para que llegase este momento y reconocernos por fin —dijo Diego con un hilo de voz.

Isabel bajó los ojos. No se movió, no podía casi ni respirar.

—Sí que sabes quién soy, ¿verdad, Isabel?

—Eres hermano de mi amiga Marcilla.

—Di mi nombre.

—Vuestro padre don Martín de Marcilla tiene su casa muy cerca de la casa de mi padre, haciendo calzada hasta la plaza del Mercado.

—¿Y mi nombre, Isabel? ¿Sabes mi nombre?

—Sí.

—Dilo entonces.

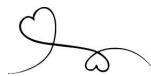
—No puedo..., no debo, os lo ruego, mi aya estará buscándome.

—Di mi nombre, por favor.

—Diego. Sois Diego Marcilla.

El joven sonrió ampliamente. Isabel miró su sonrisa y pensó que nunca había visto un reflejo tan límpido de la luna como el que estallaba en los dientes firmes y claros de ese hombre. Se levantó turbada de pronto.

—Pero es la última vez que lo pronunciaré, señor.



Isabel surgió de las sombras y vino directa a donde yo estaba comiendo todavía un pastel relleno de carne, rogándome que nos marchásemos ya a casa. De nada valieron los ruegos de sus amigas para que se quedase un rato más hasta el fin de las músicas y los dulces. Estaba sofocada e impaciente por alejarse de la fiesta.

—Mañana entonces vendrás de nuevo a Santa María, ¿verdad, Isabel? —La abrazó Mariíca.

—No, mañana no vendré.

Los ecos de los panderos y las palmas se fueron apagando poco a poco. Isabel no había pronunciado una sola palabra mientras regresaba a casa, y ya en el dormitorio la escuché sollozar suavemente arrodillada ante la imagen de la Virgen que presidía la pared principal, como si rezara sus oraciones de cada día.

Su madre nos deseó buenas noches desde el otro lado del cortinaje que cerraba su alcoba, a lo que Isabel contestó con las palabras acostumbradas para no levantar sospecha. Le ayudé a desvestirse y desaté los cordones de su delantal, y esperé sentada en el taburete junto a la pared a que ella quisiera hablarme. Simplemente cubierta con su camisa interior, se tumbó en el lecho apartando el cobertor de verano con los pies y se quedó con los ojos abiertos mirando la oscuridad de la estancia.

—Nunca me había sentido así, Elvira... y tampoco sé lo que siento. Temo que si duermo despertaré y mi alma ya no recordará esta sensación, y no quiero que eso ocurra.

—Pregunta en lo alto de tu frente, como te enseñé a hacer de niña, y recibirás la respuesta de lo que no comprendes.

—No sé qué me pasa y lo sé todo, aya... siento que lo quiero todo, pero también que ya lo tengo todo... no sé qué debería preguntar a mi sueño, porque no existen todavía palabras que puedan reflejar la respuesta que mi corazón ya tiene, aunque no la tenga mi mente.

Solo mi silencio acompañándola podría estar a la altura de la emoción de las palabras de mi Isabel.

—Deseo que nunca se acabe esta noche y seguir viendo sus recuerdos en mis ojos, y deseo que venga pronto mañana para buscar más recuerdos en los suyos...

—Le has dicho a Mariíca que no volverás mañana al corro de las mujeres de Santa María —dije por fin, acordándome de su determinación de antes.

—He mentido. Volveré y desearé que las campanas anuncien que han de cerrarse las puertas de la muralla para poder verle otra vez.

Isabel no durmió en toda la noche. La luz del alba la bañaba cuando yo desperté con el primer canto del gallo. Estaba recostada en el alféizar del ventanuco de la alcoba viendo cómo el amanecer iba extendiéndose sobre los matorrales y los rincones del jardín de la casa.

Apenas habíamos dado de comer a las bestias y amasado el pan con la grasa para el potaje del día, cuando se escuchó la voz del heraldo enviado por el concejo de la villa calle a calle para convocar a todos los vecinos, anunciando que el rey Pedro abandonaba Teruel. Con las campanas de todas las iglesias de la villa sonando en su honor, ya antes del mediodía todos los turolenses estábamos congregados en la carrera hacia la parte alta de la ciudad, siguiendo a los soldados reales y a la comitiva regia hacia la puerta de Zaragoza para despedirlo

a él y a la infanta Sanchita. Siguiendo el ejemplo de la reina madre, Sanchita había preferido usar su propia montura prescindiendo de carruaje y sirvientes. Con una estampa que nos recordó a su madre erguida sobre su caballo y sujetando las riendas con seriedad, la infanta llegó hasta la muralla acompañada por los gritos de cariño de los turolenses y los sonidos de las flautas y chirimías de los músicos llevados por los nobles del concejo, como era lo habitual para los actos del rey. Sanchita saludó levemente con los varios gestos de su mano aprendidos del protocolo regio, y atravesó la puerta del murallón con los ojos fijos en el camino por delante, dejando Teruel sin mirar ni una sola vez hacia atrás. Me di cuenta de que había pasado el tiempo; ya no quedaba nada de aquellos años cuando éramos solo niños. Todos sabíamos, y ella también, que no volveríamos a verla.

Mucha gente del arrabal se sumó a los turolenses que habían salido extramuros siguiendo durante un rato a los caballos del rey, hasta que a una orden suya iniciaron la cabalgada para aprovechar toda la luz del día y los dejaron atrás. Los músicos continuaron con sus bailes en la explanada junto a la muralla con los comerciantes ambulantes que habían montado en esa zona sus tiendas y muchos del pueblo llano que no podían acudir a ciertas tareas de los huertos, porque se había echado lo más alto del sol.

Gracia Marcilla había soltado unas lágrimas viendo partir a Sanchita.

—Pobre Sanchita... —musitó con su dulzura de siempre—, habría sido feliz amando a mi hermano Sancho.

—¿Tu hermano? —Se asombró Mariíca de Cervera enlazada a su brazo—. ¿Desde cuándo entonces? ¡El rey no lo hubiera permitido...!

—Con el primogénito Marcilla sin duda que el rey lo habría bendecido —contestó Gracia con orgullo—. Mi apellido tiene nobleza desde antiguo, y todo ello es la herencia de Sancho, pues le corresponde por ser el primero de mi familia, la mayor de todos los Marcilla que aún perduran de Navarra.

—Teruel de Aragón es ya territorio ganado y fiel al rey Pedro —dijo Alba Cornel con la seriedad que le gustaba demostrar por ser un par de años mayor que las otras—. En cambio, una alianza con un territorio no siempre amigo bien vale la importancia de una infanta de Aragón.

Alba Cornel estaba prometida desde los catorce años a un capitán del rey jefe de uno de los castillos del sur de Zaragoza, y al que no había conocido todavía. Llegado el momento, también los servidores de su futuro esposo vendrían para llevarla con él a cambio de un buen acuerdo de conveniencia

política para su familia. Alba no tenía prisa ni inquietud por lo que su padre había ya dispuesto para su vida. Tiempo atrás, mientras Alba Cornel batía palmas en un juego de niñas con Isabel, la vi regresando a Teruel; habían pasado veinticinco años, era una mujer viuda que había visto morir a tres de los cinco hijos que había dado a su esposo. En mi visión sus ojos me miraban de pronto, como ahora me estaban mirando.

—Las alianzas de los hombres se pueden hacer porque las mujeres aceptamos nuestros compromisos —concluyó la joven Cornel desviando la mirada.

—Yo hablaba de cariño, doña Alba —respondió Gracia—. ¿no veías cómo la infanta Sancha miraba a Sancho?

—Hablas como no debe hablar una mujer bien educada —le espetó la hermana de los Santa Cruz, celosa porque ella miraba del mismo modo al primero de los Marcilla.

—Si te oyera decir eso cualquier hombre —añadió Mariíca con rubor—, creería que tienes algún secreto.

Gracia se soltó son una sonrisa y sin rencor del brazo de Mariíca y enlazó a Isabel despidiéndose de las otras, que se dirigían a las casas de sus familias en la zona posterior de Santa María. Nosotras hacíamos el mismo camino y Gracia siempre aprovechaba para acercarse a Isabel y demostrarle su veneración.

—Estás muy callada, Segura..., no te escandalices por estas conversaciones de mujeres; al fin y al cabo, somos casaderas y la que más y la que menos piensa ya en quién podrá ser su esposo.

Isabel siguió andando en silencio. Gracia Marcilla había cumplido los dieciocho años; calculó fugazmente que su hermano Diego tenía uno más.

—Pronto comprenderás estas inquietudes, amiga Segura —continuó hablando Gracia—; en invierno cumplirás trece años, y tu padre buscará para ti el mejor marido.

Gracia interpretó el silencio de Isabel como melancolía.

—Todas nosotras echaremos de menos a Sanchita —dijo entonces con cariño—, no solo tú, Isabel, de verdad. Pero ella ya sabía que este era su destino y a ello se encomendaba cuando rezábamos a Santa María.

—Las palabras de Santa María no hablan del destino que cada uno de nosotros tenemos —dijo entonces Isabel.

—¿Tú has escuchado la voz de la Virgen? —se asombró Gracia—. Dicen que eso solo les pasa a algunas elegidas..., Isabel, ¿tú oyes a Santa María?

—No..., no me hagas caso, solo sé lo que mi alma pregunta...

—Es verano, Isabel, y todo es distinto en verano. —Cambió el tono de improviso la muchacha Marcilla, abrazándola—. Mi familia está contenta porque empiezan a recuperarse nuestros campos y mi hermano Diego se ganó la confianza del rey para nuestro apellido, y por ello mi padre ha podido pedir el aval del rey para ese dinero que necesita del prestamista...

Isabel sintió que su pecho se agitaba escuchando el nombre de Diego, pero no dio ninguna muestra, y solo me miró fugazmente comprobando que yo estaba atendiendo la conversación de su amiga.

—En mi casa, esta noche, mi familia quiere agradecer a todos nuestros vecinos la ayuda que hemos recibido para superar la plaga que estragó nuestras tierras. Tú vendrás con tus padres, ¿verdad, Isabel? Elvira, convéncela, tú la acompañarás, ¿no es así? Iremos con velas en romería hasta la ermita extramuros junto al río, cantándole a la Virgen.

Cuando regresamos a la casa de Segura, el padre de Isabel entraba a la cocina haciendo salir a Sofra y Harome, que habían llenado la mesa de cosas para comer. Estaban con él como alcaide los miembros del concejo más relevantes, en una reunión urgente para comentar las disposiciones dejadas por el rey antes de su marcha.

—El sitio de Carcasona nos complicará a todos en Aragón —se quejó el De Varea.

—Si el rey tiene que reclutar soldados para levantar el sitio de la plaza, puede que sí —contestó Mataplana—. Pero don Pedro tiene habilidades con la palabra, y quizá pueda convencer al vizconde Roger para que dialogue con los sitiadores y evite la guerra.

—Aun así, seamos realistas —atajó Ximeno Cornel—; después de la masacre sin sentido de Béziers los territorios del norte no están en paz. La reina María no ha pisado territorio aragonés después de su boda y parece empecinada en que ni su hijo el príncipe Jaime conozca tampoco la capital de su reino, manteniéndolo a su lado en Montpellier, ignorando que ella está obligada con su esposo el rey. No es buena señal que ella no hiciese nada por atajar las revueltas de su territorio, aun sabiendo que eso afectaría a los compromisos de este reino.

—La reina María es acérrima defensora de los intereses del papa Inocencio, su señor Dios en este mundo, como lo llama... —dijo el señor de Teruel Fernández de Azagra— y los territorios occitanos bajo el dominio de nuestro rey

aragonés están declarados herejes por Roma. Esas diferencias todavía agrietan más la mala relación entre el rey Pedro y su mujer francesa.

—La cruzada que ha convocado el papa Inocencio pone en un brete a nuestro rey, pues son sus propios vasallos cátaros los excomulgados, pero no puede abandonarlos, y eso nunca se lo perdonará la reina.

Al mismo tiempo que naciera el príncipe Jaime de Aragón se había producido el asesinato del legado papal enviado en nombre de Roma a mediar con los rebeldes al cristianismo oficial, desencadenando los graves problemas que un año después Pedro de Aragón se vería obligado a afrontar sin remedio. La represalia contra los ciudadanos occitanos de Béziers había sido brutal y ahora los cruzados en nombre del papa habían sitiado Carcasona, donde el poderoso Simón de Montfort dirigía las operaciones para el sometimiento de la plaza bajo el mandato de la Inquisición, creada por Roma para acabar con la herejía cátara, profesada por la mayor parte de los territorios franceses vasallos del rey de Aragón.

—Los intereses en el norte del reino siguen afectando nuestra seguridad en esta parte sur de la frontera —añadió Pascual Muñoz—. Los sarracenos aprovechan el verano para tentar las plazas del límite con Valencia. Deberíamos tomar una decisión pronto. El concejo no tiene tanto dinero como para acceder a los precios que proponen los mercenarios.

—Tampoco lo tiene para asumir débitos —contestó Lope de Varea, entendiendo que Muñoz pensaba en adelantar de sus fondos los costes de contratar defensas mercenarias para la frontera a cambio de un buen beneficio, como era lo habitual de su negocio—. Ya están acordadas las partidas con los grupos mercenarios que se establecerán para salvaguardar los flancos más vulnerables de la frontera de Valencia, y el rey es consciente del riesgo que seguimos asumiendo por la defensa de su reino, pero hemos de esperar que está en su plan enviar refuerzos.

—Por la alianza con el rey de Castilla es posible que vengan soldados castellanos para reforzar las zonas más al sur —insistió Cornel—, pero antes o después Alfonso de Castilla reclamará su parte del pacto.

—¿Qué quieres decir, Cornel?

—Todavía le escuece aquella derrota contra los almohades, y querrá desquitarse. La tregua que mantiene con ellos es solo una forma de ganar tiempo para rearmarse... y entonces apelará a nuestro rey y esperará poder reclutar

también en Aragón a los hombres que necesita para ampliar sus territorios castellanos.

—La plaga devastó también los campos sarracenos al otro lado de nuestra tierra —dijo Martín de Marcilla—. Las incursiones de almohades serán este año para robar nuestras cosechas cuando se produzcan antes del invierno, o para esquilmar nuestros campos y entorpecernos la siembra. Eso es ahora lo más urgente, amigos, vigilar las tierras, y mientras tanto esperar que la política entre los reyes surta los mejores efectos para los nuestros. Todos nosotros tenemos hijos varones que son el futuro de nuestros campos y nuestros apellidos, pero son también el débito que tenemos con el rey, pues deberemos entregarlos a la guerra que él nos demande si llega el momento. Recemos a san Pedro para que nos permita seguir recuperando nuestras haciendas con buenas lluvias a tiempo, y mientras tanto cerremos los pactos con las mesnadas de mercenarios que nos ofrecen servicios que nos hacen buena falta ahora mismo.

El de Entenza, los dos Muñoz, Fernández de Azagra, el propio Pedro de Segura y otros asintieron a las palabras de Marcilla; todos los reunidos por otra parte entendían la complejidad de la situación a la que Teruel tendría que hacer frente sin que pasara mucho tiempo.

—El papa de Roma favorece a los territorios que logran conversiones —añadió Fernández de Azagra—. Es cierto que la plaga ha hecho mucho daño en las aldeas almohades limítrofes con nuestra frontera, esas gentes están pasando hambre, pero ni son guerreros ni tienen la protección de soldados... estoy seguro de que para salvar la vida dejarían de buen grado esas tierras arruinadas.

—¿Habláis de que sarracenos muertos de hambre vengan a nuestra villa? —se escandalizó Cornel.

—Digo que es una forma de victoria ofrecerles una vida en paz en un arrabal extramuros de nuestra villa a cambio de que se conviertan a la fe católica. Ellos abandonarían los territorios infieles sin necesidad de que ninguno de los nuestros muera en ninguna batalla y avanzaríamos la frontera.

—Nunca se ha exigido la conversión a los moros de paz, es cierto que solo buscan sobrevivir y son así sumisos.

—Pero nos interesa su conversión para que sean leales a las directrices y leyes de nuestro reino, y a vosotros, notables de esta villa, os interesa que sus oficios y sus saberes estén bajo vuestra posesión y mandato. Además, os recuerdo que el papa de Roma agradecerá con fondos y ayudas las conversiones que podáis probar ante sus delegados.

—Tenéis razón, señor Azagra —reconoció Entenza—. Estamos obligados a buscar otras formas de seguir protegiendo esta villa, por el rey y por nuestras familias, y si no podemos acudir a la guerra para ello, hay que pensar en las otras posibilidades que tenemos.

Todavía debatieron sobre la necesidad de pedir al papa un procedimiento para la obligación de la conversión de los moros de paz, y al siguiente toque de la campana de Santa María llegó el sirviente del señor de Azagra para indicarle que su montura ya estaba convenientemente preparada según lo convenido. Los notables de Teruel dieron por cerrada la sesión extraordinaria del concejo.

Lope de Varea abordó a Martín de Marcilla cuando ya se marchaban:

—¿Qué es esa celebración de la que mis hijas hablaban con la tuya?

—Mi familia se ha recuperado de las consecuencias de la plaga —reconoció Marcilla—, y mi mujer está contenta porque ya ha regresado mi segundo dejando un buen recuerdo en el rey, y quiere agradecerlo a Santa María con una romería a la ermita junto al río. Además, vuelve a estar encinta y quiere rogarle que esta vez le otorgue una hija..., aunque siempre nos hacen falta más hombres que nazcan fuertes para el futuro antes que más mujeres para proteger.

Pedro de Segura escuchó la respuesta de Marcilla. En otro tiempo la sencilla naturalidad con la que su vecino hablaba de los hijos varones le habría causado una envidia indecible, pero no ya en esos momentos. La perspectiva del compromiso de su hija Isabel con el heredero noble de los Entenza le infundía de nuevo esperanza en el provenir; pronto tendría sus propios nietos varones a los que legar su fortuna y quizá incluso su apellido si lograba jugar bien sus cartas. Aunque todavía tendría que esperar el momento adecuado.

Ya entrada la tarde, Pedro de Segura salió al jardín donde habíamos comido las mujeres de la casa bajo el entoldado extendido de lado a lado para protegernos del sol.

—El rey quizá ya no vuelva a Teruel en mucho tiempo —dijo el de Segura como todo saludo dirigiéndose a su esposa—. Parte a las tierras francas con muchos asuntos pendientes allí.

En su tono latía la decepción por tener que aplazar la solicitud de su beneplácito a los planes pensados para su hija.

—Son tiempos de grandes esfuerzos, marido —contestó Ysela.

—No os interesan a las mujeres los problemas de los hombres... esta noche hay celebración. Martín de Marcilla quiere festejar que sus campos han superado la plaga que los asoló, los suyos más que a ningunos otros.

—Los Marcilla son agradecidos...

—Fiesta para mujeres —replicó el de Segura—. Los hombres tenemos que seguir deliberando para proteger nuestra villa. No hay soldados bastantes para vigilar nuestra frontera. Quizá haya que cabalgar de nuevo contra los sarracenos del límite con Valencia, y entonces estaremos solos si el rey Pedro insiste en defender sus posesiones francas.

Con los últimos rayos del sol todos los convocados por el cariño a los Marcilla atravesaron la plaza del Mercado hacia la subida de la iglesia de San Pedro, recién mejorada por el aporte pecuniario de varios notables, entre ellos el propio Marcilla, y atravesaron la judería en dirección a una de las salidas de la villa, con rezos y cantos en honor a la Madre de Dios. En la ermita a orillas del río Turia y ante la imagen de la Virgen que siempre regresaba a ese mismo lugar, según la leyenda de sus primeros pobladores, las mujeres hicieron sus ofrendas y los sirvientes de los Marcilla descargaron las viandas preparadas para agasajo de los vecinos. Las velas y las antorchas de resina iluminaban la fiesta de las plegarias a la Virgen, donde también los jóvenes turolenses hicieron alarde de juegos de espadas y saltos entre ellos hasta que las campanadas de Santa María anunciaron que al tercer toque se cerrarían las puertas de la ciudad.

Durante todo el tiempo de las ofrendas con las velas y los cantos a la Santa Madre las doncellas realizarían sus rituales sin mirar a los hombres ni a los jóvenes vecinos, según marcaban las costumbres. Solo después de ponerse el sol, ya en las zonas iluminadas por las antorchas, los muchachos podían acercarse a las mujeres ofreciéndoles la comida que llevaban para ellas. Fue el momento que aprovechó Diego Marcilla para acercarse a Isabel, en el corro de las jóvenes ante los ojos de sus ayas y nodrizas.

Diego le tendió un vaso de barro cocido decorado con emblemas de la familia Marcilla, que los alfares a sueldo de su padre realizaban en los hornos junto al río.

Isabel no lo miró, porque había reconocido su voz cuando le habló y su mano cuando vio el vaso, y todo su ser se había agitado solo por sentir su cercanía.

—Mi ofrenda para ti, Segura... —murmuró Diego de manera que solo Isabel le oyera.

—No... —respondió Isabel con un hilo de voz.

—Mi familia agradece el favor recibido por Dios en el fruto de la tierra, que es este vino de sus campos macerado con las frutas nuevas que han nacido

gracias a que él lo ha querido... no lo rechaces, estrella.

Isabel alzó sus ojos hacia Diego, y se estremeció de nuevo con esa sonrisa que iluminaba la antorcha sujeta a uno de los soportes de madera formados en círculo.

—No te niegues a este vino dulce y rojo como el crepúsculo del sol en verano, Isabel de Segura —insistió Diego con una sonrisa, como si nadie más que ellos existiese en el mundo.

—¿Por qué no? —Isabel le desafió todavía, turbada en lo más profundo de su ser entero.

—Porque yo he bebido la otra mitad que contenía el vaso, y solo puede ser tu boca quien comparta con mi boca el secreto de este vino de frutas.

Isabel se sonrojó, pero no podía dejar de mirar los ojos de Diego. Aun sabiendo que debería seguir negándose, tomó el vaso con su mano, sintiendo el roce de los dedos de Diego al entregárselo, demorados en soltarlo. Se lo llevó a los labios y bebió el vino afrutado ante la mirada serena e intensa de Diego Marcilla, cerrando los ojos para no tener que cruzarlos de nuevo con los suyos. Pero eso solo hizo que su cuerpo sintiese con más fuerza el paso del líquido tibio por su garganta y cómo el sabor levemente ácido de las frutas maceradas inundaba su pecho, bebiéndose hasta la última gota. Abrió los ojos. Diego seguía mirándola, apoyado en su pierna con el pie firme sobre una de las piedras que servían a otros de asiento. Isabel le tendió el vaso vacío. Diego se incorporó como si fuera a tomarlo, pero hincó su rodilla en el suelo en el gesto habitual que los caballeros realizaban para rezar ante el altar de una iglesia que hubieran logrado salvar del fuego. Puso su mano sobre el pecho e inclinó la frente ante Isabel, sin dejar de mirarla.

—Hemos bebido el mismo vino, la misma sangre de la tierra en ese vaso, y algún día serán mis labios los que volcarán en los tuyos el vino y la sangre de mi alma para la tuya.

Isabel sintió que le faltaba el aliento de pronto y sus dedos dejaron caer el vaso a la tierra. En ese momento Gracia Marcilla se giró hacia ella.

—He roto tu vaso —se disculpó Isabel.

Miró fugazmente hacia donde había estado Diego, pero él había desaparecido.

—Hay leche y pastas de huevo ahí en el carro, ven conmigo —le dijo Gracia, tomándola de la mano.

—Pero... —Isabel seguía buscando a Diego.

—Ven conmigo, tengo que contarte una cosa.

La llevó junto a una de las pequeñas hogueras que, puestas en círculo, alumbraban la talla de la Virgen que con la medianoche llevarían de nuevo al interior de la ermita.

—Toma mi taza —le dijo Gracia tendiéndole un vaso con dos asas y su nombre pintado en el color verde y dorado que sabían conseguir los alfares junto al río—. Quiero que te acuerdes de mí cuando ya no me veas en Santa María, o en fiestas como la de hoy.

—¿Qué dices, Marcilla?

—Seré criada de una de las mujeres de nuestro rey —le soltó a bocajarro Gracia—. Enseñaré a leer y escribir a la niña doña Constanza, la bastarda real, y tengo que marcharme de Teruel, amiga mía.

—Gracia, pero qué dices... cuándo...

—Viviré en el castillo de la amante del rey, cerca de esa ciudad Jaca de Aragón, que tu casi abuela Raquel nombra a menudo, y tendré rango de aya. La hija bastarda del rey tiene cuatro años, la edad apropiada para empezar su educación, y yo le enseñaré lo que aprendí con los maestros de doña Sancha, y le hablaré de ella, su abuela, que conocerá por mí.

Isabel esperó unos instantes antes de decir nada. Solo podía pensar en que también ella se marcharía de su lado, como lo había hecho Meriem. Como si todo su mundo desapareciera porque había llegado Diego Marcilla a inundarlo. Miró los ojos de su amiga buscando la pregunta adecuada para ella.

—¿Estás contenta, Marcilla?

Como toda respuesta, su amiga se echó a sus brazos y la estrechó un momento, en silencio. Luego la miró forzando una sonrisa.

—Tengo dieciocho años, Isabel querida. Mi padre no puede darme una dote que convenza a algún gran señor como correspondería a sus intereses de apellido, pero he sido solicitada por una alta señora que sabe que fui educada con las hermanas del rey, su amante, y desea que yo sea el aya de su hija, una hija bastarda, pero de linaje real. Sí estoy contenta, Segura mía, sí estoy contenta, ¡porque mi nombre se escribirá en la historia de una princesa de Aragón!

Isabel asintió sin poder pronunciar una palabra. Quería llorar y sentir la tristeza obligada por esta nueva separación, pero su pecho estaba lleno del susurro de Diego y sentía que todo su sentimiento era una intensa añoranza por él deseando verlo de nuevo.

—Mi familia se siente honrada por la amante del rey, y recibirá regalos, y yo le hablaré de Teruel a doña Constanza y algún día conseguiré que vengamos al monasterio de San Juan para que ella conozca los mismos lugares que amó su abuela la reina.

—Doña Constanza va a quererte mucho, Marcilla.

—Y en cada letra y cada poema y cada canción que le enseñe me acordaré de ti y de nuestras lecciones, amiga mía.

—Cuéntame qué le dirás, aviva mi memoria para imaginarte con ella y compartir tu mismo recuerdo.

—Le hablaré de las historias de amantes que prefirieron morir antes que separarse, y le contaré de la Virgen que siempre vuelve al mismo lugar, aunque la lleven detrás del río, y le hablaré de ti, de aquella vez que lloraste escuchando la lectura de mi hermano Diego Marcilla. Luego le hablaré de su proeza abrazando al toro como si abrazara a su estrella.

Las lágrimas se escaparon de los ojos de Isabel, ahora sí, porque ese nombre era como el latido que ya necesitaba su alma.

—Me marcharé de aquí en cinco días, Isabel querida, y te echaré de menos...

—Yo también, Marcilla.

—Mi hermano Diego te dará noticias mías...

Isabel se estremeció de nuevo sintiendo sacudidas su alma y su piel por escuchar otra vez el nombre de Diego. La noche protegía su rubor, ya estaba temblando cuando Gracia tomó sus manos.

—¿Me escribirás? —le preguntó su amiga como si le preguntara a una niña.

—Vas a ser una dama de importancia, Marcilla amiga... quizá me desprecies cuando volvamos a vernos.

Gracia rio la ocurrencia de Isabel.

—Tu destino es más claro que el mío, Segura... tu padre te hará un matrimonio de altura y serás tú la que ostente rango, sin duda. Tú sí estás llamada a ser la esposa de un noble y no yo, pero estoy conforme con esta oportunidad, y mi familia se enorgullece por ello. Cuando nos volvamos a ver quizá tengas ya uno o dos hijos, y puedas conseguir que lo deje todo para venir a servirte como aya de tu propia hija.

La imagen del rostro de Diego en el crepúsculo de esa misma tarde volvió a aparecer en la mente de Isabel como un fulgor impertinente pero maravilloso. Isabel supo en ese momento que cualquier cosa en su vida, cualquier

pensamiento, cualquier idea o deseo tendría esa misma imagen, la de Diego Marcilla hablandole iluminado por el resplandor de una llama.

—Te estaba buscando. Os reclaman vuestras amigas. —Era la voz de Diego de nuevo acercándose en medio de la oscuridad rota por el resplandor del fuego.

—He entretenido a Isabel —se disculpó Gracia con su hermano—. Me estaba despidiendo, le he dicho que tú le harás llegar noticias mías, ¿verdad, Diego?

—Sí, hermana. Le diré todo lo feliz que vas a ser. —Diego era el mismo fuego ante sus ojos—. La Cervera quiere despedirse también de ti, anda con ella, Gracia, yo llevo con vosotras a la niña Segura.

Gracia Marcilla sonrió a su amiga y se levantó de un salto.

Isabel estaba de nuevo frente a Diego. De nuevo en medio de la oscuridad que Diego iluminaba con sus ojos mirándola.

Hizo ademán de levantarse para seguir a Gracia.

—Espera, Segura —le dijo él.

—¿Qué quieres, Marcilla?

—Verte cada día junto a mí, Segura.

Isabel se levantó sin más palabras dando un paso para alejarse.

—Espera, te lo pido por nuestros juegos de infancia —insistió Diego—. Soy capaz de hablar con las Muñoz y con Alba Cornel sin que parezca un pecado... Quiero contarte lo que recuerdo de aquellos años en que yo ya te conocía y esperaba al momento de hoy. ¿Por qué no podemos compartir el tiempo de charla como tú lo haces con mi querido amigo Esteban, o él lo hace con mi hermana?

—No lo sé, don Diego..., pero sé que es peligroso que sigamos hablando.

—Yo también tengo miedo, pero sé que mi vida depende de ti, Isabel.

—No digáis lo que no es posible, os lo ruego.

—Jamás creí que habría nada más intenso que lo que había sentido hasta ahora por ti, Isabel. Pero ahora entiendo que poder lograr que tus ojos me miren como yo te miro a ti será lo que abrirá para mí las puertas del saber completo y total.

—Me marcho con mis amigas —concluyó Isabel—. Podéis hablar con cualquier otra, es cierto, y yo puedo reírme con las cabriolas de Esteban o las bravatas de Muñoz, pero vos y yo... no somos ellos. Ya nos miran aun en la oscuridad, ¿no lo entendéis, amigo mío? Teníais razón, antes fuimos niños y

cada cual tiene sus recuerdos de aquello, pero somos ya un hombre y una mujer...

—Un hombre y una mujer que ya se amaban desde antes y que han venido a este mundo para amarse.

—Un hombre libre pero inconsciente y una mujer que se debe a su educación... Temo que alguien irá corriendo a decirle a mi padre que me vieron demorándome en una charla con el Marcilla osado que se enfrentó al toro bravo.

—Espera...

Isabel creyó por un instante que Diego iba a tomarla por el brazo intentando evitar que ella se marchara. Ya le parecía sentir las miradas de las mujeres más allá de las hogueras sobre su rostro sofocado.

—Mañana iré a tu casa. —Diego no la detuvo.

—¿Qué?

—Con Esteban. Te esperaré en tu patio.

—Te lo ruego, no...

—Con las campanas de la tarde, iré a tu patio y estaré esperándote.

El otro lado del amor

Jamás pensé que sucediera así, que esto pudiera ocurrirme a mí, qué intensidad amada e insoportable, este ahogo constante que apresa mi pecho y que no deseo que afloje, cómo puedo entenderlo, cómo puedo explicarlo si solo puedo sentirlo, solo mi alma sabe lo que siento y solo mi piel puede comprenderlo.

Quién es Diego, por qué es él, desde cuándo, por qué siento que mi vida es su vida y que mis brazos le saben ya antes de abrazarle. Quién es, por qué le necesito y debo huir de él, por qué sé que mi vida está en sus manos, quién es ese que ha dividido en dos mi alma y mi ser. Pero le reconozco, le sé, él es el pulso de mi vida, es mi suspiro, es mi aliento, es la razón de mi existencia, aunque no lo supiera hasta ahora. Le entregaría todo, y no sé por qué, no lo sé, Dios mío, solo sé que él es el tiempo, que él puede detener la vida para mí, y que juntos podemos detener el mundo y el tiempo, y la noche y el dolor de vivir.

Detener el mundo... ese mundo que está cambiando y al que vuelvo la espalda, pues solo deseo pensar en Diego Marcilla. No quiero dormir, no quiero cerrar los ojos y despertar en otro lugar donde haberle visto quizá solo haya sido un sueño.

Si solo deseo verle y que me mire, entonces por qué necesito huir de su lado; si muero en la oscuridad de mi lecho por sentir de nuevo el perfume de su vendaval junto a mí, por qué cuando lo siento a mi lado quiero marcharme, por qué siento este miedo que me acongoja y me expulsa de su cercanía... sí, digo bien, este miedo, este miedo.



Sentía su voz llegando desde el patio, cumpliendo su promesa de venir a mi casa acompañando a Esteban con los encargos de mi padre. El crepúsculo del sol de verano tiene su voz. He escuchado a Lupa correr por las escaleras para abrazar a

su hijo Esteban, después de varios días trabajando en las caballerizas reales de San Juan.

Lupa languidece desde que Meriem se marchó y sueña con ese nieto que algún día pueda conocer, porque su mayor Gonzalo hará pronto boda con una muchacha del arrabal llegada de Rubielos después de anexionarla a Teruel.

—Es musulmana, hijo mío, como yo de nacimiento... —se quejó un poco cuando Gonzalo vino a decírselo.

—Y como tu ya convertida madre, se llama Aixa y es honrada y guapa.

Lupa asentía sumisamente.

—Eres de la estirpe del Rey Lobo de Murcia, y tus hijos deberán sentirse orgullosos por ello.

—Teruel es un mundo nuevo, madre mía. Se llegan a nuestra villa los que quieren hacerse una existencia nueva olvidando lo que conocieron antes, porque no les hizo felices. Yo quiero hacer mi propia vida, y mi propia estirpe, y mi propia historia.

—¿Cuándo conoceré a tu mujer?

—Muy pronto. Quiero casarme antes de la siembra. Don Pedro de Segura me da uno de los campos al otro lado del río como regalo de boda y porque le he servido bien todos estos años, y le seguiré ayudando los días de mercado a cambio de su protección.

—Ya eres un hombre, Gonzalo —dijo Lupa con orgullo.

—Hace mucho que soy un hombre, querida madre. Solo que ahora tendré mi propia casa y tendré hijos con mi nombre. Quiero que vengas a vivir conmigo y con mi mujer.

Podía sentir la zozobra de Lupa escuchando la petición de su hijo.

—Raquel ya tiene cincuenta años y le pesan las piernas, me necesita..., y nuestra señora de Segura es como mi hermana, y ella sufriría con mi ausencia, Gonzalo hijo mío, dejemos que pase el próximo invierno y cuando tengas tu primer hijo, entonces, entonces, yo cumpliré con mi obligación y viviré en tu casa con tu familia.

—Sí, madre, que así sea.



Hoy Esteban hablaba en voz alta desde el patio de las rondas de la muchachada en honor del novio para festejarle por la cercanía de su boda. Diego ya no decía nada más, sabiendo que su voz habría llegado hasta mí y que ahora era yo quien debía contestarle o no. No escuchaba su voz, pero podía sentir su presencia ansiosa esperándome. Mi madre ha venido a la esquina del jardín donde yo seguía cosiendo junto a Sofra y Elvira al resguardo del sol de la tarde.

—¿No sales al patio, Isabel? —me ha dicho sin darle importancia.

El miedo me protege de todo lo que Diego Marcilla trae para mí. No soy ya aquella niña que creía vivir la vida como algo inevitable y sin comprensión. Hoy sé que la vida es esto que siento. La vida es esto que comprendo y que me hace dueña de mis actos, libre por tanto y capaz de sentir y de amar. Pero por qué entonces siento que le pertenece mi amor y todo esto que es vida para mí... No, nadie comprende que ya soy la verdadera Isabel, esa que tenía que ser y para lo cual nací y llegué hasta aquí.

Mi madre venía con prisa, buscando a su sirvienta.

—Sofra, ven conmigo, nuestro señor de Segura quiere que entreguemos viandas para la petición de mano que celebra Gonzalo y hay que usar el carro... Isabel, ya ha bajado el sol, Esteban está en el patio y pregunta por su casi hermana, le extraña que no vayas a saludarle... vamos deprisa, Sofra, la muchachada está llegando, vienen todos los de la villa baja y también los Abarca y De Varea.

No, nadie comprende que soy otra desde que las murallas de mi alma han caído dejando que la verdadera luz entre en mí.

Solo Elvira. Solo ella sabe que he aceptado mi destino.

—¿Qué quieres hacer, Isabel?

«Quiero amarlo, quiero vivir esto que siento que me da luz y locura, que me da vida y muerte por igual, eso quiero...».

Pero no he contestado a Elvira.

—El verano es el tiempo de las bodas y las horas de luz. —Elvira me ha hablado como si yo hubiera preguntado por qué el propio destino se sirve de la vida y de los otros—. Después del trabajo, con el invierno hay que resguardarse junto al fuego en el interior de las casas, pero el verano invita a la calle y a celebrar la vida. El verano es ganarle unas horas a la dureza de estar vivo y la tierra, y los seres lo aceptan así, sintiendo que merece la pena el frío del invierno y la oscuridad solo por poder comprender lo dulce de la luz y los días largos y alegres que trae el sol.

He mirado a mi aya.

—Él es como si fuera posible el verano para siempre —le he dicho por fin—. Él es como la esperanza que prometen las oraciones a Santa María. Le amo sin saber cómo es posible, lo sabe Dios, aunque quererle así también me asusta dentro de mí, y aun así deseo amarle más y más, y mi garganta se llena de preguntas, aya, porque nunca había sentido nada igual, pero lo reconozco como si esto fuera lo que yo tenía que sentir, y comprender, y conocer.

«Si veo otra vez a Diego cerca de mí, ya no podré negarme a lo que este miedo me anuncia...».

Elvira sabía de lo que yo hablaba y por eso no debía decir nada más. Ha sido mi madre, inocentemente, la que ha inclinado la balanza de mi sino hacia lo que yo quería evitar.

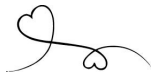
—Le he dicho a Esteban que venga a buscarte.

—¡Gonzalo te echaría en falta si no le acompañas en los preparativos, Isabel! —Esteban ya estaba llegando a mi encuentro con una sonrisa—. Serás como una cuñada para Aixa, ella te admira y ha de ser buen augurio que tú le entregues el cesto de flores y frutos que espera como novia en el día de su petición.

—Nuestro querido Gonzalo merece alegría por su compromiso —ha insistido mi madre.

—Vamos entonces —he dicho, saliendo de la sombra tupida de la higuera de mi jardín, sin mirar el bordado que ha caído de mi falda y sin mirar a Elvira mirarme, solo con mis ojos buscando a Diego.

Él esperaba en el patio, ahí estaba con sus ojos clavados en mí, como su silencio, como su sonrisa. Ha saludado con elegancia a mi madre y me ha reverenciado después a mí, con cortesía. Entonces he añorado una palabra suya, un susurro bajito como los que llevaba guardados en mi alma de las otras veces. Pero Diego ya no quería hablar más. Solo podía ser yo la que dijera algo.



Aixa es una mujer dulce y feliz, que mira a Gonzalo con paz. Yo los miraba a ellos mientras se sucedían los rituales con las familias de cada uno, cumpliendo los trámites de los compromisos entre las gentes del pueblo. Parecían

serenamente felices por las firmas de su promesa y la fijación de la fecha de la boda.

Por un instante he sentido que yo quería otra cosa, sin embargo. Que no deseo el pacto sumiso con un esposo de mi rango social tal como lo espera mi familia y lo quiere organizar mi padre. Que yo querría sentir mi corazón siempre abierto de par en par, siempre inundado de emoción, siempre anhelante del momento siguiente, tal como lo estaba sintiendo en ese instante, buscando entre todos los allí congregados la mirada de Diego.

Y entonces él ha acudido a mi llamada y he sentido el vértigo de saber que él me lleva a esa pasión desconocida que yo podría llegar a comprender.

—Quiero que hablemos. Esta noche, después de las últimas campanadas...
—Diego estaba muy cerca de mí, casi tocándome, mostrando el abismo bajo mis pies.

—No puedo. —He vuelto a huir.

Dilo como me hace falta

Me acercaría a ti poco a poco, decidí que sería paciente y respetuoso con tu prudencia de muchacha, y con tu miedo. No tenías aún tus trece años, pero tu madurez de mujer educada en el compromiso con la vida y con tu familia te daba esa fuerza que yo sentía manar de tu estar. Tu estar en todos los lugares en los que yo te buscaba solo para verte pasar a lo lejos, tu estar en la misa de Santa María o rezando en los palcos privados de tu familia, o en los paseos después, bajo las sombrillas sujetas por los criados del concejo denotando que tu padre el merino Segura era uno de los más poderosos de Teruel, y sin duda el más rico de entre todos los potentados del gobierno de la villa.

Por el día trabajaba en los campos de mi familia con rabia, agotando mi cuerpo, pero al caer la tarde mi piel ardía de añoranza. Sentía partido en dos mi ser entero, Isabel mía, y solo contigo podría volver a saberme uno. La sola posibilidad de que volvieras a mirarme detenía la vida en mí y únicamente quería ver de nuevo tus ojos para que terminaran de unirme por fin con mi destino. Mi destino contigo, Isabel.

Esperaba bajo el entoldado de la plaza verte llegar con Elvira y con tu nodriza Lupa en el día de mercado, para recorrer las tiendas de los perfumistas y herbolarios ambulantes que voceaban sus mercancías desde el amanecer. Te protegías con un sombrero trenzado por Lupa con cañas suaves según las costumbres de las antiguas moras, que te dejaba el rostro en la sombra de su ala generosa. Pero yo podía ver aún desde lejos la luz de tu sonrisa aprendiendo con ellas a descifrar la calidad de las telas especiales traídas de oriente por aquellos mercaderes almohades pacíficos. Veía desde la penumbra del toldo que me ocultaba la luz de tus manos señalando los pinceles y pinturas nuevas de los alfares ambulantes capaces de crear una belleza insólita en el barro, que ya se empezaba a conocer incluso en las grandes ciudades del norte del reino. Y te escuchaba reír y aplaudir ante las piruetas de los saltimbanquis compitiendo entre sí.

Esperaría, no me importaba el tiempo. Me sentía contento. Sabías quién era yo. Habías pronunciado mi nombre. Tu memoria de niña despierta ya por fin y aquellos pocos recuerdos que decidieron quedarse en ti de nuestros juegos en el patio de San Juan eran bastantes para mí. Respetaría las normas impuestas por los hombres a los instintos y me acercaría poco a poco hasta conseguir que tu sonrisa se dirigiera a mí sin miedo a transgredir ninguna de ellas.

Después de elegir agujas nuevas o unas alpargatas para Raquel, el buen Gonzalo lo cargaba todo en los cestos continuando con los encargos de su trabajo y vosotras subíais la cuesta hasta la iglesia de San Pedro para no descuidar allí las oraciones por su intermediación para que Raquel se recuperase pronto y entregar las limosnas a sus monjes. Entonces Elvira me lanzaba una mirada fugaz, reviviendo sin duda aquella otra vez tiempo atrás cuando la abordé en esa misma cuesta y le dije que le había enviado una carta para que te hablase de mí. Elvira me miraba sin detenerse en ello, pero con respeto. Y alguna vez también me miraste tú, sin poder demostrar que sabías que yo

estaba acercándome a ti, y que lograría poder hablarte, aunque no fueran los momentos ni lugares que las normas marcaban como permitidos para que las muchachas casaderas se relacionen con los hombres que podrían ser sus maridos.

Esos lugares y momentos eran las celebraciones del verano, las romerías y los rezos a las vírgenes del verano convocando la fertilidad del vientre de la tierra para la próxima siembra, y las bodas de las parejas que todo Teruel festejaba porque en ellos estaba su futuro.

Recuerdo aquel verano de 1209 y su otoño, Isabel mía, recuerdo aquellos días y sonrío otra vez viéndote acompañando como hermana a las novias que en aquellos días se ofrecían a la vida para ser madres de los nuevos hijos de Teruel, los hijos de aquellos primeros turolenses que éramos nosotros. Vuelve tu mirada a clavarse en mi piel y vuelvo a sentir la lluvia de estrellas que llenaban el cielo de luces interminables mientras te esperaba a la orilla del río donde acababan todas las romerías y las oraciones que festejaban a los nuevos casados o los que acababan de prometerse.

Te quiero a cada instante, en cada latido de mi corazón, con cada soplo de aire que necesita mi pecho para seguir viviendo. Nací para quererte, ¿cuántas veces habré podido decírtelo, Isabel mía? Recordarlo es mi alimento ahora, es lo que me da fuerza, lo que me da esta obstinación en seguir vivo por ti y para ti.

Conseguí volverte a hablar a solas, di gracias al tiempo de verano que me protegía y me alentaba para aprovechar todos los momentos que traía a mi mano para verte. ¿Te acuerdas del día que Gonzalo hizo bodas con Aixa? Yo nunca lo olvidaré, Isabel mía, nunca podré. Todos nosotros, los primeros hijos de Teruel, estábamos allí, no había apellidos ni religiones, ¿te acuerdas? Éramos todos hermanos porque habíamos nacido ya en nuestro Teruel nuevo, gemelo a lo que éramos nosotros, un nuevo amanecer de un mundo que estaba por crear y que teníamos en nuestras manos. Ahora lo sé y ahora puedo comprenderlo. Entonces solo podía sentirlo en mis ansias de vida y de libertad, y sobre todo en mi deseo de ti, Isabel mía, tú eras toda mi ansia, tú todo y lo único que podía resumir mi sentimiento hacia la vida y por la vida. Tú.

Todos los hombres jóvenes de la villa bailábamos como decían que lo hicieron aquellos primeros tueros que aprendieron a sobrevivir en el frío de nuestros inviernos. Las muchachas llevabais coronas de flores y vasijas llenas de vino. Tú eras la más hermosa, la más bella danzante mientras te acercabas al trono de la novia y hacías la ofrenda de tu vasija a sus pies. No podía dejar de mirarte, tú la más joven de las muchachas ya casaderas y la más hermosa también, pero ya mía, ya mía. Yo te miraba mirarme como si tu baile te obligara a girarte hacia mí. Aquel verano cambiaría nuestras vidas, yo lo sabía, y tú me mirabas sabiéndolo también. Las bodas de uno de los nuestros eran buen augurio. Sí..., uno de los nuestros, digo bien. Entonces éramos todos lo mismo, éramos la primera tierra que germinaba ese Teruel hacia el mundo y nosotros éramos iguales, nos conocíamos iguales y nos sabíamos la primera semilla de lo que sería nuestra ciudad en el futuro. Vivíamos en esa paz que hacía posible pensar en el futuro. ¿Era un sueño, Isabel? La paz no es un sueño, amor mío, tú eres mi paz, tú eres mi razón de desear esa paz que nos niega el tiempo de hoy, y por eso sé que sí es posible.

Hubo más bodas aquel verano, pero la de Gonzalo, el hermano de nuestro querido Esteban, fue especial. Era empleado y protegido de tu padre, el primogénito de tu propia nodriza, y era amigo de todos los que nos habíamos entregado al destino del toro para probar nuestra confianza en la vida. Aquel día retornaba el ciclo del sol empezando a alejarse de la tierra, ya fecunda de su luz durante las tres semanas del pleno verano. Yo había cumplido diecinueve años y pasaba todos los días por tu casa para buscar a mi amigo Esteban, al atardecer. Ya se había marchado mi hermana Gracia y tú la echabas de menos. Pero ese día tenías que acompañar a la novia de tu casi hermano Gonzalo y tu padre tenía que permitirlo porque siempre apreció a Gonzalo como el hijo que nunca tendría.

Llevabas un sayal blanco y de tu bolsillo emergían varias flores que te habías guardado como tienen que hacer todas las doncellas, señalándose así como flores dispuestas a ser cortadas.

De nuevo la noche, Isabel, siempre la noche como una dulce madre que nos ha protegido para poder vernos y reconocernos en los secretos de su oscuridad.

La figura de Aixa se recortaba contra la luna llena sobre nuestras cabezas alzada en su trono, llevada en alto por los brazos de los suyos hasta el encuentro de su esposo, que ya la esperaba de pie en el escalón más alto de San Pedro. Gonzalo tomó el cuchillo sacramentado y bendecido por el arcipreste y cruzó su antebrazo de un tajo para que manara la sangre. Todos allí, toda la gente testigo de aquel encuentro comprendía el acto de amor de Gonzalo y Aixa uniendo sus sangres y sus diferentes creencias bajo la bendición de nuestro cariño. Recé al mismo Dios que había unido las vidas de Gonzalo y Aixa, rogándole que también uniera las nuestras, que ya venían unidas de otro mundo. De nuevo la noche, aquella noche sabiendo que en pocas semanas vendría el otoño y todo volvería a lo que debía ser. Yo tenía que estar entre el grupo de los hombres jóvenes que jaleaban al recién casado, pero solo buscaba el instante oportuno para apartarme e ir a tu encuentro.

Todos danzaban alrededor de los novios como si ellos fueran el principio del mundo, y los músicos tocaban las chirimías y las flautas, y los tambores imitaban el golpeteo de los corazones de los amantes. Creí que el latido de los tambores bajo los mazos era mi propio corazón cuando pude distinguirme por fin entre las muchachas casaderas. No, Isabel, tú no eras ya casadera. Tú ya eras novia de mi destino y yo era el que tú sabías que iba a tu encuentro. Los jóvenes teníamos que mezclarnos para danzar convocando a la nueva vida que trae el futuro de la tierra y los pueblos, y nosotros, los jóvenes turolenses, los primeros nacidos en esta nueva tierra libres de apellidos y de las obligaciones de fortunas y familias, fuimos al encuentro de vosotras, las novias de Teruel, las mujeres que la vida convocaba a la celebración de los nuevos hijos que pedía Teruel y la vida. Y tú entre ellas, la más niña y la más hermosa, la que mi alma conocía ya suya como tu alma me conocía ya suyo.

—Gonzalo ha dicho que su primera hija tendrá tu nombre, Isabel —te dije, cuando te alcancé, enlazándote con una de las guirnaldas de flores que se intercambiaban en la danza.

—Me alegra su alegría —dijiste mirándome por fin.

—Ven detrás del cementerio de San Pedro.

Me miraste con asombro, pero no huiste.

—¿Con qué motivo?

—Los hombres haremos juegos de lanzas.

—Pero no son juegos para hembras.

—Hoy sí, también han celebrado bodas en la parte alta de la villa y todos los casaderos nos encontraremos allí, hombres y mujeres... los futuros novios y novias...

Aquella sonrisa tuya pequeña me iluminó.

—¿Vas a venir?

—Sí, iré con todas las futuras novias.

Y viniste a las misas de San Pedro en el comienzo del otoño para rogar una buena siembra, y viniste al atrio de Santa María para escuchar las noticias enviadas por el rey desde su sitio de Carasona. Y viniste al bosquecillo de San Juan para la celebración de la primera luna llena de octubre y la última noche de permisos del cielo, cuando las campanas de Santa María atronaron todo Teruel anunciando que ya estábamos en el tiempo de retiro y entrega al trabajo que ocuparía todas las horas de luz, cada día más cortas hasta que con la primavera volviera a crecer, como mandaba Dios.

Los hombres jóvenes de Teruel habíamos ayudado a Gonzalo a construir su casa en la pequeña

hacienda que ya cultivaba y era su preciado regalo de independencia. Aquella sería la primera noche en que él y su esposa dormirían en ella, y tu familia le honró con un último obsequio, la talla en piedra de la Virgen de Gracia hecha por uno de los artistas talladores transeúntes que había pasado los últimos meses en nuestra villa atendiendo a los encargos de sus gentes. La bellísima Virgen de Gracia tenía tu rostro, Isabel, era tu dulzura la que sonreía en ella, sus manos eran tus manos, y el cabello emergiendo desde el pliegue de su manto esculpido era tu mismo cabello liberado en ondas que yo había visto escaparse del pliegue de tu toca, contemplándote en el palco de tu familia orando en las misas de cada Día del Señor.

Las noticias del futuro

El invierno llegó como siempre crudo y difícil para la tierra. El hielo quemó las raíces de los huertos que se mantenían aún débiles recuperándose de la plaga de insectos de meses atrás, y la nieve constante impidió que durante más de un mes llegasen los carros de los vendedores y los porteadores de ganado para el mercado. Teruel se mantenía alerta a su supervivencia y el frío parecía preparar a sus gentes a la dureza que vendría, como un anuncio de que, a pesar de la promesa de un nuevo verano, no debían descuidarse ni confiarse a la realidad del presente.

Isabel también volvió a sus obligaciones habituales dentro de la casa, obediente a sus padres y a su formación de futura esposa, entregada como nunca a un aprendizaje de todo lo que se esperaba de una mujer, como si en su corazón ya hubiese encontrado para qué o a quién iba dirigida su educación. Una mansedumbre que enorgullecía a su padre. Ya había cumplido los trece años y su belleza, que recordaba a la de su madre cuando había llegado recién casada a Teruel, había ganado con un misterio propio que hacía crecer su hermosura con los días única y distinta a todo y todos, ya convertida en una mujer con una apostura que a nadie pasaba desapercibida. Tampoco para su padre, que a punto estuvo de impedir que Isabel acudiera a las misas en Santa María o a los pregones dictados por el consejo de la villa en la plaza delante de su atrio, porque sentía que su belleza, imposible de detener, no debía exponerse. Fue su madre Ysela quien pudo hacer entender a su esposo Segura que la virtud de Isabel nada tenía que ver con su hermosura, y que cada vez que acudía a las novenas de la iglesia, aunque fueran cerca del crepúsculo, iba con mi compañía, inevitable y obligada, mientras que en las misas Isabel estaba con ellos, en su palco de familia, donde nadie podía alcanzarla.

Isabel respiró aliviada y me lanzó una mirada alegre de complicidad. En las idas y venidas a Santa María, con las luces finales del día, cruzaba sus ojos con los de Diego Marcilla, que regresaba de sus tareas diarias. Con las campanadas

del ocaso salíamos de la iglesia y Diego Marcilla volvía a estar impaciente mirando hacia el portón, apoyado en la verja recién puesta por orden del arcipreste, esperando verla de vuelta a su casa para cruzarse esas miradas furtivas que serían su alimento durante el invierno, y los correspondientes saludos como vecinos.

Diego Marcilla se atrevió a más, y un día me entregó un pliego doblado en el interior de un pañuelo, como si se me hubiera caído. Era una nota para Isabel.

Una nota a la que siguieron otras que Isabel esperaba y deseaba cada día hasta que pudiera llegar el tiempo de luz en que estarían permitidos los gozos y los encuentros de los jóvenes que labraban el futuro.

Vivo pendiente de tu tiempo, Isabel mía. Un día serás una mujer que puede casarse y yo seré el que te pida como esposo. Ese seré yo, Isabel. Mientras tanto, cada minuto de mis días es por ti, y quiero que cada minuto de los tuyos lo recuerdes.

La pasión de Diego Marcilla en aquellas notas para Isabel era como una muestra de todo ese tiempo nuevo que Teruel proclamaba hacia el mundo. Teruel sobrevivía a pesar de los pocos recursos para guardar las fronteras y crecía gracias al empecinamiento de sus habitantes como supervivientes a ese frío al que era obligado vencer para no morir. El fuego de Diego Marcilla era también distinto, no era lo acostumbrado entre hombre y mujer de apellidos que pactan la unión de intereses y familias, ni era lo habitual entre los noviazgos sencillos de las gentes sencillas de los arrabales o las tierras al otro lado del río. Diego Marcilla venía a inaugurar ese tiempo nuevo del mundo donde los sentimientos eran el impulso para decidir hacia dónde debe ir la voluntad. Pero ¿cómo hacerlo saber a ese mundo de plazos largos y lentos, amoldado a las costumbres heredadas y asustadizo ante los pioneros de los cambios?

—¿Cuántos años tienes, Elvira? —me preguntó Isabel, sin previo aviso aquel día.

—Haré veinticinco con la noche de San Juan. ¿Qué te ronda por la cabeza, Isabel?

—¿Nunca pensaste en casarte o ser madre, aya?

—Mi madre me entregó a la tuya seguramente para evitarme su mismo destino de casada y depender del alimento que le proporcione un hombre, pues nunca podría tener dote como tú la tendrás, por ejemplo. Y he podido ser madre

sin tener que ponerme en el riesgo del parto, ¿o no soy una segunda madre tuya, niña mía?

—Quiero decir que... ¿nunca conociste a un hombre que te hiciese desear ser su esposa?

—No, eso tampoco.

—Yo lo he conocido, Elvira. Mi corazón se me hace vivo cuando creo que puedo verlo entre los que caminan hacia el mercado o si siento el sonido de su voz, aunque sea en mi memoria.

—Aun sabiendo que gozas la mayor maravilla de la existencia sintiendo así —dije entonces—, debo protegerte, niña mía... La vida es la gran señora y no siempre nos permite tener lo que quisiéramos que fuera para nosotros.

—Lo dices porque mi padre buscará un marido para mí que sea de su interés. Pero ese esposo bien podría ser Diego Marcilla, aya... Su familia es de nobleza y todos sus patriarcas han sido queridos por los reyes de Aragón, incluso él se hizo presente al rey Pedro y el rey lo admiró y le ofreció ser su caballero.

—¿Y si no fuera así, Isabel?

—Quiero el amor que cantaban los versos de las historias que escuchábamos en las lecciones de San Juan. Así lo proclamaré.

—Te dirán que los versos y los cuentos de amantes son engañosos para el alma.

—El amor de los santos por su fe es amor apasionado que ilumina por dentro y te explica el motivo de la vida. Así quiero amar yo. Como las santas a su idea para entregarse a ella, y como los amantes que preferían morir antes que renunciar a seguir amando, esos amantes que habitan todavía en las peñas más escarpadas de los montes partidos por los ríos.

—Todos te dirán que son historias de juglares y de poetas...

—Es el mismo amor que un mártir siente por su Dios, y el mismo amor que un poeta siente por su palabra, o una mujer por el hombre que le ha traído la explicación de sí misma... así quiero amar, eso es lo que quiero, aya.

—¿Y si no puedes lograrlo?

—Cuando era muy niña y te preguntaba por qué estabas aquí conmigo, siempre decías que Dios, la vida y Santa María te habían traído a mí porque tu destino era este. Tú me hablabas del destino que nos acompaña y nos lleva a donde teníamos que estar..., ¿te acuerdas, Elvira?

—Claro que sí, Isabel.

—¿Por qué entonces intentas desalentarme cuando sueño con vivir la vida

para la que Dios, mi destino y Santa María me han traído aquí?

—No es desaliento lo que intento infundirte, sino convicción...

Cómo decirle a Isabel que con mis palabras yo intentaba justificar mi papel ante el mundo, cuando tuviera que contar la verdad de todo lo que tenía que llegar.

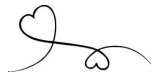
—Tienes una inteligencia fuera de lo común, Isabel —añadí—. Agradezco a mi vida que me trajo a tu lado para ser testigo de ti, y acompañarte en tu decisión de encontrarte con tu deseo.

—¿Me ayudarás entonces, Elvira?

—Claro que sí, Isabel.

Esa era mi misión.

También Isabel iba por delante del resto del mundo, de todos los que en ese momento eran el mundo y se amoldaban a las normas de sobrevivir sin esperar más de la vida. Isabel lo esperaba todo y además tenía el valor de querer conseguirlo. Por tanto, yo no tenía derecho a empañar su alegría.



Apenas remitieron las nieves, volvieron los mercaderes y los artistas ambulantes y los contadores de noticias, que recorrían las aldeas y las villas informando de lo que en uno y otro sitio iba aconteciendo. Entonces vinieron las primeras cartas de Meriem, desde Uclés, y de Gracia Marcilla desde el castillo de la amante del rey. El primogénito Marcilla había empezado a frecuentar la casa de Pedro de Segura por delegación de su padre Martín de Marcilla, incapacitado por un reciente accidente de caza, para seguir con los negocios que circunstancialmente llevaban ambos magnates, el uno como merino y el otro como oficial del juez para el concejo de la villa.

Sancho comenzaba a hacerse cargo de los asuntos familiares y era mirado con respeto en la villa como si todos correspondieran a la amistad inspirada por su apellido reconociendo su primogenitura. Martín de Marcilla había estado a punto de morir por un error de uno de los jóvenes sirvientes que le acompañaban aquel día fatídico. Los jabalíes buscaban comida entre la nieve y estaban agitados, pero eran presa fácil para lanzas expertas. Uno de ellos había sido atravesado ya y solo había que rematarlo con un nuevo tiro. Pero aquel muchacho había errado con su lanza alcanzando el caballo de Marcilla, que cayó

herido desplomándose sobre su dueño. Martín de Marcilla se golpeó con un saliente de la piedra, causándose una herida peligrosa en la cabeza, y quedó inconsciente bajo su propio caballo moribundo, expuesto a la furia del jabalí herido. Diego había corrido en ayuda del padre y tuvo que sacrificar al caballo que gemía horriblemente con la lanza clavada en el cuello, mientras el tercero de los hermanos gritaba llorando que su padre ya no vivía, en medio del charco de sangre que se escapaba a borbotones de su herida. Diego apartó al hermano menor mientras los otros sirvientes abatían por fin al jabalí, y cargó con su padre en su propio caballo cabalgando hasta el interior de la villa, donde el cirujano había logrado cortar la hemorragia a tiempo, gracias a la ágil reacción del segundo Marcilla.

La rapidez de Diego se contaba como una nueva hazaña entre los turolenses; cualquier otro hubiera dado por muerto a Martín de Marcilla, pero Diego parecía tener la fuerza y la clarividencia oportunas en todo momento para desafiar lo irremediable. La fortuna de los Marcilla seguía sin remontar, sin embargo, mermados aún sus recursos por los efectos de la plaga sobre su hacienda sin recuperarse todavía, y el accidente del padre había supuesto un nuevo revés para la familia, aunque agradecieran cada día con misas a San Pedro que había salvado la vida.

Pedro de Segura observó que Sancho lucía el anillo con el sello familiar en el dedo índice de su mano derecha.

—¿Tomáis la representación de vuestra familia, Marcilla?

—Mi padre me ha pedido que firme y selle los documentos en su nombre mientras dure su convalecencia, y así lo ha autorizado el señor de Teruel.

—Muy bien. Entregadle pues este pliego con las disposiciones del concejo y las contribuciones extraordinarias que se solicitan para el reforzamiento de la muralla por detrás de los cementerios y las huertas de San Juan.

Sancho asintió sabiendo que una nueva contribución sería costosamente asumida por su familia en esos momentos, pero su padre no le hubiera consentido discutir una disposición del resto de notables, a cuyo grupo al mando de la ciudad se preciaba mucho de pertenecer como noble del rey.

—Los alfares que trabajan para vuestra casa... —añadió Segura—, dadle a vuestro padre un recado, quizá pueda encontrarse la forma de que ayuden en las obras de la torre de San Pedro. Tienen muy buena fama y el arcipreste ha hecho saber al obispo que hacen pinturas con hierro que duran mucho. Por eso hablará

con vuestro padre, llegado el momento, para encontrar algún acuerdo que le pueda interesar.

Entre las posesiones que los caballeros del rey Alfonso habían conseguido para su corona en las batidas contra los sarracenos, estaban, además de las tierras del río Alfambra ampliando la frontera por el sur, muchas familias de artesanos y constructores almohades y moros más antiguos que habían declarado su vasallaje a los jefes de los ejércitos reales, acompañándoles a Teruel como deudores a su servicio y que conservarían sus oficios ofreciéndole beneficios a su señor.

—Será fácil —explicó Sancho—. La familia de alfares a la que os referís ha crecido. Los hijos de los primeros que se llegaron con mi padre perpetúan sus modos de hacer el barro pintado con sus nuevas familias formadas, y hay varios de ellos que envían sus vasijas y enseres como mercaderías a los puestos ambulantes que trasiegan en las tierras de mezcla de fronteras.

Pedro de Segura miró asombrado al primogénito Marcilla.

—Pediré que el concejo apruebe que los traigan también a la plaza de Teruel.

—Gracias, señor. Los alfares al servicio de nuestra casa dieron rienda a su negocio como mercaderes, y de ello hay un diezmo anual que mi familia recibe, como dueños del permiso.

Sancho tenía una incuestionable habilidad para los negocios que resultaba de la frialdad con que analizaba su entorno y sus propias limitaciones, siempre a la sombra de la brillantez del segundo Marcilla.

—Otra cosa todavía... Mi hermana, la dama Gracia Marcilla, envía saludos y una carta para vuestra hija doña Isabel.

—¿Una carta?

Sancho le tendió un pliego cerrado con una lazada sin abrir.

—¿Una carta cerrada? —insistió el de Segura sin poder ocultar su asombro.

—Así es, señor. Envió mensajero a su familia y en las notas que traía estaba la recomendación de entregarle esta carta en mano a la joven Segura, y debo cumplir con el encargo.

—No es costumbre en mi casa que mi hija reciba misivas cerradas que yo no puedo abrir.

—Solo son cosas de niñas... —se disculpó Sancho—. Llamad a vuestra hija, y yo le entregaré la carta de mi hermana en vuestra presencia. Luego me marcharé y podréis estar presente y leer con ella lo que guarda.

El de Segura no disimuló su desacuerdo, pero calibró la conveniencia y

entendió que era buena la solución que le proponía ese astuto negociante que era Sancho Marcilla. Vi cómo Sancho miraba a Isabel cuando le entregaba el pliego atado con el cordelito de Gracia Marcilla. Sentí que había esperado con ansiedad el momento de poder dirigirse a ella.

—Mi señora hermana os envía sus recuerdos... si queréis escribirle de vuelta, le haremos llegar vuestra carta con el próximo mensajero en la primavera.

Isabel leyó en voz alta. Gracia le relataba su vida como aya de la bastarda doña Constanza, una niña lista que había heredado la belleza de su madre y a la que el rey don Pedro demostraba su cariño con abundantes regalos traídos por los emisarios en su nombre. Le pedía noticias, diciéndole como despedida que la añoraba de veras y que llevaba a Teruel en su corazón.

—Todo esto es culpa de la reina madre —murmuró Pedro de Segura a su mujer en un aparte, viendo cómo Isabel releía la carta de Gracia Marcilla, esta vez en silencio para sí misma—. La lectura a una mujer solo le sirve para alimentar deseos que no son buenos para ella —insistió, al percibir una lágrima en el rostro de su hija.

—Solo se alegra de que la niña Gracia la recuerde con cariño —dijo Ysela.

—Os solicito permiso para escribirle una carta de respuesta, padre —le pidió Isabel.

—Tienes muchas obligaciones antes que perder el tiempo en eso —contestó Segura.

—Marcilla me pide noticias, le diré que se está construyendo una torre nueva en la Puerta de Daroca y que Gonzalo ha enviado recado anunciando que su mujer Aixa tiene preñez avanzada; le diré también que hay un herrero nuevo y que nuestra amiga Mataplana se quedará en Teruel porque su prometido viene a establecerse en nuestra villa con un mandato real antes de la próxima siembra...

—Todo eso ya se lo contará su familia cuando le envíe sus propias noticias —replicó Segura.

—Sería de mala educación que nuestra hija no responda a la misiva de Marcilla —se apresuró Ysela—. Que la escriba aquí con nosotros, esposo, y así le añadirá buenos deseos de nuestra parte para ella y su vida en ese lugar que es ahora su casa.

Pedro de Segura no dijo nada más.

También Meriem había mandado una carta para la casa de Segura donde refería que el frío de los montes que rodeaban el monasterio de Uclés le

recordaba al frío de Teruel y que eso le había ayudado a amar su nueva vida al servicio de los monjes cristianos y castellanos. Pero en esta ocasión, la notita para Isabel fue guardada por Lupa prudentemente, hasta que pudo dársela a solas, demostrándole el inmenso amor que sentía por ella.

—Toma, Isabel mía, y que Dios me perdone porque lo hago a espaldas de tu padre y de tu madre a los que tanto bien debo...

Isabel se abrazó a Lupa como toda respuesta y guardó la carta de Meriem debajo de su delantal, hasta que oyó salir al padre de la casa a sus asuntos diarios como merino en el concejo, y se escabulló a su santuario en la parte alta, lejos del resto del mundo.

Amiga hermana mía, querida Isabel, no sé cuándo estas letras llegarán a ti, quizá ya esté cercana la primavera que en nuestro Teruel es tan hermosa. No importa, en cualquier momento del año mi recuerdo de ti es entrañable y sincero y te añoro como la noche añoraría el amanecer si un día no llegara a ocurrir. No me arrepiento de mi vida en este Uclés duro y apartado de la vida que conocí contigo y con mis hermanos. Dedico mi mortificación a los mandatos de Cristo y a desear para los míos las mejores bendiciones de su sacrificio.

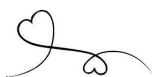
Mi querido hermano Esteban me hizo llegar noticias de mi madre y de la boda de nuestro Gonzalo, y sé que Teruel crece con nuevos colonos y más moros convertidos, mudéjares que son laboriosos y hacen crecer los arrabales con muchas criaturas.

Los monjes guerreros de este monasterio dan libertad a sus sirvientas y puedo usar del mensajero, por eso te escribo, amiga mía, y podré hacerlo si es así tu conformidad. Has de saber que el rey Alfonso de Castilla reclama a nuestro rey de Aragón su pacto de amistad y prepara un encuentro para el próximo otoño, cuando don Pedro regrese de Carcasona y sus asuntos con Simón de Montfort. Algunos de los monjes hablan de crear un poderoso ejército uniendo las fuerzas de Castilla y Aragón para luchar con la ayuda de Dios contra los almohades, que no renuncian a sus señoríos haciendo peligrar las fronteras de Aragón por Valencia y de Castilla por el sur. Rezo cada día para que la guerra no ocurra, Isabel, temo la guerra, pero los hombres la entienden como el único modo de vida... Se dice que por fin el rey Pedro ha decidido conquistar el reino de Valencia animado por su pariente el rey Alfonso de Castilla, ansioso por enfrentarse de nuevo a los almohades que señorean los territorios andalusíes que antes eran amigos. No deseo preocuparte, querida Isabel, solo necesito contarte mis inquietudes, solo eso, como cuando pasábamos horas enteras hablando de todo lo que nos inspiraba en los poemas y los cuentos y las oraciones que leíamos en San Juan, ¿recuerdas, amiga hermana mía?

Mi hermano Esteban prometió que cabalgaría hasta aquí para verme, con un permiso especial... escíbeme y que él me traiga tu carta, te lo ruego, hazme feliz con unas letras tuyas, donde sabré que tú también te acuerdas de mí.

Siempre te añora,

Meriem



Teruel celebró la noche de San Juan con la procesión de las antorchas hasta la iglesia del monasterio sanjuanista, y alargó la celebración hasta el amanecer con las comparsas de músicos y jóvenes danzantes que festejaban la alegría de ver llegado el verano y sus promesas benignas de descanso y celebraciones de nacimientos para sus habitantes. El calor ya era intenso como cada año en esas fechas; las ferias de ganado se sucedían cada semana buscando el toro bravo más imponente, el más adecuado para cumplir con el ritual de homenaje a la creación de la villa con la próxima luna llena, y las tardes, demorándose en la luz que parecía perpetua del día, eran las cómplices generosas de jóvenes muchachas y hombres conociéndose bajo la sombra fresca del bosquecillo de San Juan, o en el renovado pórtico de Santa María. Sin embargo, las cosas ya habían cambiado y desde aquel verano lo harían para siempre. El mundo imponía sus leyes, y el tiempo de la inocencia había pasado.

Meriem en su carta lo había anunciado. Los tratados de Aragón y Castilla para el reparto de los territorios musulmanes obtenidos en las futuras conquistas obligarían al rey de Aragón a considerar las ambiciones de su pariente el rey castellano sobre el reino almohade de Valencia. Alfonso de Castilla sentía un rencor indecible dentro de sí por la derrota sufrida años atrás contra los sarracenos, y había conseguido que el papa Inocencio de Roma le apoyase en su deseo de resarcirse, preparando una gran batalla que implicara a todos los reyes cristianos, para humillar y expulsar definitivamente a los almohades. Alfonso había convencido al rey Pedro de Aragón que los de Valencia impedían el avance de los cristianos hacia el sur, ávido de los preparativos para llegar a su gran objetivo. Pedro de Aragón contestaría desde sus posesiones francesas aceptando emprender la conquista del reino de Valencia. Había conseguido tomar Carcasona sofocando a los rebeldes y pactar con su pariente Simón de Montfort, señor de la ciudad, que se declaraba vasallo suyo, pero la guerra santa proclamada por el papa de Roma contra los cátaros franceses vasallos de Aragón seguía abierta y el rey Pedro no tenía concluidos sus asuntos allí; sin embargo, tuvo que decidir que regresaría a Aragón para reclutar el ejército que había de conducir contra los almohades de Valencia, respondiendo a la alianza con Castilla, que implicaba que cada cual se anexionaría a su territorio las plazas

conquistadas tomadas a los sarracenos; en el fondo temía que el castellano aprovecharse en demasía su convenio para agrandar sus propias fronteras.

Aquella decisión iba a ser importante para Isabel, aunque ella no lo supiera.

—El rey Pedro celebrará audiencia con sus señores en Zaragoza —le reveló Segura a su mujer—, y Berenguer de Entenza le dará a firmar el compromiso de su hijo Gimeno Berenguer con nuestra hija en esa misma sesión.

Ysela sintió que un escalofrío recorría su espalda.

—Esposo, nuestra hija debería saber tu decisión...

—¿Qué quieres decir, mujer?

—Su corazón agradecería conocer los planes que tienes reservados para ella.

—Ella me debe obediencia, nada más.

—Sin duda obedecerá de mejor grado si su padre le habla amorosamente de todo lo bueno que planea para su vida.

—No, Ysela. En realidad, me estás diciendo que le consulte, y no lo haré. No tengo que consultarle nada.

—¿Puedo entonces decírselo yo?

—Cuando vuelva de Zaragoza con el permiso del rey firmado.



Aquella firma nunca llegó a producirse sin embargo, pero Isabel jamás sabría hasta qué punto su destino había conducido los acontecimientos para que ella pudiese entregarse a amar a Diego.

—Reza conmigo, Elvira querida —me rogó Ysela cuando partió Segura de viaje hacia la recepción real.

—¿Qué te inquieta?

—Tú no puedes preguntarme eso, pupila.

Enmudecí por un momento. Ysela sabía que las imágenes de lo por venir acudían a mí sin poderlas sujetar, a pesar de mi resistencia y del dolor que eso me causaba. Ella lo aceptaba mucho más que yo, y lo respetaba, demostrándome así su cariño.

—Tu esposo no está en peligro, Ysela —dije entonces—. Regresará en paz a tu casa antes de que acabe esta luna.

—¿Y mi hija? ¿Qué será de mi hija si él firma su compromiso?

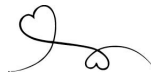
—Solo sé que nuestra Isabel no se marchará de esta casa, no ahora, mi señora...

—¿Por qué lo sabes, Elvira?

—Porque al mirarte la he visto cumpliendo dieciocho años abrazada a ti, frente al fuego de la cocina, y tenía su telar extendido con un nuevo cobertor que llevaba sus iniciales.

—¿Y qué más has visto?

—Ella te hablaba de un hombre al que había entregado su alma.



Las proclamas reales pidiendo soldados voluntarios para unirse al ejército aragonés se sucedieron hasta final de septiembre, cuando el rey Pedro ordenó la puesta en marcha de las tropas. El hijo de Berenguer de Entenza encabezaba una porción del ejército del rey. El de Segura regresaría contrariado a Teruel sin la firma ansiada para el compromiso de su hija, porque el rey había aplazado los protocolos de bodas y compras de sus nobles hasta que diera por acabada la guerra que emprendía contra los almohades de Valencia con su aliado el castellano.

Todos los turolenses, entre comparsas de músicos y danzantes, salieron a despedir a la puerta de Valencia de la muralla a los jóvenes soldados que se unían al ejército aragonés camino a la frontera para asegurar los dominios de la Corona. Era el último día del mes de octubre, cuando ya las siembras urgían y los ánimos empezaban a añorar lo benigno del verano y su fantasía de que otra vida era posible.

Querida Meriem

Querida hermana mía Meriem... o ¿cómo debo llamarte? ¿Quizá doña Meriem de Dios, o ya cuando recibas mi carta seas dueña o comendadora de tu orden de siervas? De cualquier forma y con cualquier nombre que deba otorgarte ahora, hermana mía, mi corazón te añora cada día y mi pensamiento te dedica siempre los mejores deseos para lo que sea que el tuyo desea.

Tu carta fue la alegría más grande que podía esperar, con noticias tuyas y con tu saludo recordándome tu cariño. Tu madre Lupa la guardó para mí, nadie sabe que ahora te escribo con la plena libertad del secreto. Le entregaré esta carta a tu hermano Esteban y rezaré por él para que cabalque protegido por Dios protegiendo esta misiva para ti. Y sé que llegará a tus manos, porque él así lo hará posible, como está haciendo posible que yo reciba otras cartas que alimentan mi alma de una felicidad que no sabía que existía. Me refiero, Meriem, a las cartas que me trae de... Pero no quiero ser tan egoísta de contarte a bocajarro mis alegrías, no, perdóname hermana, pues debo nombrar primero a Gonzalo y su tristeza, que es la nuestra, porque su mujer Aixa perdió al hijo que esperaba y está muy enferma a resultas de su malogro. Lamento tener que referirte una nueva tan triste, y tu hermano Esteban, cuando pueda abrazarte en nombre de todos nosotros el día que obtenga el permiso prometido para verte, podrá contarte detalles y quizá, si Dios quiere, pueda contarte que ya está repuesta y de nuevo encinta. Cada tarde rezamos por Aixa, y mi padre ha donado fondos a San Pedro para que día y noche haya velones encendidos por ella rogándole a Dios que recupere pronto su cuerpo y tu hermano Gonzalo pueda volver a sonreír pronto. Nuestro querido Esteban se llega a su hacienda cada día y le ayuda en cosas que él no puede por desánimo y porque debe cuidarla, y luego se llega a nuestra casa con las noticias de Aixa y de Gonzalo y se ocupa de las cosas que estaban convenidas con mi padre, para que nada se enturbie por la ausencia de su empleado en el porche de la plaza o con los libros de cuentas que tiene que pasar con él. Otras veces lleva en el mulo a Raquel para que vea a Aixa, porque le hace emplastes y le macera jarabes que le ayudan, como ella dice incluso más que los rezos, que por cariño a ellos Raquel ha recuperado su propia salud y su voluntad de hacer medicinas que curen; y de todo ello se agradece Gonzalo, aunque su carácter taciturno de natura se le ha vuelto más oscuro aún, como nos cuenta Esteban, y por eso tu madre Lupa estaba muy intranquila. Ahora Esteban la lleva cada día en su caballo a casa de Gonzalo para que lo ayude de cerca en su tristeza, y vuelve a buscarla al caer la tarde...

Esteban es un ángel venido del cielo, como tú, Meriem, pero él es ahora para mí un ángel especial, y ahora te diré por qué. Es por Diego Marcilla, tú sí que lo recuerdas, ¿verdad, amiga mía? Diego Marcilla ha cambiado mi vida... qué digo, Meriem, él es mi vida y ya no la entiendo sin él. Te preguntarás qué ha pasado, o qué me ha pasado, y ni yo misma puedo saberlo, pero los ojos de mi espíritu se han abierto a una luz distinta como si me hubiera estado esperando toda mi vida, y por fin me he rendido y he aceptado que quiero dejarme llevar a donde sea que esa luz me señale. ¡Cómo te extraño, Meriem! ¡Cómo quisiera tenerte aquí conmigo y contarte a cada segundo los paisajes

nuevos que descubre mi alma amando a Diego Marcilla! Sí..., amando. Esa certeza ha arraigado dentro de mí, como un rosal eterno, como los rosales que no mueren en invierno y son los primeros en rebrotar con los primeros días de la primavera. Así pienso que el amor que siento por Diego es un amor de hace mucho tiempo, de siempre, de otros mundos antes y que siempre lo he sentido aunque estaba dormido..., y que ha brotado con sus frutos abiertos y no habrá ya ni frío ni invierno que pueda volver a dormirlo.

Diego cumplió veinte años con las danzas del toro. En aquella primera danza de mi memoria lo recuerdo, cuando no había ningún otro más que él ante mis ojos, aunque no podía saber que era mi destino el que había traspasado mi frente y mi alma con su mirada clavada en mí. Ha sido en estas semanas, cuando el verano lo dulcifica todo y las mujeres no somos ocultadas al mundo con el pretexto del frío...

Me acostumbré a acompañar a Sofra y Harome a los encargos del día, siempre con la compañía de Elvira y sin que mi padre tuviera ya más fuerza para impedírmelo, contrariado como siempre por los importantes negocios que le ocupan todo el tiempo. Pero yo quería buscarlo y que mis ojos se encontrasen con los suyos como en invierno después de la misa de Santa María o a la salida de las novenas por la Virgen de la Candelaria, o las que se hacen en San Redentor para rogar que nuestro rey de Aragón salga victorioso en las batallas que tiene por delante. Quería verle y ver su mirada sobre mí, buscándome, detenida a mi paso, viéndome cerca sabiendo que le miraba también, aunque no fuera con mis ojos. Deseaba que llegasen de nuevo los festejos y las romerías de los arrabales para que los fuegos de la noche nos permitiesen unas palabras entre otros como si estuviésemos con todos, pero solos, él y yo, él y yo..., como ha sido así este tiempo desde que te marchaste, Meriem, y no has podido saberlo.

Fue Esteban, su amigo del alma, tu hermano y mi ángel, quien, aprovechando nuestra familiaridad, se convirtió en el cómplice de mi felicidad.

Y te contaré cómo.

—Yo acompaño a Segura a por el agua, tengo más fuerza que tú, Elvira, puedo con dos cántaros y tú solo con uno —dijo Esteban con soltura—, deja que vaya con tu niña Segura, yo la protegeré mejor que tú, yo soy un hombre, y tú solo una mujer...

Y Elvira jugaba a que le perseguía para darle una trompada entre risas, y dejaba que Esteban me llevase con el carro hasta las fuentes de San Juan, donde el agua es más clara.

Allí, en el bosquecillo del monasterio, como si volviésemos a aquella infancia que yo casi había olvidado, me esperaba Diego.

—Hola, Segura.

Esteban cogió la vasija que llevaba en la mano.

—Cuida de la niña Segura, Marcilla —le dijo a Diego—, mientras yo cargo de agua los cántaros.

—Yo voy contigo, Esteban —dijo sin mucha convicción.

—Junto al caño hay un poyo para sentarse —dijo Diego—, deja que nuestro amigo Esteban cargue las botijas, habla conmigo..., ahora no hay nadie que pueda contarlo luego.

Asentí suavemente.

—Cumpló veinte años, Isabel... —empezó a decirme.

—¿Saltarás sobre el toro bravo?

—Con Esteban, como siempre, y con Antón Santa Cruz y Ramón, el segundo Abarca...

—Se dice que el toro elegido es más negro que nunca y el más bravo que se ha visto en las ferias...

—Quiero llevar atado a mi brazo una cinta tuya, Isabel.

Sonreí ruborizada, pero no dije nada.

—¿Me darás una cinta?

—No lo sé aún, Diego, eso es muy atrevido.

—Quiero que todos sepan que nos hablamos, y un día sabrán que nos queremos.

Esteban se acercó con una de las botijas vacía.

—Vienen los monjes, lleno el último botijo y ya nos vamos, dueña.

Me levanté para ir con él.

—Mañana tendré que venir otra vez con los cántaros del día, ¿estarás, Diego?

—Estaré.

Meriem, querida, no me hubiera ido de su lado nunca, pero te juro que la espera hasta que se hizo la misma hora el día siguiente, recordando su voz y cada una de sus palabras, fue tan dulce o más que el propio momento de ir a su encuentro. Y así cada día, cada día robando ese rato de intimidad dulce al resto del mundo, que no podría alcanzar lo que yo estaba tocando con los dedos. Cada día ver cómo emergía de detrás del gran castaño, ¿recuerdas el viejo castaño inmenso del bosquecillo de San Juan, Meriem? Allí me esperaba y entonces, al verme llegar, unía sus pasos a los míos hasta los poyos a la sombra cerca de los caños, protegidos por la alerta de Esteban. Y por la noche yo me escribía sus palabras para no olvidarlas nunca, Meriem. He escrito sus palabras para poder escucharlas dentro de mí todas las veces que necesito escucharlas.

—Estás más bella cada día, Isabel... no dejes de pensar en ti.

—Gracias.

—Dime que tú piensas en mí, dímelo.

—No debo decir eso, Diego, creerías que soy demasiado osada.

—Creería que sabes que así me das un poco de esa vida que quiero contigo.

—¿Vendrás mañana?

—Sí. ¿Y tú?

Y yo le hubiera contestado que iría a su encuentro todos los días de mi vida, pero sabes que hubiera sido indecoroso por mi parte, y solo le dije lo que había pasado por la mañana en mi casa, cuando mi madre cayó en la cuenta de que quizá no hubiera que ir hasta las fuentes a por agua y que quizá podríamos recogerla en alguno de los aljibes de la villa.

Pero entonces fue Elvira quien salió en mi ayuda:

—Las fuentes de San Juan nunca dejan de manar agua y esa es la mejor, Ysela. Los aljibes ya están mermados... Si quieres iré yo misma a por el agua para que no se canse nuestra Isabel.

—No, no, Elvira, que vaya Isabel, para que su padre no la sienta ociosa...

Y entonces Diego sonriente estuvo hablando de la suerte que teníamos de que el pozo del huerto de mi casa de Segura bajase con el agua justa para hacer un poco de riego y hubiese que salir a buscar el agua de las fuentes de nuestra infancia.

—Mi aya Elvira me ha protegido también, ella sabe que nos encontramos en el castaño.

—¿Se lo dijiste tú?

—Sí.

—¿Te dio mis cartas?

—No sé qué cartas dices.

—No importa, te las dará cuando sepa que ya te lo he dicho.

—Dime qué cartas son esas.

—La prueba de que te quiero desde que tengo memoria, Isabel. Aun siendo un niño, mi alma

comprendía como un hombre que tú eres la mujer que Dios quería que yo amara. Te escribía mientras esperaba a que crecieras..., te escribía mientras esperaba a que llegase este tiempo de hoy, y poder hablarte y poder decirte yo mismo que tú y yo nacimos para encontrarnos y amarnos.

Tenía un nudo en la garganta escuchándolo, Meriem querida, un nudo en mi pecho, de vértigo y de dicha a un tiempo, deseando que ese momento no acabase nunca.

—¿Le vas a decir a Elvira que te he contado que le di mis cartas para ti?

—Sí, ya sabes que no tengo secretos con ella.

—¿Y entonces ya le has dicho también que me quieres como yo te quiero a ti?

Le sonreí a Diego sin atreverme a confesarle que sí se lo había dicho..., que Elvira guarda mi secreto, un secreto tan inmenso que ni siquiera tengo que hablar con ella de todo lo que siento, porque ella ya lo sabe y lo siente, y lo comparte conmigo. Y ahora necesito contártelo a ti, amiga mía, Meriem, para que reces por mí, te lo ruego, porque a veces la fuerza de mi emoción me asusta y más me parece la violencia de una tormenta que se estuviera formando en el cielo y no supiera qué va a pasar cuando estalle.

No puedo ponerle nombre a lo que siento en mi piel cuando escucho su voz susurrándome, Meriem, y mis labios querrían acercarse a los suyos y besarlos como nunca he besado a nadie. Su boca llama a mi alma, y todo mi ser se levanta contestando a su llamada, y sé que eso solo puede expresarlo un beso, el beso que mis labios desean darle y que él me reciba... ¿Comprendes por qué necesito de tus plegarias, Meriem, hermana mía? Me asusta el gozo que siento por el desasosiego que se queda en mí después de verlo. Me asusta dónde pueda llevarme el anhelo de verlo de nuevo al otro día esperándome como yo espero volverlo a ver.

El último día tomó mi mano y me estremecí.

—Todavía tengo trece años —le dije.

—Nos pertenecemos, tú y yo, Isabel. Lo sabes, ¿verdad?

—No sé qué significa eso, Diego, no lo sé...

—Que nos amamos.

Y asentí, con mis ojos puestos en sus dedos, deseando que me dijera lo que yo sentía, que sus labios querían tocar los míos también. Pero no dijo más, y entonces vino Esteban a buscarnos, porque Elvira se acercaba para decirnos que mi padre preguntaba por mí y tenía que volver con ella a la casa.

Meriem, con el próximo enero cumpliré catorce años, como tú, como tú... soy ya una mujer, como tú, hermana mía. Siento que las decisiones brotan de mi alma, ya soy una mujer que siente la vida en su piel, Meriem, ayúdame. Tú siempre fuiste más cabal que yo, y más mujer también, pero ahora yo he podido alcanzar tu misma clarividencia y puedo ya sentir mis propias decisiones en mi piel. ¿Es eso lo que tú viviste también cuando supiste que tenías que vivir tu vida como servidora de Dios? Yo deseo servir al amor que me inspira Diego Marcilla, y sé que mi madurez va a confirmar mis certezas, y que todo el tiempo que me queda por delante va a ser para él. Tendré catorce años, la misma edad que tenía mi madre cuando casó con mi padre... ya seremos hembras para la vida, Meriem, mujeres que saben para qué han venido a este mundo.

Ansío verte pronto. Nuestro querido Esteban, mensajero de los destinos de Dios, te llevará esta carta mía y espero que tú le entregues otra para mí, porque deseo saber que tú me añoras igual que yo a ti y que me recuerdas, y ahora también que ruegas a nuestra Señora por mi alma... Y algún día iré a verte, Meriem, porque no renuncio a volverte a abrazar como no renuncio a que algún día besaré la boca de Diego Marcilla y sabré que mi alma y mi destino tenían razón.

Tuya, hermana mía,

Isabel de Segura

La vida

Isabel mía, no importa el invierno, no importa que no haya ocasión para verte a solas como en el tiempo hermoso que pasamos junto al castaño en las fuentes de San Juan o las horas pequeñas de noviembre, con nuestra Elvira como centinela. Guardo cada uno de esos momentos en mi corazón y me acompañan en las obligaciones que debo cumplir para mi familia. Esteban te hará llegar esta nota. Yo debo recorrer las haciendas arrendadas en nombre de Marcilla y recaudar lo que es de mi familia haciendo lo que me corresponde a mí como el segundo hijo de mi padre... Mi destino es amarte y por eso no me importa lo que ocurra cada día, porque nada puede hacer cambiar lo que siento por ti y nada puede evitar que cada día te ame con mayor certeza de que solo puede ser así.

Y aunque la vida quisiera interponerse, tampoco ella podría conseguir separarnos. También eso lo sé.

La vida es la gran señora..., así lo aprendíamos en los poemas prohibidos de nuestra infancia, ¿recuerdas? Quizá aquellos versos de poetas antiguos estuvieran prohibidos por nuestras leyes cristianas porque tienen razón. La vida impone su ley, así lo entiendo en los deberes que debo cumplir porque nacemos con compromisos y débitos por el simple motivo de haber nacido.

Esteban me cuenta que Aixa no pudo recuperarse y ha muerto, lo siento de veras por Gonzalo, nuestro amigo. Volveré para las misas del pobre Gimeno Berenguer de Entenza, y lloraré con su padre por su pérdida, aunque diera su vida para hacer más ancha la frontera cristiana. Allí espero verte, Isabel, en San Pedro cuando todo Teruel rece por él; ya encontraré forma de hablarte, cumples catorce años, llevo la cuenta y hago planes. Sigo esperando que tú me des la señal para poder soñar que algún día nos convertiremos en marido y mujer. Y le rezo a la vida para que no sea celosa de nuestra felicidad y permita que podamos amarnos a la luz y ante todos, tal como Dios y Santa María ya lo aceptan, porque nos protegen con su bendición.

Diego de los Marcilla, tu enamorado

Esteban cabalgó todo un día desde la amanecida hasta el declinar del sol, solo para ver a su amigo Diego llevándole un encargo de su padre Marcilla y recoger la cartita para Isabel. Fugazmente al dejar su plato tras la cena antes de acudir al débito diario con el de Segura, Esteban hacía por pasar junto al banco de Isabel, que preparaba como siempre la ropa del padre para el día siguiente, y fingía un tropiezo o le acercaba el candil o ideaba cualquier otro pretexto cada vez que traía una nota de Diego, frecuentes a lo largo de aquel invierno. En aquella

ocasión Isabel la esperaba con avidez, pues hacía nueve días que no había recibido noticias suyas, ausentado por las tenencias del padre. Diego ya ejercía de administrador de los negocios familiares rindiéndole cuentas al hermano mayor, que había tomado el lugar paterno, pues Marcilla aún no se había recuperado del todo y había delegado algunas direcciones en su primogénito. El propio Sancho había encargado el recado del padre a Esteban, que nunca se negaba a cualquier cosa que fuera para Diego. Pero sabía que Esteban obedecía solo y en todo a Diego, y que solo por él no tenía en cuenta la soberbia de primogénito que le mostraba.

Isabel terminó rápidamente su encomienda y me miró con los ojos alegres. Guardaba la carta de Diego en su delantal, aunque no podría verla hasta el día siguiente, porque teníamos que acompañar a Gonzalo en el velatorio por su esposa Aixa, que había muerto hacía dos días. Al amanecer sería llevada con procesión de plañideras pagada por el de Segura hasta la morería, donde su familia le había pedido a Gonzalo que la enterrasen con los suyos en un pequeño camposanto de tumbas anónimas, y él había aceptado.

Todos en la casa de Segura lamentábamos lo ocurrido a Aixa, y sobre todo Lupa, que había deseado fervientemente una familia propia para su hijo Gonzalo, que en su rabia ahora decía que se alistaría con los ejércitos del rey Pedro para ir a la batalla cuando él volviese a reclutar soldados, deseando morir.

—Mala suerte tiene de siempre mi hijo Gonzalo. —Se lamentaba Lupa, con el consuelo de Ysela.

—Pero siempre se repone, Lupa, ánimo a que una vez más mire hacia adelante, como cuando la plaga le mató la tierra y él la hizo revivir, ¿recuerdas?

—Si al menos le hubiera quedado ese hijo que no llegó a nacer...

—Que venga aquí, contigo y con Esteban, y que pase su duelo con vosotros. Ya volverá a su casa en primavera para cuando tenga que recoger...

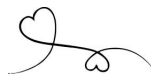
Pero Gonzalo no quiso marcharse de su casa y se aguantó la pena y la rabia, como hacía siempre, entregándose con más ahínco a ayudar a su padrino el de Segura en la administración de sus asuntos.



En la reciente incursión del ejército de Aragón junto con el castellano para romper la frontera de los almohades en Valencia, había habido muchos muertos

cristianos aragoneses. Entre ellos el hijo de Berenguer de Entenza, el que a punto estuviera de ser prometido con Isabel. Gimeno Berenguer hubiera heredado el apellido Entenza y su título de nobleza, y su padre estaba destrozado, porque no tenía otro hijo varón. También Pedro de Segura estaba decepcionado; sus planes habían dado al traste por un capricho de la vida.

Se dijo que el ejército aragonés luchó con bravura conquistando dos de las plazas más importantes de los sarracenos en Valencia, las de Castielfabib y Ademuz, mientras que los castellanos se hicieron con posesiones de Cuenca ampliando la frontera por esa parte. Pero apenas el rey Pedro dio por cumplido su compromiso con Alfonso de Castilla, regresó aún en pleno invierno a los territorios francos, donde los problemas con Simón de Montfort iban en aumento. El rey de Aragón había sido convocado a una reunión de urgencia en Narbona y, a pesar de los consejos en contra que le dieron algunos de sus nobles, don Pedro decidió asistir.



Isabel no pudo leer la nota de Diego hasta después de tomado el desayuno del día siguiente y cumplidos los rezos en Santa María. Pidió permiso para dormir un poco porque estaba agotada de toda la noche en vela y así pudo estar a solas con su carta. Cuando me reuní con ella, tenía los ojos humedecidos.

—¿Has llorado, Isabel? —susurré llegando a su lado—, ¿ocurre algo?

—Tengo un presentimiento, aya...

Me tendió su cartita, la leí muy rápidamente. Ese amor de Diego Marcilla también estremeció mi corazón con un intenso respeto.

—Habla de la vida como la gran señora que ordena lo que somos y lo que vivimos... —musitó Isabel—. Siento de pronto que él deja un resquicio abierto a que no sean las cosas como podríamos desear que fueran.

—¿Cómo las deseas tú, Isabel?

—Quiero amarle siempre, y quiero ser su mujer... y por primera vez presiento que no es lo mismo una cosa y otra. Él habla del destino de amarnos, y habla de la vida que dicta sus leyes.

—Y es cierto, Isabel mía. Hay un destino que viene con nosotros y nos guía, pero solo en la vida puede consumarse y siendo a veces dos cosas, el destino y la vida, pueden llegar a convertirse en una sola cosa, porque uno sin

otra no pueden ser ni realizarse. Resulta extraño y contradictorio, puede ser también, Isabel, pero así es la existencia humana, y para comprenderlo y aprender a disfrutar de su privilegio hemos nacido, ¿entiendes, Isabel?

—Intento entenderlo, sí... y si, aunque una sin otro no pueden realizarse... si no llegasen a coincidir, ¿qué pasaría entonces, aya? Si el destino que nos guía y la vida que impone su ley no caminasen juntos... ¿entonces qué pasaría? ¿Seguiría amando porque es mi destino, pero obedeciendo a la vida que me impone no estar con él?

No supe qué decir a Isabel. Solo la miraba como a la mujer que ya era, sin rastro de aquella infancia, ida hacía tan poco.

—Sus notas hasta hoy eran alegres y con sus certezas desafiaban cualquier sombra que pudiera intuir; en cambio esta me dice que algo ha ocurrido en su corazón, algo que no acierto a comprender aún —dijo intentando sosegar.

—Podrás preguntarle. Te dice que haréis por veros en San Pedro y los funerales por el de Entenza son en tres días, yo te cubriré, Isabel, podrás verlo y hablaréis.

Había sido cómplice de varios encuentros a solas entre Isabel y Diego a lo largo del pasado otoño, después que Diego le dijera que yo tenía aquellas cartas suyas.

—¿Qué cartas son esas, aya? —me había preguntado Isabel.

—Unas que escribía siendo un niño todavía, soñando con que algún día podría hablarte de su amor.

—Pero si estaba decidido a que algún día me hablaría, podría habérmelas guardado hasta entonces...

—Él pudo temer que no llegara el momento quizá, que la vida no permitiera que os encontraseis a solas y por eso me las hizo llegar, para que te las guardara hasta que tú quisieras leerlas.

—¿Te pidió? ¿Cómo es eso?

—En una nota enviada cuando volvió de aprender los oficios de la guerra por beneficiar a su familia ante el rey.

No quise causarle duda ni dolor revelándole que Meriem había sufrido conociendo la verdad de Diego en aquellas cartas, reteniéndolas hasta que el remordimiento no se lo pudo seguir permitiendo.

—Ya quiero tenerlas, Elvira.

Entonces se las entregué junto con la propia carta que Diego me había dirigido a mí, y fue Isabel quien lo buscó para verse a solas a la salida de la misa

de difuntos el primer domingo de noviembre. Todos los habitantes de la villa se reunían en la plaza junto a la puerta de Daroca, donde estaba la morería y empezaba a levantarse la torre vigía de San Martín, para festejar la santidad de las ánimas de los muertos, iguales en todas las religiones conocidas. Igual cristianos que judíos de Teruel, sus moros de paz y los mudéjares cada vez más numerosos comían los dulces que el día anterior habían cocido las mujeres de Teruel de todas las religiones juntas como en un ritual, donde los aceites y las masas de azúcares eran hermanas porque todos tenemos muertos que recordar y buenos deseos que pedirles para que nos ayuden desde el otro lado de sus tumbas.

Diego no podía ocultar su emoción cuando nos vio llegar a Isabel y a mí, como si estuviésemos paseando buscando alguna camada de gatos a los que poderles dar los trozos de pastas que llevábamos en el delantal. Protegidos por las sombras de las luces que ya caían del día, yo los protegí también vigilando que por el entorno nadie pudiera descubrir que estaban hablando mirándose a los ojos.

—Segura, con el frío crece tu belleza...

—Leí tus cartas, Marcilla, esas que temiste que quizá no pudiera leer.

—Agradezco a la vida que nos permitió aprender a leer y a escribir, a ti y a mí, Segura, para que nuestros corazones puedan hablarse, aunque no estemos frente a frente, como ahora.

—Esas cartas, ¿por qué las escribías, Diego Marcilla?

—Porque mi corazón si no hubiera muerto de desdicha.

—¿Qué significa eso de que la vida permitió que aprendiéramos las letras? No te entiendo...

—Pero me quieres como yo te quiero, Segura, por eso estamos aquí. Nuestro destino es querernos, eso significa que tú hayas leído esas cartas que te escribí siendo un muchacho que soñaba que llegase este momento. Eso significa que pudiéramos aprender a leer y escribir en un mundo que no necesita hacerlo, solo algunos, como nosotros. La vida nos ayuda, Isabel de Segura, nos ayuda para que podamos estar juntos, siempre, Isabel mía.

—Yo era niña cuando tú escribiste esas cosas... ¿Y si hubieses cambiado de parecer? —dijo entonces Isabel, fingiéndose molesta—. ¿Y si llegado a edad de hombre te hubiese gustado otra en vez de gustarte yo? ¿Qué hubiera pasado entonces?

—¿No sabes que eso es imposible, Isabel de Segura? Yo nací para

encontrarte y amarte como ya estaba escrito en mi destino.

—Hablas del destino, y de la vida... Pero ¿qué son?

—Somos tú y yo y todo lo que tenemos que hacer y esperar para tenernos como marido y mujer.

—Eres un atrevido —exclamó Isabel, dándose la vuelta—, y no sé cómo te presto oídos...

—Espera.

—Siempre me dices que espere... ¿a qué debo esperar, a qué?

—A que te sonría una vez más, y a que tus ojos me miren una vez más, Isabel. No te marches así, no te marches...

—No tengo excusa para retrasarme, debo ya volver con mi madre y con las otras.

—¿Te gustaron mis cartas?

Isabel no contestó.

—Eso es que sí, Isabel... eso es que sí.

—Son palabras bonitas, solo son palabras bonitas de un muchachito sabido en letras y poemas.

—Gracias a ellas he podido esperar hasta hoy, porque de otro modo no hubiera podido calmar mi pecho con tanta añoranza que he sentido de ti.

—La añoranza es por algo que se conoce y se ha perdido.

—Y yo te conocí y tuve que esperar a esta nueva vida para volverte a ver y volverte a tener.

Isabel calló de nuevo. Pero esta vez se sentía descubierta.

—¿Sabes de qué hablo, Segura?

—No sé por qué debería saberlo, Marcilla.

—Porque tú también me reconoces, y sabes que con mis cartas simplemente se ha despertado esa memoria que tú tenías dormida, esa memoria de conocerme y de amarme ya desde antes.

—Intento reconocerte en ese compañero de mi infancia, pero no lo consigo... y sin embargo...

—Y, sin embargo, ¿qué?

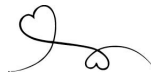
—Que te busco en el camino a Santa María, y releo esas cartas que le diste a Elvira..., y me alegro cuando cruzas tu mirada con la mía y me enfurezco si algún día no te cruzas conmigo, y tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo, Isabel?

—De sufrir si un día...

Tuve que llamar a Isabel en ese momento, avisándola del grupo de muchachas que venían a buscarla y ella corrió junto a mí, señalando una madriguera de gatos recién nacidos mientras Diego desaparecía.

Isabel me alcanzó, sofocada y sin mirarme, con su alma ausente, porque había corrido junto a la de Diego.



En Narbona la conferencia convocada con la asistencia del rey Pedro de Aragón terminó con un pacto con el rebelde papal Simón de Montfort que implicaba a todo su reino, y que causó inquietud entre muchos de sus nobles. El rey aragonés intentó salvaguardar sus territorios en la Occitania francesa y para ello tenía que asumir las condiciones de Montfort, en contra de su aliado Raimundo de Tolosa, cuyo hijo era el prometido de la infanta Sanchita. Simón de Montfort, protegido del papa de Roma contra los cátaros vasallos de Aragón, propuso casar a su hija Amicia con el príncipe don Jaime, heredero de Aragón, que tenía tres años y estaba con su madre en Montpellier. El rey Pedro aceptó, pero ello le obligaba a que su hijo quedase como rehén en el castillo de Carcasona junto a Simón de Montfort, quien asumía el título de tutor del príncipe. Los cruzados católicos contra la herejía cátara defendida por los territorios vasallos del rey de Aragón entraron al mando de los ejércitos de Montfort en una de sus ciudades, perpetrando una horrible masacre, lo que provocó las críticas del conde Raimundo y del propio Pedro de Aragón al papa cristiano, pero este solo les contestó con su excomunión.

Un poco antes de la Pascua de aquel año de 1211 vino a Teruel el infante don Fernando, añorando la amistad de su querido Diego Marcilla y para despedirse de él.

El infante había acompañado a su hermano el rey Pedro en las reuniones de Narbona y Montpellier, mostrándose en desacuerdo con el contrato firmado con Simón de Montfort, y tras una fuerte discusión, Fernando le había expuesto su verdadero deseo, retirarse a la vida monástica en el castillo de Montearagón de Huesca.

Teruel honró a don Fernando de Aragón, que llegó con un séquito escueto de monjes guerreros alojándolo como siempre en el monasterio de San Juan, y el concejo le presentó las credenciales de los notables turolenses poniéndose a su

servicio. Pero Fernandito explicó que su visita era privada y que no representaba al rey. Solo deseaba ver a sus amigos de infancia antes de marcharse a Montearagón.

Diego Marcilla no esperó un minuto para acudir a San Juan, aun en contra de las órdenes de su hermano Sancho, que imponía ya los ritmos de la casa Marcilla, y atravesó el gran patio donde los guardias armados velaban por su seguridad llamándolo a voces como si hubiera sido el mismo chiquillo de siempre convocando a su amigo. El infante Fernando no alcanzaba la envergadura de su hermano el rey, pero su altura había ganado dos palmos desde que Diego y él se vieron por última vez en las campañas de Rubielos.

—¡Más de cuatro años, amigo mío! —Fernando se echó a los brazos de Diego, emocionado.

—Amigo infante, ¡cómo has crecido!

—Pero mal, que se me ha ido el crecer todo en largo y no he podido hacer hechuras como las tuyas, Diego... ¡cuánto celebro verte, Marcilla hermano!

—Los Mataplana y los Muñoces y Santa Cruz no me perdonarán que haya corrido sin esperarles para venir a verte, estarán ya dejándolo todo, seguro, pero me he adelantado porque ha sido una alegría saber que habías llegado...

—Ahora que ya tiene un hijo que le herede, he renunciado a mi derecho sucesorio ante mi hermano el rey. Soy un sacerdote a punto de ser ordenado y me trasladaré al castillo de Montearagón.

—Es tu deber como entiendo, amigo Fernando.

—Un rey se debe a su reino y todo a su alrededor son recursos políticos, incluso su familia... Eso es la vida, Marcilla, la que nos hace entender que ella manda, y que debemos obedecer aplazando o renunciando al deseo del corazón, aunque ese deseo haya nacido contigo y sea lo que sientes como tu verdadero destino.

Diego sabía muy bien a qué se refería su amigo. Él mismo luchaba por comprender hasta dónde la vida podría obligarle a servir a su hermano mayor Sancho solo por ser el primogénito Marcilla, cuando en el fondo de su corazón se sabía poseedor de un destino distinto, aunque no pudiera darle forma todavía.

—He asistido a las luchas de los cruzados cristianos contra los llamados herejes cátaros, y te aseguro que, no por llamarse cristianos católicos y ser protegidos por el papa de Roma, su violencia y sus asesinatos quedan justificados a mis ojos. No soporto la muerte del hombre a manos de su propio hermano el hombre, y te aseguro que las guerras entre cristianos que plantean

diferentes respuestas para las mismas preguntas no son de mi agrado, ni las entiendo ni las comparto.

—¿Y el rey don Pedro, las entiende o las comparte?

—Para él son política simplemente. Se hizo coronar por el papa de Roma declarando a Aragón reino vasallo de la cristiandad, pero defiende a los que Roma llama herejes porque proclaman unos principios cristianos distintos, porque son territorios de la Corona y sus débitos políticos son más valiosos que los de la fe. Y ahora ha sido excomulgado por el mismo papa que le coronó y le apoyó en otras lides. Nada de ello me importaría, no obstante, si no fuera porque mientras tanto se aniquilan seres humanos con la misma barbarie que si fueran bestias.

—Aquí te repondrás de esa tristeza que te presiento, amigo Fernando. Harás conmigo la ronda de los huertos, organizaremos un torneo de jóvenes en tu honor y recordarás siempre estos días vividos antes de tomar el hábito.

—Cuando mi hermano supo que iba a venir a Teruel, dijo que aprovecharía la visita haciéndome un encargo, pero me hizo saber que, si en seis meses no he sido ordenado sacerdote, me obligará a regresar como militar para servirle en la gran batalla que se planea contra los almohades.

—Algo de eso empieza a saberse... Han enviado mensajeros a los concejos de las ciudades y también al de la villa de Teruel informando de que Alfonso de Castilla comienza preparativos para una gran campaña contra los almohades, todavía rabioso por aquella derrota de Alarcos hace varios años.

—Alfonso está haciendo valer la restauración de los acuerdos con Aragón y no quiere perder más tiempo; empieza a llamar al reclutamiento de soldados y quiere que mi hermano el rey de Aragón consiga también la alianza del rey de Navarra, pues planean una gran batalla donde se puedan conquistar y repartir los territorios y las riquezas almohades. Yo no quiero estar ya ahí, Diego...

—Comprendo, apuremos entonces los días, querido Fernando, vamos en busca de los otros, ya estarán de camino.

—¿Y tú, Marcilla? —lo detuvo el infante—. ¿Te interesa la carrera militar? Mi hermano el rey me dio saludos para ti... no vería con malos ojos que lo acompañases en esa campaña que prepara.

—¿Acompañarlo a la guerra? —se asombró Diego Marcilla—. ¿Por qué podría desearlo, Fernando?

—Sin duda por las riquezas que los caballeros sueñan que conseguirán derrotando a los sarracenos. El rey te recuerda con respeto, cosa que no hace con

otros que estuvieron con él formándose como soldados porque sus familias se lo pidieron. En cambio, de ti siempre me habló con buena disposición. Sé muy bien que te hubiera preferido a ti como hermano mil veces antes que a mí.

—No has de hablar así, Fernando.

—Te lo digo de corazón, y no me importa, Diego. Cuando supo que mi deseo era venir a Teruel, de inmediato me dio recado para ti de que supieras que te recibiría en sus filas de buen grado. No he de mandarle respuesta, eso no; pero sí me comprometí a darte su mensaje y pedirte que lo tengas en cuenta.

—No ha pasado por mi mente la idea de dedicarme a las armas, amigo mío —reconoció Diego.

—¿Y cuál es tu idea?

Diego reflexionó un instante, quizá buscando las palabras oportunas.

—Tengo una idea, sí... encontrar mi lugar propio... mi lugar independiente en los negocios de mi padre, aunque sin tener que servir a mi hermano Sancho.

—El primogénito Marcilla...

—Así es. Sancho ha tomado las riendas de muchos de los negocios familiares, por deseo de mi padre, claro está, pero sobre todo porque ya su primogenitura desea expandirse... pero hace alarde de su posición de primogénito incluso conmigo.

—¿Y tú ya estás a su mandado?

—Así debería ser, amigo... ya sabes cómo se tienen en ley las costumbres de los apellidos nobles desde antiguo en el reino de Aragón y yo no tengo más opción, pero no acepto tener que servirle, Fernando. No soy ni mejor ni peor que él por haber nacido un año más tarde, y entiendo las cosas de modo distinto a como él las prefiere, así que o me doblego, o me rebelo y entonces contravengo el fuero que tu propio padre otorgó a esta villa.

—Es la costumbre ancestral de este reino nacido entre montañas salvaguardar la propiedad unida de la tierra. Solo en caso de muerte del primogénito serías tú considerado para heredar los derechos del apellido Marcilla, ¿no es así?

—Ni lo pienso, Fernando, no quiero que sea mío lo que otro deja, da igual el motivo, y no deseo el mal para nadie, además siento demasiada prisa como para esperar de buen grado que la vida me otorgue lo que de igual forma decida para mí sin mi parecer...

—¿Qué quieres decir?

—Que tampoco sé si querría ser el primogénito heredando obligaciones que

han de continuar lo que otros han decidido sin pensar ni cuestionar, ni desear más... Tengo mis propias ideas, quiero hacer mi propia vida, quiero hacerla con lo que yo creo y pienso, y no porque sea la que me toca hacer, Fernando... los tiempos han cambiado, somos otros de los que han sido nuestros padres, yo no quiero seguir las reglas que me impongan las costumbres si no son aceptadas por mi corazón.

Fernando sonrió, comprendiendo esta vez muy bien al amigo.

—Hagamos una cosa, Marcilla —le propuso—. Cuando nuestros destinos se decidan... quién sabe... ¡juremos aquí nuestro compromiso de amistad! Yo acudiré en tu ayuda cuando me lo pidas y tú acudirás en la mía cuando te requiera.

—Que así sea, Fernando —respondió Diego.

Y la vida tendría en cuenta su pacto.

—Y ahora —añadió Fernando con un guiño—, ¿qué otra cosa hay en ese corazón que se resiste a que otros le dicten las normas?

El rostro de Diego se iluminó y sus labios se estiraron con una magnífica sonrisa.

—Late una estrella...

—¡Segura! ¡Tu estrella, Isabel de Segura!

—¿Cómo lo sabes? —Rio Diego.

—¿Cómo no iba a saberlo? La amas desde que éramos niños, ¿crees que no lo recuerdo? ¿Cuántas veces te habré escuchado rezar a esa primera estrella del crepúsculo susurrando el nombre de Isabel?

Ya salían al encuentro de los otros.

—Y ella, ¿te ama a ti? —preguntó aún el infante.

—Sí, me ama...

—Ahora entiendo tu brío, ahora entiendo de dónde te viene esa fuerza para desafiar las leyes de esta vida.

—La necesito conmigo, quiero que sea mi esposa algún día. Isabel es la meta que guía mis pasos.

—Ella, la estrella de más luz y tú, el toro bravo que la busca porque la proclama suya el destino... —Fernando miraba con profundo respeto a su querido amigo Marcilla—. ¿Recuerdas los antiguos poemas de amor y amantes que leíamos en el refectorio de los monjes?

—Poemas que nos conocían, a ella y a mí.

Fernando asintió. Saludó con el brazo extendido a los jóvenes Mataplana,

Muñoz y Luna, que ya atravesaban el portón del patio de armas de San Juan.

—Tendré que ver al de Segura y al resto de los nobles del concejo de la villa —añadió—. El rey de Aragón les pide fondos para la campaña contra los almohades. Segura es uno de los tesoreros con que cuenta mi hermano, y yo tengo que pedirselo.

—Yo le pediré a su hija, que es mi vida —dijo con determinación Diego Marcilla—, y algún día Isabel y yo viviremos juntos como ya están juntas nuestras almas.

La verdad y el tiempo

*¡H*ermana mía, Meriem, tus noticias se hacen esperar y las añoro tanto! Regresó el mensajero, pero no traía tu carta porque las nieves no le dejaron llegar hasta el cerro donde está tu residencia de servidoras. El invierno es la prueba de nuestras fortalezas y de nuestra resistencia. El invierno nos trae siempre nuestra edad nueva, ya hemos cumplido catorce años, Meriem querida, somos mujeres que podrían ser madres, como ya ha sido nuestra amiga Alba Cornel y mi prima Ximena, que, aun bastarda de mi tío el juez Ximén Segura, le ha dado un nieto que ahora reconocerá como su heredero. Ya ves, Meriem de mi alma, que las cosas se van sucediendo en este Teruel que te añora como yo, sin que parezca que el frío de cada invierno pueda detenerlas. Solo Raquel parece ya cansada de frío y ahora ha decidido esperar a la muerte dentro de casa, en su lecho, porque las piernas se le niegan ya a salir de él. Elvira la cuida con cariño y escribe en pliegos los remedios que le dicta Raquel para que no se pierdan y las mezclas de las hierbas aprendidas de su padre judío, y luego vela su sueño, pues Raquel duerme muchas horas al día complacida por su atención. Elvira me dice que Raquel es esa abuela que nunca conoció y que ahora siente su cercanía como un regalo que todavía le guardaba la vida.

Yo también he recibido un regalo de la vida, Meriem de mi alma. He descubierto por qué he nacido y por qué a pesar de las pérdidas y las dudas que trae la vida, la amamos y nos aferramos a ella con rabia y con pasión.

He besado a Diego, y en sus labios he encontrado las respuestas.

No deseo otra cosa para mi vida que poder unir mis días a los suyos, solo tenerlo y sentirlo junto a mí es la razón de mi existencia, solo él es lo que deseo, lo que quiero, lo que necesito... nada sin él tiene sentido ni me interesa, Meriem, todo mi ser gira alrededor de él, mi deseo es él, mi felicidad es sentirle, y mi gratitud a Dios es por haberle encontrado.

Fue el domingo después de la celebración de las Candelas, ¿recuerdas que se hace una procesión hasta la ermita alta, en el cerro que hay sobre la judería? Las Cervera no quisieron venir por decir que en las celebraciones extramuros ya hay muchas mujeres que no son como nosotras, y las pequeñas de Castroviejo y De Varea igual se quedaron haciendo rezos en Santa María por no mezclarse con las muchas niñas que ahora han crecido en Teruel sin apellidos como los nuestros, aunque con tantas ganas de alegría como nosotras teníamos a su misma edad. Tampoco mi padre quería que yo acudiera a la ermita de la Virgen de la Luz, pero tuvo que salir de viaje una vez más por sus muchos asuntos con el señor de Teruel y el alcaide. Se vienen tiempos de guerras futuras, según dicen, y se necesitan fondos, y de ahí las muchas reuniones de mi padre en Zaragoza con otros prestamistas del reino.

Miré a mi madre Ysela a los ojos cuando intentó que obedeciera la orden de mi padre ausente.

—Me acompaña Elvira, madre, ¿qué mal hay en seguir la procesión hasta el cerro de La Luz, como tú siempre me has animado a hacer?

—Que las cosas cambian, Isabel, y hay mucha gente establecida en la villa y no nos conocemos ya unos a otros... tú tienes que conservarte con tus relaciones de siempre, y acompañarte de los apellidos nobles que son los del gusto de tu padre y nuestra familia.

Me rebelé:

—Si Dios y Santa María, y San Pedro y San Juan aceptan a los nuevos convertidos mudéjares permitiéndoles rezar como a nosotros, cristianos de nacimiento, no entiendo que hagamos distinguos solo por no conocer su apellido, o porque aún lo estén buscando.

—Eres casadera y no una niña, y tienes que ser más prudente y guardarte más en casa, Isabel.

—No tengas cuidado, pondré una vela por Meriem, la echo de menos y pediré a la Virgen que me ayude a verla pronto.

Y entonces mi madre calló y entendí que miraría a otro lado.

Yo no podía faltar, Meriem, porque Diego me esperaba y todas mis ansias le esperaban a él.

El cielo no podía ser más azul, y el mediodía era benigno y el agua ya fluía de las peñas porque empezaba a deshacerse el hielo, con ganas de primavera. No me quité la mantilla cubriendo mi cabeza en todo el camino y Elvira sabía que antes de llegar al tramo recto que acaba en la iglesia Diego estaría esperándome. Le rogué a Elvira que estuviera vigilante mientras yo seguía andando hacia las rocas donde acaba el cerro y se forman las pequeñas hornacinas protegidas. Una vez me contó Elvira que en esas cuevas se resguardaban los pastores de la lluvia, y que a veces habían encontrado tesoros escondidos entre las grietas de las paredes.

En estos días viene pronto la tarde, ¿es igual ahí en tu cenobio de servidoras de Uclés, Meriem? La ermita estaba abarrotada de orantes y después de los rezos todas las mujeres y las jovencitas y las niñas hicieron un rato de fiesta comiendo galletas horneadas y vino dulce, y yo agradecí que ya haya muchas más mujeres que son nuevas en Teruel y que no me conocen, y que nuestras amigas ya casadas o guardadas por orden de su apellido no se hubieran llegado hasta la ermita, porque ello me daba la libertad que yo quería, y pude unirme a su regreso tranquilamente cuando ya el sol flojeaba, aprovechando el pequeño tumulto de todas ellas, sin nombre pero con deseos de ser turolenses de pleno derecho haciendo suyas las costumbres que habían visto en las que antes éramos nosotras.

Nosotras también habíamos heredado las formas y los haceres, ¿no es así, Meriem? Y ahora yo solo sentía gratitud por todo y mi corazón expandido fuera de mi piel, porque ya había comprendido el motivo de todo lo que latía dentro de mí. El motivo es Diego, es Diego Marcilla y su boca, pues en su beso comprendí el secreto de todo lo que soy.

Fui a los huecos de las peñas y ya las luces del mediodía retirándose hacían sombras y penumbras, y el sol se veía fuera demorándose sobre el camino de los chopos y haciendo brillar todavía las hojas de las encinas y las ramas altas de los robles. Había visto a Diego Marcilla cuando llegué antes de las oraciones, pero después del rato que tuve que cumplir en los cantos a la Virgen de la Luz, no sabía si seguiría esperándome en el mismo lugar... Sí, ahí estaba en el recodo de una pared de roca dulce suavemente ovalada como si guardara la imagen de nuestro San Juan joven esperando la llegada de Jesús..., ¿recuerdas la pintura que tanto complacía a los monjes, Meriem?

Yo la recordé al mirar a Diego recostado en el saliente de la roca, viéndome llegar, sin moverse, pero con esa sonrisa suya que me hablaba de lo mismo que yo sentía. Fui hasta allí y él tomó mi mano para atraerme hasta un poco más adentro, donde ni siquiera los últimos rayos del sol de invierno pudieran descubrirnos.

—Has esperado mucho, lo sé, Diego Marcilla —le dije, cuando estábamos ya a recaudo en la penumbra de la pequeña cueva, y yo me apoyé en un saliente de la pared.

—He esperado porque mi corazón sabía que no faltarías, Isabel de Segura, y hubiera esperado

un año entero o cien más si hubiera sido preciso.

Sonreí porque mi piel estaba tan turbada que solo podía sonreír.

—Dime qué estás pensando, Isabel.

—Que una vez estuve aquí, cuando mi madre era todavía joven y no se resistía a las romerías de las vírgenes.

—¿Aquí, en este mismo lugar?

—Sí —mentí.

—No es cierto... este lugar solo yo lo conozco, Isabel... mira ahí, ni siquiera los rayos del sol que se saben todos los recovecos pueden entrar aquí, y por eso nadie ha reparado en que esta hendidura de la roca existe.

Sonreí, descubierta. Era cierto. Solo yo estaba viendo la boca de Diego hablándome muy cerca, iluminada por el resplandor tenue del ocaso temprano llegando ya.

—¿Te gusta este sitio, Isabel?

—Sí, es muy bello —contesté, sin dejar de mirar sus labios—. Huele a los romeros que no se han helado y a las bellotas abiertas al pie de las encinas...

—Yo te huelo a ti, Isabel de Segura, y ningún aroma de flor de viña o de castaño puede compararse al perfume de tu ropa, o al de tu cinta, o al de tu pelo al retirarte la toca.

No podía hablar, mis sentidos estaban gritando en mí y mi cuerpo no podía moverse. Mi pecho se había abierto como una flor en verano, nunca había sentido algo así, solo mi garganta respiraba como si palpitara ahí mi corazón. No quería hablar, aunque mis labios se abrían como si pudiera hacerlo, pero solo porque querían aproximarse a los de él, sentir su piel como la uva roja de nuestros campos rozando la piel de los míos, ardiendo sin saber por qué. Fueron ellos, mis labios, los que me guiaron y yo no pude hacer nada, solo cerrar mis ojos cuando mi boca se acercó lo bastante para sentir el alma de Diego en su aliento exhalado hasta mí y yo acogí su perfume como el aire de vida que precisaba la mía en ese momento; seguí avanzando hasta sentir mis labios rozando los suyos, pero quería más, y avancé de nuevo hasta hundirme en su boca entregándole mi suspiro desmayada de amor en su abismo. Y él aceptó mi beso, sin más duda ni miedo, y su mano me atrajo hasta su cuerpo abrazándome para que yo le abrazara mientras me besaba con su boca en mi boca y su alma entera uniéndose a mi alma entera.

Perdí la sensación del tiempo atrapada en ese primer y largo beso, pero yo quería que no acabara nunca, solo deseaba sentir su amor desbocado en su boca atrapando la mía, sentir sus palabras latiendo en su lengua buscando la mía, sentir sus labios ardiendo mordiendo los míos en carne viva, abrir mis ojos un instante y ver los suyos mirándome enamorados y volverlos a cerrar, porque ya estaba en el cielo prometido por todas las oraciones del mundo. No sentía frío, ni oía las voces de Elvira que venía a buscarme, solo escuchaba los susurros de Diego, llamándome con los mil nombres de su amor. Y entonces puso su mano en mi garganta alargando un dedo hasta mis labios abiertos que seguían ávidos de él, cerrándolos.

—Isabel, amor mío...

Abrí los ojos para escucharle. Solo su voz merecía la pena en el nuevo mundo que mi piel había descubierto.

—Isabel...

—Te amo, Diego, amor mío.

—Debes marcharte... Elvira te busca, la procesión ya estará de regreso y tú debes volver con todas las mujeres.

Abrí mis brazos que solo querían contenerlo a él, y posé todavía mis manos sobre su pecho,

sintiendo cómo mi corazón se rompía de pronto y no podía llegar ya el aire a mi garganta.

—No quiero separarme de ti, Diego.

—Y nunca nos separaremos, Isabel.

Sentí sus manos acariciando mi rostro y mi mandíbula, sujetándose para un último beso, el dulce beso de su promesa.

—Mañana, detrás del camposanto de San Juan, junto a las fuentes, nos veremos como hoy en las peñas cerca de la muralla, ¿quieres?

—Quiero, quiero, amor mío...

Le abracé todavía con una desesperación extraña, porque no había conocido hasta ese momento el miedo, Meriem, el verdadero miedo... saber por fin qué es la vida y saber cómo puedes perderla.

Elvira iba buscándome y salí a su encuentro antes de que pudiera inquietarse. Me miró queriendo preguntarme algo, pero solo tomé su mano y la apreté con cariño, y ella entendió que no quería decir nada. Elvira lo comprendió todo, y me llevó por donde ya las mujeres dispersas recogían los aperos en los carros para empezar a bajar, pues el sol ya se había puesto. Nadie me había echado en falta, porque ya ninguna de nuestras amigas estaba allí y las nuevas niñas de Teruel me guardaban respeto y distancia porque soy una de las casaderas de más fortuna de Teruel y mi padre el más importante de los poderosos que va a prestar dinero al rey, y todos me miran sin hablarme y consideran de ley que yo pase por su lado cubierta con mi manto y mi toca sin esperar su saludo.

Fui al otro día a las rocas junto a las fuentes de San Juan, y me sumí de nuevo en sus labios buscando el milagro de su primer beso, deseando revivir lo que sentí por él la primera vez, queriendo que siempre fuera así, y queriendo descubrir qué más milagros existen detrás de todo su amor estallado en mi boca.

Aquella misma noche le mostré a Diego por dónde poder sortear el muro que rodea el jardín de la casa de mi padre, para que pudiera venir cada día y cada noche hasta mi ventana y me llamase con un sonido convenido, porque yo bajaría para verle y hablar de amor entre sus brazos. Fueron días maravillosos, Meriem, juramentándonos un amor inmortal, comiéndonos los verbos y los versos que brotaban de nuestros labios juntados sin remisión, sin poder separarse. Ese es el amor que ansío, querida Meriem, esa es la vida que he descubierto, ese es mi deseo, perpetuarla con Diego y amarle como sé que estamos destinados a amarnos.

Dime que te alegras conmigo, hermana mía, y hazme saber de ti cuanto antes, porque pronto necesitaré mandarte a buscar para que seas mi hermana en mi boda. Diego quiere casarse conmigo, y yo con él, y con cada verso que yo pongo en mis labios buscando su beso, él pone una intención de hombre de bien queriendo hacerme suya frente al mundo y frente a Dios. Y yo sé que ya soy suya y que le seguiré a donde quiera decirme que vayamos juntos.

Espero tu cariño y tu carta, amiga mía, y que me digas cuándo podrías tener permiso de dejar tus obligaciones solo por unos días, para volver a Teruel y compartir mi dicha, porque te necesito.

Añorándote, tu hermana,

Isabel de Segura

Las leyes del destino

El de Segura había viajado hasta Zaragoza con otros ricos hombres del reino para celebrar reuniones con el rey Pedro de Aragón, ya retornado de sus asuntos en Narbona. Se había confirmado la ruptura de la tregua del rey castellano Alfonso VIII con los almohades del sur y que se iniciaban los preparativos de una batalla de los reinos cristianos contra el imperio almohade para impedir su expansión amenazadora. Pedro de Aragón había asumido además la difícil encomienda de convencer al rey Sancho VII de Navarra para que apoyase la ofensiva y formar así una gran alianza cristiana. El rey navarro no perdonaba al castellano sus enfrentamientos tiempo atrás, y no estaba dispuesto a favorecerle con su ayuda en una empresa que más tenía que ver con su deseo particular de resarcirse de la derrota de Alarcos, según le había hecho saber. El papa Inocencio de Roma, sin embargo, otorgó el carácter de cruzada católica al proyecto, facilitando así el refuerzo de las tropas hispánicas con caballeros llegados de territorios extranjeros. Pedro de Aragón seguiría insistiendo hasta lograr la conformidad de Sancho de Navarra, y mientras tanto había convocado a sus nobles, caballeros y financieros para hacer acopio de tropas y recursos.

Después de los consejos y deliberaciones, que se alargarían toda la primavera, cada uno de los señores aragoneses haría llamamiento para reclutar guerreros en sus territorios, siguiendo los planes dictados por el rey para cumplir los plazos y los compromisos con la gran empresa acometida.

La bella primavera de 1211 nunca podría ser olvidada por Isabel, el tiempo más dichoso vivido de su amor con Diego antes de que las leyes del destino reclamasen su cumplimiento.

Ysela se ocupaba personalmente de su querida Raquel. Nunca hubo tantas flores recién cortadas en la casa, porque Ysela las elegía con mimo para ella, llevándoselas cada día solo por verla sonreír. Cumplidas las tareas cotidianas, no se separaba de ella hasta que Raquel se dormía con las primeras luces del atardecer y entonces la madre de Isabel acudía a Santa María acompañada por

Lupa para rezar por su vieja aya, y para llevar a la iglesia las limosnas y las dádivas que mejor podrían demostrar su devoción y sus ruegos para la Virgen. Sofra y Harome hacían los mandados y Gonzalo organizaba el trabajo del resto de los criados en las cuadras y de las tiendas, mientras Esteban se cuidaba de los otros asuntos de la casa con los vigilantes y mensajeros del Consejo de notables, preparando las comunicaciones que debiera recibir el de Segura una vez por semana.

Era ese el tiempo dulce que Isabel tenía para encontrarse a solas con Diego protegidos por la caída de la tarde y las ramas ya frondosas de los árboles del jardín.

Isabel solo vivía para aquellas horas, que más de un día se demoraron hasta bien entrada la noche, refugiados en el pequeño porche o sentados en los suaves poyos junto a las moreras y las adelfas florecidas. Yo estaba al tanto del regreso de Ysela para darle cuenta del sueño sin perturbación de Raquel, o referirle alguna cosa distinta de la casa, o pedirle que me dijera con quién se había encontrado en Santa María, entreteniéndola dulcemente mientras Isabel se despedía y volvía con nosotras, perfumada de salvia y luminosa de felicidad.

—Le escribí mi carta a tu hermana Marcilla y hace más de un mes que espero respuesta. —Las conversaciones enamoradas habían logrado crear un universo propio donde Isabel y Diego compartían los detalles cotidianos de sus vidas y los sueños que poco a poco iban trenzando deseando una vida juntos.

—Mi hermana es como una golondrina inquieta, siempre buscando los aleros, pero sin querer su sombra. —Diego dejaba que sus palabras saliesen con dulzura de su voz, atento a los detalles de Isabel: cómo movía las manos cuando hablaba o hacia dónde miraban sus ojos si recordaba a Meriem, esperando dulcemente el momento en que Isabel lo mirase a él por fin, dedicándole el resto de la conversación hasta que cayese la noche y pudieran besarse una vez más.

—Me preocupo por mi amiga Meriem..., no ha mandado mensajero, ni siquiera los vendedores que llegan de esa tierra cerca de Uclés tuvieron noticia de mandados o recados para cuando llegasen hasta aquí. Espero que su monasterio sea respetado por los almohades que señorean la zona...

—Tu amiga es una servidora de Dios con muchas obligaciones, seguro que no tendrá ni un instante para escribirte una carta, aunque lo desee mucho.

—Puede ser eso, si no fuera porque mi corazón la presiente triste.

—¿No será que tú te preocupas en demasía?

—Puede ser eso también... —Isabel reía—. Soy tan feliz que creo que debo

preocuparme más por las personas.

—Eres tan feliz que sientes que debes compensar tu felicidad de algún modo.

—Sí.

—Eres tan feliz que sientes que cometes un pecado...

—Sí.

—... Y tienes que ir a pedir perdón a Santa María, y confesarte con el prior, y decirle el motivo de tu dicha...

—Sí... —Isabel rio de nuevo sintiéndose descubierta—. ¡No! ¿cómo podría confesar al cura el motivo de mi felicidad?

—Dímelo a mí entonces.

Isabel ya estaba mirándole a los ojos con su sonrisa plena y enamorada, sin más palabras que los latidos de su corazón.

—Dime a mí por qué eres tan feliz, Isabel... —repitió Diego con un susurro—, y yo se lo diré a Dios y a Santa María, y les diré que te perdonen, y te diré los rezos que te impongan como penitencia.

—¿Crees que sea mucha la penitencia?

—Ha de ser en la justa medida que corresponda a tu felicidad.

—Entonces será para toda mi vida.

—¿Tanta dicha sientes entonces?

—Tanta.

—Pero no me has dicho por qué.

Isabel se acercó a él y le besó en los labios. Diego sujetó su rostro suavemente.

—Porque te amo más que a mi vida... —le dijo por fin, sin separarse totalmente de sus labios—. ¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

Isabel rio divertida como en un juego.

—¿Tú necesitas confesarte también?

—No. Sé que Dios se complace mucho en que te ame cada día más.

—¿Por qué lo sabes?

—Tú me has hecho mejor que era antes, y cada día soy mejor persona porque cada día soy más feliz amándote y por eso le doy gracias a Dios por haberte encontrado por fin.

La noche ya había caído. Yo sabía que ese era el momento en que Ysela, después de comprobar cómo se encontraba Raquel y obligarla a tomar algo de

sopa, buscaba a Isabel para hacer la última comida del día. Salí al jardín con una excusa, agitando los espliegos para avisarla de que ya era necesario que volviera.

—Mañana iré a San Juan con panes para los monjes de parte de mi madre —le dijo—. ¿Podrás verme pasar?

—Iré entonces también a llevarles un cesto de almendras. Te veré pasar y luego en las fuentes nos encontramos.

—Sí.

Diego retuvo dulcemente su mano, antes de que Isabel se alejara.

—Quiero que siempre estemos juntos, Isabel.

—Yo también, Diego.

—Que vivamos juntos —insistió Diego—, que todos sepan que nos amamos.

—Yo también, Diego.

—Y que seamos un día marido y mujer, Isabel.

—Sí, Diego.

Isabel entró como cada día con la piel sonrosada y su sonrisa rebosante.

—Quiero ver cómo está el aya Raquel.

—La he dejado dormida —dijo Ysela—. Prepáralo todo para la cena... Descuidas tus tareas, Isabel, ¿en qué piensas todo el tiempo?

—Discúlpame, madre, enseguida lo dispongo.

—¿Aún estabas en el jardín? ¿Por qué hasta tan tarde?

—Hay bayas nuevas que nunca habían brotado de los tallos que trajo mi señor padre de su viaje pasado a Zaragoza. ¿Ha mandado noticia ya de cómo van los asuntos de la corte? ¿Cuándo regresa?

—No hay noticias todavía —respondió Ysela—, y quiero pensar que sea porque ya está cerca su vuelta. Pero de cualquier modo no parecen buenas las que se oyen por ahí...

—Te refieres a la guerra que se prepara contra los sarracenos del sur, ¿es eso, Ysela? —intervine.

—Sí, no se habla de otra cosa... pronto habrá bandos llamando al reclutamiento. Tengo ganas de que regrese don Pedro, no me siento segura a pesar de los vigilantes y los guardias de nuestra casa.

—Quizá te traerá regalos, madre —añadió Isabel.

Ya había dispuesto los aperos sobre la mesa y sacaba la sartén de las brasas.

—No quiero tener que decirle que eres irresponsable con tus labores, hija mía —insistió Ysela.

—No soy irresponsable, madre, conozco mis obligaciones y las cumplo, aunque también me guste contar las rosas que brotan en este tiempo.

—Tu padre querrá comprobar los avances de tus bordados, y parecen detenidos.

—Tengo los mismos catorce años que tú tenías al venir a Teruel ya casada —le dijo Isabel entonces—. Si tú tenías juicio de mujer, no dudes que yo también lo tengo para saber qué es lo que mi padre espera de mí.

—Eso me imagino, Isabel... sí, ya eres una mujer y tienes los mismos años que yo tenía y ya estaba casada. Y por cierto que tu padre lo lleva también en la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Que ya está pendiente de buscarte un marido acorde con sus intereses y tu valía.

—¿Qué prisa hay?

—La que decida tu señor padre. Las cosas se hacen a tiempo o se pierden oportunidades.

—Quizá sea muy fácil tarea, madre...

—¿Qué quieres decir?

—Que yo puedo proponerle candidato a mi señor padre.

—No te entiendo, Isabel.

—Tratándose de encontrar un marido para mí, yo quiero decirle en quién he pensado.

—¿Pensado?, ¿tú? —Se escandalizó Ysela—. Ni se te ocurra hablarle así a tu padre, Isabel.

—Sí, soy una mujer; y sé cómo siente mi corazón y lo que deseo, madre.

Ysela estaba sofocada. Esperó un instante antes de contestar a su hija en el tono más contenido que pudo.

—Tu padre está buscando y negociando qué esposo puede convenirte más, decidiendo el mejor futuro para ti y por tu bien. No tienes que pensar más, Isabel. Sin duda que él tendrá en consideración todas las posibilidades.

—¿No quieres saber de quién quiero hablarle?

—No.

—Pero...

—No, Isabel —atajó su madre—. Y te ruego que no des de qué hablar a nadie. Como se sepa en Teruel que replicas a tu padre o le hablas de un marido

elegido por ti, irás de boca en boca y nosotros seremos señalados como los padres de una hija rebelde y desagradecida.

—Madre, yo te ruego a ti que me escuches —insistió Isabel—; no es mi deseo causarte enfado, solo digo que necesito contaros lo que siente mi corazón. Si deseáis mi felicidad, tenéis que saber qué es lo que me hará feliz.

—No te corresponde a ti decidir qué es lo que te conviene, y no es decoroso que hables de deseos ni de... felicidad cuando nos referimos a un marido... Dios mío, no vuelvas a hablar así, Isabel. Mañana irás a Santa María y te confesarás.

—Pero mañana tengo que ir a San Juan.

—Irás Elvira. Tú irás a confesarte y le pediré al prior que te imponga labores de ayuda a las monjas para que se borren de tu mente esas ideas que podrían traerle la desgracia a tu padre.

—Madre, te lo ruego, no quiero causarte disgusto.

—Pues lo has hecho, Isabel. ¿Cómo he podido equivocarme tanto contigo? Nunca había visto así a Ysela.

Apartó el cuenco de su lado de la mesa y apoyó la frente sobre la mano, sollozando. Las lágrimas también caían por el rostro de Isabel, ya en silencio, y se marchó de la cocina.

Lupa se sentó junto a Ysela en el banco y acarició su cabeza reclinada.

—¿Qué te ocurre, amiga mía? —le preguntó con ternura.

—Mi hija va a ser una desgraciada... una mujer no puede desear nada...

—Tu hija es muy joven, Ysela, solo es eso, no debes preocuparte... ahora estás triste porque el aya Raquel ya no quiere seguir viviendo y tu hermana jaquesa ha muerto, es eso, Ysela, llora, sí, llora, pero por eso, y no llores por tu hija, porque ella tendrá una vida hermosa...

La hermana pequeña que Ysela había dejado en su tierra natal había muerto dando a luz a una criatura que tampoco había sobrevivido, y la madre de Isabel había recibido la noticia hacía apenas veinte días, tragándose la tristeza de no poder recordar de ella más que una manita diciéndole adiós.

Se refugió en Lupa, que me había sustituido hacía ya mucho tiempo como confidente suya.

—Don Pedro no debe saber que su hija tiene...deseos. —Sollozó.

—Su hija tendrá los deseos de vida eterna y de felicidad que Dios le mande, querida Ysela.

—Será infeliz si desobedece a su padre.

—No te inquietes, Isabel no está en peligro y es obediente; nunca disgustará

a su padre, ya lo verás.

Seguí a Isabel hasta la alcoba.

—Amo a Diego Marcilla... —musitó.

—Ya lo sé, Isabel.

—Y quiero amarlo como esposo también, no existe nadie más a quien yo pueda amar así, Elvira.

Mi corazón lloraba con ella, solo podía acompañarla.

—Si mi padre busca un esposo de nobleza, Marcilla tiene título noble, tiene que serle de interés... no hablaré de mis deseos, no hablaré de que él trae mi felicidad de su mano si eso no es decoroso a ojos de mi familia, pero él tiene tanto derecho a ser candidato como cualquier otro noble de Teruel...

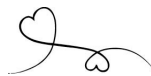
—Duerme ahora, Isabel. Mañana será otro día.

—Debes ir a San Juan, Elvira, él me estará esperando, debes decirle que me retrasaré... intentaré acudir después de la confesión...

—Será mejor que dejes para otro día la limosna de San Juan.

—Entonces dile que le esperaré como cada día en el jardín, al pie de la ventana.

—Se lo diré, Isabel.



Las noticias de Pedro de Segura llegaron al otro día, indicando que se demoraba su regreso al menos hasta final de mayo y con instrucciones para los servidores y los oficiales de la casa y para Gonzalo, entregado en cuerpo y mente a la administración de los asuntos de su señor. No daba más información, y fue el propio mensajero quien refirió lo que sabía y ofreció detalles de las decisiones que se estaban tomando en las conversaciones reales.

—Don Fernando de Aragón ha tomado hábito y rango de abad en el castillo de Montearagón de Huesca —explicó el correo, después del primer sorbo del vino en el vaso colmado—. El rey don Pedro asistió muy brevemente al oficio, porque los asuntos de las alianzas con los reyes cristianos le urgen mucho, pero bendijo a su hermano menor porque le ofreció su ayuda desde Montearagón para cuantos trámites o tesorerías le hagan falta en sus campañas. Desde su castillo se domina un territorio privilegiado para el reino de Aragón y se mantienen a salvo los intereses reales.

Explicó, mientras cortaba un pedazo de pan y lo mojaba un poco en la leche del día, que don Pedro guardaba un recuerdo muy grato de su heredero el príncipe Jaime, custodiado por Simón de Montfort.

—Pero han vuelto las desavenencias graves con su esposa la reina María, y ahora que tiene buena relación con el papa Inocencio de Roma como aliado para la guerra contra los almohades ha cursado de nuevo solicitud de separación, pues los esposos no se soportan. La reina no acompañará a don Pedro tampoco a esta campaña con la excusa de que no quiere abandonar su tierra, aunque no es esa la cuestión, pues cuando están juntos todo es peor y los reproches mutuos no les permiten pensar en otras alianzas o en lo que interesaría para el futuro del heredero.

El oficial echó un nuevo trago y aceptó el pedazo de carne ahumada de vaca que le había acercado Sofra en uno de los platos.

—Doña María montó en cólera cuando supo de las nuevas gestiones de su esposo para intentar repudiarla ante el papa de Roma. Se dice que está pensando en viajar personalmente a su presencia para hacer valer sus derechos y negarse a la separación que desea el rey.

—¿Y de las conversaciones de los caballeros con el rey? —le preguntó Ysela—, ¿qué se dice de preparativos de guerra, o de que hayan decidido otra cosa? ¿Quizá no haya guerra finalmente?

—Haberla sí que la va a haber, señora —replicó el hombre—. El rey castellano ha mandado recado a sus tropas para que se preparen, pues piensa congregarlas en Toledo antes de un año. Los almohades amenazan gravemente la ciudad. Ahí será donde todos los ejércitos convocados se reúnan cuando llegue el momento.

—¿Qué ejércitos son los que se esperan?

—Los cristianos de todos los reinos hispánicos que han manifestado su deseo de acabar con los sarracenos y los caballeros y soldados de las órdenes religiosas a las que está hablando el arzobispo de Toledo, especialmente preocupado por el avance almohade.

Harome se santiguó instintivamente.

—Será una gran guerra, sin duda —musitó Ysela—. Harán falta muchos recursos y muchos tesoreros para pagarla...

—Pero también serán muchas las riquezas que se arrebatarán a los almohades. Los que se enrolen en los ejércitos cristianos obtendrán, además del perdón de sus pecados por el favor del papa Inocencio que se está tramitando, el

derecho a cuantas riquezas puedan conseguir en piezas y tesoros, y tierras o sirvientes.

—Querrás decir los que sobrevivan a la batalla —atajó Lupa, dolorida por el recuerdo de su esposo guerrero muerto—. Serán muchos hombres los que acudan a esa guerra y muchos muertos los que ya no vuelvan.

—Tendrán su sitio en el cielo ya perdonados —insistió el mensajero—. Debo marcharme, señora. Llevo recado para el juez y otros notables de esta villa... ¿tenéis algo que entregarme para vuestro esposo? Mañana debo cabalgar hasta el señorío de Albarracín y en dos días emprenderé el regreso a Zaragoza.

—Sí, os doy recado para él. Terminad de comer mientras ato y sello el cordel de mi paquete.

Ysela dobló cuidadosamente la estraza que envolvía un documento para su esposo con detalles de administración y cuentas y adjuntó un pañuelo perfectamente acabado por Isabel con el escudo Segura bordado en sus cuatro esquinas y los brocados geométricos cosidos con especial gracia. Sellado con la marca de Pedro de Segura, su esposa se lo entregó en una bolsa de piel curtida.

—Dile a don Pedro de Segura lo que has visto, que su casa está en orden y le añora, y que su hija cumple con sus obligaciones y le obedece, esperando su regreso.

Cuarta parte

EL AMOR RASGADO DE AMOR

La edad del mundo

Acudí a San Juan con la dádiva de la casa de Segura para los monjes esperando que Diego saldría al encuentro de mis pasos. Sentí su mirada intensa preguntando sin palabras por Isabel, pero no me detuve y dejé que él me alcanzara ya entrando al patio del monasterio.

—Isabel no puede venir, tiene obligaciones.

—¿Qué ocurre, Elvira?

—Estará al atardecer en su jardín, pero bajo la ventana, así me lo ha dicho.

—¿Se encuentra bien?

—Camina dos palmos sobre el suelo, olvida las tareas que complacen a su madre, solo es eso, Marcilla, que Isabel está llena de tu presencia y solo tiene vida para ti.

—Y mi vida solo es para ella.

—Lo sé, Marcilla.

—Alégrate entonces, porque es la máxima aspiración de mi existencia que tu ahijada sea dichosa conmigo y con la bendición de Dios.

—¿Ya sabes que se prepara la gran guerra contra los sarracenos del sur?

—Sé que la tregua con Yusuf, el califa almohade, ya está rota, y las antiguas escaramuzas de la frontera son ahora verdaderas batallas... el monasterio de Uclés está en zona muy peligrosa, supongo que en vuestra casa estáis preocupados por la suerte de Meriem.

La ciudad de Uclés había caído en manos sarracenas hacía poco tiempo y el monasterio cristiano, situado no muy lejos del castillo, mantenía un difícil equilibrio de supervivencia agrupando en sus tierras a los cristianos expulsados por los almohades.

—Estás bien informado, Marcilla, sí, hay preocupación por nuestra querida Meriem..., pero es más de temer el futuro que se llega para los jóvenes de esta tierra.

—No soy caballero y no tengo obligación de guerrear.

—Antes o después la guerra nos incumbe a todos.

—Mi vida está aquí en Teruel y tengo mis propios planes, amando toda mi vida a Isabel.

—Por eso rezaré, Diego Marcilla, te lo prometo.

—Dile a Isabel que la veré esta tarde, cuando se vaya el sol. Toma, llévalas tú a los monjes el cesto con las almendras, yo tengo que marcharme.

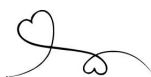
—Como quieras. Les diré que son de la casa Marcilla.

—No hace falta. Diles que son por ti, y que el rezo sea para ti; para que puedas seguir ayudándonos a Isabel y a mí.

Dentro de mi corazón pedí al cielo que hubiera tiempo para ello.

Diego Marcilla era un hombre muy bello que desprendía fuerza con cada gesto. Dio la vuelta y se marchó sin más palabras, con su decisión tomada.

Tenía que hablar con su padre y no quería esperar más.



Martín de Marcilla estaba a punto de partir para acudir a la cita con el rey. Había esperado a que su pierna estuviese totalmente restablecida, pero no quería perder más tiempo y emprendería el viaje con el alba.

—Quizá no debierais arriesgaros, padre... —le recomendó su hijo Diego mientras le ayudaba a afirmar los engarces de la montura.

—Ya me he demorado bastante. No debo contrariar al rey; sería peor eso que volver a sentir los dolores de la espalda.

—La cabalgada los traerá de nuevo, sin duda, confío que merezca la pena el esfuerzo que hacéis por complacer al rey acudiendo a su reunión.

—El esfuerzo es por el prestigio de nuestra familia —respondió Martín de Marcilla—, y por el mío propio como caballero de Aragón. El rey sabrá compensarme, y ahora nos es necesaria esa compensación.

Diego conocía la situación comprometida de su familia y los problemas económicos que inquietaban a su padre; la plaga, aunque superada, había dejado secuelas importantes en sus negocios y no había podido ofrecer ayuda financiera al rey como otros nobles. La escueta información que recibía de su hermano Sancho, administrador ahora y celoso guardador de su papel de primogénito, le hacía entender la desazón de su padre, pero él nunca le había pedido consejo ni parecer, ignorando el refuerzo que podía suponerle su participación en la

dirección de la casa. Cuando el padre dio por concluida la tarea, Diego le solicitó hablar a solas.

Martín de Marcilla dudó un instante, sorprendido por la petición de su hijo, pero conocía esa mirada firme de Diego y optó por acceder, dejando que los sirvientes acabasen el resto de detalles. Entraron al patio cubierto de la casa, estaban solos.

—Tú dirás, hijo mío.

—Voy a hacer casa propia, padre. —Diego se lo soltó a bocajarro, no le hacían falta los rodeos.

—Tu obligación es contribuir a la prosperidad de esta casa Marcilla, la de tu familia, Diego.

—Quiero hacer mi propia familia, mi propia casa —insistió Diego.

—Las costumbres y las leyes te dicen que serás soltero, no puedes formar familia, ni puedes usar este apellido. Piénsalo bien.

—Lo he pensado bien, padre. Hace mucho tiempo que lo llevo pensando.

—Los fueros establecidos te ordenan servir al primogénito de tu padre y que los bienes de la casa no se dispersen. Diego, tú y tus dos hermanos menores dedicaréis vuestra vida a servir a la familia que formará tu hermano mayor.

—No quiero servir a Sancho.

—No puedes imaginar el dolor que me están causando tus palabras, Diego... —Martín de Marcilla se mostraba realmente abatido—. Hubiera preferido morir si llego a saber que tenía que oírte hablar así... hubiera preferido morir en aquel accidente. ¿Para qué salvaste mi vida, hijo mío?, ¿para causarme ahora esta herida más mortal todavía?

—Dios sabe que mi corazón es puro contigo, padre, y que quiero sinceramente a mi familia.

—¿Y por eso dices que vas a privarla de tu contribución, negándote a las leyes que te la exigen?

—No puedo entender una ley que niega el derecho de independencia a un hombre.

—¡Es la forma de preservar la vida, Diego! ¡La casa es la familia, el pilar básico en el que se sustentan todas las necesidades de nuestra vida!

—Quiero mi propio matrimonio y mi propia casa.

—Hará matrimonio mi hijo mayor, y mis otros hijos varones han de completar la fuerza del grupo, con las tierras, el ganado, las casas y todos los bienes que forman la riqueza del apellido Marcilla —recitó Martín de Marcilla

como la ley recogida en las costumbres heredadas de los primeros tiempos del reino aragonés.

—Aquellas leyes se hicieron para salvaguardar la heredad cuando una familia era un mundo aislado porque vivía entre montañas... padre, esta es otra vida, y otro mundo... Teruel es una villa que aspira a convertirse en ciudad y los hombres podemos tener nuestros propios intereses y nuestros propios sueños.

—¿Sueños?, ¿intereses propios? —replicó el padre visiblemente disgustado—. ¿Olvidas que los territorios alrededor de Teruel son señoríos de nuestros enemigos? ¿Olvidas que tenemos que defender esta villa porque los almohades de Valencia acechan para ganarla también? ¿Qué sueños tendrías entonces, Diego?

—Acudiría a mis obligaciones con mi familia, igual que ahora estoy luchando por las obligaciones que siento para conmigo.

—Las costumbres marcan que, si no te quedas como soltero en la casa al servicio de tu hermano como representante del apellido, tienes que marcharte, emigrar a otros lugares.

—No quiero salir de Teruel, padre.

—Pues no tienes otro remedio —sentenció Martín de Marcilla—, y no harás uso de este apellido tampoco. Si te marchas, no tienes derecho a tierras ni a los frutos ni animales de las tierras de tu familia, Diego... ¿qué casa vas a levantar así?

—Conseguiré préstamos.

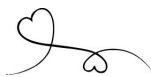
—Pero privas a esta casa de tus brazos y tu fuerza para contribuir a su prosperidad, y en el peor momento.

—Esperaré a la siembra —respondió Diego, conciliador—, seguiré como hasta ahora hasta el invierno; padre, quiero que organicemos juntos los planes del futuro para esta familia y que no se resienta de mi ausencia, porque no te quiero perjudicar, te lo aseguro... encontraremos otras ayudas y llegarás a perdonar mi decisión.

—Ya lo has decidido entonces.

—No tengo otro remedio. Es superior a mí, debo seguir mi impulso.

—Yo tampoco tengo más remedio que negarte mi apoyo. Hablaremos con tus hermanos cuando yo vuelva de Zaragoza y entonces veremos qué decido como padre tuyo.



Diego acudió como cada tarde al jardín de Isabel, colándose por el enjambre de matorrales que completaban la tapia por una de las partes junto al huerto familiar. Isabel ya estaba esperándole sentada en el poyo adosado a la pared bajo su ventana, casi mezclada con las ramas de los macizos de romero y lavandas que en esa parte habían crecido sin medida. Apenas lo vio llegar, se levantó como un corzo y, tomándolo de la mano, lo llevó al lugar acostumbrado, el rincón más discreto y oculto.

—Has tardado mucho —le reprochó suavemente—. Ya casi es de noche, temía que no vinieras...

—Mis obligaciones se han alargado más de la cuenta, no veía momento de llegar... —Diego no le reveló la conversación con el padre—; tú tampoco has venido esta mañana a San Juan.

—No he podido... tenía compromisos con mi madre y no me ha sido posible incumplirlos. —Isabel tampoco le reveló a Diego la conversación con ella—. Pero ha ido Elvira para que no te extrañaras...

—Te he echado en falta igual —bromeó Diego, aceptando la caricia de las manos de Isabel sobre su cabello.

—No quiero volver a sentir deseos de llorar pensando que te has olvidado de mí —le rogó Isabel.

—Nunca puedo olvidarme de ti, Isabel mía, y nunca podré.

—No puedo vivir sin ti, Diego.

—Ni yo sin ti, Isabel, y no quiero vivir si no es contigo.

—No pensemos ni en la posibilidad de no estar juntos siempre, no quiero ni pensar en que tú y yo no estemos siempre juntos... como ahora nuestros labios, como ahora siempre.

Isabel rozaba los labios de Diego y él los atrapó con los suyos para ese beso ansiado que restituía cualquier ausencia, que compensaba todas las horas pasadas cada cual en su mundo familiar, todas las añoranzas del otro hasta ese momento de estar juntos, abrazados y refugiados el uno en el otro, ese mundo suyo donde eran uno y todo lo que no fuera su amor no tenía cabida.

Cada cual le silenció al otro el atisbo de realidad que salía a su encuentro. Diego no quería perturbar a Isabel con la amenaza de pobreza que se cernía sobre su decisión de independencia. Solo podía concebir la vida con ella a su

lado y aceptaría pagar cualquier precio por poderlo hacer como hombre libre, independiente y dueño de su propia estirpe. Pero no quería asustar a Isabel anunciándole antes de tiempo que su padre le había amenazado con la ruina. Nada podía alterar la dicha de estar juntos, sonriendo enamorados, prodigándose besos apasionados, que era lo único que él necesitaba para vivir.

Isabel calló ante Diego la propia turbación de su corazón, consciente de que sus padres estaban decidiendo un esposo para ella. Sería bastante un poco más de tiempo, el que ella necesitaba para insistir en su propósito de que la escucharan. No podía haber más esposo para ella que Diego y lo haría saber a sus padres, y tendrían que aceptarlo porque solo con él sería feliz y podría darle nietos a su padre. No le reveló a Diego su angustia de pensar que podrían obligarla a aceptar un marido que no fuera él. El mundo y lo que no fuera su amor no cabían en ese abrazo, en ese beso prolongado y pleno de dicha que les revelaba uno del otro, hallados y reunidos aquí, porque ya estaban juntos y eran uno solo desde el principio del tiempo.

—Haría cualquier cosa por el derecho a tenerte, Isabel mía...

—Haría cualquier cosa por llamarme tu esposa, Diego, amor mío.

Las palabras se cerraban bajo sus besos solo interrumpidos por las risas cómplices de su amor secreto y total. No hacía falta decir nada más, sus almas se escuchaban en el rumor de sus labios chocando y en el brillo de sus ojos atravesando la oscuridad para mirarse. Ya había caído la noche y el aroma del jazmín ya florecido parecía elevarse sobre ellos, envolviéndolos. Solo había caricias y sonrisas, solo susurros y besos interminables entre ellos, mezclándose con los nuevos rumores que traía la noche, tan distintos a los sonidos del día. Un solo suspiro, un solo y leve amago sintiendo que la espalda de Diego se erguía dulcemente avisó a Isabel de que había llegado el momento de despedirse.

Isabel miró el brillo de sus ojos alzando los suyos, de pronto angustiada en lo más profundo de su garganta.

—Mañana volveré —dijo Diego como una promesa de amor.

Isabel sintió una punzada en el pecho.

—Bésame, Diego —le pidió.

—Elvira ya estará llegando para avisarnos...

—Un beso todavía, amor mío, ¿me lo niegas?

—Nunca te negaré un beso, Isabel mía, nunca...

Acercaron sus labios para un último beso antes de aquella despedida, y Diego sintió que Isabel temblaba. Estaba llorando. La estrechó antes de

separarse por fin.

—Y yo nunca te negaré mi beso, Diego, amor mío, mi dueño, mi señor, mi amado —le dijo Isabel, todavía entre sus brazos, sujetando su rostro frente al suyo.

—Te amo, Isabel. Nunca tendrás que negarme tu beso porque nos pertenecemos, y no habrá nada en este mundo que pueda hacer que nos neguemos el uno al otro.

—Diego... pero si no fuese así...

—¿Qué dices?, ¿qué tienes, Isabel?

—Si hubiera algo en este mundo que pudiera separarnos y hacernos olvidar cómo nos queremos...

—Es imposible que yo pueda olvidar de qué forma te amo.

—Pero si ocurriese...

Diego iba a protestar, pero Isabel puso sus manos sobre sus labios y siguió hablando:

—Escúchame, Diego, si yo en algún momento pudiese llegar a olvidar cuánto te estoy amando y que somos el uno del otro desde siempre y para siempre, entonces... te ruego que me beses, Diego, bésame si eso ocurre y vendrá a mí toda nuestra memoria juntos, y nada volverá a poder alejarme de ti y de esto que siento por ti. ¿Lo harás, Diego?

—Sí, Isabel, lo haré, te lo prometo.

Cuando me aproximé a la floresta, vi su abrazo todavía entre las sombras, enlazados en su beso de despedida de aquel día. Sentí un destello detrás de mis ojos y vi la imagen de Isabel llorando, enlutada, llamando a Diego. Era otra Isabel, otro tiempo, pero las mismas lágrimas. Sentí en mi propio pecho la punzada del dolor que Isabel estaba ahora reviviendo, mientras sus brazos se alejaban de los brazos de Diego. El dolor de una despedida ancestral, ya conocida, inevitable y amarga, esa despedida que Isabel y Diego revivían cada vez que deshacían su abrazo y se despedían como ahora.

—Buenas noches, amor mío, Isabel, duerme bien...

—Buenas noches, Diego, amado mío, esperaré a verte mañana otra vez.

No me moví de donde estaba. Vi pasar a Diego entre las sombras, saliendo por donde la maleza ocultaba la puerta que solo él conocía.



Isabel no probó bocado y su madre no insistió. La angustia le inundaba el estómago.

—Muero de añoranza suya... —musitó Isabel cuando escuchó que me acercaba, ya en su alcoba.

Seguía vestida y estaba sentada mirando el hueco hacia la noche de su ventana abierta. El resplandor de la luna la iluminaba. Di unos pasos hacia ella; le desanudé el delantal y ella se dejó hacer, sin moverse del taburete. Le quité la cinta del pelo que lo sujetaba detrás del cuello y acaricié su cabello liberado, extendiéndolo hacia ambos lados de los hombros.

—No me basta con verlo cada día, aunque ello sea mi felicidad. No me sacio de su presencia y mi pecho se rompe cada vez que nos despedimos, una y otra vez, una y otra vez.

Me arrodillé delante de ella, para desabrochar sus zapatillas, y se las quité sin que se resistiera tampoco.

—Te he visto —dijo de pronto, sin apartar sus ojos del resplandor tibio que entraba desde el ventanuco.

—¿Cuándo?

—Venías a avisarnos de que ya era la hora, y te has detenido, sin llegar y sin llamarnos y sin decir nada... ¿por qué, Elvira?, ¿qué has visto?

—He visto esta angustia que ahora te envuelve, niña mía.

—¿Acabará algún día?

Dudé un instante, pero Isabel no merecía que yo negara la verdad.

—No, Isabel. Porque no acabarán las despedidas.

El velo rasgado

*H*ermana mía Meriem, quiera Dios que al recibo de esta carta sigas bien, como indicabas en la tuya, que tanta alegría me regaló. Llegué a temer que algo malo te hubiera sucedido en estos meses sin tener noticias tuyas, pero he dado tantas veces gracias a nuestra Señora por tu carta como tantas le reproché que no favoreciera mi suerte para recibirla. Ahora te imagino reprendiéndome dulcemente, como hacías, por mi impaciencia, y por no haber confiado todo lo que hubiera debido en que no te habías olvidado de mí. Es maravilloso y me enorgullezco por ti cuando pienso que ya has alcanzado rango entre las otras servidoras, y los monjes principales te honran con respeto y credencial de superiora. Tu madre Lupa y todos en esta casa de Segura alaban tu valía y te recuerdan con inmenso cariño. Sobre todo yo.

Tu hermano Esteban ha dicho que cabalgará de nuevo para llevarte esta carta, junto a los enseres y las medicinas que pedías en la tuya, y para verte y referirte las noticias de Teruel y de tu madre, y de todos los que rezan por ti.

Esta carta es mía para ti, como ya puedes imaginarte, única y distinta como eres tú para mí, hermana. Y porque sé que habrás pensado en lo que te conté en la anterior que te envié, confiándote mi anhelo, este amor profundo que siento por Diego Marcilla. La primavera maravillosa en Teruel ha sido la más hermosa primavera de toda mi vida, y aun pienso que haya sido la más bella de cuantas han transcurrido en nuestra villa desde que se fundó. Ahora imagino tu risa, Meriem, y que si estuvieras conmigo agitarías mis hombros llamándome a la medida y reprochando mi falta de comedimiento al expresar mis sentimientos... y tendrías razón, y yo entonces diría que, aun así, todavía no es bastante lo que soy capaz de expresarte, porque mi emoción es aún más enorme y reiríamos como chiquillas.

Y todo esto es porque a lo largo de estos meses maravillosos Diego y yo nos encontrábamos cada día a solas, en nuestro jardín, ¿recuerdas el jardín, Meriem? Las moreras están frondosas y las adelfas florecidas como nunca, y la higuera parecía protegernos mientras caía la noche y mirábamos crecer la luna entre los huecos de las hojas. Cada día escuchando las palabras dulces de su cariño y los golpes de mi corazón como si afirmara que he encontrado mi destino, como si quisiera decirme que tengo razón por sentir lo que siento. Cada día buscando su abrazo, esperando su voz como el pétalo espera el rocío al alba, apresando cada instante de nuestro secreto, como si cada uno pudiese ser el último. Comprendí que ya nada puede haber que me haga más dichosa que estar junto a él, y que ya sé qué es lo único y todo lo que deseo en esta vida, Meriem hermana: poderla vivir a su lado, a la luz y a la vista de todos, como él desea y yo también.

Pero ya sabes que no siempre el mundo nos complace, y junto a la felicidad inmensa de su amor vivo en este tiempo también las sombras de todo lo que luchar por él conlleva. Mi familia ansía unir el apellido Segura a un título de nobleza y así me lo han hecho saber, que debo ser casada con el candidato que decidan suficiente para lo que busca mi padre.

Las palabras de mi madre llamándome a mis responsabilidades no lograron perturbarme al principio... en los pasados meses llegué a creer que no podía haber más mundo y que no hacía falta tener en cuenta las obligaciones adquiridas por el simple hecho de haber nacido. Pero mi padre regresó de sus reuniones de negocios en la corte del rey y me comunicó que elegiría pronto un marido para mí de entre varios candidatos que había considerado entre sus relaciones.

Me atreví a contestarle, aunque mi madre lloró y él enfureció: «Padre mío, te ruego que tengas en cuenta mi opinión, deseo ser feliz con alguien elegido por mi corazón...».

Mi querido padre no esperaba mis palabras y su gesto terrible casi me dio miedo, pero fue más terrible la dureza de su voz al decirme que no consentiría mi desaire, que le debía obediencia y otras cosas que se clavaban en mí como puntas de cien cuchillos que me hirieran, y que todavía le dolían más a mi madre.

La prudencia me llevó a callar. No llegué a decirle quién es ese a quien ya amo; callé ese nombre amado que mi pecho quiere gritar porque tuve miedo. No me importó el disgusto de mi padre, ni el llanto de mi madre, no me importó nada de lo que vendría después, el castigo a mi osadía, la mortificación de los ruegos en la confesión pidiendo mi perdón a un Dios que sabe que le amo a él amando a Diego. No me importó mi obligación de hija, ni lo que le debo a mi padre... ¿soy mala, Meriem? Solo me importa el amor que siento por Diego Marcilla y el amor que él siente por mí, ¿soy desagradecida o indigna del cariño de mi familia? Sí que soy mala, amiga mía, porque, aun sabiéndome en ese pecado de ingratitud, no renunciaría nunca a sentir como siento.

Ese día callé y decidí esperar a tener la fuerza bastante para poderle desvelar a mi familia el nombre de ese que es mi destino.

Pero puede que pienses, como yo quiero pensar, que quizá el nombre de Diego Marcilla sea del agrado de mi padre, ¿lo crees tú también, Meriem? Yo lo quise creer y mantuve la ilusión de ello, pero Elvira me previno:

—Diego no tiene derecho al título de su familia... tu padre lo tendrá en cuenta.

Tiene razón, mi Diego no es primogénito, pero ¿qué valor tiene eso entre dos amantes? La valía de Diego está demostrada cien veces ante las gentes de Teruel, su valentía es sabida de todos, igual que su inteligencia y su alegría, es bondadoso, no tiene doblez, no es egoísta... la belleza de su rostro es reflejo de la belleza de su alma, y la fuerza de su pecho y sus brazos cuando me abraza es reflejo de la fortaleza de su carácter y sus convicciones. Me amará siempre y solo tiene un propósito en su vida: adorarme y hacerme dichosa. ¿Hay algún padre que no desee para su hija una fortuna así? ¿Qué padre podría rechazar la felicidad de su hija?

Así me animo y me consuelo, pues pronto hablaré con don Pedro de Segura y le revelaré el nombre amado y elegido por mi corazón. Debo hacerlo, pues Diego le enviará nota pidiendo una cita para solicitarle el derecho a verme delante de ellos y delante del resto del mundo. Diego no quiere esconderse más y, aunque las noches son muy dulces, por el día solo puede apostarse en las esquinas para verme pasar o fingir que nos encontramos en las fuentes de San Juan o en las misas de San Pedro. Quiere que seamos marido y mujer, y yo lo deseo también, aunque me siento ya su esposa por cómo le amo, sé que venimos desposados él y yo desde un tiempo anterior a este.

No podré vivir sin Diego Marcilla. Solo eso sé.

Ruego a Dios que mi padre no haya tomado decisiones o compromisos que tenga que romper, pues no quiero que por mi causa tenga descrédito o quede en ridículo, y por eso debo hablar con él, ya te lo he dicho, debo hablar con él para que conozca a Diego y me perdone por no ser la buena hija que él soñaba. Pero me cuesta, Meriem querida, y primero he de acabar los deberes que me impuso el prior de Santa María como penitencia, y cuando sienta conforme a mi padre y contento de nuevo, le

hablaré de Diego. Mientras tanto, como un nuevo brial con la tela que compró en Zaragoza para mí, y en cada puntada pienso en Diego y en que llegue pronto el ocaso para poder esperarle en mi jardín... ese ocaso que cada día tarda más en llegar, porque este mes de junio solo tiene deseos de luz, como él.

Para San Juan lo haré, ya te lo aviso, y volveré a escribirte, como ahora, añorando tenerte conmigo para que te alegres conmigo por mi alegría. No salgo a las celebraciones que no sean en la iglesia, porque ninguna de las jóvenes de alcornia lo hacen ya para no mezclarse con las muchas gentes que van llegando a Teruel y asumen los festejos como suyos para expresar así que están felices en nuestra villa. Las gentes huyen de las zonas fronterizas donde han vuelto los ataques sarracenos, porque ya no se desean más treguas entre los reyes, y por eso Teruel está creciendo, Meriem, los arrabales sobre todo, y hay nuevas casas intramuros con nuevos artesanos que se instalan porque crecen también las necesidades de los villanos. No deseo que se cumplan los presagios de guerra que se extienden por todo Teruel, porque la guerra no es buena, como dice mi madre, y deja muchas viudas, como dice la tuya... pero las noticias del mundo solo pasan por delante de mí sin rozarme, porque solo vivo pendiente del roce de los dedos de Diego los pocos minutos que ahora en verano podemos vernos a solas, o del roce de sus ojos cuando lo siento mirarme al pasar.

Escríbeme, hermana, aunque no sea carta entera para mí sola, escribe a esta casa y yo sabré entender entre tus líneas una palabra dirigida solo a mí, y con eso he de conformarme, pues estoy aprendiendo a ser prudente con lo que espero en la vida, Meriem, y me educo en la discreción de aceptar lo que otros quieran darme, porque siento que ya lo tengo todo, y no es de justicia esperar más de la vida cuando todo lo que se puede tener ya es mío. Reza a Nuestra Señora por mí, eso sí, como yo rezo por ti, porque sé que en Ella antes o después nos encontraremos, y mientras tanto quizá la urdimbre de los días y las cosas nos permita viajar, tú hasta Teruel o yo hasta tu monasterio, y abrazarnos una vez más.

Tu hermana en el alma,

Isabel de Segura

Viento en las ramas altas

Isabel mía, he pedido a nuestro amigo Esteban que te haga llegar esta nota, intentando que se mitigue mi desazón, pues no te he visto pasar desde hace tres días. Recibí tu mensaje para que no acudiera a tu jardín y no he vuelto a tener noticia tuya. Me dice Esteban que tu padre te obliga a estar en tu casa y que solo puedes escuchar misa en la capilla que hizo construir durante el invierno en su mismo aposento. ¿Qué ocurre, Isabel?, ¿estás bien? Es insufrible esta angustia de no poder verte, necesito mirar tus ojos y saber que aún me amas, y que nada te ha hecho cambiar tus sentimientos por mí. Temo que no exista impedimento de tu padre, temo que mi buen amigo Esteban no quiera que yo sepa que tú no deseas ya verme. No puede haber nada que se interponga en nuestro amor, ¿no es así, Isabel amada? Necesito verte pronto, así se lo he dicho a Esteban, y si él es el amigo que yo creo, así te lo habrá dicho. Y también que solicitaré entrevista con tu padre en los próximos días cuando ya tenga cumplidos mis veintiuno, la edad de un hombre con el pleno derecho ganado sobre su vida.

Veré a tu padre y le pediré su permiso para poderte hablar a la vista de todos y comprometerme contigo. Quiero que todos sepan que nos conocemos y que queremos ser el uno del otro. Ya somos el uno del otro, es cierto, Isabel, siempre ha sido así, pero no me conformo con que solo lo sepa la noche, o solo Esteban y Elvira. Y sé que tú también lo quieres.

Enviaré recado a tu padre y le hablaré de boda y de casa. Mi propia casa, Isabel. Nuestra propia estirpe. No quiero vivir sirviendo a mi hermano primogénito, ya se lo hice saber a mi familia. Quería calibrar convenientemente todas mis posibilidades, y ya he pensado cómo labrar mi independencia y qué tiempo será preciso hasta que pueda pedirte en matrimonio porque tendré ya una heredad que ofrecerte, además de mi vida, que ya es tuya.

No tengas susto, no tengas duda ni temor de nada, Isabel querida, pues la bendición de Dios ya la tenemos, porque si no, sería imposible amarnos tanto. Yo no tengo miedo, ni siquiera por el disgusto de mi padre al saber mi decisión de aceptar su precio por hacer mi voluntad, que es renunciar al apellido de mi familia, pero no podrá evitar que Teruel me conozca como hijo suyo, Diego hijo de Martín de Marcilla, y nadie podrá evitar que el mundo me conozca como Diego, el que ama a Isabel.

Envíame una nota, te lo ruego, o una señal de que estás bien y que pronto podremos vernos y hacer planes para ese futuro que nos espera.

Tuyo,

Diego

Isabel recibió la nota de Diego y la besó una y otra vez, feliz por sus palabras para ella, a pesar de la creciente congoja que sentía su pecho en los últimos días.

Después de su regreso, Pedro de Segura hablaba a cada momento de sus consideraciones sobre el futuro marido de Isabel, calibrando, según las conversaciones que había mantenido con tres nobles del reino, qué interés podía merecerle este o aquel. Isabel entendía sus comentarios como llamadas que su corazón le tendía para enfrentarse de una vez a su padre y decirle que no aceptaría casarse con nadie que no fuera Diego Marcilla, pero dejó pasar los días todavía sin decírselo al padre ni decírselo siquiera a él, para no tener que contarle, por tanto, que su padre estaba haciendo planes para ella. Eso hubiera llenado de inquietud a Diego, y no quería que nada enturbiara los momentos que pasaban juntos.

Pero finalmente tendría que hacerlo. Desde hacía muy poco, Pedro de Segura se había vuelto más estricto que nunca exigiendo el cumplimiento de los deberes de Isabel hasta el punto de negarle permiso para acudir a las celebraciones y romerías que con la entrada del verano y por San Juan se prodigaban en Teruel y sus arrabales.

Su más reciente prohibición había alcanzado incluso a su deber sagrado con los rezos en Santa María o San Pedro, obligándola a realizarlos en el oratorio familiar dentro de la casa. Aunque lo peor había sido cuando le ordenó que, sin paliativos, con el crepúsculo del día debía estar en el interior de la casa, pues ninguna muchacha casadera decente podía dejarse ver estando cerca la noche, ni por las calles ni siquiera en su propio jardín.

—Esta misma tarde, Elvira —me dijo Isabel, cuando descansábamos en su alcoba del calor de aquel día.

—¿En qué piensas, Isabel?

—Diego quiere pedir entrevista con mi padre, me lo dice en su carta, que va a iniciar los pasos para prometernos.

—¿Estás preparada entonces?

—Para amarlo a la luz del mundo, sí, estoy preparada, Elvira... pero, aunque Diego no fuera a pedirme a mi padre, yo tendría que hablar igualmente con él. Mi padre tiene que saber lo que guardo..., ya no puedo esperar más.

—Si es eso lo que te dicta el corazón, estaré contigo, Isabel.

—Debo hacerlo, aunque así le desvele a Diego que mi padre negocia candidatos para ser mi esposo, y sé que eso le va a inquietar, pues ninguno de

ellos es él. Pero antes o después mis padres tendrán que enfrentarse a la verdad... mi verdad.

Apenas habían salido del oratorio y se disponían a tomar el último alimento del día, Isabel les rogó que la escucharan. Pedro de Segura, que no se esperaba la firmeza de su hija, accedió, sin embargo, haciendo una seña a Sofra y Harome para que salieran de la cocina.

—Habla, hija mía —le dijo Pedro de Segura, frente a ella en los asientos junto al hogar.

—Debes saber, padre mío, que me mueve para hablarte la gratitud que siento por todos los bienes que siempre recibo de ti.

—No pienses en insistir para que puedas acudir a las romerías del verano.

—No insistiré en ello, padre, porque el motivo de estar aquí es otro y el principal, pues he aprendido a ir con la verdad por delante y así me veo empujada a ello.

—¿De qué verdad hablas?

—Que no es preciso que negocies marido para tu hija, porque mi corazón ya sabe quién es el esposo que prefiere.

Ysela se tapó la boca con las dos manos, sollozando.

—¿Qué dices, Isabel? —atronó el padre.

—No quiero causaros disgusto, padre, os ruego que me perdonéis como lo haría Dios, porque estoy convencida de que es por Él por quien soy capaz de comprender que estoy amando ya.

—No te consiento que me hables así, Segura. Doblaré tus obligaciones y te juro que no vas a salir de esta casa hasta que yo lo decida, pero ahora mismo cállate.

—Te obedeceré, padre, como siempre te he obedecido, pues no debes tener duda de mí y de mi respeto por tu apellido y por nuestra familia. Pero mi corazón...

—A tu corazón lo doblegaré a palos si es preciso.

—No podréis.

Pedro de Segura ya se levantaba enfurecido, pero Ysela lo contuvo poniéndose delante de él.

—¡Deja que hable!

El de Segura miró a su mujer.

—¿También tú, mujer?

—También es mi hija. Solo te ruego que ella pueda hablar porque nosotros

necesitamos saber qué es lo que ni con nuestro cariño ni con nuestra disciplina hemos podido evitar.

Pedro de Segura se sentó de nuevo, abatido como nunca lo había visto su familia. Ysela, con los ojos llenos de lágrimas, miró a Isabel.

—Amo a Diego Marcilla, padre mío.

Este levantó los ojos, al tiempo que Ysela se cubría de nuevo el rostro con las manos.

—El segundo Marcilla... —musitó el padre, incrédulo—. Un segundo de una familia arruinada. Un segundo que no tendrá derechos de título de una nobleza ya sin brillo... ¿es ese el que tu corazón prefiere?

—Es Diego, hijo de Martín de Marcilla, independiente, turolense de nacimiento, como yo, padre mío. Y sí, es el que mi corazón y mi alma han elegido para mí.

Pedro de Segura se levantó de nuevo del bancal, mirando a Isabel y sin hacer caso del llanto de su mujer. Hinchó el pecho y se atusó la sobrecamisa.

—Muy bien, hija mía. Olvida ese nombre y olvida que alguna vez pensaste que podría contar para algo tu capricho. No hay nada más que hablar. Nunca aceptaré a ese segundo Marcilla como esposo para ti.

—¡Padre, te lo ruego, amo a Diego!

Pedro de Segura propinó una sonora bofetada a su hija. Ysela se abalanzó sobre él, sujetando su brazo, con un grito.

—Es indecente que una hija le diga a un padre lo que tú acabas de decirme, Isabel. No quiero volver a escucharlo de tu boca, o volverás al convento de Navarra, de donde no tendrías que haber salido hasta que hubiera ido a buscarte tu marido.

En ese momento un empleado del concejo golpeó la puerta con un recado para Pedro de Segura, y sin decir nada más, salió al patio de la casa para escuchar lo que traía el hombre. Pidió a Sofra su cinturón y su bonete de dignidad y salió sin más palabras.

Isabel lloró toda la noche, y hasta casi el alba no aceptó hablar con su madre, desconcertada replegada en un sillón a los pies de su lecho, como cuando había velado su fiebre aquellos meses de su infancia en que creyó que podía perderla. Ysela se retorció las manos y de vez en cuando lloraba también, creyendo que esta vez sí la había perdido ya.

Cuando sintió que Isabel había quedado dormida, se acercó y acarició su frente, hundida en la cabecera del lecho.

—Madre... —murmuró Isabel, agotada—, no quiero vivir si no puedo amar a Diego.

—Hija mía, ten paciencia, habrá remedio, reza a nuestra Virgen de Gracia, ella nos ayudó a las dos cuando estuviste con las fiebres.

—Ahora no estoy enferma, querida madre. Ahora me siento morir si no puedo estar con él, y necesito que aceptéis el amor que Diego Marcilla me inspira.

—Entiende también a tu padre, yo te lo ruego. Toda su vida ha sido amasar una cuantiosa fortuna pensando en el mejor matrimonio para ti, el que te dará rango de noble de este reino, Isabel, y tus hijos...

—El título más alto al que aspiro es al de esposa de Diego Marcilla.

—Él no tiene nada, Isabel.

—Tiene mi amor, y mi respeto, y mi vida.

—Pero no tiene lo que puede hacerle valioso ante tu padre y esta familia: no tiene fortuna, no tiene apellido de derecho, solo el que le otorga su procedencia..., ¿no lo entiendes, Isabel? Ese hombre no puede merecerte, porque no tiene nada para ofrecerte. La ley le obliga a servir a su hermano mayor y renunciar a su propia descendencia.

—O puede decir no a esa ley y establecer su propia casa y su propia estirpe.

—Dios mío, Isabel...

—No sería el primero, madre, otros se han forjado su propio apellido.

—Isabel, no estarás pensando en que eso sea lo que a ti te conviene, ¿te imaginas, hija mía? Tú no puedes ser la mujer de un hombre sin fortuna, sin...

—¿Cómo puede ser que su valía la indique haber nacido un año después que su hermano? —Se rebeló Isabel sollozando de nuevo—. ¿Cómo puede ser que mi amor pueda tener el precio de un título?

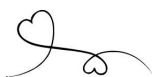
—No pienses así, Isabel, no pienses más, te lo ruego, duerme, duerme...

—Nada cambiará dormir. Te ruego que al menos tú aceptes mis sentimientos.

—Tampoco eso cambiará nada, Isabel. Tu padre tiene su decisión tomada. Tiene excelentes relaciones con la familia de los Azagra.

—¿Qué...?

—Fernández de Azagra, el señor de Teruel, es gran aliado suyo en el pacto de matrimonio que ya ha estudiado con el primogénito de los Azagra que proceden de Albarracín.



Aquel domingo después de la misa en Santa María el pregonero concentró a todos los vecinos en el atrio de la iglesia para comunicar un bando emitido por el concejo y a continuación se celebró reunión. El rey Pedro había enviado instrucciones a sus nobles y señores desde Francia, donde estaba de nuevo para controlar de cerca las relaciones de Raimundo de Tolosa y Simón de Montfort, en cuyo castillo estaba su hijo el príncipe Jaime. En los mentideros no oficiales, se decía que también le había llevado allí una nueva batalla de la guerra que mantenía con su esposa doña María. La reina consorte había aprovechado la estancia de los legados papales en territorio francés para pedir su apoyo contra el esposo.

El califa almohade Miramamolín al-Nasir había proclamado guerra santa contra los cristianos y estaba cruzando el mar hacia la península ibérica con ejércitos reclutados desde sus posesiones en Mauritania. Se sabía que había comenzado concentración de tropas en Sevilla y se avisaba del riesgo de posibles avances en los territorios fronterizos del sur aragonés.

Por orden real, se avisaba a los habitantes de la villa que estuviesen preparados, con sus armas dispuestas y pendientes de que hubiera llamada en cualquier momento para acudir a defender la frontera de Valencia y la de Cuenca. Se redoblarían las vigilancias en la muralla y se aumentarían los guardias en los arrabales y las haciendas extramuros de la villa, preparados para cualquier amenaza. Recordaban muy bien la caída de Calatrava después de muchos meses de asedio.

El alcaide Pedro de Segura se concentró en las tareas de su cargo organizando el cumplimiento de las ordenanzas estipuladas para las situaciones de emergencia. Quizá la vida tranquila y próspera en Teruel hubiese acabado, y la dura realidad de vivir en la frontera del reino hubiese ya alcanzado a sus habitantes. Pero los que habían fundado Teruel ya eran viejos y no podían hacer la guerra, mientras que los ya nacidos en Teruel no tenían experiencia de ella ni conocían sus consecuencias. Los notables del concejo, guiados por el señor de Teruel por designación del rey, decidieron adelantarse creando cuadrillas de entrenamiento para prevenir la falta de formación militar de los habitantes. Esta situación especial ayudó a Pedro de Segura a justificar su renovada exigencia de que Isabel se mantuviese siempre bajo estrecha vigilancia y en casa.

—Si no permitís que Isabel sea vista en las Danzas del Toro, los vecinos de la villa pensarán que tiene algo que ocultar —le comentó Ysela a su esposo.

Pedro de Segura dudó un momento.

—La celebración de la fundación de la villa debe estar presidida por las familias importantes, nunca ha faltado la vuestra, esposo, tendremos el lugar reservado en el estrado de la plaza y en la misa de después. Habréis de explicar por qué faltamos las mujeres de tu casa al homenaje debido a nuestra ciudad. Como alcaide, deberíais tenerlo en cuenta...

—Está bien —replicó el de Segura—, no insistas, mujer, nada tiene que cambiar a la vista de los otros.

Ysela sabía muy bien que su hija aprovecharía la ocasión para cruzar su mirada con la de Diego Marcilla, pero ¿qué podía hacer?

—Elvira, pupila... —Me había llevado con ella a la bodega con la excusa de subir algo de vino—. No puedo ver sufrir a Isabel y no puedo desobedecer a mi esposo, porque actúa de buena fe, ¿lo entiendes?

—Sí, dueña, lo entiendo —respondí.

—No quiero saber si mi hija intenta hablar con ese hombre, y no haré nada por impedirlo, ¿me entiendes también ahora, Elvira?

—Sí, Ysela, sí.

—Te dejo a ti su custodia, como siempre, pero esta vez has de velar especialmente por su bienestar y que no haga nada de lo que pueda arrepentirse.

—¿De qué podría arrepentirse, señora?

—De amar demasiado. Ella quizá no pueda evitar amar a ese hombre, pero tampoco podrá evitar obedecer a su padre, y lo tiene que comprender, por su bien y por bien de su familia. ¿Se lo vas a decir así, Elvira?

Así se lo transmití a Isabel. No contestó. Le entregó una notita a Esteban haciéndole saber a Diego que podrían verse en la fiesta de las Danzas del Toro, cuando él cumplía sus veintiún años.

Podía sentir en mi piel la ansiedad de la piel de Isabel, erguida, mirando al frente buscando la mirada de Diego Marcilla.

Diego volvía a vestir la piel de toro encarnando al mítico Apis descubierto por los caballeros del rey Alfonso, y el gentío agolpado en la plaza del Mercado lo vitoreaba esperando ver su salto sobre la envergadura del animal. Sería la última vez que participara en la danza del toro, así se estipulaba, que los hombres a partir de su mayoría de edad dejasen su lugar frente al toro a los más jóvenes que debían ser iniciados en la proeza.

Isabel evocó aquella primera vez que Diego, el hombre en que se había convertido, se hizo manifiesto a sus ojos y él la había mirado desde la media luna de las astas del toro. Ahora su piel erizada era por todo lo que no podía decirle, por ese miedo que de pronto se había apoderado de ella, el miedo a que la vida no aceptase su amor como posible. Diego Marcilla arrancó nuevos suspiros a la gente que abarrotaba la plaza y se amontonaba sobre los carros y los troncos cruzados para limitar la carrera del toro bravo. Estaban todos los habitantes de las aldeas aledañas, de los arrabales, todos los vecinos de la villa y los transeúntes y mercaderes llegados con motivo del verano y los festejos. Teruel cada día se hacía más populosa y la amenaza de la guerra almohade había aumentado el número de personas que ya no se marcharían. Todos admiraron la belleza de Diego Marcilla mirando al toro bravo como si se conocieran desde antiguo y todos, también Pedro de Segura, vieron su brazo estirado y su mano señalando a la estrella que el toro buscaba, señalando a Isabel de Segura, cuando asomaban las primeras luces del crepúsculo en el cielo.

Al caer la noche mientras volvíamos a casa Isabel esperaba de nuevo que los ojos de Diego le salieran al paso, pero no fue así. Esteban, con una excusa para darle un recado a don Pedro, les acompañó hasta la casa y se acercó a ella, como un hermano interesado en saber si se había divertido, y le dio una nota de Diego.

Isabel de mi vida. Hoy mismo he cursado una petición de cita para tu padre, porque quiero hablarle, que mire en mis ojos la verdad de lo que siento por ti y la firmeza de mi voluntad para ser digno de ti y de su consideración. Le juraré que mi vida es para ti y para procurarte la dicha que mereces. No quiero que nos veamos a escondidas, nuestro amor está bendecido por Dios y tiene que ser también bendecido por los hombres. Quiero tener derecho a visitarte a la luz del día y en presencia de tu madre y las mujeres de tu casa, y quiero tener derecho a poder negociar con tu padre sus condiciones para desposarte. Te juro por la roca donde se posan los pies de Nuestra Señora que nada deseo más que estar cerca de ti y verte y que me sonrías. Ahora cuando recibes esta nota, ya me habrás visto saltar frente al toro, y te habré mirado detrás de la máscara enviándote en mis ojos todo mi amor y mi determinación para poder estar juntos como manda nuestro Dios.

El que te ama,

Diego de los Marcilla

Pedro de Segura rechazó la solicitud de cita de Diego Marcilla, malhumorado, alegando los muchos asuntos de los que tenía que ocuparse; como

alcaide, estaba muy ocupado preparando las cuadrillas de prevención. Ysela le advirtió, sin embargo:

—¿Qué motivo podrás justificar ante Martín de Marcilla si te pregunta por qué te niegas a recibir a su hijo?

—Es bastante con decirle que no puede dirigirse a mí siendo el desheredado de tu familia, y sin venir avalado por su padre o su hermano primogénito. Pero estoy seguro de que ni siquiera habrá consultado con su padre el formalismo conveniente. ¡Cree que puede saltarse todas las normas!

—Es un nuevo tiempo, una nueva generación de hombres...

—La vida siempre es la misma, y la guerra siempre es la misma también —replicó el de Segura—. Las normas son para sobrevivir. Se empieza por no seguir las normas de la vida y se acaba en las garras de tus enemigos sucumbiendo a su ley.

—Pasa el verano y no se conocen escaramuzas de los sarracenos —dijo Ysela, intentando aplacar a su esposo.

—Persiste el riesgo de la guerra, y que no haya escarceos significa lo peor, mujer, que guardan sus fuerzas para una batalla importante.

—Dios mío...

—He devuelto la carta de Diego Marcilla a su recadero, que lo sepas y que lo sepa así nuestra hija, devuelta sin más y sin abrir, para que entienda que no he querido saber nada de lo que pueda decirme.

Pero Diego Marcilla envió nueva misiva a Pedro de Segura, esta vez a la casa del concejo, donde uno de los oficiales a su cargo se la entregó en mano.

Esta vez su enfado era manifiesto al volver a su casa. Isabel le esperaba en el patio, acompañada por su madre, y le rogó su atención.

—¿Qué pretendéis las dos? —protestó al verlas—, ¿que todo Teruel os oiga? ¡Vamos dentro!

—Padre, te imploro que recibas a Diego Marcilla.

—Ese indigno me ha incomodado enviándome una nota al concejo, ¿quién se ha creído que es?

—El que me ama.

—¡Te prohíbo que hables así, Isabel, te lo he prohibido...!

—¡Por favor, os lo ruego! —intervino Ysela—. Hablemos, hablad los dos... es necesario hablar, esposo. Diego Marcilla no va a renunciar a verte, y antes o después las otras familias de Teruel van a murmurar y será peor.

—¿Peor que prestar oídos a un insolente que no sabe cuál es su lugar? Ese

hombre irreverente y falto de respeto no es nadie. Ha pedido su independencia, ha desafiado a su propio padre desobedeciendo sus compromisos familiares, ha contravenido las normas de los fueros heredados y abandona a su hermano primogénito sin importarle la ayuda que le es precisa para mantener la casa Marcilla y el futuro de su apellido.

Ysela se sentó abatida en el banco más cerca de la puerta a la bodega. Todo parecía empeorar a cada momento que pasaba. Diego Marcilla estaba rompiendo con todos los límites y las normas de lo estipulado. Vino a su mente el primer día que pisó Teruel y escuchó el llanto de aquel recién nacido, ese recién nacido que era Diego Marcilla cruzándose en sus vidas como un presagio, saliéndoles al encuentro como había hecho ya siempre. Diego Marcilla tenía la fuerza de ese toro bravo al que había mirado a los ojos tantas veces. No volvería a haber otro como él, todos en Teruel lo decían y lo dijeron el día de las danzas, cuando él entregó la máscara a otro joven que tomaría su lugar iniciándose en el camino de transición de muchacho a hombre. Diego Marcilla no renunciaría a Isabel, como no cejaría ante nada que se pusiera en su camino, lo proclamaba a los cuatro vientos su bizarría y el movimiento de todo su ser.

—¿No lo sabías, mujer? —apostilló el de Segura—. Ese Marcilla ha dicho que va a hacer casa propia, y ha desairado a su padre, se ha enfrentado a su hermano y ha acudido al concejo para pedir préstamo y tierras con su propio nombre.

Ya todo Teruel conocía la discusión que Diego Marcilla había mantenido con su hermano Sancho al negarse a las condiciones de su primogenitura. Sancho Marcilla, incapaz de someter al hermano, le había culpado de traerle la ruina en el futuro, pues no sería capaz de sacar adelante los negocios y las tierras de la familia si no le daba su apoyo. La contestación de Diego había dado la vuelta a la villa:

—Un hombre trae dos destinos: uno que le busca y otro que es capaz de encontrar él. Yo quiero encontrar el mío, y debo empezar por saber lo que soy: libre, hermano.

Era la primera vez que el hijo de una familia de importancia en Teruel decidía desgajarse del apellido y crear su propio linaje, y se había comentado ampliamente en los órganos del gobierno de la villa, para poder estipular las leyes con que se debería responder al segundo Marcilla y deliberar si tenía derechos de tierras y préstamos de fondos y hombres.

—Está en mi mano la decisión —sentenció Pedro de Segura.

—¿Qué queréis decir, esposo?

—Que mi función de alcaide me capacita para decidir si se le otorga a Diego Marcilla el derecho que pide o se le obliga a que acate la normativa, en cuyo caso, si no acepta, deberá exiliarse.

Isabel sintió un golpe en el pecho y una garra que le cortaba el aliento. Diego estaba luchando contra el mundo, y el mundo podía aliarse en su contra. Había vuelto el miedo a su garganta, ese miedo a que la vida no estuviese de su lado, un miedo sordo y agobiante a que Diego no pudiera conseguir lo que deseaba desde lo más profundo de su corazón.

Haría cualquier cosa por ayudarle.

—Os lo ruego, padre mío —se adelantó Isabel entonces—, padre, perdóname en lo que os haya ofendido, nunca ha sido mi intención, escuchadme.

—¿Por qué tengo que escucharte, Isabel? —se resistió el de Segura.

—Porque deseo ser una buena hija, y os lo quiero demostrar.

—Entonces obedéceme como tu padre.

—Sí, padre, yo os obedeceré, y vos veréis a Diego Marcilla.

—¿Qué?

—No podéis tener queja de mí, padre mío, siempre he cumplido vuestra voluntad, solo os ruego que atendáis a Diego Marcilla en su petición de independencia, y que no le perjudiquéis...

—Es eso entonces...

—Sí. Permitid que el concejo apruebe su autonomía y dadle tierras y derechos de nueva casa, porque es lo que él ansía.

—Y tú obedecerás lo que yo decida para ti.

—Os ruego padre mío que tengáis en cuenta que también sería una buena reputación para vos que yo ingrese en un monasterio de hijas nobles y de fortuna.

—¡Isabel! —sollozó Ysela—, ¿qué dices?

—No es cuestión de decidir eso ahora —rechazó desconcertado Pedro de Segura—. No me opondré a hablar con Diego Marcilla como tú me pides, porque podré informarme de sus intereses de independencia y, al fin y al cabo, necesito los datos para la reunión con el concejo... pero no consentiré en hablar con él de sus intenciones hacia ti. Con eso, es suficiente, Isabel, no me pidas más, y no sigas cavilando cosas que inquietan a tu madre. Has dicho que me obedecerías y es eso lo que has de recordar.

Al día siguiente, Isabel pidió a Esteban que le trajese bayas del huerto para

completar el guiso a su cargo y le dio la cesta como si fuera para recogerlas, pero en su interior estaba la bolsita disimulada entre los mimbres con la carta que debía entregarle a Diego.

Diego amado, necesito hablar contigo. No soporto la espera de tus noticias, ni soporto no poder verte y sentir tu mirada sobre mí. Todo a mi alrededor se desmorona y preciso de ti para sentir que no hay peligro de que me aplaste y me destruya. Si no te veo no tengo fuerzas para seguir.

Quiero que hablemos y que, aunque deba ser en secreto todavía, tus manos acaricien mi rostro y sentirme de nuevo segura y feliz porque tú me sigues amando a pesar de las dificultades. Acude esta noche después de la última campanada donde siempre en mi jardín, pues mi padre tiene obligaciones que cumplir con los vigilantes de la muralla y estará ausente hasta el alba. Ven, por favor, donde siempre, y sentiré que todo es maravilloso como siempre entre nosotros. Allí te espero.

Isabel

Dime si mañana volverás

Mi vida gira en torno a él, siento el mundo pequeño frente a mí, nada de lo que ocurre en él me importa. El verdadero mundo está en mí sintiéndolo a él. Solo eso me importa, lo que vivo por él, lo que viene de él, porque todo lo tengo en él, el tiempo, la ilusión de cada día, todo en mí es él. Le necesito. Estoy viva porque siento la vida que él me trae por lo que siento y con lo que siento gracias a él.

Diego amado, amigo, amor mío, no me interesa la vida si no puede ser contigo. Aceptaré la forma en que sea tu amor, y aceptaré todo lo que él me traiga. Solo por eso viviré y solo es eso lo que me retiene aquí.

Se lo confesé así. Diego vino a mi cita, ya me aguardaba entre los arbustos cuando atravesé los macizos de adelfas hasta la esquina de la espesura. Salió de las sombras a mi encuentro y nos hundimos en un abrazo emocionado y ansioso. Un abrazo que era mi porción de vida una vez más. Susurré que le amaba mientras acariciaba el mentón poblado de su barba suave y su cabeza, y volví a besarle una y otra vez, buscando su perfume y sus labios sobre los míos.

—Cómo puede ser que te necesite tanto, Diego..., cómo puede ser que mi alma te añore tanto, amado amigo mío, Diego Marcilla...

—Isabel, ya no podía esperar más, también necesitaba verte.

—Sin embargo, no viniste a mi encuentro la noche de la danza con el toro, ¿por qué?

—Ya te lo expliqué en mi carta, no quiero que nos veamos a escondidas, Isabel, ya no puedo más..., no debemos ocultar nuestro amor, ya no soporto no poder proclamar en voz alta que te amo y me amas, ¿no lo comprendes?

—Lo comprendo, sí, pero yo estoy dispuesta a cualquier forma que haya para estar juntos y, mientras no podamos decir en voz alta todo lo que nos amamos, no quiero renunciar a verte, porque te extraño mucho y aún soporto menos no poder verte, aunque sea en esta oscuridad.

—Tú y yo siempre estaremos juntos, Isabel mía.

Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y podían distinguir la mirada firme y enamorada de Diego, el brillo de sus ojos mirándome.

—Tengo miedo —le confesé.

—El miedo no existe, no lo aceptes en tu corazón, amor mío, no tengas miedo de nada.

—Tengo miedo de que las leyes de la vida nos impidan...

Diego puso sus dedos sobre mis labios.

—No lo digas, no lo digas, Isabel, ni pienses que haya algo que nos pueda separar.

—¿Y si existiera?

—Hemos de ser fuertes. Estaremos juntos siempre. Solo hay que ir superando paso a paso los miedos de los demás.

—¿Su miedo a... nosotros?

—Sí, a lo que representa nuestro amor.

—El amor de verdad, Diego.

—Y la libertad de vivirlo, y la voluntad de luchar por él —respondió Diego tomándome con fuerza las manos, esa fuerza maravillosa de su piel en la mía—. Somos muy afortunados por habernos encontrado, Isabel, y somos muy valientes por haber decidido recorrer el camino marcado por nuestro amor, aunque las costumbres quieran impedirlo.

—Las costumbres son leyes, Diego, obligan a la obediencia, y no importa lo que quiera hacer la voluntad de tu corazón.

—Voy a hablar con tu padre, se negó la primera vez, pero ahora no se va a negar, y verá que mi fuerza es garantía de la seguridad que le daré a su hija.

—No hablará contigo de mí.

—¿Por qué entonces...?

—Hablará de tus gestiones para independizarte de tu familia, y de tus derechos como turolense para hacerte con tierra propia... y de esos asuntos que a él le justifican poderte atender y que nadie se lo reproche.

—Pero yo le hablaré de ti.

—Diego, huyamos juntos —exclamé entonces, sintiendo ese nudo que aprisionaba mi garganta.

Sentí el desconcierto de Diego en ese brillo que temblaba en sus ojos, sin poder decir nada.

—Quiero que nos marchemos —repetí—, tú y yo, Diego, vamos a huir juntos, nadie sabrá dónde, no podrán encontrarnos, iremos a cualquier ciudad

grande del reino, nos inventaremos nuevos nombres, seremos marido y mujer a los ojos de todos y construiremos nuestra vida juntos.

—Eso es imposible, Isabel.

—¿Por qué?

—Sería condenarnos a la vergüenza para siempre, seríamos unos proscritos siempre huyendo y moviéndonos en las sombras.

—Pero no saldrían a buscarnos. Nos olvidarían, unos avergonzados y otros rabiosos, pero nos dejarían en paz y podríamos estar juntos y libres.

—No, Isabel. Nuestro amor no tiene que esconderse, ni tiene que huir. Nuestro amor tiene que afrontar y superar los problemas y la vergüenza o la rabia de los que todavía no comprenden que no se le pueden poner fronteras. Pero verán que este amor es un paso adelante del mundo, nosotros se lo haremos comprender y podremos vivirlo a la luz, respetados y aceptados por todos. ¡Isabel, no debemos huir, eso sería negarnos a nosotros mismos!

—Mi padre nunca aceptará nuestro amor, ¿no lo comprendes? ¡Él no permitirá que tú le hables de mí, ni que pienses en mí como tu esposa!

Diego respiró despacio.

—Tendrá que aceptarlo, Isabel.

Acaricié su rostro con mi mano, sintiéndome de pronto infinitamente triste.

—¿Y si no lo acepta, Diego?

—No huiremos, Isabel. Nos amaremos aquí, en Teruel, por derecho propio y todos nos verán como ejemplo de honestidad y firmeza, defendiendo la razón de este amor, que ocurre porque Dios lo quiere. Antes o después, si tu padre te ama, tendrá que aceptar que tú y yo somos uno.

Refugié mi cabeza en el hueco amado de su cuello, para sentir su respiración junto a la mía y su latido junto al mío. Diego me estrechó con sus brazos y busqué su boca para ese beso que siempre calmaba mi angustia y era mi paz.

—No quiero tu lejanía, Diego... —le dije entonces—. No me importa cuándo hables ni lo que decidas con él, pero no puedo dejar de verte cada día, Diego, cada día, sea en la luz o sea en la sombra.

Cuántas veces he llorado después de aquella noche, cuántas lágrimas he derramado recordando aquel miedo descubierto que era el aviso del sufrimiento que el futuro me traía... Fue después de aquella noche cuando recuperé mis cálamos y los lienzos en blanco, esa necesidad de volcar en ellos la infinita soledad que se cernía sobre mi alma, el presagio de la negrura que iba a vivir.

Cómo podía ser que mi alma le añorase ya tanto, cómo puede ser que le siga necesitando tanto y aún siga viviendo si juré cientos de veces que no podría vivir sin él, sin poder tocarle ni abrazarle, sin besarle, sin esperanza de volver a sentir sus labios en los míos.

Diego se entrevistó con mi padre y todo Teruel lo supo, que Diego Marcilla se rebelaba a su condición de segundo y que aspiraba a ser marido de la heredera Segura.

Temí que Diego faltara a su cita conmigo esa noche, pero también se enfrentó a mis lágrimas.

—Ha llegado el dolor que tanto temía...

—Lo que cuesta da el valor de lo que se consigue, Isabel, no llores, te lo ruego. Es natural que tu padre se asegure de que su hija tenga lo mejor.

—Te ha rechazado, Diego, y tú eres todo y lo único que es lo mejor para mí y yo quiero.

—No le guardo rencor.

—Pero...

—Haré las cosas a su modo, Isabel —me dijo Diego, gravemente—. Serán mi padre y mi hermano primogénito quienes solicitarán cita con tu padre demostrando que mi familia no me repudia. Ellos le pedirán formalmente que tú y yo podamos hablarnos con su permiso.

—Ojalá accedan, Diego amado, ojalá te quieran tan bien que hagan eso por nosotros.

—Todo Teruel sabe que te pretendo y que te amo.

Levanté mis ojos hacia él y sonreí. Diego también sonrió secando mis lágrimas con sus dedos. Habíamos bromeado muchas veces pensando en cuando Teruel supiera que nos amábamos. No podría ser de otro modo, que el toro bravo buscase a su estrella y la llamase y la quisiera alcanzar.

—Todo Teruel entiende que tenía que ser así —dijo Diego—, ¿recuerdas que siempre decíamos que el toro y la estrella estaban destinados a encontrarse y que todos los comprenderían?

Asentí.

—El toro bravo la busca en el cielo y ella acude a su llamada —respondí—. ¿Llegan a tocarse, Diego?

—En aquella primera noche de la fundación de nuestra villa, los caballeros veían al toro bravo en lo alto del cerro y la estrella reposaba en su frente. En el principio se tocaban, Isabel, y por eso ahora los intentos de volver a tocarse solo

son por el recuerdo que guardan y porque ese es su verdadero sino, volver a estar juntos.

Entonces, como siempre, Elvira hizo una seña para la despedida. Esa despedida cada día más difícil y más injusta para mi alma. Una despedida que partía en dos mi piel y me dejaba ese vacío infinito inundándome la boca del estómago, un vacío negro que podía engullirme.

No podía recuperarme de su separación, aun sabiendo que volveríamos a encontrarnos a la noche siguiente. La extrema añoranza de su cercanía detenía mi vida y me doblaba la cintura, no podía respirar, me costaba un esfuerzo inmenso cada exhalación de mi aliento, porque me ahogaba por dentro sin él. Así sería siempre... un horrible presentimiento casi me derrumbó.

—Isabel, apóyate en mí, descansa un momento. —Elvira me sujetó cuando entrábamos al patio de la casa.

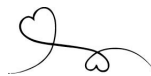
A ella no podía engañarla. Ahora sé que ella ya había visto la misma negrura como un presagio que yo sentí.

—No renunciaré a tener a Diego... —murmuré, apoyada en su hombro.

—Lo sé muy bien, Isabel querida.

—Moriré, Elvira... puedo morir si no tengo a Diego. He visto la negrura de mi propia muerte detrás del vacío.

Elvira me abrazó fuerte.



Cuando regresó mi padre todavía estábamos terminando de preparar las labores del día siguiente. Me esforzaba por sujetar las vasijas con mis manos y varias veces estuvo a punto de caérseme alguna, desfallecida como me sentía, sin fuerzas y sin ganas de asir la vida. Habíamos trabajado en silencio; mi madre evitaba mirarme y Lupa intentaba arrancarme respuestas a sus preguntas cariñosas.

Mi padre se acercó a la gran mesa, sin quitarse siquiera los guantes ni el cinto, y se quedó en pie mirando hacia donde estaba mi madre.

—He recibido noticia de mi socio don Pedro Fernández de Azagra, el señor de Teruel —dijo, sin mediar saludo—. Después de la siembra en la próxima primavera vendrá a Teruel acompañando a su protegido, el heredero Azagra de la línea de Albarracín, que desea conocer a nuestra hija.

—No podré amarle, padre —contesté con un hilo de voz.

—No hace falta, hija mía. Te empeñas en ideas nacidas en los libros que no son propias de una mujer decente, pero tú sola te irás convenciendo de las cosas y de tu conveniencia en la vida. Dijiste que me obedecerías. Yo he cumplido mi parte del trato; ahora te toca a ti.

—¿Ya has hablado de compromiso, esposo? —preguntó Ysela.

—Hablares de ello cuando sea preciso, pero vendrá con esa idea. Se instalará en la residencia de Fernández de Azagra, junto a las casas del concejo, y se harán las cosas sin prisa, con buen juicio.

El último verano

Al abad don Fernando, infante de Aragón, de Diego Marcilla de Teruel, su amigo:

Fue un magnífico regalo recibir a tu mensajero, infante amigo, con tu enseña abacial dirigida a mí. La noticia corrió de boca en boca por esta villa y gracias a tu capricho de amistad gocé de esa gloria que entre las gentes te hace envidiado, al menos por un día. Hubiera sido motivo de muchas bromas entre nosotros, de haber estado tú aquí, ver juntos la reacción de muchos notables y gentes de importancia de esta villa cuando fui reclamado por el juez mayor de Teruel, en presencia de todos los merinos y altos cargos de la villa. Solo a ti se te podía ocurrir que me fuera entregada tu distinción en un concejo público. La luzco, para tu información, sobre mi mejor jubón y cuando venga el frío la llevaré sobre la capa, para que nadie olvide que gozo de tu amistad.

Me dices en tu carta que son muchas las obligaciones de tu cargo al frente de los noventa y dos lugares e iglesias que son los derechos de tu abadiato, pero te presentí conforme y alegre en el tono de tus frases, y mi ánimo se quedó contento por ti.

Sigo luchando por mi sueño, si a esto te referías cuando me preguntabas por el mío, querido don Fernando. A veces tengo tentación de creer que no sea cierto que puedo domar la vida a mi deseo, pero entonces pienso que en realidad debo domar ese mal pensamiento y seguir resistiendo y rezando como tú seguro que lo haces, para que Dios me siga ayudando. Es mucho tener certeza como tengo de que mi niña Segura me ama con la misma fuerza y firmeza que yo la amo a ella, y con eso vuelvo a tomar aire y se conforma mi ánimo y sigo luchando para que las convenciones impuestas puedan abrir algún resquicio a ideas y deseos nuevos. Pues me está costando mucho, amigo, y ahora me veo abocado a encontrar la forma de demostrar que merezco por derecho y por poder ser el marido de Isabel de Segura. Tú sabes quién soy, y debo conseguir que lo sepa también la familia Segura.

Pude hablar con Pedro de Segura, Él y yo, era necesario. Solo tengo lo que soy para que él comprenda de qué manera amo a su hija. Yo sé que no me desprecia. Como yo no le desprecio a él, Fernando. Le respeto. Y le miré de frente, como solo sé mirar a la vida.

—No significa nada para mí que ames a mi hija, segundo Marcilla —me dijo, sin más, cuando le pedí a Isabel.

—Para ella sí tiene significado, don Pedro. Yo pienso en ella cuando juro que todo el sentido de mi vida es procurar su felicidad.

—No existe felicidad si no existe bienestar, y tú no tienes nada para procurárselo. El amor se debe a Dios. Es una indecencia que hables del amor en otros términos que no sean esos.

—Deseo ser el marido de vuestra hija, don Pedro, amándola como Dios quiere que yo la ame.

Pedro de Segura apretó los puños, conteniendo su cólera:

—Cállate si no quieres que llame a los guardias y te despache de aquí —masculló con rabia—. Puedo encarcelarte si me parece ahora mismo, porque eres un desheredado, no lo olvides, Marcilla. Conmigo no te valen las hazañas frente al toro bravo que tanta fama te han dado en esta villa. A mí

no me engañas, crees que por mirar a los ojos al toro o por ser amigo del hermano abad del rey puedes elegir esposa a tu antojo, como hace el mismo rey, y luego tener las concubinas que te vengan en gana.

—Jamás, señor. Y no soy un desheredado. He pedido la independencia a mi padre porque quiero mi propio linaje y defiendo mi derecho a tener mi propia familia.

—No con mi hija. Mis nietos no serán los hijos de un segundo con argucias para engañar a la hija del hombre más rico de Teruel.

—Es eso, don Pedro, creéis que busco vuestra fortuna, y no es así. Yo haré mi propia fortuna. Negociaré con mi padre y con mi hermano Sancho mi derecho a la parte del uso de mi apellido que me corresponde y trabajaré, como siempre he hecho, pero el fruto de ese trabajo será para mí, y mis ideas para emprender negocios serán para mi propia prosperidad, la mía y la de mi familia. Es eso lo que quiero darle a Isabel, la fortuna que yo soy capaz de hacer con mis manos para ella.

—¿Y qué te hace creer que ella va a querer compartir eso contigo?

—Isabel me ama como yo la amo a ella.

—No es bastante, Marcilla. Mi hija no va a vivir cómodamente y a salvo solo con el amor. A una mujer no se le ofrece amor. Se le ofrece supervivencia, riqueza, sirvientes, una casa que los proteja a ella y a sus hijos del frío y del hambre. Tú no tienes nada de eso.

—Lo tendré.

—No lo sé, y no lo sabes tú, pero tampoco me importa. Aquí se acaba nuestra conversación. No daré permiso para que veas a mi hija con pretensiones de compromiso.

—No renunciaré, don Pedro, y lo sabéis.

—Estamos solos, tú y yo, aquí. ¿Creías que era bastante mirarme a la cara para demostrarme tu valía? Ni siquiera tu familia te acompaña, y sin duda tampoco harán nada para ayudarte después del desaire de renunciar a tus obligaciones con ellos. No tienes ninguna posibilidad, segundo Marcilla.

—Sí, don Pedro, estamos solos, los dos, aquí. Y vos, ¿creéis que es bastante con vuestra rabia para que no entienda vuestro respeto hacia mí? Me acompañará mi familia, y tendremos testigos de nuestros argumentos y nuestros poderes, que sea así. Me respetáis, señor, yo lo sé, porque no me voy a rendir y sí que jugaré todas mis posibilidades con vos y con mi destino por Isabel. Yo también os respeto, don Pedro, sinceramente, os lo aseguro, y ahora sé que también lucharé por llegar a merecer algún día vuestro aprecio.

Ahí acabó nuestra conversación, amigo Fernando. Pedro de Segura simplemente llamó al guardia y este entró a la estancia para que yo entendiera que debía salir de allí.

Quedan lejos aquellos veranos de infancia, amigo abad...

He pedido la ayuda de mi familia, sí.

Quisiera que esta carta hubiera sido más alegre, contarte otras novedades de nuestros amigos; discúlpame por descargar mi alma contigo, pero siento triste a Isabel y necesito que reces por ella, don Fernando, por ella dos veces, y también por mí. Seguiré luchando, como ese toro bravo intenta alcanzar la primera estrella del crepúsculo en cada verano, seguiré hasta alcanzarla. Solo espero que Isabel siga ahí, confiando en que ese destino es nuestro y que es Dios quien desea que lo alcancemos, ¿no es cierto, amigo?

Reza desde tu sitial también por Pedro de Segura, porque merece sinceramente la gracia de Dios, y pide para que Él le abra las puertas que tiene cerradas en su corazón.

Deseo que los vientos de guerra que soplan amainen y vuelva a ser confiada y tranquila la vida en nuestra villa. Desde hace tiempo los toques de queda nos obligan a ser estrictos con las normas intramuros y las murallas están siempre cerradas y los permisos son muy rígidos para traspasarlas.

Ni siquiera nuestro querido Esteban puede cabalgar ahora con los mensajes y encargos que antes llevaba en su alforja, ganándose así buen dinero. Ahora solo podemos utilizar los correos oficiales y tienen siempre prioridad las disposiciones militares, pues dicen que hay riesgo de un ataque de nuestros enemigos de fe. Reza para que no ocurra, Fernando, y si puede ser, ven en persona a Teruel para que recemos juntos por todo lo que nos une y nos preocupa.

Diego, tu amigo Marcilla de infancia

Aquel crepúsculo sobre los labios

—¿Dónde, en qué momento mi alegría se transformó en angustia? Elvira, ayúdame, no encuentro la fuerza para seguir adelante, no puedo...

—La fuerza es tu propio amor por Diego —le contesté—. Isabel, no te rindas. Sería como rendirse a la noche sin confiar en que amanecerá después.

—Me falta el aire si no estoy con él...

Isabel tenía fiebre. Toqué su frente y su rostro, ardían. Estaba tendida en su lecho desde hacía dos días y no podía probar bocado. Era fácil explicar a su padre que necesitaba descansar por las razones habituales de las hembras con cada luna. Pude dedicarme a estar con ella velando la inquietud que se había instalado en su alma.

—Bebe agua, Isabel, está aún fresca, Esteban la ha traído de las fuentes de San Juan para ti, ha llenado los cántaros con Diego, él le pregunta por ti.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Isabel.

—Añoro aquellos días cuando íbamos juntos a sus pozos.

—Diego sabe que tienes que descansar, Esteban se lo ha dicho, que acusas el calor terrible que está haciendo en nuestra villa. —Le apliqué sobre la frente paños refrescados con el agua.

—Pero no es eso, Elvira, no es eso... tú y yo lo sabemos.

Acaricié de nuevo la frente de Isabel, conteniendo mi propia tristeza, maldiciendo mi propio destino, ser testigo de la suya. El corazón de Isabel se preparaba para lo que vendría.

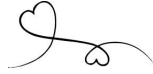
—Esta noche ya estarás bien... la noche te alivia, Isabel, piensa en que Diego también necesita verte y que habléis.

—Sí, sí... esta noche Diego me espera.

—Como siempre, en tu jardín. Descansa ahora, él estará radiante por poderte ver...

—Mi padre..., hoy habrá noticias, ¿no es cierto?

—Tu padre no vendrá de la casa del concejo hasta muy entrada la noche, sí, por las noticias que están llegando.



Diego estaba puntual esperándola. En la penumbra no podía ver su palidez, pero al besar su frente sintió que temblaba.

—Todo irá bien, Isabel, mírame, estás débil aún, Elvira no debería haberte dejado salir.

—Solo estoy bien contigo, Diego, abrázame, sentirte me da vida.

Diego la rodeó con sus brazos, sin más palabras, solo sintiendo sus respiraciones enlazadas. Isabel alzó el rostro buscando los labios de Diego y él los atrapó de nuevo en ese sueño de volver a nacer si unían sus bocas.

—Desearía que no hubiera más vida que esta, Diego, este tiempo cuando estamos juntos y el mundo desaparece. ¿Sientes igual que yo?

—Sí. Nada me importa más que estar contigo. Nada me importa si no es contigo, por ti, para ti.

—Temo que quizá un día...

—No. No digas lo que temes, Isabel.

—Que un día no podamos vernos, Diego... que no podamos saber el uno del otro..., escúchame, no tapes mi boca, no puedo dormir porque una horrible pesadilla viene siempre a mi encuentro, escúchame...

—Te escucho, Isabel mía.

—Sueño que te veo partir, Diego... caminas por una llanura desierta mientras amanece y una luz dolorosa me ciega, y no puedo verte ya, solo sé que caminas alejándote de mí y yo no puedo hacer nada, no puedo siquiera gritar, solo siento mis lágrimas y mi cuerpo inmóvil, mis oídos no pueden oír el mundo, no te veo, solo siento una inmensa distancia frente a mí, la niebla densa lo ha cubierto todo, intento llamarte, pero mi corazón está muriendo, y sé que no desea vivir si no vuelves desterrando esa niebla...

—Estoy aquí, Isabel, estoy aquí, y siempre estaré contigo, abrázame, siénteme, estoy aquí.

Isabel estalló en un llanto abatido y profundo.

—No llores, te lo ruego.

—Son lágrimas que vienen conmigo, estaban aquí antes que yo, igual que mi amor, igual que mi deseo de ti, Diego; todo vino conmigo y ahora rebosa en mí, como un caudal inagotable como es inagotable cuánto te amo.

—Tu caudal de lágrimas es como el mío de rabia entonces, sí... venimos juntos ya de otro tiempo, juntos y amándonos, y así ha de seguir siendo, Isabel. Mi rabia tiene la misma fuerza de tu llanto, está bien, deja que tus lágrimas broten y que vacíen ese cauce, como yo debo dejar que salga el grito que ya no puedo ahogar dentro de mí.

—Cada separación de nuestro abrazo, Diego... cada separación la conozco, la reconozco y me duele más que la anterior, y me lleva a una certeza horrible, la certeza de que vamos a volvernos a separar... sé que nos separaremos y que no volveremos a encontrarnos, Diego, y no podré vivir, no podré.

Diego Marcilla silenció la boca de Isabel con un beso desesperado, hondo e intenso como su rabia y como su propia desesperación.

—Siempre estaremos juntos, Isabel, siempre juntos, ¿me oyes bien, me oyes, amor mío? No hay nada que pueda tenernos lejos el uno del otro, aunque tengamos que esperar lo que sea necesario. Escúchame, dime que sí, por favor...

Isabel asintió y se refugió de nuevo en su abrazo, hasta que no hubo más tiempo y la llamé para que entrara en la casa.

Cuando Diego alcanzó el portal de su residencia familiar, Sancho le esperaba.

—Todo Teruel sabe que estás loco, hermano.

—He de hablar contigo y con nuestro padre.

—Todos saben que pretendes a Isabel de Segura —insistió Sancho—, se te ha ido la cabeza, Diego.

—La amo y me ama, no hay más que explicar.

—Sabes que no puedes alcanzarla, no puedes acceder a ella.

—¿Por qué, Sancho?, ¿porque no soy un primogénito Marcilla?

—Porque nunca serás un candidato bastante para su padre —respondió Sancho cortándole el paso cuando Diego quiso pasar hacia la escalera—. No es cuestión de apellido, hermano, sino de fortuna y del interés propio del alcaide Segura. Siempre se ha sabido que Isabel de Segura estaba destinada a un matrimonio importante, que su padre conseguiría para sí y para ella esa alcurnia que persigue. Todos lo saben, ¡no debes ponerte en ridículo!

—Seguramente ya es tarde, hermano, deja que me ría.

—No puedes aspirar a casarte con ella, ¡no puedes aspirar a nada con ella!

—Quiero que sea mi esposa —le confesó Diego gravemente—. No deseo ninguna otra cosa en mi vida con más ahínco que unir mis días a los suyos, que formemos nuestra propia familia, que Teruel nos conozca marido y mujer.

—Escúchame, hermano, tú sabes que te aprecio bien, siempre nos hemos tratado bien tú y yo, Diego, te debo mucho en mi vida, tú me has enseñado más de lo que yo he podido enseñarte a ti... sé muy bien que... que tú miraste de frente al toro...

Diego negó con su gesto.

—Sancho, no seas niño, es cierto que hemos compartido buenos momentos infantiles de hermanos, pero somos hombres y ahora nos toca a cada cual afrontar nuestra vida.

—Sé que tú no eres como todos los demás —atajó Sancho—; sé que eres distinto, Diego, lo sé muy bien, especial como dicen muchos, sí, y yo, como muchos, como todos, te admiro y te observo, sí, a ti especial ante el mundo, te miro y entiendo tu rebeldía, todos a nuestro alrededor comprenden tu fuerza y saben que eres distinto... pero el mundo no es distinto al que ha sido siempre, Diego. El mundo es el que es, y tú no lo puedes cambiar.

—No quiero cambiar el mundo, solo quiero amar a Isabel a la luz, no tener que esconderme o negar lo que siento. Quiero que su padre acepte mi derecho a amarla y que acepte que ella me ama a mí.

—Estás cometiendo pecado de soberbia contra las leyes de nuestra tradición, querido hermano. Eso que pretendes es cambiar el mundo tal como lo conocemos y lo hemos heredado, y no podrás.

—Entonces me recomiendas que me rinda, ¿es eso, Sancho?

—Sé que me crees capaz de aconsejarte eso; nunca he sido tan valiente como tú, Diego, es natural que lo puedas pensar, que yo te aconsejaría olvidarla o renunciar a ella... pero no te hablo de eso. Hay otros modos...

—¿De qué hablas, Sancho?

—No podrás vencer el poder de Pedro de Segura, pero dices que su hija te ama... Deja que su padre concierte el matrimonio que desea. Un esposo es solo eso, un esposo, un convenio de intereses. Isabel te ama a ti, y tú podrás amarla como ahora y para siempre, aunque ella esté casada; eso no tiene importancia, no seréis los primeros ni los últimos, Diego..., todos sabemos que el corazón impone sus preferencias, pero por eso no hay que luchar contra la ley ni ponerse en peligro.

—Me estás diciendo que acepte que Isabel se acueste con un esposo.

—Ella no le amará, solo tú tendrás su amor...

—Y que yo sea su amante clandestino, su pecado consentido, el que siga amándola en lo oscuro.

—Tú serás el hombre que la hará feliz. —Diego hizo amago de marcharse de nuevo, pero su hermano insistió—. Ella no tendrá que contrariar a su padre así, ¿no has pensado en ella, Diego? ¿Estás tan ofuscado en tus sentimientos que no has pensado en el peligro al que la expones?

Diego Marcilla no se movió.

—Piensa en ella, en sus intereses, ¿qué le puedes ofrecer, hermano? Sé muy bien que no soy como tú, pero la primogenitura me coloca delante de ti en los derechos de nuestro apellido. Aunque sea un apellido que ha perdido el lustre que tuvo en la edad de nuestros antepasados, ni siquiera puedes ofrecérselo tú. Dices que te ama, ¡eres afortunado, tú miraste al toro a los ojos y tú tienes el amor de Isabel de Segura! Pero ¿crees que eso basta? Te estoy dando la forma de que tú puedas seguir amándola y ella no tenga que ser una proscrita de su propia familia; ella está obligada a obedecer, y ni siquiera podría tener la alternativa de marcharse, como tú la tienes. Piénsalo, hermano. El mundo no solo eres tú; el mundo son los otros.

Martín de Marcilla llegaba en ese momento. Entró en el patio y llamó al sirviente para que cerrara el portón y avisara al tercero de sus hijos.

—¿Qué ocurre, padre? —se interesó Sancho.

—Los almohades sitian la plaza de Salvatierra, ya estamos en guerra abierta —se dirigió a Diego—: necesitamos toda la fuerza para estar prevenidos, no puedo prescindir de ti, hijo mío. Mañana toda la población sabrá que si cae Salvatierra los almohades abrirán un peligroso paso que les puede traer hasta Teruel. Todos los trámites extraordinarios han quedado aplazados por decisión del concejo de la villa. Tus ansias de libertad tienen que esperar, Diego.

—Lo sé, padre, y lo acepto. Solo os ruego que mantengáis la cita familiar con el alcaide Pedro de Segura para apoyar mi amor por su hija.

—¿Insistes entonces en intentar conseguirla?

—Sí.

—Es empresa inútil, Diego, entiéndelo.

—Quizá —reconoció Diego—. Pero ahora está en juego el honor de nuestro apellido. Pedro de Segura tiene que saber que mi familia me apoya como Marcilla, aunque desprecie este apellido como no bastante para su hija.

Martín de Marcilla reflexionó un momento.

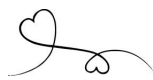
—Conozco al de Segura desde nuestro asentamiento en esta villa... sé muy bien las ansias que le han llevado a conseguir su inmensa fortuna, y la suerte que le ha acompañado en sus esfuerzos. Yo hubiera deseado esa misma suerte para nuestras empresas y nuestro trabajo, pero así es la vida... No deseo su enemistad, como sé que nunca contaré con su amistad, también es cierto. No quiero entrar en una batalla irresponsable entre familias por la valía o no de un apellido, te lo confieso, Diego, hijo mío..., pero tampoco quiero que algún día alguien me diga que no defendí a uno de mis hijos, aunque no tuviera el derecho legítimo de ser el heredero de mi linaje.

—Padre —intervino Sancho—, podéis quedar en ridículo apoyando lo imposible, aunque sea Diego quien lo pretende.

—Espero que tú tengas algún día tus propios hijos varones y te encuentres en la misma situación que yo ahora, Sancho —contestó Martín de Marcilla—. Si Pedro de Segura busca un título de nobleza, yo puedo demostrar una nobleza que no se consigue con títulos, sino desde las convicciones y la razón. Tú como primogénito Marcilla y yo como titular todavía de nuestro apellido apoyaremos a Diego de los Marcilla. Después de eso, que sea Dios quien decida la ordalía de los destinos que tendrá que jugarse.

Diego besó las manos de su padre; Sancho inclinó la cabeza en señal de sumisión a su decisión.

—Concierta la cita con la familia de Isabel —concluyó Martín de Marcilla—. Te defenderemos en tus intenciones, Diego. A partir de ahí, estarás solo en los pasos que tengas que dar para cambiar tu destino.



El bando de la villa en aquel domingo comunicó a todos los ciudadanos reunidos en el atrio de Santa María que un importante ejército de almohades sitiaba el lugar de Salvatierra, vanguardia cristiana en la frontera castellana, cuyo castillo situado en una zona privilegiada para la vigilancia de las rutas hacia Toledo era la sede de la Orden cristiana de Calatrava. Durante los últimos quince años el castillo de Salvatierra se había convertido en un símbolo de la resistencia cristiana frente a la expansión almohade, que no se había atrevido con la poderosa fortificación de los monjes, que hacían sonar el campanario de la torre de su iglesia como un mensaje de humillación para los sarracenos. Tras cruzar el

pequeño estrecho del mar que separaba los territorios almohades del norte de África con el sur de los hispánicos, el califa Miramamolín Victorioso había atravesado la Sierra Morena con un potente ejército dirigiéndose a la ancha frontera con los territorios castellanos de Alfonso VIII. El asedio del castillo de Salvatierra era un acontecimiento grave. Alfonso VIII había pedido ayuda al rey aragonés para que enviara una mesnada de apoyo a los calatravos, que se habían encerrado en la plaza dispuestos a resistir.

—La amenaza almohade ya es una realidad —explicó Fernández de Azagra a los representantes de todas las casas de Teruel, después del bando, congregados en un consejo especial.

—Los militares calatravos resistirán sin duda —adujo Mataplana, con buena intención.

—Eso es agarrarse a un clavo ardiendo —dijo Miguel Santa Cruz—. El califa conoce muy bien la situación del castillo, puesto que ya lo perdió en una batalla hace veinte años, y habrá calculado con precisión lo que tiene que hacer para reconquistarlo. Su obsesión es que ondee de nuevo la bandera almohade y que sus campanas cristianas dejen de sonar. No hay que contar con la resistencia de los calatravos. ¡Si estuviera tan clara, el rey castellano no habría pedido ayuda!

—El arzobispo de Toledo ya está dispensando las credenciales para la cruzada cristiana —añadió el señor de Teruel—. Se ha enviado recado al rey de Aragón pidiéndole instrucciones.

—La alianza de Aragón con Castilla obligará al alistamiento cuando él lo indique —reconoció Abarca, padre de cuatro hijos.

—Algo más que la alianza con Castilla nos afecta con el riesgo del avance almohade —apostilló uno de los Luna, experimentado militar—. Si Miramamolín llega hasta Toledo, como es su intención, su despliegue por Cuenca hacia Teruel nos deja muy expuestos. Los almohades quieren una nueva victoria como la de Alarcos hace más de quince años. No se conformarán con ampliar su frontera ganando varios castillos por encima de la línea del Guadiana.

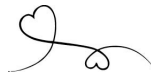
—Estoy contigo, Luna —apuntó Abarca—. Teruel debería tomar iniciativa para el reclutamiento de soldados, pensando en nuestra defensa más que nada.

—La proclamación de cruzada cristiana supone, además de la dispensa de faltas y el perdón de los pecados, el derecho sobre propiedades y riquezas que se confisquen a los infieles —añadió Luna—, sería conveniente que el próximo bando al pueblo incluya detalles del reclutamiento... el que antes llegue tiene

más posibilidades de alcanzar cargo y posición en el ejército cristiano, y por tanto más privilegios.

—Esperamos mensajero real en los próximos días de nuevo —concluyó Fernández de Azagra—. Que cada cual entienda si tiene asuntos que poner en orden, y mientras tanto seguiremos en situación de alerta con vigilancia doblada y toque de queda con el ocaso.

El nuevo correo llegaría a Teruel al otro día del concertado para la cita de Martín de Marcilla con Pedro de Segura.



Martín de Marcilla acudió con sus hijos Sancho y Diego a la casa de Pedro de Segura, donde él ya los esperaba acompañado por su hermano Ximén Segura, que mantenía atribuciones en la administración y registros de justicia de la villa.

—Vecino don Pedro, agradezco en mi nombre y en el de mi familia vuestra disposición en recibirnos —saludó Martín de Marcilla.

—Es de ley, don Martín, somos vecinos, como bien decís.

—Don Ximén, también os saludo —añadió Marcilla.

Ximén Segura asintió devolviendo la cortesía con una inclinación de la cabeza.

Pasaron al interior del gran salón familiar que incluía además de la cocina un amplio espacio junto a un portón de acceso al patio posterior de la casa con salida directa a la plaza de la iglesia. Había dos sillones de respaldo repujado con la enseña Segura en el cuero, preparados para Martín de Marcilla y Pedro de Segura, y tres sillones más simples dispuestos a cada lado de los anteriores para los acompañantes. Había agua y copas de barro en una repisa cerca de la puerta y velones dispuestos por si hicieran falta. Pero el de Segura no tenía previsto alargarse en esa reunión incómoda a la que se había visto obligado por las circunstancias de su cargo, y no porque su voluntad personal tuviera ninguna intención de concordia o de tener en cuenta lo que allí le fueran a decir los Marcilla.

Ni Ysela ni el resto de las mujeres estaríamos presentes en esa conversación, que Diego contó después a Isabel, sin negarle que Pedro de Segura se había mostrado inflexible.

—Decidme entonces el motivo de esta cita, Marcilla —le había pedido al padre de Diego.

—Mi hijo Diego Marcilla quiere vuestro permiso para hablar con vuestra hija.

—Vuestro segundo ya sabe que no tiene ese permiso —respondió el de Segura incómodo.

—Esta familia apoya a Diego Marcilla, señor don Pedro —siguió don Martín—; espero que no tengáis duda de ello.

—Eso no cambia las cosas, señor Marcilla. Mis proyectos en relación con Isabel siguen su curso, y en ningún momento he considerado al apellido Marcilla dentro de esos planes.

—Entiendo que vuestra posición os permite desear la mejor alcurnia para vuestra hija, lo alabo y os felicito por ello.

—No desmerezco la importancia de vuestro linaje, Marcilla —se apresuró a decir Pedro de Segura—. Me complace que vuestro apellido es de rancia ascendencia y que compartimos procedencia... ambos llegamos a Teruel con los colonos navarros que acompañaban al rey Alfonso.

—Mi padre fue uno de los nobles consejeros durante la minoría de edad del rey Alfonso, emparentado con una de las ramas familiares de sus antecesores los reyes de Aragón. Es cierto que el apellido Marcilla puede enorgullecerse de linaje, don Pedro, y durante los primeros años de la fundación de esta villa, vos sabéis también que miembros Marcilla encabezaron los puestos más altos de su dirección, como mi propio padre, uno de los primeros jueces de esta villa por designación del rey y mi propio primo, que le sucedió en el cargo.

—Todo eso lo sé, desde luego.

—Es cierto que esa filiación tan evidente perjudicó nuestra consideración posterior en el ánimo del rey don Pedro, y que la suerte, caprichosa como es, no ha tratado con benevolencia las propiedades de mi familia, ni siquiera a mí, como titular del sello Marcilla hoy, pues son importantes las secuelas que aún arrastro de esa mala suerte, nada de todo ello puedo negarlo, vecino... Pero en efecto la fortuna es caprichosa y cambia de viento como se le ofrece, y por eso hay que tener en cuenta otras cosas y no solo la cara que hoy nos muestra.

—No tenéis que explicarme vuestra situación, Marcilla. Nunca he considerado a vuestro segundo como posible marido para mi hija.

—El apellido Marcilla fue restaurado en la consideración del rey gracias a la entrega de mi segundo, señor. Él precisamente es quien más tocado está por la

fortuna de todos los que nos encontramos aquí, y de eso no tengo duda. Son muchas las ocasiones en que se ha demostrado que él tiene unas condiciones especiales para convocarla.

—No entiendo que sea convocar a la fortuna desear la independencia de su propia familia renunciando a los privilegios de su apellido —replicó Segura—. Yo entiendo eso más como osadía por un lado y como temeridad por otro... pero no me importan vuestros asuntos, os lo aseguro. Ni aunque hubiera sido vuestro primogénito el que se ofreciera aquí como candidato a esposo de mi hija sería de mi consideración aprobarlo. No puedo aprobar lo que me pedís porque tengo ya candidato y tengo ya planes para el futuro de mi hija.

—Mi primogénito Sancho está a punto de prometerse con una Castroviejo, y las conversaciones están ya adelantadas, señor de Segura. Pero no he venido a tratar ningún acuerdo de familia, ni a comparar méritos de vuestro apellido y el mío, pues si Segura hoy es rico, Marcilla es noble desde mucho antes que ahora y bien podríamos considerar las cosas igualadas y pasar al otro asunto. He venido para demostraros que Diego Marcilla goza de la consideración y la defensa de sus hermanos y su padre en querer a vuestra hija como esposa. Mi familia no le niega el apellido a Diego Marcilla, señor.

—Está bien aclarar las cosas entonces. Es hoy cuando estamos hablando y es ahora cuando yo tengo que decidir lo mejor para mi hija. Vuestro segundo no le puede ofrecer ni siquiera ese apellido que no le vais a negar, Marcilla, porque no tiene una fortuna que garantice su seguridad y su vida.

—¿Cambiarían las cosas si tuviera esa fortuna que me reprocháis, don Pedro? —dijo de pronto Diego Marcilla.

—Veo que os saltáis cualquier clase de normas, segundo Marcilla —respondió Pedro de Segura.

—Al hablar del futuro de vuestra hija estáis hablando de mi futuro, don Pedro. —Diego Marcilla no se arredró.

En efecto, las convenciones mandaban que solo los cabezas de familia hablasen en este tipo de reuniones. El resto de los presentes solo podían dirigirse en voz baja a su propio superior en rango familiar. Pero Diego Marcilla no era como todos. Diego era el paso adelante que exigía la vida para ser vida.

—Tengo una fortuna a la que no renunciaré, el amor de Isabel de Segura.

—No tengo nada más que decir, don Martín de Marcilla —dijo Pedro de Segura—. Lamento que no hayáis podido contener la rebeldía de vuestro hijo,

pues sin duda ningún hombre de ley podrá consentir su insolencia, y persistiendo en su defensa os estáis creando los mismos problemas que a él le van a perseguir.

—No tenéis hijos varones que os puedan enseñar que la vida avanza en las decisiones que ellos toman para que ella avance, señor de Segura... Es de buena ley que los jóvenes muestren nuevos caminos a sus mayores.

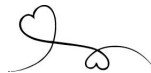
Pedro de Segura hizo gesto de levantarse de su sillón. Martín de Marcilla no había terminado, sin embargo.

—Don Pedro, no habéis respondido a mi hijo.

El de Segura no se movió. Tras un instante como si deliberase consigo mismo, miró a Diego Marcilla.

—Sea. Por respeto a vuestro padre, segundo Marcilla, os contestaré: si tuvierais riqueza que ofrecer a mi hija, sí serían las cosas de otro modo. Pero eso es imposible, por lo que no me merece la pena ni siquiera considerarlo.

—Pero agradezco vuestra franqueza, señor de Segura —contestó Diego Marcilla—. Tengo una esperanza, por tanto.



Aquella noche Pedro de Segura no salió de su casa. Se presentó en la pieza de Isabel, que no se había levantado en toda la tarde, ardiendo de fiebre todavía. Ysela estaba a los pies de su lecho y no podía dejar de llorar, recordando aquellos meses cuando Isabel era todavía niña y estuvo todo un invierno padeciendo las mismas pesadillas y la misma enfermedad que ahora.

El de Segura estaba taciturno y visiblemente preocupado.

Se acercó a Isabel y tocó su frente. Por primera vez en mi vida junto a Ysela y como aya de Isabel, Pedro de Segura se dirigió a mí, que colocaba paños húmedos sobre sus brazos.

—¿Qué dices tú que le pasa a mi hija?

—Tiene miedo, señor.

Creí que Pedro de Segura bramaría algún impropio para mí, pero no dijo nada. Miró de nuevo a su hija solamente. Percibí que dentro de su pecho se estaba librando una batalla feroz.

Ysela se arrojó a sus pies.

—Esposo, nuestra hija puede morir de amor.

—Eso... eso es un pecado contra Dios, mujer. No vuelvas a desafiarle así.

—¡No! —estalló Ysela al borde de sus fuerzas—. ¡Eres tú quien no quiere comprender! ¡No puedes obligar a nuestra hija a ir en contra de su verdad interna! ¡Tú no eres más poderoso que su propio destino, antes morirá que dejar de amar al hombre que Dios ha puesto en su camino!

Pedro de Segura se soltó del abrazo desesperado de su esposa y salió de la alcoba en silencio.

Esos besos que te di

No desesperes, Isabel, como yo no lo hago. Incluso el sol se retira para ayudarnos y hacer que venga antes la noche y podamos volver a vernos enseguida. Septiembre amanece con hermosos recuerdos que ya hemos guardado juntos en esta vida, esperándonos con su aroma a las lluvias tímidas de estos días. Esteban me cuenta de ti, es mi ángel custodio, me dice que estás recuperándote y vuelves a sonreír. Resiste como yo lo hago, Isabel mía. Pase lo que pase nuestro amor es más fuerte, porque es nuestra misión en esta vida, mostrar a todos que el amor lo puede todo. Lo puede todo, Isabel; nuestro amor nos lleva a ti y a mí de su mano. Él es Dios, nuestro Dios. Solo tenemos que dejarnos conducir por su fuerza. Yo confío plenamente en su voz, Isabel, ¿y tú? ¿Confías tú en lo que nuestro amor te dice?

A mí me habla, y me enseña caminos para poderlo vivir sin que nadie nos rechace...

No tienes que sacrificarte para poder amarnos. Nuestro amor es limpio y es gracias a Dios. No debe ser a espaldas del mundo, ni debe ser a escondidas, ni debe ser el motivo de nuestro exilio. Lo he pensado, Isabel mía, he pensado mucho y debo contártelo, cuando estés bien del todo y podamos hablar.

Recupérate, te lo ruego. No tienes que renunciar a nada, amor mío, porque no puede ser esa la respuesta a nuestras preguntas. Pregunté a este Dios que nos protege cómo puedo hacer para amarte mejor, y me respondió. No es la renuncia, Isabel, es demostrar al mundo que es posible amarse sin ser unos proscritos. Te lo contaré, amor mío, y mientras tanto, seguiré pensando en ti y enviándote todo mi amor en estas cartas ansiosas y enamoradas.

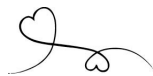
Tu Diego

Los almohades consiguieron avanzar por la puebla de la ladera del cerro de Salvatierra, sacrificando a cuanto ser vivo les salía al paso en su carrera hasta el castillo. Quemaron y destruyeron las fortificaciones del entorno hasta el poderoso baluarte cristiano. Los calatravos resistieron cincuenta días, pero el califa almohade había mandado llevar poderosas máquinas de guerra que se iban acercando a la fortaleza, arrojando piedras de tamaño enorme y flechas incontables y constantes sobre los moradores ya desfallecidos y hambrientos del castillo, que veían morir a los guerreros entre las peñas que defendían la

fortaleza a manos de los numerosos sarracenos que cada día se renovaban, dispuestos a conquistar el lugar.

En el día cincuenta y uno los frailes, agotados, enviaron un mensajero de rendición al califa almohade y otro al rey Alfonso de Castilla comunicando que entregaban el castillo, intentando salvar su vida. El jefe sarraceno pasó a los supervivientes a cuchillo y cambió las campanas por almuédanos proclamando hasta donde llegaban sus voces los sonidos de guerra abierta. Además, enviaría convocatoria de yihad y no tardarían en llegar tropas de árabes, turcos, senegaleses y bereberes para unirse a sus ejércitos almohades.

La derrota de Salvatierra fue un duro mazazo que sembró el terror más indescriptible entre los cristianos. Alfonso VIII lloraba en esos días la muerte de su heredero, el príncipe Fernando, que había muerto llevándose sus esperanzas de sucesión. Tenía necesidad de una victoria sobre los almohades, ya que no había podido vencerle a la vida. Ordenó a Rodrigo Jiménez de Rada, además de arzobispo de Toledo, canciller del Reino y primado de España, que predicara la cruzada consiguiendo cuantos apoyos fueran posibles también en territorios franceses y más al norte, secundado por los obispos de Narbona, Burdeos y Nantes. Importantes caballeros con sus tropas del centro y sur de Francia, animados por las indulgencias plenarias otorgadas por el papa Inocencio, confirmaron también su ayuda y que se ponían en marcha para unirse a la batalla que se intuía definitiva.



Esteban, el buen amigo de Diego Marcilla, buscó a Isabel para darle su recado. Mientras se reponía de la fiebre, las notas de Diego habían sido como agua de vida que Isabel bebía gota a gota para mantener su pulso y sus fuerzas. Pedro de Segura iba y venía a la alcoba para ver a Isabel, sin decir palabra, un instante tan solo para verla respirar.

Un día, cuando ya la fiebre había remitido, el padre de Isabel se decidió a sentarse en un taburete a su lado y esperar a que despertara.

—Siempre has sabido que no podría impedir lo que está pasando —dijo de nuevo, dirigiéndose a mí—. Sí, a ti te hablo, Elvira... —añadió ante mi silencio desconcertado—. ¿Qué secretos son los que no soy capaz de comprender? Tú lo

sabías todo antes de que ocurriera y has sido capaz de callar y dejar que todo siga su curso. ¿Cómo es eso posible?

Yo le miraba con mi respeto intacto, con mi asombro intacto, con mi intacta compasión.

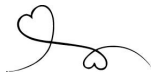
—No importa que no me contestes, Elvira..., me basta con saber que velas por mi hija como yo no lo puedo hacer. Pero si te otorgo mi confianza, maldita pupila preferida de mi mujer, utiliza todo tu poder extraño para hacer que Isabel abra los ojos y me mire.

Sé que Pedro de Segura estaba implorando un perdón íntimo y recóndito que no podía llegar a expresar, pero él sabía que yo lo estaba comprendiendo. Aunque no pudiera hacer nada, Dios lo sabe. Yo no podía hacer nada. Solo recordar, como hoy estoy haciendo.

Isabel despertó en ese momento y miró hacia sus dedos, sujetos entre los míos. Sonrió reconociéndome y entonces alzó sus ojos hacia la figura sombría y compacta de su padre a mi lado.

—He rezado mucho por ti, hija mía —dijo Pedro de Segura aliviado.

—Sí, padre... —respondió Isabel con dulzura—, yo también.



Aquel domingo Isabel quiso acudir con sus padres a la misa especial que se celebraba en Santa María. Los obispos del reino pedían que en todos los territorios se hiciese duelo para rezar por la pérdida de Salvatierra y pedir fuerzas para los reinos cristianos, ya decididos a la lucha contra el infiel. La casa de Segura celebró la salida de Isabel como muestra de que ya había pasado el mal.

Todo Teruel acudió al rezo de Santa María y después al bando convocado con noticias de la corte. Todo Teruel ahí reunido en la iglesia miraba hacia Isabel, adelgazada y leve, sabiéndola enamorada de Diego Marcilla. Ya estábamos en guerra, pero el silencio de todos los congregados pensaba en Isabel; la intensidad de la certeza de muerte que se acercaba con la contienda era la misma intensidad que la gente sentía en el amor manifiesto entre Isabel y Diego. Amor y muerte. Guerra y promesa de futuro por el amor. Cómo era posible que en el momento más difícil de la historia de ese Teruel que ya había comenzado a andar, el amor entre la hija de Pedro de Segura y el segundo

Marcilla fuese más poderoso que el miedo a la amenaza que se cernía sobre todos los habitantes de nuestra villa...

La familia Segura ocupaba su lugar reservado en Santa María recibiendo el saludo de las otras familias al pasar hacia sus bancales estipulados. También la familia de Martín de Marcilla cumplió con el ritual y llegó hasta el estrado del alcaide, ante las miradas de todos los ciudadanos. Marcilla y sus hijos se inclinaron para una reverencia ante Pedro de Segura, su esposa y su hija, que debían responder aceptando el saludo con una inclinación de su rostro como reconocimiento. Los ojos de Diego Marcilla brillaban intensamente sin dejar de mirar a Isabel de Segura, ignorando el rumor de susurros a su alrededor, sin poder evitar esa leve sonrisa a la que Isabel le correspondió con la suya, con sus ojos clavados en Diego, sintiendo los latidos de su pecho como golpes de ese amor que la llevaba hacia él.

Ahí estaban, delante de todos, Diego Marcilla e Isabel de Segura mirándose como si nadie más existiese en el mundo, a la luz de aquel día testigo de lo inevitable. La luz furiosa del sol ya alto atravesaba los ojos de alabastro abiertos en los muros del templo; sus haces de claridad densa llegaban hasta ese saludo donde solo estaban ellos y los envolvía como una justificación, como una confirmación de los cielos que los entendía amantes juntos en la tierra y en el firmamento. Aquella evidencia traspasaba nuestra piel y nos cortaba el aliento, todos los allí presentes vivieron aquel instante inmortal sintiéndolo en la piel y en la boca del estómago, sabiendo que se estaba dirimiendo un destino superior de las cosas, un destino que les hacía testigos de lo que no podría olvidarse ni debía olvidarse nunca. Diego Marcilla miraba en silencio a Isabel de Segura y ella no apartaba sus ojos de los de él, y sus cuerpos parecían crecer sobre sí mismos, elevándose sobre las sombras que descansaban sobre las losas del suelo, el mundo detenido un instante para que todos pudiéramos recibir el mensaje de su amor.

Fue Pedro de Segura quien rompió el silencio, turbado en lo más profundo de su pecho.

—Os saludo, Martín de Marcilla, y recibo el vuestro y de vuestra familia.

—Celebro que vuestra hija está ya restablecida, gracias a Dios —respondió Martín de Marcilla—. Seguiré rogando para que Santa María le conserve la salud.

El de Segura se llevó la palma al pecho y agradeció las palabras con una inclinación del rostro. A continuación, los Marcilla siguieron hasta su estrado a

un lado del altar, desde donde Diego podía seguir sonriendo quedamente a Isabel y ella parecía brillar iluminada por el resplandor del día que llenaba la iglesia.

El arcipreste ofició la misa de dolor por los muertos de Salvatierra y arengó a los turolenses apiñados en el templo para aceptar la guerra santa que Dios les exigía en defensa de su fe cristiana. Ofreció el perdón de los pecados y el amor de todos los santos a todos los que se alistaran en la llamada que el rey de Aragón hacía a todos los habitantes de su reino, y después se dirigió a las mujeres allí presentes.

—Dios os premiará especialmente a vosotras, mujeres de Teruel, porque dejaréis ir a los hombres a defenderle a Él, mientras vosotras soportáis su ausencia. Esa será vuestra forma de luchar por vuestra fe y la de vuestros esposos e hijos, mantener viva la vida y esperar a que regresen con la victoria sobre nuestros enemigos. Yo os digo que Dios lo recompensará con creces para vosotras, mujeres de Teruel, y por eso debéis alentar a los hombres a que se entreguen felices a la guerra santa que nos pide Dios.

Sentí el escalofrío que recorría la espalda de Isabel en ese momento. Se abrigó un poco más con el vuelo de su manto, y buscó de nuevo los ojos de Diego, que no había dejado de mirarla desde la distancia de los estrados.

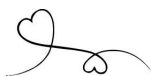
Acabado el oficio, Pedro de Segura debía presidir la asamblea extraordinaria con los ciudadanos para comunicar los bandos reales recibidos el día anterior. Indicó a su mujer que se marchase a casa con Isabel, y estas obedecieron, despidiéndose del resto de notables del concejo, que ya habían formado la presidencia bajo los porches del atrio. La última mirada de Isabel al girar fugazmente su rostro fue para Diego, que la siguió con la suya hasta que desapareció entre el resto de la gente agolpada en el espacio abierto de Santa María. Todos lo vieron, todos podían entender su complicidad y que el amor de Marcilla era correspondido por Isabel, todos lo sabían, el compromiso de sus corazones estaba manifiesto también a la luz del día.

El bando real convocaba al reclutamiento de soldados entre la población y a la preparación de los caballeros aragoneses a las órdenes del rey. Pedro II de Aragón había firmado de su puño y letra los requisitos para optar al título de caballero de Aragón: el candidato no tenía obligación de poseer hidalguía, solo se le exigía tener caballo y armas para combatir, y aportar un escudero con su propio caballo y su espada. También se les permitía aportar, si podían hacerlo, hombres a sus órdenes siempre que pudieran pagar su manutención. El rey prometía entregarle escudo y el pago de servicios concediéndoles tierras y

dignidades, títulos de nobleza como conde o vizconde y privilegios como a los infanzones e hidalgos. Los aspirantes a la condición de caballero del rey deberían presentar sus credenciales firmadas por un avalista que respondiera por su honradez y observancia de la fe cristiana y tendrían que ser aceptados por el rey en la ceremonia que se celebraría públicamente en la próxima visita prevista para Teruel.

El rey de Aragón había logrado el compromiso del navarro Sancho VII y se aliaban con Alfonso de Castilla, confirmando que comenzaban la movilización de tropas para congregarlas en Toledo, como punto de reunión de la alianza de todos los ejércitos cristianos. Se habían unido caballeros portugueses y leoneses a la llamada, aunque sus reyes no se sumaran a la alianza. El papa Inocencio III de Roma apoyó la contienda promulgando, además del perdón de los pecados a los combatientes, un edicto para prohibir que ningún otro reino cristiano atacara a los que formaban la coalición, amenazando con la excomunión a los otros caballeros y ejércitos cristianos que no respetaran la paz entre la cristiandad mientras la alianza de castellanos, aragoneses y navarros estuviese luchando contra los musulmanes. A continuación, se detallaron los muchos beneficios económicos que obtendrían los caballeros que se alistaran, pudiendo amasar una inmensa fortuna en la lucha contra los sarracenos. Además del importante sueldo ofrecido por el rey, se concederían tierras en propiedad para la repoblación, hombres para guardarlas y cultivarlas, todas cuantas riquezas y propiedades pudieran expropiar a los enemigos vencidos y otros muchos privilegios económicos que aseguraban que los vencedores volverían inmensamente ricos si sabían administrar bien sus oportunidades.

En el otoño después de la recogida de uvas saldría el contingente formado con los soldados y caballeros de Teruel que decidiesen alistarse, para pasar el invierno acantonados en la guarnición de Uclés, estableciendo técnicas de guerra y aprendiendo el manejo de las máquinas que el rey Pedro había incorporado a sus contingentes, y en febrero se pondrían en marcha hacia Toledo, con instrucciones de tomar cuantas fortalezas musulmanas les salieran al paso por tierras castellanas.



Yo estaba preparando la ropa para el lecho de Isabel, que aquella noche se había demorado en una conversación con su padre. El de Segura estaba pensativo y su rostro serio mantenía el rictus contraído de los días pasados, cuando Isabel había estado con fiebre. Estaba tomando decisiones y le había ordenado que se quedase un momento más para hablar con ella, quizá para terminar de aceptar la evidencia o al menos calibrando otras cosas que hasta entonces no había considerado. Todos los habitantes de la villa, y más allá sin duda, sabían a estas alturas que Diego Marcilla iba a luchar por conseguir a su hija. Y que ella lo estaba amando, por más insoportable que le pareciera, ella estaba amando al segundo Marcilla. Tenía que anticiparse a lo inevitable. En esa táctica se había basado la fortuna que había logrado a lo largo de su vida desde que llegara a Teruel.

Sentí un susurro que me llamaba desde la penumbra junto a la ventana de la alcoba.

—Elvira... estoy aquí, no te asustes, Elvira...

—¡Marcilla! —Tuve que contener un grito—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—El olivo que llega hasta aquí ha crecido mucho —contestó con la voz muy baja pero risueña—. Sus ramas están tan fortalecidas que me sostienen, no ha sido difícil entrar por la ventana, aún estaba abierta.

—Pues es una equivocación haber entrado, Marcilla. Puede verte alguien de la casa, imagina que don Pedro...

—El de Segura está aún hablando con su hija; Esteban me lo ha dicho, que no ha podido darle mi recado avisándole que vendría.

—Estás loco, Diego Marcilla —me quejé—, no puedes contener tu fuerza arrolladora de los destinos de otros.

—Ve a llamarla, Elvira, avísala tú de que la espero aquí.

Iba a protestar, pero no lo hice y salí deprisa cerrando la portezuela, mientras Diego se ocultaba de nuevo en la total oscuridad.

Pero Isabel ya estaba subiendo por la escalera.

—¿Venías a buscarme, aya?

—Sí... Ve directa a tu alcoba, Isabel, que yo entraré enseguida...

En mi tono Isabel lo comprendió todo. Que Diego la esperaba, tal como había estado deseando todo el día, y que yo velaría al pie de su puerta avisándole de cualquier peligro.

Entró en su habitación con la pequeña palmatoria en la mano, la dejó y se

quedó inmóvil en la penumbra, esperando escuchar la voz de Diego.

—Ven junto a la ventana.

—¡Diego!

Él la alcanzó atrayéndola hacia su cuerpo.

—¡Necesitaba verte, amor mío, lo he deseado todo el día!

—Quiero luz, Isabel mía, quiero ver tu cara y quiero ver cómo me miras —le pidió Diego.

Isabel fue hasta el estante y acercó el candil hasta el alféizar de la ventana. Sus ojos ardían mirándola con pasión incontenible.

—Estabas muy bello esta mañana en Santa María —le saludó Isabel, acariciando su rostro.

—Quiero amarte a la luz, Isabel.

—Abrazame.

—Todos lo han visto, que somos el uno del otro. Eso es lo que quiero, Isabel mía, quiero que nos casemos, y todo Teruel lo entenderá, todo el mundo lo entenderá y nos bendecirá, Isabel. Ya no quiero más oscuridad, ni más penumbra.

—¿Qué te ocurre, Diego? Tu frente está ardiendo, como cuando yo tengo fiebre, amor mío, ¿qué te ocurre?

—He pensado, Isabel, he pensado. Hay una forma de hacer las cosas a la luz de todos, sin ocultarnos, sin avergonzarnos...

—No me avergüenzo de amarte, no digas eso, te lo ruego.

—Tu padre dijo que las cosas podían ser distintas si yo...

—Mi padre está cambiando —le interrumpió Isabel, angustiada de pronto —; ha hablado conmigo hoy, Diego, seguramente comprende que no puede evitar nuestro amor.

—Él tiene razón, Isabel... tú mereces un hombre que te demuestre su valía.

—¿Qué dices, Diego?

—Yo quiero demostrar que te merezco, Isabel, y sé la forma...

—No sé de qué hablas, pero me asustas, no quiero escucharte, no tienes que demostrar nada, te lo ruego.

—Tu padre dijo que las cosas serían distintas si yo soy dueño de mi propia fortuna.

—No, Diego, a mí no me hace falta tu fortuna. —Isabel se soltó de sus brazos.

El rostro de Diego se sumió de nuevo en las sombras.

—Conseguiré mi propia fortuna y mi propio título noble —dijo desde las tinieblas que les rodeaban a los dos—. Serviré como caballero en el ejército cristiano del rey de Aragón.

—¡No! —Isabel se arrojó de nuevo contra su pecho—. ¡Diego, te lo ruego, la guerra no!

—Los vencedores volverán inmensamente ricos, Isabel. Dios está con nosotros.

—¿Vencedores? ¿De qué sirve la riqueza sin la vida? Diego, te lo ruego, no quiero perderte de ninguna de las maneras, escúchame, amor mío, no tienes que demostrar nada, no puedo vivir sin ti, no podría estar sin ti...

Isabel abrazaba a Diego con desesperación, besándole en el rostro y en los labios, entregándole el calor de su cuerpo, con el miedo ardiéndole en la piel.

—Mi padre fue caballero del rey Alfonso, cuento con sus armas. Yo seré caballero del rey Pedro de Aragón, él me aceptará, y me ganaré el derecho a que seas mi esposa.

—Soy tuya a los ojos de Dios, soy tuya, Diego...

—No quiero más oscuridad entre nosotros, Isabel. Quiero poderte mirar a mi lado a la luz del día, ante todos, ante Dios y ante los hombres.

—Yo puedo decirte otra forma de estar juntos, Diego... —dijo entonces Isabel.

—¿A qué te refieres?

—Nada me importa si no es estar contigo, amor mío, nada... ¿puedes entenderlo? Moriré si no puedo estar contigo, del modo que sea. Mi padre sabe que te amo y que no podrá cambiar lo que siente mi corazón. Si tengo que casarme con el hombre que él haya dispuesto para preservar sus negocios y que él no me niegue mis derechos como su hija, lo haré.

—¿Qué?

—Me casaré, pero solo me entregaré a ti. Tendré un marido, pero solo te amaré a ti. Solo puedo amarte a ti, Diego. No hace falta que partas, no hace falta que arriesgues tu vida para conseguir una fortuna que solo le interesa a mi padre. Yo puedo complacerle, él solo espera que yo me case culminando un negocio de intereses, y no exigirá más. Tú y yo estaremos juntos de igual manera, nadie puede evitar nuestro amor, Diego, solo puede evitarlo la muerte, y no podría soportar la idea de que estés arriesgándote a ella por el derecho de amarme. ¡Tú tienes el derecho y el poder de amarme, te pertenezco, y solo quiero estar contigo!

Esta vez fue Diego Marcilla quien dejó caer sus brazos y se sumió en la sombra, apoyado en la pared, frente a Isabel.

—Tú quieres sacrificarte por nuestro amor —insistió Isabel—. Yo también, Diego. Yo puedo sacrificarme también, y tan lícito como que tú busques la muerte a cambio de podernos amar, es que yo acepte un matrimonio que nos ofrece la placidez de amarnos como queramos sin más preocupación ni temor a tener que separarnos.

Diego Marcilla no dijo nada. Isabel escuchaba su respiración y tendió sus brazos hacia él de nuevo. Diego dio un paso hasta ella, entrando de nuevo en el pequeño resplandor que les ofrecía la llama del candil. Le acarició el rostro con infinito amor, en silencio. Acercó sus labios a la frente de Isabel y la besó, demorándose en su piel tersa, sintiendo los ojos cerrados de ella recibiendo ese beso hondo e infinito sobre sí. Cuando sintió que los labios de Diego se separaban, abrió los ojos para mirarlo. Esos ojos intensos y brillantes de Diego mirándola desde su infinitud le anunciaron que ya no había posibilidad de vuelta atrás.

—Has de pensar una cosa, Isabel —le dijo Diego—: que te amo como nadie hasta hoy ha sido capaz de amar a ser humano alguno; que nuestro amor viene ordenado por Dios y es el mayor privilegio que nos ha concedido. Pero solo a la luz del mundo puede cumplir con la misión que ha venido a realizar. Nos amaremos a la luz del día, no me rendiré, Isabel. Nos merecemos ser aceptados y seguiré luchando por ello. Lucharé por mi derecho a ser tu esposo a la luz de todos. No te amaré en la oscuridad.

—Diego, no me importa dónde ni cómo nos amemos, no me importa...

—No volveré a ti si no es como tu prometido, Isabel.

—¿Qué dices?, no te comprendo, Diego, ¿qué dices?

—Solo ante todos, solo como tu prometido y luego tu esposo.

Isabel sintió de nuevo esa punzada conocida, una convulsión frontera de algo que había cambiado, el estremecimiento de lo que ya había llegado.

—Bésame, Diego, bésame, no te preocupes de nada, te lo ruego, no hablas de verdad, bésame...

—Cuando seamos marido y mujer.

—Bésame, te lo ruego.

—Seremos marido y mujer y tendrás mi boca a la luz del mundo, porque es nuestro destino, y no voy a renunciar a él ni a ti, Isabel. Nuestro destino a la luz

del día, no más oscuridad, ni más penumbra, no te besaré más en el secreto de este amor prohibido.

Isabel acarició el rostro de Diego, su mentón y su barba escueta y firme, sus labios cerrados, los que tantas veces había besado hasta el éxtasis. Las lágrimas de lo insalvable corrían por sus mejillas.

—Necesito que lo entiendas, Isabel mía —dijo todavía Diego.

—Amado, amor mío, señor, esposo, amigo... Sea como tú quieras.

—No olvides nunca que te amo, Isabel. Guardaré este beso y será el primero de todos los que podré darte por fin sin escondernos.

—¿Y si no vuelves?

—Volveré.

—¡La guerra se alimenta de hombres muertos, puedes morir tú también! —estalló Isabel sin poder contener las lágrimas—. Nada me importa más que tú, y si mueres no tendré motivo para existir yo tampoco.

—Sé que no moriré. Volveré rico y podré dirigir nuestra vida juntos, independientes, con todo el futuro por delante.

—No lo sabes, no lo puedes saber, amor mío, mi amor no podrá servirte como un escudo contra las lanzas enemigas. ¡No quiero que expongas tu vida a cambio de nada!

—Será a cambio de la fortuna y el poder que me dará el derecho de mi propio linaje y mi propio apellido. Será a cambio del respeto que merece nuestro amor y nuestro futuro juntos. Voy a cursar ofrecimiento al rey para servirle como caballero.

—Pero ese ofrecimiento te obliga a esta guerra y las que él decida...

—Me obliga a cinco años a su servicio.

—¡Cinco años! No quiero, no quiero, cinco años sin verte, no puede ser, cinco años...

—Juraré como su caballero y al cabo de cinco años seré libre de obligación, habré ganado mi título propio, tendré mi propia riqueza y derecho a privilegios durante el resto de mi vida, de nuestra vida juntos, te lo ruego, amor mío, Isabel, pasará pronto el tiempo, te prometo que merecerá la pena haberme esperado.

Isabel lloraba sintiendo una infinita soledad que de pronto la abrazaba. No eran los brazos de Diego, era un inmenso frío, un inmenso miedo lo que rodeaba sus hombros. No era la voz de Diego la que sentía sobre su oído. Era la voz de esa certeza que la despertaba en sus peores pesadillas, esa voz que le anunciaba una nueva y fatal despedida, la definitiva e irremediable.

—Quiero llevarme tu pañuelo bordado —le pidió Diego—, me acompañará cada día de mi ausencia.

Diego acarició su cabello. Las lágrimas cesaron. Isabel se enfrentaba a un abismo al que tendría que mirar de frente. Las lágrimas no le ayudarían.

—Has tomado ya tu decisión, ¿verdad, Diego?

—Sí, Isabel. ¿Me esperarás?

Isabel miró sus ojos amados, también habían llorado. Afirmó con su cabeza.

—Sí, Diego, te esperaré.

—Cinco años, Isabel, y volveré para estar ya juntos por siempre.

El futuro llegado

Él habla, estamos frente a frente. Su boca habla al mundo sobre mí. Me acerco al ángulo de su mandíbula izquierda, siento su rostro recibiendo mi roce, aspiro su aroma. Le habla al mundo, su piel me recibe, acerco mi boca a su oído, «abrázame», le pido. Él no se mueve. Rodeo con mis brazos sus hombros, siento mi cuerpo junto al suyo, mis brazos le abrazan. Sus manos se posan en mi cintura. Siento sus manos en la curva de mi cintura sobre la parte alta de mis caderas, una a cada lado, sus manos quietas como si me sujetaran, o quizá como si estuvieran a punto de separarme. Pero está palpando mi cintura, recordándola. Siento que sus manos recuerdan. Poco a poco va cerrando sus manos sobre mí, rodeándome con sus brazos, un abrazo cerrado sobre mí, cerrando sus brazos. Siento mi cuerpo pegado al suyo, estoy dentro de su abrazo y dentro de su silencio. Veo nuestro abrazo sin separarnos, estamos abrazados. Nos veo.

Despierto.

Como si tuviera que recordar nítidamente este sueño y la imagen de su abrazo.

De nuevo despidiéndome. Ya he estado aquí, de nuevo diciendo adiós. Tantas veces, todas mis vidas. Adiós, despedirme de ti y de lo que no será contigo. Pero no haré nada, no te pediré que me escuches. No repetiré lo que ya antes hice, tantas veces. No te diré que tengo tanto miedo a perderte que debo callar para no convocar a esa voz que me repite que no conseguiré el sueño imposible de vivir juntos. ¿Sería posible entonces morir juntos?

No hablaré, no diré más. Ya he vivido esto, ¿cómo he de salir?

Amor, señor, esposo, amigo... Diego mío, ¿a quién llamo? ¿A quién le hablo? Tú negándote a mi último beso, cerrando tus puertas a este dolor que me engulle desde el abismo a cuyos pies me veo, como si pudiera volar y lanzarme a su vacío. No quisiste un último beso, nunca habrá un último beso por tanto.

Y salí al mundo, Diego, sin ti. Salí a la vida, a la realidad. Cómo aceptar tu decisión, cómo aceptar que elijas no estar conmigo... o sí estás conmigo a pesar

de la distancia que será a partir de ahora nuestra compañera, y yo no te comprendo, ni comprendo la vida, ni comprendo lo que sea mejor para mí. Cómo aceptar que quieres marcharte, cómo aprender a esperarte, Diego, cómo aprender a esperarte y sobrevivir.

Las vides y los compromisos

La noticia corrió de boca en boca. Diego Marcilla había llamado a Pedro de Segura a la puerta de su casa pidiéndole su compromiso.

El de Segura ya no se sorprendió, sin embargo, de esta nueva temeridad y acudió a la puerta. Cruzó por su mente aquella otra vez en que recién llegado a Teruel con su esposa escuchó el llanto de una criatura y ese grito pleno de coraje y brío se le clavó en el pecho. Como un presagio, como un anuncio. Ese recién nacido era Diego Marcilla, el que ahora le miraba, frente a frente, rebosante de la plenitud y el valor que le otorga a un hombre la íntima decisión de conquistar la vida con sus manos.

Era el primer día de octubre y se había levantado un viento frío y desacostumbrado, pero todo ya era extraño.

—¿Qué compromiso me pides, Marcilla? —le preguntó Pedro de Segura.

—Que daréis vuestro permiso para que Isabel sea mi esposa cuando vuelva con fortuna, en cinco años.

—¿Qué fortuna puedes conseguir en cinco años?

—La riqueza y las propiedades que me garantiza el rey sirviéndole de caballero en sus guerras.

Pedro de Segura no contestó aún; calibraba su respuesta.

—El rey tiene que aceptarte como caballero, Marcilla —le replicó al cabo—. No es tan fácil. Necesitas un aval y tu propio escudero.

—Me avalará el hermano del rey, don Fernando, abad de Montearagón, y será mi escudero Esteban de Teruel, mi amigo y empleado vuestro.

El padre de Isabel de nuevo esperó a contestar. Miraba los ojos rabiosamente intensos del joven. Cualquier cosa que dijera correría entre las gentes.

—Dijisteis que las cosas serían distintas si tengo fortuna —insistió Diego Marcilla—. Voy a ser un hombre rico y con título de honor propio, y quiero vuestra promesa de que Isabel me esperará con vuestro permiso.

—Y me citas en la puerta de mi casa para que todo Teruel lo sepa.

—Lo sepa y sea testigo de vuestra respuesta, señor.

Diego Marcilla había tomado su decisión. Pedro de Segura estaba cercano a la cincuentena y todo en su vida podría volverse urgente de repente. De qué le podía servir todo lo realizado si no podía saber qué futuro tendría su hija; un futuro que él creía poder controlar, hasta ese momento.

—Tengo prisa, Marcilla. En cinco años pueden ocurrir muchas cosas...

—Os garantizo que tendré propiedades y rentas, fortuna ganada y negocios que podré poner a los pies de Isabel, y vos comprenderéis que teníais razón en otorgarme la confianza que reclamo.

—Yo tengo débitos de amistad y conversaciones hechas ya... los cinco años que me pides son los cinco años que yo tengo que pedirle a otro.

El de Segura había concertado que el sobrino de Fernández de Azagra vendría a Teruel para conocer a Isabel. Si todo iba bien, el nuevo señor de Azagra concertaría compromiso de boda con su hija.

—Si estimáis en algo la felicidad de vuestra hija, os pido estos cinco años de espera por ella.

—Tenéis un orgullo desmedido, segundo Marcilla —dijo el de Segura—. No sé si ese orgullo es fruto de la extrema confianza que tenéis en vuestras fuerzas o es la imprudente necedad de un capricho de juventud.

—El coraje para comprometerme y el valor para arriesgarme son cosa mía, señor. Nadie tiene derecho a juzgarme antes de haber demostrado si soy capaz de cumplir lo que prometo.

—¿Y si no eres capaz?

—Me lo deberá para siempre —dijo Isabel, de pronto.

Isabel había bajado las escaleras al oír la voz de Diego y había escuchado la conversación.

—Así lo he aceptado yo, padre —añadió, saliendo a la claridad.

Hasta ese momento Pedro de Segura no había visto a Isabel, resguardada en un ángulo del patio. Ya no podía seguir negándose a lo que la vida le obligaba a aceptar.

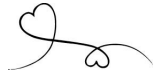
—Está bien, Marcilla —respondió finalmente Pedro de Segura—. Cuando te alistes y el rey Pedro de Aragón confirme que te acepta como caballero de sus mesnadas. Ese mismo día nuestras familias se reunirán en su presencia para sellar las promesas.

—¿Me concedéis el plazo, señor?

—Ese mismo día, si consigues que él te acepte, yo te concederé el plazo.

—Ese día os pediré formalmente a vuestra hija en matrimonio.

Pedro de Segura no dijo nada más. Dio vuelta y se metió de nuevo en su casa, cerrando la puerta detrás de él.



El rey de Aragón regresaba desde Francia para celebrar reuniones con sus nobles y caballeros en las ciudades principales del reino y llamar al alistamiento de civiles, hombres y mujeres que formarían parte de las tropas como soldados o trabajando en los muchos oficios que requería la guerra. Después de las primeras concentraciones en los puntos más importantes de Aragón, las mesnadas establecidas, con cuantos pertrechos, máquinas, bestias y hermandades acompañantes de herreros, pastores, médicos, curanderos y monjes se entregasen a servir a la gran cruzada, se irían desplazando hasta el lugar de concentración definitiva de todos los combatientes que Aragón aportaría a la alianza con Castilla.

Pedro II entraría en Teruel antes de que llegase el frío del final de noviembre, después de realizada la siembra del trigo y el cereal y la matanza del cerdo en los caserones, preparándose para el invierno. En la explanada junto a las casas del concejo se estaba construyendo el almacén cubierto donde el rey arengaría a los turolenses y los escribanos se instalarían para elevar los documentos de credenciales y registro de alistados.

El arzobispo Jiménez de Rada seguía predicando la cruzada contra los almohades por Italia y había llegado por el norte de Francia incluso a tierras de Alemania. A su regreso por las regiones del Mediodía francés, estaba consiguiendo numerosas adhesiones entre los caballeros de la Provenza, y ya se habían comenzado a desplazar con sus tropas hacia la primera reunión militar en Zaragoza. Trovadores, mercaderes, artistas y artesanos ambulantes, monjes y peregrinos hacia los santuarios cristianos en el camino del norte difundían noticias y propagaban la gran movilización de los reyes cristianos para detener el avance almohade. Se presentía que el mundo cristiano estaba ante un momento decisivo para el futuro de su fe.

La vuelta del rey Pedro a Teruel se producía en un momento del año muy distinto a las otras ocasiones en que los torneos en su honor y las danzas del toro

reflejaban la alegría pletórica del Teruel naciente. El rey tampoco era el mismo, preocupado por la situación de sus territorios del sur francés y con su heredero retenido por Simón de Montfort para forzarle a volver.

La población sencilla, crecida con todas las gentes que abandonaban las aldeas fronterizas, se apiñaba en los arrabales junto a la muralla y se sentía taciturna y alerta. Pero los muchos jóvenes llegados desde zonas aledañas a la villa esperaban eufóricos a la llegada del rey con sus administradores, cronistas y jueces, soñando con defender nuestra vida cristiana y que el rey pudiera mirarles el rostro y saludarles. Pululaban por las calles henchidos de vida, desafiando a la muerte presentida de la guerra cercana, y abarrotaban las tabernas conjurando esa desesperación creciente de las madres y las esposas que tendrían que verlos partir.

Fue aquel otoño de buenas lluvias, bendiciendo la reciente siembra, rebasados mis veinticinco años, la primera vez que me sentí avejentada. Podía comprender la angustia creciente en las mujeres de Teruel enfrentándose a la supervivencia callada y dura de sus vidas sin los brazos de los hombres de su casa. La supervivencia de sus hijos pequeños, de la tierra, de los frutos de la próxima cosecha sin saber si volverían a ver a sus maridos, a sus hijos, a sus hermanos. ¿Por qué los hombres atronaban las calles de Teruel con sus voces deseando poderse enfrentar cuanto antes a los sarracenos, reclamando a gritos que llegase pronto el rey para poder partir con sus huestes? ¿Cómo se llamaban, quiénes eran, a cuántos los recordarían las crónicas de las batallas que librarían diciendo adiós a sus familias?

Raquel murió uno de aquellos días mientras dormía, envolviendo nuestra casa de una sensación de silencio que era anuncio del tiempo sombrío en que nuestras vidas se sumían. Ysela lloró con la muerte de Raquel la extrema añoranza de los mejores años de su vida que ahora comprendía ya idos, y lloró el miedo que estrujaba su corazón por su hija Isabel. Pero Isabel estaba serena y firme. Su tiempo de lágrimas quizá hubiera pasado ya. Ella también estaba tomando sus decisiones y las empuñaba con el mismo brío y con la misma valentía que Diego tomaba las suyas.

Lupa ya sabía que su hijo Esteban acompañaría a Diego Marcilla como escudero en su vida militar.

—Tendré caballo propio y espada que él me proporciona y no tendré que batallar en la primera línea de la infantería.

—Siempre quisiste entregarte a la vida del ejército —le dijo Lupa a Esteban

—, y siempre has sido sombra y apoyo de Diego Marcilla. Tú eres capaz de velar a un tiempo por su vida y por la tuya.

—Sabré hacerlo, madre.

—Teruel es una fiesta con todos los que vienen cada día a esperar alistarse para el rey... no seas como ellos, mi Esteban. Muchos no saben que morirán, pero sueñan que la vida después de su muerte será mejor que la que tienen aquí, y creen que no tienen nada que perder. Tú no vas a morir, hijo mío. Elvira me lo ha jurado. Tú vivirás para contar la gran batalla que se avecina y lo que será de Diego Marcilla.

—Lo que sea de él es lo que será de mí, madre. A su lado obtendré privilegios por su favor como caballero y algún día también gozaré de un sueldo como recompensa del rey por servirle.

—Isabel de Segura esperará a Diego Marcilla. ¿Quién te esperará a ti, Esteban de Teruel?

—Mi madre, ¿no es así?

Lupa abrazó a su hijo.

—Si tu padre hubiese vivido bastante, habrías sido capitán de tus huestes, como fue él.

—Pero la vida es esto, madre. Cada cual la tiene que forjar según el destino que le sale al encuentro, sin pensar lo que hubiera sido de otra manera... no sirve de nada. Los nuevos hombres de Teruel somos esto, los que no miramos atrás y hacemos nuestro el mundo, con las armas que tenemos.

—Eres el mejor compañero que pueda tener Diego Marcilla porque tienes su misma bizarria —dijo su hermano Gonzalo, saludándolo.

Gonzalo seguiría al frente de los asuntos comerciales de Pedro de Segura.

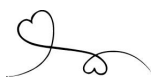
—Se oyen fanfarrias y trompetas —le avisó—. Son los heraldos que ya avisan de que las tropas del rey están acampando junto al río. Mañana vendrán los escribanos y freires para dejar constancia de los reclutamientos...

—Voy entonces a avisar a Diego Marcilla —respondió Esteban.

—Los caballeros y sus escuderos han de presentarse al rey; que tengas suerte, hermano, y seas aceptado con tu amigo.

Esteban abrazó a su hermano.

—He sabido que la ruta de las tropas desde Teruel pasa por Uclés —añadió Gonzalo—. Quizá sea posible que veas a nuestra hermana Meriem.



Además de Castilla y Aragón, se unirían a la alianza el señorío de Vizcaya, con el caballero López de Haro al frente, y el reino de Navarra, cuyo rey Sancho ya había avisado de que sus tropas acudirían en la primavera a la concentración preparada en Toledo. También se añadían al contingente cristiano las propias mesnadas del arzobispo de Toledo y las enviadas por los obispos de Palencia, Sigüenza, Burgo de Osma, Ávila y Plasencia por parte de Castilla. Desde los cargos eclesiales aragoneses se sumaron los obispos de Barcelona y Tarragona, y de Narbona, Burdeos y Nantes llegados desde el sur francés apoyando al rey Pedro de Aragón, cuyos ejércitos ya estaban emprendiendo la marcha para su primer encuentro en Zaragoza con el inicio de la primavera. También caballeros independientes con sus mesnadas propias, muchos otros pertenecientes a las órdenes militares del Temple, de Calatrava, de Santiago y los Hospitalarios de San Juan, soldados mercenarios llamados para la ocasión y otros caudillos de fama a sueldo, con sus grupos de acólitos. Muchas mujeres venían también en su compañía, dispuestas a seguirles para hacer vida en los campamentos mientras durase la guerra. A todos ellos se añadían los grupos de guerreros especiales avezados en la contienda cuerpo a cuerpo que habían alcanzado celebridad por la ayuda prestada a los reyes de Aragón desde Alfonso I el Batallador, los llamados almogávares, arrojados y fieles defensores de la cristiandad, sedientos de victoria sobre los sarracenos y de los que se decía que eran invencibles, porque su origen como pastores de las montañas pirenaicas al norte del reino de Aragón les había dotado de una resistencia especial a la dureza de la vida al aire libre y no necesitaban descansar.

Varias cuadrillas de ellos estaban instaladas en tiendas a las puertas de Teruel y recorrían durante todo el día las murallas y las zonas de los arrabales, ansiosos y estimulándose unos a otros, gritando contra los sarracenos, buscando el aplauso y el entusiasmo de los que esperaban como ellos salir al combate. Los almogávares formaban la infantería más eficaz que ningún rey podía encontrar, eran decididos en el avance, no les importaba la muerte y eran crueles con el enemigo. Desarraigados de su vida anterior por los montes, solo en la guerra encontraban el sentido de su existencia. También buscaban nuevos miembros para sus bandas entre los que no tenían nada que perder, proclamando los beneficios de su libertad sin ataduras de nada ni de nadie. Sus voces atronaron

por todo Teruel recibiendo al rey Pedro cuando ya atravesaba la puerta de Zaragoza, hacia la plaza de Santa María, donde la gente lo esperaba abarrotando los estrados, la explanada, la ronda y las carreras hasta más allá de las casas del concejo y el hospital de huérfanos. Pedro II de Aragón tenía treinta y cuatro años, y venía sobre su caballo a paso de gala bajo palio y ataviado con su mejor manto real, mirando complacido a los turolenses, que le demostraban inmenso cariño. Le rodeaba una nutrida corte de caballeros exquisitamente vestidos como él y conservando un estricto protocolo en el orden de su entrada a los lugares reservados para la recepción.

En los diversos lugares organizados en el entorno de la explanada muchos hombres hacían fila ya ante las tribunas de alistamiento, donde los escribanos y cronistas daban fe del nombre declarado, y los asistentes les entregaban un cuchillo de combate o espada corta y un cinto de piel curtida a cada uno de ellos, diciéndole el lugar junto a la muralla donde tenía que acudir para integrarse en la tropa correspondiente. El rey de Aragón ya había destinado ingentes cantidades de su peculio a las batallas que había emprendido en el sur de Francia para defender allí los derechos de su corona, y pudo destinar también abundante capital a esta guerra acordada con Alfonso VIII de Castilla, gracias a préstamos recibidos de los hombres más acaudalados de su reino, entre los que estaba el padre de Isabel.

El rey saludó al todo Teruel congregado y dio permiso para la exhibición de la representación de las tropas aragonesas que le acompañaban en el desplazamiento presentándole juramento para la campaña que emprendían. Aportaba a la alianza con Castilla mil caballeros aragoneses, catalanes y de sus dominios occitanos, con sus correspondientes escuderos con caballo y peones propios, entre uno y cuatro por caballero según su poder social. En Teruel habían solicitado título de caballero más de una treintena, entre los que estaba Diego Marcilla. Además de los altos aristócratas equipados como caballería pesada, ya se habían unido los caballeros villanos de las milicias concejiles de muchas de las aldeas y villas del reino y los caballeros que ya ejercían a sus órdenes en las fronteras del sur y que acudían a Teruel con sus tropas ligeras.

Durante gran parte de la mañana se prolongaron los desfiles de las tropas con las diferentes ordenaciones que proclamaban apellidos, procedencias y destinos en las diversas compañías de cabeza, retaguardia o zonas de resistencia, mientras el pueblo de Teruel lanzaba alabanzas y aplaudía a cada nombrado, ante

la complacencia del rey. Pasado el mediodía se presentarían por tandas de diez más uno los nuevos caballeros, cuyo juramento el rey tenía que aceptar.

La recepción del rey a los nobles, tesoreros y políticos de Teruel se celebraría al día siguiente, tras los juramentos de los caballeros, y duraría hasta el atardecer.

Después, los aspirantes a caballeros tendrían tres días para culminar trámites y rituales que les ganaría el derecho de ser confirmados por él: la aceptación del código de honor, la purificación con un baño al amanecer, el ayuno durante un día completo, la vela de armas durante una noche completa y después asistir a la misa en la iglesia jurando la defensa de la fe en Cristo, la bendición de su armadura impuesta por el arcipreste con la muestra del amuleto o prenda que el caballero guardaría junto a su pecho como esperanza de regreso y fuerza para su amor, y por fin la confirmación del nombramiento real con el toque de espada sobre sus hombros.

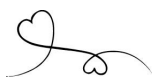
El pueblo de Teruel acudiría como testigo al proceso ritual de nombramiento a los caballeros del rey. Pero todos querrían acompañar especialmente al segundo Marcilla, convertido en el símbolo de esa potencia que proclamaba Teruel como un lugar ya en el mundo y en la corte aragonesa.

Los miembros de la casa de Segura estábamos presentes en el palco familiar junto a don Pedro, que ejercía como alcaide de la villa.

Isabel miraba hacia la plaza pendiente de Diego, que estaba en el centro del semicírculo formado por los once hijos de apellidos turolenses que se ofrecían al rey como caballeros, de pie frente al entablado alzado que ocupaba él y su séquito. Miré hacia el rey Pedro, rodeado de boato, como era la costumbre en él. Una visión me sacudió el pecho en ese momento, el rey traía una sombra que le envolvía a pesar de su deslumbrador atuendo con manto plateado. Era la sombra de su muerte cercana. Lo vi cayendo muerto de su caballo en una batalla que no era la que ahora emprendía. Antes de dos años.

Su propia voz de otro mundo me hablaba, contándome que no vería crecer a su hijo y que moría arrepentido de no haber medido mejor sus ansias de vida frente a sus ansias de fama y victorias.

El rey no viviría el tiempo que Diego necesitaba para que avalara su fortuna. Diego Marcilla tendría que organizar su estrategia para asegurarse el regreso al cabo de esos cinco años, rico y poderoso, como había jurado al padre de Isabel.



Diego Marcilla se había adelantado hacia el rey diciendo su nombre con voz potente y declarando después su voluntad de servirle como caballero ofreciéndole los cinco años que requería su aceptación. Con él estaban Ramón, el segundo de Abarca, Pedro Cornel, dos de los Luna, Antón Santa Cruz, Fernán Cervera, los dos menores de la casa Varea y Guzmán Mataplana, todos hijos de Teruel, segundos o terceros de sus casas, y como Diego ansiosos de ganarse el derecho a su propio nombre y su propio honor familiar. Además, se les unían el nieto de Guillermo de Castellvell llegado del señorío al norte de Albarracín y el sobrino del señor de Daroca, llamado Romeo Blásquez. Todos ellos presentaban a su propio escudero y aportaban las armas y los caballos que eran de su propiedad personal o conseguida por sus familias, y dos soldados a sus órdenes excepto Marcilla. Detrás de Diego Marcilla, sujetando su manto y un rollo de pergamino escrito con el nombre, la historia familiar de su señor y el juramento firmado de su puño y letra, estaba Esteban de Teruel como escudero y leal hasta la muerte de Diego Marcilla.

El rey Pedro no disimulaba su complacencia, orgulloso de la muestra de honor que realizaban esos jóvenes decididos a seguirle en esta guerra y las siguientes que tenía pensado emprender. Reconoció al joven Marcilla y lo saludó, aceptando su solicitud antes de que el cronista leyese en voz alta el pergamino firmado con el aval del abad don Fernando de Aragón, donde proclamaba su lealtad a la Corona y su obediencia a la fe cristiana.

El infante don Fernando había cumplido su promesa de amistad acudiendo a la petición de Diego. Su aval no tenía precio.

—Marcilla de Teruel, esperaba veros de nuevo..., me serviste bien como soldado en la campaña de la frontera sarracena, pero ha hecho falta esta guerra para que te decidieras a ser mi caballero.

Un rumor de admiración corrió entre los turolenses congregados. El rey reconocía a Diego Marcilla distinguiéndolo entre los otros.

El escribano empezó a leer en voz alta la declaración firmada en el pliego de Marcilla, pero el rey con su gesto indicó que no tenía que seguir haciéndolo.

—Acepto vuestro servicio, don Diego Marcilla, en mi nombre y en el nombre de Dios y nuestra cristiandad. Acepto el aval que presentáis y acepto a vuestro escudero para que os sirva por mi gracia.

El pueblo rompió en gritos de alegría. Diego realizó una profunda reverencia al rey y buscó la mirada de Isabel, alzando sus ojos hasta el palco que ocupaba Pedro de Segura con su familia y las familias del resto de notables del concejo de la villa. Todos los turolenses estaban expectantes, pendientes de la reacción de Pedro de Segura. El rey había aceptado a Diego Marcilla y el de Segura tendría que cumplir lo prometido.

Sabiendo que su gesto era observado, el padre de Isabel hizo seña al secretario del concejo para que confirmase el turno ante el rey. Las familias Segura y Marcilla se encontrarían delante del rey para acordar los plazos y compromisos estipulados en un acuerdo de boda. Pedro de Segura no renunciaría a sus objetivos tan fácilmente, pero también era hombre de ley.

El rey escuchó los juramentos del resto de aspirantes a caballeros, y se trasladó a continuación hasta el viejo alcázar fortificado junto a la muralla, donde celebraría la recepción con las altas clases de Teruel.

Después de eso, Diego Marcilla quedaría ya entregado al ritual de su caballería y no sería posible verlo a solas. Los tres días restantes hasta que partiese de Teruel ya eran del resto del mundo también. Isabel solo podría compartir con él los momentos que ya estaban previstos entre lo concertado con el rey y los trámites, delante de todos. Como él había querido.

En el gran salón de armas del alcázar ya estaban reunidos los caballeros y nobles acompañantes del rey con el resto de notables y potentados turolenses, todos ellos citados para establecer la normativa necesaria para la defensa de la villa y las disposiciones de la guerra que se emprendía. Se despacharían primero los asuntos civiles presentados al rey según era costumbre para su juicio y después los concernientes a su permiso, como sería el encuentro pactado de las familias Segura y Marcilla, con sus hijos Isabel y Diego.

La norma de la nobleza era presentar las promesas de esponsales al rey como representantes de los linajes incluidos en su reinado y para su correspondiente reconocimiento. Pedro de Segura había deseado este momento muchas veces. Presentar a su hija Isabel al rey para que él bendijera el compromiso de boda con un hombre perteneciente a la nobleza y que el conjunto de los ricoshombres, titulados hidalgos y potentados de Teruel fuese testigo de su entrada en el rango social superior que ambicionaba, gracias a la boda concertada para su hija.

Era muy distinto al momento que estaba viviendo y del que todos los presentes eran testigos. Martín de Marcilla estaba flanqueado por su primogénito

Sancho a un lado y con su segundo, Diego Marcilla, al otro. Detrás les acompañaban su esposa doña Constanza y el resto de sus hijos menores. Junto a Pedro de Segura estaba su hermano Ximén y detrás de ellos, su esposa y su hija Isabel. Ambas familias miraban al rey, alzado en su sitio sobre tres escalones, que ya había sido informado de que el encuentro de las familias era con relación al compromiso para un matrimonio. Podía entender que ese matrimonio no era del total gusto del financiero Pedro de Segura, un hombre ambicioso que, como muchos otros en su reino, tenía su estrategia organizada para seguir ascendiendo en importancia social gracias a ese dinero necesitado por todos.

Pero se trataba de Diego Marcilla... ese joven insólito que solo parecía obedecer a su instinto. Él solicitaba ese respeto de cinco años a Pedro de Segura y su familia lo avalaba en la promesa de boda transcurrido ese plazo.

—El joven Diego Marcilla pretende a la muchacha Segura. —El secretario real leyó el documento—. Este acto es para convenir el plazo de cinco años que la familia de Segura respetará antes de concertar boda con otro hombre para su hija.

—Dejad que vea a la joven Segura —pidió el rey.

Isabel fue conducida por el mayordomo del rey unos pasos por delante de su padre, y le saludó con una reverencia.

—Eres una mujer muy bella. —Isabel inclinó la cabeza en señal de agradecimiento—. Sé que tienes formación en letras, por el favor de mi madre, la difunta reina doña Sancha.

—Así es, señor.

—Que se adelante Diego de los Marcilla —pidió a continuación el rey.

—Entiendo que el plazo que solicitáis es el tiempo requerido para vuestro servicio como caballero de Aragón.

—Sí, majestad.

—Que quede constancia escrita de que mi voluntad es que don Diego de los Marcilla de Teruel cumpla los años estipulados al servicio de esta Corona y que empiecen a contar a partir del día que será armado caballero.

A continuación, se dirigió de nuevo a Isabel:

—¿Tú consientes en la boda con Diego Marcilla?

—Sí, rey don Pedro —respondió Isabel.

—Que se adelanten don Pedro de Segura y don Martín de Marcilla. No me opongo al convenio entre vosotros, señores. El plazo cuenta con mi venia y el matrimonio contará con mi bendición si llega a realizarse.

Pedro de Segura con Isabel a su lado y Martín de Marcilla con Diego junto a él se colocaron frente a frente, según determinaba el protocolo.

—Yo, don Pedro de Segura, en funciones de alcaide de Teruel y patrocinador del rey de Aragón, concedo el permiso de espera de cinco años solicitado por Diego de los Marcilla de Teruel con el aval de su padre Martín de Marcilla de Aragón.

Entregó a Martín de Marcilla el pliego donde había estampado su firma al pie.

—Yo, don Martín de Marcilla acepto en nombre de mi familia el compromiso asumido con el plazo concedido.

En ese momento y tras el saludo requerido al rey, Diego miró a Isabel y se dirigió al de Segura hincando su rodilla en tierra.

—Señor, os pido a vuestra hija en matrimonio. Me ofrezco a firmar mi promesa de boda con ella cuando transcurra el plazo que me habéis concedido.

—No es necesaria vuestra firma, Marcilla —contestó Pedro de Segura—. Nuestras familias han acordado delante del rey un compromiso para un plazo de cinco años, en los que considero que la promesa de mi hija con vos está entendida y firme. Os concedo la promesa de boda de Isabel de Segura.

Antes de esa misma noche, el compromiso de Isabel y Diego sería ya conocido y comentado en toda la villa. Ellos no habían vuelto a verse a solas desde la última vez en la penumbra de la alcoba de Isabel, pero ahora su amor ya no era secreto; ya era amor a la luz, sabido y conocido por todos. Todo Teruel sabía que, después de haber sido prometida por su padre, Isabel de Segura se había adelantado hacia Diego Marcilla tendiéndole su pañuelo bordado.

—Rey don Pedro, solicito vuestra venia ahora para entregar a mi prometido un testimonio de mi espera.

Casi sin aguardar el asentimiento del rey, la hija Segura había prendido en el cinturón de Diego Marcilla un exquisito pañuelo bordado con su nombre. Muchos comentaban que Diego Marcilla miraba a su prometida con devoción y una expresión emocionada y contenida de su rostro, y que cuando ella acabó de sujetar la prenda, tomó su mano y, arrodillado ante ella, le dedicó las mismas palabras que le había dicho cuando era solo un niño:

—Sois la estrella que el toro bravo aguarda, señora... Vuestra luz y mi brío harán inmortales este día y los días que han de venir de nuestra mano, unidos en el hoy y el mañana...

Todos sabían también que Isabel había escuchado a Diego Marcilla

entregándole una sonrisa enamorada y plena, y que su semblante irradiaba felicidad sin esconderla ante los que observaban el momento.

—Vos sois mi destino, señor. Mi estrella solo por vos existe y puede brillar.

—Te prometo volver, Isabel.

—Te prometo esperar, Diego.

El silencio a su alrededor parecía un eco de la turbación que todos los presentes en ese momento sentían dentro de sí, un insólito respeto, algo inesperado y tan hondo como lo que habían intuido que existía entre los dos jóvenes.

Promesa de amor y de esperanza

Aquella promesa de amor y espera entre Diego e Isabel corrió como el fuego por las calles entre las gentes; ellos eran el toro y la estrella cuya ansia al mirarse remitía al origen de la villa, era su mismo deseo de llegar a alcanzarse, la misma certeza de añoranza extrema que cada corazón enfrentado al paso del tiempo y a las esperanzas podía comprender dentro de sí. El amor entre Isabel de Segura y Diego Marcilla había surgido del destino, señalado por el tiempo y lo inevitable, como había surgido la propia ciudad de Teruel y su misión en ese mundo convulso y de decisiones definitivas. Una misión de frontera, de puerta hacia el futuro y hacia la expansión del mundo conocido hasta entonces, enfrentando su derecho al reino de las sombras que representaban los infieles, esos sarracenos que amenazaban las esperanzas de la luz que tenía que desterrar las tinieblas. Diego e Isabel desafiaban las normas heredadas, pero solo porque se amaban de verdad y no podían evitar ser lo que eran, y todo Teruel se sentía envuelto en esa pasión. La pasión intuida en la intensidad de esa promesa entre Isabel de Segura y Diego Marcilla que venía a mostrarles un nuevo camino para crear el futuro que de pronto se mostraba distinto a lo previsto, un futuro elegido y buscado, un futuro que emergía entre el miedo a la guerra que lo destruye todo.

Diego e Isabel eran la promesa de renacimiento y vida nueva después de la guerra y la espera, después de la duda, la luz después del dolor.

Pedro de Segura no había pronunciado palabra tras la convención con el rey. Había presenciado esa promesa de amor y espera, la promesa del regreso de ese hombre que amaba a su hija por encima de él y por encima del resto del mundo, y no había vuelto a pronunciar palabra.

Busqué a Esteban. Diego Marcilla iniciaba ya los trámites para ser armado caballero, y solo después de la vela de armas podría volver a ver a Isabel fugazmente entre el resto de la gente, cuando todos fueran a despedirle. Después partiría. Solo Esteban estaría con él compartiendo desde entonces sus días, testigo de la batalla y de la historia que debía vivir Diego.

—Esteban, ven, escudero, debemos hablar —le llamé cuando ya salía de casa con sus pertrechos escasos, feliz, al encuentro de Diego.

Se detuvo sin una duda. Esteban sonreía como siempre.

—Sé que vas al encuentro de Diego.

—Pronto darán comienzo los trámites de su caballería, aya Elvira —me dijo con su ternura de siempre—. Hemos de acudir a Santa María, allí será la ceremonia de la aceptación del Código de Honor.

—Llegarás, pero escúchame antes, guardián de Diego Marcilla.

Esteban asintió, estaba descubierto, sí, era guardián de su amigo.

—¿Qué debo saber, aya Elvira?

—El rey Pedro de Aragón va a morir antes de dos años. No digas nada, no debes revelar lo que te digo. —Esteban asintió—. Habrá una gran batalla y la cristiandad vencerá... pero no sigáis al rey Pedro hacia su muerte. Que Diego Marcilla no cruce las grandes montañas nevadas del norte de Aragón. Detrás de ellas el rey Pedro encontrará su muerte.

—Está bien, pero entonces, ¿cómo podrá cumplir su promesa de volver rico si el rey...?

—Tú sabes esto que nadie más puede saber. Tú colaboras con el destino de Diego Marcilla, encontrarás el modo.

—Yo guardián de Diego Marcilla, y tú, Elvira, la que vela por el destino de Isabel de Segura.

—No lo olvides, Esteban de Teruel, venceréis, pero solo viviréis si no acompañáis al rey Pedro cuando decida abandonar tierras aragonesas.

—¿Y después?

—Quién lo sabe, escudero. Confía en que habrá una forma de conocer el designio de la Providencia.

—Es mucha la carga que me entregas, aya Elvira.

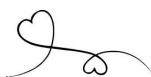
—Lo sé. Tú y yo somos compañeros en esta misión, escudero.

Esteban lo sabía todo, lo vi en su expresión.

—Su destino es el nuestro también.

—Nos veremos a la vuelta del viaje de ausencia y distancia que este amor tiene que emprender.

Esteban de Teruel se inclinó y me dedicó una respetuosa reverencia. Nos reconocimos cómplices y hermanos en lo que a nadie se podía explicar. Y aquel compromiso de saber para qué estábamos aquí nos acompañaría siempre.



Ante la expectación de todos los turolenses que conocían desde niños a los próximos caballeros, y cientos más entre testigos, soldados de las tropas reales y otros llegados extramuros, tendría lugar en Santa María el juramento del Código de Honor exigido a los nuevos ordenados. Las familias de los ordenados escucharían también los votos que sus jóvenes miembros iban a realizar desde los palcos habituales reservados para la misa. Este acto tenía la solemnidad de una coronación. Los velones encendidos reflejaban sombras innumerables en nuestro derredor, como presencias de otros mundos que venían también a ser espectadores del momento.

El obispo de Zaragoza, personado en Teruel para acompañar a Pedro de Aragón, junto con el obispo de Ávila en representación del rey castellano Alfonso eran los encargados de bendecir los juramentos y entregar a los juramentados los atributos con la enseña de cruzados, según exigía el papa de Roma.

Arrodillados frente al altar presidido por la imagen de Santa María, los inminentes caballeros escucharon las palabras introductorias del rey:

—Para ser caballeros de Aragón y en Cristo, debéis escuchar y aceptar estas reglas que habréis de conservar y preservar. ¿Consentís en ello?

—Consentimos —respondieron al unísono los jóvenes.

Se adelantó el arcipreste y comenzó la lectura del código:

—Siempre llevaréis con vosotros el manto que aquí se os otorga en símbolo de la protección de vuestra fe en Cristo, con su cruz, que defenderéis en la vida y hasta la muerte. ¿Lo juramentáis así?

—Lo juramentamos.

—Perteneceis por este acto al noble cuerpo militar del rey de Aragón, cuya Corona defenderéis sin renegar de su rey en ningún momento, al que nunca traicionaréis. ¿Respetáis vuestra pertenencia a este grupo especial?

—Lo respetamos.

—Siempre portaréis con orgullo el escudo que aquí se os otorga, como muestra del favor de Dios y enseña al mundo de vuestra valía. Ese favor de Dios os compromete a usar su escudo con honor y con valentía. ¿Os comprometéis?

—Nos comprometemos.

—Ser caballero es un privilegio concedido en este acto por el rey de la Corona de Aragón asistido por el poder de Dios. Eso significa que vosotros, caballeros, actuaréis con honradez, fidelidad y fuerza de carácter, que seréis mantenedores del respeto debido a la mujer, y que os guiaréis por los principios de rectitud, generosidad, dominio de las bajas pasiones y fervor religioso. ¿Respondéis a estos principios?

—Sí, respondemos.

—Adquirís por este acto la nobleza que conlleva ser caballero y cruzado del rey. Estaréis siempre dispuestos a ayudaros entre vosotros como miembros de este grupo. Cumpliréis la palabra de honor dada. Nunca mancillaréis el honor adquirido creando mala fama o enemistad entre vosotros ni con otros caballeros del rey. En caso de incumplimiento de este código seréis juzgados por los de vuestra misma condición y, si así lo sentencian, expulsados y privados de su honor. ¿Lo aceptáis así?

—Lo aceptamos.

El rey, acompañado por los obispos, impuso a cada nuevo caballero el manto y el escudo que ya acreditaba su título.

Ya era noche cerrada. Los jóvenes tenían que tomar una cena ligera preparada en el alcázar y antes de la primera luz del alba acudirían al baño de purificación bajo la luna. Tenían que dormir tres horas y a continuación comenzar su ayuno total durante el siguiente día completo, guardando una actitud de reflexión y contención mientras dejaban sus asuntos familiares en orden, firmando sus documentos de cesión y testamentos ante los oficiales del concejo de la villa, para emprender su nuevo cometido de caballeros libres de expectativas y ataduras.

A lo largo de todo el día siguiente se sucedieron los trámites públicos que los escribanos y administradores del rey debían realizar con los alistados, quienes también debían firmar documentos de entrega de posesiones al reino en caso de su fallecimiento y otras disposiciones exigidas para garantizar que los soldados se enrolaban al servicio de la guerra por causas nobles y no como escudo para intenciones perversas.

El cielo de noviembre estallaba de luz azul y las calles de Teruel bullían de gentío, alentando y acompañando a todos los que, ya alistados, querían realizar matrimonio antes de partir. Bajo el porche del atrio de Santa María el arcipreste de Teruel recibiría a las numerosas parejas que deseaban ser casadas, bendiciéndolas con agua bendita derramada sobre sus cabezas. La gente a su

alrededor cantaba en su honor y les arrojaba flores, alegres y tristes a la vez, sabiendo que esas bodas eran en realidad despedidas. En el interior de Santa María se sellaron esponsales hasta pasado el mediodía. Como regalo de bodas, los nuevos esposos gozaron de un banquete ofrecido por el concejo de la villa para todos ellos y sus invitados, que se prolongó hasta el ocaso. Los soldados y nuevos caballeros de Teruel partirían al otro día, incorporándose a las tropas que ya esperaban organizadas a las puertas de la muralla.

Esa misma noche era la que Diego Marcilla y el resto de los nuevos caballeros debían velar sus armas en el interior de Santa María durante todas sus horas de oscuridad. Ya se dirigía hacia allí. Solo acompañados por sus escuderos, los caballeros rezarían en silencio encomendándose a la Madre de Dios y a Cristo, portando sus armas, que quedaban bendecidas de esa forma. Al amanecer se celebraría la misa en la iglesia para la bendición final del arcipreste con la confirmación del rey a través del toque de la espada sobre los hombros, y a continuación Diego Marcilla partiría.

Martín de Marcilla esperaba a Diego a las puertas de la iglesia para abordarlo antes de entrar. Ese era el último momento que podría estar con él; lo abrazó emocionado y le entregó su propia espada, en cuya empuñadura había mandado grabar el nombre de Diego Marcilla. Su padre le demostraba así su respeto y el orgullo que sentía.

Los herreros de Teruel llevaban días trabajando sin descanso forjando nuevas armas para los alistados y con los hornos permanentemente encendidos para llegar a tiempo y entregar todos los encargos de última hora. Sancho había obsequiado a su hermano un equipamiento entero para su montura con sujeciones para lanza y aparejos y su nombre también grabado. Diego Marcilla había dejado sus asuntos en orden, se había despedido de él y de sus hermanos menores, de su madre y el resto de su familia de Teruel. Miró hacia la gente que presenciaba la entrada de los próximos armados en la iglesia, buscando la presencia de Isabel entre sus caras, pero no estaba. Nadie de la casa de Segura se había trasladado hasta Santa María para desear a Diego que su iluminación le guiase a través del camino que emprendía.



Fue al amanecer cuando Isabel, cubierta con su manto, se deslizó de la casa y fue a la iglesia para ver a Diego recibir la misa de consagración y el final del rito. Se había presentado en el portón de Santa María antes que nadie y había abierto sin resistencia la portezuela por la que solían entrar los monjes. Los clérigos mayores acudieron alarmados al verla, y ella, sin quitarse el capuchón que la protegía, les rogó con un susurro que le permitieran despedirse de su prometido antes de partir con el contingente que ya esperaba junto a la muralla. Nadie se atrevió a negarle su petición.

Junto al grupo de monjes que aguardaba entre las sombras el final de las oraciones de los nuevos caballeros, Isabel asistió en su mismo silencio a la misa y la bendición que el arcipreste otorgó a las armas y amuletos que portaban. Junto a su espada, su lanza y el escudo, Diego Marcilla presentó para ser bendito el pañuelo de Isabel. Lo besó primero y lo mostró a continuación en sus manos extendidas rogando la esperanza de regreso y la fuerza para su entrega al servicio que emprendía. Gemela quizá de ese resplandor que desprendía el pañuelo de Isabel al serle signado con la señal de la cruz cristiana, Diego sintió una claridad entre la penumbra de las columnas y llevó sus ojos hacia allí. El rostro de Isabel sobresalía de su manto, mirándole con los ojos brillantes. Por primera vez en todos los últimos días que llevaba vividos tan intensamente, Diego no pudo contener unas lágrimas que le cayeron por el rostro al ver a Isabel sonriéndole.

El rey entró en la iglesia a los pocos instantes, acompañado por su séquito de campaña ya dispuesto para partir con la primera luz de la mañana.

Los caballeros estaban arrodillados frente al altar. Pedro de Aragón realizó uno a uno la confirmación del nombramiento de caballero con el toque de su propia espada plana sobre los hombros de cada uno de sus servidores allí entregados a su emoción y a su juramento.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, quedas armado caballero, Diego Marcilla de Teruel.

Diego cerró su mano apresando con fuerza el pañuelo de Isabel contra su pecho, sintió un suspiro emocionado que le subía hasta la garganta e inclinó su cabeza recibiendo los dos golpes que afianzaban uno a cada lado de su cuello su absoluta entrega al destino y el amor ferviente que sentía su corazón, sin dejar de pensar en Isabel.

Estaba amaneciendo y el ritual cumplido. Los caballeros saldrían de la iglesia a recibir el saludo de la gente agolpada al otro lado de las puertas para

verlos partir. Los escuderos se hacían cargo de recoger los pertrechos de sus señores para preparar los caballos mientras los consagrados recibían el saludo del pueblo. La luz tibia de la amanecida empezaba a colarse por los ojos de alabastro abiertos sobre el ábside del altar. Isabel se dirigía ya hacia la portezuela por la que había entrado para marcharse; ya había visto a Diego, ya tenía lo que necesitaba, su imagen amada besando el pañuelo que le había entregado con su alma bordada en él.

Diego la buscó, distinguiéndola ya cerca del gran portón, y la llamó.

—Isabel, espera.

Ella se detuvo, como sus lágrimas en ese momento, feliz porque él la convocaba una vez más.

Diego llegó hasta ella; tomó su mano arrodillándose y colocó el anverso de sus dedos sobre su frente, unos instantes, como si rezara. Luego se alzó hasta Isabel y le retiró el capuchón de la cabeza.

—Tu rostro amado, Isabel, tus ojos mirándome, este momento viéndonos todavía un instante más, esto será lo que recuerde para siempre y me ayude a saber que estarás esperándome.

La tristeza de Isabel sonreía en sus labios, sin palabras, solo mirándole con sus ojos llenos de amor.

—Dime otra vez que vas a esperarme, Isabel.

—Sí, Diego amado, amigo, amor mío, te esperaré, aprenderé a vivir esperándote, cada día cambiaré el dolor de tu ausencia por la esperanza de estar juntos de nuevo.

—Y será para siempre.

—Sí, Diego, estaremos juntos para siempre.

—Y podré darte ese beso y los besos que todo mi ser desea entregarte, todos esos besos que guardo para ti, Isabel.

—Soñaré cada día que estás conmigo y que puedo besar tus labios, haré de tu ausencia mi compañera, hablaré con ella, le pediré que me cuente dónde estás, le preguntaré si piensas en mí...

—Pensaré a cada instante en ti, Isabel, y te escribiré para que también mis palabras te acompañen, ¿tú me escribirás?

—Sí, Diego.

—Los correos del rey tienen rutas estipuladas... pero Esteban cabalgará para ayudarme a que te lleguen mis cartas con los peregrinos y mercenarios que se alquilan para llevar noticias.

—Mi padre no permitirá que yo reciba misivas privadas, Diego... las normas solo permiten que las noticias lleguen en comunicaciones a mi familia o por los informes del concejo... ¿cómo podrás hacerme llegar tus cartas, amor mío?

—Con mi hermano Sancho. Le he hablado; él lo hará por nosotros.

Las lágrimas de nuevo inundaban los ojos de Isabel. La claridad del día les alcanzó de repente. Los monjes habían abierto el portón principal de la iglesia y la luz del pleno amanecer llegando del exterior los envolvía.

—Nuestras cartas serán el bálsamo para ayudarnos a que la espera y la distancia sean menos, me lo prometes, Isabel, ¿me enviarás tus cartas?

Isabel asintió, temblando.

—Nos estamos despidiendo ya, amor, amado mío...

—Nunca nos despediremos, Isabel. No nos estamos despidiendo, ¿me oyes, vida mía?

Isabel afirmó de nuevo, sin dejar de mirarle entre las lágrimas.

—Pero si muero yo... o mueres tú... —musitó Isabel aferrándose a sus manos—, si uno muriese antes que el otro, entonces ¿cómo nos encontraríamos, mi amor?

Diego acercó los labios al oído de Isabel.

—Te propongo este pacto... —susurró sobre su mejilla rozando el nacimiento de su pelo—. Es un pacto de eternidad, que nos lleva al otro lado del amor.

Isabel cerró sus ojos escuchando la voz de su amante descendiendo sobre su rostro, su cuello, su costado, su ser entero.

—¿Aceptas el pacto, Isabel mía?

—Sí.

El gentío agolpado frente a las puertas abiertas de Santa María esperaba ver salir a los ya caballeros consagrados. Todas aquellas miradas concentradas en el interior del templo vieron emerger desde la penumbra las figuras de Isabel y Diego, con sus manos enlazadas, mirándose como si nada más existiera y jurándose amor eterno.

—Siempre te amaré, Isabel de Segura, recuérdalo, cada día, recuérdalo, por siempre.

—Siempre te amaré, Diego Marcilla, pase lo que pase, siempre he de amarte y nada más me importa.

Los caballeros ya se dirigían hacia el exterior y se unieron a Diego en el

instante en que Isabel dejaba resbalar sus dedos de los de Diego, que sintió de pronto el tacto del vacío en ellos. Isabel había desaparecido. Los nuevos caballeros caminaron hacia el exterior, y la luz brillante y fría de la mañana de noviembre les llenó los ojos, mientras el gentío empezaba a reaccionar y sonaban los primeros gritos de alabanza ensalzándolos y aplaudiendo su presencia.

La gente los acompañó hasta la explanada junto a las casas del concejo, donde ya los escuderos tenían preparados los caballos con las lanzas sujetas y las monturas dispuestas.

Diego buscó de nuevo a Isabel entre la gente que gritaba sus nombres conjurándolos para la victoria y la protección divina, pero ella no estaba ya. Sí distinguió a sus hermanos y a varios miembros de la casa de Segura, a Lupa, Gonzalo y a mí. Alzó su mano para saludarme mirándome mientras sus labios me dedicaban un ruego:

—Vela por Isabel para mí.

Diego sabía que yo le había escuchado desde mi alma.

Todos acompañaron a los caballeros ya formados para la partida hacia la explanada junto a la muralla donde se unieron a sus destacamentos correspondientes, todos ellos comandados por Ximeno Cornel como representante de las tropas turolenses, enviados como avanzadilla de vigilancia y preparación de la guerra.

No podían perder tiempo. Tenían pocos días para llegar a Uclés antes de que las nieves de diciembre bloquearan los desfiladeros hasta la fortaleza donde tenían que realizar el primer acampamiento. Allí pasarían el invierno preparando las tácticas de batalla y haciendo incursiones en territorios aledaños para afianzar fortalezas y vigilar la ancha frontera de los sarracenos. La sed de una nueva victoria de su califa no respetaría en esta ocasión el invierno, y las tropas avanzadas tenían la misión de impedirlo.

El rey Pedro de Aragón regresó con su corte a Zaragoza. Se uniría de nuevo a ellos en Toledo, donde se celebraría la concentración de todos los ejércitos cristianos con la primavera. Iban a Uclés en su nombre su alférez Miguel de Luesia y el obispo de Tarazona García Frontín, con sus tropas y caballeros. En la gran fortaleza de Uclés, junto a los monjes de la Orden de Santiago, experimentados guerreros por su situación de frontera, residía una guarnición permanente de cincuenta caballeros castellanos con sus tropas y familias que en estos últimos meses había aumentado hasta cien, con sus propios peones y

aparejos de guerra, preparados para combatir. En Uclés esperarían también a una parte de las tropas que tenían que unirse desde Vizcaya al mando de López de Haro y los caballeros voluntarios de otros castillos desplegados por la frontera castellana.

Los turolenses en pleno despidieron a sus caballeros y soldados con loores y cantos de gratitud hasta pasado el mediodía, cuando terminaron de verse en el horizonte alejándose los últimos carros y caballos. Regresaron al interior de la villa y se cerraron de nuevo las puertas. El día ya era muy corto, y al poco rato comenzó a atardecer. De pronto parecía haber llegado el vacío. La villa había quedado sumida en un silencio extraño, ese silencio de las preguntas que quedan sin contestar. Todos habían visto partir a Diego Marcilla y habían escuchado sus últimas palabras a Isabel. Nadie sabía si podría volver. Su despedida y su incertidumbre, su amor inevitable y sus débitos asumidos eran lo mismo que todos los turolenses estaban sintiendo en sus corazones y lo mismo que sus vidas tenían que vivir, despidiendo a los suyos, prometiendo que nunca los olvidarían y teniendo ahora que soportar la inquietud de temer que podrían no volver y, sobre todo, la añoranza por su ausencia sin remedio.

Isabel dejó que el ocaso llegase a su jardín, mientras ella seguía sentada en el poyo de piedra donde tantas veces había besado a Diego escuchando sus risas y jugando a que nada les podía separar. El padre no se atrevió a llamarla para que entrara al interior; ese día daba inicio a otra vida, quizá a otra Isabel, pensó. También la casa de Segura estaba sumida en el silencio, el silencio de Isabel, decidida a amar a Diego Marcilla y a esperarlo.

Quinta parte

DESTERRAR EL MIEDO

Mi corazón se quedó contigo

Isabel amada, mi pecho se extiende pleno de una emoción desconocida si pienso que estas páginas estarán pronto entre tus dedos tocando tu piel, como si fueran mis dedos y la propia piel de mi mano.

Por vez primera desde que salí de nuestro Teruel del alma cuento con un aposento y ya por fin tengo tinta, un cálamo y estas hojas para escribirte y escribiendo sueño que estas palabras las escuchas desde tu corazón al mismo tiempo que las pienso. Pero también en cada momento del día, mientras cabalgo o cuando organizo la tropa que de mí depende te escribo desde mi alma, te hablo con mi pensamiento y construyo las frases que me gustaría decirte, y me imagino tus ojos oyéndolas, y las retengo en mi corazón hasta que pueda trazarlas en un pliego. La esperanza de este momento que ahora vivo escribiéndote por fin esta carta es lo que me ha ayudado a soportar la travesía inclemente y complicada a lo largo de estas pasadas semanas hasta Uclés, donde hay que esperar para reunir las tropas de Teruel con el resto de tropas que el rey Pedro de Aragón aporta a la alianza con el rey castellano Alfonso VIII.

Solo tú estás en mi mente, amada mía, solo tú y tus ojos mirándome, tus labios pidiendo ese beso que yo quiero ofrecerte por propio derecho y cuando vuelva como ese que tú te mereces y nadie pueda cuestionar. Cómo ansío que llegue ese momento, Isabel, y qué fortuna siento al poder trazar estas líneas, por fin, soñando que pronto las tengas en tus manos. No me guardes rencor por mi decisión, te lo ruego. Regresaré a Teruel victorioso y merecedor de tu amor, ese que me guardas y que es mío desde la eternidad de los tiempos, sí, pero que aun así he de ganarme para demostrar al mundo que incluso el destino tiene razón al ordenarlo así.

Te amo. Te amo. Aquí en la soledad de mi tienda con la única lumbre de mi vela mientras los peones se entretienen con juegos de cartas antes de dormir, aquí puedo decírtelo con mi pecho lleno de emoción y sin que las palabras puedan cortarme el aliento, como me lo cortan cuando estoy contigo. Por eso callo ante ti, para que todo lo que siento por ti no me desborde convirtiéndome en un niño a tus ojos. Ese niño que sigo siendo en lo más profundo de mí, el que te miró por primera vez y supo que nuestros destinos estaban entrelazados para siempre.

Confío en mi hermano Sancho para que él te entregue esta carta. Sé que a él le pesan las labores que le obligan como primogénito Marcilla y hubiera deseado ser libre para salir al campo de batalla y enfrentarse a la muerte matando a los enemigos de nuestro Dios. Rezo cada noche antes de dormir para intentar comprender los misterios del destino que Él nos ordena... Mi hermano Sancho se cambiaría gustosamente por mí, ahora mismo, a pesar de esta humedad que se cala en mis huesos y a pesar de que apenas he podido tomar un pedazo de carne en salazón como toda cena, y yo me cambiaría por él solo por tener el derecho de ofrecerle a tu padre una primogenitura de mi apellido noble para que viese con buenos ojos mi entrega a ti.

Nada tiene que ver esta campaña que emprenden los ejércitos aragoneses con aquel ejercicio militar que viví hace seis años para el rey, en la conquista de la plaza de Rubielos de Mora. En aquel

tiempo solo éramos unos muchachos enviados por nuestro padre para restaurar la valía del apellido Marcilla y congraciarse con el rey. Yo tenía catorce años y tú te habías olvidado de mí, Isabel, porque eras una niña y la reina madre doña Sancha se había retirado a su monasterio de monjas llevándose sus maestros y sus libros, y aquella luz que solo unos pocos de los primeros turolenses nacidos en la villa pudimos comprender anidada en las letras y las historias del mundo. Mi hermano Sancho no había cumplido todavía los dieciséis años y odiaba las clases de escritura y música, y se entregó al ejercicio militar con pasión; salió al campo de batalla para la conquista de los castillos de Serreilla, en campo valenciano, enfrentándose a los soldados almohades, dispuestos, como él, a matar y a morir. Pero yo no amo la guerra, Isabel. La guerra destruye aquello que es lo único que Dios nos manda, que es vivir. Y sin embargo me veo obligado a ella, porque solo enfrentándose a la muerte se demuestra el derecho a vivir y, aunque me rebelo por ello, debo someterme a las pruebas ordenadas para mí. Solo separándome de ti, mi Isabel amada, puedo demostrar mi derecho a estar contigo. Solo soportando este dolor inmenso de aceptar nuestra separación, me ganaré el respeto que merezco, aunque ya la vida me haya otorgado su favor reconociéndome con el amor que tú me profesas, ese amor que es mi sustento y mi guía, ese amor que es mi ilusión y mi luz, mi anhelo, mi estrella... Solo deseo que llegue ese día en que podré vivir a tu lado para toda mi vida, sin que nada ni nadie pueda negar nuestro derecho a ser felices juntos. Por eso, corazón mío, no reniegues de mí por haber tomado esta decisión, te lo imploro, Isabel mía, pues regresaré con posesiones y honor bastante para ser el más alto magnate de Teruel por derecho ganado, caballero real con privilegios que me otorgarán el derecho de ser tu esposo, señora mía.

Solo tienes que esperarme, solo esperarme ese tiempo que será cruel para ti y para mí, pero que pasará, te lo juro, pasará, como pasa un mal sueño, como pasa el invierno y siempre llega después la primavera. No reniegues de mí, te digo, no reniegues de que yo quiera ser digno de ti y ser poseedor de tus besos por derecho propio y no por haberlos hurtado a escondidas. Quiero que nuestro amor sea a la luz y que cualquiera en este mundo nos mire a los ojos, que nadie pueda murmurar volviendo el rostro a nuestro paso porque estamos en pecado, aunque nuestro amor sea puro y sincero y esté dictado por Dios. Pasarán estos años que te he pedido y volveré, te juro que volveré y habrá merecido la pena, y entonces estas cartas podremos echarlas al fuego. Pero mientras tanto, recíbelas y guárdalas, amor mío, pues en ellas te envío todo el amor que siento por ti, este amor que me hace vivir un día tras otro porque sé que al final podré conseguirte y compensarte de los sinsabores de nuestra separación.

Todo pasará y habrá merecido la pena, te lo prometo, Isabel. Mientras tanto, te ruego, escríbeme, hazme llegar tus palabras y tu amor en ellas igual que en las mías va mi total entrega a ti, mi total amor por ti, mi total añoranza y mi total deseo de verte de nuevo y abrazarte, y entonces sí, entonces darte mi boca y mis besos y mi piel entera proclamándote mi estrella.

Te ama por siempre tu Diego, de los Marcilla de Teruel

Cómo esperar

Sancho Marcilla había esperado a ver pasar a Isabel como cada día con las campanadas de Santa María llamando a la misa a la que acudía todas las mañanas. Los hombres que habían quedado en Teruel caminaban como sombras taciturnas cumpliendo con sus tareas habituales en los negocios, la administración de la villa o su vigilancia.

Hasta aquel día de finales de febrero, no se habían recibido todavía noticias del caballero Diego Marcilla. Isabel solo podía imaginar su vida a través de las crónicas relatadas por los heraldos que recorrían las plazas del reino con información para sus habitantes, sin detalles especiales, únicamente decisiones reales, plazos previstos para terminar la reunión de tropas, o los lugares asegurados en las escaramuzas de avanzada cristiana que no habían dejado de realizarse, desafiando al frío del invierno.

Teruel había celebrado discretamente las Vírgenes del fuego y las candelas de febrero que anunciaban que el sol volvería a calentar; era tiempo de espera y de intenso trabajo a cargo de las muchas mujeres turolenses que tenían que luchar solas por la supervivencia de los hijos. Varios de los nacimientos que tenían que producirse en aquellos meses se habían truncado, y la lucha por seguir ganándole la tierra a la guerra se endurecía con las ausencias y la rabia contenida por tener que soportarlas.

Isabel había cumplido quince años entregada al trabajo en su casa, entregada a recordar a Diego y rezar por su pronto regreso, y bordando ahora las prendas que serían su ajuar de casada. Ya era una mujer adulta con promesa de boda después de cinco años. El mundo ya le permitía acudir a la iglesia sin más vigilancia que mi propia compañía como servidora. Isabel comenzaba el día yendo a la iglesia para rezar por Diego y por su amor; había establecido así sus horarios y preferencias, y su padre no había puesto inconvenientes.

Sancho la abordó junto a la puerta de Santa María. Él tenía que hacer revista de algunos de los renteros de sus propiedades; se ausentaría y tardaría

varios días en volver, por eso se apresuraba a entregarle la carta recibida de su hermano, fingiendo que algo había caído a sus pies. El rostro de Isabel se iluminó al sentir el envoltorio entre sus guantes, y lo guardó rápidamente dentro del manto.

—Doña Isabel, espero que vuestra familia esté bendecida por la buena salud —le dijo Sancho Marcilla después de inclinarse ante ella—, este invierno ha sido oscuro y muy frío...

—Y muy triste también, don Sancho —respondió Isabel—. Gracias por vuestros deseos, hermano Marcilla, así lo haré saber en mi casa, y le diré a mi madre que hagamos una visita a la vuestra antes de la cuaresma, esperando que para entonces se haya restablecido del todo.

—Será una alegría...

—Nuestra Lupa empieza a macerar las frutas secas del ayuno, y tendré en cuenta de llevarle un plato.

—Lo agradecerá entonces.

—Sé que mi querida Castroviejo prepara vuestra boda, y rezo a Santa María para que os bendiga con bienes.

—Sois muy buena, doña Isabel. Mi señora madre encuentra mucha ayuda con mi prometida Castroviejo —reconoció Sancho—, ella también se alegrará de vuestra visita, será una fiesta para ellas. Y yo estaré a vuestro servicio para lo que gustéis.

El primogénito Marcilla celebraría pronto su matrimonio con una de las cuatro Castroviejo; ya se había trasladado a la casa familiar de Marcilla y se había incorporado al trabajo habitual de sus mujeres. Isabel asintió comprendiendo la oferta de Sancho. Le llevaría entonces su carta para Diego.

Las palabras de Diego para ella llenaron de alegría otra vez el semblante de Isabel. Los pocos meses transcurridos habían sido una muestra de lo que le quedaba por vivir, y a veces desfalleció, creyendo que no sería capaz de esperar, que no sería capaz de estar sin verle, sin escucharle, sin saber de él. Sentía que era inútil ese esfuerzo, maldecía las convenciones y las exigencias del padre, maldecía la ambición de los hombres, maldecía todas las prohibiciones que le habían llevado a esa soledad sin él.

Pero ahora volvía a sonreír, leyendo su carta una y otra vez, sujetándola contra su pecho, besándola como no había podido volver a besar las mejillas de Diego. Isabel volvía a creer que tendría fuerza suficiente para seguir adelante.

Para seguir esperando sin desfallecer y sabiendo que, cuando hubiera pasado la espera, habría merecido la pena.

Diego amor, Diego amado, he recibido tu carta; hoy perdono a la vida la esclavitud a sus dictados que me hacen sufrir así. Hoy solo pienso que recibas mis palabras y sonrío, y solo quiero sonreír para que te llegue mi amor limpio y sonriente en ellas, recordando nuestra alegría cuando estábamos juntos y soñando con la alegría que viviremos cuando nos volvamos a encontrar. Cómo puede ser que mi alma y mi ser entero te añoren tanto..., te necesito para vivir, es lo primero que siento cuando abro los ojos cada amanecer, amor, tú lo primero que pienso cuando despierto, tú lo último que ruego cuando cierro los ojos. Sueño contigo, que soplas en mi oído las palabras que me consuelan, tú estás al otro lado de mí, en los sueños sé que volvemos a estar juntos y tú me juras que me añoras tanto como yo a ti.

Sé que tu mesnada desde Uclés ya ha ganado varios castros de alrededor. ¿Has visto a nuestra Meriem? ¿Hay peligro para ella y sus monjas tan cerca de la batalla? Ahora tú estarás sonriendo, imaginándome con tantas preguntas para hacerte, y tú enlazando una respuesta con otra, pero, en realidad, sin poder contestarme, Diego querido... cuando puedas leer esta carta quién sabe cuánto tiempo habrá transcurrido...

Vendrá la primavera, pero no será como las otras primaveras. Teruel prepara los hospitales de San Pedro y la iglesia de San Juan para albergar heridos, eso se dice... Las familias donan tejidos y todo cuanto les sea posible para la vuelta de los turolenses que han partido. ¿Cuándo será esa vuelta? Se dice que la guerra se detendrá después del verano, y entonces los soldados regresarán a Teruel hasta que pase el invierno. Aunque tengas que marcharte de nuevo, no me importará si vuelves para el invierno. Esperaremos los cinco años de tu servicio, lo soportaré si podemos compartir aunque sea el frío del invierno... ¿es posible o es un sueño?

Todas las demás noticias de este Teruel sin ti son pequeñas cosas que te esperan, como yo, rezando a la Madre de Dios y a su Hijo para que te protejan y alienten para que no me olvides.

Tuya amándote,

Isabel de Segura

Pedro de Segura no ocultó a su hija que, aun respetando el acuerdo con Diego Marcilla, él no abandonaría sus planes de compromiso con el heredero Azagra.

—Los Azagra vendrán después de la Pascua a Teruel —le comunicó—. Conocerás al heredero Pedro Azagra.

—Pero estoy comprometida, padre, y tú lo sabes, tengo tu permiso.

—En nada se contraviene tu promesa. Fernández de Azagra es mi socio en diversos negocios. Él viene con su sobrino y su familia en visita de cortesía y para vigilar los rendimientos de varias propiedades en esta zona. Le debo la consideración obligada entre familias amigas. Tú eres mi hija, Isabel, y si yo he

demostrado que he aceptado tu decisión de prometerte con Marcilla, tú tienes que obedecerme como tu padre en lo que te compete como hija mía. Mi familia honrará a la de Azagra; el noble don Pedro heredero Azagra se presentará y tú serás educada con él.

—Diego volverá en el próximo invierno —dijo entonces Isabel.

Pedro de Segura comprendió lo que quería decir su hija.

—Aunque las batallas hayan concluido —replicó—, el compromiso con el rey le obliga a seguirle a las otras campañas que haya previsto.

—Si el rey tiene que regresar al norte, es muy fácil que haga el camino de vuelta por nuestra villa.

El de Segura ya no podía ordenar a su hija que no tuviera ilusiones. Recurrió a su esposa y la abordó esa misma noche.

—Puede ser que Marcilla no vuelva nunca, mujer. Tengo que seguir pensando por el bien de nuestra familia. La de Azagra está dispuesta a dejar que pase el tiempo hasta que...

—¿Hasta qué? ¿Qué piensas que pueda ocurrir? —preguntó Ysela al esposo.

—Puede morir, no lo olvidemos. Hasta que Marcilla pueda regresar con el agradecimiento del rey tiene que luchar y salvar su vida en cada batalla a las que se enfrente. Puede morir, y entonces nuestra hija sería viuda sin casarse..., ¿no lo comprendes, mujer? Debo tenerlo todo previsto.

—¿Por qué los Azagra están dispuestos a esperar al designio del destino?

—Por eso, mujer, porque es designio del destino y nadie puede saber lo que vaya a ocurrir. Y porque los negocios son así, una apuesta, una inversión contra el tiempo.

Deliciosa amada mía Isabel, estrella que despierta mis sentidos cada día, vuelvo a escribirte, como cada noche antes de que deban apagarse las candelas y empiecen los turnos de guardia. Te envío esta carta, añorando noticias tuyas, escríbeme. Mi querido Esteban cabalgará a Uclés después de que las tropas emprendan el camino a Toledo, en donde espera el castellano Alfonso VIII a nuestro rey Pedro. Sueño con tu carta, nuestra amiga Meriem la guardará para mí, y leerla calmará la ansiedad de mi pecho pensando en ti.

Ya ha comenzado el año de 1212. Isabel, no vivo de pensar que estarás triste por creer que los asuntos de la guerra ocupan mi mente más que tu recuerdo. Te juro que no es así, amor mío.

Cuando te escribo estos pliegos el invierno ofrece su cara más cruel, escasean los alimentos suficientes para hacer agradable la espera de los ejércitos que tienen que llegar desde los territorios francos de Montpellier, donde el rey Pedro reclamó también su derecho de vasallaje para conseguir apoyo y formar el ejército de más de mil hombres que quiere llevar hasta Toledo, donde se reunirá

con el rey castellano. Las horas, después de conseguidas las fortalezas para el paso, se alargan entre los entrenamientos y las reuniones de estrategia militar que los generales del rey organizan para que los oficiales y los caballeros no tengamos duda sobre lo que hay que hacer una vez que estemos en el campo de batalla. Pronto llegarán los obispos con sus mesnadas. Mientras tanto los clérigos ofrecen rezos y documentos para firmar la cesión del botín conseguido en la guerra a cambio de un lugar en el más allá. Los cantores animan a los soldados diciendo que esta batalla contra los almohades será inmortal en la historia, y eso enardece sus corazones y hace menos duro el invierno y menos árida la espera del rey, que viene con los ejércitos francos velando por sus intereses, pues en el fondo teme que puedan echarse atrás. La alianza del rey navarro se ha conseguido por fin, pero prefiere colocarse a la retaguardia en el campo de batalla.

Los hombres beben fermentos de bayas para dormir; algunos aparecen muertos al amanecer, los mata el miedo a lo que se presiente o las deudas del juego entre ellos. Es cierto que existe el infierno, y es esto, el tiempo previo a la batalla, cuando nadie sabe qué ocurrirá mañana. Guardo tu pañuelo en contacto con la piel de mi pecho, es mi salvaguarda, mi protección. Si muero, la lanza atravesará tu bordado y mi pecho a la vez. Pero no moriré, Isabel mía, volveré a verte para estar ya siempre juntos.

Desde Toledo emprendemos ruta hasta el castillo de Calatrava. Desde ahí deberemos atravesar el desfiladero de Sierra Morena para encontrarnos con nuestro destino. El destino de la cristiandad.

Nunca había sentido este frío, Isabel. Es un frío distinto, que viene de dentro, como si fuera un presagio. Añoro el Teruel que nos vio crecer, y te añoro a ti. No me olvides, no desesperes, esta separación es solo un poco de tiempo, solo un poco de tiempo hasta que podamos estar ya juntos. Para siempre. No me olvides, Isabel mía, no me olvides.

Como yo no te olvidaré jamás. Rezo por nuestro amor cada día, y te añoro, amor mío. El beso que te aplacé hasta ganármelo por el derecho de los hombres me duele en el alma, Isabel, me arde en la boca, porque lo necesito. Igual que te necesito a ti.

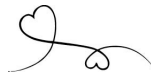
Tuyo desde siempre y para siempre,

Diego Marcilla

En los primeros días de mayo se produjo la visita de don Pedro de Azagra, al mismo tiempo que llegaban noticias de la situación de los ejércitos cristianos que ya habían emprendido un mes antes la marcha hacia Toledo, adonde acudía también el rey Pedro, con los caballeros transpirenaicos y los ejércitos del rey de Navarra.

Pedro de Azagra rondaba la treintena, era educado y no disimuló su agrado al conocer a Isabel, esa bella mujer de semblante serenamente triste que desprendía un recóndito misterio en todo su estar. La hija Segura no cruzó una palabra con él y ni siquiera levantó los ojos cuando Azagra cortésmente escuchaba a su socio presentarle a su familia, al inicio de la cita. Isabel se había ausentado de la estancia apenas unos instantes a continuación, pero Azagra no tenía prisa, así se lo expresó a Pedro de Segura. Quería instalarse en Teruel

cuando se restaurase la paz y la victoria sobre los sarracenos; colaboraría para que la villa fuera reconocida como ciudad y jugaría bien sus bazas para conseguir el señorío turolense hasta Daroca. Su ambición era calculada e implacable. También conseguiría a Isabel, aunque tuviera que esperar a que expirara su absurdo compromiso por amor.



—¿Qué debo hacer, Elvira? Cómo debo esperar a Diego, ¿alegremente porque confío en su vuelta, o triste porque desearía que las cosas fueran de otro modo? ¿Quién soy yo mientras espero, cuál es el nombre de una mujer ni casada ni soltera, prometida a prometerse, con su vida detenida aguardando que pase un tiempo inútil pero inevitable?

Aquel verano traía al corazón de Isabel los recuerdos más dulces de Diego, añorándolo con cada luz suave de los atardeceres largos y dorados, y todo su ser se rebelaba a la imposición de la vida.

—No me es bastante escribirle en mis pliegos como si hablase con él, ya no puedo consolarme así. Me siento desgajada por dentro, hay una parte de mí que ya no está conmigo, esa parte que se fue con él y ahora vive en el vacío.

—Si tú piensas en él, él está pensando en ti.

—No puede hacerlo, Elvira; él tiene que luchar para mantenerse con vida, y velar por los hombres a su cargo, y servir a los intereses del rey. Él no puede pensar en mí como yo en él...

Isabel ya no lloraba. Solo sus ojos seguían desprendiendo lágrimas sin previo aviso, sin que formasen parte de un llanto que empezase y acabase. Simplemente las lágrimas afloraban porque su vasija íntima estaba plena, desbordada de ellas. La tristeza por la ausencia de Diego se había alojado en su alma.

—No fui valiente —dijo de pronto—. Muchas mujeres se casaron con sus amantes para acompañarlos a la campaña. Yo podría haberlo hecho también...

—No hubiera cambiado en nada esa decisión, Isabel, y hubieras traído la desdicha a esta casa, y sobre todo a tu madre.

Isabel se abatió. Nos sentamos en el poyo de piedra a la sombra bajo las moreras. Se cubrió el rostro con las manos y estuvo así un momento, como si pudiera desaparecer del mundo.

—Le añoro tanto... —murmuró—. Intento sentirle en mí, como antes, pero ya no está, ya no está... Solo estoy llena de su añoranza. ¿Cómo puede seguir la vida su curso, aquí, en el mundo, como si nada? Ya no quiero seguir rogando en San Pedro por la victoria de los nuestros... odio a los muchachos que se empeñan en emular los saltos del toro también en este verano, ¿por qué el concejo lo permite? Los hombres que no marcharon siguen con sus asuntos sin acordarse siquiera de los que van a entregar sus vidas por ellos, se prometen y se casan como si nada estuviera pasando. ¡Nuestra villa tendría que estar pendiente de las noticias de la batalla!

—La vida no puede pararse, Isabel. El día a día requiere que los seres sigan naciendo y creciendo. Los muchachos de hoy serán los que mañana emprenderán nuevas batallas y nuevos sueños.

—Es el sueño de una trampa, Elvira. La vida es una trampa.

—Solo te faltan noticias tuyas, muchacha, no hace falta que vayas mañana a la romería con Leonor Castroviejo, lo entenderá, descansa un poco ahora, se ha levantado un fresco muy agradable.

—Me siento detenida, dentro de mí, detenida. Todo tendría que pararse también, todo tendría que estar detenido, esperando...

—No puede ser así, y no ayudaría a nadie tampoco, Isabel. Cada cual ocupa su lugar en el destino y lo que tiene que vivir forma parte de lo que tiene que entregar para completar y ayudar al destino de los demás.

Isabel aspiró el aroma que la brisa de la anochecida traía de los jazmines abiertos bajo la pared de su ventana. Ese aroma familiar y sabido también le traía recuerdos de noches y planes soñados con Diego.

—Todos esperamos algo, Isabel querida, cada uno de nosotros esperamos algo que tiene que ocurrir, y esperar es lo que hacemos mientras llega.

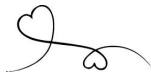
—¿Cómo puedo aprender a esperar?

—Espera es esperanza. Acepta la vida, Isabel.

—Esta vida sin Diego a mi lado...

—Esta vida que te ha traído a Diego y volverá a traértelo y que mientras tanto debes vivirla momento a momento.

Isabel se había apaciguado; se recostó en mi hombro un momento, como cuando era una niña, y levantó por fin el rostro preparándose para entrar ya a la casa. No dormiría todavía, Isabel dormía muy poco aquellos días. Subió hasta su refugio, donde podía seguir volcando su alma en las palabras que soñaba podían llegarle a Diego.



Los mensajeros llevaban noticias desde Toledo a la corte de Zaragoza deteniéndose en las villas y puntos importantes de la ruta para informar también a las gentes ansiosas de conocer algo de los suyos.

Los contingentes cristianos llegados a la batalla sumaban casi cien mil hombres; de estos, diez mil los aportaba el rey de Aragón. Las tropas de avanzadilla que pasaron el invierno en Uclés ya se habían desplazado a Toledo. Y en los primeros días de junio acamparon junto al río Tajo los cruzados que venían del otro lado de los Pirineos, franceses, italianos, lombardos y alemanes. Los mensajeros destacaban la gran labor realizada por los caballeros turolenses desafiando al frío invierno para afianzar la ampliación de la frontera cristiana desde Uclés. Habían conseguido la rendición de aldeas y lugares a cambio de conservar la vida de sus habitantes y se habían sumado a las tropas sus rebaños y sus pastores, paliando así en algo la hambruna que sufrían las tropas, sin comida para todos. Pedro de Aragón fue el que antes llegó a Toledo, donde pudo comprobar los éxitos de sus caballeros destacados en las avanzadas. Tenía que esperar al rey castellano, pero también debía ocuparse de aplacar los ánimos de los caballeros y mercenarios ultramontanos, con prisa por enriquecerse y que no comprendían que en Toledo se aceptase una judería tan poderosa y rica, cuyos miembros, además, eran más numerosos que los cristianos. De todo ello tenía noticia también el califa almohade, que ya estaba en marcha hacia la Sierra Morena. Pero había conseguido un ejército mucho mayor que el cristiano. Sus cronistas hablaban del doble de hombres siguiéndolo cuando ya subían el Guadalquivir.

Muchos hombres y mujeres voluntarios se habían unido a la concentración de Toledo, incluso muchos de ellos mendigando por los caminos, esperando una mejor suerte entre los guerreros. También algunos monjes y las monjas servidoras del monasterio de Uclés, Meriem entre ellas.

Como otros muchos turolenses, Lupa había acudido ansiosa a la puerta de la muralla donde había llegado un correo con noticias; deseaba conocer algún detalle, pero el hombre solo tenía información de algunos nombres, no de pormenores ni traía recados de ellos. El 19 de junio todos los concentrados de Toledo habían emprendido la marcha, pero el rey Pedro no había conseguido que

los cruzados franceses se adaptasen a las normas de guerra de nuestros reinos cristianos, cuya estrategia era la ocupación antes que pasar a cuchillo a los vencidos; en su ruta hacia Calatrava habían tomado la plaza musulmana de Malagón y los caballeros franceses y alemanes habían organizado una masacre con gran disgusto de los reyes hispánicos. Nada más sabía el mensajero.

Ni siquiera había descabalgado; comió sobre su montura lo que le llevaron los vecinos y lo que no pudo comer lo guardó en su bolsa, y partió.

Amado mío, Diego queridísimo, ¿dónde estarás ahora? Ahora cuando te escribo estas palabras que quieren besar tu frente... Ahora cuando puedas recibirlas y haya pasado... ¿cuánto tiempo, amor? Han llegado noticias, habéis partido de Toledo, nuestro rey debe hacer nueva reunión con Alfonso de Castilla cerca de Calatrava para conseguir su fortaleza de nuevo para la cristiandad.

Pero ahora, cuando te llegue esta carta, ya se habrá decidido. Los nuestros son tiempos distintos, amor. Mientras pensamos el uno en el otro, van ocurriendo los días y se van viviendo las cosas. Nadie sabe noticias tuyas, Diego, tampoco tu familia. Tu hermano Sancho ya no viene a visitarme, se avergüenza porque no puede contarme de su felicidad recién casado con Leonor Castroviejo, ni puede traerme tu carta que me daría a mí la felicidad que necesito.

Te espero. No importa todo lo demás. Te espero con todo mi amor intacto y creciente como el sol desde marzo, para ti. Esta carta es para recordártelo, Diego de mi alma. Sé que te amaré por siempre, sin dudar y toda mi vida. A veces siento rabia por amarte así, me enrabio porque te necesito; te necesito porque te amo. Qué hago con todo esto que siento, amor, esto que siento por ti y que siento contra la vida que me obliga a esta soledad sintiéndolo. Moriré si no te tengo, Diego mío. La vida no me importa sin ti.

Vuelve, amor mío, vuelve por ti y por mí.

Tu Isabel, amándote

Las victorias de los reyes

El castillo de Calatrava se recuperó para los cristianos, pero las diferencias habidas entre los cruzados extranjeros y los reyes cristianos sobre la forma de tratar a los vencidos hicieron aflorar los deseos de muchos de aquellos de abandonar la cruzada. El calor que habían sufrido a lo largo del mes de junio era excesivo y no estaban acostumbrados a ello; y además las privaciones parecía que no iban a acabarse nunca. Sus hombres tenían hambre y muchas noches había muertos en los campamentos por disputas de alimentos entre ellos. Reclamaban las promesas incumplidas de enriquecimiento con lo incautado a los almohades que les habían animado a enrolarse, y por ello la mayor parte de los caballeros franceses y de más al norte decidieron regresar a sus países de origen, saqueando cuantas juderías les saliesen al paso para no volver de vacío. Pedro de Aragón y Alfonso de Castilla, aun disgustados por la pérdida de casi un tercio de combatientes, no podían hacer nada, solo recibir de buen grado a los caballeros que venían por fin con el rey Sancho de Navarra, retrasado pero decidido a última hora a apoyar la empresa contra los almohades.

El califa esperaba a los ejércitos cristianos al otro lado de las gargantas del Muradal, en el desfiladero de la Losa, un complicado paso de rocas casi inexpugnables que obligatoriamente tenían que atravesar los cristianos, y donde se verían abocados a la muerte si no ocurría un milagro.

Cuando llegó a Teruel la crónica de la deserción de los ultramontanos y el avance hacia el desfiladero del Muradal, ya habían transcurrido más de cuatro días. En ese momento se estaría librando la batalla decisiva. El arcipreste convocó a misa haciendo sonar las campanas de San Pedro y todo Teruel se congregó en el templo rezando por la victoria cristiana y por la vida de los suyos. Ya había llegado el momento de la verdad. Aquella misma noche y en las siguientes, las campanas tocaban cada hora como una plegaria elevada al cielo que no dejase de llamar a la ayuda de Dios. Después de cada campanada, el silencio volvía a inundar las calles y los campos de Teruel. Nadie salía de su

casa; cada cual, en el interior de sus viviendas, contenía el aliento esperando saber en qué iba a cambiar su vida a partir de ese día.

Fue en el medio día, cuando las campanas de Santa María, San Pedro, San Juan y San Redentor empezaron a tocar todas al unísono, como si volasen. Los cristianos habían vencido. La noticia de la victoria se había hecho esperar todavía una semana, los correos no podían alcanzar la zona de las luchas y no había ni viajeros ni monjes o mercaderes ambulantes que hubiesen traspasado el castillo adelantado de Ferral, donde se habían instalado los cristianos. Hasta que los reyes no enviaron los correspondientes mensajeros por todas las direcciones de sus reinos para propagar la noticia oficialmente, no se pudo saber que la sangrienta batalla se había producido el día 16 de julio en el lugar de los Olivares cerca de la vieja aldea visigoda de Santa Elena, ocurriendo una terrible matanza con muchos miles de muertos. El arzobispo de Toledo con los otros obispos y clérigos que iban con la expedición celebraron una misa en el mismo campo de batalla agradeciendo a Dios la victoria, acontecida porque un ángel presentado a ellos con hábito de pastor les indicó a los cristianos por dónde sortear el desfiladero evitando caer en la trampa de los almohades. A partir de ahí, los cristianos, mejor armados y gritando por Dios, habían caído sobre los infieles. Ya muertos los sarracenos en su gran parte y otros muchos más huidos para salvar la vida, los cruzados arrasaron sus campamentos, consiguiendo un inmenso botín en objetos valiosos de oro y plata, sedas, vestidos, joyas, armas, flechas, caballos y acémilas y vituallas en abundancia, que saciaron el hambre que arrastraban las tropas. Los cristianos habían sepultado a sus muertos y a los tres días de la victoria levantaron el campamento alejándose todo lo que pudieron del hedor insufrible que provocaban los miles de cadáveres de los sarracenos abandonados en el campo a la intemperie.

Al primer correo se sucedieron otros que contaban la euforia de las tropas cristianas, que seguían avanzando por territorio almohade haciéndose con cuantos castillos y lugares encontrasen hasta la plaza de Baeza.

En Teruel la alegría por la victoria cristiana hizo que la gente volviese a las calles y los ánimos se recuperasen, aun sin saber ni cuántos ni qué nombres tenían los muertos cristianos. El concejo de Teruel había mandado embajador a la espera de conseguir más informaciones, pero todo apuntaba que habría que esperar para conocer detalles a que el arzobispo Jiménez de Rada terminase los recuentos y concluyese la crónica que ya había empezado a dictar a sus secretarios.

Acabando agosto, la ausencia de noticias más detalladas sobre lo que iba ocurriendo con las tropas cristianas desplazadas desde Teruel empezó a llenar de impaciencia a las familias, presintiendo el desorden de decisiones y pretensiones de los reyes.

Con el otoño algunos de los cristianos que habían presenciado la contienda, como los caballeros navarros y muchos de las órdenes militares de Santiago y de Calatrava, empezaron a organizar el regreso a sus lugares de procedencia, como también algunos de los que conducían mesnadas de campesinos de zonas limítrofes de Teruel.

Meriem llegó un día, junto a uno de esos destacamentos, sin previo aviso.

Muchos turolenses habían salido a la muralla a recibir al grupo de cruzados de regreso a sus aldeas y arrabales, y las campanas de San Pedro volaban otra vez como homenaje a los recién llegados, recordando de nuevo la victoria cristiana. Venían un grupo de clérigos y varias monjas con cartas y enseres de algunos muertos en la batalla y su misión era consolar a las familias. Acompañaban a un amplio grupo de musulmanes convertidos que buscaban el amparo de la cristiandad y la cercanía de la villa en paz, y que se entregaban como siervos de los monasterios extramuros que se levantaban alrededor de Teruel para labrar sus campos y trabajar en los hornos, como leñadores o pastores.

Con la victoria cristiana en Las Navas, los tres reyes cristianos aliados en esta guerra ya habían proyectado alzar nuevas iglesias con sus campanarios exaltando a nuestro Dios victorioso, aprovechando el botín obtenido de los almohades. El mismo rey Alfonso de Castilla había ordenado que se construyera una ermita en el mismo lugar de la batalla, para agradecer a Dios la victoria y rogar por el alma de los muertos. Además, las zonas fronterizas igual de Castilla que de Aragón serían especialmente respaldadas.

Teruel adquiriría después de esta batalla una importancia estratégica especial y el rey Pedro envió orden de que sus murallas reforzasen sus torres de vigilancia, pues temía que algunas tropas almohades rabiosas hicieran la guerra por su cuenta y arremetieran contra los territorios fronterizos turolenses.

Nuestra villa estaba creciendo con nuevos pobladores y entre ellos había artesanos, alarifes, constructores y herreros musulmanes que huían de los territorios conquistados y ofrecían su trabajo y su ciencia renunciando a sus creencias musulmanas a cambio de la paz; muchos de ellos serían empleados en las nuevas torres que se proyectaban para las puertas de la muralla y el

embellecimiento de edificios e iglesias en las parroquias de San Esteban y San Andrés. La potente comunidad judía necesitaba ampliar su sinagoga y construía un segundo edificio de baños al otro lado de las carnicerías. Urgía un nuevo aljibe en la plaza del Mercado, y el concejo había aprobado la construcción de una lonja de mercaderes y su edificio de cuentas, además de otro hospicio junto a la Puerta de Zaragoza.

Entre las monjas recién llegadas aquel día con los heridos, nadie reconoció a Meriem. Incluso antes de presentarse en la Casa de Peregrinos, Meriem dejó sus enseres y documentos al cargo de los otros religiosos y corrió sin esperar más hasta la casa de Segura.

—¡Isabel!, ¡madre! ¡Elvira! ¿Dónde estáis?

Meriem llamó varias veces con la aldaba y empujó la portezuela para entrar al patio, resguardado del calor de afuera.

—¡Isabel! —volvió a llamar, pero Isabel ya estaba descendiendo las escaleras.

—¡Meriem!, ¿eres tú?

Había reconocido su voz, pero no podía reconocerla a ella. Meriem estaba demacrada. Solo sus ojos seguían siendo los mismos, aunque su expresión parecía infinitamente marchita y la piel alrededor de ellos se había ajado. Su hábito ennegrecido estaba hecho jirones y por debajo de él su cuerpo se le adivinaba esquelético y sin salud.

Meriem ni siquiera respondió a la pregunta de Isabel, se lanzó a sus brazos sin poder contener la emoción.

—Hermana, Meriem querida, qué alegría, ¡cómo te he echado de menos! — Isabel la sintió empequeñecida y débil bajo su abrazo. Toda la añoranza de este tiempo le inundaba ahora mientras besaba su frente y sus mejillas.

—Meriem, has vuelto a casa...

—Te traigo noticias y una carta de Diego para ti, Isabel.

Meriem mantenía sus votos con la Orden de Santiago y regresaría en unas pocas semanas a Uclés, donde su rango había crecido de nuevo. Con el reconocimiento del rey castellano a los servicios de Uclés como campamento de avanzadilla, se estaba ya empezando a construir un monasterio femenino y podría aspirar a cargos de importancia en el futuro. Al cabo de dos días, después de cumplir sus asuntos con el concejo y el hospital de heridos, pudo descansar en la casa de Segura junto a su madre y en nuestra compañía.

—Enseguida que llegaron las tropas aragonesas, mi hermano Esteban y

nuestro querido Diego me buscaron. Cuando emprendieron marcha hacia Toledo, decidí acompañar a las tropas para mortificarme, como tantos otros monjes, y dar consuelo a los soldados y a los heridos.

—¿Qué me dices de tu hermano Esteban, hija mía? ¿Cómo está, tiene heridas? —Lupa estaba ansiosa y cada tarde Meriem recordaba para nosotras detalles de todo lo vivido en la terrible batalla.

—Esteban está crecido y fortalecido... casi no nos reconocimos al principio. Él me recordaba de otra forma. Pero antes de todos los sufrimientos que hubimos de vivir en la marcha hacia los llanos de La Losa hablamos mucho y pudimos evocar nuestra infancia en esta casa. El rey de Aragón desplegó su ejército en varias bandas y mandó a su señor García Romero a la vanguardia; en segunda línea mandaban nuestro Ximeno Cornel y el de Aznar Pardo, y en la línea siguiente iba el propio rey con otros nobles y caballeros aragoneses, que además dirigían las milicias de algunas ciudades castellanas en alianza.

»La batalla fue horrible... las flechas musulmanas caían sobre los peones cristianos como una lluvia terrible y persistente, matando a muchos. Pero entonces los caballeros atacaron sin esperar más, entregándose al designio de Dios. Eran miles de jinetes clamando por nuestra fe, desesperados porque los alfanjes almohades degollaban a la vanguardia cristiana. Algunos cristianos, al ver morir a los suyos, querían retroceder, pero entonces los tres reyes decidieron lanzarse al frente de sus hombres y de las órdenes militares, con todo lo que tenían, para vencer y cambiar el destino de nuestra fe, o morir y que los almohades invadiesen para siempre nuestras tierras y nuestras vidas. Los aliados destruyeron la guardia personal del califa y este tuvo que huir, provocando la desbandada de sus ejércitos, mientras los caballeros de Pedro de Aragón los perseguían todavía para darles caza y que no pudieran rearmarse y volver. En su huida, el califa y sus nobles perdieron sus tesoros y los cristianos lograron un inmenso botín de guerra, mientras el campo de batalla quedaba anegado con los miles de muertos en el combate.

»Hasta algunos días después no supe nada de mi hermano Esteban ni de nuestros caballeros turolenses ni de Diego Marcilla... Nuestros heridos se agolpaban en las tiendas y en los carros, y los médicos, los clérigos y las monjas no teníamos descanso. Entre ellos vi malherido a Fernán Cervera, que me dio su anillo para su madre, y ya muerto a Romeo Blásquez con su escudero y el escudero de Guzmán Mataplana.

—Nunca hubiera deseado que tus ojos vieran batallas como las que tu padre

vio, hija mía —exclamó Lupa.

Meriem había podido bañarse y su hábito, aunque muy desgastado, ya estaba libre de suciedad; parecía de más edad que su propia madre, con la piel avejentada y el cabello raído. Lupa estaba cosiéndole túnica nueva y toca, y de vez en cuando se secaba las lágrimas que no podían dejar de manarle.

—Nuestros soldados continuaron hacia el sur conquistando cuantos castillos y plazas les salían al paso, pues cundió entre los almohades la noticia de la derrota de su califa y que este había huido, y las gentes huían también. Tomaron Vilches, Baños y Tolosa; por obligación de cruzada, no podían hacerse cautivos y las matanzas fueron a cuchillo, sembrando el terror, y cuando se llegaron a Baeza la encontraron desierta de sus gentes y la incendiaron para que nadie pudiera regresar, pues los ejércitos cristianos tenían que seguir avanzando.

—Descansa, Meriem, no sigas hablando, te agotas, hija mía, has llorado mucho...

—Diego mantuvo siempre el buen temple con los suyos... —dijo entonces Meriem—, muchos perdían la esperanza o la paciencia, pero él no. Diego decía que a él le acompaña una fuerza superior a todo, la fuerza de su amor...

Isabel levantó los ojos y esbozó una pequeña sonrisa. Meriem le había entregado la carta que él le había escrito después de los duros días del combate, ya acampado con el ejército aragonés en Úbeda.

—Quizá pasen todo el invierno en Úbeda —siguió diciendo Meriem, como si hablase a su madre de su hijo Esteban—. Después de tomar toda la zona, Úbeda estaba llena de los refugiados musulmanes que habían huido de sus lugares, porque la ciudad cuenta con murallas muy altas e importantes. Nuestros cristianos la sitiaron, y el ejército del rey Pedro de Aragón consiguió destruir una de las torres, por donde pudieron entrar e invadir la ciudad.

—¡Gloria a Dios por los nuestros! —exclamó santiguándose una de las Castroviejo, hermana de la esposa de Sancho Marcilla.

Ambas estaban aquella tarde en la cita con Meriem, compartiendo costuras con la madre de Isabel y el resto de las mujeres de la casa de Segura. Eran de las pocas vecinas de infancia que quedaban en la villa. Las de Entenza se habían trasladado a vivir en Zaragoza, y las dos Varea ya estaban casadas.

—Le he llevado una carta a la familia de los Luna, de su hijo. Está en el mismo campamento que Diego.

Meriem regresaba al hospital del concejo después de las campanadas del ocaso para cumplir con sus obligaciones religiosas. Había cambiado. La veía

ansiosa por regresar de nuevo a Uclés. Me buscó para estar solas, aquel día, esperando a que Isabel volviese de los compromisos que debía cumplir junto a su madre con las limosnas de San Pedro.

—Me ves ajada..., ya lo sé —dijo Meriem ajustándose la toca para que tapase un poco más sus mejillas—. Todo es sacrificio por nuestro Dios.

—Me alegra verte. Has tardado mucho en volver a Teruel.

—Pero siento que ya no pertenezco a este lugar. Y hay muchos compromisos que me esperan...

—Tu rango en Uclés es de importancia, ha sido un gran regalo para Isabel esta visita.

—Muchos cruzados confían en los monjes para guardar los tesoros que han conseguido de las ciudades arrasadas, y yo simplemente custodio a sus órdenes los archivos de los documentos de propiedad y los testamentos. Dios quiso que la epidemia cambiase los planes, y por ello he podido ausentarme durante el invierno.

Al poco de la conquista de Úbeda, la mayor parte de los soldados de los campamentos ya formados para seguir avanzando más al sur de Jaén estaban agotados y sufrían infecciones y cólicos de todo tipo por el extremado calor, la suciedad y los excesos carnales con las mujeres apresadas. La epidemia había causado muchas bajas y hubo que aplazar el avance hasta que las condiciones fueran más favorables con la siguiente primavera. Gran parte de los caballeros castellanos habían vuelto a Castilla.

—Sin embargo, bien es cierto que tenía deseos de ver a Isabel, y además tenía que traerle la carta y el recado de su Diego..., que la ama más que a su vida.

—Todo Teruel lo sabe, y lo vio cuando se prometieron esperar...

—Y yo les amo a los dos, aya Elvira —replicó Meriem—. Son las personas que más quiero, y nada me podría justificar hacerles daño.

—Será un gran consuelo para Isabel, entonces, cuando puedas regresar con más noticias para ella. Seguro que Diego volverá a Uclés.

—Solo mi hermano Esteban lo hará, para dejar en custodia el botín conseguido por Diego y que ya puede considerar de su propiedad. El rey ha premiado a Diego con reconocimientos por su valeroso comportamiento en la batalla: le otorga su propia mesnada y derecho a juzgar litigios entre sus guerreros y a administrar el arsenal de armas. Y debe seguir acuartelado en la

plaza de Úbeda consolidando la frontera cristiana, representando a la Corona aragonesa en virtud del acuerdo con Castilla.

Percibí en la voz de Meriem un tono de reproche.

—Quizá esa decisión no sea la adecuada para lo que quiere Diego —apostilló.

—¿Esteban te contó que no debe acompañar al rey de Aragón?

—Sí. Esteban obedeció tu recomendación y se lo aconsejó a Diego. Yo intenté convencerlo, sin embargo, para que siguiera al rey a su nueva campaña francesa. Y Diego os hizo caso a vosotros dos... Pero presiento que es un error, Elvira. El rey de Aragón retorna a su corte en Zaragoza, donde está la política de la alta nobleza y los títulos, y eso es lo que convendría a Diego, un título que ofrecerle a Isabel.

—El destino es esto, Meriem, la decisión que un viajero debe tomar ante distintos caminos.

—¿Y una mala decisión es también el destino?

—Ya sabes que sí, Meriem.

—Úbeda es puerta para continuar ganando territorio musulmán para los cristianos, pero de Castilla. Allí Diego estará solo, lejos de la corte aragonesa y de los nobles influyentes. ¿De qué le servirá eso?

Vi a Diego Marcilla con cota de malla y su escudo apoyado sobre su montura, avanzando al paso calmo de su caballo entre almendros y nogales, al frente de un grupo numeroso de guerreros pertrechados y obedientes, con carros, bestias de reserva y armamento tirado sobre amazones con ruedas. Los árboles ya habían arrojado la flor, y la tierra estaba cubierta de un manto uniforme de flores blancas y rosáceas, casi ya marchitas. Diego Marcilla no se quedaría mucho tiempo en Úbeda.

No desvelé a Meriem la imagen de mi visión, sentía que el corazón de Meriem no quería saberlo... No. En realidad, sentí que Meriem no tenía ya mucho tiempo para saber más cosas.

El hielo entorpecía la apertura del portón de la casa. Isabel tuvo que empujar con fuerza para entrar. Las limosnas aliviaban en algo la penuria de los heridos y los huérfanos de la guerra, y era una forma de compensar la fortuna con que Dios premiaba a otros. Isabel ya lo había pensado. Si Diego cayese muerto en el campo de batalla, ella entregaría el resto de su vida a cuidar a los enfermos y socorrer a los oprimidos y los peregrinos. Pero, tras hacerse semejantes propósitos, sacudía su cabeza y pensaba que si Diego no regresara

también su vida se acabaría con la suya, como tantas veces le había jurado, morir si él moría.

Isabel mía, se alegra mi pecho cuando te imagino leyendo esta carta para ti. Sabrás sin duda de la victoria cristiana en los llanos de La Losa y el importante avance que han realizado los ejércitos aliados arrinconando a los almohades hacia el sur. Nuestra frontera es ahora más amplia y el botín conseguido de los nobles almohades y de los potentados castillos arrasados es ya inmenso e impensable para lo que es costumbre entre los guerreros cristianos. Pero todo esto es a cambio de la guerra, y siento que cada día que pasa amo más la paz. La guerra es sangre y muerte. La batalla deja los campos infectados de muerte, inservibles para la vida y los cultivos. Tendrá que pasar mucho tiempo y muchas estaciones hasta que en los llanos de La Losa y los campos de Santa Elena puedan volver a crecer semillas.

Maté a muchos hombres. Y ordené la muerte de muchos otros. Su muerte o la mía y la de los míos. Pero eso no hace más llevadero el peso que siente mi alma. Siento perenne en mi boca y entre mis dientes el sabor mezclado del sudor y la sangre como si ya nunca fuera a irse de mí. Intento recordar el perfume de los romeros y las adelfas de tu jardín y se calma en algo mi ansiedad por cuánto te añoro y deseo estar contigo de nuevo.

Enfrentaré el invierno en esta nueva frontera cristiana establecida en Úbeda, sirviendo a nuestro reino de Aragón en beneficio del rey de Castilla. Se dice que en esta tierra el frío es intenso como en nuestro Teruel. No le temo al frío. Es peor la guerra entre los hombres incluso en la calma del campamento. El botín rapiñado a los musulmanes es muchas veces motivo de peleas entre los soldados y entre los caballeros, y en ocasiones hay muertes a traición porque uno u otro no renuncia al cofre por el que disputaron. Maldita riqueza, maldito oro y maldito botín que nos hace ricos y miserables... Las normas de la batalla obligan a vencer primero y saquear después. Y saqueemos y llenamos nuestros sacos con cuantas monedas de oro, joyas, piezas exquisitamente talladas y vestidos, adornos o documentos valiosos puedan imaginarse. Pero luego vienen las rapiñas entre los vencedores, y las traiciones, y esa miseria que no es de riqueza sino de espíritu y generosidad. Las normas de la cruzada obligan a matar a los vencidos, pues no puede haber cautivos... solo mujeres y jóvenes sanos para que sirvan como bestias a los vencedores. He visto los abusos que nuestros hombres realizan con esas mujeres y esas niñas, hasta que mueren, y he llorado de rabia, rogándole a nuestro Dios que murieran para que no tuvieran que seguir sufriendo. ¿Es lícito hacer en nombre de nuestro Dios tantas atrocidades?

Solo tu recuerdo me consuela, Isabel, pues sé que habrá merecido la pena todo este dolor que siento al vivir la barbarie de los hombres contra los hombres, aunque sea la batalla necesaria para que nuestra fe pueda vencer. Y para que yo vuelva con los tesoros que merece nuestro amor. Solo necesito que tú me sigas amando, ahora mientras aguardas mi regreso y después, cuando volvamos a vernos y mi rostro esté más entristecido por todo lo visto y mi espalda más cansada por todo lo soportado. Sé que todavía queda mucho, pero podré soportarlo porque mi esperanza de ti es más fuerte que todas las batallas que deba superar.

Espera mis cartas, Isabel, amor mío, pues te va en ellas mi corazón.

Tuyo por siempre,

Diego

El rey de Castilla hizo su entrada triunfal en Toledo, firmando privilegios para todos sus nobles y caballeros y sellando además su amistad con el rey de Navarra, agradecido por su ayuda en Las Navas. La derrota sufrida en Alarcos hacía diecisiete años quedaba sobradamente compensada por esta gran victoria, que además llenó de buenos augurios el futuro de nuestra cristiandad.

Ya cumplidos sus dieciséis años con Isabel en aquel 1213, Meriem se preparó para dejar Teruel en pocas semanas, cuando los caminos estuviesen libres de la nieve caída muy abundante en aquel invierno. Había recuperado algo de su lozanía de otro tiempo y su blanco hábito nuevo le otorgaba un aspecto luminoso. Su cruz de Santiago sobre el pecho destacaba especialmente, y Meriem la acariciaba con frecuencia. Ya a punto de subir al carro con el resto de las monjas, Isabel la abrazó despidiéndose. Era la misma imagen que vi cuando eran todavía recién nacidas y yo la pupila de la casa de Segura. Era la imagen que le conté en aquella ocasión a Lupa. Sentí de pronto su mirada fugaz; Lupa había reconocido igual que yo aquel recuerdo.

Y presintió que sería la última vez que veía a su hija.

Diego mío, te envió mi carta con Meriem, ha sido un invierno hermoso porque ella ha estado conmigo y he podido leer muchas veces la tuya, que ella me trajo con tu cariño y tus noticias. Pronto vendrá la primavera que antes tanto me gustaba. Ahora es la puerta a las nuevas batallas que sin duda te esperarán continuando con las conquistas que ordene nuestro rey y el destino que nos toca vivir. Me duelo contigo de las penalidades a que te obliga tu condición de caballero y guerrero, y rezo a Santa María para que pasen pronto y se convierta en tarea fácil para ti cumplir con tu decisión de volver con fortuna demostrando tu valía. Respeto tu decisión, Diego mío, bien sabe Dios que he rezado para comprenderla, y que muchas veces he renegado de ella, pero Él me ha ayudado y ahora la contemplo pacientemente como tu deseo y tu forma de demostrarme tu amor.

Te echo de menos con cada emanación de mi aliento. Echo de menos tu voz, Diego mío, cada día despierto sabiendo que he soñado contigo y vuelvo a vivir nuestra despedida, como si siempre nos estuviéramos despidiendo... pero sé que no será así. Sé que un día todo este dolor habrá pasado y seremos dichosos. Y todo Teruel nos mirará con respeto y feliz porque nosotros seremos felices también. Ahora... solo deseo que pase el tiempo. Sé que las gentes murmuran cuando paso a su lado. Sé que nuestro amor les sorprende a todos, y que no lo entienden. Nuestro amor les extraña y les escandaliza... Mi padre no puede evitar eso tampoco, a pesar de su poder y de las exigencias que puede imponer a otros. Quizá muchos le compadezcan por no poder doblegar el destino de su hija, y él se avergüenza también de eso. Yo también hubiera querido que las cosas fueran de otro modo. Hubiera querido que no tuvieras que demostrar que eres digno de su apellido, Diego Marcilla, amado mío.

¿Qué hubiera pasado si mi padre hubiese decidido otra cosa? ¿Cuál hubiera sido nuestro destino si se pudieran cambiar las decisiones que lo condicionan? Mi alma sigue abierta a ti, a tu voz que no puedo escuchar, a mi espera sin importarme el resto del mundo, porque solo me importas tú,

Diego. Y entonces vuelvo a preguntarme dónde estás, sin mí, dónde está mi alma sin mí, partida en pos de ti, solo viva porque aún te siente y te busca en cada detalle de los momentos que vivimos juntos, solo por soñarte despertando conmigo algún día, a mi lado, con nuestra sonrisa por fin libre y eterna.

Mi vida es esperarte, y sigo viviendo y sigo esperándote porque sé que así sabes que te amo y eso es motivo para que tú sigas viviendo.

*Te añora y te quiere hasta el fin,
tu Isabel*

Se acababa de conocer que la reina consorte doña María de Montpellier había muerto durante su estancia en Roma en el mes de abril, donde había viajado para pedirle al papa Inocencio que defendiera sus intereses contra su esposo el rey Pedro, que insistía en disolver su matrimonio. No se realizaron grandes exequias en su memoria, y únicamente los abundantes trovadores de la corte, tan del gusto del rey aragonés, difundieron en sus coplas algunos detalles de su recuerdo como madre del heredero don Jaime.

Recién llegado un mensajero con noticias para el concejo, hicieron su entrada en la villa las tropas que acompañaban a Ramón Abarca y Antón Santa Cruz, de camino hacia Zaragoza. Ya había pasado la Pascua y empezaban las romerías de mayo.

Los jóvenes habían contribuido a proteger y repoblar la fortaleza de Calatrava y ahora el rey, desde su corte establecida en Tolosa, los llamaba para acompañarle en su campaña de urgencia al Languedoc francés, en ayuda de sus vasallos albigenses contra las amenazas de los cruzados de Simón de Montfort.

Después de la victoria en Las Navas, el papa Inocencio había declarado cruzada contra los herejes albigenses, a los que Pedro II de Aragón seguía auxiliando como vasallos; a eso se añadía que su cuñado Raimundo de Tolosa le había pedido ayuda. Pedro de Aragón, aun poniéndose en contra del papa, decidió que iría a defender los derechos de sus súbditos occitanos, lo que le valió la excomunión papal. Acudiría con un ejército numeroso y fuertemente pertrechado hasta Muret, donde estaban fortificados los cruzados defensores del catolicismo de Roma. Esto significaba la guerra contra Simón de Montfort, quien seguía manteniendo al príncipe heredero Jaime en su castillo bajo su tutela, y ahora como rehén.

La noticia de esta nueva campaña por los territorios al otro lado de los Pirineos había causado muchas divisiones entre los nobles aragoneses, que veían

cómo se debilitaban los recursos de la Corona mientras se desaprovechaba la ocasión de seguir avanzando en la conquista musulmana por los territorios del sur, como se había propuesto aprovechar el rey castellano. Después de la derrota en la batalla de Las Navas, el califa Miramamolín había abdicado en favor de su hijo Yusuf y al poco tiempo había muerto, se decía que envenenado. Las disensiones internas en el gobierno del nuevo califa almohade, que seguía en Rabat y todavía no había regresado a la Península, estaban creando mucha desconfianza entre los musulmanes hispánicos, desmoralizados e inseguros. Era el momento de aprovechar para invadir plazas estratégicas y ampliar todo lo posible las fronteras, hasta que los almohades se decidieran a reaccionar.

—Pero el rey Pedro insiste en su obsesión con los territorios franceses —se había quejado uno de los tesoreros, ya destituido—. El endeudamiento del reino a causa de estas guerras políticas no se podrá soportar si no se ingresan fondos pronto. ¡Ya no se puede seguir pagando caballeros ni mantener ejércitos luchando sin beneficio para las arcas reales!

—Hay otros nobles, sin embargo —siguió explicando el mensajero—, que justifican al rey y su afán de regir esa zona para afianzar la expansión aragonesa. Lo intentó pacíficamente logrando vasallaje del conde de Tolosa, incluso comprometió en matrimonio a su hijo para lograr la amistad de Simón de Montfort, pero este le ha traicionado apoyando a sus enemigos, los señores occitanos. La credibilidad del rey Pedro está en entredicho y no puede hacer otra cosa que acudir a la batalla para hacerse respetar.

En el concejo de la villa también sus dirigentes tenían opiniones diversas sobre el proceder del rey, ya que los caballeros que acudieran a su llamada serían excomulgados como él mismo, por orden de Roma. Aun así, Ramón Abarca y el de Santa Cruz habían aceptado el trabajo y se trasladarían con las tropas reales a Muret para apoyar la causa aragonesa.

—El rey ha dictado diferentes misiones a sus caballeros —añadió Ramón Abarca—. Ha ordenado a Diego Marcilla que le preste su ayuda al rey de Castilla, que pretende tomar la plaza de Alcaraz y expulsar a su reyezuelo.

Alcaraz era una plaza fuerte situada en la falda de un cerro rico en agua por la confluencia de varios ríos. Se decía que sus diversos dirigentes musulmanes habían guardado incontables tesoros en las cuevas antiguas que rodeaban la ciudadela impresionantemente fortificada por tres murallas. El botín que podrían conseguir los conquistadores cristianos podría llegar a ser inmensamente

cuantioso, y algunos de los miembros del concejo miraron de reojo a Pedro de Segura, que escuchaba las informaciones de los caballeros.

Su actitud estricta ante Diego Marcilla era conocida por todo Teruel. En su altísima posición, cualquier ricohombre hubiera puesto condiciones al matrimonio de su hija. Pero la rebeldía de los dos jóvenes haciendo público su amor y despidiéndose a la vista de todos en Santa María hacía que la circunstancia de Pedro de Segura no fuera habitual. No se conocía otro caso igual, ni era común siquiera entre los nobles. El matrimonio era una cosa y el deseo de amarse era otra cosa distinta.

Quizá el empeño de Diego Marcilla le trajese el éxito y la fortuna, sin embargo. De no morir, los caballeros mercenarios amasaban fortunas envidiables. Pedro de Segura revisó que el secretario anotase convenientemente los datos para elaborar después un bando para informar al pueblo, y no se dio por aludido de los comentarios que ensalzaban el arrojo demostrado por Marcilla en la batalla de Las Navas.

—El rey amplió los hombres de la mesnada a su cargo y le prometió una parte de cuantas armas o riquezas en oro y metales pueda incautar en Alcaraz, por su orden y con documento jurado del rey castellano.

—Los dos caballeros Luna han de seguir ruta hacia Valencia y reforzar la custodia de la frontera con el reino musulmán —indicó Santa Cruz.

—Marcilla quizá deba reunirse con ellos cuando termine la campaña de Alcaraz si Dios quiere —apostilló Abarca—. Los nobles aragoneses quieren forzar la orden del rey para el avance de los nuestros hacia la conquista de la taifa de Valencia.

—De momento, cuantas incursiones realicen con sus hombres, igual de asedio que de conquista por el territorio valenciano, serán avaladas por el rey de Aragón.

—Todo augura que Diego Marcilla y los Luna tendrán por tanto un buen futuro en el ejército —murmuró uno de los merinos del concejo.

—Aunque después de la derrota de Las Navas en Santa Elena los musulmanes de Valencia han redoblado sus precauciones y se sienten amenazados —observó Antón Santa Cruz—. Los territorios de frontera son ahora más peligrosos que antes.

—Los sarracenos del Levante están realizando cabalgadas y nuevas incursiones por sorpresa. Una mesnada de guerreros embozados logró cabalgar hasta Uclés... —comenzó a decir Abarca, con resquemor—. Sabían que no

podrían nada contra la fortaleza, pero cayeron como asesinos sobre las haciendas vecinas y la iglesia de servidoras de los monjes..., y mataron horriblemente a los que pudieron hasta que llegaron los soldados desde el castillo y pudieron detener la masacre.

—Se ensañaron con las monjas... No sobrevivió ninguna de ellas.

A los pocos días llegó la confirmación oficial de la muerte de Meriem de Teruel emitida por la Orden de Santiago de Uclés, enviándole a Lupa las posesiones de su hija: un libro de oraciones donde guardaba las cartas que le había enviado tiempo atrás su medio hermana Isabel de Segura.

El invierno me acerca a ti

Mi amada Isabel. Entrego esta carta a mi amigo Ramón Abarca, sabiendo que hará parada en Teruel de camino a la reunión para la campaña francesa del rey. No tengo mucho tiempo, yo también he de desplazarme con nuevas órdenes. Ramón estaba contento por volver a ver Teruel; se dice que en poco más de un año nuestra villa ha sido embellecida y han crecido sus arrabales. Pero estaba triste a la vez por tener que contar la muerte atroz de nuestra amiga Meriem. Lloro con Esteban por ella, y rezo cada día a Dios por su alma, pues por Él y por no renunciar a su hábito fue muerta por los sarracenos. Reniego de las razias de venganza que se ceban con los que no tienen culpa. Su muerte se produjo cuando ya Esteban regresaba cabalgando desde Uclés trayéndome la carta que le entregaste para mí al marcharse de Teruel. Te imagino desconsolada, Isabel mía, ¡cuánto desearía estar contigo para poder aligerar tu pena y rezar juntos por ella!

Conservo tus pliegos como mi posesión más preciada. Mi carro guarda arquetas y sacos con monedas y armas y enseres que a otros satisfacerían y llenarían de orgullo. Pero mi tesoro verdadero son tus cartas y el amor que te guardo. Aun así, continúo mi compromiso con los reyes y haré cuanto botín pueda también en la ciudadela de Alcaraz, y buscaré los tesoros de sus cuevas. No puedo saber qué será de mí después. Si Dios me conserva la vida, acompañaré al rey castellano un tramo del camino, pues ya rotas las defensas almohades su idea es que no cesen las arremetidas hasta que pueda organizar el asedio de Albacete, que también uniré a su corona.

Cuento con la venia de nuestro rey de Aragón prestando mi fuerza y mis armas para sus intereses; además, el rey de Castilla paga bien mis servicios y ello me está rentando beneficios muy apreciables como mercenario.

No sé todavía en qué lugar o en qué momento desviaré mi ruta hacia la frontera aragonesa de Valencia, ni sé si Dios me conservará la vida en la batalla cercana que se librará en Alcaraz. Cuando sea el momento, me uniré a los ejércitos fronterizos aragoneses de avanzadilla con la orden de hostigar a los reyezuelos musulmanes, que ahora están desorientados después de la derrota del califa almohade.

Tengo promesa del rey de Aragón para seguir pagándome mis servicios y me otorga su favor y su confianza en las decisiones que tenga que tomar para ocupar cuantos lugares me sea posible entre los musulmanes valencianos del sur, y por los medios que me sea posible. Sus castros acumulan riquezas que los cristianos no podemos ni imaginar. Aunque no siempre son necesarias las guerras... Esas tierras son muy fértiles y las gentes viven entre huertas favorecidas por un clima benigno. Mantener los placeres y el gusto por la vida pueden ser buenos motivos para la negociación de intereses, he aprendido que es más placentero para mi alma preservar la vida que arrebatarla.

Añoro el invierno de Teruel. Sé que volveremos a encontrarnos en el frío, en esa paz que trae el hielo y el frío de nuestros inviernos en Teruel, lo he soñado, Isabel, desea conmigo que pronto llegue ese invierno que nos reunirá.

Cuando alcance la frontera musulmana de Aragón, buscaré de nuevo la forma de escribirte, no sé cómo ni cuándo, pero volveré a enviarte noticias mías, Isabel. Mientras tanto, no desesperes y reza por mí y por nuestro amor, como yo lo hago, y cada día de los que me resten de vida lo seguiré haciendo.

Te amo y beso cada noche tu pañuelo, mi talismán.

Tu Diego

Fue la última carta de Diego que recibió Isabel.

Nuestra casa estaba de luto. Isabel se sumió en un silencio que era como una pregunta perpetua a los cielos y a esa Virgen de Gracia que tantas veces había presenciado sus rezos adolescentes junto a Meriem. Pero tampoco el dolor por su muerte pudo eclipsar el hondo presentimiento fatal que sentía su corazón, esa sensación de pozo sin fondo que era su soledad sin Diego.

Por primera vez en su vida Isabel quería convocar mis visiones.

—Dime, por favor, si ves algo sobre Diego, aya, te lo ruego, dímelo.

—Solo soy capaz de ver la muerte, Isabel, solo veo el final cuando se acerca. No quiero ver.

Maldecía en el fondo de mi corazón la sombría capacidad que la vida me había otorgado y que parecía crecer con la edad.

Cada uno de nosotros en la casa de Segura vivíamos nuestras heridas sin cicatrizar y sin que pudieran dejar de doler. Lupa solicitó su permiso a nuestra señora Ysela para marcharse con su hijo Gonzalo, que se había casado de nuevo y su nueva mujer mudéjar le había dado una hija. La llamarían Meriem, y Lupa deseaba estar cerca de ella para verla crecer el tiempo que le quedase de esa vida por la que había perdido interés. Ysela se despidió llenándola de regalos, como llenaba de regalos a los huérfanos del hospicio de San Redentor, al que dedicaba ahora mucho de su tiempo diario. El de Segura no dejaba que su mujer hiciera tareas domésticas; con Sofra y Harome había ahora cuatro servidoras que se ocupaban de todo y la madre de Isabel solo tenía que decidir y dar órdenes, lo que menos le había gustado en su vida.

La casa de nuevo se estaba ampliando con un ala adosada que incluiría más aposentos y un gran salón para las conferencias y reuniones políticas que Pedro de Segura tenía que organizar, perpetuados sus muchos cargos en el Consejo. Gonzalo se había independizado y vivía más humildemente que antes alquilándose como bracero y había iniciado algún negocio con los mudéjares de

la familia de su mujer, pero se había convertido en un hombre feliz, una vez desterrados los viejos amargores de lo que no se puede cambiar. El de Segura tenía ahora hasta nueve secretarios y administradores que llevaban sus asuntos particulares y su tesorería, y había dispuesto una dependencia especial para pasar revista con ellos al seguimiento de sus instrucciones y para recibir a particulares, arrendatarios y políticos que venían en busca de su ayuda financiera o a rendirle cuentas de rentas, exportaciones de los productos con los que comerciaba o nuevos negocios, gracias a la situación política que traía el incipiente dominio cristiano sobre cada vez mayor territorio. El mismo Gonzalo era uno de sus clientes, y don Pedro financiaba con sus préstamos algunos proyectos por él emprendidos.

Isabel acudía a las sesiones públicas del concejo de la villa para saber de primera mano las noticias que venían de la corte y con los mensajeros que llegaban de los diferentes puntos de las fronteras, esperando conocer alguna noticia de Diego, o algún mensaje, o alguna señal que fuera dirigida a ella. De nada le habían servido a Pedro de Segura sus protestas; ya casi no podía prohibirle nada a su hija.

—La hija de Pedro de Segura no puede mezclarse con la gente del pueblo ni con los vasallos ni los desgraciados que van a la plaza del Concejo.

—Todos van porque esperan noticias, como yo las espero, padre mío.

—Tú no eres una de ellos. Si hay noticias vendrá uno de mis mensajeros a entregártelas a tu casa.

Toda la gente de Teruel conocía a la hija Segura y la veía pasar hacia la iglesia de San Pedro, o por el Mercado con sus sirvientas, o hacia la plaza del Concejo para escuchar los bandos, igual que pasaba el tiempo sin que se supiera nada de Diego Marcilla ni de otros caballeros cuyo rastro se había perdido entre los caminos y las pequeñas taifas del sur. No había mensajero que se atreviese a cruzar según qué fronteras. Los señores de los territorios almohades o andalusíes de las zonas al sur del Guadiana o del Guadalquivir se estaban encastillando en sus plazas y desconfiaban de todos los que se acercaban a sus murallas. Las diferentes ciudadelas que plagaban las tierras del Levante y la meseta hasta Albacete y más al sur habían reforzado sus fortalezas y estaban organizándose como gobierno independiente, ajenos cada cual a ningún otro y como forma de salvaguardar su poderío y los privilegios de sus vidas apegadas al placer de los sentidos, imitando lo que siempre habían acabado por hacer todos los gobernadores de las ciudades musulmanas: convertirse en reyezuelos de lo suyo,

su castro y sus tierras por escuetos que sean, pero imitando en su boato y sus placeres a los poderosos califas de la capital.

—Marcilla está obligado a vender sus servicios militares, si es que era cierta su voluntad de enriquecerse en tan poco tiempo —insistió Pedro de Segura, viendo ineficaces sus peticiones a Isabel—. Lo natural es que ni él ni ningún mercenario esté atado a obligaciones de enviar noticias ni mensajes.

La muerte de Meriem había cortado también ese hilo que los unía en la distancia a través de sus cartas.

—No quiero que la gente hable de ti —insistió Pedro de Segura—. Tienes que guardar las formas, ya saben todos quiénes sois tú y Marcilla. No quiero que te expongas a las murmuraciones...

—No desatiendo ninguna de mis obligaciones, padre. Pero no me importa lo que la gente piense de mi amor por Diego.

—A mí, sí. Es más práctico que te hagas a la idea de que pueden pasar muchas cosas...

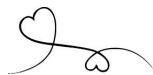
—Sé que me hará llegar sus noticias algún día. Si no es así, tampoco me importa. Yo le espero a él.

—Te harás mayor.

—Juré esperarle —atajó Isabel rápidamente—, y tú lo prometiste también, padre. Cinco años.

—Y mantengo mi promesa, Isabel. Pero la vida sigue y yo tampoco renuncio a mis intenciones. Como tú tampoco podrás evitar cumplir lo que me prometiste a mí.

Isabel se refugió de nuevo en sus pliegos. Llenaría de palabras y de esperanza todo ese abismo que parecía el tiempo y al que el paso de los días le empujaba.



Las crónicas relataron la conquista de la fortaleza de Alcaraz, que había costado varias semanas de agitado asedio hasta que el rey de Castilla, acompañado por su obispo de Toledo, pudo entrar, ya rendida la población, para negociar los acuerdos de entrega a los cristianos. Alcaraz sería desde entonces el enclave fundamental para la reconquista castellana de los territorios almohades hasta Albacete y el límite de la jurisdicción aragonesa en el Levante musulmán.

Pero toda la atención de los aragoneses se concentraba en saber lo que iba sucediendo en los territorios franceses, donde el rey Pedro II de Aragón se preparaba para la confrontación contra los cruzados cristianos enviados por Roma para apoyar a Simón de Montfort, que seguía manipulando los acuerdos políticos del rey aragonés.

Pedro de Aragón se dirigió con sus ejércitos a la fortaleza de Muret, donde organizó el asedio de la ciudad. A punto de rendirse los sitiados, se presentó Simón de Montfort para apoyarlos, organizándose una batalla fatal en la que Pedro II fue asesinado por dos caballeros que seguían órdenes de Montfort, despreciando las leyes del honor y nobleza de la caballería. Aunque los lanceros aragoneses dieron caza a los criminales, el rey ya había muerto en el propio campo de batalla y la noticia extendió el pánico entre los combatientes, provocando el total descalabro de sus tropas.

Aquel 13 de septiembre de 1213 fue llorado en todas las iglesias, las casas y las plazas de la Corona de Aragón. Las campanas redoblaron durante varios días sin parar, clamando a los cielos por el rey Pedro II el Católico, de treinta y cinco años, cuya muerte dejaba a su imperio al cargo de un niño huérfano de cinco años, el infante don Jaime, que no conocía aún su tierra y que estaba en poder del indigno que había hecho matar a su padre.

Pero Isabel de Segura solo rezaba por Diego Marcilla, y en las campanas de todas las iglesias de Teruel solo podía escuchar los ruegos de su corazón llamando a Diego.

Dónde estás, Diego, dónde te envío esta carta y todas las otras cartas que mi corazón escribe para ti. Qué ha sido de ti después de esa batalla que me anunciabas, ¿sigues alquilando tu mesnada al rey castellano?, ¿te diriges a la frontera?, ¿se ha cruzado en tu camino otra decisión u otro deseo? No puedo enviarte esta carta, amor, ni recibo noticias tuyas. Y no sé cómo sobrevivir sin el calor de unas líneas donde pronuncies mi nombre y yo perciba tu amor. Te necesito para vivir, cada día me lo repito, y cada día sobrevivo, sin embargo. Solo por la esperanza de saber algo de ti, Diego mío. Y mientras tanto, tú qué piensas, qué estas sintiendo, cómo vives tus batallas cotidianas y piensas en mí como se siente una ráfaga repentina de una brisa y luego pasa... ¿dónde estás?

A mí, todo me lleva a ti. Todo me respira a ti. Cómo poner límites a mi deseo de entregarte mi aliento, porque solo es en ti donde deseo estar y vivir. Mi nombre, Isabel, solo es eco de aquel nombre que escuché en tu voz amada...

Igual los trovadores y cronistas de la corte como los caballeros turolenses que retornaban a sus casas contaron el desastre de la derrota sufrida en Muret, donde habían caído además ochenta caballeros de la guardia personal del rey y

varios de los caballeros mercenarios llegados de otras plazas. Entre ellos Ramón, el segundo Abarca, de la misma edad y amigo del segundo Marcilla.

Todo Teruel lloró la muerte de Ramón Abarca en la misa de San Pedro, mirando de reojo a Isabel de Segura, entristecida y enlutada como si además llorase por otra cosa. El segundo Abarca dejaba mujer y un hijo recién nacido, ambos sin título de nobleza ni posesiones, pero acogidos en la casa familiar de los Abarca bajo la protección del primogénito, padre de dos hijas. Muchos miraban a Isabel. En aquella última visita que había hecho el desafortunado Ramón Abarca a su villa de Teruel le había entregado una carta de Diego Marcilla a escondidas de su padre; ya no podría volver a consolarla trayéndole más noticias suyas, también este hilo quedaba roto.

Abarca era, además de amigo de infancia, confidente de Marcilla; juntos habían compartido los juegos de lanzas y danzas del toro y también los afanes de prosperar con una casa propia. Abarca y Marcilla se parecían mucho y habían vivido a la vez haciendo todo casi igual. Lo único que no había hecho el segundo Abarca era pretender por encima de sus posibilidades a la hija de uno de los hombres más poderosos y ricos de Teruel.

—Sé muy bien que Abarca te trajo recado de Marcilla —insistió el de Segura—; por eso acudes con tanta frecuencia a oír los bandos de noticias... ahora Abarca ya no puede ser tu mensajero. Pero no está bien que una mujer decente reciba correspondencia particular, Isabel.

—Como dices, padre mío, Ramón Abarca está muerto.

—No le deseo la muerte a nadie más, bien lo sabe Dios, pero espero que lo tengas en cuenta, Isabel. Ese caballero tuyo, Marcilla, puede morir también.

—Lo tengo presente. Diego puede morir porque está ganándose la vida conmigo.

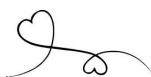
—El oficio de la guerra es el oficio de la muerte.

—Cualquier oficio es ejercicio de intentar la vida y la prosperidad, ¿no se educa para eso a un hombre? ¿No me enseñaste eso mismo tú, con tu ejemplo y tu determinación en los negocios?

—Eres una mujer que ya piensa por sí misma, muy bien, Isabel. Tengo en cuenta que pasa el tiempo... pero no esperaré a que me faltes al respeto.

Isabel podía imaginar las siguientes palabras de su padre.

—Consentirás en hablarte con Azagra en cuanto él pueda venir a Teruel.



El cadáver del rey Pedro, excomulgado por el mismo papa que lo hubo coronado diez años atrás, fue recogido por los monjes de la Orden Hospitalaria de San Juan para custodiarlo en Tolosa. Habría que esperar el permiso del papa Inocencio hasta poder trasladarlo a Sigüenza y enterrarlo con su madre la reina doña Sancha en su monasterio. El indigno Montfort era el vencedor de la batalla y retenía preso al heredero. Los nobles aragoneses del Consejo de Regencia tenían que negociar con él la liberación del príncipe, pero, divididos y en continuas desavenencias entre sí, se hacía también complicada la tarea. La situación era crítica.

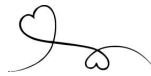
Ni rey ni heredero tiene esta corona, ni muerta ni viva hay mano que empuñe el cetro de Aragón.

Las coplas y los relatos de juglares y contadores de historias corrían de boca en boca resumiendo dramáticamente el ambiente. Las rencillas entre los nobles de la corte del rey difunto se hacían más agrias y tajantes con los días. El nombrado Consejo de Regencia estaba integrado por ricos hombres y parientes que ambicionaban todos ellos la corona, ante un rey niño al que intentarían manipular hasta su mayoría de edad según sus conveniencias. Las guerras internas habían estallado por los intereses políticos en juego, pero también porque las finanzas reales estaban en la ruina. Pedro II había dilapidado sus rentas y recursos y le dejaba a su hijo las arcas vacías.



Isabel cumplió diecisiete años cuando alboraba el año 1214 escuchando los ecos de las noticias que relataban la profunda crisis que asolaba el reino. Varios notables aragoneses tenían que viajar en embajada a Roma para solicitar la intervención del papa Inocencio, después de resultar inútiles las negociaciones con Montfort. Después de convenir el precio, el papa aceptó promulgar una bula especial y envió al legado Pedro de Benevento con la orden de conseguir la liberación del infante don Jaime, obligando a Simón de Montfort a ceder su tutela a los caballeros templarios de la Corona de Aragón.

Los mensajeros reales y los cronistas informaban de la noticia: la entrega del príncipe Jaime se realizaría en Narbona en la primavera de aquel 1214 ante una delegación de notables del reino con el nombrado regente, su tío abuelo don Sancho Raimúndez, a la cabeza. El tutor del rey sería desde ese momento don Guillermo de Montredón, maestre de los templarios aragoneses. Sonaron las campanas varios días seguidos nuevamente en Teruel, esta vez para conmemorar que, cumplidos sus seis años de edad, don Jaime estaba ya en suelo aragonés. Las cortes del reino le juraron fidelidad y el infante fue llevado al castillo de Monzón, en Huesca, donde sería instruido como rey junto a su primo Ramón Berenguer V de Provenza.



Cuento las lunas y los días y las estaciones y las estrellas del cielo que hace que Diego se marchó. Todo mi tiempo es pensar en él sintiéndole en mí, sabiendo que él también me está pensando y me está echando de menos. Cada brizna de viento, cada gota del agua que vierto en mi vaso me recuerda a él. Cómo puede estremecerme así mi añoranza de él, sin poder tocarle ni abrazarle, qué fuerza consigue mantenerme atada a él, a su deseo, atada a la insistencia en seguir amándolo, porque mi vida depende de ello, de seguir amándolo.

Solo tengo estos pliegos para volcar las lágrimas que no derramo, pues no debo estar triste. Fue su amor el motivo de su decisión. Su amor rebelde y sin culpa, como el mío, fue nuestro amor lo que nos trajo hasta aquí, y no renegaré de ello con lágrimas que puedan delatar arrepentimiento o rabia. Le amo en su decisión y por la mía, contra el mundo y contra lo que otros hubieran pretendido. Dicen que la guerra en las fronteras se ha recrudecido y que los jefes de las taifas y los castillos musulmanes ya no abren sus puertas a los negocios con los cristianos. Los mercaderes que antes compraban y vendían en las ciudadelas andalusíes se vuelven de vacío y reniegan de estos tiempos después de la gran victoria en Las Navas. Ya no hay negocios con los reyezuelos de las fronteras, solo unos pocos mantienen su confianza y otros muchos han caído presos en sus garras... ¿Dónde está Diego, por qué no me envía al menos un recado con Esteban?

Mi madre se niega a mirarme a los ojos. No cree que Diego vaya a regresar. No mira tampoco a las otras señoras cuando vamos a Santa María. Pero ellas no

piensan en Diego, y no les importa si vuelve o no; ellas me reprochan en silencio mi rebeldía, porque tendría que haberme portado como una mujer de la alcurnia que mi padre ha conseguido para mí.

Qué fuerza misteriosa me dirige, aun teniendo que llevar a mi madre conmigo en esta senda, quizá avergonzándose de mi empeño, teniendo que soportar la rabia contenida de mi padre. Y mientras tanto pasa el tiempo. Y yo deseo que pase, que pase pronto el tiempo, que pase...

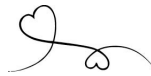
He recuperado los pliegos que escribí hace años, cuando el amor por Diego era aquel tiempo dulce que me descubrió la verdadera vida y creí que no existía nada que nos pudiese separar.

Le recordé a Elvira que esa era mi herencia.

—¿Recuerdas, aya? Te dije que todos estos pliegos eran tuyos, porque yo algún día querría que los guardases para mí y para el futuro, ¿recuerdas?

—Sí, Isabel... —me dijo sin querer decirlo.

—Me consuela saber que tú guardarás mi alma entonces. Porque aquí está toda mi alma, aya. Aquí y en las cartas que guardo de Diego, y en las cartas que sigo escribiéndole y que no puedo enviarle. Algún día no me harán falta, porque estará él conmigo, y entonces los pondré todos en una vasija y te la entregaré, como quien entrega su memoria o su nombre.



Ysela vino a buscar a su hija al altillo donde seguía refugiándose del mundo, como cuando era niña. Ya no se enfadaba al verla escribiendo entregada a los lienzos, con los dedos manchados de la tinta que se escapaba de la caña.

—Tu padre desea que le hables a don Pedro de Azagra —le dijo a bocajarro.

Isabel dejó la pluma, pero no se movió.

—Hija mía, es una recepción de cortesía —intentó convencerla Ysela.

Isabel bebió un poco de agua del vaso que tenía a su lado. Había sido un verano muy caluroso y septiembre todavía ardía en la tierra.

—Elvira, ayúdame —se dirigió Ysela a mí—, explícale a Isabel que su padre respeta su espera, pero esta familia debe cumplir también con sus otros compromisos.

—No quiero hacerlo, madre —dijo por fin Isabel.

—Pasa el tiempo, Isabel... eres una mujer que ya debería estar casada.

—Puede ser, madre, sí... yo ya me habría casado con el hombre que amo.

—Pero debes pensar otra cosa, Isabel. Te harás vieja sin darte cuenta, mírame a mí, pronto cumpliré cuarenta años y aún no sé cómo ha pasado el tiempo. Quizá algún día te arrepientes de no haber considerado otras oportunidades.

—No me arrepiento de nada, no te enfades conmigo, solo deseo esperar a Diego. Es cierto que el tiempo pasa, pero no tan deprisa como yo quisiera.

—Te lo ruego, no provoques nuevos chismorreos y ven con tus padres a la casa del concejo a cumplir con tus deberes familiares.

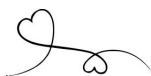
Me acerqué a Isabel; dulcemente le retiré los pliegos y el tintero. Ella aceptó con mansedumbre que la ayudase a alzarse.

—Quisiera dormir todo lo que resta hasta que Diego vuelva a Teruel... —murmuró—, dormir y despertar con las trompetas de su mesnada entrando por la muralla, sin tener que añorarlo ni tener que explicar más que mi alma solo puede sentir lo que siente por él, y solo por él.

—Don Pedro de Azagra ha estado en Monzón y en Zaragoza, y ha asistido a reuniones con los consejeros del reino... —reveló Ysela entonces—; quizá traiga noticias de la situación de los caballeros que sirvieron con el rey don Pedro.

—¿Eso es cierto?

—Se celebrará un torneo de jóvenes que quieren hacer méritos ante él, y se le obsequiará con un banquete... tienes que ponerte tu brial de fiesta y peinarte..., sí, es cierto, Isabel, el señor Azagra está muy bien relacionado y quizá él sí pueda tener noticias.



Pedro de Azagra hizo gala de las buenas formas que tan de moda había puesto el rey Pedro en la corte aragonesa; aunque no pasaba en mucho la treintena, su afectación le hacía parecer más entrado en años. Había llegado a Teruel ya acompañado de servidumbre, secretarios y guardias siguiendo el plan de instalarse en su hacienda, construida muy cerca de la villa, que estaba completando con murallas y pabellones de recreo. Mientras tanto, sería huésped de su pariente, el anterior señor de la capital, Fernández de Azagra. Su presencia

en Teruel levantó una enorme expectación entre las gentes. Muchos, sobre todo entre las altas familias, sabían que el de Segura tenía pretensiones de llegar a emparentar con él. Pero estaba por medio la promesa que su hija le había hecho al caballero Marcilla, que nadie olvidaba y ella, desde luego, menos que nadie.

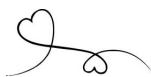
Las comadres comentaban que ni los regalos de su padre servían para contentar a Isabel, solo pendiente de recibir noticias del segundo Marcilla. Ni siquiera por conservar las normas de su alcurnia, la hija Segura se contenía en preguntar a cuanto viajero o mercader ambulante llegaba a Teruel si sabían algo de Diego Marcilla, caballero de Teruel que había luchado en la batalla castellana de Alcaraz. Y en cuanto se sabía de cualquiera llegado de tierras de Castilla, enviaba a algún sirviente a su encuentro, dispuesto a pagar con monedas a cambio de que le contaran cualquier información, aunque fuera de oídas o sabida a medias. Pero nadie le daba razón ni noticia de Diego Marcilla, y tal como estaba creciendo la incertidumbre política en esos meses, todavía se hacía más difícil.

En efecto, los caballeros que venían con Azagra tenían noticias de la complicada situación de la corte aragonesa con la regencia de Sancho Raimúndez, enemistado con el tío del rey niño, don Fernando de Aragón, que no consentía en ceder a las presiones de los nobles catalanes para intentar hacerse con el control de la soberanía en contra de los aragoneses.

No pasó desapercibido para las señoras presentes que Isabel de Segura también se dirigía a ellos interesada por conocer la situación de los caballeros con misiones fronterizas, sin importarle que alguien pudiera pensar que les preguntaba igual que si hubiesen sido los mismos comediantes o tratantes de ganado que recorrían los caminos y los mercados entre reinos. Pero sus respuestas eran de cortesía y no correspondían a los comentarios que luego entre ellos se intercambiaban, dando por hecho que Marcilla, como todos los demás caballeros mercenarios, estaría gozando de los beneficios de la confusa situación que se vivía con los señores de las taifas, tan dados a negociar cuantiosos precios para no ser atacados. Era fácil que un caballero mercenario se rindiese a las delicias de las pequeñas cortes donde los señores musulmanes gozaban de los lujos y placeres a su alcance, como si fueran verdaderos califas. Un caballero apuesto y en la flor de la vida como Marcilla, sin duda, sería codiciado por muchas mujeres y muy hermosas, de las que había tan abundantes como monedas y joyas preciosas en las ciudades musulmanas.

Los pormenores de la gran recepción que el concejo le había obsequiado a

Azagra serían narrados entre los turolenses con todo detalle, pero también los relativos a su encuentro con Isabel, aquella misma tarde que comenzaba el otoño y todos rogaban en San Pedro que vinieran pronto las lluvias después de un duro año sin aguas acumuladas en los aljibes.



Pedro de Azagra se había inclinado con una reverencia ante Isabel de Segura; la añoranza que sentía su corazón, intuita por todos, se reflejaba en el desinterés que las cosas tenían para ella, excepto una: la posibilidad de recibir alguna información sobre Marcilla.

Isabel correspondió a su saludo con un exquisito ademán digno de su educación. Era cierto que estaba más hermosa que nunca, adulta y contenida en su estar en el mundo, concentrada en lo que guardaba su alma. Azagra se entregó a cortejarla fascinado, esgrimiendo su mejor sonrisa y un sinfín de atenciones que así querían darlo a entender.

—Supe que os llaman «Estrella de Teruel» —le reveló Azagra.

El comentario arrancó una sonrisa de los labios de Isabel. Solo lo había escuchado en la voz de Diego. Ese nombre le traía a su alma recuerdos muy hermosos junto a él.

—No respondéis... —insistió Azagra, complaciéndose en esa sonrisa leve —, pero vuestro semblante se ha iluminado. Yo también os nombraré así, señora...

—No —reaccionó Isabel—. Os lo ruego, eso solo es una anécdota de niños, no es ese mi nombre...

Azagra asintió con el gesto, educadamente.

—También supe que la vieja reina madre doña Sancha trajo sus maestros a esta villa que amó mucho, y que una de las alumnas erais vos, doña Isabel...

—Así es, gracias a ella y a su capricho generoso fui regalada aprendiendo de escritura y lectura, unas habilidades que cambian la vida de un ser humano.

—Nuestra corona puede preciarse de haber tenido monarcas que amaron el saber como una de las riquezas más importantes de la existencia, sí... Así mismo pensaba su hijo don Pedro de Aragón, sin duda el rey más culto e instruido de este tiempo.

—Yo he sabido que conocéis al rey castellano don Alfonso —atajó Isabel.

Pedro de Azagra reaccionó con elegancia.

—Tengo ese privilegio por herencia de mi apellido, pues hay una rama enlazada con herederos castellanos.

—Os ruego entonces que me ayudéis, don Pedro.

Azagra contuvo su asombro, pero de nuevo inclinó su frente ante Isabel en señal de disposición. Sentía que no podía haber nada que le disgustase en esa mujer.

—Estoy a vuestro entero servicio, señora.

—Quizá haya políticos o señores castellanos que puedan darme referencia o noticia de mi prometido, el caballero don Diego Marcilla de Teruel. Sé que, comisionado por nuestro difunto rey don Pedro, estaba al encargo del rey de Castilla.

Cuando esta petición llegó a oídos de Pedro de Segura, ya había concertado una cita particular con Azagra, y su indignación por el atrevimiento de su hija no podía ser motivo, sin embargo, de suspenderla. Pero Azagra quería seguir viendo a Isabel, y no le importaba la causa por la que ella aceptase seguir recibéndolo. Azagra participaba de las nuevas modas de los trovadores hablando del amor a mujeres inaccesibles. Isabel era una mujer excepcional e inalcanzable, pero él la conseguiría.

La respuesta de Azagra al ruego que Isabel le había hecho en aquella lujosa recepción en la casa del concejo fue también llevada de boca en boca entre los ciudadanos. Él la había mirado durante un momento sin decir palabra. Al cabo de ese instante, le había contestado:

—Os serviré, señora, como deseáis, y serviré a ese hombre que está en vuestro pensamiento, envidiándole desde lo más profundo de mi ser.

—Decidme lo que sepáis entonces.

—No son buenos tiempos para un caballero mercenario, doña Isabel... —dijo Azagra—. La hambruna se ha cebado en las tierras castellanas, y tal es de penosa la situación entre las gentes que el rey Alfonso pactó una tregua con los almohades y en este verano no ha habido batallas.

—Pero después de la conquista del castillo de Alcaraz, al parecer los castellanos querían continuar ganando plazas hacia el sur de su territorio.

—Así fue, hasta la pasada primavera. El propio rey castellano acudió a la entronización de nuestro rey don Jaime y comunicó al Consejo de Regencia aragonés que se veía forzado a firmar una tregua con los sarracenos porque las gentes de Castilla estaban muriendo de hambre y todos sus esfuerzos debían ir

para paliar la escasez de su pueblo. No quería hacer más llamamientos a la guerra de hombres que eran necesarios para labrar los campos. Lo cierto es que, en la situación actual de nuestro reino de Aragón, es providencial esta tregua, pues también nuestros políticos tienen mucho en que pensar antes de decidir nuevos ataques.

Azagra se refería a las guerras intestinas entre los nobles que intervenían en la regencia del rey Jaime. Algunos de los catalanes querían forzar para continuar la lucha en Languedoc, pero Sancho Raimúndez recibió un serio aviso del papa. Si Aragón insistía en apoyar a los herejes cátaros, aunque fuese como protección debida a los territorios propios, serían excomulgados él y el propio rey don Jaime, y si ello no fuera suficiente enviarían ejércitos papales para la invasión del reino y acabar con nuevos intentos de ignorar la cruzada cristiana.

Sancho Raimúndez decidió que debía ser prioritario establecer un sistema fiscal que recuperase a la Corona de Aragón de la ruina financiera en que se hallaba y restablecer el prestigio de su monarquía, mermado por los enfrentamientos del rey Pedro con el poder de Roma.

—¿En qué situación se hallan entonces los caballeros que asumieron el compromiso de ganar batallas para el rey? —preguntó Isabel, sintiendo que el vacío de su estómago se agrandaba hasta casi ahogarla.

—Es difícil saberlo, doña Isabel —respondió Azara sinceramente—. Son libres para vender sus servicios a quien pueda pagarlos, y dado que los ejércitos reales tanto de Castilla como de Aragón no pueden ofrecer protección segura, sobre todo en las zonas de frontera, los señores de los grandes feudos o incluso los señores de las taifas musulmanas podrían tener interés en su contratación.

—En tiempo de tregua cualquier acuerdo o intercambio de servicios con los señores musulmanes es normal y ventajoso —intervino el señor De Luna, presente en la conversación—, pero en tiempo de guerra la venta de protección militar es más ventajosa aún, y en estos momentos puede pasar de todo entre los musulmanes.

—Es cierto —apostilló Berenguer de Entenza—. Los musulmanes del Levante están inquietos... se dice que muchos de ellos van a proclamarse independientes del nuevo califa almohade y refuerzan sus ejércitos también con mercenarios cristianos.

—Los dos caballeros Luna son hijos míos —añadió el anterior, dirigiéndose a Azagra—, y han cerrado negocios defensivos con terratenientes de Murcia.

Pedro de Azagra se concentró de nuevo en Isabel:

—Puedo preguntar, si me dais permiso, por el nombre y apellido que sea de vuestro interés a mis contactos de la corte de Castilla.

—Os lo agradezco, señor Azagra.

A finales de octubre Azagra volvió a ver a Isabel, esta vez en la visita que había concertado su padre, tal como tenían acordado para hablar de negocios dinerarios.

El rey de Castilla había muerto el día 5 durante su viaje a Portugal y tan solo veinticuatro días después, sin acabarse las exequias por su fallecimiento, había muerto también su esposa la reina Leonor, heredera por testamento marital de la regencia del reino castellano.

—El destino es caprichoso... —comenzó diciendo, elegantemente, Pedro de Azagra en presencia de la familia de Isabel—, y ha querido que se viva en Castilla una situación muy parecida a la de Aragón, pues el trono recae en un niño sin padre ni madre, el príncipe Enrique, que aún no ha cumplido los diez años de edad.

Enrique era el hijo menor del rey castellano, que había visto morir a sus otros dos hijos varones nacidos con anterioridad. Antes de fallecer, la reina Leonor confió la guarda y custodia del joven heredero a la infanta Berenguela, la hermana mayor de Enrique, que residía en la corte castellana desde que su matrimonio con Alfonso de León fuese anulado diez años atrás por el papa Inocencio, un trámite que no había conseguido el rey Pedro de Aragón. Berenguela había vuelto con su hijo Fernando, un año menor que el rey y que se educaba con él.

—Las desavenencias entre la alta nobleza recuerdan bastante a lo que se vive en nuestra corte esperando a que don Jaime de Aragón pueda tomar las riendas como rey —añadió uno de los tesoreros del concejo de confianza de Segura, que asistía para tomar las notas del alcaide.

Las casas de Lara y de Castro, que ya habían sido enemigas durante la minoría de edad del difunto Alfonso VIII de Castilla, volvían ahora a enfrentarse por la regencia de la infanta Berenguela.

Isabel guardaba silencio, como si renunciara a más preguntas. Todos los entresijos de la Providencia parecían implicados en una urdimbre extraña y fatal, la decisión de que ella no pudiese saber dónde se encontraba Diego, ni qué estaba siendo de él, si estaba herido, o vivo, o muerto, o en brazos de alguna mujer, o cautivo de quién sabe que otro enemigo, aparte del propio destino aciago de su amor.

Azagra estaba ansioso por que acabase la reunión formal y poder tener un rato de cortejo para Isabel. Su determinación por ella solo podía gestionarse con paciencia. Él ya no era un hombre joven, aunque fuese rico; pero su experiencia de la vida le beneficiaba. La edad le había hecho más listo y más tenaz.

Llegaría, y así fue, el momento en que después de los asuntos comerciales pudiera hablarle a Isabel como un hombre quiere hablar a una mujer.

—No debéis estar triste, doña Isabel... las noticias de Castilla no son felices, pero solo es política. La vida es otra cosa...

—¿Qué queréis decir, señor Azagra?

—Que las personas sobreviven en el día a día con lo que tienen a su alcance.

—Os agradezco que preguntaseis por mi caballero Diego Marcilla, aunque tampoco entre vuestros contactos castellanos os pudieran dar razón.

—Lo seguiré intentando, porque siento que os interesa de verdad.

—Diego Marcilla de Teruel es mi prometido, señor. Os ruego que lo tengáis en cuenta. Me interesa lo que le pase porque le amo. Y porque le amo estamos prometidos y yo le espero para poder casarnos.

—Le admiro sin conocerle, señora —respondió Azagra—. El hombre que es capaz de conseguir la determinación por amor de una mujer como vos ya es un rey para mí, y un rey afortunado... nada hay comparable en la vida al amor de verdad que una mujer poderosa puede entregarle a un hombre.

Isabel esperó un instante antes de seguir hablando. No podía odiar a Pedro de Azagra, ni podía despreciarle. Sus halagos y sus buenas maneras no le afectaban, no había ya casi nada en la vida que pudiera importunarla de forma especial. Isabel simplemente esperaba. El resto de las cosas de la vida pasaban por su piel como el agua sobre el aceite, sin tocarla.

—Sois muy amable, señor Azagra —dijo al cabo—. Y sinceramente agradezco vuestro interés en estas gestiones... Pero no deseo importunaros, y es suficiente con los esfuerzos que ya habéis realizado. La vida ha querido que los asuntos políticos de todos los reinos peninsulares, igual cristianos que musulmanes, se hallen en tal desconcierto que se haga imposible...

—No tengo duda de que estará bien y deseando veros, doña Isabel —atajó Azagra.

La voz de Isabel se había quebrado.

—Solo es una cuestión de comunicaciones. Los mensajeros son más caros en este tiempo, solo es eso, permitidme, por favor, seguir interesándome por lo

que haya sido de vuestro prometido.

Si ese era el precio de que su hija aceptase las visitas de Azagra, el de Segura no se negó al ofrecimiento de su socio. A esa reunión se sucedieron otras visitas concertadas por él, aunque los intentos de averiguaciones de Azagra tampoco resultaron efectivos.



Después de la siembra de noviembre Isabel de Segura me envió a la casa Marcilla con una solicitud de cita dirigida al primogénito Sancho Martínez de Marcilla. Pedro de Segura no disimuló su disgusto con Isabel al saber que había actuado por cuenta propia, pero no podía ser descortés y negarse a saludar al hijo de Martín de Marcilla, titular del apellido y quizá futuro juez de la villa, recién enviudado de su esposa Castroviejo.

Sancho fue recibido en el nuevo salón ampliado de la casa de Segura, adornado con ricos pendones de los escudos nobiliarios de la casa de Aragón; iba con un jubón de luto luciendo el blasón familiar en el medallón que colgaba de su cuello y el anillo con el sello de Marcilla. Junto a Isabel estaban sus padres, y detrás de ella, en la zona sombría reservada a los asistentes y servidores, estaba yo, porque así lo había decidido Isabel.

Después de los saludos y reverencias formales, Pedro de Segura tomó la iniciativa.

—Esta familia os acompaña en el sentimiento, don Sancho. Lamentamos sinceramente vuestra pérdida.

—Os agradezco la consideración —respondió el primogénito Marcilla.

La pobre Castroviejo había muerto en el parto de su criatura, que venía con el cuello apesado por el cordón ventral, y ninguno de los dos lo había podido superar.

—Vuestra madre, doña Constanza, ¿se encuentra mejor? —preguntó Ysela, mostrándole también su miramiento.

—Gracias a Dios, que la ilumina con su resignación, mi señora madre encuentra alivio con la familia Castroviejo y con mi hermano menor, que la acompaña estos días.

Otra de las Castroviejo sería la próxima esposa de Sancho, ya aceptado el compromiso entre las familias y los mandatos de la vida con sus decisiones

sobre la muerte de los seres.

El tercero de los Marcilla, el llamado Juan, se parecía tanto a Diego que muchos de los habitantes más recientes de Teruel lo confundían, pues además saltaba el toro con su misma destreza y tenía su misma bizarría osada, pero la familia, y sobre todo su primogénito, estaban intentando destinarlo a la carrera eclesiástica. Habían interpelado al amigo real de Diego, el abad don Fernando de Aragón, para procurarle protección y avalar su ingreso en uno de los monasterios ricos del norte de Teruel. Pero don Fernando estaba entregado a los asuntos de la Corona y rivalizaba en derechos de regencia con Raimúndez, liderando una de las facciones de la corte que mostraba desacuerdo con algunas de sus decisiones.

—Os he citado como futura cuñada, don Sancho —intervino Isabel.

—Estoy a vuestro servicio, señora Segura —contestó Sancho.

—Este tiempo es delicioso para ver las últimas rosas que quedan, resistiéndose a las heladas de noviembre —dijo Isabel, levantándose de su sillón—. Este salón es muy formal, y la reunión es de familia... os ruego que me acompañéis a mi jardín, donde me ocupo de mis flores y me siento más a gusto.

Sancho miró instintivamente a Pedro de Segura, sin saber qué hacer, sorprendido por la libertad de su hija.

Pero Isabel ya era una mujer que pronto cumpliría dieciocho años y que tomaba sus propias decisiones, aunque pocas mujeres, incluso más viejas, lo hicieran, pues las normas dictaban otra cosa. Su próxima esposa, la cuarta Castroviejo, tenía poco más de trece años y jamás hubiera demostrado gusto por dirigir una reunión familiar. Si en algún momento Sancho Martínez de Marcilla pudo considerar que él más que su hermano Diego el segundo Marcilla, tenía un derecho superior a pretender a la hija de Segura, en aquel momento comprendió que Dios le había ayudado a desechar rápidamente la idea. Pero quizá porque esa mujer estaba destinada a no ser de nadie.

Pedro de Segura se levantó también de su sitio y le hizo una seña. Esa era la muestra de su autorización para que Isabel pudiera ausentarse de su presencia, pues yo la tenía que acompañar, inseparable de su vida.

Sancho hizo sus saluciones correspondientes despidiéndose del matrimonio Segura y siguió a Isabel hasta el jardín, también ampliado, que ahora gozaba de zonas protegidas del relente de noviembre.

—Necesito saber de vuestro hermano Diego, señor —le abordó sin ambages.

—Nadie sabe nada, señora. Después de la victoria de Alcaraz mi familia no

ha tenido noticia ni información de los asuntos de nuestro segundo.

—Este noviembre se cumplen tres años de su partida. En verano hizo un año de su última carta llegada, es mucho tiempo sin saber de él.

—Se empleó por cinco años, la vida de un caballero no es fácil, ni permite tener cerca tinta y pluma de ganso para redactar un escrito.

—Juró que escribiría, don Sancho. Y lo hizo hasta antes de la toma de Alcaraz.

—De muchos otros de los armados caballeros como él tampoco se tienen noticias. No os debéis alarmar, un caballero debe velar por su vida y por las riquezas que obtiene, no es lo común que envíe crónicas o cartas, doña Isabel... Creo que mi hermano Marcilla se precipitó al prometer lo que no puede cumplir.

Isabel negó con la cabeza. No aceptaría esa posibilidad.

—Quizá pudiera enviarse un correo de forma particular —le propuso al primogénito Marcilla—, ¿creéis que sea posible?

—Pero ¿a dónde? Las últimas noticias son de la batalla de Alcaraz... sabemos que entre los caballeros muertos no figura el nombre de Diego Marcilla, eso ya es bastante. Quizá se haya prestado a la defensa de esa frontera, o quizá haya continuado hacia el sur...

—Pero tiene que haber algún sitio por donde un mensajero pudiera buscarle.

—Supondría destinar a una persona o varias a recorrer todos los caminos y castillos de los territorios almohades y andalusíes del sur y del Levante, cuando las comunicaciones con los señoríos musulmanes están interrumpidas y las relaciones políticas son más difíciles que nunca por la situación de nuestros gobiernos reales. Además..., mi familia no dispone de recursos para hacer tal encargo, doña Isabel... Si no acaba pronto esta sequía, todo lo que se había recuperado de nuestras tierras volverá a perderse, y mi obligación es administrar los pocos ahorros que nos quedan pensando en el bien de todos los miembros que están bajo mi responsabilidad.

—¿No creéis que su familia debería interesarse por saber si Diego está herido?

—Y así nos hemos interesado, no tengáis duda, sin éxito. Nadie sabe de él, ni recuerdan haber oído su nombre los mercaderes ni los peregrinos que cruzan de camino a los lugares santos. Si alguien pudiera saber noticias suyas, seríais vos, pues solo a vos os ha mandado cartas o recado...

Isabel negó otra vez con el rostro, abatida.

—No os podéis dar por vencido, don Sancho. Diego no lo merece de vos, por favor.

—Diego decidió su propio destino, señora, y nuestro padre lo aceptó. Don Martín añora a su hijo, desde luego, pero nada puede hacer tampoco sino esperar que Dios quiera que todo le vaya bien.

—¿Y si no le fuera bien, y si estuviese en peligro o estuviese cautivo, quizá...?

—Toda su vida ha desafiado las normas —respondió Sancho Martínez de Marcilla—. ¿Creéis que solo él podría adoraros, Isabel?

—¿Qué queréis decir, señor?

—Sois una mujer excepcional, y muchos hombres hubieran deseado acceder a prometerse con vos..., como yo mismo o el primogénito Santa Cruz, pero las normas nos lo impedían. Las normas que dicen que la única hija del hombre más rico y poderoso de Teruel ha de ser para un hombre de la alta nobleza del reino, como todo Teruel sabe porque vuestro padre desde que nacisteis así se ha ocupado bien de indicarlo. No es mérito de mi hermano Marcilla amaros tan profundamente como se dice entre las gentes de nuestra villa, porque cualquier hombre os amaría, señora... pero solo él se atrevió a desafiar las normas y solo él rompió las conveniencias y saltó al toro bravo.

—Y solo él puede ser el dueño de mi amor, señor —respondió Isabel sinceramente.

—Lo sé también... todo Teruel lo sabe, señora, que también vos estáis desafiando los mandados de Dios.

—En eso os equivocáis, cuñado... este amor nos lo manda Dios, a nosotros y a todo Teruel también.

La noche del tiempo

No es en esta vida. En esta vida no podremos estar juntos, me digo, y hundo mi rostro en mis manos enlazadas para la oración ante la imagen de Santa María, y ante el Cristo crucificado de San Pedro, y ante la única rosa que esta primavera ha dado mi rosal.

Para qué entonces haberle encontrado y haberle reconocido, para qué... No es en esta existencia, no en esta, me dicen las voces de mi mente, cuando mi corazón dice que seguiré amándole más allá de este mundo y de esta vida, y más allá de todos los amaneceres que me resten por vivir.

Pero a quién le grito ahora que ya mi esperanza no tiene más fuerzas para seguir creyendo que hay esperanza. Cuándo entonces, si no es aquí, dónde entonces, cómo aceptar lo que todos ya aceptan.

Santa María, ¿la tristeza es mi protección? ¿Tú has querido esto para mí? ¿Estaré triste por siempre o conformarme al fin con lo que la vida ha decidido para mí me llevará a ser feliz?

Cómo ser feliz sin saber que Diego es feliz...

La tristeza me hace caminar más despacio. ¿La tristeza es conformarme? Era verdad, la vida manda. Ella es la gran señora, no podemos vencerla ni cambiarla...

Le pregunto a Elvira, le pregunto, pero no quiere ver nada. Dice que solo ve cuando la muerte está cerca, y que no quiere verla, que no quiere pensar en Diego para no tener que presentir que pueda morir. Pero yo sé que no está muerto. Yo lo sé. Lo habría visto en los ojos de Elvira, igual que lo vi cuando abracé a mi querida Meriem y supe que era la última vez, porque vi en los ojos de Elvira que ella ya lo había visto.



La sequía continuó todo el invierno. No hubo nieves y en la primavera no hubo lluvias. La hambruna entre las gentes del pueblo llano produjo muchas muertes. Isabel rogó a su padre que los miembros ricos del concejo de la villa donasen fondos propios para paliar la pobreza que se extendía dolorosamente; cada día se veían más criaturas abandonadas por la imposibilidad de procurarles alimentos.

Isabel de Segura era muy conocida entre la gente de Teruel, pero en aquel terrible año de 1215, se había ganado el respeto y el cariño de toda la villa, y sobre todo de la gente más sencilla. La habían visto pasar cada día y recorrer una a una las puertas de la muralla preguntando a los vigías si se veía llegar a caballeros o mesnadas, y se había contado de boca en boca su determinación en el amor por Diego Marcilla, un segundo que no tenía la fortuna suficiente para conseguirla. Pero nadie hubiera esperado la generosidad que demostró la hija de Segura.

—He aprendido que el hambre y la pobreza de las personas no se cura en la iglesia —le dijo a Ysela cuando volvían de una de las misas de la cuaresma.

—A veces Dios se vale de medios que no comprendemos para hacernos llegar sus órdenes, Isabel.

—No volveré a la iglesia mientras haya niños que están muriendo cerca de nosotros, madre mía.

—¿Pero qué dices, Isabel? ¿Qué vas a hacer entonces?

—Nosotros tenemos comida, las despensas llenas, y cerdos cebados, y salazones. Cada día iremos con raciones de comida a las casas que sabemos que no tienen para alimentar a sus hijos.

—Pero tu padre...

—Hablaré con él para que disponga como alcaide una orden para que los ricos destinen media ración de lo suyo para entregarlo a los pobres.

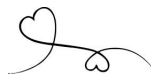
—¿Y si no es posible conseguir ese edicto, Isabel?

—Vaciaré nuestra despensa yo misma para entregarlo todo a la gente que quiera venir a nuestro patio.

Isabel dejó de acudir a los caminos de entrada a la villa para comprobar por sí misma el paso de caminantes o mercaderes. Poco a poco fue afirmándose en ella una aceptación distinta de la vida. Llevaba a Diego en el alma. Ella sabría cuándo estaba llegando. Había decidido aceptar su espera. Solo esperar. Vivir cada día que Dios le mandaba esperando a Diego desde su corazón y viviendo la realidad que ello implicaba. Era como abrir los ojos a la vida que tenía que atender.

Ya no preguntaba a los que llegaban a Teruel; si alguien trajese noticias, seguro que la buscarían. Tampoco atendía ya las recomendaciones de unos, convencidos que Diego Marcilla podría estar muerto, o los consejos de otros, los que le hablaban de los cambalaches, negocios y sobornos que eran la moneda de cambio habitual en esos tiempos con los reyezuelos de las localidades musulmanas fronterizas de Aragón. Muchos estaban convencidos de que Diego Marcilla habría cambiado de nombre y estaría creándose una vida nueva y una familia nueva, y que habría olvidado Teruel.

Isabel decidió, simplemente, aguardarlo. Esperar que Diego volviese un día.



«Mi alma abierta a ti. Abierta a tu voz, a tu sueño, dónde estás y sé que estás, aunque no te veo, dónde está mi alma sin mí, en pos de ti solo viva porque te siente, solo por buscarte, solo por sentirte despertando conmigo aquí, a mi lado, con mi sonrisa por fin libre y eterna».

Recuerdo aquella vez... éramos unos niños. Tú leíste esta oración y mis lágrimas caían sin saber por qué. Hoy esos versos son mi alimento y mi luz, mi certeza, ahora sé que esas palabras me conocían y yo las presentía. Amor mío, no me importa la distancia, ni me importa no saber de ti, nada ya importa, porque tú estás en mí como yo sé que estoy en ti. Donde sea que estés, y aunque sea por siempre, uno está en el otro y nos acompañaremos más allá de la vida y más allá de la muerte. La muerte...

Han llegado a Teruel los caballeros heridos, los desertores que abandonaron las mesnadas hambrientas, con los ojos secos de tantas noches sin dormir porque no pueden soportar el hambre. Son los que han huido de los asedios a las ciudadelas de Murcia y Albacete porque el hambre los está matando a todos, igual sitiadores que sitiados.

Yo no les pregunto, ya no pregunto a nadie que llega a Teruel. Pero todo Teruel les pregunta a ellos, y aquel que entra en el hospital de peregrinos o en cualquiera de los hospitales de heridos de nuestra villa sabe que todo Teruel te recuerda y pregunta por ti, Diego Marcilla, el prometido de Isabel de Segura. Y luego toda esa gente, cualquiera que me encuentra, me viene a contar, sin yo pedirlo..., me vienen a contar ellos a mí cuando llevo los platos de comida para auxiliar a los desvalidos o al recorrer las calles de los arrabales con los puñados

de comida que puedo entregarles a los desgraciados que veo esperar a la muerte acurrucados en los porches.

¿Puede dejar de doler el dolor? ¿Alguna vez será posible aceptar que no vayas a estar conmigo ya nunca? Si un día ya dejo de saber de ti para siempre, para siempre... si un día me acostumbro a no saber de ti, a no tener esperanza de verte de nuevo, ¿sería eso posible?

Te perdono, amor mío. Te perdono, Diego de los Marcilla de Teruel. Te perdono por amarme como me amas, y por las consecuencias de tu amor. Me perdono yo por amarte como te amo. Sería todo más fácil si no te amase así, Diego mío, amor mío. Más fácil para ti, más fácil para mi familia, para todos... Pero te amo y no lo quiero evitar, y me perdono, me perdono... nadie tiene la culpa, amor mío, nadie tiene la culpa.

Quisiera amarte como al árbol que crece sin flor ni fruto en mi patio. Amarte sin ya ni siquiera esperarte, amor. Quizá tu vida ya sea otra, como dicen algunas de las personas caritativas que vienen a agradecer mi caridad con la suya, a animarme para que te olvide. Quizá has rehecho tu vida, quizá tienes otro nombre o has formado una familia nueva...

Sé que estoy sola conmigo en esta espera. Sé que esto ya es solo mi decisión. Y decido seguir amándote, porque sé dentro de mí que tú me amas. Siempre nos amaremos, pase lo que pase. Aunque no volvamos a vernos, aunque nunca volviéramos a saber el uno del otro, lo único que sé es que nos amamos y nos amaremos siempre. Aunque puedas tener otra esposa, y aunque tengas unos hijos que nunca tendrás conmigo... ¿Puede ser así, Diego, amado, amigo, dueño mío? La vida te lleva, como tú decías. Pero el alma sabe más allá de la vida lo que es nuestra verdad. No podemos odiar a la vida ni a los que la viven con nosotros por cumplir con sus dictados. Nadie es mejor que nadie, nadie merece nuestro desprecio solo porque no pueda comprender lo sublime de una existencia que supera las barreras de esta vida pequeña que nos toca vivir.

No me importa dónde estés, ni con quién estés. Te amo por encima de esta vida y de las cosas que son habituales en ella. Te amaré como si hubieras muerto o como si no existieras, como si nunca hubieses sido conmigo, como si te hubiese dejado ir. Te amaré, aunque pudiera olvidarte y aunque tuviera que seguir viviendo. Te amaré como se muere, para siempre.

Y solo viviré hasta que sea imposible no morir en tu boca. Solo el día que no pueda volver a besarte sabré que ha llegado mi hora. Mientras tanto, vivo para esperarte y espero mientras vivo.



Con el carro lleno de provisiones Isabel había conducido los dos mulos hasta la casa donde Lupa vivía con Gonzalo y su familia. Apenas vio a Isabel, Lupa se arrojó a sus brazos. Su hijo Esteban partió como escudero de Diego Marcilla y ambos habrían corrido la misma suerte.

—¿Has sabido algo, niña Isabel? ¿Sabes algo de tu Diego y de mi Esteban? Isabel negó con el gesto.

—Nadie sabe nada, es lo peor, Isabel, no saber nada. Esteban cumple estos días veinticuatro años.

Diego Marcilla cumpliría los veinticinco.

Ysela abrazó a su querida Lupa.

—Queremos que vengáis a nuestra casa, Lupa, tú con tu familia.

—No podrá ser, Ysela... mi hijo Gonzalo ha aceptado ir a la repoblación de Ademuz en la vega de frontera con Valencia. Desde que el rey Pedro tomó aquellos territorios hace cinco años los ejércitos han guardado sus castros, pero ahora se precisan campesinos y hombres dispuestos a criar ganado y formar familias.

—Pero todavía persiste la sequía.

—Ese lugar está junto a un río que no ha perdido el agua, y la sequía no durará eternamente... Ya sabéis que Gonzalo ha sido siempre contenido, pero de ideas fijas..., no volverá a pedirle trabajo a tu esposo después de haberse despedido porque quería hacer sus propios negocios. Ahora tiene que aceptar las consecuencias de todo lo hecho.

La nieta de Lupa ya correteaba; escuchamos su voz cuando entraba a la vivienda, una cabaña de dos piezas, y fue directa hasta Isabel, agarrando con sus manitas el festón de su manto.

—Hola, Meriem...

La niña guardaba un parecido sobrecogedor con nuestra Meriem. Gonzalo llegaba también en ese momento, seguido por su esposa nuevamente encinta, y saludó amablemente.

—Es un honor para esta familia que nos obsequiéis así..., muchas gracias.

—Tampoco saben nada de nuestro Esteban —se adelantó Lupa.

—Es posible que en los territorios lindantes con Valencia se sepan más cosas de los caballeros cristianos que señorean las vegas fértiles de sus ríos —respondió Gonzalo.

—Mi hijo cree que Diego Marcilla habrá campado a su antojo por esas tierras abandonadas de reyes —explicó Lupa—, como han hecho otros caballeros que, al no poder ser contratados porque ahora no interesan las guerras, han decidido alquilarse como protectores de castillos independientes.

Isabel escuchaba mientras recibía los mimos de esa niña tan parecida a sus recuerdos de Meriem.

—Sería consolador poder comprobar que el caballero Marcilla sigue con vida —dijo Ysela entonces— y que nuestro Esteban está con él, sano y salvo.

—Es lo más probable, señora —dijo Gonzalo—. Los sarracenos de Hispania están abandonados de sus jefes, ocupados en resolver sus guerras civiles en el norte de África, pero también les pasa a los cristianos, pendientes de que los nobles rivales, igual en la corte castellana que en la aragonesa, se decidan a mirar por el bien del reino y de sus gentes. Cada cual hemos de procurarnos la vida, no hay más remedio.

—Todo parece abandonado de Dios —apostilló Lupa.

—Mi madre ya tiene muchas añoranzas del tiempo anterior —replicó Gonzalo—, son cosas de la edad. Pero hay que mirar hacia el futuro.

—¿Habéis decidido ir a la repoblación de la frontera valenciana por si encontráis a vuestro hermano Esteban? —preguntó Ysela.

—La vida viene así. Nadie sabe lo que hay detrás de las decisiones, doña Isabel —respondió Gonzalo sin un atisbo de emoción—. Sería más fácil que él nos encontrara a nosotros..., pero no tengo ninguna expectativa; habrá tenido que procurar por su vida, como todos. No se sabe si él con su señor Marcilla se dirigieron a Murcia, o siguieron con el avance sobre Albacete, o si habrán probado fortuna subiendo la línea fronteriza de Valencia... Muchos cambian de nombre para que nadie pueda perseguirles por sus tesoros acumulados, o incluso por incautarse del tesoro de algún otro muerto que se ha cruzado en su camino.

Gonzalo hablaba sin rencor pero con una enorme crudeza.

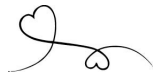
—Cada cual tiene su papel en la vida... Unos tenemos que formar familias para que la tierra siga fecunda y otros tienen que buscar fortuna para probarse a sí mismos.

—¿Y si un día encontrases a tu hermano Esteban?

—La vida nos va haciendo. Quizá un día no reconociese a mi hermano,

aunque lo viese en la misma plaza, quién sabe..., pero no está en mi mente reprocharle nada a nadie. Quizá él haya sufrido tantas heridas como yo, aunque puedan ser distintas. Nadie es capaz de entender las heridas ajenas. Solo existe el momento presente, salvar tu vida a cada instante y salvar la vida de tus hijos. Si nace varón lo que mi esposa lleva en su vientre, se llamará Esteban, solo eso puedo hacer ya pensando en él.

No volveríamos a ver a Lupa. Sin esperar al verano, dejó Teruel siguiendo a su hijo y su nueva familia.



Lupa no llegó a ver a Guillén Varea, el menor de los dos Varea que habían salido de Teruel al mismo tiempo que Diego Marcilla. Volvía herido gravemente, después de haber estado cautivo mucho tiempo en poder del rey de Murcia, sin conseguir que desde la corte castellana se hubiese negociado su libertad.

—Después de la muerte del rey Alfonso, los caballeros aragoneses que colaborábamos con sus campañas en Albacete y Murcia estuvimos desprotegidos, porque sus nobles regentes no querían reconocer la ayuda prestada para no tener que repartir las ganancias —explicó Varea—. Los consejos regentes de Aragón y Castilla no se ponen de acuerdo ahora en los márgenes respectivos, y se está promoviendo una nueva reunión de los reyes, pero será cuando alcancen su mayoría de edad. Mientras tanto, la frontera se ha convertido en una tierra de nadie cada día más amplia y más ancha, donde campan sin control ni ley cuantos caballeros de uno y otro lado buscan su fortuna sin tener que rendir explicaciones a nadie.

Guillén Varea consiguió la libertad gracias a que su hermano se había convertido en consejero del caudillo musulmán Hud, que señoreaba el valle de Ricote y se dirigía a arrancar Murcia del dominio almohade.

Los musulmanes, inseguros e insatisfechos con su califa almohade, se estaban levantando en armas contra su gobierno central y contrataban a buen precio políticos, consejeros y caballeros cristianos para ampliar sus señoríos y conseguir declararse emires independientes.

—He sabido que uno de los Luna viste con túnica y pinta sus ojos al estilo árabe, contento con su puesto de jefe del ejército mercenario del castillo de

Yinyalá. Se rumorea que un turolense y su escudero murieron encarcelados por el asedio fallido de Albacete.

—¿Diego? ¿Mi hijo Diego puede ser? —preguntó Martín de Marcilla en la reunión de regentes que recibían los comunicados.

—No lo puedo saber, señor... no hay mensajeros entre unos y otros bandos, pues están enemistados entre sí los propios musulmanes...

—¿Y las órdenes del rey de Aragón?

—Alguien dijo que don Pedro autorizaba acercarse hacia la frontera de Valencia para preparar el asedio de Burriana y Peñíscola..., pero su muerte trunció cualquier indicación clara. Solo el otro de los Luna y sus dos primos decidieron ir por su cuenta para aprovechar la confusión y señorear la zona. Pero nadie ha vuelto a saber nada. Hay que esperar.

—¿Esperar a qué?

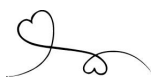
—A que las fronteras vuelvan a tener relación con las nuevas cortes formadas. Ahora mismo nadie sabe nada, señor. Cualquiera puede morir sin que nadie se entere, o vivir con otro nombre creándose su propia identidad distinta. Nadie se fía de nadie, las traiciones son lo habitual no solo entre los musulmanes, sino entre los propios cristianos, caballeros o no, que tienen que salvar el pellejo.

—¿Y qué ocurre con las mesnadas mercenarias? —se interesó Pascual Muñoz, dueño de los intereses de contratación de varias tropas al cargo de militares turolenses.

—Van y vienen, como los caudillos.

—¿Qué crees que puede haberle ocurrido a mi hijo Marcilla para que no sepamos de él desde hace años? —preguntó por fin don Martín.

—Si vive, será rico, porque las batallas entre los castros de frontera son diarias. Pero puede estar muerto, señor, o herido o abandonado en una mazmorra, o puede estar como un mendigo sin memoria, o que haya perdido el habla y la voluntad por los horrores vividos... No lo puedo saber, señor. Nadie lo puede saber... son muchos turolenses los que se dispersaron en las campañas castellanas y aragonesas, nadie envía noticias porque tiene que salvar la vida antes que buscar una pluma para escribir, ¿no lo entendéis, señores? Aquí se cuenta con el privilegio de la paz, pero fuera de estas murallas solo hay guerra, desorden y abandono. ¿Cómo se le reprocha a un muerto que haya desaparecido sin dar noticias?



Se esperaba el otoño con ansiedad de nuevas lluvias, pero la sequía persistió. Los campos alrededor de Teruel se abandonaban por muchas familias que emigraban hacia territorios musulmanes valencianos, donde las huertas cercanas al mar todavía daban frutos. Los nuevos habitantes profesaban la religión musulmana a cambio de abandonar cualquier contacto con los cristianos. Mientras tanto la situación de las cortes castellana y aragonesa era cada día más crítica, al borde de su propia guerra civil por las enemistades de sus noblezas.

Antes de morir, Pedro II de Aragón había prometido entregar a la Orden Hospitalaria de San Juan las mezquitas de Burriana y las plazas fronterizas que se habían conquistado en la campaña de Ademuz, además de otros ofrecimientos que no se culminaron a causa de su muerte en Muret. Por ello uno de los caballeros de la Orden del Hospital había decidido interesarse por la situación haciendo cabalgada sobre dichas plazas, y había regresado ya comenzado el invierno con noticias inquietantes, pues aseguraba haber escuchado de mercaderes que hacían trayecto por todo el Levante, desde el sur hasta el norte, que varios caballeros aragoneses exiliados por esas tierras desde hacía años habían muerto con sus mesnadas a la orilla de un río infectado por la banda rival de los señores a los que estaban defendiendo.

Entre aquellos guerreros se hablaba de un tal Diego Marcilla amigo de su escudero, al que no quiso abandonar por sus heridas, y que había muerto en el pleno verano. Como si los cielos lloviesen todas las lágrimas que Isabel ya no podía derramar, en aquel mes de diciembre se desataron unas imponentes tormentas que parecían indicar que podría volverse a la normalidad de los ciclos y que la primavera sería de nuevo benigna.

La desolación por la seguridad con la que el caballero hospitalario narraba la muerte de Diego envolvió a su familia Marcilla, considerando muy creíbles las noticias. Isabel simplemente se negó a ello. Sin embargo, parecía tan posible la versión del caballero que mucha gente en Teruel dudó incluso del buen juicio de Isabel aferrándose a la posibilidad de que Diego estuviera aún con vida. Isabel tenía que llorarle y cerrar su recuerdo como su misma familia empezaba a hacer.

El propio Pedro de Segura estaba convencido de que era ya inútil esperar ni más noticias ni el regreso de Marcilla. Pero era más inútil aún hacérselo entender

a Isabel.

—Me dejas en evidencia —le reprochó a su hija—. Todos le dan por muerto, ¿qué más pruebas quieres que la descripción de ese monje hospitalario sobre lo que ha visto y ha oído?

—No le creo. Diego volverá.

—Has cumplido diecinueve años, te haces vieja para casarte y para tener hijos.

—Hice una promesa, padre, y la cumpliré. Le prometí esperar, y vos me prometisteis cumplir también el compromiso.

—Está bien, Isabel. Si cuando cumplas veinte años no ha regresado, entonces el compromiso estará roto y deberás obedecerme tú a mí.

Isabel había dejado la lectura, pero seguía mirando los abrojos alrededor de la higuera, donde hacía tiempo crecían las ramas de sándalo y los romeros.

—En noviembre de este 1216 se cumplirán cinco años de la partida de Diego Marcilla —insistió el de Segura.

—Estoy segura de que él también lo tiene presente, padre.

—El último día de enero de 1217 tú cumplirás veinte años y consideraré caducado mi compromiso y tu espera, Isabel. Acéptalo.

—Queda un año, todo un año...

—Dime que convienes con mi plazo. Yo cumpliré lo que dije y ahora has de amoldarte a las circunstancias.

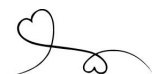
—No quiero ser la esposa de otro que no sea Diego Marcilla —dijo Isabel, obstinada en un imposible.

—Nuestro pacto fue que, si no regresaba en el plazo, tú te comprometerás con el hombre que yo he decidido para ti, Isabel, y sabes muy bien que ese hombre es Pedro de Azagra.

Azagra había aceptado la situación y esperaba pacientemente el curso de los acontecimientos, sin prisa y sin rencor o incomodidad. Su espera ya casi parecía gemela a la de Isabel.

—Nunca podrás decir que tu familia no aceptó la condición de tu espera —dijo el de Segura—. Pero ahora dame tu compromiso aceptando la mía a cambio. Isabel asintió con la cabeza.

—Hablaré con Martín de Marcilla —dijo su padre—, haré las cosas bien.



Isabel no podía odiar a Pedro de Azagra, no tenía maldad; no podía reprocharle nada. Él estaba cumpliendo con sus decisiones tomadas también. Azagra ya administraba sus negocios desde Teruel y la fortaleza de su residencia palaciega estaría concluida en poco tiempo; mantenía su actitud cortés, paciente y persistente hacia Isabel, demostrándole una veneración y una prudencia con sus sentimientos que parecía ejemplar. Todos en Teruel admiraban su tesón, haciéndose más amable a la gente cuantas más excusas le seguía poniendo Isabel para aceptarlo como pretendiente.

—Señora, solo es mi deseo de alcanzar vuestro amor lo que me lleva un día y otro a buscaros en compañía, sabiendo que eso, además, le complace a vuestro padre.

—Mi amor ya tiene dueño, señor Azagra —le respondía Isabel, una y otra vez—. Como socio de mi padre y amigo de esta familia, debo atenderos con cortesía, pero nunca podré amaros, señor.

—Dejadme demostraros entonces cuánto os amo yo —le propuso en una de sus visitas de aquella primavera.

Ysela y sus sirvientas, y yo misma presente en el salón de visitas quedamos sorprendidas por el tono extraño que se había notado en la voz de Azagra. Pero Isabel no contestó. Seguía bordando un nuevo pañuelo.

—He contratado a un jinete profesional, Isabel.

—¿Qué queréis decir?

—Recorrerá las fronteras en mi nombre buscando noticias o cualquier información sobre Diego Marcilla.

Isabel no sabía qué decir. No hubiera imaginado un gesto así en Azagra.

—Tiene la orden de ir por cuantos caminos y castillos musulmanes se conocen desde aquí en dirección al sur y al este. Al acabar el verano regresará con las noticias que pueda conseguir.

Ysela se llevó las manos a la boca sin poder contener la emoción.

—Quiero que seáis mi esposa, Isabel —dijo entonces Azagra—. Acepté esperar vuestro compromiso, y mantengo la petición que le hice a vuestro padre para tomaros cuando ese plazo acabe. Pero no quiero que os caséis conmigo si no estáis segura de que Marcilla ya no puede volver.

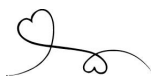
—Sois muy generoso, señor Azagra —respondió Isabel.

—No me lo agradezcáis todavía, señora. Yo también quiero saber si Marcilla puede volver o no. Si es cierto que Marcilla ha muerto, como se dice, lo

sabréis fehacientemente, y vuestro corazón será libre para mí.

—Nunca podré amaros como amo a Diego Marcilla, señor.

—No puedo aspirar a tal cosa, señora. Me conformo con que me permitáis amaros como vuestro esposo.



Cómo renunciar a él, cómo aceptar que no pueda ya abrazarle, ni ver sus ojos mirándome de nuevo, cómo... Qué hago con mi vida si un día llego a aceptar que nunca ya voy a tenerle.

No puedo odiar a Azagra ni puedo amarle. Su generosidad ablanda las almas ajenas, pero no puedo sentirme desagradecida tampoco. Mi alma está vacía de otra emoción que no sea Diego Marcilla. Diego, solo Diego, él es mi vida, por volverle a ver respiro, Diego se llama mi ser. Solo mi vida está en juego; no me importa perderla si no puedo tenerlo a él.

Veo a mi madre, envejecida de pronto, vistiendo el mismo luto que yo visto porque sufre por mí.

—El tiempo pasa, hija mía, te harás vieja esperando una ilusión.

Yo le digo que Diego está vivo y me ama.

—Han pasado los años —me dijo entonces—, y él puede tener ya una mujer, y quizá una familia, Isabel... los hombres no son constantes, la vida es otra cosa para ellos y se sabe que todos los hombres que salen a guerrear siembran muerte y vida a su paso por igual, toman la tierra y las mujeres que salen a su encuentro, dejan hijos en los vientres de las mujeres y siguen su camino.

Los celos no me dejan dormir. Los celos, maldita carcoma que muerde mi entraña si pienso que otra mujer lo abraza y le dice que lo ama. Le rezo, le llamo en mi desesperación muda, cada noche, sin poder dormir, le pienso con fuerza llamándole. Cómo renunciar a él, cómo renunciar a esa vida que no viviremos juntos... cuántos hijos hubiéramos tenido, cómo hubiera sido ese hijo nuestro que nunca nacerá de nosotros.

Mi desesperación me agota.

Dime que no estás con otra mujer, Diego mío, envíame en un sueño tu voz, tu mirada mía otra vez y como siempre. No dejes que las voces que pueblan esta distancia se hagan grandes y me abrumen con sus ecos sombríos.

Las dudas arraigan sus raíces dentro de mí, siento sus ramas retorcidas arañándome por dentro, amor, te amo, pero ¿dónde estás? ¿Y si fuera cierto que tú no quieres volver? ¿Y si fuera cierto que tú me has olvidado y debo hacer caso a los que me dicen que debo olvidarte? ¿Y si fuera cierto que solo he vivido un sueño y ahora estoy despertando?

Mi corazón se abría a tu voz como las flores en primavera... eso quiero, que vuelva tu voz y que vuelva tu abrazo. Cómo puedo olvidarte amor y seguir viviendo...

La ruta de los cielos

Isabel querida, que Dios te bendiga, amor mío. Bien saben los cielos que tu nombre es mi oración cada noche y tu recuerdo es mi primera luz cada día al despertar. No sé cuándo pueda llegarte esta carta para que guardes seguridad en que ya veo más cerca mi regreso y el final de nuestra separación. La envío con un mensajero al que he podido comprar su confianza a muy alto precio, pero no podía esperar más para enviarte noticia mía.

Pronto estaremos juntos, y no habrá nada que pueda impedirlo. Soy inmensamente rico, Isabel mía. Mi fortuna me hace un hombre poderoso en este mundo, aunque ninguna riqueza conseguida es comparable para mí a tener tu cariño. Mis riquezas ganadas en este tiempo garantizan que nadie pueda poner trabas a nuestro amor. Cada cicatriz que surca mi piel ha merecido la pena; todas ellas son como joyas de las que llenan mis arcas. Cada hombre que he matado fue para salvar una vida que no era mía, sino tuya, pues solo para ti he querido conservarla. Mi rostro está cuarteado por el sol y las arrugas nacidas de las inmensas preguntas que ya para siempre tatúan mi alma, que tiene una sola y misma respuesta: tú.

Pero todo ha valido la pena. También el poco tiempo que ya queda para que pueda emprender el camino de regreso y esta ansiedad que crece en mí día a día deseando verte de nuevo.

Las victorias de Alcaraz y todas las batallas después de abierta la puerta de Las Navas de Tolosa sirvieron para que los caballeros aragoneses pudiésemos acumular riquezas incontables, además de fortalecer el armamento de nuestros ejércitos con el que se despojó al enemigo. Mi colaboración con el rey castellano fue providencial, pues su generosidad adjudicó cuantos tesoros pudieran hallarse en los castros musulmanes a los caballeros aragoneses, como reconocimiento a la ayuda prestada por Aragón.

La muerte del califa almohade exiliado en su propia tierra al otro lado del mar dejó sin fuerza espiritual a los suyos, y de ello los guerreros cristianos fuimos muy beneficiados, gracias a nuestro Dios. Su declive en los territorios del sur fue fruto de sí mismos, por su desánimo y rabia, creciéndose por la hambruna que como una plaga asola a todos los pueblos sin distinguir credos.

El hambre se está llevando por delante las mismas almas que se llevó aquella batalla de Las Navas junto al castillo moro de Tolosa. Los víveres que se almacenaban en los castillos de toda la línea fronteriza almohade se acabaron y los caballeros decididos a seguir conquistando territorios nos vimos forzados a seguir rutas hacia las fronteras de los musulmanes del Levante, aquellos que eran llamados eslavos entre los suyos.

Se dijo que nuestro Dios había querido que muriesen en menos de un año los tres reyes que hicieron aquella batalla, el primero nuestro rey aragonés, después el almohade y por fin el castellano, porque tenían que seguir a la otra vida a los miles de hombres que obligaron a morir matando en su guerra. También se dice entre los ejércitos que después de conocer sus muertes, el otro rey partícipe, el navarro, vive recluido en su castillo sin querer salir, pendiente de esa muerte que pronto le llegará

también. Los musulmanes están divididos y guerrearán entre sí por la posesión de fortalezas y víveres, con la sola intención de encastillarse y darle la espalda a su gobierno central, corrompido y excesivamente alejado de esta tierra. De sus guerras entre facciones y familias yo me pude beneficiar, providencialmente.

En un llano buscando la cuenca del río que necesitábamos para sobrevivir, sufrimos una emboscada que mató a muchos de mis hombres. Esteban quedó malherido y yo pude salvar la vida porque reconocieron el sello de los reyes de Aragón y de Castilla en mis documentos como mercenario y así fui apresado. Querían negociar un suculento rescate, pero las comunicaciones con la nueva corte aragonesa se interrumpieron y los sarracenos no fueron capaces de hacer llegar sus mensajeros. Mientras tanto esperaba a que Esteban sanase, pues no quería abandonar a mi buen amigo.

Quiso Dios auxiliarme enviando a uno de los ejércitos musulmanes rivales de los que me apresaban. El castillo fue asaltado y los nuevos jefes de la fortaleza me liberaron. Entonces pacté con los invasores. Acepté formar un ejército de soldados propios a cambio de mi libertad y mientras Esteban sanaba. Todo este tiempo usé otro nombre para proteger mis ganancias a buen recaudo y eduqué a jóvenes musulmanes de castillos junto al mar para salvaguardar las vidas de sus gentes. He aprendido que todos queremos lo mismo, Isabel, salvar la vida y amar a los nuestros. El mar es hermoso y su visión infinita me recuerda a ti y a lo que siento contigo.

Mi libertad era a cambio de mi trabajo como educador de guerreros, mientras esperaba poder enviar noticias al Consejo Regente de nuestro reino. Mi buen amigo abad don Fernando de Aragón recibió mi misiva, gracias a Dios, y lo comprendió todo. Pero me pidió seguir guardando mi identidad verdadera para servir en un fin mayor, que ahora ya sale a la luz y me libera doblemente, pues pronto podré recuperar mi nombre y podré recoger todas mis ganancias y el título que el nuevo rey aragonés me concede. He servido de intermediario con los musulmanes de los castillos a los que protejo de los suyos con mi ejército para conseguir la anexión de los territorios bajo mi mando a nuestra frontera aragonesa.

El joven rey don Jaime ya pronto deberá empuñar la espada, porque también sus nobles guerrearán entre sí divididos entre seguir con los intentos de avanzar por el norte o entregarse de lleno a la conquista de los territorios junto al mar e integrar Valencia a nuestras posesiones aragonesas. Don Fernando me ha hecho saber que la política se decanta por fin hacia la conquista de Valencia y los territorios del mar, y mi labor como intermediario va a ser recompensada mucho más ampliamente aún. Se anexionarán todos los territorios musulmanes que señoreo con mi ejército sin derramar una sola gota de sangre.

Es más fácil hacer la paz que la guerra, porque todos queremos lo mismo, vivir...

Esteban ya está curado. Estoy preparando mi marcha con una delegación que debe entrevistarse con Fernando de Aragón en la corte del rey Jaime, y podré entonces revelar quién soy y seré para siempre. De camino a la corte vuelvo a Teruel, y nos casaremos, Isabel. Pero antes te envió esta carta para que no tengas ya que sufrir más por mí.

Todo este tiempo yo también tenía que esperar, Isabel mía, y por fin he podido confiar en un jinete que te lleva noticias mías. Le he dado mi anillo, para que reconozcas que es verdad lo que te cuenta porque yo le envió.

Recuerdo cada día que con la entrada del invierno del año 1216 se cumplirán cinco desde que partí de Teruel. Cinco años que habrán sido como quinientos en esta urgencia que siente mi alma en poder verte de nuevo, Isabel mía. Llegaré a Teruel con el próximo invierno de febrero, cuando Teruel festeje a la Virgen de la Candela y la Luz, antes de la cuaresma.

Sé que me sigues esperando, Isabel. Lo sabe mi corazón y mi ser entero. Sé que tus penas y las mías de todo este tiempo serán olvidadas en cuanto podamos vernos y abrazarnos otra vez.

Tu amante más allá del amor,

Diego

El jinete de Azagra regresó en septiembre a Teruel. Había recorrido todos los caminos de las viejas fronteras de Murcia y Valencia preguntando a quien encontraba, escuchando a todos los que se cruzaban a su paso, buscando igual en aldeas aisladas que en los lugares más poblados de mercado. Nadie sabía de él. No había ninguna prueba ni de su vida ni de su muerte. Celoso del encargo recibido, el jinete reconstruyó las rutas de huida de batallas recientes, las que se acercaban a los ríos y las que atravesaban los senderos más escarpados y ocultos para proteger de la vista a caminantes o bandoleros, deteniéndose en cualquier recodo o por cualquier detalle que le hiciera pensar que alguien había acampado en su cercanía o que pudiera contener una huella o indicio.

Por fin encontró lo que buscaba: un anillo con la marca del caballero Marcilla. Estaba entre los restos de una hoguera mezclado con huesos de animal y, seguramente, el cadáver de una persona y otros despojos entre unas piedras fuera del camino. Era un camino solo usado por cazadores nocturnos en dirección a la serranía de Teruel.

Apenas alcanzó la muralla, el hombre llamó a gritos al vigilante pidiendo que anunciaran al señor Azagra su regreso. Le mostró el anillo de metal forjado con el esmalte carcomido por el fuego y el resto de su sello Marcilla dibujado en discretas láminas de oro. Nadie dudó que ese anillo era el de Diego y que el cadáver y los restos que el jinete había visto eran de él.

La noticia se propagó rápidamente por la villa. El hombre de Azagra, bien recompensado por el hallazgo, añadió detalles a su relato afianzándose en la seguridad que le infundía la identificación del anillo: el muerto se habría visto sorprendido y los huesos junto los suyos serían los de su caballo; ahora recordaba haber visto pedazos sueltos de cota de malla raída por la intemperie y restos de pergamino y varias monedas musulmanas...

La pena que provocó entre las gentes la certeza de la muerte del caballero Marcilla hizo que también al relato de boca en boca de lo hallado por el jinete se sumaran los añadidos de la fantasía popular, hasta llegar a lo que algunos

juraban: que Diego podría haberle hecho llegar al hombre unas últimas palabras dirigidas a Isabel cayendo muerto después.

A nada de ello respondió Isabel de Segura, soportando los rumores y los silencios afectados de los que la veían pasar. Solo el anillo de Diego era verdad. Ese sí era su anillo.

—Elvira, ayúdame.

Isabel buscaba mis ojos, y evité los suyos.

—Solo soy capaz de ver la muerte cuando se acerca, Isabel, déjame, no quiero mirarte.

—Dime si ves su muerte, solo quiero saber eso, te lo ruego. Podré así ir en su busca allí al otro lado de la mía...

Mis ojos solo podían llorar.

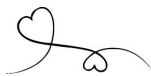
—Todos dicen que ha muerto, dímelo tú, Elvira... solo si tú me lo dices sabré que es verdad.

Pero si yo veía la muerte de Diego Marcilla era ver la de Isabel de Segura. Y decírselo era decirle que ella estaba muerta también.

Isabel me tomó de los hombros y me obligó a levantar el rostro. Las pupilas de mis ojos se habían recubierto de un vaho grisáceo que me impedía ver. Solo distinguían sombras o espesores informes.

—Elvira, tus ojos se han cegado...

—No quieren ver ya, Isabel mía.



Cuando Pedro de Segura fue a su entrevista con Martín de Marcilla, el hielo cubría la calzada. Vino a su mente aquella primera vez que había oído hablar de Diego Marcilla. El día que entraba en Teruel con su esposa y el llanto de ese recién nacido le había retumbado en la piel como una profecía.

La madre de Diego vestía de riguroso luto, y Martín de Marcilla vestía un jubón negro sin adornos. Tenía aspecto agotado y dolorido. Todo Teruel daba por muerto a su segundo, y su familia le lloraba sin poder velarle siquiera.

—Don Martín, os doy mis condolencias sinceras.

—Las acepto, Segura. Sé que habéis venido para cancelar el compromiso de nuestros hijos.

—Necesito vuestro permiso, señor. Se cumple el plazo concertado para la promesa de matrimonio.

—¿Vuestra hija lo acepta así, don Pedro?

—Mi hija cumple sus promesas. La que hizo de esperar a vuestro segundo y la que me hizo a mí si el plazo se cumplía.

—Entiendo..., cuando sea entonces la fecha que se prometieron amor y espera, entonces así firmaré mi consentimiento para deshacer el compromiso, señor.

—Os lo agradezco. Comparto vuestro dolor, espero que comprendáis a pesar de eso que soy también hombre de palabra y se la di a don Pedro de Azagra. Le he prometido a él que mi hija será su esposa cuando se cumplan estos trámites.

—Espero que Dios les otorgue entonces el privilegio de la felicidad.

—Don Martín, necesito que me confirméis si consideráis que vuestro hijo... está muerto.

—Así lo considera el resto del mundo, don Pedro.

—¿Y vos?

—Mi esposa así lo llora, y todo me indica que, en efecto, mi hijo murió. Elevaré certificado para poder dedicarle un funeral, ya que no tenemos un cuerpo al que enterrar.

—Lo lamento sinceramente... cuando os sea oportuno, me ofrezco a vuestra familia para organizar las exequias que le corresponden y que el concejo de la villa proclame homenaje a su memoria.

—Estoy agradecido por ello. Os lo haré saber.

Pedro de Segura titubeó un instante.

—Don Martín... os ruego que no me guardéis rencor.

—Vos no me lo demostrasteis cuando mi hijo contravino vuestro deseo según las normas. No os guardo animosidad alguna. Yo mismo me opuse a lo que él deseaba... solo lamento que Dios no haya querido que mi hijo haya demostrado al mundo que era posible cambiarlo.

—Ahora debo...

—Hacéis lo que tenéis que hacer —atajó Martín de Marcilla—. Como yo hice entonces lo que tenía que hacer. Ninguno podíamos hacer otra cosa. Salvo él.

Ya había caído la noche cuando el de Segura regresó a su casa. El eco de sus pasos retumbaba en el vacío inmenso del frío de Teruel, también sumido en

el luto de su hija. Isabel le esperaba al otro lado del portón y, apenas lo atravesó, se le echó al cuello por primera vez en su vida, llorando con desesperación.

—Padre, te lo ruego, dame más tiempo, necesito más tiempo.

—No puedo hacer otra cosa, Isabel, todos hemos cumplido nuestro deber.

Isabel, extremadamente delgada y abandonada a su aflicción, seguía aferrada a la solapa del manto paterno.

—No podré vivir sin él, no podré... si acepto que ha muerto, yo muero con él también.

—El compromiso está deshecho, hija mía.

—No puedo ser de nadie más que de él.

—Estás débil y tienes fiebre. No hay otra solución, te aseguro que lo siento. Renuncia a ese hombre.

—Moriré, pues no puedo tenerle y no renunciaré a él, porque es toda la vida que yo deseo.

—Deja de llorar. Mañana habrás descansado. Tienes que olvidar a Diego Marcilla.

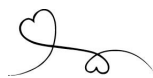
—Estoy con él ya muerta...

Isabel no tenía fuerzas para moverse. Pedro de Segura la cogió de los brazos con firmeza y la forzó a mirarle de frente.

—He hecho lo que tenía que hacer. Todos tenemos que hacerlo, y tú también, Isabel. Es año nuevo, los plazos se cumplen, el destino de todos ha hablado.

Pedro de Segura soltó a su hija y se dispuso a subir la escalera.

—Ahora debes esforzarte para no entristecer más de la cuenta a tu pobre madre —concluyó.



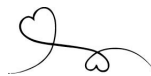
Amado, amor, amigo, amante mío, Diego, no me dejes... no te vayas de mí. No me dejes, por qué no puedo sentirte ya en el aire que me envuelve, por qué ya no estás conmigo, y yo sigo aquí, fuera de ti, lejos de tu aliento, rota como una vasija en cien pedazos. Me niego a tu muerte, amor, me niego a no poder volverte a abrazar. Y sin embargo te llamo y solo me responde el frío clavando sus cuchilladas en mí, como ecos de tu muerte. Tu muerte que no vi sangrar, tu muerte que comenzó el día que me dijiste adiós y juraste volver. Ese día fue el

comienzo de tu muerte y la mía. Ese día que querría matar en mi recuerdo como quisiera matar el dolor que siento hoy, porque es el dolor de tu vacío por fin. No volverás.

No volverás, Diego mío, has muerto, no debo olvidarlo, no dejaré de repetirlo hasta que también a mí la vida me lleve rezando para encontrarte pronto allí donde estés tú ahora. Serás tú quien ahora me espere. Sí, espérame, voy hacia ti. Iré a ti, paso a paso, cada soplo de mi aliento será uno menos que me reste para llegar a ti.

¿Dónde acudo? ¿Dónde te busco, dónde quedaste? ¿Cómo moriste, amor? Cómo pudiste morir sin clavar el mismo cuchillo en mi pecho y poder marcharme contigo, juntos, contigo... Ya soy solo una sombra, Diego, porque me faltas, me falta la luz que eras tú para mí, y me falta la vida que tú eras conmigo. Espérame, no tardaré, espérame. Cumpliré el pacto con mi padre y con mi casa, y Dios me premiará con la muerte mientras duermo y sueño que te beso. Sueño que me besas uniendo nuestros labios en ese beso que nos quedó pendiente, ¿recuerdas?

Diego, amor, nombre amado, mi tierno amor, ahora te digo yo adiós y te pido que me esperes. Cumpliré también mi pacto, cumpliré con aquello a que me obligan las normas y aceptaré el compromiso con ese marido para mi apellido. Y desearé morir cuanto antes para correr allí donde tú estés y estar juntos por fin. Espérame, Diego, amor mío. Espérame, iré a ti.



Pedro de Segura convino con Azagra los detalles del compromiso matrimonial y fijó la fecha para celebrar las bodas la semana previa a la cuaresma del año que comenzaba de 1217, después que Isabel cumpliera sus veinte años y las mujeres de Teruel festejasen a la Virgen de las Candelas con el despertar del sol.

Azagra, no obstante, quiso escuchar el compromiso en boca de Isabel.

—Solo si vos aceptáis mi petición de matrimonio se celebrará nuestra boda, señora —le juró Azagra, antes de firmar con su padre.

Isabel estaba demacrada, pero su presencia parecía envuelta de un halo de paz. Las gentes la observaban mientras caminábamos hacia Santa María para los rezos de cada día, como una viuda prometida a un hombre al que ella tenía que entregarse. Igual que Diego Marcilla se había entregado a la guerra para cumplir

con los ritos obligados por el mundo saltándose a la vez todas las normas y las leyes. Ninguna mujer había osado como ella proclamar el amor por un hombre luchando contra el tiempo y contra la vida para poder amarlo conforme las leyes del matrimonio exigían. Pero la vida había impuesto su mandato finalmente, e Isabel de Segura lo aceptaba y se disponía a cumplirlo.

Azagra la amaba, sin embargo. Hasta el punto de necesitar que ella pudiera amarlo también.

—Dadme una cita a solas, Isabel —le pidió.

Pedro de Azagra aguardaba a que ella regresara de la iglesia como cada mediodía, asiéndome del brazo y hablándome en voz muy baja de las cosas que ya no podían distinguir mis ojos negándose a ver.

Isabel dudó. Al único hombre que había visto a solas fue a Diego Marcilla. Ver a otro hombre sin testigos era como permitir que alguien más pudiese compartir ese mundo que juntos habían creado, un mundo que solo les pertenecía a ellos.

—Tendremos que estar a solas muchas veces como marido y mujer, Isabel —insistió Azagra—. Necesito que antes de casarnos hablemos a solas, vos y yo. Y solo si podemos hacerlo, solo si no os negáis a ello, convendré en seguir adelante.

Sentí que Isabel asentía cuando cedió la presión en mi brazo, soltándome para que alcanzara la columna de la escalera con los dos pasos ya sabidos.

—Está bien, don Pedro, tenéis razón.

—¿Os acompaño entonces a la parte cubierta de vuestro jardín, señora?

—Hace frío, disculpadme —contestó Isabel—. Vayamos al gabinete de mi padre... la chimenea está siempre con brasas rusientes que abrigan mucho.

A solas en la escueta estancia donde Azagra había tratado tantos negocios con el que sería su suegro, esperó a que Isabel tomase asiento y él lo hizo en el sillón que ya otras veces había ocupado también. Isabel no se quitó los guantes, y solo retiró un poco hacia atrás la toca que le cubría la cabeza.

—Decidme, señor Azagra.

—Os venero, Isabel —se sinceró Azagra—. No espero que me podáis amar como yo os estoy amando, pero deseo que con el tiempo aprendáis a aceptarme olvidando lo que no soy, ni quién no podré ser nunca...

—Ya os he dicho en otras ocasiones que amo a un hombre como no puedo amar a nadie más que a él.

—Un hombre que está muerto.

Isabel se contuvo, debía callar su verdad; que deseaba poder seguirle pronto.

—Solo puedo garantizaros la obediencia que debo a mi padre y mi compromiso adquirido.

—Si vuestro corazón me odia o alberga resentimiento por ello contra mí, necesito saberlo, os lo ruego —dijo Pedro Azagra gravemente—. No soy ya un hombre joven, y siempre ansié un matrimonio como el que voy a hacer gracias a la conformidad de vuestro padre. Pero renunciaré si vuestra resignación se os hace horrible, o si yo os resulto aborrecible, por cualquier causa, señora.

Isabel calló un instante mientras se quitaba los guantes y se desprendía la toca de la cabeza. Desde la ausencia de Diego Marcilla, Isabel solía llevar su cabello recogido detrás de la nuca, como las mujeres adultas y casadas. Miró con calma a Azagra.

—No os aborrezco, don Pedro, ni os puedo condenar. Solo he recibido de vos muestras de respeto y de veneración. Sois un buen hombre. Sería más fácil para explicar mi rechazo que fueseis un ser egoísta o malvado. Pero no es así. Toda la bondad que recibo y existe a mi alrededor me lleva una y otra vez a la mayor aceptación de lo que siento por Diego Marcilla, aunque esté muerto. No hay pretextos posibles para que yo le tenga que amar así.

Isabel se había entregado sin posibilidad de redención a amar a Diego Marcilla como su única misión en esta vida.

—Y si no es posible que estemos juntos en este mundo —añadió—, debo aceptar que no es por causa de nadie. Nadie nos ha traicionado, nadie ha sido malvado con nosotros, a nadie debemos la desdicha de que el amor y la muerte nos hayan concedido el gozo del encuentro y la amargura del adiós... Ha sido la vida, señor..., la vida y la mala suerte, de la que nadie puede tener culpa.

Azagra tomó las manos de Isabel.

—¿Me aceptáis entonces como vuestro esposo?

—Seréis mi marido, señor, pues acepté el compromiso de mi padre y así está convenido.

—Pongo todo mi ser y todo lo que tengo a vuestros pies, Isabel. Mi residencia, que es vuestra, estará lista enseguida...

—No quiero dejar esta casa, don Pedro. Mi aya me necesita como báculo y mi madre me necesita casada; será una alegría para ella que vivamos aquí.

—Será como gustéis, Isabel.

—Gracias.

—Esta misma tarde firmaré los esponsales con vuestro padre.

—Está bien, don Pedro, solo una cosa más...

Azagra se había levantado.

—Lo que queráis.

—No podré besaros —dijo Isabel—, debéis saberlo, y os ruego que lo aceptéis. Mis labios no besarán nunca los vuestros.

Azagra asintió con una leve inclinación de su cabeza ante Isabel.

—Está bien, Isabel. Ni los míos ni los de otro hombre. Debéis saber que no tengo prisa en tener hijos; no los necesito y no os exigiré tenerlos... Pero sí quiero vuestro compromiso de fidelidad.

Isabel no hubiera podido amar a ningún otro hombre que no fuera Diego y él estaba muerto. Sería fiel a Pedro de Azagra, porque le era fiel a Diego Marcilla.

—Fidelidad, Isabel —repitió Azagra—. Solo eso, que no haya otro hombre al que veáis o podáis besar fuera de nuestro matrimonio.

Isabel afirmó con el rostro.

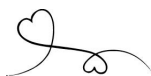
—Así será.

Azagra se inclinó profundamente ante ella.

—Os ruego que el día de nuestra boda luzcáis como novia, señora. Sé que me caso con la viuda de Diego Marcilla. Pero quiero que todo Teruel lo olvide, al menos por un día.

—Así será. Vestiré como una novia en el día de su boda.

—Soy muy dichoso entonces, Isabel. Doy gracias a Dios porque si no soy vuestro amante para siempre, al menos seré para siempre el marido de Isabel de Segura, y todo Teruel podrá llamarme así.



Aquel 1217 del cómputo cristiano venía marcado por un nuevo cambio de ciclo, como si los cielos ya tuviesen escritos los caminos del mundo y cada uno de los días cumpliera un tramo de la ruta que tenía que ser culminada. Las dos grandes coronas hispánicas, afectadas en los años recientes por las luchas intestinas entre sus noblezas familiares, decidían su destino a la vez.

En el momento más crítico de la Corona de Aragón en que los nobles catalanes estaban a punto de iniciar una guerra civil por el control de la

soberanía en contra de la nobleza aragonesa, los caballeros templarios aconsejaron y dirigieron la entronización del rey Jaime, de nueve años, para afirmar su potestad sobre la corona consiguiendo que todos los nobles le juraran fidelidad. A partir de esa fecha las políticas expansionistas de Aragón se dirigieron hacia las tierras de Valencia y el Mediterráneo, donde el trabajo previo de algunos caballeros aragoneses habría sido esencial para anexionar y reconquistar para la Corona los territorios que ya señoreaban con su protección militar y sus acuerdos estratégicos con los gobernadores musulmanes. Al mismo tiempo, Castilla dirimía su destino entronizando como rey, después de que muriera el príncipe Enrique, a Fernando III, su primo, el hijo de Berenguela. Un muchacho que no tenía previsto ser rey. Ambos monarcas habían nacido señalados por la inmortalidad.

El invierno había traído lluvias y de nuevo se auguraba buena cosecha en las tierras turolenses. El día de la boda de Isabel era el mismísimo despertar del sol.

Pedro de Segura no cabía en sí de satisfacción. Había llegado el momento que tanto había esperado y toda la villa tenía que celebrar la boda de su hija. Había ordenado engalanar la iglesia de Santa María y la plaza, la explanada junto al atrio y las otras que rodeaban las casas del concejo con gallardetes y lábaros con los blasones de la casa real, y manteletes, toldos y pendones con su sello Segura; había estrados con músicos y saltimbanquis que recorrían todas las calles, y diversos sirvientes contratados para la ocasión ofrecían comida y bebida a todos los que se acercasen. Todo ello para que nadie olvidara ese día. En su propia casa se celebraría un banquete inolvidable para los notables y elegidos de la alta sociedad del reino; además, ordenó repartir licores y regalos por todas las casas de apellidos amigos de la villa e hizo llevar carros hasta los arrabales y las haciendas extramuros con dulces y frutas secas especialmente preparados para ese día.

Ysela nunca había visto a su marido tan feliz y tan generoso. La escueta familia de Pedro de Azagra llegada de diversos lugares como Calatayud y plazas limítrofes con Daroca y de Albarracín fueron alojados en la casa de Segura y a su costa cuantas necesidades se presentasen. Pero también Ysela se sentía más dichosa que en toda su vida, viendo a Isabel vestida con el brial de boda cosido con hilos de oro y las joyas que había guardado para ella. Muchas veces en este tiempo atrás Ysela pensó que nunca podría ver a Isabel luciendo galas de

desposada, pero Dios le había obsequiado por fin con su ilusión hecha realidad: ver a su hija preparada para su boda.

Isabel se dejaba hacer, sin entregarse al momento, pero dócil a todas las manos que terminaban los detalles de su atuendo cerrando el nudo del ajuste del manto, o colocándole el medallón de oro sobre el pecho, o las agujas con cabeza de perla sobre el tocado.

—Las campanas tañen también en tu honor, doña Isabel —dijo orgullosamente Harome, atusando todavía la sobrefalda—. Eres una novia muy bella.

El consejo de notables en pleno con sus familias ya estaba acudiendo a Santa María para ver llegar a la novia escoltada por la procesión de clérigos siguiendo al arcipreste en representación del obispo. La gente se agolpaba a la puerta de la casa de Isabel, esperando verla salir, acompañada por su madre y su padre, que vestían ropas jamás conocidas hasta entonces en Teruel.

—Qué lástima que no llegues a ver los detalles de los bordados en el abrigo —exclamó una de las servidoras de Ysela entre otras muchas voces que comentaban todo lo que ocurría a su alrededor.

—Elvira ya va viendo más —replicó Ysela, tomándome de la mano para llevarme un poco más cerca de Isabel, en el centro del enjambre de mujeres de la casa y familiares que la envolvían.

—Si hubiera vivido aún nuestra Raquel, enseguida te hubiera curado esa infección repentina —añadió, estirándome un pliegue de mi túnica—, pero pronto verás como antes, te lo prometo, Elvira.

No era cierto. Mis ojos estaban invadidos para siempre por un velo que distorsionaba las formas a mi alrededor, y no volverían a ver como antes.

—Veo lo que es preciso ver —le repetí una vez más a Ysela provocando como siempre su sonrisa, mientras me llevaba hasta su hija.

—No me dejes, aya —susurró Isabel ya cerca de mí—; quiero que tú traigas mis flores, a mi lado, conmigo.

—Están los niños preparados, doña Isabel —le indicó una de las invitadas ilustres.

—No me importa, que lleven ellos las velas. Elvira, te lo ruego, no me dejes sola.

—Está bien, Isabel —medió su madre—, Elvira llevará tus flores de soltera hasta que tengas que dejarlas a los pies de Santa María. Pero vamos ya. Todos esperan.

Sentí la mano de Isabel sobre la mía y entonces ocurrió. Un frío repentino recorrió mi espalda y el rostro de Diego apareció detrás de mis ojos como si pudiera abrirse paso a través de ellos. Mientras Isabel rodeaba mis hombros para abrazarme la vi a ella, vestida rigurosamente de negro con la cabeza cubierta por una toca y un velo turbio como el humo de un incendio tapándole por entero, avanzando en la oscuridad, portando entre sus manos un velón encendido.

Isabel me abrazaba mientras yo veía su muerte como un destello, como el grito que se ahogó en mi garganta, atrapada con la imagen de mi antiguo sueño, aquel en que la vi caer sobre el cadáver de Diego Marcilla.

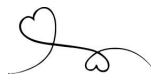
Isabel de Segura me besó las mejillas. Mis ojos abiertos y espantados lloraban mirando el vacío delante de ellos, viendo más allá de ella lo que nunca hubiera querido ver. Mi maldito destino no quiso evitármelo.

—Es cierto que está muy bella, ¿no es así, Elvira? —Ysela hablaba, y yo solo escuchaba un eco lejano de voces que gritaban—. Distingues los detalles, yo también he llorado al verla...

Solo Isabel guardaba silencio.

Se dejó conducir hacia el encuentro de don Pedro de Azagra rodeada por el coro de doncellas casaderas que entonaban los cantos tradicionales que habían de acompañar a las novias en el día de sus esponsales. Caminaban sobre el manto de pétalos de las rosas que el de Segura había ordenado cultivar durante todo el invierno y que las niñas pequeñas arrojaban a su paso. Pétalos blancos que mis ojos intuían como un sendero mortal para Isabel. ¿Por qué Isabel estaba tan firme, tan serena, tan imperturbable? Había tomado su decisión y caminaba hacia su cumplimiento. Iba en busca de Diego.

Cada paso decidido sobre el camino de pétalos blancos era un paso hacia el encuentro con Diego. Si no podían estar juntos en la vida, estarían juntos al otro lado de ella. Isabel caminaba hacia su destino envuelta en la blancura que podía derribar cualquier puerta, convencida y firme porque Diego la estaba esperando más allá del amor.



Ya convertida en esposa de Azagra, el gentío agolpado para verla pasar prorrumpió en alabanzas a su apellido. Los festejos obsequiados por el de Segura para celebrar la boda de su hija en todas las parroquias turolenses no tenían

comparación con ninguna otra cosa vivida en esas tierras. Pedro de Azagra caminaba ahora el sendero abierto flanqueado por gentes de todo tipo sujetando alzada la mano de su mujer ya desvelada, hacia la casa de Segura, seguidos por los invitados que compartirían con ellos y sus familias un espléndido convite en el gran salón de recepciones de Pedro de Segura. El rostro de Isabel no dejaba pasar expresión alguna. Ahora sus ojos eran como los míos... solo veían manchas informes frente a ella y ráfagas de colores que no podían alcanzarla.

El sol del mediodía refulgía en el cielo invernal de Teruel cuando Isabel entró en su casa como casada con una íntima aceptación clavada en su pecho: ella ya estaba muerta, pues ese había sido su pacto de amor. Dios le traería la muerte antes de acabar el día; ella solo podía amar a Diego o morir.

Segura y Azagra habían sellado su alianza, y así quedó de manifiesto en el banquete que duró hasta el ocaso.

Empezaba a declinar la tarde cuando se oyeron voces agitadas al otro lado de la calle. Los invitados empezaban a despedirse de los novios agradeciendo el espléndido convite; nadie en Teruel olvidaría el día de fiesta celebrado en honor de Isabel de Segura por su boda con Pedro de Azagra. La música de los últimos trovadores aún podía oírse alejándose hacia el arrabal mudéjar.

Pero esas voces remontaban los ecos y se acercaban llamando a gritos a la familia Segura. Los padres de Isabel salieron todavía al portón de la casa, creyendo que se trataba seguramente de algún otro grupo de gentes turolenses que alababan sus regalos recibidos.

Sin embargo, no era eso. Apenas los vieron en el hueco de la entrada, gritaron a bocajarro:

—Diego Marcilla está vivo y viene con una mesnada de jinetes en misión para el rey.



Tenía prisa por llegar, no quiso acampar a las puertas y se había adelantado atizando él mismo a su caballo con las ganas más vivas cuanto más se acercaba a la muralla. Dejó a su escudero Esteban al mando del resto de los hombres; tenían que cruzar la villa hasta el viejo alcázar real.

Marcilla llegó hasta la puerta de Daroca en la muralla.

Los vigilantes del torreón le dieron el alto, tenían que asegurarse, no era posible... Diego Marcilla estaba muerto, así se lo dijeron, que le habían llorado su familia y todos en Teruel, porque un sicario había encontrado su anillo en un camino.

—Ya me veis que estoy vivo, soy yo, Diego Marcilla, y viene conmigo mi escudero Esteban, que conduce mis jinetes de guardia.

Los soldados ya lo estaban reconociendo, era él. Y entonces varios grupos de gentes todavía bailando y bebiendo empezaron a acercarse, oyendo a los guardias y oyendo su nombre.

—¡En maldita la hora que has vuelto! —exclamó uno entre ellos.

—¡Cállate! —le cortó otra voz.

—¿Qué ocurre? —dijo entonces Diego Marcilla—. Ya me habéis conocido, y ya estoy aquí como juré. ¿Es día de fiesta hoy?, ¿a qué vienen tantas músicas y tanto jolgorio que se oye?

—Sí, hoy es día de fiesta, Marcilla —le dijo uno de los vigilantes—. Y tú ¿dónde vas?

—A casa de Segura.

—¿No vas antes a la casa de tu familia?

—Tengo prisa por ver a la hija de Segura. Ella me espera —contestó Diego, atizando ya el caballo.

—Espera, no vayas todavía.

Diego no le escuchó. Siguió subiendo la cuesta, pero la gente lo rodeaba y comenzó a sentir inquietud. No era alegría, era asombro en unos y terror en otros muchos lo que veía. Descendió del caballo, ya nadie hablaba; solo se oían voces desde lejos.

Quería avanzar más deprisa, pero se interponían.

—¿Qué os ocurre? ¿Por qué me estáis deteniendo?

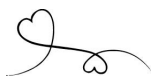
—Ve a ver a tu familia, y que te cuenten.

—Dejadme. —Se soltó de las manos que querían sujetarlo—. ¿Qué es lo que me estáis ocultando?

—Tu desdicha, Marcilla: hoy se ha celebrado la boda de Isabel de Segura con el noble Pedro de Azagra.

El gesto de Diego Marcilla se quebró al instante. Su expresión pareció hacerse vieja de repente. No podía hablar, dejó a su caballo ahí mismo y empezó a correr haciéndose paso entre la gente agolpada a su alrededor. No quería saber más, solo quería ver a Isabel. Corría hacia su casa llamándola a gritos.

—¡Isabel, estoy aquí! ¡Isabel, soy Diego, he vuelto!



La noticia de que Diego estaba vivo acuchilló a todos en el interior de la casa de Segura con un frío silencio que nadie se atrevía a romper. La música dejó de sonar. Los invitados detuvieron sus risas, muchos comenzaron a marcharse. Isabel tuvo que apoyarse en la columna de la sala y se llevó una mano al vientre, como si algo se hubiese roto dentro de ella. Comenzó a dar unos pasos para marcharse del salón, dejando a su marido Azagra despidiendo a los presentes, ajena a todo. Todos habían oído que Diego Marcilla estaba en Teruel y que venía a ver a Isabel de Segura.

Isabel alcanzó las escaleras interiores que subían a su alcoba. Dio varios traspiés sujetándose apenas en la balaustrada de piedra y se detuvo un instante, como si estuviera a punto de caerse. Fui con ella. La sostuve amarrándome a su cintura y continuamos subiendo pesadamente los escalones, mientras la sentía ahogarse entre susurros.

—Diego está vivo... Amor mío, estás vivo, y yo ya estoy muerta, Dios mío, ¿por qué, por qué?

Apenas pudo llegar hasta el banco junto al lecho se sentó casi desmayada y empezó a desprenderse de las agujas, del collar y los pendientes, de la toca y los pliegues añadidos de las mangas, al principio como quien se libera de una opresión y después con la desesperación de quien en realidad querría desprenderse si pudiera de la piel. Sujeté sus manos cuando ya había desecho el recogido de su pelo y los cabellos caían sobre sus hombros desmadejados, como ella, desmadejada y sin fuerzas. Solo abracé su espalda conteniendo los movimientos compulsivos de sus brazos, y entonces comenzó a llorar abatida, abandonada de sí misma, con una amargura indecible y abismal.

Sentí que alguien se movía entre las ramas del olivo que llegaban hasta el balcón cerrado de Isabel. Sabía que sería Diego. Igual que lo sabía Isabel, que Diego iría a su alcoba para verla a ella, que empujaría el postigo de madera hasta resquebrajarlo y que lo rompería con una puñada para poder abrirlo. Entró dejando las portillas del ventanal de par en par.

—Isabel, he vuelto —dijo Diego Marcilla, desde el contraluz.

Ella no podía moverse, hundida en un llanto infinito, un llanto de otro mundo, de siempre. Su espalda estaba doblada sobre sí misma, apenas podía incorporarse.

—Isabel, soy Diego, mírame, te lo pido...

Solté a Isabel, ya sola frente a su destino. Salí de la alcoba como la sombra en que me había convertido; cerré la puerta y me quedé ahí, inmóvil también, dejando ya por fin que todas las imágenes que venían a mi mente hablasen para mí de lo inevitable. De lo que iba a ocurrir.

Isabel se giró para mirar a Diego. Los haces de luz del atardecer dibujaban su figura como una aparición. Dio unos pasos hacia él y él avanzó hasta ella, tomándola de los brazos justo en el momento en que Isabel sentía que sus piernas flaqueaban sin poderse sostener. Pero Isabel no pudo sujetarse y se quedó arrodillada en el suelo, sintiendo su cuerpo ausente solo lleno de un dolor insondable que le impedía respirar. Diego se arrodilló a su lado.

—Isabel, estoy aquí, lo hemos conseguido, estamos juntos por fin y ya para siempre.

Isabel alzó sus ojos hasta los suyos para mirarlo de nuevo a su lado. La penumbra le permitía ver las arrugas alrededor de ellos y las cicatrices que cruzaban una de sus mejillas. Llevó sus dedos a los surcos que veía en la piel de su rostro para tocar suavemente las heridas, y él atrapó su mano queriéndola besar, pero Isabel reaccionó entonces soltándose con fuerza y se apartó de él, sin atreverse a mirarle siquiera.

—Isabel, amor mío...

—Dijeron que habías muerto —murmuró con la entraña rota.

—Te envié un jinete embozado de mi confianza, con mi anillo y una carta.

Isabel sollozó amargamente.

—Encontraron tu anillo... dijeron que habías muerto —repitió deshecha entre las lágrimas.

Diego intentó acercarse y tocar sus hombros, pero ella le rehuyó de nuevo.

—No..., te lo ruego, no podemos, ya no podemos estar aquí juntos.

—Isabel, hemos deseado tanto que llegase este momento...

—Ya es tarde para todo, Diego Marcilla.

—Tengo una inmensa fortuna, y la nueva corte tramita mi título de hidalguía... lo he conseguido, amor mío... —Diego insistió como si ese encuentro fuese el encuentro que había soñado tanto tiempo.

No quería entender que el llanto de Isabel no era por el cansancio de la

espera hasta ese momento; quería creer que sus lágrimas pudieran ser de alegría porque se había acabado por fin su separación.

Pero no era cierto su sueño. Ante el silencio de su amante, Diego tembló.

—He oído cosas extrañas en las calles, Isabel... la gente decía... algunos me han dicho que te has casado, pero no puede ser cierto.

—Estoy casada con don Pedro de Azagra, sí, Diego, y maldigo este día y mi vida entera, porque no estoy muerta como le había rogado a Santa María. Solo quería ir a buscarte, ir contigo, morir contigo allí donde estuvieras.

Las palabras de Isabel retumbaron en su pecho. Diego Marcilla se incorporó, lentamente. El llanto de Isabel le llegaba como un eco lejano, como si él de pronto ya no estuviese allí, porque su alma le había abandonado. Dio unos pasos hacia el balcón. Isabel lo llamó con un sollozo, mientras se alzaba, temiendo de pronto que la oscuridad al otro lado de las portillas lo engullera para siempre.

—Diego, solo te amo a ti. Nunca podré amar a nadie más que a ti.

Se detuvo. Sentía que le faltaba el aire para respirar.

—¿Por qué te has casado, Isabel?

—Se había cumplido el plazo... mi vida aquí me exigía el cumplimiento de mi promesa.

—Yo te reclamo entonces también la promesa que me hiciste, Isabel.

—Y la cumplí. Te esperé, amor mío. El mundo y el tiempo y todos lo saben, que te esperé... Y tu corazón lo sabe, amado mío, que hice de esperarte mi día a día y mi vida entera.

Diego volvió sus pasos hacia ella.

—Entonces ¿por qué estás casada, Isabel?

—Fue por tu retraso que tuve que aceptar...

—¿Qué tuviste que aceptar, Isabel? ¿Otro pretendiente? ¿Otra promesa?

—Tuve que aceptar que no ibas a volver, y que yo tenía que cumplir el pacto hecho con mi padre. —Isabel revivió el dolor y la angustia de su decisión inevitable—. Tuve que aceptar que quizá fuese cierto lo que muchos me decían... que no querías regresar conmigo, que quizá tuvieras otra esposa y otra familia, que quizá...

—¡Nunca! —exclamó Diego llegando hasta ella para sujetarla por los brazos—. ¡Nunca hubiera podido amar a otra mujer que no fueras tú!

Isabel dejó caer sus puños cerrados sobre el pecho de Diego.

—Entonces ¿por qué no viniste a tiempo, amor mío?

—No podía abandonar a Esteban. También adquirí un compromiso con él; salvó mi vida en una horrible emboscada, por mí cayó malherido y no lo podía dejar. —Isabel escuchaba la voz de Diego sintiendo el peso del destino sobre sus brazos apresados dulcemente por las manos de su amante—. Y entonces mi amigo Fernando de Aragón me hizo llegar su recado... una petición para el cumplimiento del pacto de honor acordado con él. Tenía que servirle bajo otro nombre en la empresa que me pidió.

—Bajo otro nombre...

—Así pude mejor conservar y aumentar mi fortuna... nuestra fortuna, Isabel.

—Nadie tiene la culpa entonces...

—Dios ha querido que volvamos a estar juntos, Isabel.

—Estoy casada ante él, es tarde, es tarde ya.

El suelo parecía abrirse a los pies de Diego.

—Te amo, Isabel. Te juré amor eterno y tú me lo juraste a mí.

—Y yo te amo, te amo solo a ti, tuyo es mi amor por siempre, porque solo tuyo puede ser. Pero estoy casada desde hoy y he firmado el compromiso que me encadena a un matrimonio que debo respetar.

—¿Y nosotros?

Isabel miraba a Diego por fin, como había deseado cada uno de los minutos de cada uno de todos los días de estos cinco años de su espera, y ahora lo sentía más lejos que nunca, porque ahora no podía tocarlo.

—Siempre he sabido que no podría vivir sin ti, Diego. Y sé que no podré hacerlo. Cuando te creí muerto y te lloré como muerto, decidí que iría contigo. Acepté casarme porque era el mandato de mi padre y porque sin ti conmigo nada podía importarme. Rogué a Dios que me trajera el fin en la misma noche de mi boda, y me juré que si volvía a ver la luz del día después de casarme, yo misma me mataría para ir en pos tuyo... para ir a buscarte, amor, aun sin saber dónde pudiera hacerlo... —Diego alargó su mano para acariciar su rostro, pero Isabel interpuso la suya rozándola un instante mínimo—. Y ahora estás vivo, Diego. Vivo, pero no puedo tenerte, ni tú puedes tenerme porque soy de otro.

—Nos amamos y nos amaremos siempre. Negociaré con tu padre, desharé tu matrimonio.

—No puede ser, Diego, he sido entregada a otro hombre y ninguno de los dos va a romper un pacto, y menos después de que cada cual haya cumplido su parte.

—Moriré si no te tengo, Isabel.

Las lágrimas volvieron a los ojos de Isabel. El frío de la noche entraba desde el hueco del balcón, pero era más profundo e intenso el frío que sentía dentro de sí misma.

—No quiero vivir sin ti, Isabel —insistió Diego—, eres mi estrella, te llevo conmigo.

—Nadie tiene la culpa, nadie... es la vida, Diego, esa vida que es la gran señora, como tú decías, la que ordena que no nos volvamos a ver.

—¿Cómo podremos, Isabel?

—Seguiremos amándonos cada uno como si el otro estuviera muerto... —dijo Isabel sintiéndose desfallecer—. Tú te marcharás de nuevo y no volverás nunca; yo quedaré aquí, de luto. Seguirás amándome en la distancia desde otro lugar muy lejos y con otro nombre, y yo seguiré amándote como si nunca pudieses volver del más allá.

—No, Isabel, no...

—Mirarás al cielo buscando tu estrella, y yo miraré en la noche buscando la piel de un toro bravo. —La voz de Isabel era el eco de una letanía ya sabida.

Diego Marcilla negaba con el rostro y la rabia agolpada en el pecho.

—Nos echaremos de menos cada invierno y cada primavera, Diego, amado mío..., y quizá un día lleguemos a olvidar que nos vimos una última vez, esta vez y ahora, en la penumbra del ocaso de nuestras vidas.

—Solo será la muerte lo que haga posible el olvido, Isabel...

El brillo de los ojos de Isabel restallaba en la oscuridad mirando con infinito amor los de Diego, demorándose un momento antes de contestar.

—Nuestras almas ya están unidas para siempre —murmuró Isabel con un hilo de voz alargando sus dedos como si tocara el aire que respiraba el pecho de Diego—. Sigamos soñando que hay un lugar donde también nosotros podremos estar juntos, aunque no sea en este mundo.

—Aquel beso... —dijo entonces Diego Marcilla—, aquel beso nos sigue esperando, Isabel.

Vino aquel instante a la mente de Isabel, el recuerdo nítido de ese último beso que nunca le dio.

—Me marcharé y no volveremos a vernos. Quiero darte ahora ese beso que quedó pendiente entre nosotros, un último beso...

—No puede ser, Diego, amor mío —respondió Isabel, temblando de dolor—, ya no puede haber un beso entre tú y yo.

—Un beso que nos permitirá vivir separados, Isabel.

«Un beso que debería ser a la luz del mundo y no prohibido ni en lo oscuro como fugitivos...», Isabel recordó aquellas palabras de su amante.

—Un beso que es nuestro, te lo ruego, moriré si no vuelvo a besarte.

—No puedo besarte, Diego. No debe ya haber ni ese ni ningún otro beso entre nosotros.

—Por última vez, te ruego el beso que será mi vida.

—No, Diego, amor mío. Adiós para siempre, a ti y a mi vida.

Diego Marcilla no insistió. Sus ojos verdinegros anegados en lágrimas sin brotar renunciaron a seguir mirando a Isabel. Nunca antes habían oído aquel silencio entre ellos. Diego Marcilla dio un paso para marcharse; sentía la respiración agolpada en su pecho. Quiso seguir avanzando, pero su cuerpo y su ser entero se habían detenido. Sin más palabras, sin tiempo a nada más, Diego se derrumbó, cayendo a los pies de Isabel.

Desde afuera escuché el golpe sordo de su cuerpo contra el suelo y el grito de Isabel.

En ese momento, la voz de Azagra, ya libre de invitados y vecinos, atravesaba los muros llamando a su esposa, acercándose desde el otro lado de la casa. A zancadas subió el tramo de escaleras y me vio junto a la puerta.

—¡Maldita alcahueta! —me apartó de un manotazo—, ¿dónde está mi mujer? ¡No puede haber otro hombre, así me juró su compromiso de matrimonio!

Azagra forcejeó con la llave hasta que pudo abrir la cerradura y empujó la puerta de la alcoba, sumida en las sombras. Solo un haz de luz pálida entraba por el balcón iluminando el cuerpo derrumbado de Diego Marcilla y junto a él, inclinada de rodillas, su mujer Isabel de Segura, que lloraba llamando a Diego mientras sus manos golpeaban su pecho inútilmente.

Diego Marcilla estaba muerto.

Azagra tuvo que alzar a la fuerza a su mujer, que no quería separarse del cuerpo de Marcilla y seguía llamándolo como si convocase a su propia muerte. Las fuerzas habían abandonado a Isabel.

—Isabel, ¿qué ha sucedido aquí? Dímelo, soy tu marido, ¿qué ha pasado?

—Que le he negado el beso que era nuestra vida —contestó Isabel.



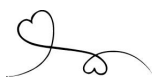
Esteban llamaba a Diego Marcilla desde el patio junto a la entrada de la casa. Su escudero sabía que la intención de su señor al llegar a Teruel era ver antes que a nadie a Isabel. Había compartido su esperanza de cada día y había sido su servidor y su cómplice en la lucha contra el destino que Diego Marcilla llevaba emprendida desde su infancia. El tono de Esteban era alegre, él mismo ardía de ganas de regresar a Teruel. Ya había estado en la casa de los Marcilla dándoles la noticia, que Diego estaba vivo y que su primer propósito había sido ir con Isabel y poner a sus pies su victoria.

Pero Esteban solo recibió respuesta de Azagra, que bajaba la escalera para decirle que su señor estaba muerto.

Esteban me abrazó llorando como un niño, antes de arrodillarse ante el cadáver de su amigo Diego. El padre de Isabel, como alcaide, certificó su muerte y dio orden a sus sirvientes de que ayudasen a Esteban para llevárselo en una carreta a casa de sus padres Marcilla, que esperaban ansiosos poder verlo. A punto de rayar el alba el escudero de Diego Marcilla atravesaba la distancia hasta su casa familiar para entregarles, envuelto en lágrimas, el cuerpo de su hijo, esta vez sí, muerto.

Pedro de Azagra se sentía humillado. No por Isabel, sino porque esa mala suerte fatal del señorío que ejerce la vida también le había alcanzado a él. Había recluido a su mujer en su alcoba, enferma como si hubiese perdido la noción del tiempo y de todo a su alrededor, solo con un nombre en los labios: Diego, su amor. Pero Azagra seguiría desafiando al destino esperando que Isabel de Segura lo olvidase con los días y que en Teruel olvidase también que Diego Marcilla había muerto porque ella le negó el beso con el que habían soñado desde que se despidieron en el atrio de Santa María.

Los funerales de Diego de Marcilla se organizarían en San Pedro por deseo de don Martín de Marcilla. Esta vez la familia sí tenía un cuerpo al que velar. Lloraría por segunda vez a su hijo y se tragaría la desdicha de saberlo muerto dos veces. Todos los habitantes de la villa y muchos llegados de territorios aledaños y fronterizos que conocían la nobleza de Diego Marcilla asistirían a su funeral. Don Martín quiso que el cuerpo de su hijo, engalanado con los trajes más ricos que llevaba en su equipaje, fuese colocado en un altar sin cubrir sobre tres escalones para que todos pudieran verlo. Que todos pudieran ver que había regresado vivo y rico y que había muerto en Teruel, en la flor de su vida, habiendo cumplido su promesa.



Isabel vino a buscarme a la alcoba que ahora tenía que compartir con Sofra y Harome. La casa estaba en silencio; había caminado muy despacio sobre la madera del suelo para que nadie la oyera moverse. Todo Teruel estaba en San Pedro despidiendo a Diego Marcilla, excepto los miembros de la casa de Segura, encerrados en el gran salón regio viendo el crepitar del fuego, conteniendo la rabia hasta que todo pasara.

—Aya, toma esta carta.

El frío de antaño había regresado a Teruel. Se había acabado la sequía y de nuevo las lluvias acumulaban buenas aguas para los campos, y los aljibes estaban llenos. Desde la muerte de Diego la noche anterior, caía una lluvia persistente como un llanto, ese llanto que ya no le bastaba a Isabel.

Isabel me entregó un pliego doblado y cerrado con su sello.

—Guárdala junto a los otros pliegos que son mi fortuna, porque en ellos está Diego y todo lo que mi corazón y el suyo han compartido.

Descubrió, bajo el paño que traía, una arqueta labrada en madera de olivo con adornos de hueso y pequeñas piezas esmaltadas, y me la puso sobre las rodillas. Siendo una niña todavía, Isabel había jugado a nombrarme heredera de sus papeles escritos.

—Te entrego el testimonio de que una vez viví. Yo ya no existo. Porque Diego está muerto y yo no deseo vivir.

Tomé su memoria, cumpliendo con la misión maldita que mi destino me otorgaba, la custodia de su herencia para el mundo, el amor como único motivo para la vida.

—¿Cómo puedo negarme, Isabel? —murmuré, con mi pecho agotado de sufrimiento por ella—. Quisiera negarme...

—También tú haces lo que debes. Y solo tú ves mi verdad. Eso sé. Tampoco yo puedo negarme a este destino mío que solo es añoranza de Diego.

Isabel iba vestida con ropas negras y cubierta con un velo del color del humo, como ya la había visto detrás de mis ojos malditos.

—Quiero ver a Diego por última vez. Voy a darle ese beso que le negué, porque sé que en ese beso está mi alma y está todo lo que me queda de vida.

Seguí los pasos de Isabel hasta San Pedro. Cientos de personas rezaban en honor de Diego Marcilla acompañando el dolor de su familia. Ya no quedaba

nadie en el altar que tuviera que darle su último adiós. Se había oficiado la misa y en poco rato su cadáver sería sepultado en la capilla de la familia Marcilla mandada hacer por el abuelo de Diego. La iglesia bullía de silencio respetuoso, abarrotada de gentes que esperaban a los monjes para verlos trasladar el cuerpo. Entonces el portón de San Pedro se abrió y por un instante la luz cegadora del mediodía invadió el sendero de losas que Isabel debía atravesar. La penumbra se hizo de nuevo en la iglesia, solo iluminada por los velones alrededor del cadáver. La figura negra de Isabel avanzaba portando un cirio entre sus manos, ante los ojos de toda la muchedumbre congregada. Recorrió despacio la distancia de losas pulidas de alabastro hasta el pequeño templete donde el cadáver de Diego resplandecía; nunca la distancia entre ellos había sido tan límpida y libre. Nunca había sido tan fácil recorrer el camino hasta él, nunca su corazón había estado tan confortado en esa distancia porque podía vencerla, por una vez, podía vencer la distancia; cada paso era una victoria sobre su destino de separación. Isabel veía cómo a cada paso desaparecía lo que les separaba y llegaría hasta él. Ya estaba llegando.

Las manos de Isabel soltaron el cirio cuando alcanzó el primer escalón y ella se detuvo un instante. Ya casi lo había alcanzado. La llama se apagó casi al instante al contacto con el crudo frío del suelo.

Muchas de las personas sentían que sus lágrimas se derramaban sin poderlas contener, percibiendo la hondura de algo que no podía explicarse con los idiomas de este mundo, viendo cómo esa mujer velada subía el segundo escalón, avanzando hasta alcanzar el tercero. El arcipreste y los clérigos, hasta ese momento atónitos, tuvieron un amago de reacción, pero Martín de Marcilla alzó su brazo conteniéndolos y volvieron a su lugar, sobrecogidos, asistiendo a lo que nadie podía haber imaginado.

Isabel culminó los dos pasos que quedaban hasta detenerse junto al cadáver de Diego y lo miró un momento desde detrás del velo. Entonces estiró los dedos y empezó a recogerlo para retirarlo, echándolo a sus pies.

—Ya nada se interpone entre nosotros, amor mío —murmuró, mirando con amor infinito el rostro de Diego muerto—. Ya no hay distancia, ni privación, ni traba, ni velo que nos separe...

Se acercó al cadáver y acarició sus ojos cerrados, sus pómulos, su cuello, sonriendo con ternura. Se inclinó sobre el cuerpo de Diego abrazándolo con el suyo y acercó sus labios a los labios de Diego muerto.

—Nuestro beso para siempre, amor mío —susurró Isabel, abriéndolos para

un beso.

Isabel besó la boca de Diego con ese beso añorado tanto tiempo, el beso que les devolvía su vida unidos por siempre, el beso donde Isabel exhaló el último aliento de esa vida que no quería sin él. Ya estaban juntos para siempre.

Ahora ya sí, el arcipreste y sus monjes se acercaron a toda prisa, escandalizados. Esa mujer había cometido un sacrilegio, había besado a un muerto, no había separado su boca todavía. Todos habían reconocido a Isabel de Segura quitándose el velo para poder besar a su amante y ahora los murmullos iban alzándose a cada segundo, agitados, aterrorizados en realidad.

Martín de Marcilla había alcanzado ya los escalones del túmulo funerario y se acercó al cuerpo de Isabel, derrumbado sobre Diego.

Isabel de Segura estaba muerta.

Epílogo

Los que hicimos un recuerdo eterno

El toro y la estrella ya para siempre reunidos en un beso de vida y de muerte, proclamando por fin su amor eterno ante el mundo. Así se sigue recordando aquel beso, hoy, tantos años después, entre todas las gentes de Teruel.

Isabel de Segura murió besando a su Diego Marcilla amado. Ya nadie y ya nada podía separarlos. El cadáver de Isabel se dispuso junto al de Diego, en su mismo túmulo, como un altar de su amor infortunado y de mala suerte. Allí la encontraron sus padres y su marido Pedro de Azagra. Una estruendosa lluvia anegó las calles y las huertas de Teruel durante varios días, mientras los cuerpos de los amantes recibían el homenaje silencioso del mundo y hasta que fueran sepultados, como pidió Azagra, juntos en la misma tumba. Isabel no era ya su mujer; nunca había sido su mujer. Isabel de Segura siempre fue la esposa de Diego Marcilla y así lo habían querido los cielos.

Han pasado muchos años desde entonces. Soy una mujer anciana y he necesitado toda esta vida hasta hoy para poder entregar al mundo la verdad de un amor que no debe ser olvidado por la historia. Ahora podré descansar sabiendo que he cumplido con mi destino.

Azagra lloró siempre su mala suerte. Nunca habitó la residencia que había construido en su hacienda de Teruel y, después de un tiempo intentando vivir con las huellas que Isabel dejó en su vida, abandonó nuestra villa para no volver jamás, dándose cuenta de que ni siquiera el recuerdo de Isabel le pertenecía, pues todos en Teruel y, más allá de sus murallas, todos los peregrinos, viajeros y mercaderes que pasaban por allí unían las memorias de Diego Marcilla e Isabel de Segura como una sola. Teruel alabó la generosidad de Azagra ordenando que fueran enterrados juntos sus cuerpos, pero simplemente ya no se resistió ante lo inevitable, que ellos solo podrían ser recordados juntos.

Isabel tenía razón, nadie tuvo la culpa del destino de ella y su amante. No hubo traidores, no hubo malvados ni hipócritas. Ellos traían su destino de mala suerte fatal y tenían que vivirlo, mostrando al mundo la misma fatalidad del amor, el amor que no puede cambiarse y que es más fuerte que la propia vida. Sí, la vida, esa gran señora que solo puede ordenar la muerte, pero no pudo por fin matar el designio de amor de Diego Marcilla e Isabel de Segura, el toro y la estrella para siempre.

Esteban cabalgó al encuentro de don Fernando de Aragón para comunicarle la muerte de su amigo Diego y él se llegó a Teruel con su ejército rindiendo homenaje al caballero Marcilla, facilitador de la próxima campaña de conquista que emprendía la Corona de Aragón bajo la enseña del rey Jaime I. Fernando otorgó honores a Diego y su familia y lloró por su compañero de juegos ante su tumba, a la vista de todos. Y luego, en nombre del rey Jaime, confirmó como caballero a Esteban de Teruel, reconociéndole valía y dignidad, y sentó la estructura para crear en Teruel el gran plan estratégico del que partiría la conquista de Valencia para incorporar todos sus territorios a la Corona de Aragón.

Además, y sobre todo, Fernando trajo a su hermana doña Dulce para reunirla conmigo.

—Vieja abuela de otra vida —me saludó Dulce—, ya te conocí así en aquella otra existencia con tus ojos inservibles para seguir mirando, Elvira querida... Y yo ya fui esta para ti, tu nieta inseparable escuchando de tu voz lo que tu memoria no puede callar.

Me abracé a mi querida niña Dulce como a un mástil para poder llorar toda la verdad irremediable que la vida te obliga a recibir.

—Seré tus ojos, seré tu báculo y tu cálamó —susurró Dulce en mi oído—. Seremos el eco de las voces de Isabel y Diego hablando de su verdad y de su amor. Nos hemos reunido tú y yo para hacer inmortal su recuerdo.

El joven rey Jaime había abandonado su retiro en Monzón y ya se incorporaba a su residencia en la corte. Su tío Fernando de Aragón fue a recogerlo acompañado de su tía doña Dulce, que abandonaba el monasterio de Sigüenza para habitar el monasterio femenino de Teruel, ese que fue la ilusión de su madre y había sido su propio sueño durante todos estos años. Doña Dulce había destinado su herencia real como infanta a terminar la iglesia y el cenobio, y venía a Teruel para no separarse ya de mí. Culminaríamos aquella otra parte de la existencia ignota que teníamos pendiente.

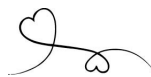
Ella ha sido mis ojos todo este tiempo para poder escribir lo que viví con Isabel y Diego y todo lo que sé de su amor, que debe ya conocer y no olvidar el mundo.

Mi señora Ysela murió de pena y de silencio apenas un año después. El de Segura cumplió sus obligaciones, hasta que un día clausuró su casa y no volvió a salir de ella. Llamó a Gonzalo y lo nombró heredero de sus bienes, pero Gonzalo no quiso adoptar su apellido y, aun así, Segura aceptó su compañía y la de sus tres hijos a cambio, hasta que murió un día comenzando el verano mientras dormía.

Nadie se otorgó potestad sobre la fortuna de Diego Marcilla. Su padre don Martín dio derecho a la villa de Teruel sobre ella, y el concejo decidió que se destinara para la construcción de las dos torres nuevas de Santa María y de San Pedro, en homenaje a los amantes que se habían prometido amarse esperando en Santa María y habían sellado la eternidad con su muerte en San Pedro.

Las dos torres nuevas de las iglesias serían muestra a los cielos del nuevo Teruel, que se erguía con una memoria propia de lo ya vivido y que nadie podría olvidar.

Hasta hoy no abrí el billete plegado y sellado que me entregó Isabel el último día de su vida. He escrito con mi voz toda la verdad del amor de Isabel de Segura y Diego Marcilla. Ya he terminado mi misión y después de esta noche moriré, he visto mi muerte y a mi querida Dulce llorar junto a mi lecho besando mi mano. Tal como lo vi cuando mis ojos distinguían todavía los colores y las luces del amanecer. Me marchó en paz, cumplidos mis compromisos. Me marchó en paz.



Soy Isabel de Diego Marcilla, fui Isabel de Segura. Solo me reconozco Isabel amante y amada de Diego. Y así quiero que me sepan y me recuerden Teruel y el mundo.

Escribo las últimas palabras que saldrán de mis dedos. Diego Marcilla, mi amor, el motivo de mi vida, ha muerto. Ya no sirven las lágrimas para seguir soñando que volveremos a ver juntos el azul del cielo de Teruel en invierno. No hay más azul, ni existe ya nada para mí.

Aquí escribo mi testamento, pues me entrego a la vida, la gran señora, la que decidirá el resto de mi tiempo, y mi muerte. Perdono al mundo y a los otros porque nada pudo ser de otro modo, nadie tiene culpa, nadie fue culpable del destino que venía ya señalado para este amor libre, rebelde, irremediable.

Este amor sin reglas. Ese amor que Dios me rogó mostrarle a cambio de perdonarme su envidia. Este amor que rasgó mi vida y yo rogué que me arrancara la piel a tiras a cambio de su totalidad.

Es cierto el amor completo. Es verdad el amor como única verdad. Es cierto el amor al que muchos temen porque no lo comprenden. Entrego en este pliego mi testamento, que es mi verdad amante del amor de Diego Marcilla. Nada más importa.

Entrego mi vida de este mundo porque parto gozosa al encuentro de Diego. Sé que él me espera, cumpliendo nuestro pacto, aquel que susurró a mi oído el día que partía de Teruel y nos juramos amor y esperanza. Ya puedo cumplir mi pacto con él.

—Si uno de nosotros muere antes que el otro, correrá para estar junto al amado inerte... Y entonces, un beso. Un beso en la boca amada nos unirá para siempre. Aquel que bese al otro si está muerto morirá para reunirse allí donde estén juntas nuestras almas.

Ese fue nuestro pacto de amor.

—¿Lo harás, Isabel?

Y yo respondí: «Sí».

Ese fue nuestro pacto de amor. Mi consuelo, mi esperanza, lo que me ayudó a sobrevivir hasta hoy. Hasta hoy, que consumo, por fin, nuestro juramento de amor.

Voy a besar a mi amante. Voy a besar la boca de Diego Marcilla para recorrer juntos el camino de nuestra eternidad.

Nota de la autora

Escribir esta novela ha sido uno de los retos más estimulantes que he emprendido en mi carrera literaria, y a cuyo hechizo sucumbí apenas comencé a adentrarme en la investigación que requería su inicio. Agradezco a Berenice Galaz, editora, y a Mercedes Pacheco, jefe de prensa de La Esfera, que pensaran en mí para este proyecto, en el que me involucré emocionalmente hasta límites insospechados. Y que me reportó maravillosos hallazgos.

Para la recreación de su epopeya, parto de la versión aceptada de que la historia de amor de Diego Marcilla e Isabel de Segura transcurre a principios del siglo XIII: 1217, el año de la muerte de los amantes.

Mi principal intención ha sido conocer quiénes fueron Isabel de Segura y Diego Marcilla. Cuándo y cómo nacieron, quiénes eran sus familias, cómo se educaron, cómo era el Teruel de los primeros años de su infancia y en qué tipo de sociedad se desarrolla su historia de amor. Desde 1171, año de la fundación de Teruel, hasta 1190, fecha en la que sitúo el nacimiento de Diego Marcilla, han transcurrido diecinueve años; y hasta 1197, año en que sitúo el nacimiento de Isabel de Segura, han transcurrido veintiséis. Es decir, la villa de Teruel es todavía una ciudad incipiente que crece con pobladores aragoneses y navarros venidos buscando la protección de sus fueros y motivados por las posibilidades de enriquecimiento y propiedad de tierras y otros favores a cambio de establecerse, y, por otra parte, con los caballeros y políticos por orden y favor del rey, como lugar fronterizo en el límite sur del reino, desde donde se buscará acometer las tareas políticas y militares de expansión de la Corona a costa de conquistar territorios sarracenos limítrofes.

Nunca se había puesto imagen a la infancia y la formación de Isabel y Diego. Quería construir una red de personajes a su alrededor que ofrecieran también un reflejo de cómo eran ellos y en qué ambiente se desenvolvían, como hijos de familias principales en ese Teruel joven, todos ellos la primera generación de turolenses nacidos ya en la ciudad.

El toro y la estrella, tomados aquí del mito de la propia fundación de la villa de Teruel, se identifican con Diego e Isabel para reforzar un simbolismo misterioso como personajes-arquetipo: la relación entre el toro bravo que ofrece su sangre y la estrella que permanece expectante en la oscuridad es una alegoría de la propia relación de amor, distancia e imposible que viven los amantes.

La reconstrucción de la psicología de los protagonistas y las personas que forman parte de su historia, así como la recreación de ambientes, contextualización histórica y propuesta de lo ocurrido en el intervalo de los cinco años de su separación están hechas apelando primordialmente al criterio de credibilidad que siempre debe animar una novela histórica. Aunque no se tiene fehaciente prueba de la existencia real de Isabel de Segura y de Diego Marcilla, sí se remonta el conocimiento de la crónica de su amor a muchos siglos atrás, hasta convertirse en un hecho aceptado que casi nadie duda de que ocurriera en sus formas más básicas.

Partiendo, por tanto, de la aceptación de las coordenadas genéricas comunes a todos los autores que nombran a los amantes de Teruel, esta novela plantea una hipótesis: cómo habrían sido Isabel y Diego, en qué momento y cómo habrían vivido, qué acontecimientos habrían marcado sus vidas y cómo la propia historia del Reino y la Corona de Aragón habría influido en su separación y el desenlace de su amor; es decir, la hipótesis de cómo podrían haber ocurrido las cosas, iluminando las zonas que nunca ha recogido la leyenda y detalles en que no se han detenido anteriores relatos y que permanecían en la oscuridad.

La estructura interna de la novela obedece a la que William Shakespeare utiliza en sus tragedias: prólogo, planteamiento, nudo, desenlace y epílogo.

Sobre estas partes se sustenta una arquitectura de personajes arquetípicos, reforzando así la trascendencia de la trama trágica y que apoya la participación del lector como cómplice, pues igual que ocurre en las tragedias clásicas, en esta historia el lector ya conoce el desenlace. Por tanto, lo que importa y lo que implica y apasiona al lector / espectador es vivenciar el proceso de cómo se llega a ese final sabido, es decir: todos los entresijos y tramas internas que se van sucediendo para ensamblarse y llegar a desembocar en la conclusión última.

Un proceso en el que, por más que se conozca de antemano el final, siempre atrapa al lector en la fantasía de que ese final puede ser de otro modo.

Su escritura está construida sobre tres ejes principales:

—La historia de amor y el proceso de la relación entre ellos:

Amor como destino,
voluntad de vivir la pasión,
separación como mandato de la vida,
y muerte como aceptación del deseo mutuo de estar juntos, aunque sea más allá de la vida.

—El contexto y las razones históricas que forman parte esencial de la historia del amor entre Isabel y Diego, que incluyen:

Los orígenes de la propia ciudad de Teruel y su mitología en torno al toro y la estrella;
el hecho de que Isabel y Diego formen parte de la primera generación de turolenses nacidos en la villa fundada por Alfonso II en 1171;
los años de las luchas fronterizas con los almohades hasta la gran batalla de Las Navas de Tolosa en 1212;
las relaciones de Teruel con la familia real de la reina doña Sancha viuda de Alfonso II y sus hijos el rey Pedro II y los infantes;
los cambios políticos a partir de 1212 con la muerte del rey Pedro II el Católico y la minoría de edad política de su heredero, el rey Jaime I de Aragón, hasta 1217: 5 años que coinciden con el período fijado para la espera de Isabel al regreso de su amor Diego;
y el anuncio de un futuro previsto para la ciudad de Teruel, ya con una memoria propia de lo acontecido entre Isabel y Diego como símbolo de universalidad, con los proyectos de la construcción de sus torres mudéjares y como punto decisivo para la conquista del reino musulmán de Valencia por el rey Jaime I.

—Los personajes que rodean a Isabel de Segura y Diego Marcilla desde su nacimiento en la villa de Teruel, durante su niñez, adolescencia, juventud y en el desenlace de su historia, en un mapa coral de relaciones de distinta índole con ellos y entre ellos, quienes por un lado actuarán como cómplices de su historia y después como difusores de lo que vivieron y conocieron por su propia experiencia con ellos.

Temas internos

La historia forma parte del concepto del *fatum*, o destino, mandato destínico o inevitable, al que todo lo que va sucediendo conduce. Isabel y Diego viven un amor impenitente, más fuerte que ellos mismos, dictado desde su infancia por las emociones íntimas que van descubriendo, conformando así una certeza de

destino como encuentro en esta vida de un amor que ya viene de vidas anteriores. Su amor es prohibido (según las normas sociales del momento) pero inevitable; no quieren renunciar a él pero tampoco podrían hacerlo.

Sin embargo igual que no pueden sustraerse a la vivencia de su amor, no pueden sustraerse a las leyes de esta vida.

El *fatum* también les obliga a aceptar la mala suerte de que las leyes de la vida no permiten su reunión si no es a través de la muerte. No hay traidores a su causa, no hay personajes malvados que se opongan con violencia al amor entre ellos. Quienes no comprenden este amor lo hacen movidos por las convenciones del momento, por lo que la vida dicta como normal en ese momento histórico. El amor de ellos va sorteando inconvenientes y va esgrimiendo argumentos para poder ser consumado a la luz de todos, pero es la vida la que lleva los acontecimientos a hacer imposible su reunión.

Los amantes Isabel y Diego representan el advenimiento de un nuevo tiempo en el que el amor pasará a formar parte de las relaciones cotidianas, cuando hasta entonces los conceptos de matrimonio y cariño/amor iban en distintas direcciones. Los amantes son la primera generación de turolenses nacidos en esa villa que, aunque es protegida con fueros al modo de las otras ciudades del reino, proclama no obstante la entrada de un tiempo nuevo: el enamoramiento entre ellos reivindica la superación de las limitaciones de las clases sociales como barrera para el amor, plantea la rebeldía ante las normas impuestas a los pactos de matrimonio y reivindica la libertad del amor sin imposiciones como elección de la persona amada, lo cual es transgresor para la época en que se encuadra (inicios del siglo XIII).

Todo ello redunda en la identidad de Teruel como ciudad nueva que construye su propia memoria, por un lado, con la historia acontecida entre dos de sus turolenses nacidos en primera generación y, por otro, abre las puertas a los cambios que traerá el futuro, comenzando en ese momento además el embellecimiento y construcción de las torres más emblemáticas que definen su identidad hasta hoy.

Hipótesis histórica

Período principal de la historia de Diego Marcilla e Isabel de Segura es la etapa de cinco años comprendida entre la partida de Diego con las filas cristianas del

rey Pedro II (versión aceptada por estudiosos en la actualidad) y su regreso a Teruel, victorioso y ya rico (tal como había exigido el padre de ella) transcurridos los cinco años de plazo para esperarle aceptados por la familia, y el mismo día en que su amada Isabel se ha desposado con el pretendiente cuyo contrato de matrimonio ha organizado su padre según lo habitual de la época.

Reconstruyo ese período sin ser de cinco años exactos como hoy contamos el tiempo, sino contando los CICLOS SEGÚN LAS ESTACIONES, TAL COMO REGÍAN LA VIDA DE LAS GENTES EN LOS SIGLOS XII Y XIII. Aquí se cuenta la despedida de los amantes en el otoño de 1211 (a punto de entrar 1212), cuando Diego parte de Teruel como caballero a las órdenes del rey Pedro II de Aragón, después de hecha la siembra en los campos. Los cinco años exactos no tienen sentido en este contexto y, de este modo, el plazo total concedido para la espera en efecto se cumpliría ya entrado el invierno de 1216, a caballo con el inicio del año 1217, cuando el padre de Isabel considera que ya puede reclamar a su hija el cumplimiento de lo que pactó con su familia: si Diego no vuelve a tiempo, Isabel tendrá que aceptar como esposo al que su padre ha elegido como socio en la empresa matrimonial para ella. Esto ocurrirá una vez que ella haya cumplido los veinte años, a final de enero y principio de febrero de 1217.

Los cinco años tradicionalmente aceptados (1212-1217) de la separación de los amantes sin que puedan verse ni una sola vez coinciden con uno de los períodos históricos de la Corona de Aragón más oscuros e ignorados, a continuación de la trascendental batalla de Las Navas de Tolosa de 1212. No hay apenas crónicas que recojan más que unas breves líneas sobre las luchas internas que, tras la muerte del rey Pedro II sucedida en 1213 en Muret, dividen a los nobles de la corte del príncipe niño, Jaime I, recluido en el castillo de Monzón para ser educado bajo la supervisión de los templarios.

Al iniciar su reinado, Jaime I de Aragón contaba solo cinco años y se encontraba en manos del hombre que había vencido y matado a su padre: Simón IV de Montfort. En el interior del reino la crisis había estallado. La existencia de bandos, dirigidos por parientes que ambicionaban la corona y formados por los mismos ricoshombres integrantes del consejo de regencia, le hacían vulnerable a las ambiciones políticas ajenas; la ruina de las finanzas reales, cuyas rentas habían sido dilapidadas por su padre hasta el punto que, según nos cuenta Jaime en su Crónica, le cortaba toda posibilidad de maniobra, obliga primordialmente a centrar los esfuerzos en sacar a la Corona aragonesa de la bancarrota.

Mientras tanto, dos tendencias imperan entre las familias nobles alrededor del rey: si bien los nobles catalanes intentan continuar la lucha en Languedoc, provocando la advertencia de excomunión papal para el rey y la amenaza de invasión del reino, los nobles aragoneses insisten en la conquista de Valencia y las tierras del Levante, ampliando las fronteras por el sur desde Teruel y la expansión por el Mediterráneo.

Jaime I se verá obligado, por este cúmulo de circunstancias, a participar desde muy joven en la vida política. A los nueve años, es decir, en 1217, abandona su refugio de Monzón y ya debe vestir ropa militar.

En estos breves años hasta que en 1217 se decide seguir la política de expansión por el Mediterráneo y afrontar la conquista de Valencia, la historia se forja en el día a día anónimo de la supervivencia de aquellos a quienes les toca vivir ese momento y en ese lugar, unas veces sufriendo escaramuzas violentas entre cristianos y sarracenos, otras veces arreglando intercambios de prisioneros o trueques de intereses, pactos para rescates o a cambio de objetos preciados, y muchas otras veces usando el viejo modo de contrataciones de caballeros y guerreros mercenarios que sirven a uno u otro bando.

La ausencia de noticias de Diego queda explicada en la novela según la hipótesis que construyo sustentada en estas circunstancias: su filiación al bando de la nobleza aragonesa de la corte del rey niño Jaime hace que deba permanecer en secreto el encargo que Diego recibe para preparar el terreno de cara a la posterior conquista de las tierras levantinas, avanzando con pactos, estrategias de compra de voluntades y otras audacias políticas que, como mercenario al servicio de los intereses aragoneses, ha de llevar a cabo.

Sobre los apellidos y familias

Los apellidos y familias turolenses que se mencionan en la novela son sacados de las crónicas de la época con relación a dos hechos: los apellidos de nobles y caballeros que acompañan a Alfonso II el Casto en la fundación de la villa de Teruel, y los apellidos de nobles y caballeros aragoneses y turolenses que se sabe que lucharon en la batalla de Las Navas de Tolosa.

Los personajes femeninos que sitúo formando parte de estas familias son creación para dotar de un ambiente determinado al personaje de Isabel de

Segura, y para ilustrar los diversos destinos que como hembras tenían las muchachas nobles en esa época.

Igualmente, muchos de los nombres de hijos varones y segundos con que acompaño al personaje de Diego forman parte de la creación de personajes novelescos que permite definir igualmente el carácter y la relación de Diego con el ambiente de su época.

Entre los caballeros navarros y aragoneses que acompañan al rey aragonés Alfonso II están magnates aragoneses y catalanes, como Guillermo Ramón de Moncada (senescal), Blasco Romeo (mayordomo), Guillermo de Cervera, Ponce de Mataplana y Guillermo de Castellvell. Además se citan a los caballeros Muñoz, Marcilla y Segura para formar parte de la fundación de Teruel.

De los Marcilla se conoce a Pedro Marcilla, que será juez en 1181 y a Martín de Marcilla, padre de Diego, que desde 1193 es citado en documentos relacionados con el gobierno de la villa.

En la novela se detallan apellidos turolenses que van a Las Navas de Tolosa: Ramón el segundo de Abarca, Pedro Cornel, dos de los Luna, Antón Santa Cruz, Fernán Cervera, los dos menores de la casa Varea y Guzmán Mataplana, todos hijos de Teruel, segundos o terceros de sus casas. Además se les unían el nieto de Guillermo de Castellvell llegado del señorío al norte de Albarracín y el sobrino del señor de Daroca llamado Romeo Blásquez.

Esteban de Teruel, como escudero y leal hasta la muerte de Diego Marcilla, es personaje ficticio tomado del nombre aceptado como Esteban que se le da al escudero de Diego, desde hace unos años, en los actos de recreación de las Bodas de Isabel de Segura, desde que Santiago Gascón lo nombrase así y en homenaje a Raquel Esteban, promotora de las celebraciones en torno al amor de Diego e Isabel.

En esta novela, además, se incluye a Raquel como la que fuera aya de la madre de Isabel, y a Elvira como aya de Isabel de Segura, que previamente ha sido pupila de su madre Ysela y criada en la casa de Segura. Elvira es el segundo nombre de Raquel Esteban, y estos nombres otorgados a estos dos personajes forman parte del mismo reconocimiento expresado en el párrafo anterior.

El resto de personajes secundarios, como Meriem, Lupa de Mora, su primer hijo Gonzalo, Sofra y Harome, Alba Cornel y Gracia Marcilla, son ficticios y recreación de personas representando oficios y personalidades que en el contexto de la época bien podrían haber formado parte de la cotidianeidad de Isabel de Segura y Diego Marcilla.

Las genealogías sobre Marcilla y Segura

Marcilla

La datación más antigua del apellido Marcilla se ubica en Falces, población navarra de la merindad de Olite, a unos 10 kilómetros de la población de Marcilla. Los orígenes de Marcilla son inciertos. Aparece en la historia cuando Alfonso I el Batallador otorga a Marcilla los mismos fueros que tenía Calahorra. En 1160 la esposa de Sancho el Sabio, rey de Navarra, funda un monasterio de monjas cistercienses obteniendo el señorío de Marcilla hasta 1407.

Segura

El primer linaje del apellido apareció en la villa de Segura en la provincia de Guipúzcoa. Se refiere a un antiguo e hidalgo linaje de Guipúzcoa originario de la villa de Segura (cuyo nombre tomó), del partido judicial de Azpeitia. Pasó a la villa de Aya, en el mismo partido judicial, y a la de Orio, del partido judicial de San Sebastián, extendiéndose también por otras localidades guipuzcoanas. En el siglo XIII aparecen otros Segura en Navarra y más tarde ya encontramos el apellido establecido por todo el antiguo reino de Aragón.

El apellido desaparece de las crónicas de Teruel a partir del siglo XIII.

Bibliografía consultada

- ARMILLAS, José Antonio y MORENO, Fernando, *Aproximación a la historia de Aragón*, Editorial Librería General, Zaragoza, 1977.
- BUESA CONDE, Domingo J., *Teruel en la Edad Media*, Guara Editorial, Colección básica aragonesa, núm. 21, Zaragoza, 1980.
- GARCÍA HERRERO, M.^a Carmen y PÉREZ GALÁN, Cristina (coords.), *Mujeres de la Edad Media: actividades políticas, socioeconómicas y culturales*, Institución Fernando el Católico, Colección estudios, Zaragoza, 2014.
- GÓMEZ DE VALENZUELA, Manuel, *La vida cotidiana en Aragón durante la Alta Edad Media*, Editorial Librería General, colección Aragón, Zaragoza, 1980.
- GUARDIOLA ALCOVER, Conrado, *La verdad actual sobre los amantes de Teruel*, Instituto de Estudios Turolenses, Cartillas Turolenses, núm. 11, Teruel, 1988.
- LEDESMA RUBIO, María Luisa, *Templarios y hospitalarios en el reino de Aragón*, Guara Editorial, Colección básica aragonesa, núm. 37, Zaragoza, 1982.
- , *Vidas mudéjares (Aspectos sociales de una minoría religiosa en Aragón)*, Mira Editores, Zaragoza, 1994.
- , *Estudios sobre los mudéjares en Aragón*, Instituto de Estudios Turolenses. Centro de Estudios Mudéjares, Teruel, 1996.
- LÓPEZ RAJADEL, Fernando, *Datación de la «historia de los amantes de Teruel»*, Fundación Amantes de Teruel, Teruel, 2008.
- MOTIS DOLADER, Miguel Ángel, «El señorío cristiano de Albarracín. De los Azagra hasta su incorporación a la Corona de Aragón», *Comarca de la Sierra de Albarracín*, Zaragoza, 2008.
- NAVARRO ESPINACH, Germán y VILLANUEVA MORTE, Concepción, *Los mudéjares de Teruel y Albarracín*, Instituto de Estudios Turolenses. Centro de Estudios Mudéjares, Teruel, 2003.
- ROMA RIU, Josefina, *Aragón y el carnaval*, Guara Editorial, Colección básica aragonesa, núm. 27, Zaragoza, 1980.

SOTOCA, José Luis, *Los amantes de Teruel. La tradición y la historia*, Delsan Libros, S. L., Zaragoza, 2005.

VV. AA., *Gran Enciclopedia Aragonesa*, edición de *El Periódico de Aragón*.

—, *Historia de España*, tomo IV, Labor, Barcelona, 1991.

—, MCN Biografías.com en www.MCNBiografías.com

—, *Teruel y su provincia*, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, Zaragoza, 1976.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Magdalena Lasala Pérez, 2017
© La Esfera de los Libros, S.L., 2017
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): enero de 2017
ISBN: 978-84-9060-891-3 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.